J. BENITO FERNÁNDEZ

# *El contorno del abismo*

## *Vida y leyenda de Leopoldo María Panero*

Nueva edición ampliada y revisada



Índice

*Este libro debería estar dedicado a mis padres, Joaquín* –in memoriam– *y Nelly, y a mis hijos,*
*Borja y Guillermo. Pero como sé que no*
*les importa, se lo dedico a Nuria Carballo,*

*una presencia imprescindible*

La vida, cuerda o loca, es siempre una «certidumbre absurda».

LEOPOLDO MARÍA PANERO

## INTRODUCCIÓN

Han pasado veinticuatro años desde la primera edición de *El contorno del abismo* y han pasado nueve desde la muerte del poeta. También han muerto muchas otras personas. Murió Michi y murió Juan Luis. Murieron Marava, Alpasky, Luis Ripoll, Yolanda Forcada, Amparo Suárez-Bárcena, Jesús Ruiz Real, Oswaldo Muñoz, Eduardo Chamorro, Javier Barquín, Ricardo Franco, Terenci y Ana María Moix, Manuel Vázquez Montalbán, José María Valverde, Claudio Rodríguez, Jaime Salinas, Francisco Brines, Antonio Martínez Sarrión, Álvaro Delgado, Fernando Beorlegui, Luis Arencibia… y algunos otros interlocutores. Todo un mundo se ha derrumbado.

En esta ocasión tampoco ha sido fácil la siempre delicada relación con los médicos. El exceso de celo de los profesionales de la salud mental en nombre de la ética (le dan al paciente la confianza de preservar el secreto de su intimidad hasta después de la muerte) ha dado lugar a variadas especulaciones sobre la hora final del poeta. Y no solo periodísticas. La Ley de Protección de Datos Personales en ocasiones puede dificultar algunos aspectos de la investigación.

En Las Palmas de Gran Canaria, Leopoldo María Panero vivió en libertad. Salía por la mañana del hospital y regresaba a dormir. Pasó los últimos diecisiete años de su vida en una isla, pero no aislado. No era la isla terrible de Nunca Jamás. No cesó de viajar, tanto a la península como al otro lado del Atlántico. Le requerían de cualquier rincón. Cierto es que los últimos años del poeta no son especialmente refulgentes, como cierto es también que se le adosaron oportunistas de todo tipo para intentar brillar a su costa. Y siguió escribiendo o dictando. Su incesante actividad literaria lo sostuvo hasta el final. Difícil disociar vida y obra en alguien que eligió las palabras como forma de vida.

El doctor Rafael Inglott, director del Hospital Psiquiátrico Insular de 1985 a 2007,* y luego director del Programa Insular de Rehabilitación Psicosocial hasta 2012, no fue psiquiatra del poeta, pues, de lo contrario, por compromiso clínico y exigencia de confidencialidad, ni tan siquiera habría dado su opinión acerca de cualquier aspecto referido al mediano de los Panero; pero sí fue un testigo privilegiado de la vida canaria de la persona y del poeta, razón por la que sostiene que «la existencia de Leopoldo no se volvió más confortable por el hecho de escribir, sino en todo caso al contrario: creo que la poesía lo empujaba, en mayor medida que a otros poetas, hacia un estado de

dolorosa conciencia de su propio ser, y desde luego de su propia singularidad».** Dolorosa conciencia de su propio ser. Se pregunta el psiquiatra: «¿Hay algo más humano que eso? La literatura lo humanizaba y lo llevaba en la dirección contraria de la desestructuración y el aniquilamiento al que su enfermedad lo podía llevar. Pero, claro, eso es muy doloroso. No hay más que leerlo para darse cuenta. El sufrimiento de Leopoldo María Panero en su afán de humanizarse queda reflejado en su poesía. Eso es un ejercicio de libertad». La persona singular que fue se salvó por la escritura. «A Panero no lo destruye la poesía, lo destruye su enfermedad; la poesía lo salva, pero también lo hace sufrir. Y el sufrimiento es propio de la condición humana, por tanto, lo humaniza. Leopoldo María Panero, sin su sufrimiento, hubiera acabado en nada, repitiendo insensateces como manicomial.»

Tampoco resultó fácil la relación con el poeta. Todavía metido de lleno en la escritura, me telefoneó desde la casa de Claudio Rizzo en Las Palmas –mientras este dormía– para pedirme el teléfono de Jaime Chávarri, porque decía que necesitaba dinero –siempre tuvo fondos en su cuenta corriente– y pretendía hacer un anuncio, aunque fuese de papel higiénico. Quería que le enseñase el contrato del libro, pues suponía que los beneficios serían a medias. Me conminó a finalizarlo pronto, porque, aseguró, su vida tampoco era la de Napoleón. Una semana después telefoneó Chávarri y me contó que Leopoldo le había dejado un mensaje. Tras unos instantes de jadeos y respiración profunda (Jaime pensaba que era una llamada obscena y le divertía), la voz cavernosa de Leopoldo le solicitaba los teléfonos de Jorge Berlanga y Santiago Segura. Como no disponía de ellos, Jaime no le devolvió la llamada.

En otra llamada, el poeta me comunicó que podía hacer lo que quisiera con el libro. Afirmó estar asustado con Rizzo; hablaba sigiloso y con prisa. Pretendía alquilar un piso, pero declaró no disponer de liquidez y me solicitó al menos un cinco por ciento de las ventas de la biografía, en la que yo seguía trabajando. Me pidió que le enviara fotocopias de unos cuentos suyos a casa de Rizzo. Ya en el Hospital Psiquiátrico Insular me telefoneó de nuevo para reclamarme los cuentos ya enviados. Sostenía que se los habían quedado «las brujas de Mesa y López», en el domicilio de la familia Rizzo, en referencia a la hija y esposa del italiano.

Desde un locutorio, Leopoldo llamó de nuevo para reclamar el contrato de su biografía y un cinco por ciento de los beneficios. «Tengo abogado», amenazó. Se interesó por la fecha de publicación, pero no por la editorial. Con el libro en la calle, volvió a la carga. «Ya que no hay derechos de autor», dijo, «a ver si me puedes mandar veinte ejemplares más.» Ya le habían enviado libros desde Barcelona.

Le pregunté si lo había leído y me respondió afirmativamente: «Está muy bien, joder». Michi me informó de que su hermano andaba con el libro bajo el brazo por Las Palmas.

Tras la vuelta de vacaciones escuché los mensajes en el contestador telefónico. Leopoldo: «Me dicen que estás ganando millones y me gustaría hablar contigo para aclarar este asunto. Llámame al hospital. Si te dicen que estoy comatoso, diles que es mentira». En sucesivas llamadas me volvió a reclamar ejemplares y distintas cantidades de pesetas, con rebajas incluidas. La última vez que nos encontramos fue en Zaragoza, con motivo de «Poéticas novísimas. Un fuego nuevo», invitados por Túa Blesa. En el comedor del hotel Romareda traté de darle un abrazo cariñoso y me frenó: «No me beses, hippy. ¿Eres maricón o qué?». Durante aquellas jornadas en los corredores del Palacio de Congresos, muy deteriorado, me recordó que teníamos que renovar el contrato. Y tras mirarme con detenimiento, me soltó: «¿Tú para qué quieres tanto dinero, tío?». Respondí: «Se lo debo todo al banco». Desató unas carcajadas desabridas que daban miedo.

El lector tiene en sus manos una nueva edición de *El contorno del abismo* corregida, aumentada y actualizada.

*Marzo de 2023*

# AGRADECIMIENTOS

A lo largo de dos sobrepasados años –para la primera edición– y seis meses para esta nueva, he tratado con muchas personas vinculadas a Leopoldo María Panero. Todas sabían que escribiría esta biografía. A todas ellas debo agradecer la ayuda prestada y la paciencia mostrada. A todas les robé su tiempo para que respondieran a mis múltiples interrogantes. Sus respuestas fueron decisivas. Sin sus testimonios y sin su colaboración no habría sido posible el volumen que el lector tiene en sus manos.

Este libro es mi versión de la vida de Leopoldo María Panero y, por tanto, soy el único responsable de cuantos deslices, omisiones e imprecisiones se hayan escapado. Confío en no haber traicionado las revelaciones efectuadas por todas estas personas. A todos los que me han enviado material gráfico, cartas, recortes de prensa, bibliografía, etcétera; a todos los que han puesto a mi disposición sus anotaciones de diarios y sus recuerdos; a todos los que ayudaron a desentrañar la verdad entre tanta mendacidad; a todos ellos, gracias.

Quiero agradecer de manera especial la colaboración del Instituto Leonés de Cultura de la Diputación de León (Ana Oliver), de María de los Ángeles Rubio (exteniente de alcalde y actual concejala de Cultura del Ayuntamiento de Astorga), Juan José Alonso Perandones (alcalde del Ayuntamiento de Astorga), Manuel Maceiras (decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid), la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, la Biblioteca de la Universidad de Barcelona, la Fundación Juan March, el Servicio de Documentación de RTVE, el Instituto Cervantes de Londres, el Museo Municipal de Madrid (Eduardo Salas), Luis Miranda (director del Festival Internacional de Cine de Las Palmas), Alessandro Dell'Aira (antiguo *preside* del Liceo Italiano), el programa *La ventana* de la cadena SER y los diarios *ABC, El Faro Astorgano* (Isabel Rodríguez), *Egin* (Sabino Ormazábal) y *Diario de Mallorca* (María Pastor).

Quiero expresar igualmente mi reconocimiento a José María Valverde (*in memoriam*), Antonio de Zubiaurre (*in memoriam*), Alfonso Canales (*in memoriam*), Claudio Rodríguez (*in memoriam*), Jaime Salinas (*in memoriam*), Francisco Brines (*in memoriam*), Juan Luis Panero (*in memoriam*), Manuel Vázquez Montalbán (*in memoriam*), Pere Gimferrer, Guillermo Carnero, Francisco Ferrer Lerín –juro que existe–, Jorge de Cominges (*in memoriam*), José María Álvarez, Carlos

Piera, Félix de Azúa, Marcos Ricardo Barnatán, Antonio Colinas, Ignacio Gómez de Liaño, José Miguel Ullán (*in memoriam*), Luis Antonio de Villena, Ana María Moix (*in memoriam*), Vicente Molina Foix, Miguel Casado, Olvido García Valdés, Enrique Murillo, Ángel Guinda (*in memoriam*), Andrés Trapiello, Túa Blesa, Emilio Sola, Juan Manuel Bonet, Joaquín Pérez Azaústre, Ángel Francisco Casado, Jordi Dauder, Enrique Vila-Matas, Javier Barquín (*in memoriam*), Bruno Galindo, Julia Barella, José Luis Pasarín, Antonio Rubio, César Cortijo, Jesús Ferrero, Natividad Massanés, Eduardo Subirats, Mariano Antolín Rato, Luis Artigue, Diego Medrano, José Águedo Olivares, Sebensuí Álvarez Sánchez, Blanca Morel, Carlos Lucio Handwerck, Evelyn de Lezcano, María José Vidal Prado, Ianus Pravo, Félix J. Caballero, Bruno Montané Krebs, Arturo Mantecón, Javier La Beira, Eduardo Chamorro (*in memoriam*) –qué buen narrador oral– y Antonio Martínez Sarrión (*in memoriam*) –*El Moderno* de feliz prosa arcaica–, a quien leo para desasnarme. Nunca olvidaré, del último, las inquebrantables muestras de aliento durante el tiempo que duró el proyecto, entonces incomprensibles para el que esto escribe.

Doy las gracias especialmente a los doctores Baldomero Montoya Triviño, Jesús Alonso Carral, Ramón Vidal Teixidor, José García Ibáñez, Valentín Corcés, José Daniel Oliveros, Manuel Desviat, Javier Buqueras, Francisco Ferré Navarrete, Santiago Rabanal, Margarita Madariaga, Ignacio Basurte Cisneros, Pedro Garatea, Enrique González Duro, Rafael Inglott, Segundo Manchado, Benigno Santamaría, Sergio Sánchez Bustos y Jorge Alemán. También a Rafael García Montesdeoca.

A Joaquín Araujo, Julio Antonio Feo Zarandieta, Lola Díaz, Concha Pérez Rojas, Mariano de Santa Ana, José A. Luján, Stefan Scheuermann, Javier Mendoza, Ricardo Pachón, Eduardo Bronchalo (*in memoriam*), Ignacio Ruiz Quintano, Quico Rivas (*in memoriam*), Diego Carrasco, Merche Yoyoba, Paco Audije, Antonio Pardo, Juan Martín Calatayud –magnífico documentalista, mejor periodista–, José Manuel Delgado, Nuria Buqueras Montiel, que escuchó con más dilección que condescendencia decenas y decenas de horas de cintas magnetofónicas grabadas y las transcribió, a la vez que me dio muchas y buenas sugerencias.

No quiero pasar por alto la inestimable colaboración de Vicente Acebedo Flórez (*in memoriam*) y Alfredo Sánchez Bella (*in memoriam*), así como la valiosa ayuda de Javier Parra, Beatriz de Moura, Jesús Munárriz, Jesús Moya, Carmelo Martínez, Antonio Huerga, Isidro Herrera, Carmen Abad, José Marzo, Adolfo García Darriba, Fernando Corugedo, Antonio Zaya (*in memoriam*), Juan Luis Recio Díaz, Georg Pichler, François-Michel Durazzo y Marcel Hennart.

Este libro ha dado lugar a la ampliación de mi círculo de amistades,

como la de Luis Arencibia (*in memoriam*), a quien debo mucho de lo que aquí dentro hay. Como a Álvaro Delgado (*in memoriam*), Pancho Ortuño, Ricardo Cristóbal, Fernando Beorlegui (*in memoriam*), Detritus, Fernando Cordero, Francisco Sánchez del Campo «Alpasky» (*in memoriam*), Chiqui Abril y Amparo Suárez Bárcena (*in memoriam*).

Mi reconocimiento a quienes han tenido que soportar mis momentos inquisitivos. Evoco a José Moisés «Michi» Panero (*in memoriam*), Marava Domínguez Torán (*in memoriam*), Gedeón Domínguez Torán, Oswaldo Muñoz (*in memoriam*), Mercedes Blanco, Elena Llácer, Jesús Ruiz Real (*in memoriam*) –que me atendió en su lecho, consumido y casi volátil, tocado con unas lentes de alta graduación–, José Sáinz, Silvia Gasset, Diego Perdomo, Fernando Herrera, Adrián Rodríguez del Rosario, Carmen Piera, Eugenia Castillo, Pedro Giral, Francisco Camarasa, Lali Gubern, Rafa Zarza (*in memoriam*), María Fouz (*in memoriam*) –viuda de Rosales–, María del Carmen Jiménez –viuda de Prat–, Anabela Silva, a la letrada Laura Fernández Domínguez –ella sabe bien por qué–, a Nuria Martín de Bernardo, que acertadamente dirigió mis lecturas como solo ella conoce, y a mi amigo el librero Santiago Palacios, que bien podría haber sido un sagaz arqueólogo.

De considerable provecho fue la contribución de Jaime Chávarri, Ricardo Franco (*in memoriam*), Iván Zulueta (*in memoriam*), Joaquín Jordá (*in memoriam*), Orestes Romero, Carlos Ann, Yolanda Mazkiaran, Marisa Paredes, Diego Galán (*in memoriam*), María Ruiz, Joaquín Lledó (*in memoriam*), Arturo Pousa, Pere Joan Ventura, Belarmino de Paz, Javier Huerta Calvo y Carmen Iglesias, a quienes agradezco todos los instantes que se dejaron robar.

Sería del todo improcedente finalizar esta retahíla de menciones sin reconocer al propio poeta la ayuda prestada a mis reiteradas consultas, aunque no siempre fueron colmadas, porque como él mismo sostiene: «Solo soy a ratos».

# EL CUENTO DE LA VIDA

Llovía como en una novela gótica. No me acercaba a la mansión de Norman Bates y su queridísima madre. Tampoco se trataba del usual caserón misterioso de ventanas abuhardilladas. Hice casi quinientos kilómetros desde Madrid para encontrarme con Leopoldo María Panero en Irún. Había concertado previamente la cita con el poeta madrileño mediante una llamada telefónica al Sanatorio Psiquiátrico Hermanos San Juan de Dios, de Mondragón. También hablé con Felicidad Blanc para confirmar el encuentro en la calle irunesa de Cipriano Larrañaga, su domicilio de entonces. Era el verano de 1988 y fin de semana –tenía permiso para pernoctar fuera del sanatorio–. Realicé este viaje para grabar una entrevista con Leopoldo; algunos fragmentos fueron incluidos en un guión radiofónico para una serie de trece capítulos que hice en la desaparecida Radio Cadena Española. La serie llevaba por título *Mis malditos favoritos* y fue emitida en diciembre de 1988.

Fui recibido por aquella dama dulce y elegante de pelo nevado que yo había visto en *El desencanto*. Me hizo pasar directamente a la habitación donde su hijo Leopoldo reposaba envuelto en un mar de humo y luz mortecina. Era la hora de la siesta, el sol estaba oculto y el aguacero sonaba en el interior de aquella pieza. Leopoldo fumaba tumbado en la cama; un desnudo colchón sobre el suelo flanqueado por dos mesillas de noche bajas. Sobre la de su derecha, un flexo alumbraba aquella cara de loco boquiabierto, aunque todavía no sé bien cuál es el rostro de la locura. Un cenicero atestado acompañaba a unos libros: el primero de la pila recuerdo que era un título de Cioran. En la otra mesilla, otro montoncito encabezado por una obra de Genet.

Leopoldo, enfundado en un pijama de abierta solapa ensuciado por restos de babas, me saludó con un sobrio «qué hay» de mirada fija. Aquella imagen en penumbra me causó un gran impacto. Felicidad, desde el umbral de la habitación, le animaba a un aseo inmediato. Me retiré al salón y conversé con aquella mujer mientras él se vestía. No se duchó.

Fue la primera vez que estuve frente a frente con Leopoldo. Sin embargo, tenía conocimiento de sus andanzas desde finales de 1975. Todavía le recuerdo al entrar en el rebosante pub Santa Bárbara, en el número 3 de la madrileña calle de Fernando VI. Entre el gentío de noctívagos de fin de semana apareció el poeta envuelto en una gabardina, sin un zapato y riendo de ese modo tan peculiar que tiene

Leopoldo. Los camareros tuvieron que ponerle de patitas en la calle. También llovía.

En otoño de 1976 vi *El desencanto* en el hoy desaparecido cine Palace de Madrid y quedé atrapado por el personaje. El segundo de los hermanos Panero cobró un interés singular para mí. Me atrajo como me atrajo siempre el perdedor, el raro, la locura –sobre toda mi generación, la locura ejerció una fascinación un tanto absurda–; quizá porque se han mitificado en exceso estas figuras envueltas en un halo romántico. Y, qué remedio, porque estos personajes tienen una vida apasionante, distinta del resto.

Rastreé las librerías en busca de su obra anterior a 1976 –una *plaquette*, dos libros y dos traducciones– y me puse a seguir sus pasos. Empecé a recortar cuanto se publicaba sobre él y entrevistas, reseñas y artículos comenzaron a formar una carpeta en mi exiguo archivo. Sabía que algún día escribiría algo. Y así fue. Primero, el capítulo de la serie radiofónica citada y posteriormente un trabajo, con el material grabado en mi viaje a Irún, para la revista *Los Cuadernos del Norte* que titulé «Leopoldo María Panero, seguro de haber muerto» (diciembre 1988enero 1989, número 52).

En octubre de 1992 visité de nuevo a Leopoldo acompañado de un amigo fotógrafo. El único contacto que tuvimos con la entidad manicomial fue el vestíbulo del sanatorio. Durante la espera, junto a la recepción, se nos acercó un interno joven en pijama –oculto por una bata– y desaseado. Se declaró amigo de Panero –allí perdió el nombre propio–, nos pidió una china y masculló: «Aquí viene bien». Cuando llegó Leopoldo, despectivo con él, le retrucó en voz alta que nosotros no teníamos hachís. El joven interno pordioseó a Leopoldo para que comprara en el pueblo. Durante los escasos kilómetros que separan el hospital de la villa de Mondragón el poeta fumó con ansiedad, sacudiendo la ceniza sin importarle dónde. Nos explicó que ese muchacho era el autor del título *Globo Rojo*, la antología de textos de enfermos mentales del sanatorio de Mondragón, editada por el propio Leopoldo.

Le propusimos ir a comer, que eligiese el lugar. Nos llevó a un hipermercado. En Euskadi, en la patria de la gastronomía, nos metió en un lugar impersonal, de comida infame y con un fétido olor. Entre una irrespirable humareda de mala cocina, rodeados de molestos carritos de la compra y un ensordecedor telediario, digerimos un escuálido y seco filete con patatas congeladas. El retrato que tantas veces había escuchado de Leopoldo comiendo era mera ficción: la realidad resultaba más dura. Manos que cruzaban la mesa en busca de algo, boca abierta salpicando pedacitos de materia, dentadura desajustada, cigarrillos aplastados sobre un aniquilado filete. Y todo a la velocidad del rayo.

Tras la comida nos sugirió la idea de visitar el santuario de Aránzazu, en Oñate. En la misma puerta del templo mariano regentado por franciscanos, Leopoldo se puso a orinar. Ni un solo fraile interrumpió aquella micción. En el santuario, el poeta nos confesó que asistía a misa de vez en cuando, revelación que luego confirmamos con el capellán del Sanatorio Psiquiátrico Hermanos San Juan de Dios. El clérigo nos dijo que Panero era creyente, aunque no tenía «la fe suficiente como para confesarse».

En junio de 1995, acompañado de una buena amiga, visitaba uno de esos establecimientos que más que librería diríase hipermercado de libros, cuyos fondos se limitan a las novedades editoriales. Son cómodos de ver. A la salida mi acompañante me entregó un volumen empaquetado con esmero, como para fecha señalada. Cuando abrí el envoltorio, aquel regalo me causó una tremenda desazón. Un libro, con foto de Leopoldo María Panero solarizada y coloreada en la portada, titulado *Leopoldo María Panero, el último poeta*. El autor, Túa Blesa. Con cierta angustia comencé a hojear aquellas páginas impresas; pero pude respirar con alivio. Pensé que alguien había llevado a cabo la idea que me rondaba hacía años: escribir la biografía de Leopoldo. Por tanto, el profesor de la Universidad de Zaragoza Túa Blesa es el culpable de la decisión de ejecutar este trabajo. Al menos del arranque.

Me propuse cuatro vías de investigación: correspondencia, testimonios, hemerotecas y bibliografía histórica. Comencé llamando al doctor Manuel Desviat, director del Instituto de Salud Mental José Germain, de Leganés. Sabía que conoció a Leopoldo durante su estancia en el manicomio de Santa Isabel. Telefónicamente, Desviat me sugirió que hablara con Luis Arencibia, grabador, vecino de Leganés y coautor con Leopoldo María Panero del libro *Locos*. Así lo hice. Mantuve con él una larga conversación y me recomendó –casi de modo impositivo– que tomara contacto con Javier Parra, responsable de la primera edición de *Locos*. Según Arencibia, Parra tenía un material espléndido, cedido por Michi Panero, sobre Leopoldo María y su familia. No se equivocó.

Javier Parra puso a mi disposición todo aquello: correspondencia, fotografías, documentos, recortes de prensa, textos originales… Aquel hombre que acababa de conocer me entregó una pila de carpetas para que dispusiese de su contenido. Le ofrecí mi carné de identidad como prueba de mi buena voluntad, porque no daba crédito a lo que me estaba sucediendo. No hizo falta. Me llevé la documentación de su domicilio y fotocopié lo concerniente a Leopoldo María Panero. Enseguida la devolví, porque aquellos documentos me quemaban en las manos.

Trabajando en la clasificación y ordenación de este valioso archivo,

comprendí rápido que había sido Felicidad Blanc la autora de tan útil tarea. Solo una madre como Felicidad guardaría los primeros poemas por ella transcritos en una tarjeta oficial cuando Leopoldo María Panero era un niño de cuatro años, el recordatorio de la primera comunión, el permiso de conducción del club de mini-cars que obtuvo a los once años, el carné de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas de Madrid que tenía a los trece, el carné del Club de Amigos de la Unesco… Todo. Felicidad guardó todo lo referente a su hijo Leopoldo María desde muy tierna edad. Debió de tener la premonición de que Leopoldo tarde o temprano tendría relevancia en las letras españolas.

Cuando decidí iniciar este trabajo sobre el poeta madrileño tan solo pensé en entrevistar a los compañeros de la generación novísima, a algún psiquiatra, a sus editores, a Jaime Chávarri y a Ricardo Franco, a Juan Luis y a Michi Panero; y, por supuesto, a Leopoldo María. Pero la correspondencia y demás documentación cedida por Parra me dio nuevas claves, si no todas.

La tan errática vida del personaje me obligó a realizar una labor prácticamente detectivesca; tuve que localizar cadáveres y muertos vivientes. Ha sido una labor de tenaz y minucioso rastreador. He mantenido una nutrida correspondencia: sistema comunicativo, el epistolar, poco frecuente en la actualidad. Quizá haya sido esta generación, la de Leopoldo, la última en cultivar el género postal. Sobrepasó el centenar el número de personas con las que tomé contacto, recibí negativas firmes de tres, no respondieron catorce –entre ellas, algún que otro significado silencio–, doce aportaron su testimonio por escrito y grabé sesenta y nueve entrevistas.

Soy consciente de los riesgos que entraña escribir acerca de los vivos. Esta historia de Leopoldo María Panero es la suma de muchos relatos –siempre contrastados– y me hago cargo de que nunca será la historia verdadera, sino la aproximada. Cuento la vida del otro en boca de otros. La verdadera será la que el propio biografiado construya, la que él quiera construir. Pero ya lo explicó hace muchos años cuando dijo: «Hacer mi propia biografía es hacer que la vida desaparezca y se convierta en biografía».[1]

Solo ahora comprendo y uso las palabras que me espetó Marcos Ricardo Barnatán: «Entiendo la soledad del biógrafo». Resulta difícil la reconstrucción de una vida sin colaboración; sé que he sido pesado, he tenido que insistir cuando un dato o una fecha no me encajaba en el puzle que durante tantos meses he ido construyendo. Cada vez que pensaba que todas las piezas me encajaban, algo nuevo me alteraba y entraba en un proceso neurótico. La precisión me obsesionaba. Volvía a ponerme en contacto con la fuente que me suministró tal información. Cuando lograba encajar las trizas sentía un alivio

enorme, estaba radiante. En otras ocasiones, cuando creía tener la lista de testimonios cerrada, siempre aparecía alguien sin mala fe que me interrogaba: «¿Has hablado con Fulano?». Y si no lo tenía censado entre mis notas entraba de nuevo en un proceso desequilibrante. Resultaba angustioso ver que nunca concluía la lista de personajes a tener en cuenta. Pero, sabiendo que el sujeto estudiado ha llevado una vida tan nómada, resulta comprensible el interminable cupo de testimonios.

Frente a la pereza he logrado mucha colaboración y ayuda, pese a haber podido presentar la estela de oneroso. Algún contemporáneo de Panero quedó extrañado del objetivo de este trabajo: «¿No te parece demasiado prematura la biografía de Leopoldo?». Ahora creo firmemente que este hombre de cincuenta y un años tiene más vida que toda su generación junta. Al menos, fuera de la norma y, quizá, no tan tediosa.

Tras aplazar la visita a Ibiza, número 35, en varias ocasiones a causa de la enfermedad de Michi –polineuritis y cataratas pasaron factura a la militancia de copas y vigilias sin fin–, un día triste de noviembre llamé a aquel timbre del tercero, letra D, por primera vez en mi vida. Tardaban en abrir, al menos a quien allí esperaba se le hizo eterno el lapso. Oía un arrastrar de pasos por un largo pasillo –imaginaba, gracias al celuloide–. Estaba inquieto porque no sabía con qué personaje me encontraría ese temido día, pues entre tantas conversaciones telefónicas previas hubo momentos de impertinencia. Me recibió un Michi prematuramente anciano, en calzoncillos estampados; bajo la pretina le asomaba un pingajillo que en tiempos de gloria debió de ser el pene. La parte superior la cubría con un Lacoste viejo y arrugado. Le había despertado y apareció, avanzada la tarde, legañoso y con el cabello ceniza alborotado; lo encontré como oxidado. Su talle enjuto me recordó al kafkiano artista del hambre. Arrastró sus piernas de jilguero desahuciado por un lúgubre y ruinoso pasillo y desembocamos en el salón, tapizado por lo que en su momento fue una magnífica biblioteca. Entramos en una atmósfera de soledad y tinieblas. Toda la casa estaba desnuda, con bombillas descubiertas –pocas y ocasionalmente tiritonas–, sin calefacción por impago, abundante suciedad y un repugnante olor a basura acumulada. Aquel piso no se ventilaba desde tiempo imprecisable. Según me confesó Michi, en verano encontraba cucarachas hasta en el interior de los calcetines.

Abrió la botella de vodka que me exigió como impuesto para visitarle y comenzamos a charlar. Se sirvió en una jarra con huellas de espuma de cerveza adherida a sus sucias y vidriosas paredes tiempo

atrás. Estábamos sentados junto a la ventana –de persiana averiada y con varias lamas rotas– en un sofá con restos de naufragios en su respaldo: era un mapamundi. «Aquí me tienes, como Kafka», resolvió distante. «En Praga», añadí. «En bragas», corrigió. Y el pingajo seguía testificando.

A lo largo de la conversación grabada, Michi, siempre proclive al sarcasmo –verdadero especialista en precisiones envenenadas–, me hizo una confesión: él iba a ser el décimo novísimo. Pero lo más pasmoso del asunto es que han sido varios los que me han hecho tan notable revelación. Los he creído a todos. Ninguno está resentido, todos están encantados de haber quedado en el umbral de la controvertida antología de Castellet, finalmente compuesta por nueve poetas.

La charla acabó con una tonalidad taciturna por parte del menor de los Panero. Aquel profesional del chisme –maligno, pero con mucho ingenio–, que ejerce de impertinente, tomó su inicial discurso agresivo en una oratoria lánguida, melancólica. Eso hizo que una emoción repentina se apoderara de mí. A él le debió de suceder algo semejante, porque me obsequió con una foto enmarcada de su padre con Azorín y Rosales. «Límpiala», sugirió.

Juan Luis, conversador brillante, estuvo muy cordial y esperanzado con el trabajo sobre su hermano. Espera que sirva para deshacer el malentendido existente sobre una pugna entre ambos. Los dos hermanos mayores se ignoran ceremoniosamente; de eso no cabe duda alguna. Juan Luis atendió todas y cada una de las interminables llamadas que le hice. Coqueto y locuaz, de gestos solemnes, el primogénito de los Panero me relató cronológicamente toda su vida, a veces con una precisión insultante. Era Funes el memorioso. Aquel representante de una grandeza en declive, de apellidos sonoros y modos muy dandis, me recibió en su casa de Torroella de Montgrí (Gerona).

Mantuve, en algunos casos, unas complejas relaciones con los profesionales de la salud mental. Los psiquiatras se encontraron ante el dilema de traicionar el secreto debido al paciente y el interés, no en todos los casos, de colaborar en la investigación.

Según los profesionales, el secreto médico es una obligación y un derecho de los enfermos, con un claro objetivo: salvaguardar la confidencialidad y proteger la salud del paciente (la fuente de información). Como el enfermo es el titular del derecho de reserva y, por tanto, el acreedor del secreto, el médico habrá de responder y

entregar la información siempre que conste la autorización del enfermo.

Para lograr las fechas en que Panero estuvo y fue tratado en todas las instalaciones hospitalarias utilicé bien su autorización por escrito o bien la de su hermano Michi, quien se autoproclama su tutor. Tan solo tuve acceso a una historia clínica, documento en el que se recoge la relación médico-enfermo. El psiquiatra que me facilitó dicho historial, que mantuvo una larga y estrecha relación terapéutica con Leopoldo, opina que, en el caso que nos ocupa, un personaje público del mundo de las letras, toda su documentación debería ser patrimonio universal.

Otro de los psiquiatras de Leopoldo me recomendó, como mejor método de investigación biográfica, la lectura de sus textos. Según este profesional de la salud mental, el sujeto-poeta «habla» a través de su obra: «Dice lo que quiere decir (el significado manifiesto), pero también aquello que él mismo no sabe que sabe (me refiero al contenido latente, íntimamente ligado al inconsciente)». Aunque el razonamiento resulte casi perogrullesco (es cierto que Leopoldo María Panero escribe sobre sus obsesiones; sus experiencias vitales, sus vivencias psicóticas son fuentes de sus poemas y, por tanto, poesía y vida del autor se identifican), la biografía del poeta no resulta tan fácilmente abordable y menos aún a través de su obra: «En mi poesía hay demasiados trucos que esconden la vida»,[2] respondía el poeta a la pregunta de si se podría hacer con su poesía una biografía íntima. Yo he podido constatarlo.

La vida de Panero tiene muchas semejanzas con la de Verlaine. El francés intentó estrangular a su madre en varias ocasiones, aunque vivió cuanto pudo pegado a ella; fue un alcohólico pertinaz, bisexual, presidiario, conferenciante y subvencionado. El poeta impresionista fue víctima de trastornos nerviosos y peregrinó por diversos hospitales; ejerció una poesía desgarrada, mística y erótica… Pero si Leopoldo María Panero es el sosias de alguien es de Antonin Artaud. Tanto en uno como en otro caso, el personaje ha sobrepasado a su propia obra. Los dos autores comenzaron el periplo hospitalario casi a la misma edad, los dos han estado incluso en la misma orden hospitalaria: San Juan de Dios; las dos personalidades llegaron a seducir a algún que otro psiquiatra, sufrieron y denunciaron los latigazos de los electrochoques, fueron compañeros de viaje de comunistas y surrealistas, y ambos fueron actores de cine y de radio. Ninguno de los difíciles autores tuvo buenas relaciones con el padre: solo a la muerte del progenitor se acercaron a la madre para luego acabar odiándola. Tanto Artaud como Panero, de similar comportamiento ante la mesa, desdentados de boca espumajeante y cabellos alborotados, tienen escarceos con la mística pero detestan la religión, coquetearon con las drogas, la alquimia, la cábala y los naipes. El madrileño asalta algún

poema con un conjuro –«verf barrabum»– como el marsellés sus textos –«O katatruk sebil stahula»–. Los dos pasaron constantes apuros económicos, admiraron a E. A. Poe, y estuvieron hechizados por *Peter Pan* y *El señor de Ballantrae.* E igualmente tradujeron y adaptaron al británico Lewis Carroll.

Así como Artaud viajó a Irlanda para entregar el bastón de San Patricio y en una pelea fue golpeado con una barra de hierro en la espalda, su clónico Panero viajó a Palma de Mallorca y sufrió una agresión con navaja de un sujeto desconocido. Ambos autores mitificaron estas agresiones hasta el punto de delirar con una conspiración contra ellos. Los dos sufren manía persecutoria.

Todavía más: Leopoldo María Panero declara ser el Pesanervios de Antonin Artaud.[3] Es decir, un completo abismo para quien el absurdo anda sobre sus pies; alguien para quien sus obras son los desperdicios de sí mismo, «esas raspaduras del alma que el hombre normal no acoge». En definitiva, un imbécil, por supresión del pensamiento. Aquel que conoce los rincones de la pérdida, con un espíritu interior arruinado y con los nervios destrozados. Artaud y Panero viven en la muerte y los dos conocen la soledad del manicomio. Su única solución, parece.

Para terminar con el paralelismo biográfico hay que reseñar que ya en el lejano 1971, cuando Leopoldo María no había hecho más que iniciar el calvario sanatorial, su entonces amigo Pere Gimferrer vio factible en el poeta madrileño la actitud de Artaud; atisbó que Leopoldo podría, «como Artaud, organizar, desde la Sinrazón, un discurso razonable, ser un poeta constructivista a partir de la destrucción».[4] Por entonces, nuestro autor solo había publicado *Así se fundó Carnaby Street.*

Ni que decir tiene que con Leopoldo María he tenido diversos encuentros. Aunque sin la precisión de su hermano Juan Luis, recuerda perfectamente todas y cada una de las cosas que le han sucedido a lo largo de su dilatada existencia, aunque en ocasiones es de memoria fragmentada y caprichosa –«Solo soy a ratos»–. No es paciente, a pesar de haber esperado toda su vida.

Sin afán de ser morboso, he procurado no ahorrar ninguna de las muchas miserias del hombre, por la sencilla razón de querer constatar que una vida tan turbulenta da luz y sirve de exégesis a la poesía de Leopoldo María Panero, una poesía sin oscuras golondrinas. Una poesía para quien realmente la necesita.

El anecdotario apócrifo de este poeta es variopinto. Su biografía tiene mucho de mito y mucho de fábula. En gran parte, la leyenda y la épica en la persona de Leopoldo María Panero han estado alimentadas por familiares y amigos. Tiene, sí, muchos agujeros negros. Él, ya cansado, detesta tanta invención –exageración o deformación: falsa

leyenda–. Le aburre. Igual que aborrece la murga del «malditismo». Sabe que está atrapado en la leyenda de autor maldito que se ha forjado en torno a él y de la que con cólera reniega. Leopoldo María Panero no se considera un autor maldito, aunque es consciente de que molesta y desagrada.

Si maldito es antagónico de publicaciones abundantes o frecuentes apariciones en los medios de comunicación, Leopoldo no lo es. El madrileño no es un poeta novel. Lleva publicando desde los veinte años, tiene veintidós títulos en solitario en la calle, tres antologías, reediciones, ediciones y traducciones, obras en colaboración, prólogos; ha saltado los Pirineos. A Leopoldo se le ignora o tacha, pero no es un desconocido para la sociedad. Es sencillamente diferente. Por eso abomina del «malditismo».

Leopoldo María Panero comprende su propia circunstancia –¿loco?–; colaboraba en radio: sabía que cada miércoles tenía su tertulia (hoy desaparecida); racionaliza su tiempo, escribe –¿loco?–; administra sus ingresos, tiene tarjeta de crédito: retiene su clave –¿loco?–. Tiene memoria y nuestra memoria es nuestra coherencia –¿loco?–. Tiene «una lucidez rara, pero lucidez», como él mismo reconoce.

Me escribía desde Reus (Tarragona) el doctor García Ibáñez:

> Una persona con el don de crear, puede llevar a término su obra en cualquier lugar. Con Leopoldo María Panero se daría la gran paradoja de que estando encerrado su obra llega más lejos en el espacio y en el tiempo (porque perdurará) de lo que nunca llegarán nuestras actividades, la de cualquier persona corriente que anda por la calle […]. Leopoldo María Panero todavía hace algo más: aporta a los demás lo mejor de sí mismo. Y eso es un signo de salud mental.

Quizá para el lector, Panero viva consecuentemente con su pensamiento, acorde con su «malditismo». Quizá el lector piense que los poetas han de mostrar su autenticidad de ese modo. Quizá piense que la vida de este hombre es la dramáticamente correcta. Quizá piense eso, dramáticamente.

*Marzo de 1999*

# 1. LA GARRA MARAGATA (ANTECEDENTES)

El hombre ha desaparecido por completo. Ha quedado la leyenda. Esta es una de las cosas importantes de los malditos, a partir de Byron, cuando se empezó a tomar en cuenta la biografía.

LEOPOLDO MARÍA PANERO*

Hubo en España dos poetas leoneses que, enmarcados en el llamado grupo del 36, representaron la cima de la Escuela de Astorga;** son los hermanos Panero: Juan y Leopoldo.

Moisés Panero y María de Guadalupe Máxima Torbado, conocida por Máxima, tuvieron seis hijos: Odila, Juan, Leopoldo, Asunción, María Luisa y Charo. Máxima era la hija única del acaudalado matrimonio formado por Quirino y Odila, que vivían a siete kilómetros de Astorga, en Villa Odila, situada en el paraje conocido como El Monte. La finca, de aproximadamente dos hectáreas y media, alambrada con cinco hilos, se encontraba enclavada en un pequeño encinar de Castrillo de las Piedras. Moisés, licenciado en Derecho, copropietario de la Fábrica de Harinas La Maragata y director del Banco de Santander en Astorga, era el tercer hijo de Juan y Niceta, que fueron padres dieciséis veces. Los Panero eran toda una institución en la ciudad.

Los dos únicos varones fruto del matrimonio entre Moisés y Máxima dedicaron su vida a la poesía desde muy temprana edad.

Juan José Panero Torbado,[1] aunque nadie le llamó nunca Juan José, nació en la episcopal Astorga el 2 de abril de 1908. Aficionado al dibujo y la caricatura, Juan comenzó a leer en la más que aceptable biblioteca del abuelo Quirino. Con diecisiete años fundó con un grupo de amigos una publicación local de periodicidad semanal y formato tabloide que llevó por título *La Saeta*, donde se ocultaba tras el seudónimo de Juan de Mena. Con posterioridad, en 1928, se fundó el semanario de carácter local *Humo*. Eran revistillas de temporada estival.

Ya estudiante en Madrid, colaboró ocasionalmente en la revista *Brújula*, fundada en 1932 por Ricardo Gullón –primo segundo de los Panero– e Ildefonso Manuel Gil. Y en ese mismo año gestaron *Literatura*, publicación por donde también paseó Juan Panero su encendida lírica.

Su vida en la metrópoli transcurrió al lado de Ricardo Gullón, Luis

Rosales, Luis Felipe Vivanco, José Antonio Maravall y su hermano Leopoldo, entre otros. Un grupo que posteriormente se caracterizaría por una preocupación acentuadamente católica y una ideología política muy definida. Pero Juan se enamoró y relegó los estudios. El padre lo apartó de Madrid.

Leopoldo era más joven que Juan. Leopoldo Julio Quirino Pedro Panero* nació el 21 de octubre de 1909, también en la ciudad leonesa. Igual que su hermano Juan, Leopoldo tomó contacto con la lectura en casa de los abuelos maternos, donde saboreó la colección de novelas del andarín Quirino. También fue fundador de *La Saeta*, donde se agazapó tras el seudónimo de Critilo.

Cuenta Ricardo Gullón[2] que Leopoldo prefería la carrera de las armas y en 1923 preparó el acceso a la Academia de Ingenieros, en Guadalajara, aunque no llegó a ingresar. Estudió Derecho en Valladolid y llegó a Madrid en el año del fracasado pronunciamiento militar, conocido como la Sanjuanada*,* en 1926. Vivió en una pensión de la calle del Carmen con su hermano Juan. Ninguno de los dos hermanos simpatizaba con el Directorio de Primo de Rivera.

En 1928, en plena algarabía contra la dictadura, Leopoldo marchó de vacaciones a Larache (Marruecos), donde un cuñado suyo estaba destinado como capitán de infantería. Desde allí escribe a sus padres para que reclamen a Juan los números de *Humo* y le sean enviados.

En otoño de 1929 al poeta astorgano le diagnosticaron una infiltración tuberculosa y fue internado en el madrileño Sanatorio de Guadarrama para hacer una cura de reposo. Aprovechó para leer poesía y perfilar lo que muchos años después serían los *Versos al Guadarrama*, un canto elegiaco a los pinares y canchales de la sierra madrileña, a la luz de sus cumbres y al aroma de sus retamas y piornos. De regreso en Madrid para continuar sus estudios de Derecho, Panero se convierte en un verdadero postulante. Toda la correspondencia que mantiene con sus padres durante esos años es absolutamente implorante. «Desde la habitación de mi casa, en una tarde de domingo, solo y sin dos pesetas en el bolsillo [...] necesito también merendar y merendar fuerte [...] una peseta de tranvía, otra de merienda, al mes: sesenta pesetas. Seis u ocho días ir al teatro o al cine veinticinco pesetas, recibo de la academia y gastos imprevistos quince», escribe el 6 de octubre de 1929 desde Madrid. El estudiante pedigüeño cuenta a sus progenitores, en cuartillas con membrete del café Lion –lugar muy frecuentado por los hermanos Panero–, los precios de las pensiones, los de los libros, las condiciones de las habitaciones y su precario sustento: «Me permití hacer cálculo de gastos en atención a datos exactos. Respecto a mis cien pesetas mensuales [...] ahora necesito –indefectiblemente– una respetable cantidad diaria para locomoción y requiero cuidar mi alimentación»,

remitía el 2 de octubre de 1930.

En las aulas de la Universidad de Madrid entabló amistad con José Antonio Maravall Casesnoves. Juntos asistieron a reuniones interminables en casa de la pensadora malagueña María Zambrano, cargadas de discusiones literarias, filosóficas y religiosas.

Con el advenimiento de la República y la llegada de César Vallejo a España, donde se vio obligado a quedarse en 1931 porque el Gobierno francés no le permitió entrar en Francia debido a su militancia comunista, Leopoldo Panero llevó al autor de *Trilce* a Astorga. Durante tres días, en Navidad, Vallejo estuvo en la casa de los Panero. Hay quien recuerda a Leopoldo paseando por la pétrea Astúrica con una pequeña insignia de plata con la hoz y el martillo prendida en la solapa.[3]

A principios del año 1932, Panero, entonces orteguiano y vanguardista, marchó a Inglaterra para estudiar el idioma y hacer currículo para su entrada en la Escuela Diplomática. El 11 de enero escribe desde Londres a sus padres y entre otras cosas les dice: «Recibí vuestra carta y el cheque, bienvenido sea». Con veintitrés años continuaba siendo el mismo señorito sablista y vivía poco gratificado entre el frío intenso y las fuertes heladas de Londres: «Continúo en la incertidumbre, estudiando inglés y aburriéndome de un modo loco […] niebla continua y casi noche continua. Esto entristece al moro Muza; yo hace ocho días que tengo los nervios como alfileres» (17 de noviembre de 1932).

En 1934 Pablo Neruda se instala en España. En Madrid fue homenajeado por los poetas, entre ellos los hermanos Panero.[*] Leopoldo, desde Londres, anuncia a sus padres su traslado a Newcastle y les anticipa su próxima marcha a Francia para ampliar sus conocimientos de idiomas. El 17 de enero de 1935 escribe: «En cuanto a Francia yo tenía pensado no ir a Tours, sino cerca de Tours –a Poitiers–, donde no hay extranjeros de ninguna clase sino franceses y una vieja Universidad […]. ¡Estos domingos ingleses son más horrorosos que los de Astorga, y ya es decir!».

Tan solo una semana antes del golpe de Estado llegó Leopoldo del extranjero. El 11 de julio de 1936 apareció en su ciudad natal. Y el día 18 el joven republicano Juan Panero se incorporó al ejército de los sublevados como oficial de complemento en León. Este mismo año, en mayo, Manuel Altolaguirre le había publicado su único poemario, *Cantos del ofrecimiento*, en la colección Héroe; libro que, con la turbulencia bélica, pasó desapercibido. Sin embargo, poco duró la alegría por su bautismo literario, porque el 7 de agosto de 1937 el alférez Panero encontró la muerte en la carretera de León, víctima de un accidente automovilístico. Había pasado el día con la familia en la finca de Castrillo y volvía a León, pero no llegó. En un recodo de la

carretera derrapó el coche y volcó. Su cráneo golpeó contra el techo del vehículo y murió vestido de uniforme. A los veintinueve años dejó obra póstuma y dispersa. Dicen los «panerólogos» que Leopoldo no hubiera llegado a significar lo que significa sin la existencia de su hermano Juan. «A mí, personalmente, me afectó de una manera contundente y directa la muerte, ocurrida en 1937, de mi hermano Juan, que había vivido conmigo las primeras esperanzas, los primeros versos, las más puras y nobles ilusiones del alma.»[4] Al contrario que su hermano, Leopoldo no se incorporó a filas y se quedó en casa. Pero el 19 de octubre de 1936 fue detenido bajo la acusación de pertenencia al Socorro Rojo y al día siguiente trasladado al convento santiaguista de San Marcos de León, transformado en cárcel. Allí vio cómo sacaban a Ángel Jiménez, novio de su hermana Asunción, sin otro objetivo que darle un «paseo». El 5 de noviembre escribe a su hermano Juan desde prisión: «Querido hermano […]. Recibí la manta y la muda, por cierto debes advertir a casa, no incluyan notas con la muda pues no se permiten».

Máxima Torbado, la madre, que conservaba toda la correspondencia mendicante de su hijo, marchó con ella a Salamanca para demostrar que Leopoldo no recibía dinero de ninguna organización, sino que dependía de la familia; y visitó a Miguel de Unamuno para que intercediese por su vástago, con quien había coincidido en Cambridge. Pero el polémico profesor vasco no era en aquel momento la persona más adecuada para intervenir ante la dialéctica del azul mahón y la pistola al cinto. Sin embargo, una pariente lejana de los Torbado fue la clave: Carmen Polo, la esposa del general Franco. En efecto, el 18 de noviembre Leopoldo Panero Torbado estaba en la calle. Pero, ante la falta de claridad sobre el porvenir español, y tras una nueva visita policial, el astorgano ingresa de soldado en el bando insurgente como lugar más seguro; su ingreso en la Escuela Diplomática quedó frustrado. Y acabó la guerra en el bando de los vencedores.

Una vez finalizada esta, los hijos solteros de los Panero se instalaron en un piso de la calle de Don Ramón de la Cruz, número 50, de Madrid. Leopoldo vive con sus hermanas y ya ha tomado contacto con Luis Rosales, su gran amigo.

Otro buen amigo de los años de estudiante, José Antonio Maravall,* prestigioso historiador y ensayista que había colaborado con Leopoldo en varias publicaciones, y su novia María Teresa Herrero Morales, le presentaron al treintañero Panero a una joven del madrileño barrio de Salamanca, Felicidad. María Teresa y ella se conocieron en el Madrid en guerra y entablaron amistad. Entre las dos chicas arreglaron la cita con Leopoldo Panero, recién llegado del extranjero. Fue en el Museo del Prado, en una de las salas dedicadas a la pintura italiana, frente a una copia de *La Gioconda* y allí se presentó la joven y acicalada

Felicidad Blanc. Aunque el encuentro no fue nada excepcional, poco a poco los nuevos conocidos se ennoviaron.

Felicidad Blanc y Bergnes de Las Casas era hija del eminente cirujano José Blanc Fortacín** y Felicidad Bergnes de Las Casas. El bisabuelo materno de Felicidad Blanc fue Antonio Bergnes de Las Casas,* helenista, editor y rector de la Universidad de Barcelona. Del matrimonio Blanc-Bergnes de Las Casas nacieron cuatro hijos: Luis, Margot, Eloísa y Felicidad.

Aquel poeta sin obra que era Leopoldo Panero enamoró a aquella burguesita que había jugado al hockey con poca fortuna. Muchas fueron las tardes en vilo que pasaron en el madrileño Café de las Salesas, muchas horas lentas. Sin embargo, a los padres de Felicidad aquel joven maragato de manos grandes que prepara oposiciones les parece tosco, no es el hombre que su delicada y refinada hija necesita y merece. Por entonces, Leopoldo frecuentaba con Luis Rosales una tertulia en el café Lion y colaboraba en la revista *Escorial*, donde iba dando a conocer sus poemas. Con la firma de un contrato con la Editora Nacional para hacer una antología de poesía hispanoamericana, Panero empieza a ganarse la vida y propone matrimonio a su novia, Felicidad.

El 29 de mayo de 1941, coincidiendo con el aniversario del casamiento de los padres del poeta y de su hermana María Luisa, Felicidad y Leopoldo contrajeron matrimonio en la capilla del colegio de María Inmaculada, de las Hijas de la Caridad, en el número 18 del madrileño paseo del General Martínez Campos. Los padrinos fueron José Blanc Fortacín y Máxima Torbado de Las Cuevas, y los testigos de tal evento fueron Manuel Machado Ruiz, Manuel Gil de Santibáñez Yáñez, Primitivo de la Quintana López y Segundo Rodríguez Jardón. Entre los asistentes se encontraban Luis Rosales, Gerardo Diego y Luis Felipe Vivanco. La celebración tuvo lugar en el distinguido y ceremonioso hotel Ritz. Cuenta Felicidad Blanc[5] que la luna de miel la pasaron en la playa de San Juan, en el litoral levantino.

Con posterioridad, y como prolongación, fueron a Castrillo de las Piedras para acabar el viaje de novios en la casa familiar de los Panero, en Astorga.

En la primavera de 1942, el matrimonio se instala en el número 35 de la calle de Ibiza de Madrid, un piso de alquiler próximo al parque del Retiro. En la acera de enfrente vivía el poeta sevillano Adriano del Valle.

El primer hijo del matrimonio, de nombre Juan Luis, nace el 9 de

septiembre; es el cuarto Juan Panero de la estirpe. «A los catorce meses ha comenzado a andar solo, es de carácter alegre y apacible salvo cuando se le contraría en alguna cosa», escribe Felicidad.[6]

El niño, según la madre, cubría la falta de afecto o la indiferencia que Leopoldo mostraba en la vida doméstica hacia su mujer. Pero, también según Felicidad, el bebé absorbe toda la atención del poeta, quien saca tiempo para los amigos, como Luis Rosales, y para la publicación de su primer largo poema de posguerra, escrito durante varios años, «La estancia vacía» (1944).

El 5 de febrero de 1945, a las seis y media de la mañana, nació un nuevo hijo de Leopoldo y Feli –así la llamaban los íntimos–. Fue un parto prematuro y presumían que nacería sin vida, pero no fue así. Vivió casi dieciocho horas y a las doce de la noche del mismo día que nació y murió le bautizaron con el nombre de Leopoldo Quirino. A las tres de la tarde del día 6, relata Felicidad en su cuaderno de notas, lo enterraron. «En las horas que vivió nos hizo sentir todo el cariño y la ternura que para él teníamos destinados y el vacío y la soledad que él dejara nos acompañaron por mucho tiempo.[7]

*Versos al Guadarrama*, escrito entre 1930 y 1932, fue publicado en 1945 y era el segundo poemario que Leopoldo Panero tenía en la calle; entonces trabajaba en el Instituto de Estudios Políticos, donde colaboraba en la revista de dicho organismo. Con este empleo, los Panero iban saliendo a flote de una angustiosa situación económica. El Instituto lo dirigía Fernando María Castiella desde 1943, quien por esos años tuteló la labor de un grupo de especialistas y profesores que redactó el Fuero de los Españoles.

Castiella le ofreció a Leopoldo a principios de 1946 la posibilidad de dirigir el Instituto de España en Londres, proyecto que se estaba fraguando para contrarrestar la labor del bando derrotado en la guerra. Según Alfredo Sánchez Bella,[*] el nombramiento de Panero fue un favor personal de Castiella para que el astorgano tuviera un sueldo para vivir, una sinecura. «Un poeta subvencionado, como lo fue Rubén Darío», juzga el exministro de Franco.

Pablo de Azcárate, pariente de Panero y embajador de la República en Londres, auxiliaba a los intelectuales españoles refugiados a través del Instituto Español de Londres, creado en 1944 y sostenido económicamente por Negrín con fondos de la República. El propósito de esta entidad era extender en el público británico un conocimiento más profundo y mejor de los diferentes aspectos de la vida española. Logró reunir a las figuras más importantes del exilio español en Inglaterra (Arturo Barea, Luis Cernuda, Pau Casals, Victoria Kent) y contó con la colaboración de los hispanistas británicos más relevantes de la época.

El 3 de noviembre de 1945, Leopoldo Panero no fue nombrado

máximo responsable, pero sí «lector del Instituto de España en Londres, especialmente encargado de los asuntos relacionados con el Instituto Nacional del Libro Español». Como la creación de dicha entidad estuvo rodeada de cierta polémica y su inauguración fue solapada a causa de la oposición de las Trade Unions –las relaciones entre España e Inglaterra tras el final de la última contienda no fueron precisamente cordiales, aunque cambiaron de modo radical después de la Segunda Guerra Mundial: Franco no fue mal visto–, el responsable, con el fin de promocionar la lengua y la cultura española en el Reino Unido, fue Antonio Rodríguez Pastor, profesor de lengua española y literatura en el King's College de la Universidad de Londres, un hombre bien situado entre los círculos académicos británicos y de vinculación directa con la Banca Pastor. Era el delegado de la Junta de Relaciones Culturales en el Reino Unido de la Gran Bretaña y Norte de Irlanda, de quien dependía Panero, lector-secretario del Instituto de España en Londres.

Leopoldo se desplazó a Londres para organizar el nuevo domicilio familiar; el Estado español firmó un contrato de arrendamiento del edificio situado en el número 102 de Eaton Square, propiedad del duque de Westminster, por el que se concedía al Gobierno español el derecho de uso hasta «bien entrado el próximo siglo». Por razones de salud, Felicidad marchará más tarde. El 6 de abril de 1946, acompañada de su hijo Juan Luis, de tres años, vuela en un avión directo de Madrid a Londres.

Los fines de semana, los Panero se reunían en una casa de campo que tenían los Azcárate, la otra España. Pablo de Azcárate, miembro del comité ejecutivo del Instituto Español –el otro instituto–, facilitó el acercamiento entre Leopoldo y el exilio. Así entabló relación con Luis Cernuda, entonces lector de la Universidad de Cambridge y del propio Instituto, por quien Felicidad quedaría sensiblemente marcada para el resto de su vida. Una serie de encuentros entre ella y el poeta sevillano bastaron para que Felicidad, necesitada de ilusión y cariño por parte de su marido, les diera una dimensión mayor de la que realmente tuvieron. El pintor Gregorio Prieto, compañero sentimental de Luis Cernuda en aquellos años, comentaba con inusual frecuencia entre sus allegados que «Felicidad no tenía los pies en la tierra». La aproximación a Cernuda le sirvió a aquella mujer coqueta y galante, de suavidad en el habla, para aliviar la soledad y la incomprensión que le deparaba su matrimonio.

En el verano de 1946, Leopoldo, hasta entonces lector bibliotecario, asume el cargo de director interino del Instituto y por orden del ministro Alberto Martín Artajo le son enviadas dos doncellas desde España. Pero las críticas circunstancias por las que atraviesa el centro provocan que, en diciembre, en el Ministerio de Asuntos Exteriores

preparen ya el nombramiento del que será el primer director del Instituto de España en Londres. Panero viaja a Madrid e ignora que su director en el Instituto de España en Londres es Xavier de Salas i Bosch, nombrado el 21 de diciembre. Leopoldo recibe la noticia en la capital de España. Llegado el mes de agosto de 1947, se ve obligado a dimitir. Aprovechando las vacaciones, levanta su casa, se despide del personal del Instituto y vuelve de nuevo a Madrid. Pero en noviembre del mismo año, sin causas ni razones conocidas y después de disfrutar de cerca de cuatro meses de vacaciones, Panero envía un telegrama a Xavier de Salas en el que le anuncia su llegada a Londres. Perplejo, el director del Instituto escribe al director general de Relaciones Culturales: «Por muchas razones su salida voluntaria del Instituto era la mejor. Ahora bien, ya que no ha sido posible que sea así, me veo obligado a pedir su cese».[8] Ya iniciado el curso, con el programa impreso y repartido, el poeta no tiene ninguna función en el centro. He aquí la impresión remitida a Madrid por Xavier de Salas sobre el astorgano:

> Usted conoce la opinión que tengo acerca de Panero –hombre bueno, pero inútil para todo lo que no sea su poesía– [...]. Según la experiencia de mis primeros seis meses en Londres, es incapaz de función burocrática, desinteresado por ella, así como es igualmente incapaz de dirigir u orientar Biblioteca alguna; una persona así, es un mal ejemplo para el demás personal. No creo que nadie consiga hacer nada al señor Panero y ,con su ejemplo en el Instituto no puedo tener autoridad para ordenar el trabajo a nadie.
>
> Por tanto, ruego a usted dé las órdenes oportunas para que esta situación no se dé. Y como quiera que Panero llega el próximo lunes, ruego abrevie, en lo posible, una situación, ciertamente, desagradable. Aunque siempre ha sido una persona cortés y amable –tengo que decir que personalmente le encuentro simpático– no creo que a pesar de mis esfuerzos pueda dejar de notar el disgusto con que será acogido.[9]

De nuevo en España, Leopoldo se incorpora a su puesto en el Instituto de Estudios Políticos. Estamos en el verano de 1948 y el correo trae una nueva sorpresa: una misiva de cese. La remite Francisco Javier Conde, un hombre de formación alemana, que ha sustituido a Fernando María Castiella en el Instituto de Estudios Políticos. La economía hogareña queda resentida y en un momento muy delicado: Felicidad, que mantiene viva la llama de Cernuda, está embarazada de un hijo inesperado y no deseado.

## 2. EL SEGUNDO QUIRINO (1948-1957)

En la infancia vivimos, después sobrevivimos.

Leopoldo Panero, con una situación matrimonial no precisamente óptima, prepara *Escrito a cada instante* y se encuentra muy atareado. Así se lo cuenta a su madre en carta mecanografiada y remitida el 3 de abril de 1948 en que justifica su pereza epistolar para con la familia: «Realmente he estado y estoy muy ocupado, y no en cosas externas y que más o menos se puedan eludir haciendo un hueco de algunos momentos, sino en la preparación de un libro que ya he vendido y debo entregar corregido y que me absorbe, literalmente, todo el tiempo o toda la imaginación». A modo de posdata, Felicidad escribe a mano unas líneas a su suegra donde le pone al corriente sobre las dificultades de su estado de gestación:

> Yo, como le digo, he empezado a normalizar un poco mi vida coincidiendo con mi entrada en el octavo mes y por lo tanto en época de mayor tranquilidad. A la calle he salido ya dos o tres veces por los alrededores de casa, pero es en lo que me noto todavía peor, ya que vuelvo tan cansada y deprimida que se me quitan las ganas de repetir el paseo. Ayer me reconoció por vez primera el doctor Puebla encontrándome en lo que al niño se refiere bien, parece que de tamaño es muy pequeño contra lo que yo esperaba y que, por lo tanto, tanto a él como a mí nos conviene el reposo que me dice no debo alterarlo más que en una pequeña medida. Mucho le agradecería, madre, que en estos dos meses y pico que me restan si tiene usted tiempo me hiciera algunos zapatitos.

La madrugada del 16 de junio de 1948 nace en Madrid, en el sanatorio Castilla,* de la calle de Ibiza, número 25, Leopoldo María Francisco Teodoro Quirino Panero Blanc. El Quirino fue un homenaje al bisabuelo paterno, un personaje muy peculiar para la vida rural: aficionado a los viajes y al juego de casino, lo que explica que su única hija, Máxima, naciera en Suiza. También bautizaron como Quirino –Leopoldo Quirino– al niño prematuro que vivió dieciocho horas tres años antes. Pero la naturaleza no acostumbra a ensayar dos veces lo que ya fracasó en un primer intento (Benet). Leopoldo María nació de nalgas a las seis de la mañana** con un peso de cuatro kilos y doscientos cincuenta gramos. Así lo recogió Felicidad en su cuaderno de notas:

> Recuerdo que al ir al Sanatorio miré al cielo y era una noche tranquila y estrellada. Como su posición no era normal, el parto fue difícil pero no lento. A

> las cuatro de la mañana vio la luz; parece que todavía lo veo. Tenía la tez sonrosada como una manzana y una carita muy redonda. A los cuatro días sonreía ya y desde entonces siempre ha sido pródigo en ellas.[1]

Juan Luis, con cinco años y nueve meses, pasaba el verano con los abuelos en Astorga. Allí le llamaron sus padres para comunicarle el nacimiento de su hermanito. A su vuelta en Madrid, el recuerdo que el primogénito guarda de su hermano recién nacido es el de un bebé metido en la cuna. Por esas fechas, Juan Luis, con una mezcla de disgusto y aburrimiento, acompañaba a su padre a los toros, a la plaza de Las Ventas, no muy alejada de la calle de Ibiza. Los Panero eran vecinos de comunidad de Gonzalo Suárez y en la misma calle vivieron Dionisio Ridruejo, Agustín de Foxá y, después, José María Aznar y Plácido Domingo.

Leopoldo María fue bautizado en la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga de Madrid y apadrinado por su tía Odila Panero y su marido Teodoro Berlana. Asistieron, entre otros, Rafael Sánchez Mazas, Luis Rosales, José María Valverde, Luis Felipe Vivanco, Dámaso Alonso, José Antonio Maravall y José Romero Escassi.

El niño era alegre pero a la vez muy nervioso, de una gran vivacidad, y su madre, que comienza a hacer pinitos literarios, ha de combinar el uso de la pluma con el pausado mecer de la cuna. Rememoraba José María Valverde[2] cómo mecanografió e hizo pequeñas correcciones a los cuentos de Feli, de los que guardaba un grato recuerdo. En especial evocó el titulado «El cóctel», de corte social y existencialista, publicado en el número 39 de *Espadaña* (1949).

Felicidad entra en una fase taciturna y abandona la escritura: su hermana Eloísa ingresa por segunda vez en el manicomio Santa Isabel, de Leganés. Leopoldo María continúa nervioso y alegre, pero con la mirada triste; la terquedad del niño vencerá a su padre desde que comienza a dar los primeros pasos, al año de nacer.

Leopoldo Panero publica en la primavera de 1949, dedicado a su íntimo y mejor amigo hasta la muerte, Luis Rosales, *Escrito a cada instante*; trabajado durante diez años, fue la obra que le encumbró definitivamente. Recibió el Premio Fastenrath de la Real Academia. En sus páginas se recoge «Introducción a la ignorancia [Nana]», largo poema dedicado a su hijo Leopoldo María, un bebé convertido en criatura poética del puño del padre. Aquel que presiente que lo mejor de su vida es el dolor dialoga con la inquietante mudez de su vástago. Mientras, en otro lugar alejado de España, el joven Jaime Gil de Biedma, con unas copas encima, se da cuenta de que puede ser poeta porque tiene en la cabeza un poema ya hecho, y lo escribe.[3]

En verano, la familia se desplaza a Villa Odila, la finca de Castrillo

de las Piedras, un pequeño pueblo de bizarro y noble adobe levantado sobre la meseta que precede a Astorga. La posesión, rodeada de encinas, la conforman la casa del guardés, la de los abuelos, la de Leopoldo, un gran palomar, dos aljibes comunicantes, árboles frutales a ambos lados del camino –ciruelos y manzanos– y un viñedo: el Edén para los niños.

A la vuelta de las vacaciones, Leopoldo Panero es invitado por el Instituto de Cultura Hispánica a formar parte de una misión cultural por Iberoamérica.[4] La idea partió de Castiella, entonces embajador español en Perú, quien convenció para llevar a cabo el viaje a su compañero espiritual y político Alberto Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores. La misión del periplo, que no llegó a tres meses, consistía oficialmente en el estrechamiento de lazos de amistad entre España y América. Los poetas seleccionados ofrecerían recitales de su propia obra en distintos países iberoamericanos. José María Valverde, ya distanciado de Panero a causa de celos literarios procedentes del leonés, también recibió la invitación, pero cuando advirtió que se trataba de maquillar la imagen del régimen declinó la oferta. De igual forma contestó el también convocado Gerardo Diego, aunque por razones de edad ante la intensidad de la gira. Así pues, la brigada lírica la compondrán Luis Rosales, Antonio de Zubiaurre y el propio Panero, amigos procedentes del Instituto de Estudios Políticos. Ante las bajas de Diego y Valverde, a última hora se pensó en la incorporación de Agustín de Foxá, entonces secretario de primera clase de la embajada española en Buenos Aires, quien se les uniría en La Habana.

Felicidad se trasladó con sus dos hijos a casa de sus padres, en la calle de Manuel Silvela, número 8. El palacete esplendoroso y altivo, vecino de la céntrica plaza de Chamberí, de donde ella salió soltera, acogía de nuevo a Felicidad, ahora convertida en madre de dos criaturas. Leopoldo se desplazó a Cádiz para embarcar con destino a La Habana, pero la jornada anterior la pasó en Jerez de la Frontera. Era una España rancia la de 1949, de sotanas y latinajos, de uniformes victoriosos, de coñac barato, de bailes ansiosos y agarrados, y de burdeles. Precisamente de uno de estos locales de mancebía fue de donde tuvieron que sacar al insigne poeta leonés entre Luis Rosales y José Manuel Caballero Bonald. Leopoldo quedó atrapado a altas horas de la noche el día anterior a su partida en un prostíbulo de Jerez de la Frontera. «Sumergido en una pila de lavar, con el agua hasta la cintura, Panero permanecía como en éxtasis mientras dos pupilas de la casa lo enjabonaban con juiciosa aplicación.»[5] Montó en cólera y se negó a abandonar aquel lugar, pero Rosales lo convenció y regresaron a Cádiz para embarcar en un carguero de la compañía Trasatlántica habilitado para pasajeros, no sin antes telefonear a su mujer. Pero la

sagacidad femenina olisqueó a través del hilo la juerga de la noche anterior. Felicidad notó algo peculiar en la fonación de su marido. Aquella voz densa, impostada y desdeñosa que tenía Leopoldo Panero no era la misma y le delató.

Cuba fue el primer país visitado. Del 25 al 30 de diciembre de 1949, acompañados por Dulce María Loynaz como anfitriona, ofrecieron diversos recitales en la isla caribeña. En La Habana se produjeron los primeros incidentes, provocados, según los viajeros, porque, varias semanas antes de llegar, Nicolás Guillén y Juan Marinello habían caldeado los ánimos a través de los órganos de expresión comunistas. Durante un recital en la Sociedad Económica de Amigos del País, el auditorio dedicó a la embajada poética española encendidos silbidos y abucheos, así como el lanzamiento airado de buen número de huevos. Los alborotadores consideraban a Rosales el responsable directo del asesinato de Lorca.

Leopoldo escribe a casa y envía una tarjeta postal a cada hijo. A Leopoldo María le remite una con motivos étnicos: «Estos negritos y ese bohío y esas palmeras para que te acuerdes de papaíto y le digas a mamá que no sea mala y te haga pronto una fotografía con Juan Luis y con ella. Muchos besines, muchos, muchos, muchos, muchos de Papá».[6] Felicidad se siente sola; ha pasado las fiestas navideñas en compañía de su familia y sus dos hijos. Continúa –ilusionada y soñadora– carteándose con Cernuda.

De Cuba, Rosales y Panero marcharon a Puerto Rico. Foxá y Zubiaurre partieron para la República Dominicana, donde se acabarían encontrando los cuatro en Ciudad Trujillo el 6 de enero de 1950. En Venezuela tampoco fueron muy bien recibidos. En Caracas, en el Hogar Americano, cuando uno de los poetas subió al escenario recibió un tomatazo en el pecho, a la vez que se produjo un apagón de luz. Entonces, «sobre el presidium, en donde se hallaban aparte de los poetas varios intelectuales venezolanos, representantes diplomáticos y distinguidas damas, cayó una lluvia de tomates y huevos. Se oyeron gritos y hubo carreras y silletazos».[7]

Después viajaron a Colombia, Panamá, Costa Rica, Honduras y Nicaragua, donde Leopoldo Panero fue nombrado hijo predilecto de la ciudad de León. La Dirección de Relaciones Culturales decidió prolongar la gira poética durante otro mes e incluir México y Estados Unidos. Sin embargo, un contratiempo inesperado truncó el proyecto de ampliación. El representante oficioso –no existían relaciones diplomáticas– del Gobierno español en México, que preparaba la llegada de los poetas, fue asesinado, lo que hizo desaconsejable continuar con la embajada poética. Tras dos días de estancia en Mérida marcharon a Nueva York, donde Luis Rosales, Zubiaurre y Panero se encontraron con Francisco García Lorca, quien exigió la no

presencia de Foxá, ya ausente. En Nueva York embarcaron en el *Magallanes,* que los llevó a La Coruña, adonde llegaron la madrugada del 9 de marzo de 1950. A Panero le esperaba en el muelle, todo pálido y espigado de emoción, embutido en un abrigo heredado de su padre de color rojo-ladrillo para combatir aquel frío de la España de entonces, su hijo Juan Luis. Junto a él estaba su madre, Felicidad Blanc, y María Fouz, la novia y futura esposa de Luis Rosales. Leopoldo María se quedó con los abuelos en la casa de Manuel Silvela.

Los Panero atraviesan una seria crisis matrimonial y están al borde de la ruptura. La larga ausencia del cabeza de familia y la inestabilidad laboral y económica agudizan la brecha abierta. Pero Leopoldo rápidamente es compensado por el comprometido viaje efectuado por Iberoamérica y actúa como secretario general del Congreso Hispanoamericano de Cooperación Intelectual, lo que le ocupa las tardes. Del 1 al 12 de octubre de 1950 se celebra en Madrid el Primer Congreso de Cooperación Intelectual convocado por el Instituto de Cultura Hispánica (ICH), de donde surgió la Oficina de Cooperación Intelectual, de la que Leopoldo Panero es nombrado secretario general. Tiene a su cargo todo lo relativo a la organización de Exposiciones Bienales Hispanoamericanas. Por las mañanas lleva la dirección de una nueva revista editada por el ICH que se llamará *Correo Literario*, a través de la cual se darán a conocer en España las primeras noticias sobre el proyecto de la Bienal Hispanoamericana de Arte, ya en preparación. «Entre ambas cosas he aumentado mis ingresos a tres mil quinientas pesetas mensuales (dos mil quinientas la dirección y mil la secretaría) que buena falta me iban haciendo y que Dios mediante y sumado a lo que tenía nos permitirán de ahora en adelante vivir con un poco más de holgura y pagarte en unos meses la deuda que tengo pendiente contigo. Por cierto que desconozco con exactitud la cifra aunque creo que debe de andar entre las veinticinco y las treinta mil pesetas»,[8] escribe Leopoldo a sus padres. En la misma misiva el poeta astorgano da cuenta a los abuelos de la evolución de sus nietos: «Tanto Juan Luis como Leopoldo María continúan muy bien, comiendo mucho, sin enfermedades y Leopoldín cada día más rico, expresivo y simpático, aunque no acaba de romper a hablar». Por entonces, Leopoldo, que había venido con un pequeño cargamento de contrabando de Nueva York, se dedica a vender entre sus allegados objetos difíciles de encontrar en una España diezmada por el periodo bélico, con el fin de sanear su quebrada economía doméstica. Así se lo refiere a sus padres: «Luis está precisamente en estos días haciendo al fin gestiones para vender el dictáfono (una de las cosas que trajimos de Nueva York) y por el que me han dado a mí nueve mil quinientas pesetas […]. A mí ya me ha vendido todo Mendiondo que se ha portado muy bien; he venido a sacar algo menos de las cuarenta mil

pesetas; los pañuelos todavía no me los ha liquidado y es lo único que tengo pendiente».[9]

El padre de Felicidad, el doctor José Blanc, muere el 21 de enero de 1951. Su viuda abandona el palacete de la calle Manuel Silvela y se instala cerca de su hija, en la calle Fernán González, número 59. Felicidad está de nuevo embarazada.

El ceramista José Llorens Artigas, amigo de Panero, que se encontraba viviendo circunstancialmente en Madrid, en casa de Álvaro Delgado, presentó al poeta y al pintor. Días después, Delgado, que además era cazador, organizó una cena en su domicilio para degustar unas becadas. En la casa de la calle Antonio Toledano, no lejos de Ibiza, número 35, se reunieron el anfitrión, el crítico literario Juan Ramón Masoliver, Artigas, Panero y una Felicidad acongojada, triste, dolorida y enlutada. Álvaro Delgado la recuerda muy seria, muy bella; con su pelo blanco y cargada de silencio. Ahí nació una relación entre ambos creadores que duraría varios años.

El 14 de septiembre de 1951 nace en casa, con precipitación y rapidez, según su madre, José Moisés Santiago Panero Blanc. Su padre está escribiendo un poema sobre Santiago Apóstol. En recuerdo de ese poema que interrumpió el nacimiento, le pone de tercer nombre Santiago; los dos primeros son los de los abuelos, José y Moisés. «Más tarde, sus hermanos irán transformando este nombre en algo tan insólito como Michi»,[10] relata su madre. El padre comenzó llamándole Mocheles por Moisés; a Juan Luis aquello le sonaba a Mochales, no le acababa de convencer. José era Pepe, Pepito, una vulgaridad. Hasta que derivó Mocheles en Mochi, y de ahí, Michi.

Leopoldo María tiene tres años y tres meses cuando nace su hermano. Según Felicidad, es un niño original y sorprendente. «Inopinadamente, Leopoldo María ha empezado a hacer poemas, unos poemas que son de adulto, no de un niño de tres años»,[11] escribe Feli.

Como consecuencia del Congreso de Cooperación Intelectual surge la Primera Bienal Hispanoamericana de Arte,[12] de cuya Junta Organizadora es miembro el poeta. El ICH fue la entidad oficial encargada de la organización y Leopoldo Panero, su alma.

Los orígenes de la convocatoria de la Primera Bienal fueron muy polémicos. La mayor parte de los artistas españoles se mostraron indecisos sobre su participación. Surgió la controversia sobre arte joven y arte académico, arte nuevo y arte viejo; colaborar o no con la dictadura era un dilema. Picasso fue invitado a intervenir en el certamen, a lo que el pintor respondió con su apoyo a un manifiesto y exposición «Contra la Bienal franquista» organizados por los exiliados españoles en París. Pero la participación de figuras internacionalmente

destacadas como eran Dalí y Miró contribuyó a animar a los indecisos artistas jóvenes, aunque no a todos.

Panero, con muy buenas conexiones con la llamada Escuela de Madrid, citó a Álvaro Delgado en el Museo Nacional de Arte Moderno, ubicado en los bajos del edificio de la Biblioteca Nacional, en el madrileño paseo de Recoletos, y le dijo textualmente: «Hay que mojarse el culo». Aquel encuentro, recuerda el artista plástico, sirvió como inicio de una amistad, pero Delgado no participó en la Primera Bienal, aunque sí en las posteriores. El poeta y secretario general invitó al miembro de la Escuela de Madrid a ser miembro del jurado, y la oferta por el pintor resultó también rechazada.

Con todo el simbolismo de la fecha y con una atmósfera de gran alarde de solemnidad y boato, el 12 de octubre de 1951, día de la Hispanidad y año conmemorativo del quinto centenario del nacimiento de Isabel la Católica y de Cristóbal Colón, el general Franco inauguró en Madrid la Bienal con la participación de ciento cincuenta artistas. El certamen tuvo distintas sedes, ante la ausencia de un gran espacio para albergar la cantidad de obras expuestas. El Museo Nacional de Arte Contemporáneo, el Museo Arqueológico, el Palacio de Exposiciones del Retiro y el Palacio de Cristal del mismo parque fueron los cuatro recintos que dieron cobijo a las obras de los creadores españoles y americanos hasta el 24 de febrero de 1952, fecha de la clausura. El Gran Premio de la Bienal en la sección de pintura fue otorgado a Benjamín Palencia.

En poco tiempo, el poeta de Astorga se queda sin padres. Máxima Torbado fallece el 21 de noviembre de 1952 y, al mes siguiente, el 26 de diciembre, su marido, Moisés Panero. Cuando los asuntos domésticos comienzan a marchar por la senda del desahogo –sus ingresos han permitido contar con los servicios de una niñera–, el poeta tiene que enfrentarse a un duro revés familiar. A sus hijos tan solo les queda la abuela Bergnes.

Leopoldín, sin haber leído ni escuchado recitar poemas –su padre jamás acostumbró a hacerlo en casa–, con mucha teatralidad, de repente entraba en estado de suspensión y espetaba: «Estoy inspirado».[13] Y comenzaba a verter un manantial de versos inapropiados en un mocoso de su edad. Su madre iba anotando los poemas en un cuaderno a medida que la criatura recibía la visita de las musas. Sorprendentemente, ya percibe insólitas sensaciones:

Las estrellas
El mar
una voz honda
una voz clara
Todo había amanecido los trenes, las casas

una cabeza misteriosa
la mano misteriosa
que aparecía
por todos los jardines
Por todas partes apareció eso misterioso.[14]
Entonces dije yo, es mi padre
dejadme y la gente pasaba
y los borrachos pasaban
yo me hallaba en la tumba
echado con las piedras, yo
decía
Sacadme de la tumba pero
allí me dejaron con los habitantes
de las cosas destruidas
que no eran ya más que
cuatro mil esqueletos.[15]

Y mi corazón temblaba
pero era un sueño
que mi corazón lo soñaba
y fueron muriendo muchos soldados
de la guardia del Rey
pero mi corazón estaba temblando.[16]

Según Leopoldo María, este último poema leído ahora parece de Wallace Stevens.

> Yo empecé a escribir (*sic*)* poesía muy pequeño, cuando apenas sabía escribir, y me atrevería a decir que poco más tarde de aprender a hablar. Yo se las dictaba a mi madre. Recuerdo que eran muy amargas. No eran propias de un niño que empieza a vivir y a experimentar sensaciones. Daban la impresión de ser poesías hechas por una mente atormentada y muy amarga. Tenían también una carga de crueldad encima muy grande. Aún conservo los cuadernos donde los escribía mi madre y de vez en cuando los leo. Mis padres estaban bastante asustados por esto. Procuraron ocultar el asunto. Luego me volví muy cursi y escribía cosas muy tontas.[17]

Por aquellos años estalló el escándalo de Minou Drouet, la niña prodigio de la poesía francesa; una criatura abandonada en un hospicio de París y adoptada por Claude Drouet, una profesora soltera. Minou, con siete años, escribía en verso y prosa con una madurez insólita. El caso Minou Drouet se presentó durante mucho tiempo como un enigma policial; se realizaron todo tipo de investigaciones y se llevaron a cabo análisis grafológicos y psicotécnicos. Entonces los Panero se asustaron con su hijo Leopoldín y lo ocultaron para que nadie pensara que también aquí teníamos un niño prodigio de la

poesía. Durante mucho tiempo el asunto fue tabú y el niño no recitaba jamás delante de extraños. Leopoldo María se autodenominaba «poetiso» y en actitud solemne declamaba con aire adulto. Son varias las personas que dan testimonio de aquellas tardes en el despacho tapizado de libros de Ibiza, número 35, donde se comentaba el talento poético del niño. A veces aparecía con un puñado de revistas bajo el brazo tocado por un sombrero andrajoso y proclamaba ser el Capitán Marciales, un personaje de ficción solo dentro de su cabeza, e improvisaba monólogos interminables con voz impostada y densa.

Aquel niño vivaz tenía perplejos a todos los visitantes de la casa, la mayoría amigos del padre. Benjamín Palencia, ganador del Gran Premio de la Bienal, estaba fascinado con Leopoldín. Igual que un Dámaso Alonso profesoral, a la vez que divertido y travieso.

En 1953 Leopoldo María comienza a ir al Colegio Hispano-Latino en el número 74 de la calle de Ibiza y le resulta difícil relacionarse con los demás. Según cuenta su madre,[18] desde el primer día rechaza la asistencia al aula que le corresponde y exige que le coloquen con los mayores. Una mañana, acompañado de su padre, el niño, en pleno bulevar de la calle de Ibiza, se resiste a ir a la escuela. Reprendido por Leopoldo, la criatura encolerizada se arroja al suelo llamando la atención de los viandantes. Panero, entre humillado y enojado, regresa a casa con el párvulo y lo encierra en un cuarto. Este, ventana a través –se comunican por un patio de luces–, observa desafiante a sus progenitores. Al día siguiente será el padre quien ruegue a la directora la admisión del niño en la clase de los mayores. Mientras, en casa continúa recitando poemas.

Su padre, como respuesta al *Canto general* (1950) de Pablo Neruda, escribe *Canto personal. Carta perdida a Pablo Neruda*. Rememora José María Valverde que Leopoldo era el «rojo» del grupo, pero aquella alusión a los poetas y críticos españoles que decidieron quedarse en España después de la guerra civil («los Dámasos, los Gerardos, los hijos / de perra, silenciosos cómplices del verdugo»)[19] le hizo responder enconadamente con el *Canto personal*, editado por el ICH. Un poema extenso, fluyente, repleto de patriotismo joseantoniano. Panero, tardío admirador del fundador de Falange Española, intentó contestar a la crítica de la conquista española de América que aparece en «Los conquistadores», fragmento del libro nerudiano. *Canto*… lo escribió de un tirón y con enorme indignación en la cafetería Ombú, de la calle de Narváez, «en el tiempo que las acacias han tardado en abrir completamente sus hojas esta primavera». Así lo cuenta Dionisio Ridruejo en la introducción del 26 de mayo de 1953.

Era un Madrid en el que resultaba frecuente encontrar a un escritor

sentado al fondo de un café en una mesa marmórea tirando de estilográfica, sin más compañía que un hilillo de humo saliendo de su mano. Revive Álvaro Delgado cómo cada tarde se reunía con Panero en aquella cafetería de la calle de Narváez. El poeta tiene un vaso grande lleno de ginebra –el alcohol es su fiel compañero– y unas gafas oscuras porque le molesta el sol; escribe en una mesa de la terraza. «El alcohol ya no le produce alegría, sino violencia la mayoría de las veces»,[20] detalla Felicidad. El pintor de la Escuela de Madrid acude a la hora que sabe que está a punto de concluir la escritura, luego charlan animadamente y, paseando, acompaña a Panero hasta su casa. Aquel hombre «liberal y disparatado» estaba indignadísimo, recuerda Delgado. Le fue concedido el Premio Nacional de Poesía.

En ese mismo año, el poeta de Astorga escribió «El distraído (Retrato de Leopoldo María)», poema mecanografiado que su hijo Juan Luis incluiría años después en la edición de las *Obras completas*.

De mayo a septiembre de 1954 se celebra, con bastante retraso, la Segunda Bienal Hispanoamericana de Arte en La Habana, lo que supuso una nueva alteración en la vida hogareña de los Panero, pues Leopoldo continuó de secretario general y, por tanto, vivió un más que considerable ajetreo entre España y América. Feli y los niños le esperan en el domicilio conyugal mientras él viaja a Cuba, Venezuela, Santo Domingo y Colombia.

Con fecha de 15 de febrero de 1955, envía a Leopoldín una tarjeta postal de motivo luciferino desde la venezolana Mérida, donde se encontraba con motivo de la Exposición Antológica de la Segunda Bienal Hispanoamericana de Arte, una vez concluida la Bienal: «Te iba a mandar estos diablos, pero a lo mejor te dan miedo por la noche. ¡No seas bobo que es carnaval! Claro que estos diablos son de verdad pero no te importe: son indios. Te quiere muchísimo Papaín». Días más tarde, desde Medellín responde a una carta del niño:

> Ya le decía a mamá que tus dibujos me gustaron muchísimo, pero además quiero contestar a tu carta y que veas cómo es Medellín. Yo también te quiero cada vez más. Desde Cali te mandaré a ti otras cien pesetas por haberme escrito. Muchos besos a tus hermanos, a mamá y a ti de Papá.[21]

En septiembre se inaugura la Tercera Bienal Hispanoamericana de Arte en Barcelona. Leopoldo Panero se desplazó en el mes de junio con su familia a vivir a Vallençana, en el municipio de Moncada y Reixach. El crítico literario Juan Ramón Masoliver, secretario general delegado de la Bienal en Barcelona, proporcionó al poeta astorgano una villa en pleno campo, donde residió con su familia hasta finales de diciembre, aunque fue en enero de 1956 cuando se clausuró la celebración.

Los Panero llegaron a Barcelona en coche-cama procedentes de Madrid. Leopoldo María y Juan Luis viajaron en el mismo

compartimento; Michi y la niñera, con los padres, en otro. Aquel viaje quedó grabado en la memoria del hermano mayor como algo proustiano. Despertó temprano, entre las siete y las ocho. Estaban en Sitges, abrió la ventanilla y entró la luz; la luz de primeros de junio: la luz del Mediterráneo. Para él fue todo un descubrimiento. Ya había visto el mar, el Atlántico en Brighton y en La Coruña, pero aquella visión mágica del *Mare Nostrum* le penetró con más fuerza que ninguna otra. Para Leopoldo María, compañero de pieza, fue su primer avistamiento marítimo.

En la Ciudad Condal se hospedaron en el hotel Avenida Palace y descansaron una jornada; olfatearon la vida nocturna barcelonesa y por la mañana pasearon por aquellas Ramblas deslumbrantes de pájaros y flores, donde compraron un perro, tantas veces reclamado por los pequeños. Con posterioridad, en coche, se desplazaron a la casa de Vallençana. Una vivienda hermosa, de altos techos y mayor serenidad.

Los niños descubren una mesa de pimpón y se reencuentran con la naturaleza, dado que ya tenían experiencias de Villa Odila, la finca de Castrillo. Leopoldo María, con siete años, corretea con Michi por el sombrío jardín y en las salidas campestres, arropados por la mirada vigilante de la madre, recogen madroños y setas.

Por la apacible casa del secretario general de la Bienal desfilan todo tipo de artistas plásticos. Y en una de aquellas jornadas catalanas los Panero recibieron la visita de Pablo Serrano, quien, en escaso tiempo, modeló con barro en estado bruto la testa de Leopoldín, a la que el escultor turolense impregnó de una gran fuerza dramática.

Juan Luis, entonces mal estudiante, está sujeto a la disciplina paterna y es obligado a hincar los codos. Cuenta el primogénito que durante la estancia en Vallençana, su padre decidió internarlo en el Real Colegio Alfonso XII de San Lorenzo de El Escorial: «La decisión de mi internamiento sucedió en una borrachera de mi padre y Eduardo Carranza, quien metió a sus dos hijos». En octubre, los descendientes del poeta colombiano y Juan Luis fueron inscritos en el colegio escurialense para endurecer su espíritu. El resto de la familia Panero quedó en Vallençana y al llegar las fiestas navideñas Juan Luis voló a Barcelona –era la primera vez que lo hacía solo– para reunirse con los suyos. Pasada la Nochebuena en familia, el 30 de diciembre deciden desmontar la casa y regresar a Madrid ante las escasas condiciones para soportar el invierno. Qué razón tiene Juan Benet cuando relata que en aquellos años el frío llegaba a constituir una verdadera obsesión. Recuerda con acierto: «Se ha hablado tanto de los trágicos años del hambre que, con frecuencia, se olvidan los años del frío, mucho más largos que aquellos».[22] Los Panero celebraron el fin de año en Barbastro, camino de Zaragoza, en donde Felicidad resucitó su

infancia. Sus antepasados paternos –los Blanc, los Fortacín– dejaron allí olivos y huellas sentimentales indelebles a la sombra de la catedral renacentista.

Tras varios días de agotador viaje en un Seat 1400 –Leopoldo tiene coche en un momento en que eran contados los vehículos particulares en la capital madrileña, todo un lujo para un poeta–, llegaron a Madrid el 3 de enero de 1956.

Juan Luis, rápidamente, se incorpora al internado y de cuando en cuando sus padres, que van a visitarle, llevan a Leopoldo María. El primogénito ve caer tantas nevadas a través de los cristales empañados del colegio como lágrimas por sus sonrosadas mejillas.

Acostumbrados a vivir en contacto con la naturaleza, las paredes de Ibiza, número 35, los aprisionan sobremanera. Los Panero deciden dar continuidad a la vida agreste y hacia el otoño de 1956 alquilan una casa en las afueras de Madrid, en Torrelodones, al pie de la sierra de Guadarrama. La localidad está situada a veintinueve kilómetros de la capital y es zona residencial de la burguesía madrileña. Más próximos a Juan Luis, las visitas paternas al Real Colegio de Alfonso XII, dentro del monasterio de El Escorial, se institucionalizan cada domingo.

La vida en el campo facilita la comprensión de los padres hacia la convivencia con un animal doméstico. La perra bastarda que compraron en Barcelona, a la que llaman Gaviota, es muy proclive al fornicio indiscriminado y pronto queda preñada de padre desconocido. El estricto Leopoldo Panero, que no desea la descendencia canina, es expeditivo ante los cachorros recién nacidos. Anuncia de modo perentorio a Feli que a su regreso de Madrid no desea ver en casa las crías de aquella chucha buscona. La esposa, acompañada de Leopoldo María y Michi, introdujo a los perritos en una caja de cartón agujereada –según la madre, para que respiraran antes de su cruel agoníay se acercaron hasta un puente romano. Una vez allí, en presencia de sus dos hijos, Felicidad lanzó la caja sobre las aguas del río Guadarrama. Los niños jamás olvidaron aquel acontecimiento que siempre fue causa de reproche.[23]

Por aquel tiempo, a Leopoldo Panero le regalaron en Madrid un corderito vivo para servir de banquete a la familia, pero cuando lo llevó a Villa Odila, Leopoldín, socio número 1700 de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas de Madrid, se encaprichó del animal y lo bautizó como Marcelino. Y por la finca anduvo un tiempo el circunspecto ovino, hasta su irremisible final.

Pero pronto regresan a la metrópoli. Los no tenidos en cuenta rigores invernales no hacen cómoda la estancia de la familia en aquella morada y retornan a la calle de Ibiza en la primavera de 1957. Eso sí, con la llegada de las vacaciones de Semana Santa marchan religiosamente a la finca de Castrillo de las Piedras. El recuerdo que

guarda Juan Luis de aquellas estancias es el de la visión de sus hermanos haciendo castillitos y a veces los juegos con ellos a las batallas entre las encinas.

Tras el verano en Villa Odila, Leopoldo María comienza el curso escolar 1956-1957 en el Liceo Italiano de la calle de Agustín de Bethencourt, número 1, esquina con la de Ríos Rosas, al tiempo que moría en un día gris don Pío Baroja. El niño fue inscrito en *Seconda classe elementale*, gracias a la mediación de Dámaso Alonso, pues no tenía acceso cualquier alumno a tan prestigioso centro.

Tiene ocho años y sigue improvisando poesías que recita. Pero, según el mismo Leopoldo María, se vuelve un poco cursi. Algunos de los poemas recogidos por Felicidad reflejan el edulcorado cosmos del hijo:

EL CIELO OSCURO

*A mi mamá con mucho cariño*

El cielo oscuro los pájaros dulces los niños piadosos
se apiadan de los pájaros
y les dan migas de pan.
El pájaro vuela contento
las pobres mariposas perseguidas por los niños
luego puestas en latas
y olvidándose de ellas los niños
las dejan para siempre.
Cuando ya se acuerdan
están rotas sus alas y feas.
¡Pobres mariposas!
Por el amor las acoge.

CASTRILLO

*A mi papá con mucho cariño*

Oh, dulce Castrillo,
oh, dulce pueblecito
¡Oh, dulce paisaje del amor!
Por donde pasan las dulces palomas.
¡Blancas como la nieve!
¿Te acuerdas Castrillo cuando jugábamos en tus campos?
Cuando veíamos tus dulces paisajes,
cuando jugábamos bajo tu airecito;
¿Te acuerdas, verdad?
¿Te acuerdas, cuando dormíamos bajo tu paisaje?

Oh, dulce Castrillo,
pueblecito del amor.[24]

«A los ocho años escribía poemas horrorosos. Entonces dejé de escribir hasta los catorce años, que empecé de nuevo con alguna cosa. Poco»,[25] sentencia un Leopoldo María adulto.

Por el despacho atiborrado de libros de Ibiza, número 35, continúan sucediéndose las visitas de los amigos de Leopoldo Panero. Y en aquellos encuentros se habla con frecuencia, sobre todo Eulalia Galvarriato, la mujer de Dámaso Alonso, del talento excepcional de Leopoldo María. Álvaro Delgado trae a la memoria a un niño desmedrado, de piernas muy delgadas, de cabeza grande y con una manera de hablar un tanto ceceante. Cuenta cómo alguno de los contertulios reclamaba su atención y le preguntaba por las peripecias del Capitán Marciales y presto aparecía Leopoldo María con el uniforme del Liceo, una bata negra de redondo cuello blanco; tocado con el viejo sombrero de paja raído y un palo por espada, comenzaba a recitar discursos que dejaban estupefacto al exiguo auditorio allí reunido. El quimérico Capitán Marciales que encarnaba el hijo del poeta tenía por esposa a Viene y Va, y tal era el lenguaje empleado por aquel mocoso que Eulalia reclamaba una grabadora para recoger semejantes tiradas. «Dámaso está loco con este niño», recuerda Delgado que exclamaba Eulalia Galvarriato. Todo serio, utilizaba esa voz grave y redonda, tan peculiar de los Panero, para improvisar. Y sorprendía. «Parte de la tarde transcurría atendiendo al niño. El resto era tomar una taza de té con pastas», concluye el pintor madrileño.

Para reforzar los estudios y ayudar en las tareas escolares encomendadas para casa, los chiquillos contaron con los servicios de Amapola Trigo, una joven profesora empleada de los Panero, cuyo verdadero nombre era Maribel; pero su padre, un riguroso anarquista, le puso Amapola. Maribel era vecina del barrio y asistía por las tardes a fin de auxiliar a Michi y a Leopoldo María, quien la bautizó como Batalunga, a causa de su extenso guardapolvo. Juan Luis recuerda también haberle consultado algo ocasionalmente para rematar los deberes.

Además, Leopoldo María estudió solfeo y piano durante unos meses con una profesora particular, en una casa vecina de la misma calle de Ibiza. En el piano de casa improvisaba e improvisaba sobre el teclado. Según Felicidad, a los pocos días de iniciar los estudios la profesora les aseguró: «No aprende solfeo, pero ha escrito una pieza inventándose el código de las notas y se puede tocar perfectamente».[26] Sin embargo, el propio Leopoldo María puntualiza: «Sabía de memoria la *Marcha Turca* de Mozart y nada más. De pequeño era duro de oído y torpe con el cuerpo, con las manos».[27]

Aunque Leopoldo María Panero sostiene que dejó de hacer poesía a los ocho años, lo cierto es que algún que otro poema más salió de su pluma. Como el dedicado a su corderito:

MARCELINO

Era blanco,
tenía una mancha marrón
era bello como el faisán
era dulce,
tenía el amor en su cuerpo,
tenía dulzura en su alma,
tenía paciencia en su vida…
Era bueno y cariñoso;
bueno como un pájaro.[28]

El año en que el experimentalismo azota el lienzo blanco, el año en que Saura, Canogar, Feito y el canario Millares superaron la división entre la abstracción y la figuración y crearon El Paso, ese año –1957–, Leopoldo María Panero, con nueve años y embutido en un terno inmaculado, recibe la primera comunión y la confirmación. Fue el 30 de mayo en la iglesia del Colegio de la Divina Pastora de Madrid, de la mano del nuncio apostólico en España, monseñor Antoniutti. Seguimos en una España gris: el alma de ceniza, el gris del cemento, el hombre gris.

Pese a la concesión del Nacional de Poesía y a la complicidad con el régimen, la economía familiar inicia de nuevo una pendiente hacia arriba. Llega Semana Santa y el verano, y los Panero recurren a la finca de Castrillo de las Piedras, donde se solaza la burguesía astorgana. Villa Odila, a la espalda del apeadero del tren, está conservada por un guardés que reside allí con su familia. El rústico cuida el corral de gallinas, el palomar y los frutales, regados por las acequias. Michi recuerda cómo jugaba con Leopoldo María al escondite entre las viñas y cómo a hurtadillas cogían pichones en el viejo palomar. Los dos menores llevan a cabo representaciones teatrales ante un auditorio familiar, de primos y tíos. Adaptan a Shakespeare –*Julio César, Romeo y Julieta*– y a Mark Twain –*Encuentro con un entrevistador*–. Leopoldo María reescribe los libretos –el creador– y Michi se encarga de la iluminación y de las entradas –el cobrador.

En agosto al padre le gusta ver a sus hijos subidos al trillo tirado por un mulo o un par de bueyes. Disfruta viéndolos corretear en las eras, situadas entre la finca y el núcleo de población. Llegada la noche, mientras los mayores disfrutan en el porche del frescor de la vega, los chicos muestran al padre su pericia y valor buscando una moneda que

previamente les había colocado en el acceso de entrada a la finca. Con más miedo que valentía escudriñaban en aquel lóbrego camino anochecido, que moría en una hilera de castaños, en busca del metal que les garantizase un regreso triunfante.

Cuando el otoño se avecina, tras unos largos veraneos de tres meses, la familia retorna a Madrid. Los niños han de iniciar el nuevo curso escolar y el frío madrileño invita de nuevo a la más recluida vida doméstica.

En 1957, Álvaro Delgado, como consecuencia de aquellas tardes en torno a un refrigerio en sus frecuentes visitas a Ibiza, número 35, pinta *Leopoldo María Panero vestido de Pierrot*, óleo sobre tela (73 × 60 cm). Sobre un fondo gris destaca la figura sedente en blanco, que tiene en sus manos una mandolina de tonos ocres-anaranjados. Para el artista madrileño, el niño tenía un enorme atractivo: manos muy delgadas y muy bonitas, unos ojos profundos y expresivos, y en su rostro se adivinaba cierta desmedida melancolía. «Y a mí los seres melancólicos me han atraído siempre para usarlos como modelos. Ahí nace la idea del retrato; ahí y al ver al crío de Capitán Marciales.» Delgado le hizo unas fotografías sobre las que trabajó con mayor serenidad en casa. En un breve intervalo de tiempo el artista pintó un nuevo óleo sobre tela de las mismas medidas: Leopoldo María de Arlequín sentado, en tonos rojos sobre fondo gris. En este caso la figura, con el rostro de perfil, sujeta desdeñosa un violín. En ambos cuadros acompañan al retratado instrumentos musicales que el niño no toca, fue una decisión caprichosa del pincel. Con posterioridad el miembro de la Escuela de Madrid realizó dos réplicas de los retratos en *tablex*.

Probablemente el último poema de la etapa de niñez de Leopoldo María Panero, fechado el 26 de diciembre de 1957, sea este:

EL RÍO

*A mi prima María Luisa,*
*con mucho cariño* Tú, dulce río,

que en ti se apoyan las dulces aguas,
que en ti nadan los alegres pececillos,
que con tu agua azul y bella inspiras bosques y prados,
las más bellas excursiones se hacen al lado de ti,
que los dulces pececillos asoman su cabeza alegre por entre tus aguas;
tú, dulce río estás lleno de amor.

## 3. HUÉRFANO DE PADRE (1959-1965)

No te puedo decir el año de nada de lo que ha pasado en mi vida. Salvo la muerte de mi padre, que fue en 1962, me lo sé de memoria.

En 1959, tras cinco años de internado, un Juan Luis adolescente es expulsado del Real Colegio de Alfonso XII de San Lorenzo de El Escorial por mala conducta. Su padre lo envía a vivir con la abuela Felicidad Bergnes de Las Casas, quien sufraga los gastos del nieto.

La Semana Santa de ese año no fue igual que las anteriores. Pese a la endeble economía familiar, a finales de marzo, los Panero llevaron a cabo un viaje de más de veinte días a Italia. A sus once años, aquella era la primera salida de Leopoldo María al extranjero. Organizado por el jefe del departamento de viajes del Instituto de Cultura Hispánica, Javier Martínez de Velasco, el itinerario comprendía Génova, Florencia, Roma, Nápoles, Venecia y Milán. Un pequeño autocar alquilado, que salió muy barato, transportó a un grupo de amigos: el poeta malagueño José María Souvirón, Luis Rosales y María Fouz con su hijo, la esposa de Manuel Díez Alegría, el crítico Manuel Sánchez Camargo y familia, el periodista chileno Tito Munt, las tías de Astorga y los Panero al completo.

El osado Juan Luis –que tras los años de internado y el consiguiente alejamiento de la disciplina paterna, añadidos a la independencia que le daba la abuela, no podía soportar casi un mes de abstinencia tabáquica– meditó muy mucho si enfrentarse abiertamente con la realidad y encendió un pitillo por primera vez delante de su padre en aquel viaje. El acto en sí no tuvo mayor trascendencia que la simple mirada oblicua por parte del cabeza de familia. Tras atravesar Francia llegaron a la codiciada Italia.

Una vez en Roma, evoca Juan Luis, hubo una pequeña disputa entre María Fouz y Leopoldo Panero, motivada porque la mujer de Rosales pretendía visitar al papa y el poeta deseaba viajar hasta las ruinas de Pompeya, mostrando así bastante mejor gusto, según el primogénito de los Panero.

Después de la visita a aquella cuna de la civilización europea llegaron a la ciudad de los *duces*. La estancia en Venecia tuvo una duración de tres días. Cuenta Michi que Teodoro Berlana, el marido de la tía Odila y padrino de Leopoldo María, cuando vio cómo las aguas del Adriático batían la base de los bellos palacios e iglesias del gótico tardío, voceó con olfato de avezado comerciante: «Hombre, aquí se

deben de criar muy bien los mejillones».

Ya de regreso, en Génova, donde pasaron un par de jornadas, el mayor de los hijos de los Panero, que habitualmente compartía pieza con Javier Martínez de Velasco y aquella noche tenía habitación para él solo –debido al mal estado de las carreteras, el jefe del departamento de viajes se quedó con el autocar y el conductor en la etapa precedente–, aprovechando aquel contratiempo, se escapó, estrenándose en las lides amatorias en la modalidad de pago. Aunque fue un asunto más bien para el olvido.

Tras aquel inacabable y molesto, a la vez que gozoso, recorrido junto a una ventanilla en la que se proyectaba el adiós a Italia y, acto seguido, la sucesión del litoral y la campiña provenzal, entraron en España por la frontera de Port-Bou. Una vez en Madrid, Juan Luis volvió con la abuela Bergnes y el resto de los Panero a su domicilio.

De vuelta en el colegio, Leopoldo María, a través de la publicación *Corriere dei Piccoli,* se cartea con *Arditi dello Spazio* (Vanguardia del espacio) y, mediante un boletín de suscripción, solicita su ingreso como miembro de aquel club infantil ubicado en Milán. Previo reembolso de veinticinco pesetas le enviaron el carné de astronauta, y entró a formar parte de aquellos halcones audaces que algún día emprenderían el vuelo más allá de los confines del cielo azul, en busca del sol. «L'avvvenire ci attende!» (¡El futuro te espera!), le remite *Il Comandante Astrotau*.[1]

Según la narración de Felicidad Blanc, al regreso del viaje a Italia, su marido Leopoldo sufrió una leve transformación, se aproximó a los suyos con más calor, se tornó más familiar. En palabras de la madre, aun queriendo a sus hijos, Panero los había tenido abandonados. Y precisamente por esta época el ilustre poeta acostumbra a llevarlos en coche a las carreras de caballos en el hipódromo de la Zarzuela.

Atrás van quedando las repetidas borracheras con los amigotes. Jaranas estiradas hasta las cuatro de la madrugada y reiniciadas a las nueve de la mañana siguiente con brandy 103. Así, de lunes a sábado. En una ocasión, Felicidad, hastiada de tanta pendencia etílica, decidió cambiar la cerradura de la puerta de casa sin advertir de ello a su marido. De madrugada, Panero, beodo perdido, no atinó a introducir la llave y organizó un escándalo de órdago. El mal vino del astorgano era notorio.

Leopoldo María no va mal en los estudios, es aplicado. Por contra, a menudo los padres reciben quejas de su conducta en el Liceo Italiano, un colegio que ni olía a goma de borrar ni exigía mantener «firme el ademán»; un colegio que ni olía a colegio ni en él imperaba una rancia disciplina. «Tiemblo a la adolescencia de este chico»,[2] le dijo intranquilo en cierta ocasión Leopoldo a Felicidad.

En junio de 1959, Leopoldo María termina la *Scuola Elementare,*

equivalente a la primaria, con las siguientes calificaciones:

| | | |
|---|---|---|
| *Lingua italiana* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Storia* | . . . . . . . . . . . | *nove* |
| *Geografia* | . . . . . . . . . . . | *otto* |
| *Matematica* | . . . . . . . . . . . | *otto* |
| *Spagnolo* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Cultura spagnola* | . . . . . . . . . . . | *sei* |
| *Religione* | . . . . . . . . . . . | *sei* |

El último día de junio, Agustín de Foxá,* escritor, diplomático y conde, amigo de Leopoldo Panero, falleció en Madrid. Llegó gravemente enfermo de Manila, donde desempeñaba el cargo de ministro consejero de la embajada de España y, después de dieciséis días agónicos, murió víctima de un edema pulmonar. A la comitiva fúnebre, que partió del domicilio del finado en la calle de Ibiza, número 1, asistió el oficialismo todo.

El sábado 13 del mismo mes y coincidiendo con la Huelga Nacional Pacífica promovida por el Partido Comunista de España (PCE) y el Frente de Liberación Popular (FLP), Ernesto Che Guevara hacía una escala en la capital de España y paseaba por sus calles vistiendo un terno verde olivo. El triunfante guerrillero de Sierra Maestra llegó con una comitiva de tres compañeros de uniforme, a media tarde, procedentes de La Habana. En el aeropuerto de Barajas fueron recibidos por personal de la embajada de Cuba y partieron hacia El Cairo al mediodía del domingo, donde el Che se entrevistó con Gamal Abdel Nasser.

Leopoldo María, un niño de once años, marchó de nuevo con sus padres de vacaciones a la finca de Castrillo. En una de las jornadas veraniegas, mientras los dos chicos mayores jugaban en el encinar con una escopeta de aire comprimido, Leopoldo María sufrió un percance. Cuando Juan Luis manipulaba el arma con el cañón plegado para la carga, Leopoldo apretó el gatillo, lo que provocó el repentino levantamiento del cañón y un sorpresivo golpe en el ojo del más pequeño, provocándole una escandalosa herida. El padre, encolerizado, le soltó unos guantazos a un aterrado Juan Luis creyéndole culpable de aquel derramamiento de sangre, aunque en realidad fue la mezcla de candor y torpeza manual de Leopoldo María la causante del incidente. Con la concurrencia del médico se lavó la herida y todo quedó en un mero susto.

Vuelta a Madrid. El matrimonio Panero vive una nueva luna de miel. Durante el curso escolar, a menudo Felicidad y Leopoldo van a recoger a los dos pequeños a la salida del Liceo Italiano. Leopoldo María prepara la *Scuola Media Inferiore*.

Después de la visita de Fernando María Castiella al presidente

norteamericano Eisenhower y la entrega de un mensaje personal de agradecimiento de Franco por la concesión de créditos a España, el 21 de diciembre de 1959 aterriza por primera vez en el país un presidente de Estados Unidos. Dwight David Eisenhower, recibido por Franco en la base militar de Torrejón de Ardoz, llega a la España del Plan de Estabilización en medio de una triunfal bienvenida en las calles madrileñas. En momentos de estrechez económica, Leopoldo Panero es nombrado director editorial de *Selecciones del Reader's Digest*, revista editada por una empresa de estrechos vínculos con los intereses políticos del Departamento de Estado norteamericano.

El 15 de octubre de 1961, el poeta de Astorga se encuentra en Washington, desde donde le envía una lacónica tarjeta postal a su hijo Leopoldo María: «Besos. Papá».

A primeros de junio de 1962 se celebra en Múnich el Congreso del Movimiento Europeo, al que asiste parte de la oposición a Franco, quien ordena suspender el artículo catorce del Fuero de los Españoles durante dos años, para desterrar a los principales asistentes a aquel contubernio. El amigo de Panero, Dionisio Ridruejo, no puede regresar a España y queda exiliado en París.

También en junio, aquel niño que tiraba la cartera por los aires a la salida del recinto escolar, obtiene la *Licenza di Scuola Media* con las siguientes calificaciones:

| | | |
|---|---|---|
| *Lingua italiana* | . . . . . . . . . . . | *sei* |
| *Lingua latina* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Storia* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Geografia* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Matematica* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Scienze naturali e chimica e geografia .* | . . . . . . . . . . . | *sei* |
| *Lingua locale* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Disegno* | . . . . . . . . . . . | *sei* |
| *Educazione fisica* | . . . . . . . . . . . | *eson.* |
| *Cultura locale* | . . . . . . . . . . . | *otto* |
| *Form. esp. nac* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Religione* | . . . . . . . . . . . | *sette* |

En este curso, Leopoldo María quedó exento del examen de gimnasia: *esonerato*. Se desconoce si fueron la abulia y la torpeza que mostraba el alumno en los ejercicios gimnásticos, sumadas a la escasa relevancia que se le concedía a la asignatura, las razones que motivaron dicha exclusión. No obstante, con unas notas más que aceptables bajo el brazo, se inicia el verano más trágico de los Panero.

Agosto de 1962. Una vez en Villa Odila, la mañana del 27, Leopoldo padre se levantó con malestar. Mientras Feli se arregla, él escribe en su

despacho el que será su último poema, «Como en los perros». Una vez terminado y después de mucho advertirle Felicidad sobre su espera, Panero recoge y se marchan hacia Astorga. En la ciudad maragata hay un bullicio inusual; el gentío y la música lo invaden todo. Es la última semana de agosto, la de las fiestas de la pretérita capital de los astures y de los amacos.

Leopoldo fue a la emisora local porque se había citado con el escritor y cronista oficial de Astorga, Luis Alonso Luengo, para grabar el pregón radiofónico de las fiestas. El poeta recitó ante el micrófono un romancillo que había compuesto el día anterior en Castrillo y que había leído insólitamente a su familia reunida, «Pequeño canto de la Sequeda», donde lamenta la escasez de agua para su amada y minúscula comarca astorgana. Posteriormente comenzó a recitar «El templo vacío» y los allí presentes quedaron absortos y arrebatados. Pero él se levantó con presteza, plegó las cuartillas y las guardó en el bolsillo a la vez que cambiaba de tercio: «Y ahora… menudas mollejas de aperitivo tienen en La Peseta…, ¿vamos allá, Luisín?».[3]

El autor de *Escrito a cada instante*, orgulloso de su fortaleza, se golpeaba el pecho enarcado y articulaba sonriente: «He engordado cuatro kilos. Y, no te quepa duda, son las dos *pes*: *pan* de Astorga y *paz* de Castrillo».

Después del aperitivo asistieron al banquete que la Diputación Provincial ofreció al jurado del Premio de Literatura del Día de las Comarcas, del que Panero formaba parte. Una vez finalizado el almuerzo, el poeta se encontraba muy cansado y decidió despedirse de Luis Alonso Luengo y marchar a casa con la intención de echarse la siesta. Hacía un calor tremendo.

Los hijos recuerdan la entrada del Seat 1400 de un modo poco ortodoxo por el sendero rectilíneo de la hacienda. Piensan que su padre llega con unas copas de más. Panero abandona el vehículo y a la entrada de casa lo recibe Felicidad, que le observa mal aspecto. Él admite no estar bien; algo le ha sentado mal, piensa. Sufre un dolor en el pecho y ordena a su mujer la búsqueda de un médico, mientras queda reposando en la cama. Apurada, Feli corre entre encinas, piornos y retamas en busca del facultativo, quien después de auscultar al enfermo no le concede la menor gravedad a su estado. Ha mejorado el porte, pero los dolores arrecian. Su mujer, lagrimeando, vuelve a buscar al médico del pueblo. Entretanto, los chicos juegan en la finca y no parecen enterarse de nada. El doctor le recomienda una pastilla para el insomnio y regresa a Castrillo. El poeta, yacente, con un rictus delineado en el rostro, recomienda a Felicidad que se marche a la terraza y le dice que, si en algo la necesita, ya la avisará. Ella entorna las contraventanas. Él duerme a oscuras.

Son las siete de la tarde. El día está luminoso y claro. Feli entra de

nuevo en la habitación porque aquel silencio le parece demasiado inquietante y lúgubre. Enciende la luz y el semblante apacible de Leopoldo queda iluminado; parece dormir, pero su pulso dice que ya no vive. Felicidad suelta la gélida muñeca y esta cae inerte. Excitada, baja las escaleras sin control y manda localizar al practicante, porque sabe que el doctor se marchó a la ciudad en fiestas. Hay que llevarlo con urgencia a Astorga. Juan Luis, ya con veinte años, corre a telefonear desde la estación del ferrocarril de Valderrey, a pocos metros de la parte trasera de la finca, para reclamar una ambulancia. Michi y Leopoldo María están en el porche con la abuela Bergnes, ya casi ciega, que pasaba unos días en Villa Odila.

Leopoldo Panero Torbado ha muerto de una angina de pecho. Juan Luis y Felicidad atienden a las visitas, que asisten compungidas y apesadumbradas a dar el pésame a la viuda y hermanas del fallecido, mientras Michi, a dieciocho días de su undécimo cumpleaños, vive junto a Leopoldo María un extraño desconcierto. Están con la abuela en la parte de abajo de la casa, encerrados en un cuarto. Les han comprado un manojo de tebeos, pero lo oyen todo. Leopoldo María, con catorce años, asustado, en un rincón abraza a su perro *Baby*, un pinscher alemán que regaló a la familia Manuel Sánchez Camargo.

Juan Luis recuerda cómo bajaron aquel espigado cuerpo, fuerte pero cadáver, envuelto en una manta; y cómo una gran mano colgante asomaba bajo la frazada e iba golpeando todos y cada uno de los peldaños de la escalera. Una imagen indeleble.

La capilla ardiente fue instalada en una de las estancias de la casa que los Panero tienen en Astorga, en la calle de Leoncio Núñez, número 9; la había adquirido un antepasado del difunto a mediados del siglo XIX, el que da nombre a la calle. Un frondoso jardín romántico y una hiedra que abraza la mansión engalanan el frontal de la morada, cuya trasera es parte de la muralla romana. Aquella casa que fue sujeto poético se tornó en casa doliente. Allí llegaron Fernando Quiñones, Luis Feria y José Manuel Caballero Bonald, Ricardo Gullón, Luis Felipe Vivanco, Dioniso Ridruejo, José Antonio Muñoz Rojas…

Los funerales por el poeta muerto se celebraron el martes 28 de agosto en el templo parroquial de Santa Marta, vecino a la catedral y muy próximo a la casa mortuoria. Además de los hijos, presidió el duelo el director general de Información Carlos Robles Piquer, en representación del flamante ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne. Luis Rosales, que se encontraba descansando en Estepona, recibió como un mazazo la noticia de la muerte de su inseparable Leopoldo. Tomó un taxi de punta a punta de la península y llegó a Astorga. En silencio, abrazó a Feli. Dámaso Alonso, que veraneaba con Eulalia en Santander, no pudo llegar a tiempo al sepelio. Su gran amigo fue enterrado en el cementerio de la ciudad que

lo vio nacer, junto a los restos de su hermano Juan.

Felicidad y sus hijos recogen todo y vuelven a Madrid. Dionisio Ridruejo les escribe desde París desconsolado por no haber podido acompañar a Leopoldo en su despedida. Fue todo un torrente de condolencias lo que recibió la viuda en su domicilio conyugal. Recuerda Leopoldo María que le emocionó la cantidad de cartas recibidas, pero nada más.

Coincidiendo con la vuelta al colegio, el *preside* del Liceo Italiano citó a Felicidad Blanc en su despacho para comunicarle que quedaba dispensada de pago alguno en lo que respecta a la parte italiana de los estudios de Leopoldo María y Michi, por lo que ella le quedó sinceramente agradecida ante su más que maltrecha economía. Por su difunto marido cobraría una limitada pensión.

Leopoldo María, que ha vuelto a hacer alguna incursión poética, comienza a tener escarceos amorosos. Es un muchacho enjuto de rostro afilado, con la mirada dulce y tierna, que enciende sus primeros cigarrillos y saborea los tragos iniciales. Elisabetta, una chica italiana compañera del Liceo, es su primer amor; con ella se producen las primeras llamadas telefónicas furtivas, se prestan discos de Pat Boone y de Cliff Richard, asisten a los ingenuos guateques e intercambian cartas durante el recreo. Eli fue la primera chica a la que Leopoldo María besó. Fue una relación de unos meses, pero de gran intensidad epistolar. Escribe a Leopoldo cada día desde la cama, cuando todos se han acostado, en el silencio de la noche y a escondidas de sus padres. He aquí algunas lindezas que le dedicó su enamorada Eli:

> El efecto paralizante que ejercen sobre mí tus labios al mismo tiempo que me electrizan por dentro.
>
> En religión, aunque no consigamos sentarnos juntos, ponte en un sitio donde te pueda por lo menos ver.
>
> Todos creen que duermo y así me dejan en paz […], ha entrado mi madre a decirme que Mariano Medina ha anunciado frío.
>
> No me importa que fumes mucho.
>
> ¿No renunciaréis nunca a hacer tonterías tan grandes como esta y la de emborracharse?
>
> Acabo de terminar un tema sobre Leopardi.
>
> Me alegro de que te gustara *West Side Story*.
>
> Por el otro teléfono han oído, no sé qué decías de mi carta y se han vuelto muy preguntones, pero yo les he contado que era una cosa de Matracas (!!?). Será mejor que te llame yo cuando no estén en casa.
>
> No digas que tu subconsciente es soso porque no sueñas conmigo.
>
> Tus versos son sencillamente extraordinarios.
>
> Que te vaya bien en clase de Matemáticas. ¡¡¡No hagas mucho el gamberro!!!
>
> Me han preguntado si… ¡si estoy enamorada! Me he sobresaltado y he bajado los ojos […]. Claro que lo estoy, cómo no lo estaría conociendo a Leopoldo: es tan… tan extraordinario, tan distinto a todos los demás, es tan fenómeno.[4]

Muy lejos, el 20 de abril a las cinco y media de la mañana, mientras el alma cándida de Eli duerme con su amado Leopoldo en la cabeza, en el campo de tiro castrense del madrileño barrio de Campamento, un teniente del Ejército aprieta tembloroso el gatillo por tres veces para dar el tiro de gracia al dirigente comunista Julián Grimau.

Transcurridos casi dos meses, Leopoldo María Panero acaba el primer curso del *Liceo Scientifico,* equivalente a cuarto de bachillerato, con los siguientes resultados:

| | | |
|---|---|---|
| *Religione* | ........... | *sei* |
| *Lingua italiana* | ........... | *sei* |
| *Lingua latina* | ........... | *cinque* |
| *Storia* | ........... | *sei* |
| *Geografia* | ........... | *sei* |
| *Matematica* | ........... | *cinque* |
| *Scienze natural* | ........... | *sette* |
| *Lingua locale* | ........... | *sette* |
| *Disegno* | ........... | *cinque* |
| *Educazione fisica* | ........... | *sei* |
| *Cultura locale* | ........... | *sei* |
| *F.E.N.* | ........... | *cinque* |

No se ha cumplido todavía un año desde que Felicidad enterrase a su Leopoldo cuando la muerte hace de nuevo acto de presencia. En junio de 1963, la abuela Bergnes fallece en su domicilio delante de su nieto Juan Luis y su desolada hija Feli, a quien solo le quedan sus hijos como refugio.

Tras las honras fúnebres y los consiguientes papeleos, aquella mujer afligida abandona la capital y marcha de vacaciones estivales con sus hijos a la finca de Castrillo, un lugar también lleno de congoja.

Madrid es un hervidero. El 29 de julio, un artefacto explosivo en la sección de pasaportes de la Dirección General de Seguridad causa treinta y tres heridos y provoca la detención de dos falsos autores, dos inocentes. A los pocos días, el garrote vil acabó con sus vidas: los anarquistas Francisco Granados y Joaquín Delgado. Por entonces, una huelga de dos meses paraliza las minas de carbón en Asturias. La España oficial se tambalea.

En Villa Odila, Felicidad y los chicos deciden emprender un viaje a Galicia, desconocida por los pequeños. Visitan Santiago de Compostela y recorren las Rías Bajas durante tres semanas, encontrando una Galicia casi virginal. Era el primer verano sin el cabeza de familia y a Felicidad le produjo una alegría inmensa volver a encontrarse con el mar. De regreso, la madre y los dos menores quedaron en Castrillo de las Piedras y Juan Luis se incorporó a su trabajo en *Selecciones del Reader's Digest,* donde llevaba unos meses tras su deserción

universitaria –hizo un curso en Derecho y otro en Filosofía y Letras.

Con motivo del primer aniversario de la muerte de Leopoldo Panero, se le rinde homenaje en Astorga. Muchos señores de traje gris y semblantes apagados rodean la fuente del angelote de alas cortadas en el jardín de la casa de los Panero, la estancia vacía. Suena un tamboril castellano mientras unas niñas de indumento maragato siembran flores en las quietas aguas de la fuente circular. Felicidad, atónita junto a sus hijos, contempla la placa instalada en la puerta custodiada por dos palmeras: LA PROVINCIA DE LEÓN A LEOPOLDO PANERO. Juan Luis se había desplazado desde Madrid con Luis Rosales para asistir al acto.

Llegado septiembre, cuando regresan Felicidad, Leopoldo María y Michi de nuevo a Ibiza, número 35, el hermano mayor se incorpora al domicilio familiar a petición materna. Juan Luis abandona Fernán González, número 59, y su militancia comunista –estuvo en el PCE desde 1961–. Aunque él sintoniza más con su madre y comienza a hacer vida social junto a ella, los hermanos lo ven como al mayor, en el papel de padre, y ahí comienza una relación manifiestamente cainita.

Las fechorías de Leopoldo María en el Liceo Italiano empiezan a cobrar notoriedad. Para su suerte, asiste a una institución muy liberal, porque resulta impensable que en esa época un mocito de quince años trate de cobrar entrada a los asistentes a la clase de formación del espíritu nacional al precio de una peseta. Vendió papeletas de fabricación propia por todo el colegio. Una empleada del Liceo trató de entrar, creyendo que asistiría a un espectáculo, hasta que el profesor le impidió el acceso.

Otro de los escándalos sonados ocurrió cuando obligó a un rollizo profesor de gimnasia a dar varias vueltas al enrejado patio del Liceo corriendo tras él. No le alcanzó hasta que entre varios compañeros lograron retener a Leopoldo María. Al día siguiente, el profesor llamó a Felicidad para comunicarle que el chico era un rebelde. Igualmente recibió quejas del padre Palomar, a quien Leopoldo se empeñó en demostrarle la no existencia de Dios. El sacerdote, preocupado por aquel conturbado muchacho, le comunicó a su madre: «Leopoldo puede ser todo o nada».[5]

Joaquín Araujo, Quine, íntimo de un amigo de Juan Luis, tiene referencias de Leopoldo María y de sus desmedidas aficiones literarias. Un día de otoño de 1963, Quine, exalumno del Liceo Italiano, decide presentarse en la puerta del colegio sin más munición que su semblante todavía barbilimpio, un flequillo de onda a la derecha y las lentes de pasta sobre el piramidal, y le propone a Panero formar parte de un colectivo llamado Tertulias Literarias, que están gestando entre unos amigos del Colegio Decroly. (Los pioneros tertulianos, no más de cinco pipiolos de una precocidad ofensiva, se prometían a modo de

conjuro el leer con toda libertad durante una semana y llegado el sábado se citaban en un bar o en casa de uno de sus miembros para comentar sus lecturas.)

El candidato aceptó de buena gana y, entusiasta, se incorporó a las tertulias. El primer texto comentado tras el ingreso de Leopoldo María fue *La rebelión de las masas*, de José Ortega y Gasset. Pero aquello comenzó a crecer y llegaron a ser una organización que sobrepasó el centenar de asociados. Había tertulias en el Liceo Italiano, en el Instituto Ramiro de Maeztu, en el Liceo Francés, en el Colegio Decroly y en el Colegio Estudio. Incluso celebraron elecciones y el quinceañero Leopoldo María Panero se presentó a directivo con un trabajo crítico sobre el marxismo.

Quine, de la edad de Leopoldo María y alma de aquel tinglado, vive en una manzana adyacente al Liceo y con frecuencia le espera a la salida de clase. A menudo se animan y marchan caminando entre interminables peroratas hasta el bulevar de acacias de la calle de Ibiza. Para aquellos mozalbetes que idolatran a Francis Scott Fitzgerald no hay distancias.

En casa aguarda una madre contrita. Felicidad acaba de recibir la noticia de la muerte de Luis Cernuda y le han visitado la memoria el parque de Battersea y los olmos de Eaton Square. Escribe:

> ¿Dónde estás ahora? Bajo una losa fría tan lejos allá en Méjico. Acaso pensamos ya que quizás nunca más nos volveríamos a ver y mirábamos el río, las rosas abriéndose; el sol iluminando los narcisos, tu flor preferida, y aquella pared cubierta de hiedra como algo, lo único que nos quedaría. Los dos nos marchábamos tan lejos y los dos hablábamos solo de lo que sería aquel amor en la distancia, de la soledad que nos esperaba. Y nunca unas manos se apartaron con tanto dolor y tanta desesperanza.[6]

Aquel invierno, además de una desnuda nota de agencia en la que la censura permitió difundir la muerte del poeta de la ética, se sucedieron toda una serie de acontecimientos dignos de mención: en París muere el padre del dadaísmo, Tristan Tzara; el vanguardista José Bergamín, uno de los ciento dos conspicuos intelectuales firmantes de la carta al ministro Fraga Iribarne donde pedían explicaciones sobre el comportamiento de la policía en la huelga minera, tiene que huir de España; y se despide para siempre Luis Martín Santos cuando volvía de Vitoria a Madrid. «Es de las pocas personalidades en las que creo que se puede confiar ideológicamente», diría Leopoldo María Panero muchos años después sobre el malogrado escritor.[7]

Felicidad sigue coleccionando instantes y en el estudio forrado de libros, al fondo del largo corredor, junto a la ventana que da al bulevar de Ibiza, en su rincón, escribe del poeta sevillano:

> Vuelven los años grises hasta llegar a ti, muerto querido, porque nunca sospeché que te había querido hasta que ya tu muerte trajo el recuerdo de los escasos días que pasamos juntos, ¿qué dicha esperabas de mí?, ¿qué me pedías que yo no supe darte? Y fue leyendo tu libro, aquel que me dejaste, cuando comprendí lo que había perdido. Te busqué muchas veces, pero estabas ya muerto. Y era ya tan difícil poderte acariciar, cuando estabas ya muerto. Te coloqué en tu sitio, aquí junto a los otros y precisamente por no haber podido darte nada eres ya para siempre fantasma preferido.[8]

En el otro extremo del pasillo, a la izquierda de la entrada de la casa, en la habitación de Leopoldo se celebra una tertulia literaria a puerta cerrada sobre «La juventud europea y…». La copulativa podía arrastrar a los sesudos tertulianos a horas y horas de perpetuo debate en aquella tarde del 4 de febrero de 1964.

Pocos días después se celebra en el Liceo Italiano una fiesta de disfraces a la que Leopoldo María asiste envuelto en una levita con solapa de raso, de romántico. Una camisa blanca y un lustroso pañuelo de seda que le abrazaba el gaznate cubrían el ligero volumen del joven aseadito de cuerpo y alma. Un pantalón ceñido al tobillo y un calzado impoluto completaban el negro riguroso de aquel dandi que se dejaba querer por el personal femenino participante en la luminaria.

Chelo, una chica «de tetas frondosas», en palabras de Leopoldo María, es la nueva cortejante. La joven le recrimina que ha escuchado en el colegio que solo sale con ella por fastidiar a Eli. Sin embargo, pese a las malas lenguas, Chelo le ama.

El 19 de abril, dos días antes del regreso del exilio parisiense de Dionisio Ridruejo, Felicidad Blanc, acompañada de sus hijos más el inseparable Quine Araujo, asistió a la toma de posesión de Luis Rosales como miembro de la Real Academia Española. El granadino discurseó sobre la vida, obra y misteriosa muerte del poeta del siglo XVII Juan de Tassis Peralta, conde de Villamediana.

Leopoldo María se acerca a la Feria del Libro de Madrid y adquiere la novela de José María Souvirón *Un hombre y unas mujeres*, que el autor le firma con dedicatoria. Y entre amoríos, tertulias y demás zarandajas acaba renqueante el ciclo 19631964 –*Liceo Scientifico e Baccellierato Spagnolo*, quinto curso:

| | | |
|---|---|---|
| *Religione* | . . . . . . . . . . . | *quattro* |
| *Lingua italiana* | . . . . . . . . . . . | *quattro* |
| *Lingua latina* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Filosofia* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Scienze naturali* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Lettere spagnole* | . . . . . . . . . . . | *sei* |
| *Cultura spagnola* | . . . . . . . . . . . | *sei* |
| *Disegno* | . . . . . . . . . . . | *quattro* |
| *Educazione fisica* | . . . . . . . . . . . | *eson.* |

| | | |
|---|---|---|
| *Educación espír nac.* | . . . . . . . . . . . | *quattro* |
| *Greco* | . . . . . . . . . . . | *quattro* |

Es la primera vez que el joven Panero suspende en los exámenes de junio. Para alivio del profesor, continúa eximido de Educación Física. Le quedan para septiembre cinco asignaturas, que son simplemente aprobadas:

| | | |
|---|---|---|
| *Religione* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Lingua italiana* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Disegno* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Educación espíe nac* | . . . . . . . . . . . | *sei* |
| *Greco* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |

En octubre de 1964, ya iniciado el sexto curso de bachillerato, Quine Araujo se lamenta de un Leopoldo demasiado científico. Pasan juntos los fines de semana, amén de verse todos los días, y observa cómo engulle todo libro que cae en sus manos; lee muchísimo marxismo hasta adquirir un nivel teórico más que aceptable, con una capacidad desbordante para poner patas arriba cualquier tesis, asegura un memorioso Araujo. Todavía hoy no ha olvidado Panero cómo se le caían los libros de estética y marxismo de la cartera del colegio. El 10 de octubre de 1964, Quine anota en su diario que Leopoldo es ateo. Y nueve jornadas después se queja de su ambigüedad humanística.

El mentor de las tertulias literarias recuerda con cariño la singularidad de Ibiza, número 35: Felicidad les preparaba té con pastas a la hora de la merienda y a veces se descolgaba con caviar para los amiguitos de Leopoldo. O cuando los tres hermanos Panero realizaban apuestas para cotejar quién recitaba mejor a Lorca; tras una larga y dislocada tenida poética, el vencedor era remunerado con libros que los perdedores soltaban rabiosos.

Durante este curso, un compañero llamado Antonio introduce a Leopoldo María en el Partido Comunista de España. El nombre de guerra que adopta es el de «Alberto». Las tertulias literarias comienzan a nutrirse de militantes comunistas y gradualmente se van transformando en una organización parapolítica de los bachilleres del PCE. Leopoldo conoce en las tertulias a José Ramón Rámila, alumno de otro centro e hijo de un funcionario franquista del Instituto Nacional de Previsión; un intrépido maoísta que, sin lograr su objetivo, trataba de reventar un grupo de extrema derecha desde dentro. El 16 de enero de 1965 se conversa en una tertulia sobre cómo «las pasiones desmoronan los propósitos».

Crece la agitación. A finales de febrero, en protesta por la suspensión de una charla del profesor Aguilar Navarro sobre «La Democracia Cristiana, hoy», cerca de tres mil estudiantes ocupan la

Facultad de Ciencias, asaltada posteriormente por la policía. Tras la gran marcha de protesta estudiantil hacia el rectorado de la Universidad Complutense de Madrid, encabezada por los profesores Aranguren y García Calvo, y a la que se suman después sus colegas Tierno Galván, Aguilar Navarro y Montero Díaz, los docentes fueron expulsados de la universidad. El poeta, crítico y traductor José María Valverde, en solidaridad con los represaliados, presenta su dimisión de la cátedra de estética en la Universidad de Barcelona.

Con un número de *Cuadernos para el Diálogo* como base, los bachilleres de las tertulias discuten sobre si el conocimiento es la síntesis de lo objetivo y lo subjetivo. Y Leopoldo ya oculta una rudimentaria multicopista, una «vietnamita», en casa. Entretanto, sus correligionarios, en abril de 1965, expulsan del PCE a dos destacados miembros de su Comité Ejecutivo, los divergentes Fernando Claudín y Jorge Semprún.

El 15 de junio, Leopoldo María recibe las calificaciones del curso 1964-1965, del *Liceo Scientifico e Baccellierato Spagnolo*, equivalente a sexto de Letras:

| | | |
|---|---|---|
| *Religione* | . . . . . . . . . . . | *sei* |
| *Lingua italiana* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Lingua latina* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Greco* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Filosofia* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Scienze naturali* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Lettere spagnole* | . . . . . . . . . . . | *otto* |
| *Cultura spagnola* | . . . . . . . . . . . | *sette* |
| *Disegno* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |
| *Educazione fisica* | . . . . . . . . . . . | *eson.* |
| *Educación espír. nac* | . . . . . . . . . . . | *cinque* |

Quedó listo para el examen de Reválida de sexto e inmediatamente, el 25 de junio, obtiene su primer pasaporte. Tramita los papeleos pertinentes para lograr visados ante las legaciones diplomáticas de Jordania, Siria, Líbano y República Árabe Unida, porque Felicidad, empujada por Juan Luis, que había leído *Justine*, el primer volumen de la tetralogía de Lawrence Durrell, decide viajar a Alejandría acompañada de sus hijos.

El testamento de la abuela Bergnes le facilita a Felicidad una más que agradecida holgura económica. Y el Instituto de Cultura Hispánica acaba de sacar un número doble (187-188) de *Cuadernos Hispanoamericanos* dedicado a su marido: «En memoria de Leopoldo Panero».

La familia inicia el viaje en el puerto de Barcelona a bordo de un carguero de cuatro camarotes el 20 de julio de 1965. Leopoldo María y

Felicidad comparten pieza, igual que Juan Luis y Michi. En medio de los camarotes tienen el cuarto de baño para los cuatro. Además de la tripulación, viajan en el barco un matrimonio francés y dos jóvenes bilbaínos.

Fue un viaje muy vivido. Atracaron en Marsella, donde el mayor compró una antología de Kavafis en francés y fueron al cine para ver *Zorba, el Griego* (1964). Leopoldo se compró las *Obras escogidas*, de V. I. Lenin, y se sumergió en su lectura a lo largo del viaje. En Génova, en el viejo puerto ligur, Felicidad queda espantada por los embriagados marineros que deambulan por las estrechas callejas que dan al mar. Aquellas pendientes de bajas colinas vomitan rudos navegantes que provocan las risotadas de los chicos.

Durante la agradable travesía, la serenidad de las aguas del Mediterráneo, en las mañanas soleadas, los invita a leer en cubierta unos versos de Kavafis.

Por fin, la mítica Alejandría. Amanece sobre la ruinosa y polvorienta ciudad. La luz mediterránea, pálida y caliente, despierta a la población y envuelve los inmaculados minaretes y las palmeras de alma griega; una metrópoli geográficamente egipcia, pero de espíritu helénico.

Un pequeño viaje por el desierto Arábigo los condujo al valle del Nilo, a la mayor ciudad africana: El Cairo. De allí se desplazaron a Gizeh, a las afueras, para contemplar las pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos, y apreciar el fascinante arte de la piedra tallada. Cumplieron el ritual turístico sobre unos camellos, pero también visitaron el Museo Egipcio, de cuantiosos fondos, y la mezquita de al-Azhar, del siglo X. Regresaron a Alejandría y el barco los llevó a un nuevo anclaje. En Beirut, el menor de los hermanos padece una fuerte colitis. El capitán del barco se asustó del estado febril de Michi y recomendó a su madre la visita a una persona en la capital de la República del Líbano. Tras ingerir una pócima y guardar reposo, Michi se recompuso felizmente. Después de recrearse ante las ruinas de Balbek, desde Beirut viajaron hasta Damasco, donde los Panero pasaron una jornada y visitaron la Gran Mezquita de los Omeyas y los vigorosos zocos. En la capital siria fueron guiados por la persona que logró el restablecimiento del menor de los hermanos, quien hizo un viaje de vuelta totalmente recuperado pese al sofocante calor de aquellas fechas.

Una breve escala en Rodas y la imposibilidad de atracar en El Pireo a causa de una huelga de estibadores completaron aquella experiencia de casi un mes de duración. El día 18 de agosto llegaban al puerto de Barcelona.

Entrado el otoño, Felicidad, ya más decidida, reanuda la vida social con su hijo mayor como acompañante y deja de ser la viuda suspirante, figura que siempre repudió. «Me voy alejando de un

mundo cuyo peor defecto es su aburrimiento»,[9] escribe. Leopoldo María se incorpora al Liceo Italiano para iniciar el preuniversitario y mantiene viva su frenética actividad en las tertulias literarias y su militancia política. Llegado diciembre ingresa como socio número 2086 en el Club de Amigos de la Unesco.

## 4. EL CAMARADA «ALBERTO» (1966-1967)

Una palabra de Nietzsche sirve para conquistar a una novia y un párrafo de Hegel para destruir a un enemigo.

El 2 de mayo de 1966, Leopoldo María obtiene el título de bachillerato, expedido en el Instituto Nacional de Enseñanza Media Ramiro de Maeztu, de Madrid. El hermano mayor, Juan Luis, ha abandonado el hogar familiar para vivir en Londres.

En junio, Leopoldo supera el examen de preuniversitario con la calificación de «aprobado» y se matricula como alumno oficial del primer curso de comunes, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. España está empañada por los conflictos laborales y las manifestaciones obreras. El salario mínimo es de ochenta y cinco pesetas. Se habla de un próximo referéndum sobre la Ley Orgánica del Estado.

Un personaje judío, autodenominado Akiva Kurtz, llena de pájaros las cabezas de Leopoldo y Quine, unidos de nuevo tras un provisional enfriamiento de su amistad. Tenían que lograr dinero para fundar en España un kibutz, y mediante unos supuestos contactos sionistas internacionales les ofrece la posibilidad de pasar el verano trabajando en una fábrica de calzado en París, donde van a ganar una fortuna. Con los beneficios obtenidos volverán a España para fundar el primer kibutz español. Akiva les facilita unas direcciones y unos contactos en París, y un grupo de alumnos del colegio Decroly con Quine Araujo y Leopoldo María Panero marchan ufanos camino de la capital francesa. Leopoldo llegó el 14 de julio al Collège d'Espagne de la Cité Internationale de l'Université de París (7, E, Boulevard Jourdan, París-XIV), alojamiento conseguido por su madre. El resto se instaló como pudo. Pero una vez allí, ni direcciones, ni contactos, ni fábrica de calzado, ni nada. El poeta visual Ignacio Gómez de Liaño, estudiante de Filosofía y Letras, asiste a recoger su maleta facturada a la estación de Austerlitz y se encuentra con unos chicos que hablan español. Entre ellos está Leopoldo. Se dan a conocer y estos le explican que van a ir a la sinagoga sefardí de la Rue de la Victoire en busca de empleo. Liaño los acompañó y allí preguntaron por Akiva. Uno del grupo hablaba ladino y trataron de hacerse pasar por hebreos para lograr trabajo… Todo con resultados estériles. El desconcierto fue absoluto; los seis o siete jóvenes audaces agotaron las reservas económicas y quedaron sin un franco en el bolsillo. Panero y Quine Araujo, antiguos tertulianos,

entablaron una discusión sobre la moralidad de robar. Leopoldo María, con más recursos e instalado en el colegio universitario, se niega a dar de comer al resto del grupo. Así lo registró Joaquín Araujo en su diario. Pero pronto se quedó también sin dinero y tuvo que escribir a la madre para reclamarle un giro. Ante la acuciante miseria y el temor de que la carta no llegara a su destino –no acababa de recibir el dinero–, Leopoldo María optó por echarse a la cuneta y «hacer dedo». Un automovilista generoso, pero gordo y seboso, según Leopoldo, recogió a aquel autostopista consumido pero aparente. No transcurrieron muchos mojones kilométricos cuando el piloto, ligero de manos, comenzó a insinuar algo fácil de comprender. Leopoldo le exigió que le dejase bajar del coche de inmediato. En Chartres le cogió un andaluz que viajaba en un Citroën 2CV y le llevó hasta España. El 26 de julio escribe a Felicidad desde la casa de su tía Margot, en Irún, donde le relata el atribulado viaje. El conductor del Dos Caballos le invitó a comer y a cenar, gestos que Leopoldo interpretó como interesados porque el otro no hablaba francés y el joven madrileño, con un idioma galo cargado de combinaciones barrocas, le sirvió de cicerone. En Hendaya tuvieron una colisión con otro vehículo conducido por un muchacho alemán. Aunque el andaluz, presa del nerviosismo, quiso huir, Leopoldo le disuadió de tal idea, le acompañó a la comisaría y acabaron haciéndose amigos los tres. Escribe a Felicidad Blanc:

> Creo que será inútil decirte que no encontré trabajo en París. Estos últimos días, como compensación, me he dedicado en compañía de otros dos chicos, diestros en el oficio, y con singular éxito, al hermoso y difícil arte de robar: de un lado, comida, mitad por necesidad y mitad por gusto, de otro, y especialmente, libros; tengo la maleta llena de ellos, la mayoría de arte y de poesía. [...]. Pasaré unos días con los tíos antes de ir allá; ya estoy bien, sano y salvo, así que no te preocupes más por mí.[1]

Una vez en Madrid, aquellos crédulos averiguaron que el tal Akiva Kurtz ni era hebreo ni nada semejante. Era simplemente un sujeto que sublimó de tal modo el sionismo que había transformado un nombre tan escasamente bíblico como el de Antonio en el de Akiva. Otro tanto hizo con el apellido paterno: un cambalache de fonemas degeneró en Kurtz.

En agosto de 1966, el camarada Alberto volvió de nuevo a París. Viajó en tren para asistir a un seminario de formación dirigido a simpatizantes y militantes del PCE. Allí se encontraron una veintena de españoles, aunque de Madrid solo llegaron, cada uno por su cuenta, cuatro mujeres y Leopoldo María Panero. Una vez reunidos mediante una contraseña en el lugar de la cita, fueron trasladados de la capital a un colegio de enseñanza media del cinturón industrial parisiense, en

Ivry-Sur-Seine, lugar donde murió Antonin Artaud.

El colegio fue utilizado como residencia y, aunque imperaba la camaradería, las mujeres dormían en habitaciones separadas de las de los hombres. Se les recomendó no visitar el Barrio Latino, porque estaba infestado de policías españoles, aunque el que más y el que menos resultó un indisciplinado militante; tampoco podían comprar libros para que en el paso fronterizo no detectaran sus inquietudes intelectuales y dedujesen su oposición al régimen.

El cursillo, impartido en las aulas del colegio, corrió a cargo de los dirigentes comunistas Santiago Álvarez y Manuel Azcárate, aunque también asomó por allí Enrique Líster. El camarada Alberto, crítico y mordaz, increpó a sus instructores por los Procesos de Moscú, en los que fueron juzgados Zinóviev, Kámenev, Bujarin y otros bolcheviques, acusados de desviacionismo trotskista entre 1936 y 1938. Aquel insolente jovenzuelo de dieciocho años se puso frente a los paquidermos sagrados de la resistencia, poco agraciados a sus ojos: «¡Qué feos son!», aseveraba un sarcástico «Alberto» a sus correligionarios de pupitre. En otra ocasión, siempre enfundado en una camisa floreada y un pantalón de pana, Panero se desternillaba de risa cuando Santiago Álvarez invocaba las guerras *irmandiñas*, aquellos conflictos entre comerciantes y artesanos contra los señoríos de las ciudades, casi siempre detentados por los obispos, que azotaron a la sociedad gallega del siglo XV. El término *irmandiño** en boca del líder comunista gallego provocaba en Leopoldo algo más que una mera sonrisa.

El último día apareció por el colegio el secretario general del PCE, Santiago Carrillo, y aquel seminario de verano del Partido Comunista de España quedó clausurado formalmente.

Una vez iniciado el curso escolar, en Madrid, durante un acto en el que se celebra una lectura poética, Leopoldo María Panero entabla amistad con un chico ilicitano llamado Vicente Molina Foix; proveniente de Derecho, se incorpora a Filosofía, donde está muy vinculado a Diego Lara.** Hoy, Molina trae a la memoria a aquel Leopoldo como una persona educada, fina e inteligente y de una gran cultura y sensibilidad.

El responsable de la célula comunista de Filosofía y Letras era Carlos Piera, en contra de su voluntad, porque detestaba militar en el frente universitario. Pero fue Pilar Brabo, la responsable del Comité Universitario del PCE en Madrid, quien por disciplina lo obligó a dirigir aquella unidad orgánica descarriada.

Las reuniones de tan pintoresca célula se celebraban en la casa de Leopoldo María o en la de Quine, cuando no se hacían en la casa de

los Piera –Carmen y Carlos–, un chalé alquilado en la calle de Serrano Galvache, número 5, perpendicular a la de Arturo Soria. El palacete, propiedad de una duquesa, estaba repleto de falsas obras de arte de dudoso gusto y en cada habitación había un diván y un espejo. El lugar reunía todos los requisitos para abandonarse a los deleites carnales; de hecho, la residencia puede dar testimonio de la pérdida de la virginidad de más de uno de los personajes que por allí pasaron.

Carmen, la hermana de Carlos Piera, estudiaba Económicas y fue una de las cuatro mujeres llegadas de Madrid para asistir en verano a los cursillos del partido en Ivry, donde coincidió con Panero.

Leopoldo y Quine eran los benjamines de aquella célula. Y las reuniones, además de preparar la acción política del partido, adquirían un color netamente literario a medida que avanzaba el debate. Es más, estos pequeños burgueses a veces remataban las convocatorias con sonados guateques, cuando no bacanales. Vicente Molina, aunque no militaba en ningún partido, recuerda perfectamente aquella casa donde por primera vez en su vida vio un disco de The Doors.

Elena Llácer, una camarada de la célula de Filosofía, cuatro años mayor que Leopoldo María y por tanto en cursos superiores, fue su primer amor universitario; una joven valenciana cautelosa y tímida a la que Leopoldo llevaba al Retiro para leerle sus poemas. Aunque Elena siempre vio aquella relación como algo disparatado, rememora con mucha estima los siete meses que estuvo vinculada a él.

Faltan cuatro días para la celebración del referéndum nacional; se pretende la ratificación de la Ley Orgánica del Estado, aprobada por las Cortes. El Partido Comunista de España aconseja la abstención y el Gobierno prohíbe y castiga toda propaganda en contra. El 10 de diciembre de 1966, Quine Araujo y Leopoldo María Panero se pasaron la tarde pegando papeles engomados con la leyenda NO VOTAR, motivo por el que se les quedó la lengua como un estropajo. Leopoldo se despidió de Quine y ya solo, en la calle de Ibiza, camino de casa, se disponía a fijar una pegatina en un escaparate cuando le sorprendió un tempranero sereno. Aquel guarda del vecindario afecto al régimen le retuvo hacia las ocho de la tarde y lo metió en una panadería, donde Leopoldo María se desprendió del resto de las pegatinas que llevaba, hasta que llegaron los funcionarios de policía y lo ingresaron en comisaría, quedando incomunicado.

En casa, Felicidad comienza a inquietarse. Llama a los amigos más habituales para saber de su hijo, pero todos desconocen el paradero de Leopoldo. Después de innumerables llamadas telefónicas, Feli recala en la Dirección General de Seguridad. Allí está su hijo. Pero sigue incomunicado. La tosca actitud de los funcionarios de policía provoca la marcha de la mujer, no sin antes dejar una manta de abrigo y algo de sustento. Desde casa, Felicidad llama a Vicente Molina para

comunicarle el hallazgo de Leopoldo María.

«Durante tres días espero una noticia de él, algo. Llevo mis paquetes. Nada puede hacerse, todo se estrella ante el laconismo de las explicaciones»,[2] señala Felicidad. Transcurridos pocos días desde la detención, madre e hijo se encontraron en Ibiza, número 35. «Estoy en casa cuando le veo aparecer. No me explica nada de lo que ha sufrido: "Sí, el sereno me metió en la panadería hasta que llegó la policía y en la masa del pan tiré disimuladamente los papeles que me quedaban". Noto una firme decisión de seguir, ahora reforzada con el trato que ha recibido.»[3]

Los resultados oficiales de aquel plebiscito fueron estos: electores: 21.803.396; votantes: 19.446.708; abstenciones: 2.356.688; votos afirmativos: 18.643.161; votos negativos: 372.691; votos nulos: 430.856. La Ley Orgánica quedó aprobada y refrendada.

En el mismo mes, Pedro Gimferrer, ese frío y lúcido decadente, como muy atinadamente lo calificó un agudo crítico, recibe el Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera por su obra *Arde el mar*, incluida en la colección El Bardo. En un acto celebrado en el Club Internacional de Prensa –Madrid–, Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo, hizo entrega de los premios y diplomas.

Tras la aprobación de la Ley Orgánica del Estado se desató una fuerte oleada represiva. El 26 de enero de 1967, Quine Araujo anota en su diario: «Veinte manifestaciones en cinco días. Vamos a todas».

Continúan los disturbios en la Universidad de Madrid. Por primera vez en muchos años se produce un enfrentamiento con la policía que origina heridos y se registran más de trescientas detenciones. Leopoldo se pasa las asambleas cantando aquella popular canción de 1967 titulada «La felicidad», de Palito Ortega. Y con un peculiar sentido de la provocación, aparecía con los atuendos más insospechados en los momentos menos idóneos: con camisas de raso o estampadas de topos y amebas, en los colores más atrevidos.

Entre algunos círculos de la Facultad de Filosofía y Letras, Leopoldo era conocido como El Príncipe, dado su acostumbrado esmero y atuendo de dandi. Pero a Elena Llácer le exasperaba aquel émulo de Oscar Wilde, aunque estaba seducida por su brillante personalidad. Cuando le reconstruyó la desdichada detención del sereno, Elena se caía de la risa.

El 27 de enero fueron detenidas en Madrid más de ciento sesenta personas y entre las treinta que pasaron a disposición judicial se encontraban los señores Camacho y Ariza, destacados miembros de las llamadas Comisiones Obreras. Los grupos más compactos de manifestantes se concentraron en el barrio de Cuatro Caminos, respondiendo a un llamamiento del sindicato clandestino. «Alrededor

de un centenar de obreros, a los que se unieron grupos de estudiantes procedentes de la Ciudad Universitaria, invadieron la glorieta de Cuatro Caminos, que hubo de ser despejada por la fuerza pública», recogía *Informaciones*. En el momento de la dispersión, Leopoldo María, allí presente, huyó con un grupo reducido de gente por las calles aledañas, tratando de escapar de la persecución policial. Al grito de «por aquí, por aquí»,[4] condujo a los manifestantes al único callejón sin salida que hay en la calle de Bravo Murillo, en las proximidades de la glorieta: la calle de la Virgen de Nieva, donde están las cocheras del metropolitano. Allí cayeron todos, incluido Leopoldo María, y fueron trasladados a la comisaría de Cuatro Caminos. Un extracto del acta de declaración de Panero muestra su versión de los hechos:

> Preguntado para que diga cómo se enteró de que intentaba celebrarse una manifestación dice:
>
> Que en su Facultad se tiraron panfletos instándoles a sumarse a ella, además de carteles murales en los que se decía lo mismo.
>
> Preguntado cómo es que sabiendo que no estaba autorizada acudió a ella, manifiesta:
>
> Que a las veinte treinta horas se encontraba en la glorieta de Cuatro Caminos en donde había dejado un autobús procedente de la Ciudad Universitaria, que estuvo tomando café como habitualmente hace, en un bar de las cercanías antes de irse a su domicilio, posteriormente intentó encontrar un taxi libre en la calle Joaquín García Morato y que en aquel momento bajaba procedente de los Cuatro Caminos un grupo de gente dando gritos, entonces el dicente para evitar ser golpeado cruzó la calzada, siendo detenido en ese momento por la Fuerza de la Policía Armada que venía avanzando para disolver al grupo que gritaba.
>
> Preguntado para que diga si en algún momento fue requerido para disolverse o si atacó a la fuerza personal y directamente o a pedradas, dice:
>
> Que no fue requerido en ningún momento para disolverse, pues, como ya ha dicho, él no era partícipe del grupo que gritaba. Que en ningún momento atacó a la fuerza pública de forma personal y directa o a pedradas, pues como ya ha dicho repetidas veces no participaba en el intento de manifestación.[5]

Después de la puesta en libertad tras su segunda detención, Leopoldo María Panero vuelve a su militancia comunista. Además de la camaradería, Leopoldo y Quine, que cursa segundo de Filosofía y Letras, continúan manteniendo la amistad. Juntos hacen poemas surrealistas.

Hacia finales de febrero, una sesuda célula comunista debate como si el zar estuviera a punto de abdicar. Hace frío, pero no estamos en San Petersburgo. Inesperadamente suena el timbre. Es en el tercero, letra D, del número 35 de la calle de Ibiza. Una sufrida Felicidad Blanc de níveos cabellos abre la puerta. Un guardia pregunta por Leopoldo María Panero. La madre entreabre la portezuela de la habitación, muy próxima a la entrada de la casa, donde se encuentra reunido el hijo con sus camaradas y, entre recado y advertencia, articula: «Leopoldo,

aquí hay un guardia que pregunta por ti», mientras el cuarto vomita una espléndida humareda. Toda la propaganda clandestina que dormitaba encima de la mesa comenzó a aterrizar sobre la acera de Ibiza, no sin antes describir una trayectoria sinuosa desde el tercero hasta las copas de las acacias. Felicidad, acribillada por unos rostros estremecidos, graduó las palabras y explicó que no se trataba de un «social» ni de un «gris» con torcidos propósitos, sino de un guardia con la misión de comunicarle a Leopoldo la multa de dos mil pesetas impuesta por el jefe superior de Policía de Madrid, por infracción de la Ley de Orden Público, motivo de su última detención. El generalizado respiro resultó casi simultáneo con el entornado de la ventana.

La viuda de Panero recurrió aquella sanción, pero el 11 de mayo de 1967 fue desestimado el recurso de alzada y hubo de ser entregado el depósito de 776,70 pesetas, el tercio del gravamen. El 13 de junio fue complementado el pago de la infracción con 1.223 pesetas.

Pese al agitado curso, en los exámenes de junio Leopoldo supera todas las materias a las que se presenta. Así concluyó la convocatoria:

| | | |
|---|---|---|
| Lengua y literatura latina I | . . . . . . . . . . . | Aprobado |
| Lengua y literatura griega . | . . . . . . . . . . . | Aprobado |
| Lengua española . | . . . . . . . . . . . | Aprobado |
| Historia universal . | . . . . . . . . . . . | Notable |
| Historia general del arte . | . . . . . . . . . . . | |
| Fundamentos de filosofía . | . . . . . . . . . . . | Aprobado |

Leopoldo María y Elena Llácer, estudiante de Filología Francesa, continúan su blanca relación. Llegado el fin de curso, ella se marcha a Valencia, donde vivían sus padres. Leopoldo le envía una carta en la que le invita a pasar el verano en Astorga. Elena queda entusiasmada con aquel agasajo. Sin embargo, la joven, prudente a la vez que temerosa, nunca encuentra el momento de plantear en casa aquel viaje a la población leonesa. Corrió el tiempo en su contra. Pasados unos días respondió a Leopoldo aceptando la invitación, con la mala fortuna de que su misiva se cruzó con otra de él, en la que este le reprochaba el escaso o nulo interés que mostró la joven valenciana ante aquella proposición. No hubo tregua, la oferta quedó invalidada. A partir de ese momento, Elena Llácer quedó desconectada afectivamente de Leopoldo María.

Aquel verano, los Rolling Stones causan furor con *Satanic Majesties Request*. Juan Luis, el hermano mayor, a su regreso de Londres sufre un accidente en la madrugada de un día de junio, mientras se

encontraba de jarana nocturna en Madrid. Carlos Bousoño[*] y él salieron del Bourbon Street, en el número 7 de la calle de Diego de León; el coche que conducía el primero chocó contra otro vehículo, al mando de un gringo de la base norteamericana de Torrejón de Ardoz. Lo aparatoso de la colisión provocó en el primogénito de los Panero una fractura de pelvis y otra de clavícula, por lo que hubo de guardar un mes de reposo. Y se enclaustró en Astorga, adonde se trasladaron Felicidad y sus otros dos hijos.

Leopoldo María ofrece a Joaquín Araujo, Quine, pasar los meses de julio y agosto con ellos, en aquella casa abrazada por la hiedra silente y custodiada por la verja de lanzas. Araujo acepta gustoso y juntos pasan muchas tardes escribiendo poemas; Leopoldo se ve asistido por la inspiración de dos suicidas sagrados: Cesare Pavese y Georg Trakl. Pero Quine, además de la lírica, tiene otros frentes que atender. Un amor galaico le hace ponerse en marcha y enfila la carretera de La Coruña. Astorga está en la ruta.

Ya sin su amigo, Panero continúa con la fiebre creadora y se encierra en la parte más alta del viejo caserón, en el torreón. Cuenta Felicidad en su libro de memorias que un día subió a visitarle y Leopoldo le entregó unos poemas; le pidió que se los mostrara a su hermano Juan Luis, todavía convaleciente. El hijo mayor, según Feli, los contempló con cierta indiferencia sin ofrecer ninguna respuesta. Ante el silencio del doliente, la madre dedujo que se acababa de producir una rivalidad fraternal. Pero Felicidad, para no dejar en mal lugar a uno de sus descendientes, improvisa una respuesta en el momento de la devolución de los poemas a Leopoldo, quien, según intuición de la narradora, comienza a acusarla de preferencia por su hermano mayor. «Mucho tiempo después comprenderé hasta qué punto mi torpeza fue agrandando la distancia, alejándonos»,[6] apunta Felicidad Blanc. En septiembre, una vez en Madrid, Juan Luis Panero decide acabar con «la comedia de la familia» y se independiza. Alquila un apartamento, aunque no rompe la relación con su madre.

Leopoldo María se marcha algún que otro fin de semana al campo con su amigo Quine, a la localidad abulense de Las Navas del Marqués, donde los Araujo tenían alquilada la finca El Dominguillo. Según Quine, como Leopoldo era un esteta, no cocinaba ni remetía las sábanas de la cama ni nada semejante; un inútil absoluto al que todo había que dárselo hecho. A cambio, pagaba con poemas. Proponía recitar mientras el otro cocinaba. Y así siempre: a la hora de tender las sábanas, barrer, fregar, poner la mesa y demás quehaceres cotidianos.

Araujo guarda en un rincón de la memoria una escena inolvidable: Leopoldo María Panero recitándole a Ezra Pound entre el fogón y los olores de la cocina, mientras él se hacía con la sartén y libraba una dura batalla contra los huevos que nadaban en un aceite salpicante.

Quine reconstruye la escena y señala que Pound recitado en inglés por Leopoldo sonaba como algo celestial.

En el curso 1967-1968, Panero se matricula como alumno oficial en segundo de comunes y en historia general del arte, pendiente de primero, ya que no se presentó a los exámenes de septiembre. Y en el nuevo año, una nueva chica acapara el corazón del inquieto joven, una amiga de Elena Llácer. Rubia, de ojos azules, muy atractiva y con buena planta, Susana es compañera de facultad. Aunque las cosas del amor no lo apartan de su militancia política.

En la aldea boliviana de Vallegrande es asesinado Ernesto Guevara, el Che, el 9 de octubre de 1967. La Universidad de Madrid le rinde un encendido homenaje a Guevara y a los guerrilleros de Vietnam. Pero el asunto deriva en una manifestación ante la embajada estadounidense. Allí también está Leopoldo. Enfrente, en la empinada calle de los Hermanos Bécquer, el estudiante de preuniversitario Ricardo Franco se topa con él, vestido con una chaqueta de terciopelo verde. Al de Preu le cayó fatal el personaje afectado y sarcástico.

Ya entonces se hace notar por su excéntrica personalidad. Marcos Ricardo Barnatán cuenta que cuando se reunían en el Teide,* en el madrileño paseo de Recoletos, mientras los contertulios tomaban café, Leopoldo María, el más joven de todos, bebía whisky, que quedaba más aristocrático, aunque fuera Dyc. Lo servían en medida, lo que le daba todavía más prosopopeya. Entre trago y trago, el imberbe Panero, entonces absorto en Wallace Stevens, les hizo comprar a todos una traducción del poeta editada en Buenos Aires. Igualmente le sucedía con Villamediana. Una antología elaborada por Luis Rosales, de la Editora Nacional, era otro de sus libros de cabecera en aquel entonces.

Carlos Piera, responsable político del camarada Alberto, se ha marchado a trabajar a Barcelona, donde a la vez continuará sus estudios. Alberto queda ligado orgánicamente a Pilar Brabo.

Vicente Acebedo,* estudiante de Derecho y correligionario de Leopoldo, da testimonio de cómo la responsable del Comité de la Organización Universitaria del PCE le presentó al camarada Alberto como la persona encargada de la coordinación y recogida de textos para la edición de *Vanguardia*, revista de la organización universitaria del partido.

Las reuniones las celebraban en un antiguo piso muy cercano a la castiza glorieta de Bilbao y el Alberto que recuerda Acebedo era una persona extremadamente esmerada y plena de rigor. Pero duraron poco aquellos contactos, apenas unos meses. Un día, Pilar Brabo –camarada «Ana» en el comité de universidad, camarada «Mercedes» en las facultades y escuelas– le comunica a Vicente Acebedo que Alberto ha tenido que salir por piernas de un chalé, huyendo de la policía. Y

desde ese momento fue ella la encargada de recoger los textos para *Vanguardia*.

Según Felicidad, una mañana temprano, tres policías se personaron en su casa para llevarse a Leopoldo. La hora y el tono del timbre no auguraban nada halagüeño. Interrumpen el sueño de los inquilinos. Ella les asegura suplicante que su hijo ha abandonado la política. Entran e irrumpen en el cuarto para meterle prisa al vestirse. Macilento, Leopoldo no pregunta. Las lágrimas brotan de los ojos legañosos y discurren por las mejillas todavía descoloridas de Felicidad, mientras observa cómo tres hombres se llevan a su hijo escaleras abajo. Mera rutina.

El destino era la Dirección General de Seguridad. El edificio tristemente célebre del centro de Madrid ya resultaba familiar para la viuda de Panero, apellido que servía de bien poco ante las recaídas del hijo, quien salió de la Puerta del Sol sin saber por qué entró, aunque lo podía intuir.

La Universidad de Madrid continúa con graves incidentes. Se acordó una huelga general indefinida. En Filosofía y Letras se celebró una multitudinaria asamblea presidida por la mayoría de los delegados sindicales, en la que se exigía a las autoridades académicas la readmisión de los profesores expulsados definitivamente de sus cátedras y la amnistía para los alumnos detenidos. En muchos casos, las detenciones se practicaron en los propios domicilios de los estudiantes.

El 10 de diciembre de 1967, Leopoldo María cae de nuevo en una manifestación en Cuatro Caminos, sobre las ocho de la tarde. Le trasladan a la DGS y lo encajan en una celda con dos estudiantes más. En los calabozos del sótano, los detenidos comienzan a reclamar a gritos desde todas las celdas las colchonetas sobre las que soportar la noche, puesto que se acercaba la hora del sueño. Aquella ostensible reclamación se transformó prácticamente en un motín. Hasta que llegaron los «grises» al mando de un cabo, que entró en la celda de Leopoldo María. Los tres jóvenes se protegieron encogidos como caracoles sobre el suelo. Se cubrieron el cuerpo con las manos como pudieron. Una vez acabado aquel apaleamiento, acurrucados y doloridos el uno junto al otro –el tercero estaba en otro lado de la celda–, Leopoldo y Julio Antonio Feo,* estudiante de Ciencias Políticas, iniciaron una conversación. De modo progresivo entraron en el capítulo de las confesiones, quizá en el lugar menos propicio, y Julio le reveló que militaba en el PORT (Partido Obrero Revolucionario Trotskista), por lo que el comunista seguidor de Carrillo mostró especial interés.

Al día siguiente, a la una del mediodía le tomaron declaración a Panero. Entre otras cosas señaló:

> Que durante el pasado año en que inició sus estudios en la Universidad estuvo presente en algunas asambleas celebradas en la Facultad como mero asistente. Y que en el curso actual se incorpora a la Facultad quince días después de haber iniciado el curso y que posteriormente y hasta comienzos del fin de mes asistió esporádicamente a las clases por las que tenía interés. Que en los días del mes actual no asistió a ninguna clase ni se personó en el recinto universitario, dada la situación de inestabilidad que había en la Universidad y el propósito que tenía de no ver manchado su expediente universitario principalmente por la razón de aspirar a una Beca que concede el Ministerio de Asuntos Exteriores español y el Instituto de Cultura Italiana para estudiar el próximo verano en la Universidad italiana de Perugia.
>
> Que por esta razón no ha tenido ninguna participación en las últimas alteraciones estudiantiles, añadiendo que únicamente ha participado igual que sus compañeros en las elecciones de Consejeros y delegados del SDEU.
>
> Preguntado acerca de su situación militar manifiesta que por tener diecinueve años todavía no ha entrado en Caja y que tiene el pensamiento de efectuar el servicio militar a través de la embajada española en Italia, donde tiene pensado continuar sus estudios de Filosofía.
>
> Preguntado acerca de su situación económica dice que vive en unión de su madre, la cual goza de diversas fuentes de ingresos.
>
> Preguntado para que manifieste si pertenece a algún partido político dice que no pertenece a ninguno así como a ninguna tendencia.[7]

Una vez en la calle, Leopoldo se despidió de Julio, no sin antes facilitarle teléfono y dirección. Feo vivía muy cerca de Ibiza, número 35, en Duque de Sesto. Como eran vecinos de barrio se vieron con mucha frecuencia durante un mes. Leopoldo decide abandonar la militancia comunista y muestra verdaderas simpatías por este grupo de seguidores de Trotski. Julio le lleva a casa *Lucha Obrera*, el órgano de expresión, y allí discuten sobre las tesis del PORT.

La organización tiene su origen en una escisión de la Cuarta Internacional, que se denominó Conferencia Extraordinaria del Buró Latinoamericano, en 1962. El dirigente del PORT era el argentino Homero Rómulo Cristalli, de nombre de guerra J. Posadas. La sección cubana llegó a tomar contacto con Ernesto Guevara, ya reticente con la burocracia importada de la URSS. Entre las teorías que barajaban estos trotskistas había de todo: la inevitabilidad de la guerra preventiva (consecuencia de la ineludible guerra atómica), la probabilidad de la existencia de vida extraterrestre (el desarrollo científico-técnico de los alienígenas les podía permitir una intervención en nuestro planeta y acabar con el capitalismo) o el secuestro y posterior aniquilamiento de Guevara por parte de Fidel Castro (por sus posiciones críticas).

Pero aquella devoción trotskista no duró mucho tiempo: un mes, lo que tardó Julio Antonio en marchar a Barcelona.

Al filo del mes de diciembre, Vicente Aleixandre recibe la visita de su discípulo y amigo Pedro Gimferrer, que ha viajado a Madrid en

calidad de jurado del Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera, por él obtenido en la convocatoria anterior. Los dos poetas mantenían correspondencia regular desde junio de 1965, pero la conversación con el residente de la calle de Velintonia, número 3, siempre significaba un estímulo para los escritores jóvenes. «Atendía a todos y daba a cada uno, en todas las ocasiones, la impresión de una dedicación especial [...]. Vicente escuchaba y leía de veras. Los suyos, cuando los había, no eran vanos elogios, sino verdaderos escolios»,[8] dejó escrito Carlos Barral.

Después del acto de entrega del premio, el día 22, debido a un contratiempo, Gimferrer llegó a la estación de Atocha cinco minutos después de la hora de partida del tren que le habría de llevar a Barcelona, por lo que hubo de aplazar la salida hasta la mañana siguiente. Quiso aprovechar la forzosa prolongación de su estancia y por la tarde decidió acercarse a la galería de arte Juana Mordó,[*] en la calle de Villanueva, número 7, donde leían algunos poetas. Allí estaban, entre otros, Vicente Molina Foix, Francisco Brines, Carlos Bousoño, Ángel González y Leopoldo María Panero. Molina, que conocía al catalán a través de su colaboración en la revista *Film Ideal*, presentó a Panero y a Gimferrer de un modo fugaz. Después caminaron por el paseo de Recoletos, recuerda Francisco Brines, hasta llegar al Teide. Y tras la cena se trasladaron al Bourbon Street, donde cantaba en vivo una todavía desconocida Donna Hightower. En el local de moda, un remedo de las cavas de Saint-Germain-des-Prés, Leopoldo y Pedro, envueltos por un manto de humo y por el sonido del jazz de la cantante norteamericana, no tardan en formar grupo aparte. Según cuenta Gimferrer, tuvieron una conversación «harto peculiar, como en un nuevo lenguaje cifrado que estuviéramos creando sobre la marcha. Pocas veces me ha ocurrido establecer tan rápidamente contacto con una persona; me alegré de haber perdido el tren. Nuestra conversación se prolongó hasta muy entrada la madrugada».[9]

Pedro regresó a Barcelona fascinado: «He conocido a un poeta genial. Es el único de nosotros que puede ser un Byron o un Shelley», comentaba el recién llegado, según el testimonio de Ana María Moix. Leopoldo, con un discurso lleno de citas literarias, caló hondo en Gimferrer. El hijo del célebre poeta astorgano, que ya había quedado tocado con la lectura de *Arde el mar*, también quedó prendado de la personalidad de su autor. Luego se escribieron y el madrileño decidió viajar a Barcelona para visitar a Pedro, porque el hechizo había sido recíproco.

Aunque Leopoldo ha abandonado la militancia política, las detenciones y la estrecha vigilancia policial le impelen a huir de Madrid. La universidad de la capital de España continúa al rojo: los

sumarios de los últimos conflictos universitarios han pasado a la jurisdicción militar. Leopoldo ansía dejar su ciudad, se quiere zafar de la capital donde conoció al diablo.

## 5. EN BUSCA DE TERRITORIO (1967-1968)

La poesía no tiene más mensaje que el de su propia belleza.

En Barcelona, Felicidad tiene un primo notario con ciertas influencias entre el oficialismo, Trinidad Ortega Costa, un extraño personaje que auxilió en los primeros momentos a Leopoldo, alejado ya de las tinieblas madrileñas. Pedro Gimferrer le presenta a sus amigos, entre los que destacan Ana María Moix y Guillermo Carnero, recién estrenado con su esteticista *Dibujo de la muerte*. La Moix recuerda la llegada del madrileño a El Oro del Rhin, un café de estilo vienés, en Gran Vía, muy cerca de la universidad, donde este grupo celebraba sus reuniones. Allí apareció procedente de la capital de España un atildado Leopoldo de traje, corbata y chalequito. Según Ana María, llegó a Barcelona como Cambó a París: ambicioso, con ilusiones. Quería ser escritor, publicar y traducir.

Carnero acaba de jurar bandera y ha sido destinado a la Farmacia Militar Central de Barcelona. Allí vive en un piso modesto, un sobreático comprado por su padre; en el número 198 de la calle de Rocafort, junto a la cárcel Modelo. Felicidad Blanc, puesta al corriente a través de Pedro Gimferrer de las amistades de su hijo en la Ciudad Condal, mediante una llamada telefónica le pide con mucho interés a Guillermo Carnero que aloje a Leopoldo en su casa, porque al tener antecedentes policiales en Madrid no quiere enviarlo a un hotel, donde rápidamente detectarían su presencia. Entonces Carnero, el único de los amigos que vive solo, le entrega un juego de llaves para que haga uso del piso mientras él sirve a la patria.

En Barcelona pasan muchos días encerrados en la casa de la Moix, en la calle de Casanova: un piso oscuro poblado de gatos y de pasillos interminables, cerca de la plaza de Francesc Macià (antes Calvo Sotelo), en el Ensanche. Los Moix tienen dos domicilios, la casa de los padres en la calle de Joaquín Costa y otra donde Ana María vive con su tía Florencia, aunque el piso lo utilizan también los padres. Entre los lamentos de Juliette Gréco y la densa humareda del consumo de tabacazo negro, Pedro, Ana María y Leopoldo mantienen prolongadas conversaciones literarias y psicoanalíticas en la vivienda de la calle de Casanova cuando la ausencia de los padres lo permite. A la vez frecuentan el bar Bagatela, entre Tuset y Diagonal, donde Gimferrer les recita poemas o les lee *Le cornet à dés*, de Max Jacob. Leopoldo, que ya coqueteaba con drogas blandas, recuerda cómo Pedro, que no

fumaba, les ponía hachís en el té.

Otro café donde solían darse cita era El Velódromo, de la calle de Muntaner, en el Ensanche, muy próximo al piso de Ana María, y en aquellos días de frío y cafés, Gimferrer le descubrió a su amigo la belleza oculta de la poesía barroca española: Juan de Jáuregui, los hermanos Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola, Gabriel Bocángel y Unzueta, Juan de Tassis, conde de Villamediana… Ana María Moix, una chica tímida y silenciosa con un corte de pelo a lo *garçon*, llevó de la mano a Leopoldo por el País de Nunca Jamás y le mostró al alocado niño que se negaba a crecer y se encarnó en el dios griego Pan: Peter Pan, en este caso.

El personaje de J. M. Barrie estaba oculto en la casa de los Moix. El duende de Peter Pan visitaba cada noche desde su más temprana infancia a Ramon Terenci, el mitómano de la familia. Escapaban y volaban, volaban hasta Nunca Jamás, donde estaban los niños perdidos. Así, aquella criatura perversa, cruel y presuntuosa que nunca se decidió a crecer se convirtió muy temprano en el mejor amigo de Terenci. La *nena* Moix, taciturna y capaz de generar una profunda melancolía,* también era portadora del polvillo mágico de los trasgos, quizá por simpatía fraterna, quizá por encantamiento y contagio de la propia casa Moix.

Ana María, estudiante de Filosofía y Letras, además de ser una alumna brillante, poseía fuertes inquietudes literarias; revisaba y celebraba los escritos de su hermano Ramon Terenci y escribía cuentos que publicaba en revistas. Leopoldo, que no le iba a la zaga en su pasión literaria, empezó a enamorarse de la *nena* Moix. A la vez estaba descubriendo una ciudad que le revelaba multitud de posibilidades y decidió trasladar su matrícula a Barcelona. Pero todo resultó infructuoso: ni publicó, ni tradujo; el traslado de la matrícula no fue posible y la Moixeta no le correspondió en sus amoríos.

«Era un idilio en el que se cambiaban frases dos tímidos patológicos, sin experiencia sexual ni el uno ni la otra; y hablando de citas literarias siempre»,[1] recuerda Ana María. Conectan muy bien en cuanto a sensibilidad, pero además de las citas de Peter Pan, Conejo y Alicia, tienen una gran dificultad de comunicación oral: son dos apocados. Existe ternura entre ambos, pero ella no le puede ofrecer nada más. Y como obstáculo añadido a la relación, la Moix atraviesa una crisis depresiva y está sometida a tratamiento psiquiátrico. Según Guillermo Carnero, Gimferrer se constituyó en carabina y moderador de aquel devaneo, para evitar a ambos un fracaso que desembocara en posteriores depresiones.

La murria y el desasosiego invaden a Leopoldo y decide abandonar la ciudad en la que había depositado sus ilusiones. No logra ubicarse; huyó de las tinieblas madrileñas a causa de la política y ahora

abandona Barcelona huyendo de la frustración. Llama a su madre para que le vaya a esperar al aeropuerto de Madrid-Barajas. Feli acude a recoger a su vástago con lágrimas en los ojos.

En Madrid, no ceja en su empeño y continúa febrilmente entregado a la poesía; a la vez comienza a cartearse con el grupo catalán. Recibe correspondencia de Ana María:

> Durante mucho tiempo deseé estar enferma para que la gente me mimara, me quisiera, y tuviera yo un pretexto para no vivir. Hoy que quiero vivir, estoy enferma de verdad. Así es la vida [...]. Anímate y si acaso quieres volar piensa en algo encantador, como aquella Navidad.

En enero de 1968 Leopoldo ya tiene listo un minúsculo poemario que le envía a su admirado Gimferrer, en quien tiene toda su confianza. El catalán le responde con una disección minuciosa del trabajo bisoño; el comienzo de la misiva no puede ser más rotundo:

> Querido Leopoldo:
>
> Sobre tu libro:
>
> a) Titular en idioma extranjero me parece bien si se trata de un poema, pero para un libro creo que es excesivo y peligroso, además de que puede despistar inútilmente al lector. [...] No estoy muy seguro de la conveniencia de incluir en el libro (fuera de él ya es otra cosa) el poema en italiano. En todo caso, lo que desde luego creo es que no debe ser el poema que abra el libro; si lo que quieres es desglosarlo claramente de los demás, puedes ponerlo como poema final.
>
> b) Para mi gusto personal, el libro quedaría más redondo quitando –aparte del italiano, sobre el que acabo de hablartetres poemas: «Expulsión de los demonios de Arezzo», «Medusa contempla el mar» y «Las brujas». Tienen en común –como razones que hacen aconsejarte su supresión– el operar sobre material temático que a mí mismo me ha seducido en ocasiones, pero que en la actualidad considero poco interesante para cualquier poeta; y el estar en verso menos flexible y dúctil que otros (aparte de que en general dominas más la llamada prosa). En cada uno de estos tres poemas hay pasajes muy bellos, y la concepción interesa; pero el conjunto no me da el peso, como dicen los comerciantes y tenderos catalanes. Una prueba: ¿quizá ganaría «Las brujas» poniéndolo en prosa y podría salvarse? (Lo digo porque en este el tema no me molesta, es muy tuyo; en los otros dos, su vecindad a cosas que a mí me fascinaron en tiempos me resulta personalmente un poco molesta, aparte de estar menos logrados poéticamente, desde luego.)
>
> [...]
>
> e) Puntualizado todo esto (título, supresiones...) puedo presentar el libro a su lectura en El Bardo, salvo que te interese más lo que vayas escribiendo ahora. En cuanto a *Ínsula*, nada más sencillo que colocarte ahí un poema; yo mismo puedo escribir a [José Luis] Cano. Pero lo mejor sería que lo hicieras a través de Aleixandre, que desde que supo nuestra entrevista está esperando y deseando que le llames.
>
> f) Yendo, pues, ya concretamente al libro:
>
> I) Positivo: Como dicen los gacetilleros, revela a un poeta y aporta nuevos caminos. Esto último incluso para mí mismo: quiero decir, que puede ayudarme. Pues mi poesía ha sido siempre un experimento de lenguaje, imágenes y

> creación de atmósferas: entonces ocurre que todo esto son elementos muy abstractos, y siempre corro el riesgo de operar sobre el vacío temático –de hecho, a duras penas lo sorteo escribiendo sobre *estados de sensibilidad*–: resulta que de pronto con tu libro se me abren una serie de posibilidades temáticas que en los próximos meses espero asimilar y filtrar: esto es lo que ningún poeta de mi generación me había dado hasta ahora.
>
> II) Negativo: no es, claro, un libro definitivo, principalmente en el verso te falta oficio rítmico (*¡evitar asonancias internas!*, v. gr.) y lexicológico (menos palabras abstractas y más concretas: en poesía *manzana* es siempre preferible a *soledad*, cualquier imagen visual a otra conceptual) y cosas así; pero es secundario, a un poeta de tu edad (o de la mía) tampoco hay que pedirle todo. Lo importante es que por ahora eres el poeta joven cuya lectura me ha resultado más útil. Lo jodido es tener que hablar todo esto por carta, tan sin matizar, de un modo tan esquemático […]. De «Beverly Hills» eras tú quien tenías que hablarme, y no yo a ti. Te dije que no lo dieras a leer precisamente porque ya lo ha leído tanta gente; ya bastaba. (No me importa, yo lo provoqué; en esto soy casi obsesivo, quiero que antes de publicarse lea lo mío el máximo de gente posible, recoger impresiones –¿sabes tú alguna que pueda interesarme?–, etcétera: parte por inseguridad, parte por espíritu de humildad profesional, parte por simple curiosidad.)[2]

Luego de ponerle al día en sus lecturas, Pedro Gimferrer le da su veredicto favorable sobre la firma del poeta novel: «Me parece bien lo de Leopoldo María». Hasta entonces el Panero mediano tan solo respondía a Leopoldo.

En la segunda quincena de enero de 1968, atendiendo a la sugerencia de Gimferrer y después de haberle solicitado una cita, Leopoldo se presenta en casa de Vicente Aleixandre con un manojo de poemas bajo el brazo. El leonés Antonio Colinas –desde hace pocos meses con *Poemas de la tierra y de la sangre* en la calle– acude a visitar al poeta y cuando va a traspasar la cancela de la casa de Velintonia, número 3, se cruza con Leopoldo María, que sale del domicilio. Colinas le reconoció, quizá Leopoldo no, pero no se saludaron.

Después de la visita, el maestro sevillano, que desde Velintonia ejercía una especie de pontificado de la poesía española, le comentó a Marcos Ricardo Barnatán –autor de *Acerca de los viajes*–: «Ha venido aquí Leopoldo Panero, el otro Panero».* Lo que dejó más perplejo e irritado a Aleixandre de aquel encuentro fue que Leopoldo llegase tuteándole. Así se lo hizo saber a más de un joven visitante aquel hombre de depuradas formas, al que no le agradaba el repentino tuteo de entrada de cualquier mozalbete.

Sin embargo, el 24 de enero Gimferrer le comunica de modo epistolar a Leopoldo: «A Vicente le pareciste bien», sin más comentarios. En la misma carta Pedro le envía su poema «Malienus», escrito a los diecisiete años y le señala: «De todos modos, lo que tú hacías a los cuatro años estaba bien, ¿eh?». El madrileño, que ha seguido los consejos del poeta galardonado, ha transformado en prosa

el poema «Las brujas», a lo que Pedro le comenta:

> Queda bien. Tu decisión de publicarlo solo parcialmente me parece bien; respecto a M.ª José,[3] puedes seleccionar tres o cuatro –preferiblemente en prosa– y si quieres yo le escribo a Canales. Lo de *Ínsula* te lo arreglará Vicente.
>
> Lo del título en italiano no era, o me expresé mal, un reproche teórico (mal podría yo hacerlo después de «Malienus» y «Band of angels»), sino puramente práctico y circunstancial: concretamente, y pensando en la posibilidad de que te interesara publicar en El Bardo, conozco bastante a Batlló para saber que este tipo de cosas le cabrean y hubiera supuesto un obstáculo material para la aprobación de tu libro, por desmedido que ello te parezca. *Nadie* sabe cómo funciona *realmente* El Bardo.

Tras un enigmático interrogante –«Oye, ¿y a ti te gusta el jazz?»–, Pedro Gimferrer se despide con un abrazo para dar paso a una posdata culturalista:

> Que las asonancias internas sean deliberadas no es razón especial para que me gusten. Siguen sonándome mal, cualquiera que sea su origen. Yo tengo un sentido del ritmo y la musicalidad muy estricto, aprendido de una parte en los poetas españoles de los siglos XVI-XVII (en algunos: Garcilaso, Góngora, Mira de Amescua, Villamediana, Carrillo Sotomayor, Jáuregui, Bocángel) y de otra en los parnasianos franceses y los modernistas hispanoamericanos, sobre todo Rubén y José M.ª Eguren (de quien proviene el ritmo de «Cuchillos en abril»).[4]

El domingo 26 de enero de 1968, en el madrileño teatro Lara, se celebra un homenaje a Eduardo Carranza. Para rendir tal ofrenda están, entre otros, Luis Rosales, José García Nieto, Fernando Quiñones, Rafael de Penagos y Juan Luis Panero. Leopoldo no está para ese tipo de deferencias, pues el único a quien rinde tributo es a Trakl. A los pocos días recibe de nuevo carta de su amigo Gimferrer:

> Caro Poldo:
>
> Ante todo, como hemos convenido por teléfono, te agradeceremos tanto ella [Ana María Moix] como yo (pues a los dos nos es igualmente difícil, según me dice, entender tu letra) que si te es moralmente posible nos escribas a máquina. Si no puedes, paciencia. Espero que me digas lo que cambiarías en mi último poema […]. Ella te va a escribir, así que en esto verás su estado de ánimo. Que a su modo y dentro de lo que cabe en su estado te quiere mucho me parece fuera de duda […]. Oye, si lo tienes, mándame un inédito carneril de que me habla A. M. [Ana María], titulado procazmente «Añoranza de la cosa».[5]

La caligrafía del madrileño se caracteriza por su indescifrabilidad, motivo por el que tanto a Gimferrer como a la Moix les resulta imposible la lectura de su correspondencia. Ana María es la razón de la sinrazón, es por quien Leopoldo continúa sumido en la tristeza y el malestar. A los pocos días recibe de ella unos cuentos, además de una carta manuscrita:

¿Cómo estás? Escribe y cuéntamelo. Si a pesar de todo me aprecias algo dame una alegría y dime que estás bien, o mejor dicho, que haces todo lo posible por estarlo. Sé que esto es muy difícil. Te dije que no quería hacerte daño; no ha sido así, pero más tarde hubiera sido mucho peor. Yo no podía aceptar que te quedaras en Barcelona, que perdieras tu viaje a Italia, para nada [...]. Los días que has estado en Barcelona han sido pocos, pero te aprecio. No por remordimientos, ni lástima. Nada de eso. Te estimo por lo que eres, por lo que hay de verdad debajo de ese Leopoldo que gesticula, ríe y finge tanto. Debajo he adivinado, presentido casi, ese otro Leopoldo que algún día podrás mostrar sin timidez, ese otro Leopoldo que tanto vale. Te pido que no te encierres, que intentes distraerte con la gente que a nuestro alrededor espera para causarnos decepción o sorpresa. Escribe, escribe mucho, intenta hacer ese libro, lo único por lo que habrá valido la pena sufrir.[6]

Panero atraviesa momentos de incertidumbre. Después de una conversación telefónica con el autor de *Arde el mar* y una carta por parte del madrileño en la que le solicita su opinión sobre algunas lecturas, el mentor áulico de Leopoldo vuelve de nuevo a darle un veredicto:

Sobre publicar o no: mi consejo es que sí. El de Vicente [Aleixandre] te lo diré en cuanto lo sepa. Habla también con él, yo creo que te será sincero. Mi consejo es que sí por una razón muy sencilla; lo único que en estos casos puede y debe decidirme es la calidad; entonces tus poemas, realmente, me gustan, aunque no sean los Cuatro Cuartetos, como te dije; pero están bien y me interesan; claro, cabía que el afecto me cegara, y de ahí mi momentánea duda telefónica; pero luego he reflexionado, y no es posible que en este caso me engañe, pues a Vicente Molina o a Ana M.ª no les quiero menos, y con ellos no he dejado nunca de ver cuándo lo que hacían no era bueno, y de desaconsejarles la publicación de cosas. ¿Entendido? [...]. Déjate de libros teóricos, claro que hay, empezando por Dámaso. Pero el libro fundamental para el Siglo de Oro es *Églogas y fábulas castellanas*, una antología publicada por Alberti (Pleamar. Buenos Aires, 1944. Dos tomos) que quizá tenga alguien por aquí o puedas encargar a Hesperia Libros, de Zaragoza (Josi Ucedo te instruirá al respecto), que fue donde me lo consiguieron. Vale la pena sobre todo la fábula de Acteón y Diana (Mira de Amescua), de Acis y Galatea (Carrillo Sotomayor), de Europa (Villamediana), de Orfeo (Jáuregui), de Hero y Leandro (Bocángel). De Jáuregui está en col. Crisol de Aguilar su traducción de *La Farsalia.* Rosales debe tener amplio surtido de todas estas cosas. Por lo demás, para el ritmo (que es sobre todo asunto mecánico, de costumbre, de oído) no es menos útil Rubén, y los modernistas en general. Lee a Herrera y Reissig (col. Crisol) por ejemplo [...]. Aquí te va mi querido poema a Stevenson. La 3.ª estrofa no me convence, pero no veo cómo podría suplirla [...]. Conocí a un argentino siniestro que hablaba todo el día de Daumal y Artaud, lo que me hizo detestarles y me juré no leerlos jamás. Si me insistes, haré un esfuerzo con Daumal. ¿Qué ediciones –francesas accesibles– hay de Duprey? Voy leyendo el Tzara, *L'homme aproximatif*, me interesa mucho [...]. Oye y ¿qué tal está Ponge?[7]

Lector voraz, Leopoldo continúa inmerso en la escritura. Pero su cabeza está ocupada por la chica catalana de corte de pelo a lo *garçon*.

Una crisis depresiva le lleva a la vacilación continua: el joven duda sobre su propio trabajo. Después de haberle enviado a Pedro Gimferrer unos originales cuyo destino era su publicación, decide que no merecen la pena y así se lo hace llegar a su mentor. Pretende que sea anulado el envío.

Una mañana de febrero no se levantó. En la calle llueve. En el domicilio familiar, Felicidad, extrañada, entra en el dormitorio de su hijo y lo encuentra tumbado en el lecho con una respiración dificultosa, de extraños estertores. Una imagen de Friedrich Nietzsche con mirada inquisitiva le contempla desde un lugar prominente del cuarto. Leopoldo dejó un papel de despedida, de pocas palabras. Debajo de la cama había dos cajas de fármacos vacías. Cuando su madre dormía profundamente, intentó de manera discreta quitarse la vida con Somatarax, unos comprimidos para los insomnios de origen psíquico, para impedir la propensión a las pesadillas. En los enfermos con trastornos del sistema nervioso, la sobredosificación accidental o intencionada provoca náuseas, vómitos, trastornos sensoriales y cardiorrespiratorios.

No había una reflexión detrás de aquel acto. Según Leopoldo había un gesto supremo de libertad detrás del intento suicida, no le quedaba otro. Pero los fármacos son demasiado lentos para esos menesteres. Felicidad llamó al médico de la familia, el falangista Narciso Perales. Ausente, su mujer Justina acude en su ayuda. Desde Ibiza, número 35, llaman a la Casa de Socorro, donde les sugieren llevarlo a un hospital, al no poder hacerse cargo de él. Justina recurre a su amistad con el doctor Emilio Pelaz Martínez y le telefonea. El médico, director de la Clínica Nuestra Señora de la Paz, se presenta en el domicilio de los Panero y tras observar al frustrado suicida le comunica a Feli que no está todo perdido. Una ambulancia traslada al paciente a la clínica gobernada por Pelaz, pero, dada su gravedad, no le admiten. Un nuevo viaje en ambulancia lo lleva a la Clínica Nuestra Señora de Loreto, en la avenida de Reina Victoria, números 62-64. Entra en el quirófano y después de un lavado gástrico es conducido a una habitación, donde, inconsciente, comienza a delirar. Se persona José María Souvirón, quien ve cómo el enfermo le grita a su madre para que se marche, que no la quiere. Feli llamó a Francisco Brines, quien se presentó de inmediato. Con el catéter de suero inserto en la mano derecha, Leopoldo despotrica contra su madre, que asiste estupefacta a la ceremonia, acompañada por su vieja amiga Justina y por Brines, que pasaron toda la noche a su lado. Al día siguiente, el 22 de febrero de 1968, es conducido e ingresado en la Clínica Nuestra Señora de la Paz, de los Hermanos de San Juan de Dios, situada en la madrileña calle de López de Hoyos, número 259. El médico le recomienda a Feli que no esté junto a su hijo hasta que no la reclame, lo mismo que le dijo

Souvirón. El establecimiento, rodeado de un jardín, es un hospital psiquiátrico. A partir de este internamiento, Leopoldo conoce a la que será su compañera más tenaz: la locura.

«Supongo que en realidad lo hice para llamar la atención y para que me atendiera mi madre, que no hablaba jamás conmigo y de repente me encuentro en un manicomio con un psiquiatra en lugar de con mi madre, que es con quien quería estar.»[8] De su seguimiento médico se ocupa directamente el doctor Pelaz, a quien Felicidad le ruega que no le sometan a ningún tratamiento severo. Entre madre e hijo comienza a abrirse una brecha. Ella no sabe qué decirle, él solo le arroja reproches.

Durante su estancia hospitalaria Leopoldo recibió la visita de su amigo Joaquín Araujo, quien fue informado por Felicidad. Era la primera vez que Quine pisaba este tipo de establecimientos y recuerda que pasaron la tarde caminando en animada charla por el jardincillo. El viejo camarada trata de hacerle ver un mundo hermoso e intenta disuadirle de la idea de la desaparición voluntaria como posible final.

En casa, Feli es acosada por las pesadillas: no puede olvidar que un tío materno optó por el suicidio, que un hermano de su padre padecía esquizofrenia y que su hermana Eloísa, a los diecisiete años, tuvo una afección de encefalitis letárgica; ahora se encuentra internada con diagnóstico de esquizofrenia. Los fantasmas reaparecen. Felicidad recoge la correspondencia procedente de Barcelona, donde todavía no tienen noticias del suceso. El 3 de marzo Guillermo Carnero escribe a Leopoldo:

> Querido *puer senex*, yo sí pienso tenerte en la mayor de las estimas si no te resistes a ello de manera demasiado violenta. Desastrosos días aquellos de tu estancia aquí [...]. Pero ya ves que el tiempo no fue del todo perdido. Ya eres uno más entre los Niños Perdidos. Recibiste los Sacramentos y lacras de nuestra generación: viste a Zarpita de Acero. Su influencia en la literatura del inmediato futuro va a superar a la que supuso la pérdida de nuestro imperio ultramarino. Ella es el más mortífero de los seres. Pero «todo animal extraño enriquece a su dueño».[9]

Más adelante Guillermo le ofrece llevarle en un viaje próximo a Madrid la poesía de Wallace Stevens, que entonces leían con fruición, *Les demeures philosophales* de Fulcanelli –ya entonces Leopoldo comienza a interesarse por la alquimia y la cábala– y un pijama que el madrileño olvidó en casa de Carnero, durante la estancia barcelonesa. Pero el valenciano desconoce el estado en el que se encuentra su amigo. Ana María, en respuesta a una carta de Leopoldo donde se trasluce su ruina humana, trata de insuflarle una bocanada de aire:

> Date cuenta pequeño *king*, que ya no eres una persona como las demás, y que tal vez no lo serás nunca. Ya no vives, ni yo vivo ni otros pocos viven.

Sobrevivimos, y ahí está la diferencia. Nuestro arte es una defensa desesperada de la vida, por sobrevivir […]. Pequeño azor, mira hacia delante, es allí donde has de decir cuanto tengas por decir, es hora de hacer algo por los que vendrán, porque lo van a necesitar […]. A veces pienso que te he causado un mal terrible, irreparable. Pero otras creo que, sin merecerlo yo y habiéndome inventado tú, ha sido posible que te sacudiera la necesidad de salir de ti, de salir de tu estado anterior. No quiero decir con eso que ahora estés mejor que antes, o que puedas estarlo. Pero son etapas que hay que quemar, porque siempre viene otra que cierra llanuras y abre inmensidades. Trabaja, trabaja mucho. ¿Qué es eso de creer que lo que haces no es bueno? Pedro me dijo que de *Ruedo*[10] le devolvieron todos los poemas que mandó, excepto el tuyo, que era el mejor. Te aseguro que eres el único, de los que por ahora conozco, que tiene condiciones para ser el gran poeta de nuestra generación. Se trata de autenticidad, y aunque tú no lo creas y a lo mejor no sepas, eres auténtico. Aunque tú creas que pueda haberte hundido tu amor hacia el animal, ten la seguridad de que te ha salvado. El animal es lo de menos, y el mundo, y la literatura, y tú, pero agárrate muy fuerte al impulso que te lleva a sobrevivir, con él aplastarás a todos cuantos intenten aplastarte, y solo tú vencerás. Mañana nos esperan.[11]

Gimferrer, en respuesta a la contraorden de publicación de los originales enviados por Leopoldo, le dice:

Si quieres anular lo de M.ª José, escribe a Alfonso Canales […], dejando en claro que cuando lo mandé era con consentimiento tuyo. Lo de los anarquistas saldrá en R. I.[12] inevitablemente, está en la imprenta, y dice Juan Goyti que de todo lo que le mandé (tu hermano, Azúa, Carnero y Sarrión) eras tú el único en quien ve «una auténtica tensión poética». Aquí está ahora todo el mundo, Vargas Llosa, Azúa, Guelbenzu, Juan Goyti, etcétera.[13]

Un día después, Pedro vuelve a sentarse ante la máquina de escribir y contesta a una misiva de Leopoldo, no sin antes quejarse de la falta de lógica epistolar del madrileño, producto de los recientes momentos de zozobra: «Es la primera de este último ciclo en que te expresas con alguna coherencia». Después de recomendarle una serie de lecturas de clásicos, Gimferrer le da cuenta de sus últimas andanzas a la manera de las *Cartas a un joven poeta*, de Rilke:

A Yeats le he leído en traducciones muy malas, cuál me aconsejas? Premios Nobel de Aguilar es legible? De Artaud leí el pesanervios en una infame traducción argentina (supongo que es la que habrás leído tú, si no sabes francés); trataré de leerlo en el original, pues lo que es entonces no me interesó lo más mínimo, no me pareció (como en el caso de Michaux) que aquello perteneciese al dominio de la literatura, sino (a diferencia de Lautréamont, Rimbaud o incluso Blake) al de la manifestación patológica personal no elaborada literariamente; teniendo, a lo sumo, un interés humano, no literario.

Carrere, aunque se repite mucho, es de los poetas que más me han influido, y lo digo totalmente en serio. Poeta de 3.ª fila (muy inferior a Rubén, Herrera y Reissig o Eguren), en él he aprendido mucho de ritmo y casi todo de adjetivación.

Tienes razón, lo de Azúa está mucho mejor de lo que todos esperábamos.

Sobre tus poemas: bien «Érase una vez», «Caperucita roja», «Pergolessi» y «Dumbo». Lo mismo «Quisiera vivir»; desigual «Partir»: pero los versos buenos dominan, y justifican que lo mantengas ampliamente; la rima asonante en «io» de la primera mitad, si es deliberada está muy bien, pero por qué diablos no la mantuviste entonces? Muy bien la Cenicienta definitiva. «Los felices años sesenta» no me gusta demasiado, las rimas «puerto-reino» y «pesada-humana» y lo del sapo quedan mal, es lástima, porque la idea del poema se ve bien y era buena. «Volverán los húngaros» sí me gusta; salvo dos cosas: «En medio» (pon «en el centro» o algo así) en el primer verso, y lo de las moscas (palabra e imagen rara vez eficaces en poesía) al final. «A un poeta muerto» ni fu ni fa. «Consejos al ruiseñor» muy bien, salvo el final, ni el adjetivo «sedientos» (ni, creo, ningún adjetivo) justifica un verso para sí solo, y mucho menos un último verso, eso sin contar con la horrible asonancia con «espectros». Arréglalo, porque el poema es muy bueno, aunque no sepas cómo terminarlo. Bien «Geometría no euclidiana». Muy bien «Amanecer». Bien «Nox obscura». Como ves, unos por otros, el balance del conjunto es positivo.

Me estoy recobrando de la resaca de anoche, cena con Luis Goyti, Vargas Llosa, García Márquez y Castellet […].

P. D.: Desisto de mandaros más poemas de mi nueva serie. Parece imposible que no entendáis que todo lo que he ido haciendo a partir de Malienus tendía a esto, es el círculo –el ciclo– que se cierra. Si voy escribiendo más lo mandaré solo a Vicente A. En todo caso, razonadme por qué no os gustan, como yo hago con los tuyos, y con la misma clase de argumentos: de índole «técnica», que son los únicos que me valen y puedo refutar o aceptar.[14]

A continuación de la posdata, escrito a mano, Pedro le comunica a Leopoldo que ya tiene ejemplares de *La muerte en Beverly Hills* y que cualquier día se los enviará.

También Carnero le hace llegar sus proyectos. Guillermo se está documentando sobre el neoplatonismo y en concreto sobre Marsilio Ficino, a la vez que lee a Jámblico, fundador de la escuela neoplatónica de Siria. Además, Leopoldo recibe sus sugerencias e indicaciones: «Estima más a Félix [de Azúa]. Su libro es bueno. No hay en él un poema de esos que te hacen caer en éxtasis, pero fíjate qué gran flexibilidad para tocar toda clase de temas. Su máximo defecto es no usar de un lenguaje directo en aquellos casos en los que el correlato no se sostiene como sistema suficiente».[15] El vínculo de Panero con Azúa proviene de Vicente Molina Foix, quien era compañero de facultad y amigo de Virginia Careaga, novia de Azúa por entonces. Vicente presentó a Leopoldo y a Félix en Madrid, donde este estudiaba Ciencias Políticas.

Por otro lado, Leopoldo continúa su relación epistolar con la *nena* Moix, pero de estricto contenido literario. Quizá él no desee comentar su internamiento con el grupo de Barcelona. Con Ana María intercambia originales, se hacen sugerencias de lecturas, canjean los sueños; zurcen la vida real de referencias literarias.

En marzo, Juan Luis Panero, soportando el peso del apellido, sale a

escena con *A través del tiempo*. Los hermanos utilizan distintas lenguas en el mismo idioma. El libro del primogénito entronca con la Generación del 50. La crítica lo acepta razonablemente y lo cataloga como una decidida promesa.

Cuando acaba el mes, Leopoldo es dado de alta hospitalaria en Nuestra Señora de la Paz de Madrid. Una vez en Ibiza, número 35, recibe la visita de Elena Llácer, que se había enterado de su estado por compañeros de curso. Después de hablar por teléfono con Felicidad, esta la invitó a visitarle en casa. No había transcurrido un año desde que finalizó la relación entre ambos y Elena no reconocía al Leopoldo vivaracho y divertido de las asambleas de la facultad. Encontró otra persona bien distinta, con un discurso incoherente, confuso; y que practicaba el terrorismo verbal. Recuerda que él, cual niño zangolotino, le mostró un paquete de Winston con porros en su interior.

Ya restablecido decide marchar de nuevo a Barcelona. Su madre y su amigo Vicente Molina le acompañan al aeropuerto. El rostro de Leopoldo irradia felicidad. Va a encontrarse con los suyos. A su llegada a la ciudad se instaló de nuevo en el sobreático de Guillermo Carnero, en la calle Rocafort, número 198.

El 26 de marzo de 1968, Gimferrer había quedado citado en el bar El Estudiantil, frente a la Universidad Central, con Antonio Colinas, entonces en Barcelona. Pedro se hizo acompañar de su fiel Leopoldo y, tras las oportunas presentaciones, se sentaron a charlar vivamente en la terraza que hace chaflán. Colinas le llevaba a Gimferrer algunos poemas de un libro en ciernes, *Preludios a una noche total*; Pedro los leyó al instante y quedó muy satisfecho, en especial con el titulado «Invocación a Hölderlin». Mientras el «maestro» se deshacía en alabanzas hacia el examinando, Panero observaba desde el balcón del silencio y sencillamente asentía con leves movimientos de cabeza. El catalán se ofreció para hacer llegar el inédito a la colección El Bardo, aunque luego acabaría en otra editorial.

Al poco tiempo llegó también desde Madrid, para tomar el barco con destino a Argentina, Marcos Ricardo Barnatán, amigo de Guillermo. El pibe pasó cuarenta y ocho horas en Barcelona y fue recogido en el hotel por Guillermo y Leopoldo, quienes ya comenzaban a tener una relación bastante conflictiva. Entre los tres poetas cargaron las maletas en el taxi y se dirigieron al puerto, donde Marcos debía embarcar para cumplir con sus obligaciones castrenses. El argentino iba cargado en el interior del taxi con una funda de trajes bastante abultada por diversas prendas, lo que dio pie a Leopoldo María a asegurar que era portador de un cadáver. Tal fue la insistencia que el taxista comenzó a sospechar que dentro de aquella funda de plástico se ocultaban despojos humanos. Más aún cuando entre ellos certificaban la

autenticidad de la superchería. Según el discurso torrencial de Leopoldo, se acercaban al puerto con la macabra intención de desprenderse del difunto por vía marítima; o sea, arrojándolo a las aguas del Mediterráneo. Pero todo quedó en un adiós al modo de una habanera y el transatlántico *Cabo San Vicente* se perdió en las serenas aguas, siendo engullido por el horizonte.

Leopoldo ha conocido, a través de Pedro, a Ignacio Prat, un aragonés licenciado en Filología Románica con quien sintoniza perfectamente. Ignacio reside en la misma calle que Carnero, en Rocafort esquina con Gran Vía. Con él comparten domicilio Javier Albiñana y Antonio Armisén, también aragoneses y con la misma licenciatura. La propietaria del piso, que vive con ellos, se reserva el salón y una habitación; el resto son lugares comunes. Como Armisén se encuentra en la mili, su pieza la utiliza Panero cuando aparece por allí. Mientras la dueña deja transcurrir los días arrebujada en un sobretodo pegada a la ventana del salón, desde donde vigila a través de los cristales el enredado tráfico de Gran Vía, Leopoldo apura canutos incesantemente.

Guillermo, que estaba cumpliendo el servicio en la Farmacia Militar, debía dormir en el establecimiento varios días a la semana. Un día de primavera, al volver a su casa tras varias jornadas de ausencia, la encuentra en total desorden: libros castigados, restos de comida, ropa sucia abandonada… Un vecino que le oye llegar le comunica que el día anterior varias personas habían estado montando un guirigay de cuidado. Música de muchos decibelios, griterío y arrastre de mobiliario era todo lo que había oído aquel generoso vecino. Pero había más. Alguien bajó completamente desnudo las escaleras y fue visto por la vecindad, entre la que se encontraban señoras y niños. El informador le advirtió a Carnero que si aquello se volvía a repetir lo notificarían a la policía. El pobre Guillermo, que ya había sido apercibido por un mando de la Farmacia Militar de su pasado reciente como activista político –fichado como partícipe de la *Capuchinada** de Sarriá, entre otras rebeldías menores–, no pudo ocultar su extrema preocupación. En casa, además de un paisaje desastroso, se topó con el tocadiscos averiado y descubrió que le habían desaparecido de los anaqueles ediciones piratas de algunas obras de Boris Vian, de quien entonces era un incondicional. Enseguida trató de localizar a Leopoldo y cuando le tuvo frente a frente le recriminó el hecho y le rogó discreción a causa de lo sucedido con el vecindario. Le explicó su frágil posición respecto a la prestación militar, pero Leopoldo no encajó bien el asunto, hasta el punto de que Guillermo decidió ponerlo de patitas en la calle. Los episodios etílicos del madrileño comienzan a ser sonados.

El destino elegido por el reprendido es una pensión en la calle de

Pelayo, donde sufre en solitario sus cada vez más reiterados vaivenes y desórdenes. Pedro Gimferrer y Ana María Moix continúan siendo sus leales, aunque no para de conocer nuevos personajes.

Impresa el día 26 de febrero de 1968 aparece la *plaquette Por el camino de Swann*, de Leopoldo María Panero, en Cuadernos de María José, de Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce (Málaga). Ángel Caffarena editó doscientos ejemplares numerados a mano del uno al doscientos. El opúsculo de tamaño bolsillo comienza con una cita de Georg Trakl –«… Die Süße unserer traurigen Kindheit»–16 y una dedicatoria muy elocuente: «Para Ana María Moix». El autor tituló *Por el camino de Swann* «porque no había leído a Proust, entonces en mi dulce ignorancia yo me creía que el primer tomo, como eran confesiones de Proust, el primer tomo era la infancia… y por eso fue».17 En el interior de la obrita se incluyen dos poemas donde queda patente el peso del cuento de Barrie, el inicial «Unas palabras para Peter Pan» y el final «Deseo de ser piel roja», aunque también alude a la narración breve de Franz Kafka, de idéntico título. El poema «Las brujas» aparece como le indicó Gimferrer, en prosa –se salvó–. E igual sucede con la firma: Leopoldo María Panero acató el consejo de su amigo y maestro. En adelante firmará sus trabajos con el nombre compuesto y el primer apellido para distinguirse de su padre y en homenaje a Rainer Maria Rilke. La presentación en sociedad también corre a cargo del catalán, que escribe como final la nota a la edición.

En los Cuadernos de María José era donde publicaban casi todos los autores jóvenes. El editor, Caffarena, tenía buena amistad con Aleixandre, quien animaba a los noveles a enviar de su parte los poemas a Málaga. Ángel Caffarena les remitía una cantidad de ejemplares como forma de pago y si el autor deseaba un número mayor debía correr con los gastos e indicárselo al editor para hacer una sobretirada. Leopoldo María Panero seleccionó cinco poemas –preferiblemente en prosa, le sugirió Pedro–, Gimferrer se los hizo llegar a Alfonso Canales, su «cónsul» en Málaga, y este a Caffarena.

El hermano menor, Michi, escribe a Leopoldo a Barcelona desde Astorga, donde pasa la Semana Santa con su madre, poniéndole al corriente de los acontecimientos madrileños:

> Querido discípulo:
>
> […] Sobre Vicente Molina y Félix de Azúa apenas te puedo decir gran cosa, puesto que la última noche que Félix estuvo en Madrid estaban muy bien. Aunque pensándolo bien se trata de la última teoría de Vicente y Martínez S. sobre Virginia. Según lo que yo sé, se trata de un chisme sobre unos cuernos del tamaño de un miura que Virginia le ha colocado en su frígida cabeza. No sé la veracidad de los hechos. Vicente no me dejó sus cuentos y el otro que yo le dejé no le gustó (salvo el título), pues según su criterio los cuentos deben tener

acción, cosa que al mío, según su criterio, le faltaba […]. A Bousoño no le gustó nada y a Brines poco, porque se creyeron que yo les ironizo. ¡Qué lejos de la realidad! […] El último día en Madrid estuvimos en la comida de despedida de Marquitos (puesto que, como supongo, sabes que se marcha a la Argentina, año y medio o más). Clara, que también asistió, quedó maravillada de la elegancia y lenguaje versallesco de Antonio Martínez S., que expuso los puntos de su filosofa marxista, salpicados graciosamente de «cojones», «cabrones» y otros –ones–. Por cierto que viene a Astorga (Clara me refiero) el jueves a pasar la Semana […]. Mándame una foto de Ignacio Prat para mi colección y fotos de otras personas; y un mono para mí.

MICHI[18]

También desde Astorga, Felicidad le envía una carta con fecha de 15 de abril:

Querido Leopoldo: supongo que tendrás ya en tu poder las tres mil pesetas que te envié, cuando llegue a Madrid te mandaré otras tres mil. Me gustaría que me dijeras aproximadamente lo que necesitas mensualmente, lo que te cuesta la pensión y tus gastos y de esa manera te lo enviaría a principios de mes.

No te he escrito porque cuando llegamos estaba la casa en plena obra y no sabes cuánto ha costado poner todo en orden y limpiarla para cuando llegaran Clara y Juan Luis. Aunque no lo creas me acordaba constantemente de ti, pues es la primera Semana Santa que no estás aquí. Las procesiones como siempre muy bonitas, a Clara le entusiasmaron y la casa lo mismo, el Obispo (catalán de Sitges) nos saludó al pasar por delante de la verja […]. Hablábamos mucho de ti y de tu libro que Juan Luis trajo y que leímos con emoción nuevamente. Del poema que me enviaste me gustó la idea y la manera de desarrollarlo, pero me parece que a este tipo de poema le va bien la extensión, es decir ampliarlo algo más.

No sabes cuánto me alegra lo que me dices del trabajo que has encontrado. Y qué tal la pensión, ¿estás a gusto? Supongo que tendrás teléfono, no dejes de dármelo. Mañana si encontramos billetes regresaremos Michi y yo a Madrid. Juan Luis y Clara ya lo hicieron.

Creo que el invierno que viene me quedaré a vivir aquí, la casa ha quedado muy bien y así disfrutaré del dinero que he invertido en ella y gastaré menos que en Madrid. Cada día me gusta más esto y me encuentro mejor. Tu torreón precioso, me recordaba tus primeros poemas. Escríbeme, recuerdos de Sara y Juan y un abrazo muy fuerte de tu madre.

FELICIDAD[19]

Leopoldo, que continúa conociendo gente y así queda reflejado en la siguiente carta, responde a Felicidad:

Querida madre:

Barral al lado de Azúa es un genio, esta es la mejor definición de ambos, y ayer pude comprobarlo en una cena de la que me parece que ya te habló Pedro. No espero conseguir ese cargo, por ahora.

Mariano Manent me ha ofrecido un trabajo de corrector de estilo, que no es lo mismo, ni muchísimo menos, que *corrector de pruebas*, labor tan odiosa que no se la deseo ni a mi peor enemigo. Me sometió a unas cuantas pruebas al respecto, y de su resultado depende si me acepta o no. Él es un viejo muy

simpático que por lo que me dijo conoció a papá en uno de aquellos congresos.

De todos modos tengo ya seguras dos traducciones del italiano, una de Sanguinetti, en una editorial de Marco,* y otra de Gramsci, en Ariel.

Voy necesitando libros. Todos los de poetas jóvenes, por ejemplo, y mi diario. También necesito ropa: un pijama si puede ser. En la próxima carta o por separado te mandaré una lista completa.

Cómo haremos con el tocadiscos? Me hace tanta o más falta que los libros, pero creo que lo mejor es que me lo mandes a la pensión, porque si no es un trasto más para acarrear de aquí para allá.

Supe por Pedro que el sábado os marchabais a Astorga: yo necesito de allí unos cuantos libros que incluiré en la lista.

Qué tal por Madrid? Creo que a Vicente le gustó mucho mi «homenaje»: qué te dijo Carlos de él?

Por Barcelona todo marcha bien, dentro de lo que cabe. He conocido a Juan Ferraté, que es un tipo muy divertido, que pone verdes a todos los de su generación, desde Bousoño, al que llama «ignorante», hasta Brines, al que califica de «aburrido», en lo cual tiene mucha razón, sobre todo en lo que se refiere a su obra.

Bueno, escribir a máquina me cansa. Aquí te mando la fotocopia y la firma que me pediste. A Michi le envío una carta por separado.

Hasta pronto

P. S.: Recibí el giro y el paquete con los ejemplares de *Por el camino de Swann*. Mi número de teléfono es…[20]

Pedro Gimferrer prepara una antología de poesía modernista y Felicidad le ha dado acceso a la biblioteca de su marido, por lo que entre ambos existe más comunicación que entre madre e hijo. En una de las cartas de estas fechas, Feli se queja de la poca información que tiene de Leopoldo María, le gustaría saber de su estado directamente. «Pero si no me escribes dile a Pedro lo que necesitas», se resigna en una ocasión.

Leopoldo María recibe por medio de una empresa de transportes una máquina de escribir que le envía su madre:

La mandé limpiar, cambiar la cinta etcétera así que yo creo que notarás diferencia con la que tienes, que según Molina es muy mala. Me dijo este, que cuando le vi acababa de recibir tu novela, que en la rápida ojeada que la había echado le parecía muy buena. En cuanto tenga las copias del «Sapo» te las enviaré enseguida. La idea me parece estupenda y algunos poemas muy acertados. Otros bajan algo. De todas maneras no te fíes de mí, cada vez soy peor crítica. Cuando te los mande te marcaré los que más me gustan.[21]

Durante estos días Leopoldo María está meditando cuándo realizar el anhelado viaje a Italia, razón por la que Felicidad le envía una maleta llena de ropa desde Madrid, aunque todavía no tiene certeza sobre la concesión de la beca solicitada. Pero su madre sigue temerosa, dada la escasez de noticias directas de su hijo.

Supe que Carlos Piera le había dicho a su madre que estabas muy bien, no

sabes cuánto me alegro pues pienso muchísimas veces en ti y con mi natural pesimismo a veces en que puedas estar enfermo.

Mi idea es ir a Barcelona antes de que marches a Italia pero creo que será mejor en la última quincena de junio por si me necesitas para algo y para verte antes de tu viaje [...]. Interrumpí esta carta para ir a la facultad a ver si habían contestado de lo de tu matrícula y me encontré que había sido denegada, aunque te voy a llamar por teléfono para activar la cosa, te diré que la señorita que hay allí me dijo que había sido por no presentar un certificado de que trabajabas allí y que esto en una editorial te lo harían [...]. Ya supongo que no podrás examinarte de ninguna pero si tuvieras arreglada la cosa quizás en septiembre pudieras hacerlo.

Baby [el perro] te recuerda mucho, los dos sentimos la misma pena cuando entramos en tu cuarto. Si quieres algún libro dímelo pues por estos transportes te lo enviaría. Dime qué dinero te hace falta para ropa pero cómprala meditándolo bien, no te arrepientas después. En cuanto a lo de la pensión todavía no me has dicho lo que te cuesta ni nada. Ya sabes que no me gustan las sorpresas económicas, prefiero saber poco más o menos lo que he de enviarte.

Cómo van las traducciones?, el aire catalán te ha hecho más ordenado [...]. Cómo siguen tus relaciones con Pedro, Ana María y tus nuevas amistades. Cuánto me alegraría que me escribieras una carta larga, pero seguramente es mucho pedir.[22]

En efecto. No se equivocaba Felicidad. Leopoldo le respondió en un folio:

Querida madre: aquí está la cuenta, no sé si será mucho, en todo caso, cuando cobre lo de Felipe Cid (unas diez mil pesetas), o encuentre un trabajo algo más sólido, podré cubrir por mi parte algunos gastos, pero mientras tanto no tengo más remedio que vivir a costa de lo que tú me mandes. Lo mejor sería que empezásemos ya a partir de este mes, y así todo queda más claro.

Estos últimos días he tenido que cenar con una serie de gente (los Goytisolo, el director de Ariel, Javier Folch, Juan Ferraté, Carlos Barral, etcétera) por ver de conseguir un puesto más remunerado, o simplemente porque me habían «invitado», aunque luego, al final, cada uno tuvo que pagarse lo suyo. Esta es la causa de mi última petición de auxilio económico. Ha sido una semana realmente muy costosa, que espero no se vuelva a repetir. Casi todo el dinero que me mandaste se lo he tenido que dar a Pedro, que me lo había prestado, a regañadientes, teniendo en cuenta su proverbial avaricia, para sufragar los innumerables restaurantes chinos a los que hube de acudir.

Como puedes ver, la máquina no funciona tan a la perfección como me anunciabas en tu carta, pero en fin, mejor que la otra sí es.[23]

En esta carta se revela un Panero con muchas similitudes a su progenitor de joven, cuando escribía desde la pensión de Madrid a sus padres, Moisés y Máxima, para solicitar dinero. Los mismos sablistas.

El 28 de abril escribe de nuevo Felicidad, desde Madrid:

Querido Leopoldo:

Anoche me dejó Molina *Así se fundó Carnaby St.* y esta mañana lo he leído. Te pongo estas líneas para decirte que es lo mejor que has hecho, me ha

impresionado enormemente, es un acierto total, cuánta sensibilidad, inteligencia y originalidad.

De verdad, mi enhorabuena.

Supongo que ya tendrás el dinero. No tienes que explicarme nada de cómo gastaste el anterior. Procura solo tener un poco de orden y decirme lo que te cuesta la pensión para yo hacer mis cálculos. Dime si la pagas por mes o por semana, pues si es lo primero, en mayo te mandaría lo que te haga falta.

Con Michi hablamos mucho de ti, también a él le ha gustado mucho Carnaby. Vicente Molina, que cenó ayer con nosotros, estaba muy entusiasmado también con ello. Me dijo que Vicente Aleixandre te quiere mucho (en el buen sentido de la palabra) y que está muy contento de que salga tu poema dedicado a él. Supongo que le habrás escrito alguna vez [...]. A ver si le hago unas fotos al Baby y te las mando. Se quedó un pantalón de verano que te mandaré en un paquete.

Un abrazo muy fuerte de tu madre.

FELICIDAD

Y gracias por haber incluido el párrafo de mis memorias. Me dio mucha alegría.*

Leopoldo María Panero se ve envuelto de nuevo en una atmósfera de laxitud. Solo en la habitación de la pensión de la calle de Pelayo, atraviesa momentos depresivos. El fantasma de la Moixeta ronda de nuevo por la pieza. En una tarde lluviosa, de esas que han de estar acompañadas por un piano tristón, Leopoldo ve un mundo demasiado pequeño y decide de nuevo probar anticipadamente la sepultura. Tiene veinte años. La doméstica del alojamiento lo encontró rodeado de comprimidos de Valium desparramados sobre la cama. «Pero ¿es que va usted a hacer lo mismo que Marilyn Monroe?»,[24] articuló en un saleroso andaluz la sirvienta. En la calle sigue lloviendo mansamente.

Tras pasar por el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, el 3 de mayo Panero quedó ingresado en el Instituto Frenopático de Barcelona. Pedro Gimferrer telefoneó a Felicidad, con quien tenía contacto habitual. Además ha recibido una llamada de sus familiares en la Ciudad Condal, en la que le comunican que lo malo no es el intento de suicidio, lo peor es que se droga.

Feli llega sola a Barcelona y se dirige al hospital. Su hijo se encuentra en una sórdida nave de luz débil y techos altos llena de camas en batería, a ambos lados del pasillo central. Al volver en sí, Leopoldo comienza a reclamar marihuana, lo que a Felicidad le suena a chino. A ella no le gusta nada aquel lugar tan tétrico. Sus parientes le recomiendan a un excapitán republicano que fue Jefe de los Servicios Psiquiátricos del Ejército en el Sur de España, el doctor Ramón Vidal Teixidor.

El 7 de mayo de 1968, tras cuatro días de internamiento, Leopoldo es dado de alta en el Instituto Frenopático. Su madre está entregada a Vidal Teixidor, quien le sugiere el traslado a la Clínica Psiquiátrica

Residencia Pedralbes, del doctor Fuster. Resulta arduo, pero entre Felicidad y Vidal logran una habitación de techo abuhardillado. Situada en la avenida España número 2, en la zona de Pedralbes, en la parte alta de Barcelona, la clínica está rodeada por un jardín. No tiene nada que ver con aquella lóbrega sala compartida.

Se trata de un establecimiento privado y por tanto costoso. Pero Felicidad atraviesa un momento de bonanza económica gracias a la venta –dolorosa– del palacete madrileño de Manuel Silvela, número 8, la casa de sus padres. Dinero que también empleó en arreglar el caserón de Astorga.

En el centro, Leopoldo María continúa trabajando en el nuevo poemario. Felicidad está hospedada en el hotel Gran Vía, donde conoce a Ana María Moix. La primera vez que se encontraron, la *nena* iba ciertamente aterrada porque, aunque ella estaba libre de toda culpa, el asunto no dejaba de tener relación con la no correspondencia amorosa. Pero enseguida sintonizaron y compartieron en más de una ocasión algunas tardes en torno a una taza de té en aquel hotel.

Por la clínica empiezan a desfilar los amigos de Barcelona. El buen tiempo y el reducido espacio del cuarto obligan al paciente a recibir a los amigotes en el jardín. Pedro Gimferrer, el más asiduo, llevó más de una vez a Jorge de Cominges, quien recuerda que en cierta ocasión Leopoldo María tenía un libro de cine titulado *The Talkies*, profusamente ilustrado con fotografías. Según Leopoldo a los doctores les engañaba diciendo que le gustaban las actrices, cuando en realidad quien le atraía era Johnny Weissmüller en el papel de Tarzán. Pero una vez que confesó tal cosa, le aplicaron electrochoques.

La dirección del centro no tarda en concederle el régimen abierto y en una de las salidas Pedro Gimferrer le lleva a casa de Joaquim Jordà. Tras la introducción, un halagador Leopoldo le explica que ha recorrido la ciudad buscando infructuosamente un cine donde proyectaran *Dante no es únicamente severo*, la película que Jordà había codirigido un año antes, en 1967, con Jacinto Esteva. «¿Cómo se puede vivir en una ciudad donde no proyecten *Dante no es únicamente severo*?», gruñó el joven poeta.

Ramón Vidal Teixidor también le visita de cuando en cuando en la clínica de Pedralbes. Para el doctor, Leopoldo padecía un proceso psicótico crónico pero no demencial. Lo recuerda como un enfermo frío, de difícil relación afectiva, pero con mucho talento. No perdió jamás inteligencia mientras él lo trató. «No era un neurótico, sino un psicótico no demencial», señala el doctor Vidal Teixidor, quien tiene mucho interés en resaltar esto.

Leopoldo María trata de explicarle a su madre las propiedades curativas, para combatir los estados depresivos, que posee la marihuana, pero Felicidad no le cree. Le explica el sosiego que le

transmite a la hora de escribir y de las cualidades creativas de la hierba, pero no logra convencerla. Pese a todo, la noche del miércoles 15 de mayo, la dama de serena belleza marcha tranquila hacia la estación de Francia, acompañada por Pascua Ortega, sobrino del notario Trinidad Ortega, y por Jorge de Cominges. La despiden en el vagón y un coche-cama la traslada a Madrid.

Carlos Piera, que trabaja en la editorial Salvat, se ha enterado de su internamiento y recoge a Leopoldo en la clínica. Pasean por el puerto, suben a la torreta del funicular ubicada en el muelle, charlan y charlan. A Piera le da a leer el manuscrito del poemario *Así se fundó Carnaby Street*, título sugerido por su amigo Ignacio Prat. Carlos le encuentra mal, al menos descubre a una persona en las antípodas de la que había conocido en Madrid, metido en una crisis seria, sombrío a la vez que deslumbrador, siempre en el límite de la ironía o la sinrazón. Pero Leopoldo maneja su enfermedad con mucha labia y desparpajo dialéctico. Piera, dado el estado en que lo encuentra, se crea la obligación de visitarlo con frecuencia.

Además de recibir las visitas de Carlos Piera, Ana María Moix, Pedro Gimferrer, Joaquim Jordà y Jorge de Cominges,* Leopoldo hace sus incursiones por la ciudad. Toma un taxi hasta el barrio chino donde compra grifa y después se la fuma en la clínica. O visita a Ignacio Prat. O a Joaquim Jordà, en cuyo domicilio pasa horas sentado en un rincón, sin grandes conversaciones. Jordà recuerda que a Leopoldo le maravillaba hablar mal de los demás, cosa que hacía con frecuencia. Le confesó su enamoramiento de Ana María y, en una de aquellas visitas, le dejó una cruz de hierro debajo de la almohada de su cama. Según Panero aquella cruz había pertenecido a su padre, aunque Joaquín siempre sospechó que la había comprado. Pero aceptó el regalo de buen grado porque para él el encanto de Leopoldo María era la mentira permanente, la fabulación constante, entreverada con elementos reales. Después del obsequio el madrileño le preguntó si podía darle un beso. Joaquín, asombrado y por ello quizá poco espléndido, le respondió: «Bueno, pues bésame una vez». Le besó y desapareció.

En otra ocasión Leopoldo le llevó a casa a tres militantes del Partido Obrero Revolucionario Trotskista (PORT), con quienes mantenía circunstanciales contactos en Barcelona. Herencia que le dejó a Jordà, porque los trotskistas le visitaban cada mes para entregarle *Lucha Obrera* y solicitar su colaboración económica con el partido. Además le daban la paliza sobre la falsedad de la muerte del Che; aseguraban que estaba preso en una cárcel de La Habana.

La desfachatez de Panero en su relación con la marihuana colma la paciencia del personal del sanatorio. El director de la Clínica Psiquiátrica Residencia Pedralbes le comunica al doctor Ramón Vidal

Teixidor que Leopoldo María no solo consume marihuana, sino que se la ofrece a los pacientes, por lo que le ruega que sea trasladado a otro recinto hospitalario más vigilado. Felicidad vuelve a Barcelona. Leopoldo quiere regresar a Madrid y trata de convencer a su madre. Aunque en Barcelona ha pasado la época más feliz de su vida, prefiere la vuelta a casa a un nuevo internamiento. Llama constantemente a Felicidad. Pero Vidal Teixidor cree conveniente su traslado a otro hospital. En las tardes de té, Ana María y Felicidad tienen sus dudas sobre la conveniencia del traslado. Pero la suerte está echada.

Entretanto, en la Universidad Complutense de Madrid, cinco conocidos ácratas dilucidan un asunto intrascendente para la vida política del país: «¿Lo tiramos con atleta o sin él?», se preguntan. Tratan de defenestrar un crucifijo de unos cincuenta centímetros aproximadamente, colocado en un aula de la Facultad de Filosofía y Letras. En París –La Sorbona, Odéon, Nanterre–, los estudiantes tratan de encontrar la playa bajo los adoquines.

El día 24 de mayo de 1968, con motivo de la detención y posterior encarcelamiento del delegado de facultad Pedro Giral, inmediatamente fue proclamada la comuna de Filosofía y Letras en el edificio situado frente a Derecho, su gemelo. Los estudiantes, contagiados por el mayo que vivía el país vecino, secuestraron a un miembro de la Brigada Político Social camuflado de estudiante y telefonearon al comisario Saturnino Yagüe para ofrecerle el canje de su «social» por el delegado de facultad. Yagüe no dudó un segundo y dio la orden de invadir el centro académico con botes de humo. Pero antes de que la policía enfriara las iras, los allí amotinados tuvieron tiempo suficiente para ejecutar el mayor acto situacionista llevado a cabo en España hasta la fecha. Bajo el dintel de la ventana, cinco radicales vacilaron entre arrojar a la calle la cruz solitaria o la imagen de Cristo crucificado, desnudo, con la cadera ceñida por un corto paño. Pero lo lanzaron. La comuna acabó desvaneciéndose, igual que los sueños. El autor material del hecho, un estudiante de Filología, es en la actualidad un antropólogo especializado en las tribus del Amazonas.

Ni entre los cinco presentes en la peripecia ni entre los encerrados en la facultad se encontraba Leopoldo María Panero, quien se encargó de difundir entre los asiduos de Barcelona su autoría sobre la defenestración del Cristo martirizado. A Gimferrer, por ejemplo, le pidió que le dijera a Joan Brossa que había sido él el autor de aquel lance. Era una más de sus fábulas.

Leopoldo se encuentra a quinientos treinta y cuatro kilómetros de distancia de Madrid, en Tarragona. El 11 de junio de 1968 ingresa, procedente de la Clínica Psiquiátrica Residencia Pedralbes de Barcelona, en la Clínica Villa-Blanca, del doctor Bartolomé Lartigau Batlles: un chalé para enfermos mentales de cierto nivel económico. El

establecimiento, de muy pocas habitaciones, tiene un aspecto externo de hotelito de lujo.

Vicente Molina Foix, que está haciendo la mili, escribe a su amigo Panero desde el cuartel, donde pasa las peores horas de su vida. En una larga carta le explica sus proyectos más inmediatos:

> Querido Leopoldo Querido: [...] Hay un soldado que se parece todo a ti, se parece sobre todo al Leopoldo del retrato de arlequín [de Álvaro Delgado] que tanto me gustaba. Todos los días que estoy de guardia le veo deambular por aquí y cada vez más me asalta la suposición de que no solo el parecido sea físico. Él también parece un pez-banana constantemente regresado del País del Nunca Jamás y aún por algunos rasgos más afilados en la cara se parece más a Peter Pan. No sé ni cómo se llama.
>
> Cuando termine este infierno, que espero sea a fines de año, también yo quiero rodar mi película e incorporarme al pujante movimiento de cine *underground*, libre, en 16 mm o 35 incluso, que aquí en Madrid está actualmente agrupando a muchos divinos. (Yo he interpretado algunas de estas películas.) La quisiera rodar en enero o febrero, y sería la historia de tres chicas amigas que viven inocentes y alegres en una casa desde tiempos remotos, quizá desde la Alta Edad Media, consistiendo todo en una serie de visitas que ellas recibirían de parte de unas personas que tratan de engañarlas o convencerlas. Los personajes viejos estarían hechos por jóvenes disfrazados. Solo tres chicos jóvenes aparecerían. Dos, unos amigos míos de diecisiete muy listos y cultos, saldrían de peregrinos avejentados que se convierten, tras un laborioso proceso de *striptease,* en Adonis y su compañero. Tú serías el tercero, aparecerías, filtrado por las paredes, sentado en una cama, sin decir nada al comienzo, con tu gesto típico de desasistido (tal y como te veía en la cama turca de mi piso de Conde Peñalver en aquellas noches de huida) y luego también tú tratarías de seducirlas. Tu libro *Carnaby* me gustó mucho, al leerlo, en su día. Yo ahora estoy ya en la fase final de pasar a limpio mi libro, pero avanzo lentamente por las interferencias militares. Quisiera que, como muy tarde, en septiembre, a primeros, lo pudieseis todos leer. También escribo un artículo de Dreyer, largo y sesudo, y pronto escribiré otro del mismo calibre sobre «Beverly Hills», aunque, dicho sea de paso, la lectura completa de *Extraña fruta** me desconcierta: no me ha gustado nada.
>
> Michi está en Astorga. Me escribe una postal de gansos bañándose. Clara Abril terminó cayendo en la órbita de las personas depuradas (o «en desgracia») para los habitantes de Ibiza 35. Me da pena esta Clara tan tonta, tan mundana, tan equivocadora, tan inocente, tan pequeña.
>
> Vicente Aleixandre se va mañana a su retiro veraniego de Miraflores. Me pregunta por ti. Todos se van de Madrid poco a poco, también yo me iré en agosto, espero, con mi permiso, estaré algo en Alicante y si tengo dinero y no excesiva depresión quiero ir a Barcelona y *même* a Tarragona, por estar contigo algo. Solamente en referir el avance de los chismes en 10 o 12 personas amigas invertiríamos dos tardes. De mí, al contrario, poco te tendría que hablar. Exceptuando la deleitada visión de *Un día en Nueva York*, ninguna novedad en mi vida. Si cabe, pequeñas novedades en el nivel de los sueños, y, por tanto, frustradas, fracasadas. A menudo en los últimos días he pensado el dejar Madrid al terminar el Servicio. Más que de la universidad, claro, huiría del agotamiento de unas personas, de los fracasos a que otras me han sometido, de algunas

traiciones.

Me gustaría mucho que me escribieras. ¿Querrás o podrás? Hasta el 7 de agosto estoy en esta dirección, luego ya te informaré. Desde luego más que toda comunicación escrita, lo que quiero es verte pronto. Un abrazo.

VICENTE*

También le escribe su hermano Michi:

Querido hermano Leopoldo:

Espero llevarte con este recuerdo mío al menos una cesta de fresas salvajes a tu fea vida actual. Los mismos meses que te apartan de nosotros nos llevan a desear constantemente tu vuelta. Me alegro de que mamá, con la cual he hablado mucho últimamente, me explicara esta posibilidad.

Estoy enfermo de esa maldita infección que ya nos dio algunas veces antes a los dos hace un año y dos años y tres años. Por ello me veo precisado a no salir de casa, pasando muchas horas en tu cuarto disfrutando de tu biblioteca, y en ocasiones pasando temporadas en la sierra y el mar.

He terminado mi segundo libro de poemas. Lo llamo *Polichinela está gris en la azotea* y un día de estos se lo daré a leer a mamá y a Vicente [Molina Foix]. «Ocelote» gustó mucho en Barcelona y Pedro dijo que lo iban a publicar pero no tengo noticias ciertas y parece que mi asunto está parado.

Lamento que no exista la posibilidad de visitarte aunque solo fueran unos minutos, de todas formas seguiré escribiéndote periódicamente, por aquello de la fruta que evidentemente debe faltar allí.

En todo lo demás, menos en el amor, mis horizontes son fríos y dudosos, como se espera de cualquiera que quiera vivir.

Esto es una prueba para las próximas meditaciones zen que vamos a practicar los amigos.

Un fuerte abrazo de tu hermano.

MICHI*

Una nueva carta de su hermano pequeño ameniza las tediosas jornadas tarraconenses de Leopoldo, donde se encuentra completamente aislado, sin amigos, sin visitas, sin salidas. Con la única persona que tiene encuentros es con el doctor Ramón Vidal Teixidor, que sigue su tratamiento de cerca.

Querido Poli, o Li-Po como gustéis: […] me alegro de que estés bien con ese chico Vidal Teixidor («al modo de la tía Margot».) Yo por aquí me encuentro muy bien aunque la interina se rompió una uña el otro día fregando los platos de Duralex (del bueno, de Francia) y anda muy fastidiada […].

Ya sé por má que traficabas con caramelitos. Vaya, quién me lo iba a decir. ¡El muy petardo! Menudo saliste eh, eh, ehjo, jo, jo, ja, ja, ja. (¿Usted es el cazador?) ¡Yo soy el zorro! Caíste en la trampa. ¡Llamad al teniente Henderson!

Por aquí todo sigue igual, *¡voilà!*, quiero decir todo sigue igual de aburrido, pero era fórmula fina. Otro día estuve en la verbena con Vicente M. y unos de la escuela de cine bastante raros, que a lo único que fueron (por lo visto) es a tomar vinos ¿(¡–«vinos»–!)? Sin embargo había uno que era un chico (o chica) de nombre […]. A lo mejor a ti te gustan las películas de ciegos (no las que ruedan ciegos) sino *para* ciegos. ¿O te gusta Karina –Romeo y Julieta– y los

Unísonos? [...] *À propos* de discos, tengo el propósito de enviarte (junto al tocadiscos) una serie de discos grabados en un local tétrico, a treinta pesetas por mí. El primero ya lo he grabado. Te mandaré también alguno con la voz de Vicente Molina, aunque no sé si querrá, porque he descubierto que hace una doble vida y por las noches se convierte en Manolo (del Dúo Dinámico). ¿¡QUÉ TE

PARECIÓ ESO, EH!?

Escribí un nuevo cuento «EL ASOMBROSO MUNDO DE LOS AVENTUREROS» (mejor dicho) [Había escrito EXPLORADORES, posteriormente tachado], que me ha salido muy bien. Ya te mandaré copias. Para Pedro, *Ti* y Mario Cabré, reina por toda la vida, con frigoríficos — (AGNI) (no quiero hacer publicidad). Bien, mentira, pero me pagan por la publicidad.

–VI A VICENTE ALEIXANDRE–
«QUÉ HORROR. PACO, ESTÁ MUY MORENO» (–ABURRIDO–)
¡BRRR! ESTÁ TA-CHA-DO
EL RELOJ DE PARÍS SE HA DETENIDO

[Indescifrable] Ha ganado usted cincuenta mil pesetas –50.000,00– en el concurso –Hueso, hueso, chocolates hueso.

»Vuelve el ROCK –ME ESTREMEZO CON ELVIS– VIBRO DE NUEVO CON EL ROCK– EL RELOJ DE PARÍS SE HA DETENIDOLO MISMO EL TOCADISCO, UN MODELO ANTICUADO,–

ADIÓS CHICO, ¡Recupérate del SHOCK (corridor)!
ESCRÍBEME, (ME), ESCRÍBEME (ME) y llegarás a algo en la vida, dadiva,
Michi-FLOR DE BRETAÑA
¿¡QUÉ TE PARECE MI NOVIA FUTURA, EH!?
ANDA-ANDA-ANDA-DANA, PRODUCTOS DE BELLEZA
Oh
Ah
Ih
Uh
Soy yo –hola–

A TI TE GUSTAN LOS JUEGOS DE PA-LA-BRAS
PA LA BRASAS
LA ASAS
BRI-NES.25

Después de enviarle esta carta, Michi recibió de Vicente Molina el original sin pulir de *Así se fundó Carnaby Street*. Tras su lectura, escribió de nuevo a su hermano: «Como novela, *Carnaby* no tiene camino. Necesitaba un cuerpo central, alrededor de lo cual girara el resto. De otro modo a ti mismo te llegaría a cansar. Creo que es lo mejor que has hecho», le indica. A continuación, siguiendo el método de puntuación de *Film Ideal*, el menor de los Panero califica el poemario completo. El poema que más puntos se llevó fue el titulado «El poema de Sacco y Vanzetti», versión todavía sin depurar, como todo el original.

Felicidad autoriza por primera vez que a su hijo le sea aplicado un tratamiento con insulina. Aunque es un antidiabético, en psiquiatría se ha empleado también como uno de los métodos de tratamiento de la psicosis. La inyección masiva de insulina provoca un brusco coma hipoglucémico.

A finales de agosto, acompañada de Michi, deciden pasar un mes

con Leopoldo. Madre y hermano se encuentran con un joven inauditamente gordo, producto del tratamiento, al que apenas reconocen. En la clínica conviven con los enfermos mentales, en régimen de pensión. Michi frecuenta la playa y el taimado Leopoldo le encarga caramelos rellenos de licor, ya que es el único modo de camuflar el líquido espiritoso. En una de estas jornadas de estío también aparece Juan Luis, pero el primogénito no se hospeda con su familia, prefiere pernoctar en un hotel. Tan solo pasa una noche. Como a su madre, la clínica le parece una auténtica sangría económica.

Acaba el verano, Felicidad y Michi regresan a casa y Leopoldo queda solo con la entrada del otoño. Hasta el 19 de noviembre de 1968, fecha en que le dan el alta médica y vuelve a Madrid.

## 6. DROGAS, SEXO Y ALCOHOL (1968-1970)

Lo que nos pierde no son las drogas, sino la soledad.

Los médicos aconsejaron a Felicidad una ocupación estable para su hijo. Gracias a las amistades que la viuda de Panero tiene en el Instituto de Cultura Hispánica, Leopoldo María entra a trabajar en la revista *Mundo Hispánico*, debido al buen hacer de Gregorio Marañón Moya.

Leopoldo vuelve a matricularse en la Universidad Complutense de Madrid, en la Facultad de Filosofía y Letras. De segundo tan solo había aprobado la religión, en el curso 19671968. Estas son las asignaturas en las que quedó inscrito en el periodo 1968-1969:

Historia general del arte (de 1.º)
Lengua y literatura latina II
Literatura española y sus relaciones con la literatura universal (2.º)
Historia de los sistemas filosóficos (2.º)
Lengua y literatura árabe II

La materia de lengua y literatura griega decidió cambiarla por lengua y literatura árabe. Igual que ya hizo su amiga Ana María Moix en segundo de Filosofía y Letras, durante el curso 1966-1967. A la *nena* Moix le gustó esa lengua exótica pero de caligrafía tan bonita.

Antonio Colinas ofrece una lectura en el Instituto de Cultura Hispánica. El poeta de La Bañeza lee unos inéditos del que será su nuevo poemario. Leopoldo María, acompañado de Vicente Molina, le escucha con atención. Al finalizar, ambos se acercaron a felicitarle. Muy cordial, Panero le precisó que lo que más le había gustado de la lectura era el verso «y un gusano verde en cada piedra», correspondiente al poema «De la consolación por la poesía», una visión irracionalista de la ciudad de Córdoba, según su autor.

Pocos días después Colinas y Panero quedaron citados en el bar de Cultura Hispánica, donde Leopoldo trabajaba sin ningún entusiasmo en la revista *Mundo Hispánico*. Según confesión hecha al escritor de *Poemas de la tierra y de la sangre*, Leopoldo no se sentía cómodo allí; no hacía más que lamentarse de aquel trabajo durante la conversación que mantuvieron en el bar. Con un sueldo de cinco mil pesetas no estuvo ni un mes sometido a horario de oficina.

El Instituto de Cultura Italiana y el Ministerio de Asuntos Exteriores de España concedieron a Leopoldo la beca solicitada para ampliar sus

estudios en la Universidad de Perugia. Pero todo quedó truncado.

Una fría tarde de diciembre, un día después de que Dámaso Alonso fuera elegido por unanimidad presidente de la Real Academia Española, callejeando por Madrid, Panero se encuentra con su antiguo amigo del bar de la facultad y de las desaparecidas tertulias literarias José Ramón Rámila, Joserra. Leopoldo se alegra de aquella coincidencia, porque ya había perdido todo contacto con la gente de Madrid. Se citan para el día siguiente en casa de Rámila, donde se reúnen los amigotes.

El 8 de diciembre de 1968, tras dejar a la madre el número de teléfono de su compañero, Leopoldo sale de casa a media tarde. En el número 15 de la calle de Alberto Aguilera, Joserra presentó a Leopoldo a su inseparable Eduardo Haro Ibars, quien ya tenía referencias de él como «un gran poeta».[1] Abrigados por un buen vinilo de rock and roll y unos canutos, los jóvenes leían a Wilhelm Reich cuando, producto de un chivatazo, fueron sorprendidos por la policía pocos instantes después de haberse conocido los invitados. Joserra tuvo tiempo de ordenar a su madre que le limpiase los bolsillos de la chaqueta. La mujer vació los bolsillos de «mierda» arrojándola por la ventana. Rápidamente fueron llevados a la Dirección General de Seguridad, donde pasaron la noche. Felicidad, luego de una inquieta y tensa vigilia, telefonea a casa de los Rámila. María Teresa, la madre, le explica que al poco tiempo de llegar su hijo al domicilio los detuvieron a todos. Feli vuelve al patibulario y familiar edificio de la Puerta del Sol, aunque en esta ocasión se dirige a la Brigada de Estupefacientes. A Leopoldo le encontraron unos cigarrillos en el bolsillo, entre ellos uno de hachís que había señalado con una hache. Felicidad testimonia ante el comisario de policía sobre su reciente internamiento psiquiátrico, pero no sirve de nada. De la DGS pasaron a los calabozos de la plaza de las Salesas, sede del Tribunal de Orden Público (TOP), aunque el consumo y posesión de hachís, al ser un producto de contrabando, no se consideraba un asunto de Orden Público, sino un delito contra la Hacienda Pública. Por sugerencia de su abogado, Rafael García-Ormaechea Romeo, Feli busca personas que testifiquen que su hijo es escritor y que den fe de su buena conducta. Se ofrecen Vicente Aleixandre y Carlos Bousoño. El maestro del 27 abandona sus quehaceres y sus paseos por el jardín de Velintonia para declarar en las Salesas a favor de aquel joven que un día osó tutearle. Pero de poco sirvió. Al parecer, la poesía no es trabajo seguro. Al chico le aplicaron la Ley de Vagos y Maleantes y el 11 de diciembre fue trasladado a la cárcel de Carabanchel en compañía de Eduardo Haro. «Recuerdo que solía comentar entonces con Eduardo: maleantes sí, pero ¿vagos? Si hemos convertido el arte de vivir en un trabajo.»[2] Aunque las madres de ambos, Felicidad y Pilar, hablaron por teléfono

en distintas ocasiones, jamás se llegaron a conocer en persona.

Acusado del mismo delito, por las declaraciones de algunos de los detenidos, también ingresó en prisión una semana después Jesús Ruiz Real, un amigo de Eduardo y de Joserra, un *stoniano* melenudo a lo Brian Jones y de morros a lo Jagger.

Felicidad visita a su hijo en la cárcel y le lleva provisiones, para lo cual guarda extensas colas de familiares de presos comunes, en espera de que voceen su nombre. La mañana del 24, día de Nochebuena, allí está imperturbable ella, soportando los rigores del invierno madrileño en aquella explanada carabanchelera, donde azota el viento con una fuerza inmisericorde.

Durante una de sus estancias en la prisión de Carabanchel, Pedro Giral, delegado de Filosofa y Letras, y representante del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Madrid (SDEUM), coincidió con Leopoldo María. En una salida al patio del penal, Giral oyó un grito seco que se estrelló contra el hormigón: «Pedro, Pedro, Pedro…». Con el mentón erguido, Pedro buscó la insistente exclamación hasta dar con una ventanita de la cuarta planta de su misma galería, la tercera, donde estaban los presos multirreincidentes y los estudiantes antifranquistas, separados de los políticos, en la sexta. Allí, entre rejas, estaba Leopoldo, que preguntó a voces: «¿Por qué estás aquí? No me dirás que por política». Pedro bramó: «Claro». A lo que Panero ladró desde las alturas: «¡Qué antiguo!».

Mientras Leopoldo cumple condena, la revista *Ínsula* edita, con fecha de impresión del 10 de diciembre de 1968, *Homenaje a Vicente Aleixandre*, un voluminoso ejemplar con motivo del setenta aniversario del nacimiento del poeta. La antología se compone de los poemas que a través de los años le han sido dedicados y colaboran desde sus compañeros de generación hasta los de sensibilidad y estética novísima, como Carnero, Gimferrer, Barnatán, Colinas, Carvajal, Urrutia, Ullán y Leopoldo María Panero, que cierra el libro con «El alcaudón y la serpiente. Homenaje a Vicente Aleixandre».

En una de sus visitas a la cárcel, Felicidad Blanc se encuentra con la sorpresa de que su hijo no está. Al llegar al locutorio, tras una larga espera, no lo ve por ningún lado. Alguien le dice que a Leopoldo se lo han llevado, que se ha marchado de «conducción». En terminología penitenciaria significa que el recluso se encuentra en situación de tránsito. Después de mucha espera y mucho trotar de una ventanilla a otra, por fin averigua que lo han trasladado a otro presidio.

A las seis menos cuarto de la mañana del 2 de enero de 1969, Leopoldo María Panero y Eduardo Haro Ibars salieron del penal de Carabanchel. Fueron transportados a la Prisión Provincial de Zamora, aunque hicieron escala en el penal de Valladolid. Durante el trayecto, los dos amigos fueron cogidos de la mano y una manta cubría sus

extremidades para ocultarlas de sus guardianes. «Yo me enamoré de él muy locamente», según confesión de Leopoldo.

Desde su celda vallisoletana escribe a Felicidad en un par de hojas cuadriculadas llenas de una caligrafía trémula.

> Querida ma: Es decir, si no hubiese dejado rastros de mí, creería que no existo. El tiempo es aquí gaseoso, y tengo la impresión de que sobre mí crece la hierba. Nunca pensé que algún día estaría en la cárcel de Valladolid, tan cerca de las posesiones de mi adorada tía. De aquí vamos a Zamora, como seguramente sabrás. Quisiera saber si me visitarás allí, por lo menos cada quince días. ¿Es esto posible? Mientras tanto, mi caso se convierte lentamente en una farsa. Y a pesar de todo, siento que voy llegando al centro de mí mismo. Tengo la certeza de que cuando salga de aquí todo se resolverá ¡por fin! que sea positiva o negativamente. Quiero decir fuera [de] la cárcel, y lo que he encontrado en la cárcel, es decir esta copia de mí mismo que habrá servido de tema de conversación para con Pedro y Vicente Aleixandre o Vicente Molina, puede curarme o matarme, y de cualquier modo hallaré la solución. De todo esto quisiera hablarle a De Cabo (la momia) aunque no sé si esto será factible en estas circunstancias.
>
> Es decir, a ver si te traes a Michi.
>
> Un fuerte abrazo de Leopoldo.

Felicidad, que sabe del destino penitenciario de su hijo, se pone en contacto con uno de sus amigos de salidas nocturnas, el poeta zamorano Claudio Rodríguez. Le llamó y le contó que Leopoldo estaba en el penal de Zamora, eufemísticamente denominado «casa de templanza». Al ser calificados de «peligrosos», ociosos, sin trabajo conocido, en aplicación de la Ley de Vagos y Maleantes, debían cumplir condena en un establecimiento no penitenciario llamado «casa de templanza»; sin embargo, todavía no habían sido construidos dichos centros de rehabilitación, por lo que fueron acondicionadas algunas cárceles para dar albergue a los llamados peligrosos sociales. El autor de *Don de la ebriedad*, viendo a aquella mujer despavorida, rápidamente supuso el lugar donde se encontraba el joven, uno de los establecimientos más rígidos de los existentes en España. Quedó sorprendido, pero movió todos sus resortes para favorecer en la medida de sus posibilidades la estancia de Leopoldo María en el penal zamorano. Aunque hacía mucho tiempo que se había alejado de su tierra, Claudio telefoneó al dueño de un bar de la ciudad del Duero, un hombre que se relacionaba con mucha gente, amante de la literatura y conocedor de Panero padre. Claudio le explicó la situación del muchacho y le rogó que intentara hacerle la estancia lo más suave posible. No tardó en responder el comerciante: el director de la prisión era cliente de casa y amigo. Hará todo lo que esté en su mano. A la vez, Claudio Rodríguez telefoneó a su madre y a sus hermanas mellizas, María Luisa y María del Carmen, para decirles que cuando

llegara Felicidad la recibieran en la estación de autobuses y la acompañaran en todo momento.

Algo después, tras hacer el mismo recorrido, llegó a Zamora Jesús Ruiz Real. Sin embargo, José Ramón Rámila quedó en Carabanchel, al ser considerado el cabecilla del grupo. Pensaban que constituían una peligrosa banda de traficantes. Además ya estaba cumpliendo condena allí Joel Martin Boyce, un norteamericano muy digno que en el momento de su detención renunció a la ayuda de su embajada. Joel vendía quif en la madrileña Cervecería Alemana en cajas de cerillas y los recién encarcelados le conocían de verle por los aledaños de la castiza plaza de Santa Ana. Un *beatnik* muy descarado, gigante, rubio, de cabello crespo. Era el vivo retrato de Bob Dylan en la portada de *Blonde on blonde* y se jactaba de haber colaborado con John Cassavetes y Andy Warhol cuando estos realizaban sus primeros filmes del *underground*.[3]

Gracias a la mediación de Claudio Rodríguez, Leopoldo lleva la insignificante biblioteca de la prisión. Jesús despacha en la ventanilla del economato y Eduardo ejerce labores docentes auxiliando al maestro de la cárcel. El que peor soportaba el encierro era Leopoldo, según señala Jesús Ruiz Real.

Felicidad viaja en autobús casi todas las semanas hasta Zamora y se hospeda en el parador, un antiguo palacio de patio renacentista ornado con escudos de armas. Va cargada de alimentos, libros y ropa limpia que cambia por la sucia. En la prisión, situada a las afueras de la ciudad, se ve con su hijo en el locutorio, donde conversan muy torpemente, sin libertad, a causa del guardián que escucha el diálogo.

El territorio agreste y montañoso de la provincia favorece en verano un clima fresco y húmedo. Pero aquel enero en el penal hacía una temperatura siberiana; además, el establecimiento se encontraba en plena meseta, junto a la ribera del Duero. Cuenta Jesús que de los tres quizá fuera él el único que no pasó frío, porque, entre el resguardo del economato y el vino que rapiñaba, soportaba deportivamente los invernales rigores zamoranos.

El 19 de enero Leopoldo escribe a su madre una carta muy reveladora:

> Querida ma: A partir del cinco de diciembre, mi vida cambió mucho, como sabes y durante cerca de un mes creí por fin haber encontrado algo que hacer con ella, y ahora de nuevo me encuentro en el mismo estado de transparencia absoluta, después de que el segundo caso Ana María Moix haya tenido el mismo parecido final que el primero. El motor nuevamente se ha parado, o mejor dicho, gira en el vacío, y necesito ahora más que nunca, como puedes imaginar, de «una voz de esmeralda o grieta en lo oscuro». Sin embargo, lo sucedido últimamente en mi interior supongo me ha de servir de experiencia y de lección. Así he comprendido que necesito algo más, que necesito que algún apoyo en la

realidad, que no es el trabajo, como me decíais tú y [el doctor Bartolomé] Lartigau y que psicológicamente no me sirvió de nada, sino lo que me aconsejaba el doctor Domingo en Tarragona. Es decir, tratar de encontrarme a mí mismo en otra persona. Esa sí es una buena terapia, quizás la única, para la paranoia. Espero que algún día encuentre por fin lo que tanto he buscado, sea en Barcelona o en Tánger.

Estoy leyendo a Trakl, ese sí que se parece a mí en poesía, es como debería haber sido la mía. También he releído con verdadero placer *Arde el mar* y con verdadera emoción *Dibujo de la muerte*, hace unos días. En cuanto a Eliot, necesito la versión inglesa, las traducciones de Juan Ramón que hay en la edición de «Los Poetas», no sé por qué no me mandasteis ninguno de estos dos libros. También me gustaría que enviases *Una temporada en el Infierno* de Rimbaud, y *Cántico* de Jorge Guillén.

No sé si le habrá llegado ya a Michi mi última carta, y si de llegarle le habrá gustado, en todo caso ignoro por qué ni tú ni él me habéis escrito todavía.

No te olvides de mandarme, o de traerme cuando vengas, los pantalones de pana negros que te pedí, y por favor no me mandes más latas, aquí no sirven para nada.

Un fuerte abrazo

LEOPOLDO[4]

Leopoldo María se ha enamorado encendidamente de Eduardo y el hecho lo compara con el enamoramiento de Ana María Moix porque resulta un fiasco. Pese a todo, cree haber llegado al centro de sí mismo. Según él, «las primeras experiencias homosexuales de la cárcel fueron de resistencia».

«Tenía miedo de todo y celos de todo el mundo. Llegaba a hacer maldades tan inicuas como inocuas: pagaba el vaso de vinazo diario al que teníamos derecho los presos, a los indigentes que eran amigos míos, a cambio de que no me hablasen; porque Leopoldo veía en mí a una especie de protector, sin quien se sentía absolutamente perdido en un universo carcelario bastante desagradable, pero al que –según parece– yo me adaptaba mejor que él»,[5] escribe Eduardo Haro.

Angustiado y aislado, Leopoldo María se refugia en la lectura y la escritura. Se siente grafómano y se comunica de nuevo con su madre.

Querida ma: Me rodean sombras molestas que sin ningún derecho intervienen en mi vida. Me refiero a mis «compañeros» (la palabra carece de sentido). Mi única compañía es Trakl, el resto es solo, o bien basura desde siempre o bien basura desde ya, es decir, algo inservible, cuya existencia me resulta ahora incomprensible, y, repito, molesta. Deberíase a mi juicio, racionalizar la muerte. Hay seres, en efecto, que mueren sin haber dejado de servir, mientras que otros siguen viviendo sin ninguna razón. Me gustaría tanto oír música o hablar por teléfono. Pero el tiempo aquí es como rellenar una estantería tras otra de libros con las páginas en blanco, o como Sísifo, solo que ni siquiera subir. Pero sobre todo me gustaría ahora que de nuevo estoy solo, poder estar solo. Pero no: en todas partes me acechan hombres con sonrisa de espuela, y por si esto fuera poco, el Gato, espectro que en su rostro lleva los de Ana María, Clara [Salas], Elena [Llácer], y las de todas las demás personas que mordieron en mi alma, El

Gato, con sus brazos al rojo…

Porque no, no hay sonrisas plateadas, sino obesas filosofías, filosofías llenas de grasa. O bien, biografías confusas, ilustradas con retratos familiares, biografías con olor a nada. Qué incómodo es este silencio poblado de escarabajos, y no por cierto escarabajos como Gregorio Samsa. Hombres que son espectros desde antes de nacer y otros (El Gato) que son como bolígrafos sin tinta. Y en mi alma como charcos los días que el recuerdo finge de oro, como charcos en que estás tú, Ana María, Ignacio [Prat]. Días de oro, y días de piedra, los unos hacen valer los otros. Quizás escriba poemas de amor a Ronny, está tan presente en mí como los mentidos castillos, castillos *de humo*, y las almenas hoy derrumbadas.

¿No podía Trinidad [Ortega Costa] buscarme, mientras tanto, trabajo en Barcelona? El resto está solucionado, por medio de mi amigo.

Un fuerte abrazo de

LEOPOLDO

P. S.: Mandadme, si es posible, los *Diarios* de Kafka.6

Después de una visita a Zamora, Felicidad Blanc contesta a Leopoldo María:

Mi querido hijo:

Al llegar a Madrid me encontré con tu carta. Venía muy cansada y muy triste de haberte dejado y poco alivio me dio el leerla. Aunque a pesar de todo pienso que como en tu vida la parte sentimental, llamémosla así, no había madurado demasiado te había servido para ver más claro dentro de ti mismo. Tu gran defecto, que es el mío también, es poner demasiado sobre la persona a quien quieres y adornarla de virtudes que generalmente no tiene. Me refiero a tu último caso pues en el de Ana María más bien fue culpa suya que tuya. Por cierto que no sabes cuántas veces ha llamado preguntándome por ti y el interés que tiene en ayudarte. Ayer hablé con ella pues me había mandado una copia de su última novela, la que presentó al Premio Nadal. Y yo le decía que ahora quizás fuera ya más fácil el que tuvierais una amistad que a los dos os beneficiaría. Su novela es muy bonita, en realidad es su autobiografía pero da una medida mil veces superior a la *Balada** o a sus cuentos. También hablé ayer con Pedro Gimferrer que me repitió de nuevo que no dejara de decirte que tus últimos poemas, los que le llevó Vicente [Molina Foix], le habían gustado muchísimo. Creía que era una dirección nueva en ti muy interesante. Ahora comprenderás que no estaba equivocada cuando te lo decía, pero tú hacías más caso de Vicente Molina que como crítico literario deja bastante que desear aunque en este caso ha rectificado plenamente.

[…] Mañana seguramente te mandaré el paquete con los libros y la ropa. Estoy esperando solo por el Diario de Kafka que no ha encontrado todavía Michi.

No puedes figurarte qué cariñosas fueron las hermanas de Claudio [Rodríguez], gracias a ellas pudimos vernos de nuevo. Se parecen muchísimo a Claudio en todo.

No me acordé de preguntarte si recibiste la blusa de lana, la de manga larga, nueva que te había comprado. Te vi la otra puesta, la que ya tenías.

Rafael [García-Ormaechea Romeo] me dijo que lo del juzgado había resultado muy bien, estamos esperando la declaración de Trinidad y José María [Ortega

Costa], de Barcelona que todavía no han llegado y no por culpa de ellos sino por la lentitud de estos trámites.

Ahora que tendrás más ropa interior cámbiate más a menudo, pues si no es imposible que quede blanca. Yo cuando vaya me traeré la sucia como hice el otro día. Esperemos que no sean muchas las veces que tenga que traérmela y que todo se resuelva pronto. Michi te agradeció mucho tu carta. Te va a escribir nuevamente pues la que llevé a Zamora ya está pasada.

Escríbeme a menudo con letra clara como hasta ahora, sea tuya o prestada pues si no no me entero de nada. Y piensa que ha sido una suerte tu decepción amorosa pues no creo de ninguna manera que fuera persona para ti.

Cuando estaba terminando esta carta recibo otra tuya; no sabes lo que siento no poder estar más cerca de ti para ayudarte. Vive tu soledad y no te preocupes demasiado de los demás. Pronto estarás fuera y tendrás tu música, tu teléfono y tu Roni, el cual es ya un gigante, no lo vas a conocer.

Quine me ha llamado ahora para decirme que se marchaba al Dominguillo a pasar unos días, me preguntó por ti con muchísimo cariño como siempre y yo le ofrecí tu habitación si la necesitaba.

Te envío esta carta de Ana María que habla de ti para que te animes y te olvides de tus compañeros y pienses que siempre habrá personas que se darán cuenta de lo que tú eres.

Gracias por incluirme en la lista de los que te hemos ayudado y te hemos dejado un buen recuerdo.

Entre regalos y lo que cobraste de la traducción tienes seis mil pesetas que te guardo para cuando salgas.

Recuerdos de Juan Luis, de Michi, de Roni y otro abrazo muy fuerte de tu madre.

FELICIDAD

No pierdas la carta de Ana María, siempre me gusta guardar los elogios que hacen de vosotros para contrarrestar lo negativo. Ya te avisaré cuándo vamos, será seguramente a fines de la otra semana y llevaré a Michi.

Otro abrazo.

Me escribieron de Sinera diciendo que tu libro saldrá en julio.[7]

Con fecha de 24 de enero, Leopoldo María envía otra misiva a Felicidad:

Querida ma: No sé si gracias al Tegretol, pero siento que poco a poco recupero mi perdido poder. Y me interesa, sobre todo, porque solo así podré dominar a las personas a mi antojo, o al menos, tratar de dominarlas, como antes, hace de esto uno o dos años, cuando si me limitaba, me limitaba voluntariamente, encerrándome en el marco de áridos dogmas y esquemas asfixiantes; tiempo derramado inútilmente, tiempo que ahora me remuerde.

Si recupero mi perdido poder, poco podrá importarme el Gato, el Gato que padece lo que en mí es, a juicio de [Ramón] Vidal [Teixidor], irreal paranoia, aunque quizás de un modo muy distinto a como lo padezco yo. El Gato que como yo no siente la existencia de los demás, no cree en ellos, y al mismo tiempo los teme, se siente infinitamente débil frente a ellos, considerándolos no como un conjunto de individualidades sino como una potencia oscura, sin rostro, por momentos asfixiante. ¿No es eso paranoia? Venga Vidal y dígalo.

Si es cierto que se va a publicar en Sinera *Carnaby* me interesa cambiar antes

la dedicatoria («a los Rolling Stones, etcétera») por «Al Gato, que es ahora burbuja», y la cita de E. Dickinson por otra de Trakl. Mi próximo libro se titulará, si no le parece mal a Vicente Molina, y a Pedro Gim, *Adiós, Mr. Chips*. Por cierto, ¿ha leído Pedro mis últimos poemas?, ¿le habéis preguntado lo de Vallejo y Darío? Preguntadle también su opinión sobre Daudet, Twain y Juan Larrea. ¿Qué pasa que ni me escribís ni me mandáis los libros que os pedí y que tanta falta me hacen?

[…]. De todos modos el tiempo pasa aquí, inexplicablemente, muy deprisa y casi no me doy cuenta. Tal vez pronto podré oír a Peret en vuestra compañía. Os mando un poema que empecé en la calle y que he terminado aquí, no sé si habrá quedado bien.

LA MUERTE DE LULÚ

Fue entonces cuando encontré a las dulces muñecas de hojas muertas. Me sonrieron como puede sonreír la nieve, y me ofrecieron toda la paz que cabe en un pedazo de chocolate. Mas las hormigas devoraron uno tras otro los árboles dementes y más tarde se desvanecieron las preguntas de los conejos.

Un fuerte abrazo de

LEOPOLDO[8]

Nueva carta de Leopoldo a su madre, con fecha de 26 de enero:

Querida ma: Bueno, después de todo las cosas no me salen siempre tan mal, y ahora supongo que debería estar contento. Y al parecer lo estoy, aunque solo sea físicamente, pues tanto don Enrique* como el catequista me han notado hoy con mejor aspecto, tal vez sea tu carta, o la última parte de tu carta, la escrita a máquina, o ambas cosas al tiempo, o los efectos de mi nueva Medicina para la Melancolía, algo parecido al San Sebastián de Pepe Vidal,** o a los que dejan colillas de Celtas en casa de Paco Brines […].

Espero ansiosamente el paquete y los libros. En cuanto a la blusa de lana, desapareció misteriosamente pero después de haberla recibido, ya sabes tú cómo son estas cosas. Es decir, *necesito tabaco* (un cartón de Habanos). Y otra blusa. Y dos *Selecciones*: el de diciembre y el de enero. Y una carta de Michi, cómo se hace desear. Y ¿por qué no? el libro de papá. Y si fuera posible, una foto de Ronny. Escucho a lo lejos, en la Televisión, *Viaje al fondo del mar*. Es decir, recuerdos para el perseguido y siempre desdichado, para el profesional de la desdicha Kine. Y en cuanto a mis compañeros, no te preocupes porque la primera persona que me doy cuenta de lo que soy yo, soy yo; y eso es lo importante.

¿De quiénes son los regalos?

Un abrazo a Juan Luis, otro distinto a Michi y otro más pequeño pero no menos fuerte para Ronny.

¿Tú de qué signo astrológico eres? Y otro también para ti de

LEOPOLDO[9]

Inmediata respuesta de Felicidad, el 29 de enero:

Querido Leopoldo: Me dio mucha alegría tu última carta por lo que me dices de que te encuentras mucho mejor. Yo pienso que aparte otras causas debe de ser el Tegretol, pues Vidal [Teixidor] me dijo que ya en el primer mes que lo tomaras notarías sus efectos. Tiene gracia que fueras tú el que acertaras

pidiendo que te hicieran el encefalograma, pues en realidad cambiaron los médicos totalmente la idea que tenían sobre tu enfermedad y su tratamiento.

A Rafael [García-Ormaechea] le pidieron ya que presentara en el término de diez días su defensa, lo que indica que quieren activarlo pues lo de los testigos de Barcelona todavía no llegó.

Quine viene muchos días a tu habitación, que es su refugio en tantas calamidades.

¿Recibiste el paquete?, cuánto siento no haberte mandado tabaco en él. El diario de Kafka no te lo envié porque todavía no lo ha encontrado Michi. Lo encargó en la librería de Chus [Visor] pero le dijeron que era muy difícil encontrarlo. Ya te mandaré los otros libros y la blusa, no sabes lo que siento lo de la otra, me costó trescientas pesetas y era de una lana buenísima.

Vicente Molina y Aleixandre, Carlos [Bousoño], Paco [Brines] y no digamos tus amigos de Barcelona todos preguntan por ti. Carlos Piera me llamó desde allí el otro día interesándose también mucho.

Te envío esta carta de Michi y su cuento último.

Qué maravilla tu letra, cómo escribes de claro, diferencia de aquellos jeroglíficos que no entendía nada.

Que sigas encontrándote bien dentro de lo que cabe y con mis recuerdos a Don Enrique que tan cariñoso ha sido contigo, te abraza tu madre

FELICIDAD

Joaquín Araujo, Quine –que con motivo del recientemente declarado estado de excepción* se refugia en Ibiza, número 35, porque la policía le busca en su domicilio una y otra vez–, recuerda cómo una mañana, desayunando con Felicidad, esta le cuenta dichosa que Leopoldo ha tenido relaciones homosexuales. El entusiasmo de Felicidad deja patidifuso a Quine, que a poco vierte la taza sobre la mesa. Está muy contenta porque por fin Leopoldo ha encontrado su sentido en la vida y ella piensa que la homosexualidad le va a equilibrar.

El 9 de febrero, después de una visita a la cárcel y ya en Madrid, Feli vuelve a escribir a Zamora:

Querido hijo Leopoldo:

No sabes qué triste me volví esta vez buscando en lo que me habías dicho de que no te encontrabas muy bien. Llamé al día siguiente al doctor Cabo y le pregunté si podía ser la causa la medicación, me dijo que no y que al contrario debías de tomar ya dos pastillas de Tegretol en vez de una, pero no juntas sino una por la mañana y otra a la hora de comer y por la noche el Meleril.*

Tengo muchos deseos de recibir carta tuya y que me digas cómo estás. Mañana te mandaré un paquete con la ropa que me llevé ya limpia y un cartón de tabaco pero procura no fumar tanto. ¿Te siguen las náuseas?

Quine se marchó esta mañana a Alicante, ha estado durmiendo en casa varios días. Pedro [Gimferrer] me llamó el otro día para preguntarme por ti. Me dijo que me dedicaría en el libro el poema que me gustó tanto en el recital. Ana María también me llama con frecuencia y trata de consolarme en mis desventuras.

Te mandaron de *Mundo Hispánico* quinientas pesetas por lo de los humoristas, pero Michi se quedó trescientas porque dijo que bastantes sudores le había costado hacerlo.

No me acuerdo si me pediste algún libro, dímelo para mandártelo enseguida.

Las hermanas de Claudio tan cariñosas como siempre, pasamos un frío esperando el tren que me hizo comprender mejor el que tendrás ahí.

Pepe Vidal se ha ofrecido a llevarme con el coche la próxima vez. Está muy agradecido pues ha tenido que encargarse de un niño que han adoptado unos amigos suyos millonarios estadounidenses. Y yo le he servido de niñera para llevarlo de la inclusa a la embajada y a otros cuantos sitios. Es un niño conmovedor con una cara tan triste y profunda que daban ganas de quedarse con él. El pobre pasa de las escaleras del hospicio, en donde fue encontrado hace seis meses, a una maravillosa mansión en Filadelfia con piscina climatizada, criadas negras y coches resplandecientes. ¡Quién fuera él!

Por fin leí a Kafka. Me gustó mucho *La condena*. También he descubierto a Marcuse y aunque a veces no lo entiendo muy bien, me gusta.

Tía Elo* ha estado estos días aquí y por cierto que como vio a Vicente Molina en casa, decía que por meterse él, te había quitado a ti el puesto. No sabes qué manía le tomó.

Michi se puso contentísimo con los elogios de su cuento. Dice que te escribirá.

Juan Luis ha vuelto a salir con Clarita [Abril de Vivero] [...].

Roni ha crecido mucho, ahora se parece muchísimo a Baby, pero sigue tan nervioso y destructor.

Rafael [García-Ormaechea] está estos días fuera, mañana vuelve a ver si pronto se sabe algo de lo tuyo. Me va a parecer mentira el día que te tenga de nuevo aquí. Dime si te apetece alguna cosa de comida para decírselo a las chicas de Rodríguez [hermanas de Claudio]. Y dime sobre todo cómo estás. Un abrazo muy fuerte de tu madre

FELICIDAD Le mandé la carta a Ana María.

Han pasado nueve días desde la última misiva que le remitió su madre y el 16 de febrero vuelve a escribirle. Leopoldo lleva veintiún días sin dar señales de vida:

Mi querido hijo:

Hace muchos días que no sé de ti, he llamado varias veces a preguntarles a las hermanas de Claudio para saber cómo seguías. Pues me temía que estuvieras enfermo.

Yo esperaba poderte dar la alegría de que te concedieran la libertad inmediata pero contra lo que esperábamos esta se retrasó un poco más, de todas maneras no es posible que pase de los cuatro meses descontando los dos que ya lleváis ahí. Rafael [García-Ormaechea] de todas maneras ha apelado y tiene esperanzas de que esto salga bien. Lo considera un atropello pues ni siquiera pidieron los informes a Barcelona como él exigía, pero la verdad es que desde que te detuvieron Rafael siempre me decía que seguramente te saldrían los cuatro meses. Hoy me ha llamado Diego Galán con quien sostengo una asidua correspondencia telefónica y me ha dicho que es posible que ellos fueran a Zamora el miércoles y que podía ir con ellos. También Pepe [Vidal] quiere ir así que esta semana seguro me tienes ahí.

Me dijeron lo de los discos, te los llevaré ya en marzo. Dime si necesitas otro jersey y alguna cosa más. Y no dejes de decirme cómo estás, si te pasó ya lo de los mareos. No tienes término medio, o escribes muchas cartas o ninguna.

Ya me imagino el frío que habrás pasado estos días, nunca sabrás cuánto he sufrido esta temporada contigo pensando en la injusticia que es todo esto y lo

difícil de remediarla.

[…] ¿Sabéis algo de si os trasladan? Dímelo enseguida que sepas algo, aunque también se lo tengo encargado a las chicas de Rodríguez que me llamen por teléfono inmediatamente. Ayer hablé con Vidal Teixidor para preguntarle si podía tener causa en lo de la tensión la medicina que tomas, aunque ya De Cabo me había dicho que no, no me había quedado satisfecha. Me dijo lo mismo que él, que tomaras ya dos píldoras pero separadas, no juntas y me aseguró que no podía hacerte daño sino todo lo contrario. Hace un par de días me llamaron de la Dirección de Seguridad para pedirme unos datos sobre ti, dicen que al mismo tiempo que llevan el asunto en las Salesas ellos hacen otra información que añaden al proceso. Es un comisario* muy simpático, gran admirador de tu padre. En vista de ello le pedí que me acompañara a ver si se encontraba tu cartera con el carnet y las fotografías, pero allí no estaban. Pregunta ahí por si la hubieran mandado, aunque no lo creo.

No dejes de decirme si necesitas algo más que pueda llevarte y esperando verte pronto te abraza con mucho cariño tu madre

FELICIDAD

Diego Galán era amigo de Eduardo Haro Ibars. Diego nació y vivió en Tánger hasta 1964, donde tuvo ocasión de conocerle, porque su padre, el periodista Eduardo Haro Tecglen, era director de *España*, último periódico de habla española en el norte de África. Diego fue una vez a ver a Eduardo a Zamora; iba cargado de paquetes de ropa y libros que le dio la abuela paterna, con quien vivía Eduardo, para que le fueran entregados. Pero no le dejaron comunicarse con él, alegando que no era familia del recluso.

Felicidad continúa sin tener noticias de Leopoldo:

Mi querido hijo: Aunque espero mañana salir para ahí y verte pasado, te mando esta carta de Ana María por si por alguna causa imprevista me retrasara, aunque no lo creo.

No sé, aunque me figuro que no te encuentras bien de ánimo, me extraña que no me escribas desde hace tantos días.

En cuanto llegue, que será ya el jueves, iré a verte.

El viaje de Galán no se puede hacer pues el conductor se puso enfermo.

Un abrazo muy fuerte y el cariño de tu madre

FELICIDAD[10]

En una ocasión Feli no pudo ver a su hijo porque estaba cumpliendo condena en una celda de aislamiento. Según cuenta ella en su libro de memorias, Leopoldo «se ha peleado por un bolígrafo que le ha robado un compañero mientras él escribía». Pero la versión de Jesús Ruiz Real difiere de modo notable: Leopoldo María se metió con un joven recluso, con quien la noche anterior había tenido relaciones sexuales, y le propinó una paliza. El joven se quejó al funcionario y por eso Leopoldo fue aislado en una celda durante casi veinte días. El resto de los vagos y maleantes dormía en una nave llena de camastros como si

fuera un colegio de internos. En consecuencia, la mayoría de la población reclusa le hizo el vacío. Pese al aislamiento salía de paseo al patio durante un par de horas mañana y tarde.

Una vez, Jesús y Joel, con unos cuantos vasos de tinto peleón zamorano encima, que habían hurtado del economato, convencieron al maestro para que subiera el volumen de su tocadiscos, donde sonaba *El lago de los cisnes.* A los dos presos, que estaban por el patio en la hora de paseo, se les estiró el cuello y les crecieron las plumas y comenzaron a representar por medio de danza el ballet y la *suite* que sonaba en el microsurco. Con las extremidades rectilíneas y de puntillas sobre el cemento, aquellos dos indómitos posesos desafiaron el frío y la disciplina interna del recinto con unos muy peculiares pasos de ballet; bailaban como dos trompos sin trayectoria por el impluvio. Hasta que los decibelios alertaron a la dirección. Pero no tomaron ninguna represalia contra ellos.

El electricista del penal, conocido como El Chispa, y que a la vez desempeñaba funciones de monaguillo, en una prueba de los altavoces del coro, le puso a Leopoldo unos conciertos de órgano de Haendel que le habían llevado de Madrid para escucharlos en el tocadiscos del maestro. Aquella audición tan peculiar es lo más bello que le sucedió durante el castigo.*

De nuevo la turbulencia. La idea del suicidio le ronda otra vez. En la celda le quitó el forro a un abrigo de solapas napoleónicas con el que acostumbraba a pasear por el patio –ampuloso y con la mano en el pecho como si estuviera en Santa Elena–, e hizo una especie de cuerda para atarla a la ventana y así intentar ahorcarse. Pero lo único que logró fue un topetazo extraordinario, al romperse el forro del abrigo.

El director del penal se quejó al amigo comerciante de Claudio Rodríguez. El muchacho recomendado era incorregible y en su opinión se merecía todavía más castigos. Cometía todo tipo de tropelías: sexo, drogas, etcétera.

En prisión el grupo era conocido como la Banda del Trapito. Joel Martin, el norteamericano digno, que era muy habilidoso para el dibujo, estaba destinado en la carpintería con el cometido de decorar los muebles lacados que allí se manufacturaban. Utilizaba el disolvente para colocarse y sobrellevar de ese modo el frío y las penurias que imponía el establecimiento. Aquel personaje les introdujo en una nueva afición. Jesús, Eduardo y Leopoldo se paseaban por el patio con un pañuelo sujeto en la nariz como si padecieran algún tipo de alergia o estuvieran constipados. Sin embargo, no tenían los poros de la piel cerrados ni nada les impedía la transpiración. Aspiraban, y muy bien, el trapito; y así conocieron la cultura del disolvente.

Al fin respiró Leopoldo. Tras veinticuatro días de silencio, el 19 de febrero se pone en contacto con su madre:

Querida ma: He pasado de un estado agónico, debido un poco a la condena y otro poco a la ruptura, esta vez irrevocable, con ese ser pobremente diabólico, y un mucho a mi muy peculiar estructura psíquica que aún hoy solo conozco en parte, de un estado agónico que acompañó y aumentó, la lectura de *Werther*, a un estado de serena melancolía para el cual he decidido que lo más apropiado era tu querido *Jardín de los Finzi-Contini*, que me ha prestado Jesús [Ruiz Real]. Para qué deshacerme en elogios sobre este libro que tú conoces de sobra y sabes, como yo lo sé ahora, el crimen que he cometido descuidando hasta el momento su lectura. No sé si gracias a este maravilloso libro o gracias a mí, creo que ahora puedo considerarme autosuficiente. Nada me importa, no necesito a los demás. Ni siquiera a Jesús. Y es que me aburren tanto las almas complicadas como las almas sencillas, solo quiero estar solo y leer. Bueno, a decir verdad, las almas sencillas no solo me aburren sino que las aborrezco cada vez con mayor fuerza, pues es la estúpida ignorancia quien más a menudo atenta contra mi soledad. Ahora más que nunca estoy convencido de que el mayor delito es la estupidez, el único cuyo castigo debiera ser la pena de muerte.

Me alegro que por fin hayas leído a Kafka: es el espíritu más cercano al mío que he encontrado y que a buen seguro encontraré, como quizás te habré dicho muchas veces, y lo que él escribió es justamente lo que yo desearía haber escrito. Sorprendido por lo de Marcuse.

Como sabrás, fallaron tus previsiones respecto al tiempo que me iba a quedar aquí, de modo que necesito dinero y una carta de De Cabo explicándole al médico de aquí lo de la nueva dosis de Tegretol. Parece ser que se muestra reacio a concederme tal privilegio, no sé por qué. También me gustaría que me mandases *El Rojo y el Negro* y *La Cartuja de Parma* y *Moralidades.* Cuando termine con Stendhal a lo mejor me atrevo con *La guerra y la paz,* porque he decidido aprovechar el tiempo que permanezca aquí para rellenar todas mis lagunas, que como sabes, son muchas.

Y nada más.

Un fuerte abrazo para ti y para Michi y recuerdos para Ronny y Juan Luis y la criada que no me acuerdo ya de quién era ella.

LEOPOLDO

Cuenta Eduardo Haro Tecglen que en una visita que hizo a su hijo le preguntó al psicólogo del penal si los reclusos leían periódicos. La respuesta fue no por aclaratoria menos desconcertante: «Sí, el *Ya*, pero recortamos la parte pornográfica».[11] Jesús Ruiz Real, que recuerda aquellos meses como la vez que más ha trabajado en su vida, certifica que la prensa que leían era recortada, aunque a él apenas le quedaban ganas de leer.

Continúa la intensa relación epistolar madre-hijo:

Madrid, 21 febrero

Querido hijo: Acabo de recibir tu carta, la que me enviaste cuando te fui a ver y no sabes la alegría que me da ver lo mismo en ella que en nuestra conversación, que pasada tu crisis te encuentras más seguro de ti mismo. No quisiera más que que siguieras así y que tantos golpes y sufrimientos como has pasado te hubieran servido por lo menos para algo positivo, como es el encontrarte más tranquilo e irte acomodando a tu propia soledad que

desgraciadamente es la que nos acompaña siempre.

Me dio una alegría grandísima encontrar los libros que me pedías y le encargué mucho a Marisa y Mari Carmen Rodríguez, mis dos ángeles zamoranos, que te los llevaran enseguida.

El pantalón por la falta de tiempo no encontré nada mejor pero enseguida te mandaré el que me traje, lavado y como si fuera nuevo y lo podrás utilizar en substitución del marrón que por lo que vi está ya impresentable.

A fines de la semana que viene iré a verte de nuevo. Piensa si quieres que te lleve algún otro libro *La guerra y la paz* u otro, pero dímelo con tiempo.

Con De Cabo hablé ayer y quedó en escribirte incluyéndote una carta para el médico para que te aumenten la dosis de la medicina que tomas. En el paquete que te envíe con la ropa te mandaré el Meleril también, que me dijiste que se te había terminado y la maleta para que la guarden allí.

Hoy recibió Molina carta de Forn de Vidre en que le pedían una pequeña biografía tuya. Parece ser que el retraso en salir el número ha sido por dificultades económicas pero esperan que se resuelva todo pronto.

Ana María me llamó ayer para decirme que venía a Madrid en marzo, le conté las vicisitudes de su carta, ¿la recibiste por fin? Te mandaré *El camino de Swann* pero no el de Quine sino el de Juan Luis, a este no lo he podido localizar, pero no lo pierdas, ya quedan muy pocos ejemplares y Juan Luis decía que al final nos quedaríamos sin ninguno.

Vicente Aleixandre me pregunta mucho por ti, mañana a las siete y media me ha concedido audiencia, ya te contaré nuestra conversación. Carlos [Bousoño] también me llama a menudo para preguntarme y Paco [Brines] y Pedro Gim, que pone su mayor ternura en la voz para aliviar mis penas.

Roni cada día más salvaje y más parecido a Baby, no lo conocerás cuando lo veas. Cuándo tendré la alegría de tenerte de nuevo conmigo.

Recuerdos de Michi, Juan Luis y «Topolón», nuestra querida doméstica que no sé cómo la has olvidado y el cariño de tu madre

FELICIDAD

Después de una visita a la cárcel, Felicidad Blanc se confiesa ante su diario el 2 de marzo de 1969:

¡Qué tristeza tan densa!, mucho mayor que ayer en Zamora al ver a mi hijo o de otra manera solo comparable a la que de niña sentía en las escasas veces que me acostaba sin haber pedido perdón […]. Pero ahora, ¿a quién pedir perdón?, ¿a quién solicitar ayuda? Necesito no a Dios, Dios está tan lejos, sino a alguien que me haga una caricia, solo una pequeña caricia que me es imprescindible para seguir, para terminar lo poco que me falta.

Leopoldo recibe la visita de sus dos hermanos, que acompañan a la madre. El viernes 7 de marzo, hospedada en el parador zamorano, Felicidad anota en su cuaderno la extraña tarde pasada en el locutorio, frente a quien tanto dolor le causa, sin mimosas. Hoy es su onomástica y resulta inevitable el recuerdo de la infancia, la celebración, el del santo de su madre, el olor a mimosas en toda la casa…

Siete días después, ya en Madrid, la sufrida madre vuelve a escribir de nuevo a la prisión:

Mi querido hijo: Te mando el paquete con la ropa limpia, los pantalones y un jersey nuevo además del otro lavado y cosido, espero que el nuevo te guste. Pensaba llevártelo todo el viernes pero no podré ir hasta el lunes, pues sabrás que a nuestra vuelta de Zamora, el coche de Angelita con Juan Luis y Michi dentro tuvo un accidente en el que afortunadamente no les pasó nada de importancia pero Michi ha tenido que hacer reposo toda la semana, fue una suerte enorme que no les ocurriera nada más pues el coche quedó hecho polvo, no fue culpa de ella sino de un coche que al fallarle los frenos con la lluvia se echó sobre ellos por detrás y detrás de él seis o siete más. Con una lluvia torrencial tuvieron que estar en la carretera y después ir a la comisaría a declarar.* Juan Luis, experto en accidentes, cojea y Michi se le reventó una costilla y tiene todo el cuerpo dolorido.

Nosotros en cambio llevados por el experto [Pepe] Vidal llegamos sin novedad.

No me acordé de preguntarte si las botas te estaban bien y si te habían gustado. También te mando el skijama que querías.

No sabes con cuánta pena me vuelvo todas las semanas y lo que deseo que esto termine. Tus hermanos te encontraron muy bien de aspecto y más animado de lo que esperaban.

Ayer vino Pascualín* y le presenté a Vicente Molina y a Paco [Brines] y a Carlos [Bousoño], a todos les gustó mucho. Yo creo que ahora con tus nuevas aficiones te entenderías mejor con él que en Barcelona.

Hoy ha llamado Guillermo Carnero preguntando por ti, ayer Ana María y Pedro Gimferrer que aparte de su natural interés por ti, abruma a Juan Luis pidiéndole libros para una antología de poetas sudamericanos que le han encargado.

Ya te dirá Don Enrique que hablé mucho con él de ti. Es una persona muy buena y muy inteligente que te aprecia mucho. Pórtate siempre bien con él.

Como te da tiempo a escribirme, hasta el lunes que me marche, dime si quieres algo más y no dejes de decirme cómo te encuentras de ánimo.

Un abrazo muy fuerte de todos y el cariño de tu madre

FELICIDAD

Hasta el martes por la mañana que iré a verte.[12]

La respuesta de Leopoldo María se produce seguidamente:

Querida ma: Efectivamente, con Pascual cometí una lamentable equivocación, claro que espero que aún tenga ocasión de repararla. Tienes razón, ahora creo que me entenderé mejor con él. En cuanto a Guillermo Carnero y Pedro Gimferrer, el que se preocupen por mí, ahora, que es tan fácil, me importa muy poco. Por lo demás las dos imágenes son ahora muy borrosas, la segunda por efecto de la distancia, y la primera debido a su naturaleza, a la que no se puede aplicar otro calificativo que el de borrosa. Su existencia que no llega a desdichada, es solamente lúgubre, como la de todos estos seres, igualmente borrosos, que me rodean, a los que en realidad se parece mucho, aunque él está del lado de los buenos. En cuanto a mi existencia, no siempre es desdichada, aunque últimamente el péndulo está próximo a detenerse nuevamente del lado del negro. Por lo demás, la vida sigue igual. A veces escucho al Padre Soler, a veces leo *La Cartuja.* Me gustaría leer *El Memorial de Santa Elena*, y que me

mandaseis *Moralidades*, de Jaime Gil. También necesito pañuelos, y más chocolate. La cantidad que de esto último me mandas es sumamente ridícula. Y por supuesto tabaco; no te olvides de los cigarrillos ingleses, sean de la marca que sean. Finalmente, se me ha acabado el dinero de peculio. Nada más. Te agradeceré que el martes, si vienes en coche, te traigas a Ronny.

Siento lo del accidente.

Un abrazo de

LEOPOLDO

Después de cuatro meses y siete días, Leopoldo María Panero y Eduardo Haro Ibars abandonan la Prisión Provincial de Zamora. El 9 de abril de 1969, lleno de alegría, Leopoldo llamó a su madre para comunicarle que estaba en libertad. Eduardo se marchó a vivir a Tánger con su familia. Los que entraron como amigos, salieron de la cárcel casi enemigos. El tercer encausado, Jesús Ruiz Real, permaneció un mes más en aquel establecimiento próximo a la ribera del Duero. Cuando salió Jesús, el norteamericano Joel, sobre el que pesaba una larga condena, le dio sus pertenencias. Nunca más supieron de él. Al parecer, apareció cadáver en el patio de la prisión.

En 1969 Leopoldo María tiene que cumplir el Servicio Militar. Él se resiste. Llegó incluso a pensar en argumentar su condición homosexual como eximente. Según Vicente Molina, pretendía presentarse como homosexual recalcitrante y desmedido para lograr la baja automática. Pero no hubo lugar al teatro. En presencia de su madre le fue realizado un electroencefalograma y en el gráfico obtenido descubrieron que tenía una lesión epiléptica. Cuenta Leopoldo que fue el resultado del tratamiento de insulina a que estuvo sometido en la Clínica VillaBlanca, del doctor Lartigau, en Tarragona.

Leopoldo huye de nuevo a Barcelona con la cabal intención de asentarse allí. Su madre, en el rectorado de la Universidad Complutense de Madrid, trata de salvar la matrícula del curso 1968-1969, año absolutamente perdido, a un mes de los exámenes. Su hijo no tarda en volver a Madrid. El 14 de junio Leopoldo renueva el pasaporte ya caducado, pero tan solo se lo conceden por unos meses, hasta el 31 de diciembre de 1969.

El día 19 de junio, un avión desplaza a Panero desde Barajas hasta Tánger. Va a visitar a quien tanto sufrimiento le causó en la cárcel, a su amigo Eduardo Haro Ibars. Tánger es todavía una ciudad fascinante, abierta. Eduardo, que vive allí con su familia y con la primera mujer a la que amó, Elsa Villarroel, recuerda haber recibido a un Leopoldo bastante deteriorado psíquicamente. Tomaron unos ácidos de los de entonces, los *California Sunshine*, de color naranja, que les ofreció el visitante. La sustancia, de una inimaginable intensidad, los condujo a un viaje psicodélico que rompió el precario equilibrio de Leopoldo, quien padeció un episodio de delirio agudo. Según Eduardo,

Elsa se volvió completamente loca, sufrió un brote esquizofrénico, por lo que hubo que devolverla a Madrid, al no poder hacerse cargo de ella la familia Haro.

El 28 de junio, nueve días después, Leopoldo abandona Tánger y regresa a Madrid. Continúa con el LSD, el potente psicofármaco; devora todos los que caen en sus manos. Se ha convertido en un fanático, un *tripper*, militante. Con Mari Cruz, la primera mujer con la que tuvo relaciones sexuales plenas y que conoció en Madrid, tomaba dos ácidos *Chin Chin* al día. Hasta que ella acabó enamorándose del camello y se cortó el suministro. Leopoldo sustituyó la droga visionaria por calmantes y barbitúricos para dormir. Y cuando despertaba volvía a ingerirlos para dormir de nuevo, hasta que sus labios comenzaron a adquirir un tono ligeramente violáceo y su madre decidió ingresarlo el 30 de junio en la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco, de la calle del Doctor Esquerdo, número 46. El diagnóstico, firmado por el doctor Enrique González Duro, es de «toxicomanía pertinaz», de varios años de evolución y rebelde a todos los tratamientos administrados hasta el momento. «Ingresó con una intoxicación, con una especie de borrachera de pastillas y se pasó veinticuatro horas. Y al día siguiente cuando yo lo vi estaba en su habitación plácidamente leyendo a Proust», rememora González Duro. Predispuesto a darle el alta, el psiquiatra decide antes hablar con Felicidad, que vivía a escasos metros del hospital, para informarse sobre el paciente. A los tres días del ingreso, Leopoldo María intenta fugarse a través de la ventana, que tanto en su parte inferior como en la superior tenía unas estrechas aberturas, para evitar la sensación de enrejado. Su delgadez era extrema e increíblemente se las ingenió para descolgarse por la ventana utilizando dos sábanas como escala. Se rompieron las sábanas a mitad de camino y se precipitó desde una altura de un primer piso. En camilla, consciente, fue trasladado a traumatología «con epistaxis traumática y dolor en la cadera izquierda. Fractura de huesos propios de la nariz y equinosis en región malar izquierda. Rayos equis de caderas y cráneo. Tracción transcutánea, férula de Braum 5 kg».

Pasó cinco días de hospitalización en traumatología. La fractura de pelvis fue tratada con tracción continua y la fractura de huesos propios de la nariz, reducida bajo anestesia general e inmovilizada con mascarilla de yeso. Desde este accidente le quedó la nariz torcida. Una vez retirada la tracción, se permitió su traslado al Instituto Psiquiátrico Pedro Mata, de Reus. Se le recomendó estar cuatro semanas en cama sin apoyarse, haciendo rehabilitación de sus miembros inferiores y comenzando a levantarse con ayuda de dos bastones ingleses. Leopoldo María Panero fue dado de alta en la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco el 4 de agosto de 1969 e inmediatamente llevado a Reus, donde ingresó el día 5 y permaneció hasta el 1 de

octubre. En dicho establecimiento, según el paciente, tuvo relaciones homosexuales con algunos enfermos mentales. A cambio de tabaco recibía el placer de la felación.[13]

Nuevo regreso a la Ciudad Condal. El 1 de octubre ingresa en el Instituto Frenopático, donde permanece hasta el día 16. No obstante, Leopoldo entra y sale del hospital. En estos días conoce a Antonio Maenza Blasco (Teruel, 1948) en la calle de Padilla, número 347, donde vivía ocasionalmente en la casa de su amigo Arturo Pousa, que hacía cine con la llamada Escuela de Barcelona* y posteriormente militó en la Organización Comunista de España (Bandera Roja). Maenza, muy marcado por *Tel Quel* y el estructuralismo, era un joven de azarosa existencia que hacía cine independiente –*El lobby contra el cordero* (1967), *Orfeofilmado en el campo de batalla* (1968-1969), *Hortensia/ Béance* (1969)–. Además, trabajaba de asesor editorial para Seix Barral. Los dos personajes sintonizaron a la perfección y quedaron prendados intelectualmente el uno del otro, aunque también tuvieron sus amoríos. Antonio es muy aficionado a la cábala, algo por lo que Leopoldo siente especial debilidad. Son dos almas gemelas.

En una de aquellas tardes, Maenza recogió a Panero del frenopático y se desplazaron hasta el número 80 del paseo de Gracia, a la librería Leteradura, regentada por Lali Gubern y Elvira Cobos. En el local se encontraba Pedro Ancochea, compañero sentimental de Elvira; entre Pedro, Antonio y Leopoldo debatían sobre el final de la literatura. Según los contertulios, la novela acabó en Joyce y la poesía en Ponge. Ante tal acontecimiento, lo único que restaba por hacer era interpretar el Apocalipsis. Ellos «descifraban» que las revelaciones de san Juan sobre el fin del mundo, bien aplicadas, eran el equivalente a hacer la revolución, pero con armas nuevas, como la magia, el kárate o similar. Y los tres se creían figuras del Apocalipsis.

El patriarca de la joven crítica poética española, José María Castellet, que prepara una antología de la nueva poesía desde hace unos meses, cita en su domicilio barcelonés a algunos de los seleccionados. Leopoldo María, entre los elegidos, no asiste. Pedro Gimferrer, también incluido, colabora estrechamente en la elaboración con Castellet. Ignacio Prat entra en una tenue crisis con Pedro a causa de las reticencias del aragonés respecto de la selección de los poetas.

El 19 de noviembre de 1969, después de muchas idas y venidas de su madre al rectorado madrileño para tramitar el traslado de expediente, Leopoldo María se matricula al fin como alumno oficial en la Universidad Central de Barcelona, en Filología Francesa.

> Mi abuelo fue rector de la Universidad y mi padre empezó sus prácticas de médico con los heridos del Liceo, de la bomba famosa del Liceo [...]. Por una especie de homenaje familiar quería que Leopoldo terminara su carrera en la Universidad de sus abuelos y lo matriculé tres cursos seguidos. Entonces venía y

> le buscaba apartamento. Al cabo de un mes se me presentaba en Madrid. No hubo manera.[14]

Felicidad le montó un apartamento en la zona alta de la ciudad, próximo a la calle de Balmes.

Leopoldo asiste a clase y vuelve a ser aquel muchacho épico de las asambleas madrileñas, una persona despierta y con gran capacidad de síntesis. En la facultad se hace acompañar de Julia Grau, una estudiante del curso de comunes, con quien sale con mucha frecuencia: una historia de amor blanco.

Al filo del año, Pedro Gimferrer se convierte en Pere Gimferrer. Se separa de la lengua castellana e inicia su escritura en catalán: «Hacia el año 69 noté que continuar suponía instalarme en la perpetuación de un artificio. Siempre procuro cambiar un registro cuando he llegado al final de él. Y lo que podía explorar en catalán se confundía con mi propia personalidad individual».[15]

Felicidad viaja dichosa a Barcelona para ver a su hijo. Pasa unos días en un piso que le cede una prima suya y visita a Leopoldo María, quien, influido por Maenza, ha escrito un guión cinematográfico basado en *Peter Pan*, de James Matthew Barrie. Destinado al rodaje de un cortometraje en blanco y negro, tiene una duración aproximada de quince minutos. Leopoldo se lo da a leer a su madre junto a nuevos poemas.

José María Castellet cita en la barcelonesa calle de Roger de Flor, número 125, su casa, al grupo novísimo. Según el crítico catalán, Leopoldo se limitó a escuchar muy formalito, como el resto. La antología está a punto de ver la luz. En abril de 1970 se acabó de imprimir *Nueve novísimos poetas españoles*, de Barral Editores. En mayo, la antología de Castellet está en las librerías.

Leopoldo María Panero, con gran desilusión por parte de su madre, regresa por enésima vez a Madrid.

# 7. EL MÁS JOVEN NOVÍSIMO (1970-1972)

Me defiendo como puedo con la literatura.

De nuevo en su ciudad, el joven toma contacto con sus viejos amigos. En una reunión desenfadada que tuvo lugar en casa de Vicente Molina, en la calle de Lope de Rueda, se produjo un conflicto entre él y otro poeta del grupo novísimo también seleccionado por José María Castellet en su antología. Los dos jóvenes compitieron por un portentoso efebo de nombre Fernandito. Leopoldo, ya de por sí disparatado, enloqueció cuando vio que el objeto del deseo era presa amorosa de su rival y colega. Con una visión absolutamente apocalíptica, convirtió el asunto en un *casus belli* y montó toda una campaña contra el poeta que logró llevarse al catre al tal Fernandito. En aquel domicilio se quebró el grupo novísimo, aunque Vicente Molina trató de mostrarse imparcial. El lindo muchacho, que hoy está hecho una ruina humana –sobrado en carnes–, muy probablemente desconozca el importante papel por él desempeñado en la literatura española.

Cuando vio que aquello no fue más allá de una noche y Fernandito tampoco continuó con su amigo, Leopoldo se apaciguó. Pero nadie le quitó su amargura por el fracaso seductor y desde entonces Panero rompió relaciones amistosas con el otro poeta.

La salida de *Nueve novísimos poetas españoles* resulta muy controvertida. La antología se divide en dos secciones, tituladas respectivamente «Los seniors» y «La coqueluche». Los *seniors* son, por descontado, los poetas cronológicamente mayores: Manuel Vázquez Montalbán (1939), Antonio Martínez Sarrión (1939) y José María Álvarez (1942). Los poetas de la *coqueluche* –«denominación cariñosa dada por alguno de sus mayores a la irrupción de un grupo de jóvenes tan irritantes como una enfermedad infantil y tan provocativos e insolentes, en poesía, como puede serlo un adolescente con ganas de divertirse a costa de un grupo de venerables ancianas, además encabezados por la precocidad insultante de Pedro Gimferrer»–[1] son Félix de Azúa (1944), Pedro Gimferrer (1945), Vicente Molina Foix (1946), Guillermo Carnero (1947), Ana María Moix (1947) y Leopoldo María Panero (1948).

Leopoldo abre con una poética basada en una cita de Thomas de Quincey y un parlamento de Garfio versión Panero.[2] Le siguen dos poemas –«Unas palabras para Peter Pan» y «Deseo de ser piel roja»– ya

conocidos en *Por el camino de Swann*; el tercer poema, según Leopoldo, no lo pudo reproducir Castellet con su verdadero título –«Canto a los anarquistas caídos sobre la primavera de 1939»– a causa de la censura y apareció como «No sentiste crisálida aun el peso del aire». Lo siguieron «Imperfecto», «El poema del Che», «El hombre amarillo fue acribillado a balazos, desde…», «Veinte mil leguas de viaje submarino», «Primer amor», «Para evitar a los ladrones de bolsos» y «París sin el estereoscopio».

El libro alcanzó una notoriedad inesperada y despertó todo tipo de sospechas, desprecios y admiraciones. Más de un crítico aportó públicamente sus novísimos a la lista ya confeccionada por Castellet. Otros tacharon el libro de complot catalán, sectario, dogmático, esnob, neocapitalista, frívolo. Tampoco faltó quien despreció al grupo por su admiración a Pound, «conocido poeta fascistizante»[3] o por la influencia de «algunos escritores poco conocidos, como Scott Fitzgerald o Henry James, amén del cine, la televisión, la publicidad y los tebeos».[4] Según Leopoldo María, el más joven de los antologados, «Pedro Gimferrer creó nuestra ideología, y fue el verdadero autor de los novísimos y, por qué no decirlo, de mí».[5]

En Madrid, su amigo Jesús Ruiz Real le presentó a un muchacho ocioso, José Sainz, con quien marchó a Marruecos tres semanas y –en boca de Leopoldo– con el que tuvo un breve romance. Un avión los llevó a Tánger, la única gran capital marroquí fronteriza con la España intolerante. Allí, donde se prodigan las conductas extravagantes, envueltos por el aroma de ámbar que flotaba en el aire, pasaron unos días. Transitaron por la pequeña y asimétrica plazoleta del Zoco Chico y sus rincones mágicos, y sin rumbo fijo, entre medinas y mercadillos, los dos trotamundos dejaron sus indelebles huellas entre la población bereber. Hasta que marcharon a Tetuán, antiguo nido de piratas, donde tomaron un autobús con intención de llegar a Essaouira, pero el billete adquirido no les daba derecho a viajar hasta la antigua plaza fuerte y puerto de corsarios, por lo que tuvieron que abandonar el ómnibus y quedar en el camino. Sin un dírham en los bolsillos y menos aún en el estómago, pasaron un día entero haciendo autostop. Una magrebí compasiva les indicó la localización de unas chumberas y se alimentaron de sus frutos. Por fin, un coche los llevó hasta Essaouira, provincia de Marrakech, y se hospedaron, bajo promesa de pagar, en el hotel Hippy, hasta que sus familias les enviaron dinero.

Leopoldo escribía de cuando en cuando, porque, sobre todo, lo que tenía era un afán por descubrir, por vivir exhaustivamente la vida, cada momento. Sainz recuerda aquellos días y ve a un chico con un carácter agriamente divertido, muy interesante pero de muy difícil convivencia; difícil para establecer cualquier tipo de relación con él, impredecible, excesivo. Pero con una sensibilidad extraordinaria.

En marzo de 1970, aunque se distribuyó meses más tarde, se acaba de imprimir en la nueva colección Ocnos, de Llibres de Sinera,* *Así se fundó Carnaby Street*, de Leopoldo María Panero. La colección tiene un consejo de redacción dirigido por Joaquín Marco y compuesto por Pedro Gimferrer, José Agustín Goytisolo, Luis Izquierdo y Manuel Vázquez Montalbán. La leyenda de la contraportada es la siguiente:

> Con *Así se fundó Carnaby Street* nace a la poesía española Leopoldo María Panero. Hasta la publicación de este libro, la figura del joven poeta, nacido en 1948, era una promesa insinuada en algunas revistas, en las que aparecieron unos poemas y en una breve recopilación de tirada muy reducida, titulada *Por el camino de Swann*. Sin embargo, la presencia de Leopoldo María Panero, hijo de Leopoldo Panero, resultaba inquietante en la joven poesía, como su propia figura. Su poesía nos ofrece las sugerencias de la experimentación formal, mientras en conjunto nos lleva a la memoria aquel verso desolador de Leopoldo Panero: «Estamos siempre solos». El poeta se encuentra sumergido en la vorágine del mundo ciudadano, no escapa a los reclamos del tiempo, sino que se integra decididamente a ellos. Su poesía parece surgida de una concepción ultrarrealista, fecundada por actitudes que no descartan ningún tipo de nueva sensibilidad. Para amparar una concepción poética de esta índole, Leopoldo María Panero se sirve de unas formas de expresión inéditas en la poesía española, cercanas, cuando más, a la poesía de Juan Larrea y a los ultraístas. Las imágenes aparecidas desconcertadoramente, la ironía y el humor tienen un punto trágico. Este joven, aunque maduro poeta, se instala con *Así se fundó Carnaby Street* en la vanguardia de la poesía española, hasta hoy escasa.

El libro salió finalmente dedicado a los Rolling Stones –Leopoldo María Panero era un verdadero admirador del grupo británico– y no al Gato, como le indicó Leopoldo a su madre en la carta del 24 de enero de 1969 desde la prisión de Zamora. Lo que sí cambió fue la cita de Dickinson del texto original por otra de Trakl, como también le señalaba a Felicidad en aquella misiva. Además, acompañaba a esa cita un fragmento de «La yenka», el baile de moda.

El volumen no fue mal acogido por la crítica: limpieza de la obra, sincera actitud de la poesía, autenticidad del autor, texto generacional, vanguardista, refleja soledad, humor surrealista y macabro a veces; el poeta participa en su verso aportando su propia experiencia vital, nos encontramos ante alguien con verdaderas aptitudes poéticas. Para el escritor, «*Carnaby* era búsqueda de la infancia, del Absoluto, y rechazo del mundo presente a través de la nostalgia del mundo infantil».[6]

Juan Luis Panero, casado con Marina Domecq y residente en México, recibe un ejemplar del libro de su hermano enviado por Felicidad Blanc. Pero las críticas de *Así se fundó…* se entrelazan con las de *Nueve novísimos…*, que todavía colean con vigor. Sobre todo por parte de las ausencias inexcusables. Las iras de los excluidos fueron suficientes para dotar al libro de proporciones erróneamente desmesuradas.

«Aunque el prólogo de la antología lo pretendiera, no existía una estética común, ni aun cercana entre nosotros […]. Nos eligió a nueve. Los poemas que le enviamos ni siquiera representaban lo más considerable del hacer de cada uno, ya que Castellet nos solicitó "lo más innovador", lo más escandaloso, aunque se tratara, como en muchos casos sucedió, de poemas a medio elaborar o experimentos que, afortunadamente, serían abandonados y pronto olvidados»,[7] escribe muchos años después uno de los elegidos, José María Álvarez, a quien los «temas y obsesiones» de Leopoldo jamás importaron. «Sus versos, ni siquiera en algún relámpago que su desamparo mental pudiera convocar, me han conmovido.»[8]

Para el crítico Rafael Conte, la antología fue un magistral golpe perpetrado por Castellet de la mano de Barral y Gimferrer. Y apostilla: «¿Y Leopoldo María Panero, el terrible, el inclasificable, el molesto y el mayor perturbador de todos? Nunca fue un novísimo, sino un trágico, entrando y saliendo, del reposo al grito, desigual y genial a trozos».[9]

El 10 de junio de 1970, la firma del joven Panero se asoma al suplemento literario del diario *Pueblo*, acompañada de su fotografía. Con motivo de la muerte de Giuseppe Ungaretti –aquel viejo poeta de boina, en pluma de Carlos Barral–, Leopoldo María Panero escribe «Introducción a la poesía o Ungaretti y los vampiros». De contenido cabalístico, en el artículo compara al poeta de Alejandría con el vampiro: el quiróptero sorbe la sangre del hombre por intermedio de la lectura. Influido por el estructuralismo –«Yo tuve de maestro de estructuralismo a un tipo aragonés que se llamaba Antonio Maenza»–,[10] Leopoldo se puso ante la máquina sin haber leído jamás a Ungaretti. «Ahora le he leído y es el peor poeta que he conocido en mi vida. Cosa más cursi imposible.»[11]

Vuelta a la Ciudad Condal. Al llegar los exámenes de junio, Leopoldo, que continúa matriculado como alumno oficial en la Universidad Central de Barcelona, tan solo aprueba la formación política de primero y segundo porque al resto de las asignaturas ni se presenta.

Felicidad, que acostumbra a salir con el grupo de amigos con quienes se ve en el Bourbon Street, le plantea a Claudio Rodríguez, exlector de español en las Universidades de Nottingham y Cambridge, la posibilidad de enviar a su hijo Leopoldo a Inglaterra para estudiar la lengua. A Claudio le parece muy buena idea la planteada por Felicidad. Es más, el poeta zamorano todavía conserva amigos en Cambridge, donde estuvo cuatro años, y se ofrece para hablar con Winifred Grillet, una profesora de instituto en cuya casa estuvieron él y su mujer viviendo los últimos tres años. Winifred era una anciana que hablaba bien español, muy culta, elegante y fina, que vivía en un chalé pequeñito, con calefacción –cosa no muy usual–; en un lugar

céntrico, pero muy apacible, el 24 de Tennyson Road. Era una mezcla entre Agatha Christie y Felicidad Blanc, de glauca mirada, serena, educada.

Con el papeleo resuelto por la influencia del autor de *Conjuros* y el mundo abierto en Cambridge, Leopoldo se marcha en julio de 1970 para seis meses. Pero la vida a orillas del Cam transcurre al compás de los *colleges* y la pureza académica no es precisamente lo más soportable para el joven poeta. Las tediosas jornadas británicas las dedica a la bebida. Leopoldo no hace otra cosa más que beber whisky y llevar, para la mentalidad de una anciana británica, una vida desordenada: llega tarde a casa o se presenta en estado etílico. A veces no aparece a dormir, sin dar explicaciones. Hasta que sucedió de nuevo lo que Claudio temía. Winifred le escribió una carta en que lo abroncaba a causa del comportamiento mostrado por su protegido. La provecta y venerable mujer, después de soportar lo indecible, tuvo que decirle a Leopoldo que se marchara. Claudio, lógicamente enojado, habló con Felicidad, pero esta le restó importancia al episodio. Le recordó su recomendación en el penal de Zamora, y el poeta, herido, replicó: «Sois unos señoritos de Astorga. Y nada más».

Leopoldo María Panero acabó en casa de Mrs. Clarke, en el 54 de De Freville Avenue, un lugar bastante más alejado de la escuela que el domicilio de Miss Grillet. Intuyendo el panorama que le augura el medio año de estancia, escribe a su madre a Astorga, donde veranea junto al menor de sus hijos:

> No te lances a pedir becas todavía, pues todavía no he decidido si me quedaré aquí a estudiar. Y hasta septiembre, que es cuando empiezan los cursos preparatorios de que te *hablé* me queda mucho tiempo para pensarlo. Y me pregunto si antes de que *llegue Septiembre* no sería posible que me tomara unas vacaciones de cuatro o cinco días *in my native country* con objeto de hablar contigo acerca de todo esto, pues por carta resulta bastante complicado. Aquí estaba mucha gente (y eso que la mayoría solo se viene para un mes, máximo dos, conque yo que me voy a estar aquí seis, ya me dirás). Dime qué te parece.
>
> Bueno y nada más. Mándame, si te es posible, el pantalón de terciopelo azul turquesa y la camisa azul que me compré en Marbella. Ropa como esa aquí me hace falta, y en cambio la mayoría de la que me traje resulta por completo inadecuada; si salgo a la calle con traje y corbata es cuando la gente me miraría [...].
>
> En espera de tus noticias
>
> LEOPOLDO
>
> P. S.: Claro que ahora nada cuentas de Ana [María Moix], va a ser muy difícil estando tú en Astorga. Lo dejaremos entonces para más tarde. Y mientras tanto, por carta, trata de explicarme qué otras posibilidades tengo, caso de no hacer aquí la carrera. Es decir, qué facilidades crees tú que me pueda proporcionar el título que en diciembre tendré en mi poder, para encontrar trabajo, qué clase de trabajo y en dónde.[12]

Con la dirección que le facilitó Antonio Maenza, Leopoldo María escapa de Cambridge a Londres y visita inesperadamente a Enrique Murillo, quien trabaja en las emisiones en español de la BBC y a la vez hace de corresponsal para Europa Press. Aunque no se conocían, el amigo común sirvió para una buena sintonía entre ambos; después de un intercambio de proyectos, se vieron en varias ocasiones en la capital británica, que comenzaba a arder con la fiebre del *glam rock* y el *gay power* liderado por el camaleónico David Bowie. El provocador Alice Cooper, la contundencia de Slade y T. Rex con su carismático Marc Bolan al frente comenzaban a causar furor entre la juventud londinense e iniciaban un cisma en la comunidad rockera.

En uno de los encuentros que tuvieron Enrique y Leopoldo decidieron ir al cine, donde, siete u ocho filas más adelante, se toparon con un adolescente Miguel Bosé, acompañado de unos amigos. El hijo de Dominguín residía en Londres y fue uno de los muchos seducidos por el color, el exotismo, el lamé, las lentejuelas: la estética y la ambigüedad *glam*.

Leopoldo María no puede soportar más la vida calvinista de Cambridge y decide abandonar sus estudios de inglés. Quiere vivir únicamente en la poesía, en el lenguaje. «Yo siempre he percibido una separación maniquea entre lo que Mallarmé llama el mundo de la sonrisa y de la palabra. Yo realmente no puedo penetrar en el mundo de la sonrisa. Ese era uno de mis problemas cuando estaba estudiando en Cambridge: mi incapacidad para hablar con los monos.»[13]

Felicidad y Michi, de vacaciones en Astorga, reciben a Leopoldo en el andén de la estación del ferrocarril. Una estación con poco movimiento, donde solo se escucha el severo chiflo de la máquina que entra en agujas, sin el murmullo de la vida. Su hermano menor recuerda la llegada del ufano fan de los Rolling Stones vestido como un *beatle*. Los abrazos de los Panero llenaron de alegría aquel andén tristón.

De regreso en Madrid, en casa de José Ramón Rámila, ya libre de su condena en Carabanchel, Panero conoce a unos amigos de José Sainz, el chico con quien estuvo de viaje en Marruecos. Eran tan modernos en su ropaje que bien podían pasar por Greta Garbo o por la cíngara más estruendosa.

La polvareda levantada por la antología castelletiana no ha cesado todavía. Leopoldo María hace unas declaraciones que recoge el diario madrileño *Informaciones*,[14] donde afirma que, de llegar a una segunda edición de *Nueve novísimos*…, no permitirá que se incluyan sus poemas. Además, sostiene que sus compañeros de promoción hacen una poesía poco duradera, poco válida. Para colmo, unas semanas después en el mismo periódico, Pere Gimferrer coincide con Leopoldo en su postura contra los novísimos. Asegura que las antologías las

hacen los antólogos, no los poetas, y por tanto el primer deber de un poeta en movimiento es contradecir a sus críticos. En septiembre, culmina en Barcelona la crisis desatada en el mes de enero –fueron expulsados Rosa Regàs y Rafael Soriano, los dos principales colaboradores del editor– en la editorial Seix Barral. Carlos Barral es destituido de su cargo y Juan Ferraté, asistido por Pere Gimferrer, ocupará la vacante. El sesenta por ciento de las acciones eran del grupo Seix-Comas y Barral poseía el cuarenta restante. Antes que a Ferraté, se lo ofrecieron a José María Valverde y a Joan Fuster, pero se negaron a aceptarlo.

Leopoldo María Panero escapa de nuevo a Barcelona. Se encuentra con su admirado Antonio Maenza y juntos, dos leyendas en vida, recorren los bares de moda, sin dejar de frecuentar el Drugstore del paseo de Gracia. Enrique Vila-Matas, que había participado como actor junto a Félix de Azúa y Emma Cohen en la película del aragonés –*Béance* (1969), de cuatro horas de duración–, recuerda perfectamente la figura del poeta vestido de negro, muy delgado y transportando una pila de libros, en el bar Taita.

Antes de volver a Madrid, Leopoldo, conocedor del *underground* de la ciudad, adquiere medio kilo de hachís y viaja con el cargamento. Llegado a Ibiza, número 35, da cuenta a su madre de lo que trae y Felicidad oculta la droga en casa.

José Ramón Rámila y Jesús Ruiz Real se marchan a Marbella porque un amigo muy bien relacionado con la jet set les ha cedido su casa –un chalé con solera, de dos plantas y un magnífico jardín de limoneros– con servicio incluido; el dueño se marchó de viaje a Londres. Joserra y Jesús poseen un auténtico cargamento de estupefacientes, pero se quedan sin dinero. Como del grupo de amigos el que más efectivo maneja siempre suele ser Leopoldo, deciden llamarlo a Madrid y engañarlo. Compran medio kilo de henna y lo llaman para ofrecérsela como hachís y así conseguir una cantidad para disfrutar un mes más en la Costa del Sol a cuerpo de rey. Leopoldo se presenta con una inmediatez inusitada. Pero, a la mañana siguiente de su llegada, la criada despertó a Jesús porque llevaba mucho tiempo oyendo la ducha y Joserra no contestaba a sus golpes en la puerta.

Con los hábitos carcelarios –acababa de abandonar la prisión–, Joserra se acostumbró a madrugar; era el primero que amanecía y preparaba el café. Se encerró en el cuarto de baño, donde los pequeños ventanucos estaban herméticamente cerrados para evitar el fuerte viento de la zona, pese a que ese día lucía el sol. Por un motivo todavía sin esclarecer, se le apagó el calentador de gas butano que se encontraba en el interior y murió por asfixia mientras se duchaba. Jesús mandó llamar a un cerrajero y, cuando lograron forzar la puerta, se encontraron con un bello difunto sentado en la bañera. A los gritos

de la doméstica –«¡Hay un muerto!»–, Leopoldo saltó como un resorte del sofá donde dormía. Joserra apareció cadáver con veintitrés años. Era el 20 de octubre de 1970.

Antes de la llegada de la policía, rápidamente limpiaron la casa de drogas. En una alcoba de clásico mobiliario guardaban, oculto en un cajón, todo un cargamento que dio para llenar dos bolsas de basura. Jesús y Leopoldo estaban aterrados ante la posibilidad de que la muerte de Joserra estuviese relacionada con una sobredosis o con el suicidio, pues el día anterior Panero y Rámila se habían metido un «pico» de Sosegón, un analgésico equivalente a la morfina. Pero con la inspección del forense se tranquilizaron y Jesús, al constatar que era una muerte que se podía contar, llamó a su madre para relatarle el suceso, quien a su vez se comunicó con la de José Ramón. Igual hizo con el dueño de la casa.

Tras el paso obligado por la comisaría local, Jesús y Leopoldo regresan juntos a Madrid. Al saber de su llegada, un comisario cita a Leopoldo María Panero en la DGS por lo que Jesús acude rápidamente al domicilio de los Panero para preparar la declaración. Tras la citación de Leopoldo llegó la de Jesús, que estuvo cuarenta y ocho horas, sin retención, sufriendo un riguroso interrogatorio.

El novísimo, que regresó a su habitual último refugio de Ibiza, número 35, vuelve a la carga contra la antología y declara que le produce espanto el hecho de haber estado incluido, cuando se encuentra tan lejos de ella: «Lo que yo trato [...] es instalarme donde sea, menos en el lugar donde ya no estoy: en la novísima poesía española. Aunque yo no sepa catalán ni ninguna otra lengua, lo que quiero, repito, es instalarme donde sea menos en esas regiones, es decir, en Región».[15]

Cuando acaba octubre, el malagueño Enrique Martín Pardo publica una nueva antología, *Nueva poesía española*. Una rectificación en la práctica a la de Castellet, aunque según el autor desconocía el trabajo del crítico catalán. Martín eliminó de un brochazo, entre otros, a Manuel Vázquez Montalbán (1939) y a Leopoldo María Panero (1948), los extremos. El primero y el último de la compilación castelletiana.

A finales del año 1970, Leopoldo María conoció al todavía inédito Luis Antonio de Villena. Coincidieron en una cena celebrada en un restaurante japonés, en la zona alta del paseo de la Castellana. Allí estaban, además, Jesús García Sánchez (Chus Visor), Luis Alberto de Cuenca y Marcos Ricardo Barnatán, ya liberado de su compromiso con la patria argentina. Leopoldo, que ya arrastraba una leyenda de maldito, apenas habló en toda la cena y sujetaba con las manos trémulas los cigarrillos que quemaba uno tras otro. Tal era el temblor de sus manos que la agitación llegaba a extinguir la llama de los fósforos. Villena le recuerda con unos ojos extraños, enormes, y

calzando unas botas altas por encima de los pantalones, lo que resultaba llamativo en un país tan estricto y tan gris en el vestir.

Una buena parte de España se estremece con el escandaloso consejo de guerra celebrado en Burgos. Un tribunal militar juzgó, desde el 3 hasta el 9 de diciembre de 1970, a un grupo de dieciséis miembros de ETA, a los que se acusaba, entre otros cargos, de haber asesinado al inspector de policía Melitón Manzanas. El fiscal solicitó seis penas de muerte y setecientos cincuenta y dos años y seis meses de prisión. Pero, el 30 de diciembre, un general Franco decrépito o cauteloso anunció la conmutación de las condenas de muerte dictadas por el tribunal militar.

Leopoldo, ya muy distanciado de la política, continúa su particular coqueteo con las drogas. En la Semana Santa de 1971 marcha de nuevo al «país de las maravillas», Marruecos, con Antonio Alonso, chico que conoció a través de José Sainz. Se presentaron en Xauen, bella ciudad de blancos y añiles callejeros. En una casa enorme vivían en comunidad Luis Ripoll, Sonia Kowarich y Amparo Alonso, hermana del acompañante de Leopoldo María Panero. La casa, decorada con unos frescos de Ripoll, que era dibujante, dio cobijo a los cinco jóvenes durante un par de meses. Bajo aquel cielo poblado de minaretes, Leopoldo se enamoró frenéticamente de Luis Ripoll, un tipo esbelto, delgado, moreno y atractivo, para quien el poeta era un ser adorable y tierno.

Felicidad Blanc, gracias al ministro de Información y Turismo, Alfredo Sánchez Bella, comienza a trabajar en el Palacio de Exposiciones y Congresos de Madrid el 1 de mayo de 1971. «Era un deber de caridad y de fidelidad al amigo muerto», explica el exministro de Franco, para quien la viuda de Panero «era un caso de rebeldía por naturaleza. No encajaba en ningún sitio».[16] Felicidad lleva el protocolo y la recepción de visitas de personalidades al centro.

Leopoldo y sus amigos abandonan la luminosa Xauen, escenario de mil y una trapisondas, y regresan a Madrid. La casa de Ibiza, número 35, se ve invadida de jóvenes a los que lleva Leopoldo María, y Felicidad decide alquilarle un pequeño apartamento en la calle de Lagasca, 67-69, para que él administre su vida. El piso se convierte en una fiesta permanente, por donde pasa lo más granado de la ciudad en el trapicheo de estupefacientes y sustancias prohibidas. En el mes de mayo, un chivatazo motiva un registro policial y encuentran un trozo de hachís –setenta gramos–, parte de lo adquirido por Leopoldo en Barcelona. El resto lo tenía guardado su madre en el domicilio familiar. Panero, que trabaja en un nuevo libro de poemas que titula *Teoría*, es nuevamente detenido por tráfico y consumo de drogas. El informe de la Brigada de Estupefacientes lo tacha de «drogadicto habitual e invertido».[17] Pero Leopoldo fue solo uno de los eslabones

de la cadena denunciada por un amigo.

El grupo de amigos de Xauen, con motivo de un cumpleaños, se desplazó hasta la localidad madrileña de La Navata para vivir una experiencia lisérgica. Casi una veintena de jóvenes festejaron con «ácidos» aquella jornada campestre, con la mala suerte de que detuvieron a uno de ellos, a Luis Ripoll, quien, según el testimonio de otros de los detenidos, denunció al resto; incluso a Leopoldo, que ni apareció por La Navata. De ese modo, todos se encontraron en el Sanatorio Psiquiátrico Penitenciario de Carabanchel. Ingresaron el 11 de mayo y allí se mezclaron con todo tipo de delincuentes.

Felicidad, que vuelve a las visitas a Carabanchel, mueve todas sus influencias y escribe al doctor Ramón Vidal Teixidor para que certifique la enfermedad de su hijo. El psiquiatra, en un escrito, describe los trastornos de su conducta y la terapéutica a la que estuvo sometido, tratando de explicar el comportamiento de Leopoldo y así atenuar su responsabilidad.

En una de las jornadas carcelarias en que les tocó zafarrancho, Leopoldo, Luis Ripoll y Francisco Sánchez del Campo –otro de los detenidos en el *party* de La Navata– lustraban los cristales del patio del Psiquiátrico Penitenciario. Un tipejo no dejaba de escrutarlos a la vez que esgrimía una sonrisa perversa. Francisco, bautizado por Leopoldo como Alpasky,* desafió al mirón: «¿Tenemos monos en la cara?». A lo que aquel replicó con el gesto de retorcerle el cuello. Inmediatamente se personó un interno y les dijo: «¿No sabéis quién es? Es el estrangulador del Puerto». Acabaron teniendo tan buena relación con semejante homicida que este incluso les relataba los pormenores de sus crímenes.

El 1 de junio de 1971 le dieron el alta sanatorial a Leopoldo:

> Don José Velasco Escassi, médico psiquiatra del Sanatorio Psiquiátrico Penitenciario de Madrid del que es director don Jesús Rodríguez Santos,
>
> Certifico: que el interno de este Sanatorio, Leopoldo Panero Blanc, que ingresó en el mismo el día once de Mayo del corriente año, procedente de libertad, se encuentra remitido de la ligera intoxicación por cannabis índico que padecía, y ha cesado la peligrosidad social de origen psíquico que presentaba, por lo que, desde el punto de vista estrictamente psiquiátrico, no existe inconveniente alguno en que el citado interno cause alta clínica en este Establecimiento.
>
> Y para que conste, y a los efectos que se indican, expido el presente que, con el Visto Bueno del señor director y sellado con el del Establecimiento, firmo en Madrid a primero de junio de mil novecientos setenta y uno.[18]

Pero de prisión no salió hasta el 4 de junio. Y su libertad coincidió con la celebración de la Trigésima Feria Nacional del Libro, celebrada en el Retiro madrileño, a la que llegó desde Barcelona Ana María Moix para presentar su obra poética *No Time for Flowers*. Leopoldo María

Panero, Juan García Hortelano, Eduardo Chamorro y la *nena* Moix habían comido juntos, pero los dos novísimos estaban algo alterados por la bebida de aquel almuerzo. Entonces, como había que estar presentables para la cena en que la *nena* presentaría su obra, Hortelano recomendó al periodista Chamorro –colaborador y crítico de *Triunfo*– que se hiciera cargo hasta entonces de los dos jovencitos. Eduardo decidió llevarlos a su apartamento en la calle de Hermosilla, número 75, donde tenía una habitación-dormitorio-estudio-salón y un cuarto de baño. Una vez allí, los tres beodos –dos con más copas encima que el tercero– quedaron sentados lanzando cada cual el disparate más desmedido. Hasta que Ana María decidió darse un baño. El gentil Eduardo le llenó la bañera de agua caliente con gel y Leopoldo quedó solo en el salón. Eduardo ayudó a la Moixeta a zambullirse entre la espuma relajante de la bañera. Cuando regresó al salón encontró a Leopoldo derramando Coca-Colas como un poseso sobre la mesa de trabajo. Libros, fotocopias, recortes de prensa y algún que otro manuscrito habían quedado impregnados del pegajoso líquido. Demudado, Eduardo escuchó a Leopoldo, que se volvió hacia él y con voz densa y desdeñosa –la que tiene desde su más tierna infancia– le dijo: «¿Te das cuenta de que estas manchas que deja la Coca-Cola sobre los papeles son el origen del psicoanálisis?». «Efectivamente», respondió Eduardo sin tiempo de irritarse con él, porque desde el baño los gritos de Ana María reclamaban su presencia. Se le había enfriado el agua y necesitaba un toallón.

Leopoldo María Panero, una vez que despidió a la Moix, invitó a su amado Luis Ripoll a pasar un mes en la casa de Astorga. Felicidad les hace la maleta con la misma ilusión de una madre que despide a sus hijos en un viaje de novios. Pero pronto se rompe el idilio. Vicente Molina Foix recuerda llamadas telefónicas de Leopoldo, sumergido en la lectura de Jacques Lacan, en las que se lamenta de la falta de sintonía con su acompañante: «Es que no puedo hablar con él de nada». Después de Astorga, Ripoll se marchó a Ibiza, y Panero, que no pudo viajar a la isla balear, se quedó en Barcelona con gran irritación al sentirse abandonado. De nuevo se repite el capítulo: un enamoramiento no correspondido, lo que a Leopoldo le hace perder el rumbo.

«Y yo entonces estaba muy enamorado de Ana María Moix. Pero ella no se enamoró de mí. Y me dejó caer. Y luego tuve un rollo con Luis Ripoll. Estuvimos juntos en Tánger. Y también me dejó caer. Para mí siempre fue el amor como una causa perdida, algo imposible. No fue la droga la que me enloqueció. Fue el amor que no me dieron.»[19] Hoy, el pintor abstracto Luis Ripoll trae a la memoria aquellos pasajes y asegura desconocer aquel enamoramiento.[20]

De regreso en Madrid, Leopoldo conoce a un muchacho apodado

Humo que le es presentado por su amigo Francisco Sánchez del Campo, Alpasky. La figura angelical y evanescente de Humo seduce a Leopoldo y ambos viven un romance. El mote, puesto por Alpasky, responde a las apariciones y desapariciones de este escuálido chico –hijo de un inspector de policía–, que nunca se deja ver. Una llamada de Felicidad Blanc alerta a Ana María. Le dice que Leopoldo María se ha fugado con el hijo de un policía. Ambos deciden volar a Barcelona; los acompaña al aeropuerto Jesús Ruiz Real, quien les arroja arroz en el momento de partir porque los dos viajeros sostienen la chanza de que son una pareja de recién casados. En Barcelona pasan varias semanas en un hotel y se hacen acompañar de Ana María Moix, hasta que regresan de nuevo a Madrid.

Salvador Clotas y Pere Gimferrer publican *30 años de literatura en España*. En la parte elaborada por Pere –«Notas parciales sobre poesía española de posguerra»– hay un capítulo dedicado a «Tres heterodoxos»: Leopoldo María Panero, Carlos Edmundo de Ory y Juan Larrea.

Y Leopoldo María Panero es el primer personaje de la galería de escritores que convoca el periodista mexicano Federico Campbell en un libro titulado *Infame turba. Entrevistas a pensadores, poetas y novelistas en la España de 1970*. ¡En pleno boom latinoamericano!

En otoño de 1971, Antonio Colinas publica en el diario *Madrid* el poema «Encuentro con Ezra Pound», consecuencia de una visita que hizo el leonés al norteamericano en Venecia durante su estancia en Italia, donde vivió cuatro años. Tras su lectura, Leopoldo, interesadísimo, se citó con Colinas a través de Chus Visor para que le proporcionara la dirección del poeta vivo por el que más fascinación tenía entonces. Colinas, que siempre ha sentido un gran respeto por la persona y por la obra del novísimo, se la facilitó; el madrileño escribió a Venecia, pero el autor de los *Pisan cantos* nunca contestó a aquella carta.

Con residencia en la calle barcelonesa de la Infanta Carlota (hoy avenida Josep Tarradellas), números 96-98, Leopoldo María Panero recibe una asignación mensual del notario Trinidad Ortega Costa, primo de Felicidad Blanc. Está agarrado a la palabra, retoca *Teoría* y, aunque apenas conoce el inglés –se defiende con el francés y el italiano–, traduce sin descanso *El ómnibus, sin sentido*, de Edward Lear. Por aquel apartamento pasó Félix de Azúa. Allí organizaron maratonianas timbas de póquer. Y precisamente a través de Azúa conoce Leopoldo a Francisco Ferrer Lerín, poeta esencial en la prehistoria de la estética novísima –autor de *De las condiciones humanas* y *La hora oval* y jugador profesional. Los tres poetas también le daban a los naipes en un «picadero» cutre que tenía Azúa en la calle de Valencia, aunque él vivía con sus padres. En aquel lugar angosto,

mohoso y maloliente –así lo recuerda Ferrer Lerín–, jugaron en muchas ocasiones y, como trofeo de una partida, Francisco logró las llaves de aquella covacha grisácea sin encanto alguno. Para sorpresa suya, cuando la fue a utilizar se encontró con otros inquilinos que también tenían llaves. A partir de entonces Leopoldo se empieza a ver con cierta asiduidad con Ferrer Lerín y su eterna acompañante, Rinola Cornejo (Ricarda Manuela Cornejo Botello), estudiante de Filosofía y Letras, a quien Leopoldo María Panero odiaba. A los tres les une la crápula. Francisco y Leopoldo juegan con fruición a los naipes, pero el madrileño siempre pierde, es presa fácil del póquer convencional. Jugaban en la parte alta de la ciudad, en San Gervasio, en el interior de los portales o en los primeros escalones; cualquier lugar era bueno para el juego del envite. Durante el desarrollo de la partida Leopoldo se bebía a morro casi una botella de pippermint y, como perdía siempre, llamaba a su madre y la insultaba con voz pastosa y grave para reclamarle dinero so pretexto de que un tahúr le estaba pelando. Algo realmente violento y deleznable para los presentes, pues la conversación telefónica la mantenía delante de cualquier compañero de partida.

El 20 de diciembre de 1971, Leopoldo recibe carta de Eduardo Hervás, un joven *telqueliano* estudiante de Filosofía y Letras en la Universidad de Valencia y militante del grupo maoísta Bandera Roja. Se conocieron en la ciudad del Turia a través de Maenza y tuvieron una muy interesante relación epistolar. Allí, donde reside María de los Ángeles, su única hermana, encontró Antonio «el ambiente alternativo que requería y un equipo de colaboradores para llevar a cabo sus proyectos cinematográficos».[21] Valencia fue la ciudad-talismán de Maenza. Según el poeta madrileño, Eduardo y Antonio habían sido pareja. Le escribe Hervás:

querido leopoldo:

excusa no haber recibido noticias mías en un intervalo tan amplio –el poco tiempo que el cuartel me ha dejado libre el cuartel, lo he necesitado para impulsar en lo posible los trabajos que tengo emprendidos.

espero recibir un permiso de navidad en el que podré ir a barcelona unos días. la propuesta que tu carta abre podremos tratarla allí——en serio. te envío algunos de los últimos textos que «leen» las *soledades*/estos poemas pueden dar ya los primeros pasos en la línea de demarcación a trazar (*i.e.*[*] a luchar) frente a las tres academias. / la idea de un manifiesto (política/ poesía) me parece eficaz si está sostenida por una práctica de lenguaje que le sirva de base. del texto teórico al texto poético no hay metalenguaje sino desplazamiento y condensación del objeto de sus dificultades y recursos.

me interesa conocer el texto de azúa antes de mi viaje para distribuir el tiempo lo más intensamente posible.

te envío también el último n.º de cinethique: yo lo considero sumamente importante, porque son importantes las armas que aporta para la lucha

ideológica. podremos trabajarlo en mi viaje.

¿qué sucede con los textos (intervalo/traducciones)? llámame y/o escribe 20.XII.71

EDUARDO

El proyecto del poeta y militante comunista Eduardo Hervás consiste en forzar la revolución, transformar históricamente la sociedad mediante las vanguardias artísticas, lo que interesa especialmente a Leopoldo María Panero. A Eduardo, de temperamento atormentado, la personalidad del poeta novísimo le parece brutal y excesiva, pero fuera de lo común. Maenza, ideológicamente alejado de cualquier planteamiento marxista y más todavía del colectivismo artístico, está enfadado con Hervás, que continúa en contacto con universitarios a los que Antonio detesta.

La editora Beatriz de Moura, muy amiga de habituales de Panero como Carlos Trías, Gonzalo Herralde, Cristina Fernández Cubas o Enrique Vila-Matas, y también fascinada por Lewis Carroll, le prestó al poeta madrileño el tomo de *Obras completas*. A Beatriz de Moura se le ocurrió que Leopoldo podría extraer un aspecto concreto e inédito del autor británico.

El 24 de enero de 1972, la editora, después de un viaje a Brasil, escribe a Leopoldo desde la misma ciudad, Barcelona:

En la imposibilidad de localizarte por teléfono, no contesta nunca nadie, me decido a escribir.

Estuve fuera unos veinte días. En Brasil, después de quince años. Al volver, sentí ganas de saber si un día publicaría o no un libro de Lewis Carroll traducido [y] prologado […] por el poeta Panero. Tú, ¿qué dices? Sí o no.

Espero que no te hayas enfadado porque un día te pedí que no te quedaras: tenía un trabajo loco y francamente no podía –ni tenía ánimos– de charlar. Esto lo puedes comprender, seguro. […]

Octavio Paz* me pidió tu dirección. Se la di. […] te dirá algo un día de esos.

Llámame cuando puedas y aparece cuando te apetezca, pero, por favor, nunca antes de las ocho de la noche!!! Antes, soy burócrata.

Un abrazo,

BEATRIZ

Leopoldo, acompañado del astuto Maenza, que viene y va de Valencia a Barcelona, continúa frecuentando la librería barcelonesa Leteradura, donde incluso le prestan libros. Lali Gubern, una de las propietarias, recuerda perfectamente el día que Antonio Maenza llegó con una lata de película bajo el brazo y después de merodear por los estantes les dejó la lata en el cuarto de baño advirtiéndoles seriamente de que no debían abrirla, puesto que contenía material virgen en el interior y podría quedar velado. Una vez que se marchó y dada su bien ganada fama de cleptómano, Lali y su socia Elvira Cobos no aguardaron ni un instante y la curiosidad las llevó directas al cuarto de

baño. Al agitar aquella caja, notaron que algo compacto se movía dentro: libros de dudosa procedencia. Panero también robaba, pero mucho menos que Maenza y con menos desfachatez. Era otra singularidad. Una vez lo encontraron bebiéndose la tinta de una impresora offset que tenían en el almacén, donde el escritor durmió más de una vez.

El mallorquín Francisco Monge, otro apasionado de Lacan y el estructuralismo a la vez que desencantado de la izquierda antifranquista y de lo que juzgaba provincianismo intelectual barcelonés, recibió el encargo de Carlos Barral de traducir *El Antiedipo*, de Deleuze y Guattari. Panero y Monge, conocidos de la Facultad de Filosofía y Letras, sintonizan a la perfección, les une algo más que la simpatía mutua. Ambos son terriblemente desordenados. Según Eduardo Subirats, «Paco sentía una admiración profunda por la personalidad que había transgredido tan obvia, natural y lúcidamente las torpes barreras de la sociedad patriarcal española, las dobleces de su precaria vida intelectual, su inconfundible carácter gregario y tribal, su cobardía. Y Leopoldo creo que encontraba en Paco el amigo aventurero que podía seguirle en sus viajes por los barrios bajos de Barcelona, en sus divagaciones literarias y filosóficas, y sus exploraciones en los paraísos artificiales de las drogas».22

En junio de 1972 –último año de su paso por las aulas–, Leopoldo, matriculado libre en la Universidad Central de Barcelona, aprueba la religión de primero de Filosofía y Letras; al resto de las asignaturas no se presentó. El curso 1970-1971 ni se había matriculado.

*El ómnibus sin sentido*, de Edward Lear, aparece en las librerías prologado, seleccionado y traducido por Leopoldo María Panero. El libro es una selección de *limericks* o quintillas humorísticas del londinense, editado por Visor-Alberto Corazón.

Leopoldo, que continúa sumido en el estudio de Lacan, escribe a Felicidad desde Barcelona:

> Querida ma: quisiera que hiciésemos de una vez a un lado esta histeria que hasta ahora ha dominado nuestras relaciones. *Necesito realmente* el cuaderno libro que te pedí, para continuar mi autoanálisis (no sé si esto será una «locura»). Necesitaría también Largactil 100 pues no me resulta fácil dormir ahora. Están apareciendo todos los contenidos angustiosos que el delirio «equilibraba». Cuando miro hacia atrás me asombro de haber salido con bien de una tan grave neurosis obsesiva (con bien quiere decir sin haber caído antes en tus garras, en las de algún [Ramón] Vidal [Teixidor] o en las del sastrecillo valiente). Me vuelve a apasionar, como a los catorce años, todo lo que se relacione con el psicoanálisis. El día 2 tomaré contacto con Ramón García, traductor de Reich al español y que dirige un centro de psicología marxista en Barcelona. Mañana veré a ana-maría moix para recuperar el original de teoría, que espero publicar pronto en Ocnos. También a Trinidad [Ortega Costa], espero, con Azúa.

El sastrecillo valiente me ha decepcionado enormemente. Comparte con juan luis esa pasión neurótica por el dinero (si yo te he gastado hasta ahora tanto, es precisamente porque no lo tengo para nada en cuenta; no sé si me creerás, pero esta es la verdad; tengo otras preocupaciones menos «concretas»). Sin embargo, y como parece ser que lo de la ruina iba en serio, procuraré contribuir a eliminarla tanto como pueda. Sabes que, de todos modos, con neurosis obsesiva o sin ella, he hecho cuanto he podido, y por caminos un tanto más trabajosos y humillantes que los que representa conquistar a Domitila Cavalletti. Me estoy empezando a dar cuenta de que los que [me] rodean son demasiado hijos de perra como para que uno se pueda permitir el lujo de estar «loco».

Un gran abrazo de tu hijo

LEOPOLDO[23]

Abandona de nuevo Barcelona y marcha, una vez más, a Tánger. En la ciudad más cosmopolita de Marruecos se instala en una pensión cercana a la playa y escribe durante muchas horas, de manera constante. La habitación está alfombrada de libros, la cama flota sobre ellos, los restos de porros abundan por toda la pieza, el lavabo roto… En Tánger también están sus amigos Luis Ripoll, acompañado de Joaquín Alonso –conocido como Will More– y por otro lado pulula Francisco Sánchez del Campo, Alpasky. Cada uno anda a su aire.

Leopoldo frecuenta los cafés y allí tropieza con jóvenes españoles que han decidido instalarse durante largas temporadas en el «país de las maravillas». Uno de los que recuerda a Panero en el café de Baba es Javier Barquín. En más de una ocasión le vio amanecer encima de una esterilla después de un viaje de ácido. Despertaba, bostezaba como un barbo famélico, escribía el nombre de los medicamentos en un papel e indicaba a un chico que vagaba por allí que se los comprara en la farmacia más cercana. Barquín, ante la estupefacta mirada de los turistas que rondaban por la alcazaba, tuvo que transportarle una vez a cuestas hasta la pensión por las pintorescas y empinadas callejas tangerinas. Sus borracheras eran memorables. Se paseaba en babuchas, sin afeitar y sin apenas dientes; había perdido parte de las piezas, producto de la mala alimentación y los años de vida crapulosa. Sin incisivos tiene un habla todavía más dificultosa de entender y un aspecto más avejentado, con no pocas semejanzas a Artaud. Los marroquíes conocían a Leopoldo como Shaitán (Lucifer).

Cuando recibía el giro de su madre –solía decir que a Felicidad él le salía más barato allí que en Madrid– se marchaba inmediatamente a buscar a Rachid, la persona que le suministraba droga. Pero el astuto camello le facilitaba khol haciéndoselo pasar por opio. Aquel polvo negro que la mujer marroquí usa para realzar la mirada, como lápiz de ojos, se lo inyectaba a Leopoldo el propio vendedor en el patio más próximo y más sórdido.

Además de tener una actividad febril como escritor, Leopoldo María Panero también hace excursiones y frecuenta la playa. Mantiene un

contacto permanente con su madre:

> querida ma:
>
> intenté llamar para decir que solo podía salvar mi mente en madrid, como no lo logré, decidí no salvar mi mente y quedarme aquí. Ahora todo está mejor, yo más feliz y me voy con Al Pasqui y una mujer Géminis llamada Adela a Essaouira (espero que así quede claro y no se confunda con Chechaouia). Aquí doy paseos, fumo más que nunca y proyecto unas navidades esplendorosas. No creo necesitar dinero para el viaje a Essaouira, pero tal vez necesite más tarde para estar allí. Los consuelos que me prodiga al pasqui son más bien escasos pero marruecos es maravilloso y está *lleno de gente*. Soy amigo de un mudo (maravilloso al que conozco desde la primera vez que vine aquí). Por qué no se viene michi a la vuelta de París?
>
> He reescrito un viejo poema (utilizando para ello tu estribillo, que aquí verás elegantemente reproducido):
>
> los nobles arruinados en jardines
> los nobles arruinados en jardines
> los nobles arruinados en jardines
> barrían con escobas los restos de la carne
> los nobles arruinados en jardines.
>
> Y se lo he mandado a Ana María, para que lo incluya en *Teoría*. Por lo demás la esterilidad es el precio que pago por mi conocimiento del inconsciente (mi historia en este sentido es algo así como la de la gallina de los huevos de oro).[24]

Más por negocio que por divertimento, Leopoldo y sus amigos se dedican a comprar hachís en Tánger y venderlo en otras ciudades como Marrakech o Essaouira, uno de los principales puertos marroquíes. Si lo adquieren por un dírham lo colocan por cinco.

Otro lugar donde estuvo hospedado en Tánger –coincidió con Alpasky– fue el hotel Coq d’Or, en la Rue de Grotius, número 28, alojamiento que le buscó Felicidad. Allí trabajó afanosamente en una colección de aforismos y en un proyecto apocalíptico titulado *Los lobos devoran al rey muerto*. «Los lobos es, como los cuartetos de Eliot, una tentativa de conciliar el éxtasis y su formulación, la certeza y la duda», le escribe a su madre:

> Necesitaría a Blake (en la edición bilingüe de Marinetti) para consultar su métrica. Podrías mandarme junto al libro de Simon Leys, *Les habits neufs du president mao*, Collection Biblioteque Asiatique, Éditions Champ libre que me parece ya te encargué para Michi (para que me lo mandara michi desde parís, por si no lo hice, lo hago ahora). podrías mandarme junto a ese digo, la edición de plaza janés de Blake (que es también bilingüe). Te mando los dos primeros aforismos.
>
> I
>
> El hombre es hijo de un dios muerto

variante

El Hombre es un dios muerto

II

La ley, el límite, la moral y la justicia son epítetos del diablo. Las cadenas de Seth son las leyes (modificables por su suicidio) de la materia.

Se podrían llamar, en recuerdo de Blake, Proverbios infernales.[25]

Lejos de aquel entorno de buscavidas y trapicheo, a la orilla del Mediterráneo, en Valencia, muere en trágicas circunstancias Miguel Eduardo Gómez González, de veintidós años, conocido como Eduardo Hervás, la Bola.[*] El torturado poeta valenciano, admirador de Góngora, murió el 28 de octubre de 1972. Abrió la llave del butano y dejó escrito en su pizarra: «Estuvo bien mientras duró». Como maoísta que era, Hervás utilizaba mucho la pizarra para escribir citas, como si fuese un *dazibao*. A los pocos días de su despedida apareció en las librerías su primera obra, *Intervalo*. No la esperó, murió el mismo día que el libro salía de la imprenta. Entre los muchos papeles que dejó escritos Hervás apareció el texto titulado «Las razones para escribir un libro…», del que entresacamos estas líneas: «Lo que yo deseaba *ser para otros* excluía el *serlo para mí* y era natural que el uso que yo quería que se hiciera de mí –y sin el cual mi presencia en medio de los otros equivalía a una ausenciaexige que yo muera, es decir, en términos inmediatamente inteligibles *que reviente*».[26]

Después de casi medio año y provisto de una pipa para fumar grifa, Leopoldo María Panero abandona Tánger. En compañía de Alpasky, vuelan a Barcelona y llevan consigo medio kilo de polen de hachís. Uno de ellos lleva una sábana envuelta en el cuerpo, donde oculta el polen, con la intención de venderlo y obtener dinero para parchear sus quebrados bolsillos. Cuando aterrizaron en Barcelona lo primero que hicieron, al encontrarse con gente conocida de Leopoldo, fue pedirles una plancha para estirar el costo*,* sin saludar a nadie, pues lo prioritario era requerir el deseado utensilio, según Alpasky. Panero llamó a Joaquim Jordà, que estaba trabajando en un guión con Vicente Aranda, y se presentaron los dos amigos en la casa de este, quien quedó pasmado cuando vio llegar a aquellos dos sujetos un tanto ebrios armados con una botella de whisky en la mano.

Al no lograr colocar aquel cargamento en Barcelona, marcharon a Valencia y se instalaron en casa de Maenza, en el apartamento de propiedad paterna que disfrutaba en la calle de San Ignacio de Loyola. Allí organizaron muchas timbas de póquer y allí lograron vender el hachís.

En Venecia muere Ezra Pound.

## 8. CAPITALISMO Y ESQUIZOFRENIA (1973-1975)

Yo me creo Leopoldo María Panero y punto.

Madrid. El 3 de enero de 1973, en el diario *Pueblo,* aparece la crítica de Leopoldo María a *Versos,* de Carlos Piera. Espesura. Continúa con la fiebre estructuralista y está muy interesado por el movimiento situacionista. Redacta numerosos folios –manifiestos iconoclastas– llenos de «ideas peligrosas», donde desarrolla una crítica radical de la vida cotidiana.

En una noche de gloriosa «tajada», Juan García Hortelano, Eduardo Chamorro y José María Castellet –circunstancialmente en Madrid– deciden solidarizarse con un temulento que nada tiene que ver con ellos ni con la literatura; era un borracho de paisano que había decidido no pagar en el pub Santa Bárbara. Los tres escritores contemplaban sentados el acto de inocua rebeldía del que se sentía timado en la barra. Cansado el camarero de tanta impertinencia, decidió llamar a la policía. Ante una clientela pasmada, los funcionarios del orden irrumpieron en el local, le propinaron al rebelde dos empellones y lo arrastraron a la calle. Los tres literatos se levantaron y pidieron explicaciones a unos agentes más que alterados. Llegaron refuerzos y entre tanto alboroto el borracho se esfumó. Mientras, Hortelano, Chamorro y Castellet seguían deliberando sobre lo adecuado o no de arrestar a un pobre beodo. Total, que los aprehendidos fueron ellos, y los trasladaron a la comisaría de la calle de La Luna. Pero allí, inexplicablemente, no llegó José María Castellet: se escabulló. Pasado un tiempo, tuvieron que apoquinar la multa que les fue impuesta, pero el catalán decidió por su cuenta que él se encontraba en ese momento en Finlandia y por tanto estaba exento de tan noble deber. A partir de entonces resolvieron que el pub Santa Bárbara era un local sumamente peligroso y cambiaron su lugar de encuentro. El nuevo centro de reunión es el Dickens, en la calle de General Pardiñas, número 71, esquina con Maldonado. Un pub de estilo inglés con una terraza para disfrutar las noches de verano, en un enclave más o menos tranquilo del barrio de Salamanca.

Después de varios años sin saber de él, Leopoldo llama a Joaquín Araujo, Quine, con la intención de incluirle en una antología de joven poesía española que prepara. Panero, buen conocedor de la obra inédita de Quine, le cita en un bar de la calle de Serrano. Acompañan al novísimo Eduardo Haro Ibars –reconciliado con Leopoldo– y

Virginia Careaga, la novia de Félix de Azúa. Luego del encuentro y de hacer balance de los años divergentes* de los viejos amigos, recalaron en Ibiza, número 35. En el minúsculo cuarto del poeta, Eduardo y él devoran anfetaminas y canutos. Acto seguido, mientras Virginia y Quine los contemplaban desconcertados, entre juegos y risas, comenzaron a acariciarse. En actitud acometedora, tras los iniciales revolcones sobre el catre, los dos rijosos rivalizaron por ejercer el papel activo. Llegaron a las manos, para finalmente entregarse al placer. Araujo, limpio de todo alucinógeno, deliraba.

El 21 de abril muere a los sesenta y siete años Eloísa Blanc, tía Elo, en el mismo mes que Pablo Picasso. Felicidad se queda sin la hermana mayor, la que le causó tantos quebraderos de cabeza en su juventud: desde que perdió la razón la tenía atemorizada, pero se querían mucho. La bella Eloísa, soltera e instruida –hablaba dos idiomas y poseía estudios de música–, pasó por diversos establecimientos psiquiátricos a lo largo de su doliente vida. Su última estancia transcurrió en el hospital de Santa Isabel de Leganés (Madrid), donde permaneció casi una década.

Con motivo de la Feria del Libro del 73 sale en la colección Palabra Menor, de la editorial Lumen, *Teoría*, de Leopoldo María Panero. Dedicado a Manes, fundador del maniqueísmo, el poemario está lleno de influencias –Mallarmé, Zukofsky, Blake y Signorelli– y de erratas, según el autor, lo que le causa un gran enfurecimiento. Además, abundan los destellos autobiográficos: Marruecos, drogas, amores y amistades. Por el texto desfilan Elena Llácer, Ana María Moix, Susana López Ornat, Eduardo Hervás, Antonio Maenza, José Sainz, Luis Ripoll, Marià Manent, Elisabetta, Humo, El Gato… El libro, que incluye el poema enviado a Ana María Moix desde Tánger, cifra y transmite la experiencia esquizofrénica, como sucede con Artaud. Pero no fue muy bien aceptado por la crítica:

> Panero ha podado su escritura de barroquismos operísticos y juegos *modern style*, que eran las más acusadas características de su producción anterior. No hemos de esperar ya de él más que lo eléctrico, el frío chocar de los esqueletos en una ultratumba reducida a la fría realidad de la huesa. Se acabó el culto al *kitsch* característico de la nueva cultura catalana; se acabó la guardarropía de la imagen. Panero sabe que es su «yo» lo que ha muerto, que se ha hundido el *Titanic* –adiós, romántico; adiós, surrealistas–, y que solo son «bellas» o reveladoras, o simplemente reveladoras de sí mismas, las calcinadas ruinas de una inteligencia.[1]

Para Felicidad Blanc, *Teoría* «resbaló como resbalan las cosas que tienen importancia en este país».[2]

Con ocasión de la Feria del Libro aparecen los de Barcelona –Barral, Moura, Herralde, Castellet, Gil de Biedma– y pasan por el Dickens,

donde se reúnen todos los del gremio del sofá, como los llamaba Barral. Allí se da cita desde hace un par de años el mundo del cine, del periodismo y de la literatura: Félix de Azúa, Juan García Hortelano, Ángel González, Luis Carandell, Juan Benet, Antonio Martínez Sarrión, Fernando Savater, José María Álvarez, Eduardo Chamorro, Jaime Chávarri, Félix Grande, Vicente Molina, Ricardo Franco, Michi Panero… El hermano pequeño de Leopoldo María es un joven de veintidós años con un tremendo éxito social. Cada vez que ve aparecer a su hermano por la terraza del Dickens, Michi brama: «Viene Tiburón Panero», en clara alusión al personaje de James Bond, un tipo grandullón y robusto, de cerebro plano y dientes de hierro; no habla, balbucea. Michi teme como a un nublado las borracheras destructivas de su hermano.

En aquella terraza –extrañamente hasta entonces no se habían visto las caras– se conocieron en un círculo de amigos el novísimo sénior Antonio Martínez Sarrión y Leopoldo María, quien, jocundo y efusivo, le plantó: «Me han dicho que eres el tío más borracho de todo Madrid, después de mí». Ambos quedaron encantados con aquel encuentro.

Entre Michi, su amigo de la Facultad de Ciencias de la Información, Rafael Zarza, y la actriz Marisa Paredes, organizan una macrofiesta en el número 6 de la calle de Emilio Rubín, la casa de Zarza. Se celebró en el jardín y asistió el «todo Madrid» de entonces: desde Jesús Aguirre –aún no duque de Alba– hasta el último moderno; y evidentemente apareció Leopoldo María Panero. También estaban Jaime Salinas, quien llegó a través de Vicente Molina Foix, y Felicidad Blanc. Allí se produjo un encuentro intergeneracional. Al finalizar la celebración, Salinas llevó en su coche a Leopoldo y a su madre hasta el domicilio de estos. Jaime recuerda que las relaciones entre madre e hijo «eran absolutamente clínicas, por decirlo de alguna manera. Era una mujer extrañísima. Era una mujer de un encanto y de una aparente dulzura, pero en el fondo de una maldad tremenda. Y esa relación con su hijo, era una relación de amor-odio. Pero por otra parte había una especie de veneración por este chico que era el más desamparado en ese momento».[3] El trato entre Salinas y Leopoldo, dos modos vitales antagónicos, no fue muy frecuente.

Presidido por Ricardo de la Cierva, director de la Editora Nacional, el 7 de junio de 1973 se presentan en el Palacio de Exposiciones y Congresos de Madrid, donde trabaja Felicidad, las *Obras completas, I. Poesía*, de Leopoldo Panero. Su hijo Juan Luis, de nuevo en Madrid, por encargo de la editorial recogió los poemas que su padre publicó en distintas revistas, todavía inéditos en forma de libro. Es también el autor del prólogo.

Leopoldo María, en contacto con Antonio Maenza, viaja a menudo a Valencia y continúa con su vida errática. En aquel verano de 1973,

Leopoldo María conoce a Oswaldo Muñoz. Habían quedado citados Panero y Maenza en La Glorieta, un jardín del centro de Valencia, y allí le presentó Antonio a Oswaldo, quien recuerda que «las conversaciones entre ambos eran de un carácter tan teatral, se mezclaban en ellas sentimientos de furor y de ternura hasta tal punto inextricables, que uno no sabía nunca realmente de lo que estaban hablando y ni siquiera por qué estaban empeñados en hablar. Nunca llegaron a un acuerdo definitivo sobre nada. Pero creo que se estimaban, como dos camaradas del colegio que fuman escondidos en el cuarto de los trastos. Leopoldo grita, amenaza, y Maenza dice, sin levantar la voz, que no, que eso no es así de ninguna de las maneras que pudiese explicarlo, ni él ni nadie».[4]

Oswaldo y Leopoldo entablan una estrecha amistad rápidamente. Muñoz le recuerda «con una tajante elegancia, su manera de moverse contrasta con la pesadez de los progresistas de la época. Quería gustar, convencer, y lo expresaba francamente. Empezamos a vernos y a escribirnos mucho».[5] De nuevo en su ciudad y colocado de anfetaminas, Panero redacta multitud de manifiestos políticos que le envía a Oswaldo, con la sana pretensión de que se una a la revolución puesta en marcha desde Madrid. No cesa en el proyecto, su crítica radical se centra en la individualización de las formas de opresión y alienación de la sociedad capitalista y en la fijación de los objetivos de la liberación del hombre. Leopoldo intensifica sus contactos para lograr adeptos y así liberar al hombre definitivamente de la opresión sexual. Así lo reconstruye Eduardo Subirats:

> En nuestras esporádicas charlas se hablaba mucho de Bataille, de Nietzsche, de psicoanálisis y de Deleuze, y mascullábamos palabras gruesas contra el ambiente intelectual que nos rodeaba. Leopoldo tenía la capacidad de crear siempre imágenes encendidas y brillantes, comentarios penetrantes sobre libros y personas, y una violencia sarcástica que lo hacía temblar todo. No perdonaba a nadie, y sus ataques personales tenían la virulencia de una confrontación sexual con el enemigo. En cierta manera, su rechazo de la sociedad española era aristocrático. O quizás era aristocrática la única manera posible en una cultura que ha carecido de ella. Leopoldo desechaba con repugnancia sexual y sus gestos histriónicos, que mezclaban lo obsceno con lo grotesco, el carácter versátil, la ramplonería y la ignorancia de lo que todavía por aquel entonces se hacía llamar patéticamente la *gauche divine*. Criticaba a sus portavoces como una aristocracia venal y fingida, desde la perspectiva de la real putrefacción de la aristocracia franquista de la que él provenía. Creo que con sus transgresiones edípicas, con sus sobresaltos en los hospitales, sus paranoias y sus constantes ataques a las buenas y falsas identidades, Leopoldo quería inscribir en su cuerpo esta putrefacción. De esa crítica, obviamente desoída, dejó constancia en algunos de sus artículos que escribía por ese tiempo. Podredumbre, descomposición, autodestrucción eran la clave de su discurso y de su

> alcoholismo, de su drogadicción, de sus fantasías delirantes, de su histrionismo, de su homosexualidad provocadora, hiriente. Podredumbre que en primer lugar exhibía como espectáculo degradante de la descomposición de la sociedad nacional-católica y sus mitos salvacionistas. Las siempre reiteradas alusiones al incesto y a la homosexualidad hacían escarnio de los valores sacrosantos del antiguo régimen, y a las formas de vida que lo sostenían, antes de construir las referencias eruditas al surrealismo, a Deleuze o Lacan, bajo las que muchas veces se arropaban efectivamente. Pero su acidez, el histrionismo escandaloso de su crítica, su destructividad le consumían a Leopoldo. Personalmente siempre tuve recelo frente a él y nunca bajé la defensa de una cierta distancia. Temía sus golpes de lucidez que al mismo tiempo me fascinaban.[6]

Panero decide marchar a Valencia y alquila un piso en la periferia, en la calle del Pintor Maella, cuyo balcón mira a la fachada de la fábrica de detergentes Tutú. Con sus amigos Paco Monge y José Miguel Arnal, hondamente influidos por los situacionistas, deciden crear una organización revolucionaria. En aquel piso valenciano discuten ante un magnetófono sobre el sujeto histórico del proceso revolucionario, que continúa siendo el proletariado, siguiendo la tradición marxista. Graban sus discusiones y, como la Internacional Situacionista, utilizan los métodos de una auténtica sociedad del pensamiento. Todo en función de la fuerza de las ideas.

En otoño sale *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, de Gilles Deleuze y Félix Guattari, traducido por Paco Monge. Carlos Barral leyó las pruebas con desconfianza porque, según el editor catalán, Deleuze había publicado cosas más serias. Leopoldo María le regala a Oswaldo *Teoría* y *El Antiedipo* en la cafetería París Londres, de Valencia. Con posterioridad también le presenta a Paco Monge.

De regreso en Madrid, Leopoldo vive en un apartamento –el número 3 de la sexta planta– que le ha puesto su madre en la calle del Doctor Esquerdo, número 160, no lejos de la casa familiar, donde suele afincarse continuamente.

El 19 de noviembre de 1973, Felicidad abona la sanción de 3.269 pesetas impuesta a su hijo a causa de la detención de mayo de 1971, en la que lo acusaron de tráfico y consumo de drogas. Durante más de dos años, Leopoldo estuvo bajo orden de busca y captura, porque la citación para comparecer ante el Juzgado de Instrucción número 23 se la enviaron a su antiguo apartamento –calle de Lagasca, edificio Golden Brick–, donde ya hace tiempo que no habita.

Leopoldo, que ha quedado entusiasmado con el personaje, frecuenta la casa de Antonio Martínez Sarrión, en la calle de Azcona, número 58. Primero le llama por teléfono: «Oye, Antonio, ¿estás por ahí?», con voz de camposanto. «Voy para allá.» El de Albacete, que tampoco es que nade en la abundancia, si tiene una botella de vino la comparte. El otro –que tanto le da un Ribera del Duero como un Savín–, para corresponder, bebe de ella de modo compulsivo. Lo importante es la

ingestión y la embriaguez inmediata. Hasta que, irritado el manchego ante la intemperancia y los destrozos hogareños causados por su actitud –a Sarrión no le molesta la impugnación radical generalizada contra la humanidad de la que charla su colega; es más, le estimula intelectualmente, como a otros–, le pone ante un dilema: en las veladas, ninguno de los dos trasegará más que agua mineral con gas. Panero acepta al principio, pero sus visitas se van espaciando.

Otro de los habituales de la noche de esta época es Luis Antonio de Villena. A través de amigos comunes, como Gustavo Pérez de Ayala,* Panero y Villena toman contacto entre humaredas noctívagas. Acodados en las barras de los tugurios, hablan desaforadamente de poesía –a Luis Antonio *Teoría* le interesó, sin más–. El autor de *Sublime solarium* es un culturalista y un esteta, y tiene enfrente a un tipo desarreglado, con un aire entre existencialista y de echado a perder, con la nariz partida y los bolsillos cargados de hachís. «Lo que más me unió con Leopoldo fue el ver que estábamos en la literatura, estábamos en la poesía y además éramos gais.»[7] Paseaban el palmito por los contados clubes de homosexuales que había en la ciudad y hacían guardia en el pub Santa Bárbara, por donde desfilaba toda una fauna de rockeros, progres y modernos. En aquel pub inglés raro era el que no encontraba amparo para su azarosa vida. A todos los unía el antifranquismo. Pero el más *stoniano* de todos era Joaquín Alonso Colmenares-Navascués –Will More–, otro de los asiduos de aquel grupo, acompañado de su inseparable Jesús Ruiz Real.

El almirante Carrero Blanco, marino de guerra y vicepresidente del Gobierno, salta por los aires, víctima de un atentado de ETA el 20 de diciembre de 1973. El 2 de enero de 1974, Leopoldo María Panero solicita la cancelación de antecedentes policiales desfavorables. Un exhaustivo informe repasa su vida delictiva, donde se recogen, entre otros, los siguientes pasajes:

> No ejerce habitualmente ninguna actividad remunerada, dependiendo económicamente de su familia, principalmente de su madre, que disfruta de elevada posición económica. Esporádicamente publica algún ensayo sobre «Poesía y Crítica de Poesía» en las páginas literarias de varios diarios.
>
> En la actualidad observa una conducta irregular y anómala, llevando una vida desordenada, ya que como se ha indicado anteriormente no ejerce actividad laboral alguna de modo constante; y en su apartamento se reúne con gente de similares características e indumentaria. En alguna ocasión se ha quejado la vecindad de molestias, ya que estas reuniones son principalmente por la noche. En la vecindad él y esas amistades están considerados como homosexuales, aunque no se ha podido comprobar este extremo.
>
> Respecto a la conducta política observada en la actualidad por el mismo se participa que no se le considera afecto al régimen actual, aunque tampoco se le

pueden demostrar actividades contrarias al mismo.[8]

Tras solicitar un informe al Archivo Central de la Dirección General de la Policía, el 5 de enero de 1974 los antecedentes policiales de Leopoldo María Panero Blanc quedan cancelados.

Entretanto, en el Dickens se comentan sus apariciones intermitentes conjeturándose si estará en Marruecos, en el psiquiátrico, en la cárcel… Michi, asiduo del pub y muy dado a contar las peripecias propias y ajenas, y no exento de cierto gracejo, comenta con Jaime Chávarri y otros amigos algunos lances de los Panero. Jaime trabajaba entonces en el cine. Empezó de meritorio en *Las cuatro bodas de Marisol* (1967), de Luis Lucia, y *Los desafíos* (1968), de Víctor Erice, José Luis Egea y Claudio Guerín, producida por Elías Querejeta. En los inicios de 1974, después de una jornada de trabajo y de camino a la Ciudad de los Periodistas, donde tiene su casa, Chávarri, al volante, le relata alguna de las historietas a Elías Querejeta, quien está buscando una serie de personas para hacer cortometrajes. El productor manifestó de repente: «Ahí hay un corto». Chávarri, que pretendía meter una cámara en un manicomio y filmar una película en la que no hubiera ningún comentario –pero no logró ningún permiso–, queda estupefacto y responde: «Es que hacer un corto sobre un tío que veo todos los días…». Querejeta le propone visitar a Felicidad Blanc. La conoce en un descanso laboral en el Palacio de Exposiciones y Congresos. Queda fascinado. A la vuelta le dice a Querejeta: «Esa señora sí tiene un corto». A Chávarri le empiezan a hablar de Leopoldo María, al que conoce de vista, de las noches del Dickens. Y entre Michi y Felicidad tratan de convencer a Jaime de que realmente se puede hacer algo.

En el día de su onomástica, Felicidad le confía, atribulada, a su cuaderno de notas:

> Ya murió Eloísa, ya no viene como otras veces desde su «isla» (el manicomio) a pasar este día con nosotros. La familia es cada vez más pequeña, Juan Luis en México, Leopoldo como siempre tan cerca y tan lejos y Michi mi pequeño al que la vida va alejando también. También el dolor y la nostalgia son distintas. Tengo miedo de no sentir, de ir desapareciendo yo misma, añoro la tristeza de los Santos desgraciados (de los de mis mimosas)* porque entonces los recuerdos eran recuerdos, este terrible no ser que empiezo a presentir, este morir que llega mucho antes de la muerte misma.
>
> Ha muerto José María Souvirón.* Este año no faltaban sus mimosas. Era una compañía que quizás ni aprecié en lo que valía. Esta mañana llevé al cementerio un ramo de mimosas, me acordaba de mamá, cuánta dulzura, cuánta bondad, y qué pequeños!, qué frágiles, sus huesos cuando los descubrimos al enterrar a Eloísa. En qué lugar puede estar aquella personalidad tan fina, tan irreversible en un ser humano.[9]

Leopoldo publica en el número 285 de *Cuadernos Hispanoamericanos*,

de marzo de 1974, «Destruktion ficticia», poesía del asesinato en prosa, que forma parte de *Teoría*. A través de Antonio Maenza, contacta con Pepe Palacios, un valenciano admirador del cineasta[10] e hijo de un comisario de policía, que estudia imagen en Madrid, en la Facultad de Ciencias de la Información. Pepe, con una estética muy vanguardista y siempre cargado de todo tipo de sustancias, pronto adula a Leopoldo María, quien detesta esa actitud. Era un tipo cargante, muy sabelotodo; un *gauche-divinista* cínico y esnob.

Leopoldo María Panero continúa frecuentando el Dickens y el pub Santa Bárbara. En ambos locales coincide con la amiga de su hermano Michi, Marisa Paredes, que en esos momentos trabaja en el teatro. Aunque Leopoldo asegura haber tenido una aventura con la actriz durante un par de meses, Marisa sostiene que era un mero juego.

Oswaldo Muñoz, Pepe Palacios y Leopoldo María deciden viajar a Ibiza en barco desde Valencia. La isla se ha convertido en un refugio psicodélico y abundan las melenas, los vestidos hasta los pies con los ombligos al aire, los pantalones acampanados, sandalias de cuero de factura propia, aros, brazaletes, amuletos y collares. Todo perfumado por el sándalo y el sonido del sitar. En un bar del puerto, mientras pone por cuarta vez un disco de Peret en el *jukebox* y come ensaladilla rusa, Leopoldo, después de ver a Marisa Paredes en el televisor, proclama: «Es mi novia en Madrid», y se pasa toda la mañana hablándole a Oswaldo de la actriz.

Durante la permanencia en la isla, el poeta madrileño está a punto de provocar un incendio en el hotel donde se aloja, cercano al puerto. Tras caer extenuado en la posición menos apropiada y más incómoda, Leopoldo María, con un pitillo encendido entre los dedos, rodeado de botellas vacías, libros, manuscritos y la indumentaria desparramada por el suelo de la habitación, quedó dormido cayendo el cigarrillo sobre la colcha de la cama y provocando el consiguiente incendio. A su regreso a la península, Pepe Palacios quedó uniformado con una cesta ibicenca colgada del hombro y un fular que le abrazaba el cuello. Esos fueron sus aliños durante varios años.

El 30 de abril de 1974, el novísimo solicita a la Fundación Juan March una beca de creación literaria para un trabajo sobre la no escritura, la muerte total de la literatura. «Para intentar un texto que se devore a sí mismo», el concursante propone como título provisional «Los lobos devoran al rey muerto», proyecto ideado en el verano de 1972 en Tánger.

Después de pasar la Semana Santa en París con el *speedico* Antonio Blanco y el desmesurado Pepe Palacios, sus dos grandes admiradores, Leopoldo es invitado en el mes de mayo a una fiesta en casa de Jaime Salinas, un ático en la calle de Don Pedro, número 6. El motivo es la visita de Octavio Paz a España y su deseo de contactar con poetas

jóvenes. Salinas, que conocía al mexicano de Barcelona y por la amistad que le unió con su padre, accede al anhelo del ilustre poeta y monta esta fiesta a la que asisten no más de diez personas. A través de Juan García Hortelano había conocido a los «jovenzuelos simpáticos, impertinentes, pedantes y que bautizamos como los perros».* Allí se encontraban Francisco Brines, Claudio Rodríguez, Carlos Bousoño y, entre los jóvenes, estaban Marcos Ricardo Barnatán, Leopoldo María Panero y Luis Antonio de Villena, quien recuerda que se les pidió asistir sin mujeres, extraña razón que rompió el propio Paz presentándose con su bella esposa Marie Jo. Villena llegó hecho un decadente fin de siglo, ahogado de sortijas y con un libro de Octavio para que le fuese dedicado. Pero no fue el único. El maestro pidió realizar las dedicatorias con pluma, objeto que solo poseía Luis Antonio –una antigua estilográfica negra Waterman–, que orgulloso le prestó. Después de recoger el libro dedicado, el joven poeta quedó a su lado observando el resto de las dedicatorias. Todas fueron de compromiso, excepto una: «A Leopoldo María Panero, poeta mago. Octavio Paz». No contento con esa diferencia marcada sobre los allí presentes, con posterioridad Paz sacó a Leopoldo al balcón y estuvo un buen rato charlando con él a puerta cerrada. Actitud nada sorprendente por otra parte, pues ya quedó demostrado el interés del autor de *Libertad bajo palabra* cuando le pidió a Beatriz de Moura la dirección del novísimo.* Según Villena, Octavio debió de ver allí la figura del nuevo Artaud. Sin embargo, pese a las clarísimas preferencias mostradas hacia él, Leopoldo, una vez finalizado el cóctel y sin la presencia del mexicano, se dedicó el resto de la noche a despreciarle, repitiendo una y otra vez la frase: «Octavio Paz es más tonto que de aquí a Tijuana». Jaime Salinas recuerda vagamente que el cóctel no fue tan bien como se podía esperar, «porque los jóvenes eran bastante impertinentes y creo que no le prestaron la atención, el interés y el respeto que merecía su persona [la de Octavio Paz]».[11]

Precedida de un discurso del vacío, aparece en el suplemento cultural de *La Provincia*,[12] de Las Palmas, una pretendida antología de la poesía subterránea castellana. Bajo el título «El loco toma la palabra» y firmada por París Blackly, seudónimo de Octavio Zaya, que reside en esos momentos en París. La antología incluye a Leopoldo María Panero, al canario *underground* José Saavedra (Poppy) y al apocalíptico Antonio Zaya, hermano gemelo del autor. En el centro de la página destaca una fotografía a una columna –la página se compone de tresdel novísimo con media melena y raya al centro, apoyado en una puerta mientras sujeta un cigarrillo en la mano derecha. La misma foto de César Malet que apareció en *Infame turba*.

En el mes de mayo, Leopoldo María Panero lanza un discurso incendiario contra los críticos en un artículo titulado «Los abominables

mamarrachos»:

> Si el arte, la escritura, han muerto no ha sido solo por causas externas, sino también internas: el arte, la escritura han muerto por una sola causa: por cuanto eran fruto de la división social entre trabajo manual y trabajo intelectual, y de la división del hombre entre lenguaje y energía, entre significado y sentido: así nos correspondería inaugurar un nuevo arte total, hecho por todos, fusión de sentido y significado. Esto es lo que, fundamentalmente, quieren decir Lautréamont, Mallarmé, Artaud: no habrá ya entonces necesidad de «crítica», por cuanto, de ahora en adelante, esta radicará en el mismo arte: se acabó el arte «inspirado», ateórico (y por consiguiente ideológico) y acrítico; y la crítica, si aún quiere ser, habrá de ser artística, tan total como el arte que pretende criticar. Ejemplos de este arte total, en España, sería imposible encontrarlos en la escritura: el único que me viene a la memoria pertenece a otro género, y es Darío Villalba, quien con sus obras ha hecho morir el «cuadro», ha abolido –o tratado, al menos, desesperadamente de abolir– la separación existente entre público y «autor». [...] Prefiero los «ambiciosos burgueses» a los «abominables mamarrachos», al menos los primeros ejercen sobre sí cierta censura, su ambición les obliga a cierto sentido de realidad, lo cual redunda en beneficio de la calidad; mientras que los segundos, fiados de su divinidad, no se obligan a nada, la escritura les importa un bledo, el lector también; actúan impunemente y cualquier teorización de su práctica les sonará a falsa: les preocupa únicamente «saber» (?) que son genios, y con esa palabra, a decir verdad, es difícil de significar (ni siquiera Goethe lo logró plenamente), se sienten libres para cometer toda clase de crímenes, contra la escritura, contra la producción [...]. Y nada más queda por añadir, excepto quizás, solicitar en vano un poco más de respeto para una palabra que Poe tanto amó.[13]

En Barcelona, Leopoldo es entrevistado para el suplemento «Subterráneo» por Antonio Zaya, que se ha desplazado hasta la Ciudad Condal para encontrarse, entre otros, con Gimferrer y Barral. En la conversación que mantienen, Zaya le pregunta si tiene prevista fecha de defunción, a lo que él responde: «Practico el suicidio al revés. Según Stengel, en *Análisis del suicidio*, el anagrama del suicidio es el asesinato del mundo. Hay gente que confunde la no vida, que es la causa de la escritura, con la muerte. Por otra parte, suicidarse es bastante estúpido, cuando nunca se ha vivido. Lo que no existe no puede morir, luego no tengo fecha prevista de defunción».[14] Cuando Zaya inquiere sobre si le gusta King Crimson, el novísimo asegura que lo que más le atrae es el grupo violento, de rock duro y pesado, de Detroit, MC-5 (Motor City Five) y Camarón de la Isla. Y a la irremediable referencia al inquilino de Rodez responde: «Artaud está de moda pero nadie lo entiende, es la única escritura posible en el contexto actual, porque es un concepto estético límite».[15] Acompañan a la entrevista dos poemas inéditos de *Los lobos devoran al rey muerto*.

Con motivo de esta cita, Panero y Zaya traban una relación personal muy estrecha y mantienen una animada e interesante correspondencia. A ambos les une el pensamiento de Gilles Deleuze, pero Antonio queda

prendado de la persona y de la obra del primero.

De vuelta en su ciudad, Leopoldo vuelve a la vida nocturna con su amigo Villena y juntos visitan los bares gais. Un día, bien entrada la madrugada, en un local de la calle de Larra, próxima a la glorieta de Bilbao, a Panero se le ocurre hacer una fiesta y va reclutando chicos para llevar a su casa. Un total de diez muchachos fueron trasladados en varios taxis hasta Ibiza, número 35. Según llegaban los iba metiendo en su cuarto, pero cuando entraron en la habitación del anfitrión y vieron que allí, entre la cama, una mesa y la biblioteca, no tenían cabida más de cuatro personas de pie, les pareció un guateque de lo más disparatado. Luis Antonio propuso bajar a comprar algún brebaje y habilitar otra habitación, a lo que Leopoldo respondió con furor impositivo: «Mira, Villena, está mi madre; tiene que ser aquí». La reacción de los invitados fue instantánea: con rostros ofendidos comenzaron a desfilar escaleras abajo.

Tiempo después, en época estival, Eduardo Chamorro celebra una fiesta en su casa de la calle de Constancia, número 32, una bocacalle de la de Cartagena. Allí se presentó Leopoldo María porque se había enterado a través de algún amigo común. Según llegó, muy silencioso, se quedó sentado en una silla situada en una de las esquinas del salón donde tenía lugar la celebración. Transcurrió la noche, se fueron todos los reunidos, Chamorro se acostó y a la mañana siguiente, cuando se levantó, se encontró a Leopoldo en el mismo rincón donde había tomado asiento, con la notable diferencia de que la silla estaba completamente desarticulada, desmontada. Tenía las piezas del respaldo ordenadamente dispuestas en el suelo, las patas colocadas junto a las otras piezas que componían el respaldo y la base de la silla. Todo expuesto sobre el piso en perfecto orden, pero desarmado. Levantó la cabeza, miró a Eduardo y con mucha parsimonia dijo: «Es que esta silla estaba desencolada». Lo que parecía bastante razonable, pues si aquel asiento no era algo sólido, más valía transformar su disposición: pasarla del estado cimbreante al estado desvertebrado. Para mayor seguridad de sus usuarios.

En el número correspondiente al mes de julio de *La Ilustración Poética Española e Iberoamericana*,16 aparece un breve texto –narración poética– sin título, de Leopoldo María Panero. Un recorrido nocturno por la nada a la luz de las antorchas.

En respuesta a una referencia crítica de Martín Vilumara,* el semanario *Triunfo* publica la extensa réplica del poeta, que comienza así: «De la inagotable fuente del resentimiento manan críticas y críticas». Transcurridas múltiples disquisiciones sobre el concepto de «copia», «estructura» y «realidad», Panero concluye: «Nada es más real que el espanto; el que produce, debiera producir, el matrimonio feliz de una crítica "realista" y fijadora de identidades, con una industria

cultural también muy "realista"».[17]

El 13 de julio de 1974, la Fundación Juan March le concede a Leopoldo María Panero la beca de creación literaria cuyo importe asciende a la cantidad de ciento ochenta mil pesetas, entregadas en tres plazos. El concursante, a través de una breve misiva, agradece la concesión:

> Muy señor mío: recibí su carta en la que me comunica la concesión de la beca de «creación literaria» por mí solicitada.
>
> Agradezco vivamente a esa Fundación y a los componentes del jurado el honor que me hacen con ello.
>
> Aceptando las cláusulas a que estas becas están condicionadas, le saluda atte. su afectísimo LEOPOLDO
>
> Fdo.: Leopoldo Panero Blanc.[18]

El primero de agosto, la entidad le envía la primera entrega económica, el treinta por ciento del total de la beca: cincuenta y cuatro mil pesetas.

Invitado por sus amigos, el poeta marcha a Valencia y se instala en una habitación del piso que tienen alquilado entre José Miguel Arnal, Oswaldo Muñoz y otros en la calle del Periodista Llorente. Antonio Maenza, tras haber sufrido una crisis, se encuentra hospitalizado y se alimenta poco: solo come zanahorias. El apartamento, un verdadero caos, es el último cobijo de diversiones límite y la guarida de un tigre herido llamado Leopoldo María Panero. Desde allí escribe una farragosa carta a Antonio Martínez Sarrión:

> Querido Antonio:
>
> Te abrumo con mis «traducciones», pero es que el fin de la poesía no fue solamente la locura de Hölderlin, sino principalmente sus traducciones de Píndaro, y como dice Blanchot en un texto increíble para él «traduire, c'est la folie».
>
> La única diferencia entre mis «traducciones» y las de Hölderlin es que Hölderlin, cuando las escribió, ya era «hölderlin» y yo soy el último hombre en un mundo donde ya no hay nadie.
>
> Por otra parte pienso que entonces la escritura no era una práctica tan absolutamente contrarrevolucionaria –Hölderlin acababa de escribir el *Archipiélago*, tratando de no ser una isla, y en ella, el absoluto Robinsón– como para necesitar de una ordenación policial, de una severa vigilancia por parte de una crítica hoy encargada de preservar su absoluta muerte de la posibilidad de una vida, y censurando para ello toda posibilidad de romper la división artística del trabajo, por ejemplo entre escritura y lectura, entre creación y perversión (la traducción holderliniana que es idéntica a la táctica hiperpolítica que los situacionistas nombran como «détournement» y que Lautréamont, que la utilizó con mayor éxito –o con mucho menos, ya que se trató de un éxito póstumo– llamaba «plagio»).
>
> Mi palabra está alcanzando su más absoluta pureza, en un momento en que pienso dejar de escribir –si logro– y parece, o pareció por un momento que iba a

ser así, no sé si esta posibilidad de realizar lo imposible –de realizar el arte, es decir, de hacer la revolución–, no sé si este instante logrará establecerse con duración –en ese caso el mundo estallaría en pedazos, y todos podríamos reírnos de Dios–, si logro en fin poner en práctica mi «sueño» (¿quién sueña y quién está despierto?) de la Gran Política. Si lo logro, por lo menos cuento con un cómplice, esta vez, que preferiría suicidarse o traicionarme –«el suicidio o la Gran Política», diremos pervirtiendo a Vaneigem–,* si lo logro por fin se realizará lo que para Blanchot era el Terror y para mí la más terrorífica de las seducciones: la «muerte del último escritor» (capítulo creo final de «Le livre à venir»). Si lo logro podré, en lugar de callarme en un silencio ruidoso –el habla, la palabra vacía–, «exiliarme en la palabra vacía» como pretendí en un tiempo, para lograr que me abandonase la obsesión de escribir –y de escribirlo *todo*–, si lo logro podré hacer algo mejor: hacer que la escritura no sea inútil, «que nos ayude a destruir la realidad» como decía en el texto que a Ti, a Ramón García** y a Rosa Regàs os pareció tan confuso […].

De cualquier manera, publiques o no mis traducciones (esta vez son de los Rolling Stones) me parece muy mal que no rompas con la división artística del trabajo en el seno de tu revista, por ejemplo, publicando esta carta junto a mis traducciones, o en lugar de ellas: mi yo obsceno.

Mientras, por unas pocas monedas halladas entre mis huesos, un mono de feria, viejo y polvoriento, se ocupa en danzar lentamente sobre las RUINAS DEL VIAJE.

O bien: (narración:) «empecé, escarbando en mis podridos, a hallar primero algunas monedas, luego, oro, y finalmente armas, armas surgiendo de un cráneo partido por un hacha».

Nada más. Te agradecería infinito que le enseñases a Chus [Visor], como te dije, mi traducción más larga del poema de Corbière, para que te dijera si corrigiéndolo de esa manera se atrevería a publicar todo «EL AMOR: Amarillo» (Les amours jaunes) que tengo ya per-vertido, pero tal vez demasiado. Dile de mi parte que si la crítica contestase con duchas frías, yo armaría una polémica y el libro se vendería más. Y cada perversión iría debidamente anotada, por lo que habría que hablar de sadismo.

Y además no tendría que pagarme nada, yo lo haría por puro gusto, porque tengo una deuda gigantesca con él.

Te mando también un poema mío (el que empieza «Ausencia de hombre») con la condición de que, si lo publicas, lo hagas con el seudónimo de «Aquel que vive todavía y publica a su pesar» que he plagiado a Kierkegaard.

Y por si te interesan, los últimos versos con los que acabará mi último libro (que ya está casi terminado):

«Si ya has encontrado lo que buscas

persevera donde todo ha huido» (si publicas esto –que no aún el tiempo–, esto sí hazlo con mi nombre)

Un abrazo de

LEOPOLDO

P. S.: Mi dirección en Valencia es: C. O. Luis Costa, Paseo del Periodista Llorente número 4, puerta 2, Valencia 9.[19]

Una vez dado el visto bueno de Querejeta para la producción del filme, Jaime Chávarri y todo el equipo de rodaje acompañan a Felicidad, Juan Luis y Michi a Astorga, que asisten a la inauguración

de la escultura de Leopoldo Panero, cincelada por Marino B. Amaya. Chávarri filma la figura sedente. Pero la toma envuelta en plásticos y cuerdas, todavía sin descubrir, porque le parece espantosa. Como además se trata de retratar al ausente –un cadáver–, nada es mejor que el desaparecido, incapacitado para defenderse, quede embalado. Mucho más necrofílico. La ceremonia de inauguración tuvo lugar el 28 de agosto de 1974, doce años y un día después de la muerte del poeta. En primera fila y sentados sobre unas sillas pobretonas, los dos hijos y la viuda del poeta perpetuado en piedra. Felicidad, distinguida y absorta, está flanqueada a la derecha por Juan Luis y a la izquierda por Michi, ambos de chaqueta oscura, corbata y pantalones claros. Leopoldo María no está en el homenaje al ausente. La escultura es colocada junto a la fachada de la iglesia de Santa Marta y frente al palacio de Gaudí, muy cerca de la casa de los Panero. En el acto no faltó de nada: coros y danzas maragatos, discursos hueros de las rancias autoridades regionales, fraseología grandilocuente, provincianos expectantes y el siempre fiel Luis Rosales. Aquello quedó registrado en casi una hora de celuloide.

A Jaime Chávarri le empiezan a calentar la cabeza: «"Con Leopoldo es difícil hablar, te vas a volver loco con Leopoldo, Leopoldo no querrá, ya verás qué problemas plantea Leopoldo", escucho a derecha e izquierda».[20] Nadie tenía la seguridad de que el impar Leopoldo María fuese a participar en el rodaje. Además, Chávarri no lo conoce personalmente, tan solo le llegan noticias de él. Sigue ausente.

Panero viaja a Londres con Paco Monge –también se lo propusieron a Oswaldo Muñoz, pero se encontraba sin pasaporte– y se instalan en casa de Alpasky, en el número 6 de Cleveland Road, en el barrio de Acton Green, situado al oeste. Su anfitrión le cuenta que ha conocido a Mick Jagger y Leopoldo se enfurece por no haberle hablado de *Así se fundó Carnaby Street*, dedicado a los Rolling Stones. A través de Alpasky, que tenía un amigo trabajando en la compañía que representó *Flowers*, Leopoldo conoció a Lindsay Kemp.

En septiembre el equipo se desplaza a Astorga para rodar en la casa familiar. En aquella casa llena de recuerdos, de jardín romántico y galería de recios cristales en la primera planta, se encuentra Juan Luis recién separado de su mujer. Durante tres o cuatro días Felicidad y sus hijos Juan Luis y Michi hablan del padre, de sus relaciones con él, de su poesía y de su actividad pública. Filman a los personajes por separado, de modo que ninguno sabe lo que dice el resto. Según Chávarri, los Panero se movían ante la cámara como auténticos actores, eran carne de cine. Los miembros del equipo quedan asombrados cuando ruedan; Jaime no, porque le parecen iguales que en la vida real, por eso funcionan ante la cámara.

En octubre llega Leopoldo a Madrid. Chávarri contacta con él.

Aunque Leopoldo María está más en la onda alternativa de Iván Zulueta y Adolfo Arrieta, no sintonizan mal. Acepta grabar unas conversaciones en magnetófono, para lo cual se reúnen en casa de Jaime, pero no garantiza su participación en el corto. Arguye que nadie de su familia contará la verdad. En la Ciudad de los Periodistas graban muchas horas de fascinante perorata, pero nada de recuerdos. Tardes enteras. Chávarri escucha absorto una prolongada plática sobre Lacan. Hasta que, en una pausa, el cineasta articula: «Mira, yo he cogido un libro de Lacan, lo he intentado leer y no he pasado de la página dos; es que no lo entiendo». Con la faz picarona, el poeta alega: «Es que yo tengo un libro que se titula *Para entender a Lacan*», cruzado de una risa voluminosa e instantánea. Aquella revelación tranquilizó a aquel a quien, interesado en la psiquiatría, había cogido *El Antiedipo* y le resultó incomprensible.

Quedaron registradas muchas cintas de aquellas tardes de beber y perorar. Aunque no fueron utilizadas como un preguión, de allí salieron algunos temas que los Panero trataron posteriormente durante el rodaje. Jaime ve en Leopoldo un testimonio distinto del resto y se muestra muy interesado en el personaje y por tanto le persuade, pero es el poeta quien pone las condiciones para su participación en el cortometraje. La filmación será en un cementerio. Continúa la necrofilia. En noviembre de 1974 ruedan en el camposanto de Loeches (Madrid) con Leopoldo María solo. No quiere rodar con Juan Luis ni con Michi. En el cementerio recita unos poemas.

Finalizado el rodaje en diciembre, comienza la fase de montaje. Jaime cuenta con demasiado material, donde encuentra tomas fascinantes, lo que le hace muy difícil la selección y la síntesis para construir veinte minutos. Además, para contar la historia del poeta Leopoldo Panero Torbado, le faltan datos. La desesperación lleva a Chávarri a no vislumbrar salida. Cavila rodar más y hacer un largo, pero le sonroja solo el hecho de pensarlo. Le dice a Elías Querejeta que vea el material por su cuenta. Tras el visionado, el productor decide que allí hay un largo. Le dan varias vueltas al material rodado y elaboran listados de asuntos que tratar con la familia. Elías se marcha a rodar *Pascual Duarte*, dirigida por Ricardo Franco, y deja a Chávarri con los Panero.

El 26 de diciembre, el novísimo envía un informe que le exige la Fundación Juan March, sobre el estado de la tarea que lleva a cabo. Explica que ha trabajado de julio a diciembre, salvo un periodo que le tiene inmovilizado cuarenta días, a causa de un accidente. También escribe a su amigo Antonio Zaya una extensa misiva y le envía el prólogo sobre Lewis Carroll, que ya tiene acabado:

Querido Antonio:

Ante todo perdona si mis cartas tienen a veces un tono profesoral: esto se deriva de una vieja manía, que conservo aún de los tiempos en que oíamos yo, Molina y Pedro Gimferrer (el Dámaso Alonso de nuestra inexistente –o cuasi existente– generación, cuyo único mérito sea quizás un poema de homenaje a Aleixandre en el que tuvo el valor de decir en el verso final: «la tarde. *Las carrozas*», y otro poema claramente homosexual dedicado no sé por qué a Wagner, que empezaba «Mi rey mi fantasía, mi pantera escarlata» y acababa «oh Dios mío, tu *lanza* y mi piel encendida»; naturalmente no tuvo el valor de publicar este singular homenaje a Wagner, por lo que la única prueba de sus instintos proscritos es actualmente el desvergonzado poema a Aleixandre); por otra parte he de decir que, dejando a un lado su pederastia, admiro mucho al viejo, pues aún cree en la poesía, a pesar de los años; aún cree que es posible en arte un incremento de sentido, como el que operaron los llamados «genios»: para comprobar que no es así basta echar una simple ojeada al panorama poético actual en países como Inglaterra (donde prolifera en Ted Hughes, en Thom Gunn una especie de extraña influencia de Paco Brines: parece que todos allí lo han leído), en Norteamérica (el pobre Ginsberg, atacado de la más horrible infección: Walt Whitman; Denise Levertov, que es una mala imitación de Marianne Moore, etcétera), en Rusia (donde Evtushenko y Voznesenski copian, creo, a Carlos Álvarez). Se mire por donde se mire, lo más que puede uno encontrar en el arte es su valor de mercancía, es decir su *calidad.* Esto significa que hay algunos «buenos» poetas: en España por ejemplo el primer Carnero, algunas cosas de Azúa, etc., y probablemente tres o cuatro poetas más que pueden ser infinitamente mejores que los dos que he citado, y esto por el solo hecho de que no los seleccionó Castellet […]. Pero volviendo a lo que te decía sobre la posible apariencia doctoral de mis cartas: se trata de un viejo hábito, adquirido en los tiempos en que yo, Molina y Gimferrer oíamos las canciones que seleccionaba el Hombre Lobo, de un viejo hábito que estriba en creer que todo lo escrito, sea carta o artículo periodístico, es sagrado y debe someterse a las mismas exigencias estéticas o de significado que un poema o un ensayo […]. En cuanto a las precauciones antedichas que tomo respecto a mi posible pedantería, trato con ellas de que no me identifiques a Carlos Edmundo de Ory y a los «paternales»: equipárame mejor al *surf*, objeto que me fascina por su ligereza para fundar sobre él un concepto: a ello me preparo, pues pienso escribir algo acerca del *surf*, carencia de identidad y prostitución, quizás. En cuanto al padre, te envío una breve nota que es parte de lo que dije en la película sobre mi padre, llamada *El desencanto*. Un «novísimo», Antonio Martínez Sarrión, me ha dicho que te dé su dirección para que si puedes le mandes los artículos vuestros: le enseñé el referente al *surf** y quedó muy intrigado, ya que aunque primero asoció *surf* y crema Nivea, muy pronto le convencí de que se trataba de la *danza* que pedía Nietzsche, la danza sobre las ruinas del arte, la música que se dejará oír cuando la escritura cese, en su cada vez más ínfimo parloteo, la música de las *situaciones* perecederas cuya poesía no se enajene en la construcción de una obra, diseñadas para habitar en el agua donde toda escritura se borra. En fin, la dirección de Sarrión, por si te interesa contactar con él, es calle Azcona 58, sexto, letra A, Madrid 28; es uno de los pocos novísimos que me cae bien, sencillo y surrealista, sin demasiadas pretensiones de perfectibilidad […].

En resumen, como aprovecho los días que tomo anfetamina para escribir o traducir, para redactar las cartas, cosa que de otro modo me resulta más bien difícil, me salen como ves unos mamotretos que tal vez sean ilegibles, a pesar de

lo mucho que me empeño en hacer de la escritura, hasta la más mínima (una dedicatoria por ejemplo), una práctica rigurosa y sin concesiones, un ejercicio inhumano. Por ello una vez, estando en el Psiquiátrico penitenciario, me negué a describir los efectos del ácido en mí, pues si había que escribir, y sobre todo un tema como ese, había que dar un rodeo para conseguir la sorpresa, y en ese giro se perdería toda objetividad.

La mancha de Coca-Cola, en la última página, subraya el antipaternalismo de mis cartas, pese a su afectada rigidez, que se debe como ves a otros motivos [...].

Bueno, y con esto termino: te mando también un trabajo «Acerca del excremento y de quienes lo devoran» que hace explícito también la forma del suicidamiento, así como los lugares en que se produce, que son aquellos en que reina la dimensión estática del habla. Y, para completar el dossier, una intervención mía en un coloquio sobre surrealismo.

En cuanto a las condiciones económicas de Almacén* me parecen bien, yo de todas maneras recibiré pronto el segundo cheque de la beca March, y mi mandíbula ya está plenamente recompuesta,* lista para emitir palabras-soplo y para tratar de evitar que la escritura me las sople: pues la palabra, el habla, es robada siempre por la escritura (plagio, *i.e.* pervierto al decir esto algo que dijo Derrida sobre Artaud)

Nada más y un abrazo de**

P. S.: También te adjunto una perversión o plagio de Malcolm Lowry, «Por amor de quienes mueren», por si quieres publicarla en tu revista.[21]

En enero de 1975 Leopoldo ha vuelto a desaparecer. Se inicia el rodaje sin él. Felicidad deja entrar la cámara en Ibiza, número 35, y accede por primera vez a rodar un cara a cara con uno de sus hijos: Juan Luis, que ha vuelto a casa. Pero la filmación, en una cafetería, resulta un fiasco: solo se oye el tintineo de las cucharillas en los platillos de café. Chávarri continúa el rodaje con dos cámaras.

El 11 de febrero, la Fundación Juan March abona al poeta la segunda entrega de la beca, un treinta por ciento de la cantidad total, cincuenta y cuatro mil pesetas. Panero insiste en que sigue trabajando y que probablemente cambiará el título de *Los lobos devoran al rey muerto* por el de *Palabras del último hombre*. Ha de entregar el trabajo en el mes de agosto.

También en febrero una sociedad de doce amigos denominada Vaca Lisa inaugura en Madrid La Vaquería. Situada en la calle de la Libertad, número 8, frente a la sede de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), el local pronto adquiere renombre por su música, bajos precios y broncas o fiestas espectaculares. Pintas extravagantes, antiguos hippies –o trasnochados–, artistas y delincuentes ilustrados se cuentan entre su clientela. Allí no puede faltar Leopoldo María Panero. Ni Eduardo Haro Ibars. Y allí una noche, Pepe Palacios, el discípulo predilecto del gurú Maenza, puso en contacto a Panero con Antonio Pardo –compañero de facultad de Pepe–, Carlos Castilla Plaza, hijo del

afamado psiquiatra Castilla del Pino y militante del grupúsculo Acción Comunista (AC)* y con Juan Manuel Bonet,** también militante de AC e hijo del catedrático de historia del arte Antonio Bonet Correa. Panero, con su habitual verba, despliega toda una tesis sobre los traseros. En síntesis, el escritor divide el mundo entre los culitos de pera –los ligeramente caídos y residentes en los cuerpos con forma de guitarra– y los culitos de melocotón o respingones. Mientras exponía tan peculiares argumentos, reconocía sobre el terreno las posaderas de todo aquel que se encontraba a su alcance. Como conclusión, en el juicio final habrá una reñida pugna entre los culitos de pera y los culitos de melocotón, con rotundo dominio de estos últimos.

Juan Manuel Bonet incorpora al grupo a Antonio Blanco, poeta de obra inédita e hijo del catedrático de arqueología Antonio Blanco Freijeiro. Antonio lleva a la pandilla a Marta Sánchez Martín, hija de Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen Martín Gaite, que se acaba enamorando de Carlos Castilla. Estos asiduos de la vida nocturna tratan de teorizar sobre la revolución de la vida cotidiana. Exaltan el «Walk on the Wild Side» de Lou Reed y especulan sobre el exceso y la marginalidad. Mucho Artaud, Bataille, Scott Fitzgerald, Drieu La Rochelle, Deleuze, Guattari y otros heterodoxos.

En marzo, Chávarri y todo el equipo de rodaje regresan a Astorga con Felicidad, Juan Luis y Michi. Se lleva a cabo la nueva experiencia de dos cámaras y dos o tres personajes ante el objetivo. Improvisan conversaciones entre Michi, Juan Luis y Felicidad. El menor de los Panero hace el papel de provocador. El frío maragato arrecia sin compasión. El rodaje se endurece, la tensión crece. Se llega al insulto, pero al día siguiente cada uno está de nuevo en su papel. Vuelta a Madrid. El director de la película, que ya sabe que la titulará *El desencanto*, comienza a visionar y a ordenar el material.

En el número 7 de *La Ilustración Poética Española e Iberoamericana*, de abril de 1975, Leopoldo María Panero publica su versión de dos poemas de Malcolm Lowry: «Por amor de quienes mueren»* y «Los borrachos». En el semanario *Triunfo*, número 658, correspondiente al 10 de mayo, el poeta hace una reflexiva y argumentada crítica de *El placer del texto*, de Roland Barthes, titulada «El vello de Rolando: estructuralismo y modernidad».

En julio, después de mucho trabajo de diccionario, Leopoldo edita los enigmas matemáticos de Lewis Carroll** traducidos (*per-versión*) y prologados por él. El libro lleva por título *Matemática demente* y es publicado en la colección de Cuadernos Marginales, de Tusquets Editores. Fue la propia Beatriz de Moura quien le pidió la edición en 1972. En el estudio preliminar da «no vida» a un tal Leopold von Maskee, un destruido superhombre –sinónimo de maldito–. Poeta y pensador de obra inadvertida, inglés de ascendencia alemana, de

imprecisa fecha de nacimiento, alcohólico y pederasta. Es su autor predilecto, cuyas obras lee y relee –tal vez sea el único que lo hace–. Von Maskee reunió vida y obra, sentido y significado. Demasiadas coincidencias. Leopoldo se retrata a sí mismo en su heterónimo.

En París se encuentra su amigo Oswaldo Muñoz, que había asaltado, a mano armada y cubierto con un pasamontañas, la taquilla de un teatro valenciano en compañía de otro joven. Oswaldo ingresó en prisión y, una vez en libertad provisional, cruzó los Pirineos junto con su compinche. En Francia los acogieron en un albergue, en el Foyer de Jeunes Travailleurs Colonel Fabian, a las afueras de la capital, en Bobigny. Allí le escribe Leopoldo:

> Querido exiladito [...] se me ocurre una lista de los seres que podríamos eliminar, una lista que siempre será muy parcial, pero en fin... Así nos quedaríamos tú, yo y Javier Grandes –el actor y el amante de Arrieta–, que somos la flor y nata del *speed*, y a todos los demás podríamos matarlos o bien mandarlos a vivir al planeta Marte, o bien –y esto sería lo mejor– situarlos en cotos de caza, y unos días cazarlos con arco, otros con rifle, otros con cerbatana, y otros «a palus» como decía la hija de una casera mía que había que matar a los animales.
>
> La lista –con los cargos que se les atribuyen a cada uno de los encartados– es la siguiente:
>
> Antonio Maenza: por fantasma, normal y «Doña Angustias».
>
> Juan Manuel Bonet (el jefecillo de la sección madrileña del USDE –el partido de Ridruejo–): por político, cuando la revolución es imposible, por crítico de arte cuando el arte ha muerto, por clandestino cuando podría hacer de su inofensivo partidillo una hermosa «asociación», y –contra este como ves los cargos son muchos– por haber puesto de nombre a su revista *Solución* cuando esa revista ni soluciona ni siquiera plantea ningún problema, y lo máximo que puede hacer es apagar la sed de cultura de los estudiantes de COU.[22]

Al poco tiempo, Leopoldo María aparece en París embutido en un impecable traje de pana azul oscuro y correctamente rasurado. Le acompaña una maleta llena de libros, una máquina de escribir y un fuerte contingente de folios. Pero no tardan mucho en expulsarlos del albergue a causa de los escándalos que provocan. La risa cavernosa de Leopoldo despierta a menudo a los refugiados chilenos del centro. Oswaldo trata de tranquilizar a sus vecinos, pero no puede evitar las miradas reprobatorias y recelosas. «Mi amigo no es un ogro. Es un ángel caído al que le gustaría ser un ángel solamente, sin alas. Aunque, como ustedes saben, eso es lo más difícil. Incluso reconozco que es imposible», les aclara.

En la capital francesa, Oswaldo y Leopoldo siempre encuentran un hueco en La Boule d'Or, mítico local de peregrinación de los resistentes españoles, donde el pensador ácrata Agustín García Calvo* tiene su trípode oracular. Allí fue donde los encontró el estudiante de periodismo Antonio Pardo, enviado por Pepe Palacios. Y allí los pesca,

como a dos pilluelos, sentados frente al maestro presocrático. Sonríen y tratan de cuestionar el saber académico del orador con preguntas capciosas. A veces ha de interrumpir su discurso y rogarles que abandonen las tertulias. Pardo los acompañó por el París menos idílico: frecuentaron los clubes de homosexuales (el novísimo argüía que le resultaba más fácil ligar con chicos que con chicas; sin más razonamientos) y robaron libros, no sin temor. Leopoldo, que acababa de trabajar en la obra de Carroll, se empecinó en localizar reproducciones de las ninfas, labor que le resultó del todo infructuosa.

Después de un buen desayuno de cuatro píldoras de Dexedrina-15,* se echaban a la calle en busca de un piso de alquiler. Al son de aquella espantosa canción de «Saca el güisky, cheli»** pateaban la ciudad con un sobrealimento de cerveza. Y así durante quince días. Hasta que Leopoldo fundió todo el dinero que le habían anticipado por su colaboración en el filme que produce Querejeta.

El poeta regresa a Madrid y mantiene relación epistolar con Oswaldo. En septiembre vuelve a encontrarse con Jaime Chávarri, que le explica la necesidad de rodar más sesiones con él, porque la filmación del cementerio de Loeches queda absolutamente descolgada del resto del material. Ha de ser Elías Querejeta quien lo convenza. Leopoldo decide que sus escenas sean rodadas en el Liceo Italiano, el colegio de su infancia, y en el bar restaurante El Majuelo, una tasca antigua situada en el madrileño paseo del General Martínez Campos, número 4. Será filmado con su hermano Michi y su madre, pero nunca con Juan Luis, que se ha marchado a Colombia.

La entrega de Leopoldo María en la escena del jardín del Liceo sorprendió a todo el equipo. Nadie esperaba que en aquella tarde Felicidad, que es la única que prepara un poco sus intervenciones, quedara desbordada por la improvisación de su hijo. Ella escribía lo que iba a contar, lo comentaba con María Ruiz,*** su compañera del Palacio de Exposiciones y Congresos, y corregía después. Pero los reproches que Leopoldo le hace por su internamiento psiquiátrico, a raíz de un frustrado intento de suicidio, en vez de comprender las razones que le impulsaron a ello –«La leyenda épica de nuestra familia, que es lo que me figuro que se habrá contado aquí, en esta película, pues, debe ser muy bonita, romántica y lacrimosa. Pero la verdad es una experiencia bastante…, en fin…, deprimente. O sea, empezando por un padre brutal, siguiendo por tus cobardías»–,[23] el poner como ejemplo de madre tolerante a Pilar Yvars –hecho este, el de salir mencionados en el filme, que no les hizo ninguna gracia ni a ella ni a su hijo Eduardo Haro–, y las consiguientes réplicas defensivas de Felicidad dejaron boquiabiertos a todos los que se encontraban detrás de la cámara.

Con motivo del rodaje en el bar restaurante El Majuelo, Leopoldo

exigió la presencia de su amigo Antonio Martínez Sarrión para que le hiciese las preguntas convenidas entre aquel y Chávarri. Sarrión era conocido de Jaime de los años cinéfilos, a través de Antonio Drove y de Manolo Marinero. De poeta a poeta se entendían bien y, además, en la casa de Sarrión, en Azcona, número 58, habían grabado ambos interminables conversaciones de ensayo.

Aconsejado por su amiga Eugenia Castillo, Leopoldo María se cortó el pelo. Pero el resultado fue de muy dudoso gusto, porque le salían a ambos lados de la parte inferior del cogote dos matas de cabello que semejaban un par de coletas. No obstante, Leopoldo se presentó en El Majuelo con sus amigos y allí disertó con voz gangosa sobre el alcohol, la destrucción, la cárcel, el padre, el psicoanálisis… En la taberna, con un rutilante Leopoldo María acodado en el viejo mostrador, sin dejar de tomar cañas de cerveza, rodaron una jornada; es el último día de filmación. Hay un ambiente de relajo. Felicidad contempla ufana a su hijo, aunque no le satisface lo más mínimo el horrendo corte de pelo.

Finalizado el rodaje, Chávarri se encierra en la sala de montaje con siete horas de película, sin contar las tomas dobles. El 27 de octubre de 1975, Felicidad es trasladada del Palacio de Exposiciones y Congresos de Madrid al Ministerio de Información y Turismo. Con la categoría laboral de oficial administrativo de segunda, la destinan a la oficina de información.

Llega noviembre y Jaime Chávarri todavía continúa el montaje. En el cesto van desapareciendo días enteros de rodaje; unos descartes tan valiosos como el material seleccionado. Jaime Chávarri está dando un giro sustancial a la película: los vivos triunfan sobre el muerto. Franco agoniza. El filme sobre Leopoldo Panero se convierte en una narración sobre los personajes que hablan del poeta. Buscando la sombra del muerto se retratan a sí mismos. Con un copión de trabajo de dos horas y media de duración, director y productor discuten sobre los sesenta minutos que le sobran al largometraje.

«Españoles: Franco ha muerto.» Coincidiendo con el final del proceso tromboflebítico del dictador, Juan Luis Panero publica su segundo poemario, *Los trucos de la muerte*.

# 9. NUEVOS TERRITORIOS (1975-1977)

No soy un hombre, soy dinamita y t? eres la mechita.

El grupo de amigos compuesto por Juan Manuel Bonet, Pepe Palacios, Leopoldo María Panero y otros decide apropiarse del boletín de información cultural *Solución*, distribuido por galerías de arte y librerías. Del tamaño de una cuartilla, la publicación pretendía ser un fanzine madrileño moderno. El número 10, correspondiente a noviembre de 1975, aparece con una nueva orientación –«como fruto de un trabajo que lleva camino de ser colectivo»– y con carácter extraordinario: dedicado a la urbe –«Usar la ciudad»–. Abre el boletín una entrevista de Bruno Vayssière con Félix Guattari, con un preámbulo de Leopoldo María Panero y Pepe Palacios. También incluye un tratado de Leopoldo que lleva por título «Acerca del excremento y de quienes lo devoran», toda una obsesión, esa de la inmundicia y las heces.

Chávarri observa que los rodajes con Leopoldo María han sido primordiales para el resultado final de la película: sobre él gira su segunda parte. Todo el filme se ha construido en la sala de montaje. Los nervios se apoderan de nuevo del director. Los Panero, que hasta la fecha no han visto ni un solo fotograma filmado, verán el copión de trabajo, todavía sin mezclar la banda sonora. Hasta no recibir el plácet de todos los «actores» no se llevará a cabo la mezcla. Una vez comprobado el trabajo final, algún miembro de la familia habla de hacer pequeñas modificaciones, a lo que Leopoldo se niega rotundamente: no hay nada que retocar.

El 16 de diciembre, la Fundación Juan March reclama a Leopoldo María Panero el trabajo terminado. El mes de agosto ha quedado atrás y no ha cumplido el plazo de entrega. Esas Navidades, en una de las ocasiones que pasó por la casa de Antonio Blanco, en la calle de la Princesa, número 18 –vecina del palacio del duque de Liria, donde reside la duquesa de Alba–, Leopoldo María conoció a Mercedes, hermana de Antonio y estudiante* en París desde 1971. Mechita, como familiarmente se la llamaba, tenía veintiún años, había oído hablar del poeta y sabía de *Teoría*, que juzgaba bueno. Oswaldo Muñoz, residente en la capital francesa, la conoció cuando Panero regresó a España y le habló mucho de su singular amigo.

Al conocerse, Mercedes Blanco y el poeta quedaron mutuamente seducidos. Para ella «tenía un atractivo vagamente inquietante, era

más bien guapo, brillante y provocativo, dotado de una cultura muy personal, muy desordenada […]. A pesar de lo incoherente de su pensamiento, podía ejercer cierta fascinación por su imaginación verbal, su humor aniñado en los momentos de recesión del delirio, su febrilidad y la insaciable violencia de sus apetitos en los momentos de crisis. Cuando lo conocí, su locura estaba en periodo de latencia, vivía una vida improductiva y tranquila, con relativa sumisión a su madre, muchas lecturas y charlas, y moderados excesos. Por desgracia nuestro encuentro coincidió con el inicio de un periodo fecundo de su psicosis (tal vez contribuyó a desencadenarlo por oscuras razones)».[1]

Según quienes la presenciaron, aquella relación de mutua fascinación fue un absurdo despeño hacia la más densa oscuridad. Leopoldo se enamoró ciegamente de Mercedes y, guiado por la analogía, la identificó como su *donna gentile*, la homologó con Zelda Sayre –la mujer de Scott Fitzgerald–, con Beatriz –la beatífica criatura que, entrevista apenas, presidió la vida de Dante Alighieri–, y la elevó a la categoría de deidad. «Comenzó entonces una producción delirante de mitos apocalípticos en que él era personaje principal de una conflagración cósmica, el Anticristo o su adversario. Todo ello enormemente confuso y turbulento. En esos mitos me concedió a mí un papel no menos aberrante, de divinidad femenina, en un proceso al que asistí con curiosidad e impotencia.»[2] Michi, que no llegó a conocerla, admite que Mechita fue el gran amor de su hermano durante un tiempo, aunque resultaba un vínculo muy destructivo. Felicidad estaba asombrada con la pareja, porque su hijo, incapaz de colaborar en ninguna tarea doméstica, cuando llevaba a Mercedes a comer a casa abandonaba la mesa para preparar el zumo de naranja a su amada.

En enero de 1976, la *universitaire* ha de incorporarse a su cometido y se marcha a París. Leopoldo entrega el texto finalizado a la Fundación Juan March y escribe a mano una interminable carta llena de párrafos ilegibles a su querida Mechita:

> Aquí te mando el primer poema de amor que haya hecho nunca […]. Te lo mando sin saber si todo ha muerto ahora en ti, sin saber siquiera si alguna vez tuvo realidad en ti ese deseo que deseo […]. Más que decir, pedir que tú digas, solo tú ahora puedes hablar cómo fue, por ejemplo, tu regreso a París: y si queda allí algo aún de mí […] o bien qué piensas de esa síntesis que quería Kierkegaard de lo «trágico y lo cómico»: el sufrimiento que ríe, la risa que duda. De esa síntesis habla ese libro suyo dirigido a una sola persona, que se llama *Temor y temblor** […]. Fue el fracaso quien me enseñó a escribir, y lo poco que sé de la victoria. A él le debo casi todo –el resto a ti […]–. Te diré que espero a que me escribas para, entre otras cosas, releer *La Vita Nuova** (siempre he pensado en escribir algo parecido, lo intenté varias veces, pero me faltaron los ánimos de terminarlo): no me atrevo aún a ser feliz, y esa es la escritura de la felicidad […]. La desesperación ha de ser la substancia de nuestro amor […]. El

amor, mientras no lo inventemos, es solo un deseo, no una satisfacción («de ahí, de la imposibilidad del amor, la perpetua insatisfacción del amante», dice Sartre en un texto que me desesperó [...] por ello me bastaría con que tú *desearas* amarme: porque es una difícil búsqueda la que intentamos, pues fuera de ella no nos sería posible vivir –y a nadie le ha sido posible vivir, hasta ahora. Falta la *significación,* la clave del enigma que explica cómo una libertad puede ser *absoluta*, es decir, tener como su objeto una *condición* absoluta: solo si la verdad se encuentra, nuestro amor será verdad. Mientras tanto nos queda el sufrimiento [...]. Un día me preguntaste para qué podrías «servirme» («no soy mecanógrafa»): yo, que no creo en el «valor de uso» y que sé que la única manera en que podrías «servirme» sería no haciéndolo, no siendo un objeto, pues el amor, dice Sartre, quiere poseer al otro, pero como una libertad –de ahí que el amor se acaba cuando el otro nos quiere como un autómata [...]–, yo te digo sin embargo que hay una manera en que podrías demostrarme tu amor: ayudándome en la búsqueda de él, que depende de la elaboración de una verdad. Ayudándome a reescribir, a corregir, a leer, en definitiva a *escribir* el libro que escribiremos juntos [...]. Nada más. Te quiero; escríbeme pronto; de mi vida aquí después que te fuiste, nada hay que contar, lo mismo que de toda mi vida: continúa siendo igual de grotesca [...]. Escríbeme como si te escribieras a ti misma; escribe para negar el miedo. Y termino con un deseo de tu mente que es mayor que el de tu cuerpo –es más, el segundo depende del primero– por lo que no escribo «besos», sino una vez más te quiere –como nadie lo ha hecho ni lo hará nunca contigo– aquel que solo espera que le halles, es decir

LEOPOLDO

P. S.: Estoy tratando de terminar cuanto antes la antología; también espero un dinero –diez mil pesetas de un texto breve para el libro sobre nuestra película.* Cuando logre una de las dos cosas –no sé si será antes de Semana Santa, lo dudo– me iré «Como si me persiguiese el Diablo» a París quizá con Javier Grandes,** que también tiene que irse [...]. Finalmente, te reservo aún una anunciada sorpresa: pienso escribir a Beatriz de Moura –la responsable de Editorial Tusquets, donde voy a publicar mi próximo libro de cuentos– para que inscriba una dedicatoria al frente de esos textos cuyo conjunto aún no sé cómo titular y uno de los cuales es «Mi madre» y que, copiando la de Fitzgerald a Zelda (*To Zelda, again*), digo «a Mercedes, una vez más». Primera dedicatoria, también, o segunda, después de mucho tiempo; la primera, y la única hasta ahora, fue a Ana María Moix (en *Por el camino de Swann*, la mujer por la que –no sé si te lo dije– me suicidé [ilegible]: estúpidamente, quizás, aunque lo que le ha ocurrido hace poco demuestre lo contrario.[3]

Además del compromiso de enviarle en fechas posteriores el guión sobre Peter Pan, Leopoldo le manda el siguiente poema titulado «Mercedes Blanco»:[4]

Al fin llegaste tú para mecer en tus brazos el cadáver de mi alma con la sonrisa de una muerta,
para decirme que la muerta habla para hacer el amor en la ceniza.

Al fin apareciste en medio del más puro
vacío-donde no quedaban

ya ni nombres ni palabras, ni siquiera
mi recuerdo en el mundo, en mí mismo:
al fin llegaste tú como un recuerdo.

Si aun siendo imposible que dejes de amarme, no obstante
tu corazón ciego se empeña en que me olvides
seré entonces yo el Imposible, seré
yo quien por entero encarne en cera
el rostro blanco de lo Imposible. Pero has venido aquí
como si te marcharas para siempre, a decirme
que aún queda una Verdad. Y ya has vencido
al agujero negro que hay detrás del alma
y que espera solo vernos caer, que nos espera.
Y comprendí que yo era. Y que si aún sería
«entre los muchos hombres uno solo»
como me dijo un traductor de Ausías,
lo sería sí,
pero siendo ese desierto
habitado por entero por ti,
que eras también uno solo.
Y te ofrecí el desierto como premio
y la soledad, para que la habitaras
sin jamás empero alterar su pureza;
te ofrecí, te ofrezco
mi destrucción. Y te dije tan solo
de mí que antes
de ti el presente era una forma del pasado;
y que esperar era una forma de faltarme el tiempo
oyendo solo, en el horizonte de la espera, el eco
de una música en que todo
calló como si nunca hubiera sido, y que sabía
que hacerlo le fue fácil, porque todo
tiene vocación de no haber sido: hasta la cosa
más simple quisiera
desaparecer. Pero llegaste tú para habitar ese eco
y dar sentido a la voz que habla sola
porque sabe –sabía– que era esa
la forma en que hablan todos, y la única
forma de hablar posible. Y besaste
suavemente en la boca mi baba,
que manchó una vez el papel en blanco.
Llegaste tú, y quisiera
haber sido aún menos, y arrepentirme aún más
de mi vida que otro vivió por mí.

Yo no soy quien me llamo: solo tú me nombras.
Yo no soy, ni eres tú, esta sombra que llamo
para que hable de ti como lo haría
la lluvia que no dejó nunca de caer; para ofrecerte tu reflejo
en el agua de un océano bajo la que alguien
dicen que está muerto-quizás tú que me sonríes.
Y me dijiste: la muerte habla, y te contesto:
solo los muertos hablan, entre ellos.
No te ofrezco ningún gozo, sino solo la dicha
fecunda de la imposibilidad, como aguijón continuo
de la invisible vida de nuestro amor. Te digo solo:
escucha cómo muere ese insecto, y te enseñé
en la mano una mosca muerta, y dije
he aquí nuestra riqueza. Y añadí: aprende
a no gritar jamás que nos amamos. Baste
susurrarlo, basten
tus labios para no decirlo:
porque *amor no ha sido aún forjado*
y si nadie ama como tú y yo podríamos
hacerlo: solo lentamente, inventando
la flor que no existió: si tú y yo ahora
nos amamos, habremos amado por primera vez.
No te ofrezco ningún gozo, sino solo la lucha
de la *hermosura subjetiva* por ser cierta,
sino solo el placer
de una agonía larga y segura porque única-
mente cuando muere se sabe
que fue la dicha. Este elefante muerto, esta búsqueda
de lo definitivamente perdido, esta espera
que solo espera hallar su propio discurso.
Te aguardo
al final del camino: no te ofrezco
ningún gozo:
acompáñame en la tumba.

El 9 de febrero de 1976, acompañado de una felicitación, Leopoldo recibe el último talón de la beca March, por importe de setenta y dos mil pesetas. El cuarenta por ciento del total: ciento ochenta mil pesetas. El trabajo nunca vio la luz en su integridad porque al autor jamás le satisfizo.

Poco después replica a un breve artículo de su amigo Eduardo Haro Ibars sobre el dadaísmo, en la revista *Triunfo*. Responde que existe una doble confusión en el articulista: «a) que Dadá fue un movimiento artístico *más*, y b) que Dadá "murió" accidentalmente».[5]

El anhelo de estar junto a su enamorada lleva a Leopoldo a la capital francesa. Se instala en su apartamento, situado en el número 22 del Passage du Génie, junto a la Place de la Bastille, en la *rive droite*. En plena luna de miel, allí pasará un mes y medio. Según él, juntos leen a Nostradamus y *Los ciento veinte días de Sodoma*, de Sade. Además juegan a realizar rituales de magia negra, actos de brujería y hechicería.

Una vez mezclada la banda sonora de *El desencanto*, esta hubo de pasar la censura. Querían cortar toda referencia a las drogas, según los recuerdos de Chávarri. Pero al final solo amputaron unas palabras de Leopoldo María. Cuando dialogan Felicidad, Michi y él en el jardín del Liceo Italiano, el poeta narra sus peripecias en el psiquiátrico de Barcelona. La madre le pregunta qué edad tenía entonces. Leopoldo responde: «Pues diecinueve años, que es la edad que se tiene para no sé, tener amores, amantes, etcétera, y no para…». A lo que Felicidad inquiere: «¿Y por qué no los tuviste?». Súbita contestación del hijo: «Pues porque en un manicomio es muy difícil. Bueno, te puedo decir que tuve algunos porque en un manicomio, en el de Reus, me la chupaban los subnormales por un paquete de tabaco. Y esos son los que tuve, ¿no?». El corte dado por los vigilantes de la moral fue «porque en un manicomio, en el de Reus, me la chupaban». Con Leopoldo en plano corto, el salto no pasó desapercibido, puesto que no había ningún recurso que lo cubriera. Quedó tal cual. Sin embargo, circularon copias con el discurso íntegro.

Leopoldo María Panero regresa de París y continúa con la vida desordenada. Transcurrida la hora crepuscular se reúne con sus amigos en un bar gallego, sin ningún atractivo, llamado El Figón de Juanita, en el 116 de la calle de Hortaleza, casi esquina a Fernando VI. Por allí transitan especímenes de todo tipo: Javier Barquín, Carlos Castilla, Juan Manuel Bonet, Marta Sánchez, Diego Lara, Eduardo Haro, Miguel Ángel Campano, Javier Grandes, Rafa Zarza, Antonio Blanco, Eduardo Bronchalo, Pepe Palacios, Adolfo Arrieta… Compartían, entre otras devociones, una desmesurada querencia por el alcohol, el hachís y otras sustancias. Aunque en esa etapa a Leopoldo le da por el Sosegón por vía intravenosa, que produce una analgesia equivalente a la de la morfina.

Quico Rivas, un joven sevillano recién llegado a Madrid y miembro del Comité Político de Acción Comunista –donde militan Bonet, Blanco y Castilla–, se incorpora al grupo y le presentan a Panero.

En los inicios de marzo de 1976, *El desencanto* se presenta en el vigésimo cuarto Festival Internacional de Cine de San Sebastián. En Vitoria, ciudad paralizada por una huelga, la policía irrumpe en la parroquia donde se celebra una asamblea multitudinaria de trabajadores. El resultado de tres obreros muertos y centenares de

heridos desata las iras del resto del país. Los movimientos de solidaridad desembocan en otra tragedia: un joven cae abatido por los disparos de la Guardia Civil en Basauri. La onda de repulsa alcanza al festival de cine. Tanto la productora como los Panero habían llegado al acuerdo de que, en caso de enrarecimiento del ambiente, se retiraría el filme del certamen. Aunque al borde de la suspensión, el festival continuó, pero *El desencanto* fue retirado.

El circuito madrileño que hacía el grupo de Leopoldo era siempre el mismo: Drugstore, El Figón de Juanita, El Limbo, Santa Bárbara, La Vaquería, El Junco, M&M, Stone's y, como remate, bien entrada la madrugada, O'Clock, donde confluían todas las «reinonas» más escandalosas de la noche. Locales por donde Panero dejó su marca con innumerables trapisondas. Como la vez que, en compañía de Will More y Javier Barquín, en el Drugstore de la calle de Fuencarral, dos venerables ancianas se vieron en la obligación de marcharse del local por culpa de Leopoldo María, quien las empezó a atosigar desde la mesa vecina. Las viejas rezongaban sobre la desvergüenza del joven. Este, armado de su risa desdeñosa y algo más, logró que las dos mujeres, tras mucho mascullar, salieran por piernas. Pero en el corto trayecto hasta la calle, con un macabro sentido del humor, el poeta siguió sus limitados pasos y volcó un cenicero con colillas incandescentes en el bolsillo de una de ellas. Con el consiguiente conato de incendio en su indumentaria, las dos ancianas, con una más que justificada indignación, trataron de quejarse al camarero, quien acabó echándolas del local para mayor regodeo del pirómano.

Los domingos, con la excusa de visitar el rastro, se estacionaban en La Bobia, un café a la vieja usanza que devino en bar cutre pero de grandes dimensiones, en la calle de San Millán, aledaño a la plaza de Cascorro. Por allí aparecen las primeras hornadas punkis y demás tribus de la cultura *under* y por allí deja caer sus ojos escrutadores Leopoldo María Panero, en busca de algún cubata despistado sobre la barra para salir con él semioculto y a toda prisa.

La revista *Ínsula*, en su número de abril, le publica el cuento «Acéfalo (Proyecto de una historia de terror)». El relato forma parte del conjunto que ha enviado a la editorial Tusquets para su próxima edición. Como no olvida a Mercedes y cada vez se siente más grafómano, compone la primera versión del poema «Schekina», donde incluye unos versos dedicados a su amada, y lo envía a París:

> […]
> Y heme aquí que ya he muerto, ya he gozado, *merced es*,
> de tu caridad, en verdad la única y suprema, porque
> en este mundo sin ojos debe de ser cierto
> que solo la muerte nos ve. Y ahora sé por fin

porque eras casi tan frágil como la inexistencia, porque
nunca sabías como llamarte y eras torpe para ser, y es que
en el país de los muertos solo habitas tú. He muerto porque
hacía falta morir para volver a amarte,
[…]

Pero él no tarda en seguir la ruta del poema. En primavera se marcha de nuevo a casa de Mercedes. Nadie se explica cómo puede llegar, ni su propia madre, porque la decisión de viajar la toma, con mucha firmeza, en un estado casi de delirio. En uno de los viajes que hizo a París llevó por todo equipaje un conejo blanco. Según Leopoldo, llevaba el símbolo de Osiris,* el símbolo de la luz moral y de la contemplación; un animal muy nervioso, como el diablo. Solo que era un conejo de peluche.

En la capital francesa estuvo hasta junio, cuando se le acabó el dinero –o se lo robaron–. De regreso encuentra una incipiente nueva ola que circula por Madrid. La ciudad quiere salir de las catacumbas, pero no resulta sencillo. Pese a la efervescencia política, los grupos pop asoman tímidamente en un país que acaba de perder a su «papaíto»: el dictador. España está crispada e impera el sectarismo, no hay lugar para el matiz. La dualidad es cristalina: blanco o negro, fachas o progres. No hay lugar para la heterodoxia, se impone la dialéctica guerracivilista. En la madrugada del 8 de junio de 1976, los Guerrilleros de Cristo Rey, encabezados por un guardia civil de la Brigada de Estupefacientes pero muy mañoso para los explosivos, colocan una bomba en La Vaquería. El destrozo fue absoluto y quedó cerrada durante cuatro meses. Inmediatamente, toda la hostelería afín del barrio instaló huchas para recaudar fondos con destino a los damnificados.

Nueva misiva de Leopoldo María Panero a su amada:

Querida Mercedes: quisiera que las palabras de esta carta sonaran con la misma tensa gravedad de una cantata de Bach, como dolor depurado, como la esencia del dolor. Vine dispuesto a cambiar el mundo, a cambiar al menos mi vida y por tanto mis relaciones con los otros: y ahora todo es mucho peor. Peor sí, peor –ofrezco un título: El peor Sentido– y quisiera solo tenderme a dormir sobre las ruinas de mí mismo. Comprendo sin embargo que ellos me miraran y no vieran nada, porque yo no estoy allí con ellos […].

Te amo, y temo que tu recuerdo se equivoque y olvide. No sé si podré soportar tanto tiempo sin verte. Me decías que tenías miedo de que yo hablara a los *petits rien* de ti: poco se me ha escapado de un secreto que, aunque yo quisiera divulgarle, solo es decible entre nosotros dos.

Te amaré siempre, y mi amor no puede ser más absoluto, porque incluye en sí la muerte. Pensar en ti es ya tan doloroso como la misma muerte.

Para mí tampoco ¿sabes? el Otro existe: cómo podría curarte de ello, si esa era mi única enfermedad –Nietzsche dijo «la más sola de las soledades», y un

esquizofrénico citado por Laing se refirió a ello afirmando *is different to be alone than to be lonely*–. Pero al menos yo a ti –casi me ha costado la locurate he conocido en la sombra, te he visto, he visto a mi hermana de pie en la sombra. Y si es verdad que estamos solos, podemos aún estarlo más, en un lugar que no existe y donde la soledad no asusta.

Pienso en la paz que no nos saben dar las lágrimas.
En aquella de la que ni siquiera la desesperación es capaz.
En sellar de una vez por todas nuestro secreto.
En ti, y en nada más.

Te ama en los límites de lo posible, hace tiempo sobrepasados

P. S.: te mando por avión algunos de los libros –no tengo mucho dinero y no encuentro aquí a nadie que me ayude a robarlos.6

El 21 de junio de 1976, remitida desde la casa materna, Leopoldo envía una escueta cuartilla –cinco líneas– a su amigo Antonio Martínez Sarrión:

La huida ha concluido, no haciéndolo todo huir, sino en una caída, de bruces, contra los límites de lo posible (que hubiera sido, sin embargo, que fue tan fácil traspasar)
(No sabéis leer)
Me niego a seguir escribiendo.

Piensa Sarrión que tan concisa y abstrusa nota, quizá, se debiera a la no publicación o rechazo de alguna colaboración que envió a la revista que él dirigía, *La Ilustración Poética*… Sin embargo, pese al rotundo final, un día más tarde recibe una nueva comunicación:

Querido Antonio: a la vista de tu misteriosa desaparición, del enigma de tu teléfono constantemente comunicando (buena política) y de la claridad de tu poema desolado, o peor aún, triste, te envío con la esperanza de restablecer contacto este largo poema para añadir a nuestra futura elucubración que espero matemática, como se hacía antes (tantas estrellas tal poema, etcétera, este no vale, este otro sí, etcétera); al releerlo me siento lleno de dudas y deposito en él poca fe, es decir lo considero «bueno» y eso para mí es una verdadera tragedia. Algún día te enseñaré *El último hombre*, un texto corto a lo *The Crack-Up* que eso sí creo que, modestamente, está bien. Bueno, mientras tanto, «mientras me atrevo y no me atrevo», vamos a por el libro, el librito de poemas, como decía Napoleón en el memorial de Santa Elena, «Después del desastre de Moscow se me creyó muerto políticamente; pero me restaba aún mi nombre y mi persona, y a los tres meses después volví a presentarme con 2.003 soldados». Bueno, bastantes menos, pero bastarán contra un ejército de mulos.

Preparo también un cuento gótico más (el último, creo por el momento), basado en una leyenda escandinava, y una novela sobre el Apocalipsis que va para largo, aunque me documento, me documento… en Meyrink y Joyce.

Leo mucho, ahora: Pound, Benn, Trakl, poesía provenzal (Martín de Riquer y algunos libros sueltos que conseguí en Francia), Corbière (una vez más), Meyrink, como te digo (*L'Ange à la fenêtre d'Occident*), Joyce (el *Ulises* en

traducción supervisada por Valéry Larbaud), como te digo, interpretaciones del Apocalipsis (Eliphas Lévi y modernas, Nostradamus y modernos intérpretes), profecías (viejas y modernas), ah y sobre todo: Böhme (*un choix de textes*), Nijinsky (el magnífico diario, el único loco literario que no es un mal viaje), Hegel, Lacan («De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis» donde dice «Ello piensa, verdad, más bien mal, pero piensa duro», ah, y también «El aserto de certidumbre anticipada» y el seminario *Encore*), una vez más, no los olvido y cada vez los comprendo mejor, Ovidio (*Las metamorfosis,* traducido por Quasimodo), y, bueno Arquíloco, fragmentos completos, traducción pésima de Adrados, y Stesicoro, Alcmán, bueno, y otros griegos. Algo saldrá de todo esto, ¿no crees?

Nada más y hasta pronto.

Un abrazo anticipado de

LEOPOLDO[7]

La máquina de escribir de Leopoldo María Panero no cesa. Tiene una actividad frenética. Quizá más que nunca. De nuevo unas líneas a su estimado Sarrión:

Querido Antonio: aquí te van algunos poemas del «New Deal», júzgalos críticamente, es decir, di si sobran versos y cuáles, si sobran poemas y por qué, etcétera. Para título de un posible libro (de poemas) qué te parece ese verso de Trakl, «Narciso en el acorde último de las flautas».

Un abrazo de

LEOPOLDO

Mantiene relación epistolar incluso con los amigos que ve a diario. Como en el caso del hermano de Mercedes, el abismático Antonio Blanco, un poeta de obra desconocida con una gran influencia de Leopoldo María. La carta que sigue recuerda a las que Gimferrer le remitía a este, de maestro a discípulo:

Bueno, el sol no habló, después de todo. Y la «fisura» de que tú hablas se cierra por el momento, en espera del tiempo, pero no se olvida. En cualquier caso no se trata de comprenderlo «todo» de golpe, de una «iluminación» («leyendo la Alquimia y W. Reich», yo no quería decir eso): eso solo es posible en la totalidad poética.

Tus poemas, bien el que comienza con una cita de Fitzgerald, estaría mejor si no cerraras el paréntesis, creo;[8] el que empieza «celestes devoran su pálida carne» estaría mucho mejor si terminara en «desentumecer los miembros», creo.[9]

Los otros dos no me gustan. Ah, y más dureza ¿no?, para eso sirve la poesía americana, W. C. Williams, por ejemplo, o Wallace Stevens, si quieres te presto libros (traducciones en español e italiano). Yo te mando uno mío que no está mal, al que se podría culpar de lo mismo. Llámame si quieres el viernes y «me veremos» en televisión, salgo por fin a las ocho.

Mechita, *all right,* me llamó, para los dos poemas primeros que voy a publicar (uno en *Ínsula* y otro en «Subterráneo») le he ideado dos bellas dedicatorias: «A Mercedes, por las bodas que vimos *sub umbra*», una, y otra «A Mercedes por el hilo que la une al secreto», otra, qué tal?

Un abrazo.[10]

En efecto, el viernes 25 de junio, la segunda cadena de Televisión Española emite el programa *Encuentro con las artes y las letras*, donde el joven poeta participa en un coloquio junto a Carlos Bousoño y Ángel González. Debaten sobre el libro *Teoría de la expresión poética* (1952), de Bousoño.

So pretexto de juicio literario, y bajo el título de «Malos escritores, no: delincuentes», Panero lanza en el semanario *Cuadernos para el Diálogo* (17-23 de julio de 1976) una diatriba más contra la crítica española y la mala literatura. En cambio, elogia vivamente *El vuelo de la celebración*, de Claudio Rodríguez. Casi de manera simultánea a esta publicación, escribe a su rendido admirador Antonio Blanco y le envía la fotocopia de un texto original para su valoración:

Querido Antonio: *sorry* por la metáfora ajedrecística: toda mi existencia no escrita es solo un acto fallido cuyo secreto designio es el fracaso («el fracaso, que recompensa su voto más secreto»); de ahí las constantes «meteduras de pata» determinadas todas por una voluntad que me habla cuando creo hablar, y que unos llaman «destino» y otros «inconsciente» y otros «el codicilo que el esclavo lleva a un Amo desconocido sin saber que está ahí escrita la orden de su muerte».

Como compensación, ahí están las fotocopias prometidas; espero de tu lectura de «El presentimiento de la locura» una crítica lo menos anfetamínica posible que me ayude, como se dice a «limarlo».

Un abrazo de

LEOPOLDO

P. S.: ya que «Solución» está *kaputt*, mándame si quieres lo de Aguirre[11] para publicarlo en la *Ilustración*.[12]

A principios del mes de agosto, Mercedes Blanco, ya en Madrid, y Leopoldo María Panero deciden pasar un par de semanas en Marruecos. Se hospedan en un hotel de Tánger, aunque también visitan Tetuán, y se pierden por las bulliciosas calles, entre la multitud de chilabas y riguroso negro. Visitan tiendas y cafetines del Zoco Chico y disfrutan de la permisividad y el exotismo de la ciudad que sedujo a Capote, Beckett, Bowles, Burroughs y tantos otros ilustres viajeros. A él ya no le queda ningún amigo en la vieja Tingis. De los que el poeta recuerda, pululan por ahí algunos camellos de poca monta.

Después del regreso a Madrid, el 17 de septiembre de 1976 se estrena en los cines Palace e Infantas *El desencanto*: el desgarro. Al estreno asisten Felicidad Blanc acompañada de un elegantísimo Miguel García de Sáez,* y Luis Rosales con su mujer, María Fouz (Maruja), además de un sinfín de personalidades de la cultura no oficial. Jaime Chávarri recuerda que lo que más le impresionó del acto fue ver a Felicidad del brazo de Luis Rosales –«Ven, que te va a encantar la

película», le decía ella mientras entraban en la sala–, cuando en el filme no sale muy bien parado el poeta granadino. Juan Luis no asistió al patio de butacas y prefirió esperar acompañado de una copa en el bar. Al finalizar la proyección, Maruja tenía interés en hablar con Feli y preguntarle sobre qué razones la habían llevado a aceptar aquello. Entonces Rosales, muy dolido, le dijo a su esposa: «María, vámonos». Felicidad le propone prolongar la velada y tomar algo y el poeta le respondió: «Por hoy ya tengo bastante».* Claudio Rodríguez y su mujer tan solo vieron las primeras escenas: abandonaron el local. Leopoldo María estuvo sentado junto a Sarrión y a la salida se marcharon con Juan Benet en su espectacular Daimler. Desde el interior del vehículo, la «estrella», a su paso por la puerta del local, saludaba a los concurrentes allí agolpados.

A las dos semanas, la película se retira del cine Infantas por su desastroso resultado. Pero poco a poco comienza a tener éxito entre un público muy determinado, y los articulistas, más que los críticos, comienzan a hablar del filme. Los más perspicaces quisieron ver una metáfora de la decadencia del régimen, ante la perplejidad del director, cuya principal ambición consistía en hacer películas; jamás pretendió ser autor. «No era una metáfora de nada. Yo lo único que quería era contar la historia de los Panero y en ningún momento se me ocurrió la metáfora de nada. Titulé *El desencanto* porque me encanta la palabra»,13 esgrime Jaime Chávarri desde la distancia.

Pese a las múltiples lecturas que se puedan hacer de la película, los sectores más reaccionarios de esta sociedad –y por tanto más hipócritas– fueron en una sola dirección y arremetieron contra la familia. Michi todavía recuerda la cantidad de llamadas anónimas de viejos fascistas y de indignadas conservadoras insultándolos agriamente. Aunque también los amigos se mostraron indignados. A José María Valverde le pareció una puñalada; para Claudio Rodríguez aquellas declaraciones de madre e hijos fueron «ruines, llenas de vileza; mucha cobardía, porque nadie puede defenderse estando muerto».14 Y este es el juicio de Francisco Umbral al respecto:

> Los Panero hicieron una película de escándalo, *El desencanto*, que les filmó Chávarri, donde venden toda su intimidad, haciendo almoneda de privacidades y recuerdos, de intimidades y otras cosas, porque no tenían nada que vender, para seguir viviendo y bebiendo, como no fuera el arcón visceral de la familia. Todo esto da como un poco de asco.
>
> Es el único asesinato del padre que se ha filmado jamás y a Freud le hubiera gustado mucho verlo, aunque está todo tan explícito que no hay gran cosa que deducir.
>
> Leopoldo Panero era buen poeta, mejor que sus hijos.15

Otros, como los amigos de sus hijos, enviaron rosas rojas a Felicidad. El psiquiatra Carlos Castilla del Pino la llamó para mostrarle su solidaridad.

En Astorga –donde se llegaron a fletar autocares para ir a León a ver la película, como si de *Helga** se tratara–, a los ocho días del estreno, en la madrugada del 25 de septiembre, apareció una silla sobre la cabeza de la escultura de Leopoldo Panero. La ciudad jamás entendió el destrozo que hicieron sus deudos del mito Panero. Les pareció un segundo enterramiento.

En Madrid, la película aguantó casi un año en cartel y en Barcelona más de doce meses. Sin embargo, hubo ciudades españolas en las que jamás se estrenó. A Chávarri le quisieron agredir después de una proyección en una sala de Granada. Michi recibió la oferta de un productor para interpretar el papel del desaparecido cantante melódico Nino Bravo, en una película biográfica. La leyenda de los Panero se había consolidado.

En una entrevista en *Star*, publicación barcelonesa dedicada a la cultura marginal, Leopoldo María explica sus proyectos más inmediatos, entre los que subraya el intento de llevar a efecto un procedimiento llamado «socio-análisis bio-energético»:

> Es un método práctico porque ese socio-análisis analiza al hombre tanto en simbólica relacional, en su simbólica bioenergética, y en su simbólica última, como en su lógica y estructura lingüística, o sea, a un nivel lingüístico-relacional bio-energético y todo esto empieza a ser la llave de la lógica inter-subjetiva, la famosa lógica inter-subjetiva con la que soñaba Lacan y que a su vez es la llave de la revolución. ¿Método? Practicarlo conmigo por medio de un psicoanálisis de lo más riguroso en base a estos mismos conceptos que yo he creado. Además tengo un equipo bastante perfecto, en el que tratamos de ver la realidad desde distintos ángulos, reunir lo fragmentado del conocimiento.[16]

Además de la entrevista publicaron, sin titular, la versión depurada del poema que le dedicó a Mercedes Blanco y que le envió a París a principios de año con el título manuscrito. «El primer poema de amor que haya hecho nunca», en palabras del poeta.

Querejeta edita el guión de la película con prólogo de Jorge Semprún –«El desencanto o las secretas ceremonias de la familia»– y unos textos añadidos de los protagonistas y del director. El aportado por Leopoldo María Panero lleva por título «Te escucho orinar al fondo de la habitación», una reflexión dadaísta sobre el significado de «la vida sigue». Su coetáneo Eduardo Haro Ibars, a quien el filme le pareció una obra de ficción muy interesante y el personaje de Leopoldo María el más lúcido de todos, escribió sobre el volumen editado y concretamente sobre el poeta:

> Su texto en el libro, oscuro y misterioso, parece a primera vista no tener nada

que ver con el resto del libro, ni con la película a la que este se remite: sin embargo, una segunda lectura meditada lo hace aparecer como profundamente aclaratorio. Desvela las claves de la situación atípica y esquizofrenogénica que atraviesa esta rara familia: situado desde la muerte, preconizador del «suicidio como solución» o como mensaje, da una dimensión de verdad a lo que hasta él no había sido más que narración de una historia, o «estampa de la vida burguesa».17

En septiembre, Beatriz de Moura edita *En lugar del hijo*, de Leopoldo María. Una colección de relatos de terror, más que física, metafísica. El volumen, bien acogido por la crítica, está dedicado a dos seres queridos: «A Antonio Maenza y a Mercedes Blanco, que con tanto valor abrieron los primeros este libro destruido y por ello viviente, en mi espíritu». Aunque a su amada le había prometido una dedicatoria distinta –«A Mercedes Blanco, una vez más»–. La edición incluye «Acéfalo», ya publicado en *Ínsula*, «Mi madre», «El presentimiento de la locura», cuya copia del original le había enviado a Antonio Blanco en julio y donde aparece un personaje llamado Jorge, trasunto del psicoanalista Jorge Alemán; las adaptaciones «Medea» y «La visión», el guión cinematográfico basado en *Peter Pan* de J. M. Barrie y también en *The wicked voice* de Vernon Lee, titulado «Hortus conclusus»; y finalmente el cuento «Allá donde un hombre muere, las águilas se reúnen», dedicado a M. E. F. –Mercedes Blanco, Enrique Murillo y Fe Blasco, su mujer.

El ensayo sobre Sade que Leopoldo María tiene escrito desde hace al menos dos años por fin ve la luz en octubre. «Sade o la imposibilidad» se ha convertido en el prólogo de una selección de obras menores del marqués, titulada *Cuentos, historietas y fábulas completas*, editado por Felmar. También aquí da vida –no vida– al monje polaco Ladislacwz Lubicz Wholesilenz –de silencio– y a Leopoldo del Vuoto, autor del extraordinario prólogo a la *Matemática demente*, de Carroll. Dos nuevas máscaras.18

Tras acumular nuevo material de trabajo, el escritor se lo envía a su amigo el canario Antonio Zaya para su posible publicación.

Querido Antonio: no sé si esta carta te encontrará subido a las escaleritas,* o me será devuelta sin firma. Los poemas que te mando forman creo casi todos parte de un libro a aparecer que se titulará «Narciso en el acorde último de las flautas» (un verso de Trakl). Empezará, entre otras, con la siguiente cita, que también en esta carta viene muy al caso, de Napoleón (del *Memorial de Santa Elena*): «Después del desastre de Moscow, me creyeron políticamente muerto, pero me quedaban mi nombre y mi cuerpo, y tres meses después volví con un ejército de 2.003 soldados». DiYenés, DIYENES, como diría Pound, el profeta, el Santo de la locura. Se acabó «La muerte de la literatura» y empieza «la escritura» (aún no he encontrado otro término mejor), y el Último Libro (mucho más allá de este librito de poemas, claro, aún estoy ciego, y mudo): el Apocalipsis ha comenzado ya, y nadie lo sabe [...].

Pero por ahora los poemas, los anuncios de televisión. Si te interesa alguno me gustaría que lo publicaras en «Subterráneo», la obscenidad de todos ellos, sutil por lo demás, me crearía problemas en otros lugares.

Qué tal tú, tu silencio, tus relaciones internacionales, tu condenada manía de escupir sobre los monos** al pasar, o bien de elogiar, contra la opinión más común, la singular belleza de su culo? (y de nada más). Ah, ¿y el surf? ¿Y el *fluctuat nec mergitur*? ¿Y la ola que nos salpica «conservando su forma», como decía Pound? Y tus libros, y tus hermanos gemelos y tus apocalipsis, y tus traducciones Gimferrer? Escríbeme, ya no escribirás a un muerto.

¿Convencido de que somos mucho más que Dios?

¿Y de que en la locura, entiéndaseme bien, en la LOCURA, está la llave para abrir el Infierno, que como afirmaba Swedenborg, de acuerdo con el más común de los sentidos, *es este mundo*? O no?

Ah, el falo que me gustaría que figurara en la primera página de todos los libros, o mejor en la última! Y Aleister Crowley, en el cielo, me lo imagino, cagando!

Y el viento que borrará su nombre. Un abrazo de

LEOPOLDO

P. S.: Si me publicas alguno, cualquiera que sea, ha de ser con la dedicatoria: «A Mercedes, por el hilo que la une al secreto».[19]

Al equipo de Enrique González Duro, creador del Hospital de Día en la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco, se le concede la sala del cine Palace para proyectar *Alguien voló sobre el nido del cuco*, de Milos Forman, *Vida de familia*, de Ken Loach, y *El desencanto*, de Jaime Chávarri. Costeado por la empresa del local, organizaron proyecciones y debates para enfermos y sus familiares, en sesión dominical-matinal. Felicidad y Leopoldo María asistieron a un debate muy vivo e inmediatamente él se lo cuenta a su amor:

Querida Mercedes: he conocido a una mujer maravillosa y que a ti estoy seguro que te gustaría mucho (comparte por lo demás tus mismas aficiones): y curiosamente cuando le enseñé tu foto me dijo «somos todas la misma». Y gracias a ella el mecanismo se ha puesto de nuevo en marcha, y esta vez más eficazmente que nunca; esta tarde estudiaré con una gente la posibilidad de resucitar la célebre «bio-política»; el proyecto es muy interesante y por ambas cosas (esta mujer y este proyecto) me gustaría que estuvieses aquí: ¿serás algún día capaz de dejar tu madriguera parisina? Mi hermano me ha dicho que si ganas las oposiciones a profesora de Instituto* el sueldo es de sesenta mil al mes, y a ti eso te sería fácil. Estoy en contacto con unas feministas** bastante inteligentes y que son profundas admiradoras de *Psychanalyse et politique*, también me gustaría que las conocieras.

Pero en fin, lo importante aquí es que la quiero a ella casi tanto como a ti, espero que eso no te disguste: ¿te acuerdas del final de *Women in love* de Ken Russell, cuando el protagonista dice que es posible amar a dos personas y la película concluye con un *I believe in that*?

Tuvimos un coloquio sobre la película con «enfermos mentales» en plan antisiquiátrico y fue muy divertido, puse verde al pretendido «antisiquiatra» que además resulta que me había tratado a mí –y de la forma más odiosa–;*** […]

descubrí aquí que peor que la patronal son los esquiroles: una de las «enfermas» fue quien más objeciones me puso; y asombrosamente, como sus argumentos manifestaban un cierto conocimiento de la brujería psiquiátrica, la chica esta se volvió y le pregunto: Oye ¿tú eres psiquiatra? Y ella contestó, «no, yo soy loca».

En fin, nada más. Solo quería decirte que estoy ya casi perfectamente, incluso de cierta interioridad que me evita el estar hablando sin parar, gracias a ti y a Sara**** –así se llama–, que mi amor se ha multiplicado por dos y… bueno, que «mis alas de gigante ya no me impiden volar».

Si me escribes, envía la carta con sello de urgencia porque si no hay huelga aquí en correos de brazos caídos y de otra manera tardaría años en llegarme.

Ay, y algo muy importante: cuantas más mujeres conozco, y esto es válido incluso en el caso de Sara, por mucho que la quiera y que esté muy bien, más me doy cuenta de tu *absoluta* superioridad, y de lo imbécil que fui al tomar por un objeto de cobre esa llave de oro con la que abriremos las puertas del cielo, y que eres tú.

De cualquier manera ¿no te parece que tres es el número perfecto?

Y pensar que nadie sabe que tú y yo detentamos el secreto de la catástrofe que ya empieza a iluminarnos!

Oh, querida, dentro de poco tiempo ¡cómo nos vamos a reír!

Y los que se rieron, qué mudos, qué ensordecidos quedaron por una risa más profunda, por la final carcajada de Dios ¡cómo desearán huir, y no podrán, de esta luz que hace daño y destruye!

Te mando mi último poema. Y como digo en él, si antes te ofrecí mi destrucción, ahora te ofrezco su desastre. No está mal como regalo, eh? Si no fuera porque has sido tú quien me lo ha dado.

Un inmenso abrazo de[20]

Entretanto, La Vaquería vuelve a abrir sus puertas el 8 de octubre de 1976. Leopoldo María se marcha de nuevo a París a reencontrarse con la felicidad y el otoño. En España, el 31 del mismo mes, el suplemento cultural «La liebre marceña», del diario tinerfeño *El Día*, publica un poema inédito suyo: «Eve» –«A Mercedes, por el hilo que la une al secreto»–, del volumen todavía desconocido *Narciso en el acorde último de las flautas*. Además, su amigo Antonio Zaya escribe una página elogiosa sobre el libro.

Igualmente en octubre, una nueva publicación irrumpe en escena: *El Viejo Topo*, una revista de pensamiento desde el marxismo más heterodoxo, una deliciosa pirueta de subversión. En el primer número se reseña *El desencanto*, película que no deja de cosechar buenas críticas: «un film fascinante»,[21] «la película más importante desde *El espíritu de la colmena*»,[22] «*Excelente* y decisiva»,[23] «los personajes se confiesan con una sobriedad, franqueza y dignidad de película de Ingmar Bergman»…[24]

En París los acontecimientos se precipitan, se despeñan. Una amiga de Mercedes decide quitarse la vida, lo que provoca el delirio en Leopoldo: acusa a su amada de ser la responsable de tan drástico acto. La pareja entra en una pendiente de la que resulta difícil salir, se quiebra el encanto. Él se ve con Adolfo Arrieta, que reside en la capital

francesa, con Joaquín Lledó, que se dedica al cine, oculto en el seudónimo de Joaquín Noesí, y con su mujer, Juliette Schweitzer, hija del que había sido director general del Fondo Monetario Internacional.* Pero en diciembre Panero regresa a Madrid y se instala de nuevo en lo que Michi bautizó como Villa Vomitona o Ibiza, número 35, desde donde perseverante escribe a Mercedes:

> ¿Cuándo vienes? Podrías al menos salir de tu escondite para una palabra, escrita o telefoneada. La culpabilidad reprimida se transforma en autoagresión de un superyó inconsciente («masoquismo» – llanto, etcétera), de modo que no veo las ventajas de escapar de donde no se sale más que «pasando por todo», como decía Böhme.
>
> Pero, de cualquier modo, gracias por *forzarme* a resolver a tiempo un problema tan delicado.
>
> Un abrazo de
>
> LEOPOLDO
>
> P. S.: Te mando mi último poema, a ti secretamente dedicado.25

Con motivo de la proximidad de las fiestas navideñas, Mercedes llega a Madrid y se produce el encuentro. Sin embargo, la situación entre ambos es insostenible y Mechita decide romper definitivamente con Leopoldo María, pese a la resistencia de este. El hiperactivo autor, con la herida sin cicatrizar, no tarda en plantarse de nuevo en la Ciudad Condal, donde presenta su nueva obra, *En lugar del hijo*. Leopoldo María Panero, acompañado de su amiga Cristina Alberdi, que asiste al Primer Congreso Internacional de Mujeres Juristas celebrado en Barcelona, pronuncia una conferencia en la sala Vinçon titulada «La gran política o política de las artes prohibidas», obstruida de referencias lacanianas. La joven que está al frente de la sala de exposiciones, Conchita Sitges, es quien le invita a dar la plática. La galería está colmada de una concurrencia expectante que escucha la disertación del poeta apoyado en la barra de un mueble-bar, que él solicitó para el evento. Conchita, entonces novia del narrador Enrique Vila-Matas –autor de *Mujer en el espejo contemplando el paisaje* (1973)–, quedó fascinada con el ponente, de gran popularidad en aquellos momentos debido a la película de Chávarri. Leopoldo invadió de súbito la casa de Conchita, en la calle de Pujol, donde vivía más gente, como el travestido de las Ramblas, el andaluz José Pérez Ocaña,* y Vila-Matas, que no estaba de acuerdo con aceptar al nuevo inquilino, presagiando algún cataclismo final.

Leopoldo María Panero y Biel Mesquida, colaborador de *El Viejo Topo*, visitan a Carlos Barral con intención de grabar una entrevista conjunta con José María Castellet y Jaime Gil de Biedma, que no apareció. El antólogo de los novísimos se presentó mediada la grabación. Barral se siente sometido a una tortura de prosa

burbujeante, llena de significantes y polisemias por parte de Leopoldo. Le abruman tantas citas, tantos títulos, tantos autores, alguno de los cuales le avergüenza desconocer.[26] Al finalizar la entrevista Panero intenta enfocar una cámara de fotos a los más extraños rincones. Se divierte con desbocadas carcajadas y les divierte.

El 25 de diciembre, durante una entrevista para el *Diario de Barcelona* en casa de Conchita Sitges, Leopoldo estuvo a punto de chamuscarse el trasero a causa de un inesperado incidente. Como siempre fumaba más de lo tolerable, y además lo hacía con desdén, una brasa se despistó en el sillón donde estaba sentado. Se originó una cómica situación de alarma que desembocó en las carcajadas de los allí reunidos. La ceniza es el rastro de su existencia.

De regreso en Madrid, y con Mercedes en París, el 22 de enero de 1977 el autor ofreció una conferencia en la galería Ponce –calle Mayor– con motivo de la presentación de *En lugar del hijo*. La misma disertación –«La gran política o política de las artes prohibidas»– y el mismo ritual que en Barcelona. Junto a él intervienen el crítico de arte Juan Manuel Bonet, el psicoanalista Jorge Alemán y Cristina Alberdi, del Seminario Colectivo Feminista.

Conchita Sitges, ya desligada de Enrique Vila-Matas, se presenta en Madrid; viene a visitar al poeta, pero este, enredado en otros asuntos, no le da el debido trato. Se marcha a Barcelona bastante afectada. El corazón de Leopoldo María sigue en París y allí van destinadas sus letras:

> Querida (sí, querida tercamente a pesar del mundo y de mí mismo) Mercedes: quisiera decirte tantas cosas, tantas cosas para que me perdones y vuelvas conmigo, es decir al castillo de donde no se vuelve; quisiera decirte tantas cosas para que, si es verdad que el sufrimiento significa sellar la herida con mis palabras… quisiera decirte, y sin embargo solo veo cómo las palabras caen de mi boca y se estrellan contra el suelo sin ruido y sin palabras.
>
> Anoche creía que todo había acabado ya, y sin embargo aquí estoy de nuevo, desde luego mal, pero mejor. Y eso me ha hecho pensar en lo que me hablaste del libro de Job, y me he dicho: ahí está el arma, en la paciencia y la tenacidad de la roca o de la montaña; pensé: si me ha vuelto loco ahora, si ha destruido mi entorno, pues… pues nada, solo saber que nadie se pierde si no quiere y por tanto no tiene nada que hacer: me destruye una vez, pues bien, esperar arreglarlo unos días y no desesperar, y así una y otra vez.
>
> En fin, como verás ahora escribo muy mal, creo que he perdido esa brillantez de antes, pero me digo: no para siempre.
>
> Nada más por tanto sino decirte que cuando pienso en ti lo hago con un dolor horrible y suave, porque me doy cuenta de que aún te quiero. Si tú sientes algo parecido, escríbeme por lo pronto y luego, cuando acabes los exámenes, trata de venir aquí.
>
> Un apretado y sufriente abrazo
>
> P. S.: sabes que invertí nuestras funciones en ese gran libro? El sexto sello, el

que a ti te atribuía, es el orgullo, y el séptimo, el que me atribuyo, la lujuria.27

El príncipe de los excesos, el hombre que vaga por los bares y las callejas de Madrid, acaba de madrugada, cuando acaba, y el fin de la deriva tiene lugar en la casa materna. Felicidad, por recomendación de Carlos Castilla del Pino –con quien tiene prolongadas charlas telefónicas–, le atiborra de Haloperidol. Leopoldo, que bebe para envalentonarse, desconoce el suministro que su madre aplica en el gazpacho –este le cautiva– o en otras dietas blandas. El alcohol* le excita y le vuelve agresivo con Felicidad, que en más de una ocasión tuvo que refugiarse en casa de alguna amiga.

Terco y tenaz, Leopoldo María no cesa en la utilización del correo como vehículo de notificación amorosa. El envío de cartas y poemas inéditos a Mechita es insistente. A la destinataria se le hace sofocante.

A comienzos de febrero el obstinado y dañado escritor decide marchar de nuevo a París con el fin de tratar de restaurar el amor perdido. Felicidad escribe a su hijo desde Madrid, desde su cuartito –la recepción– del Ministerio de Cultura, su lugar de trabajo:

Querido Leopoldo:

Me dio alegría tu carta después de verte marchar aquella mañana a París y de aquellos días tan atroces me quedé sin ánimo de nada, ni siquiera venía al Ministerio. Y solo ante la idea de que me echaran, he vuelto por aquí.

Yo te pido Leopoldo que nunca trates de cambiar mi vida ni de imponerme a mí la tuya, ya es demasiado tarde para cambiarla y no consigues más que destruirme.

He cogido horror a la casa de Ibiza, quisiera marcharme pues todo lo que tengo es malos recuerdos, quizás la destrucción que hiciste de ella era necesaria para comprender que el seguir aquí atada no tiene ya sentido.

Escribí a Miguel García de Sáez y le pedía que me buscara una casa pequeña en Ibiza «isla» (siempre cambiar la calle por la isla sería mejor) y un trabajo allí. Si lo consigo me iré. Quisiera pasar mis últimos años lejos de estas malditas paredes.

No he encontrado más que un libro que te mando, el paquete de Mechita en donde dices que estaban los otros dos debiste deshacerlo y los libros por todas partes diseminados hacen más difícil la tarea de buscarlos. Te mando con esta carta *El Viejo Topo* con tu entrevista.28 Juan Manuel Bonet le dijo a María [Ruiz] que esperaba que le mandaras lo que habíais quedado […].

También hoy Díaz Plaja que pasó por el Ministerio me dijo que su hija te admiraba mucho.

Ayer vino Ramón el de Tarragona, me vi un rato con él, había visto la película en Sevilla y dice que allí eres un ídolo para la gente. ¿Qué vas a hacer con las conferencias? La conferencia he quedado en recogerla esta tarde en casa de Cristina [Alberdi], en cuanto la tenga te la enviaré así como los libros tuyos.29

La pareja se reconcilia –según testigos presenciales la fascinación era mutua– y viaja a Barcelona. Leopoldo, llevado de su instinto, recurre a su amigo Enrique Murillo,* residente en la calle del Conde de Borrell,

número 116, cerca de Gran Vía. Este les da cobijo, pero, a los pocos días, todo explota otra vez. Mercedes desaparece y regresa a París huyendo de la quema. Él se queda varias semanas más. Recibe pequeñas asignaciones de su madre a la vez que la medicación. Recuerda Murillo las exégesis de Panero sobre la energía de los excrementos: el individuo ha de estar en contacto físico con la deposición. Al tiempo, se han de enchufar dos cables a la corriente, cuyos extremos opuestos estén acoplados a las heces. En el momento de introducir los cables en el enchufe, el sujeto recibirá una descarga, con lo que queda demostrada la transmisión de la energía a través de algo tan inocuo como los productos procedentes del proceso catabólico.

En una de aquellas jornadas, Enrique Vila-Matas lo encontró durmiendo –al menos tenía los párpados cerrados– a las seis de la tarde en un banco de la Vía Augusta. «Mira qué bien», pensó, «no me verá». Enrique iba tan contento a una cita cuando Leopoldo brincó enérgicamente y le pidió limosna. Le extendió la palma de la mano para que le dejase alguna moneda, gesto que al narrador le hizo sentirse muy ridículo y le soltó diez duros. Todavía hoy tiene la duda de si se lo pidió como un acto de provocación o sencillamente no le reconoció.

Los ecos de *El desencanto* hacen que Felicidad Blanc reciba la oferta de redactar sus memorias. Natividad Massanés, profesora de literatura residente en Barcelona, se desplaza a Madrid y le propone hacerlo para una colección de testimonios femeninos que va a lanzar la editorial Argos Vergara. La viuda del poeta de Astorga rechaza la idea porque le falta tiempo y sabe lo que le cuesta escribir por su experiencia de años anteriores.

Ella necesita reparar su imagen porque no quedó satisfecha de la película. Los protagonistas, piensa, son sus descendientes. Requiere la ayuda de alguien y sugiere como redactor a algún amigo de sus hijos, propuesta que Natividad desestima porque lo que ella busca es el relato de una mujer sin la intervención de la mano de un hombre. Se ofrece ella misma. Felicidad resucitará sus recuerdos y grabarán esas conversaciones. La dama de voz bien modulada acepta.

# 10. HACIA EL PRECIPICIO (1977-1978)

Por lo que un hombre acaba de mendigo, de borracho o de monstruo, es por la luz. Y la luz no es nuestra.

Una pequeña escala en Madrid, lo suficiente para proveerse de intendencia y redactar unas cartas exculpatorias con destino a París, permite al escritor adquirir nuevos bríos y emprender una incursión más en la capital gala. Intenta recuperar a su amada; sin embargo, evocando a su admirado Bataille, Leopoldo María Panero es presa de lo imposible. Se instala en el 22 del Passage du Génie, el apartamento de Mercedes Blanco, del que conserva un juego de llaves. Pero ella no duda un instante y, forzada por las circunstancias, decide abandonar su propio domicilio. Se marcha a la casa de una amiga.

Leopoldo María, amo y señor, convirtió el apartamento en una auténtica cochiquera. Herido por la marcha de Mercedes, inunda la vivienda con el fin de llevar a cabo un experimento o con el simple ánimo de venganza contra la ausente. Muy deteriorado tanto física como psíquicamente a raíz de la ruptura, el poeta hizo del alojamiento un estanque sin patos. Abrió indiscriminadamente los grifos y dejó manar el agua hasta que el vecino de abajo, alarmado por las goteras del techo de su casa, avisó a los bomberos. Moqueta podrida, instalación eléctrica en estado de alerta, libros despedazados, olor putrefacto… Cuando Mechita llegó a su domicilio se encontró un paisaje desolador. En dos o tres semanas, el nido de amor se mudó en albañal.

Despechado y terriblemente desmejorado, Leopoldo María Panero vagabundea por los bajos fondos parisienses y medio vive en los basureros. Ha descubierto que allí encuentra de todo, desde la ropa que lleva encima hasta el sustento, aunque sin muchas exquisiteces. En ocasiones se alimenta de latas de conserva intactas, pero con la fecha de caducidad remota. Precisamente por haber ingerido uno de esos productos enlatados, sufrió una indigestión de la que pese a todo salió airoso. Piensa que es el lugar idóneo para vivir: no hace falta nada, tiene de todo. Su nuevo hallazgo, en la frontera de lo existencial y lo intelectual, lo lleva a la escritura; la *poubelle* es simbólicamente lo que no queremos de nosotros mismos. Le preocupan los excedentes del consumo desde el ángulo psicoanalítico y comienza la elaboración de un tratado sobre los desechos, la basura.

Cuando logró la dirección de Félix Guattari se personó ante la

puerta con la intención de ganarlo para su causa y explicarle su tesis sobre el socio-análisis bio-energético y la anorexia manicomial. El psicoanalista de La Borde le atendió no más de media hora y escuchó con paciencia el confuso discurso del poeta, quien portaba una bolsa llena de basura que había estado recogiendo horas antes. No lo dudó un segundo; en un acto de furor surrealista la dejó detrás de una cortina que encontró en el domicilio. El filósofo y miembro de la escuela freudiana de París despidió al español con sumo honor, según el testimonio de Panero.

En una de estas jornadas, Leopoldo María se encuentra con un mendicante ciego que canta aleluyas con su brazo extendido. Panero, sin misericordia, se despoja de su flamante dentadura postiza y la deja sobre la lisa y pordiosera palma de la mano de aquel desnutrido invidente. Continúa con su vocación por el exceso.

En un encuentro casual con Oswaldo Muñoz, una tarde de marzo, Panero, sin rumbo y con los ojos inyectados de fuego, le mostró una botellita de agua a Oswaldo, rogándole que le acompañase a purificar con el líquido elemento. Después de ducharse recogía en pequeños frascos dosis de agua donde quedaba impregnada la electricidad corporal o electricidad estática. Era su teoría sobre el esquizoanálisis. Se trataba de contagiar a quienes a sus ojos merecieran la pena de ser salvados –o condenados– mediante un discreto e inadvertido chorrito de agua. A la altura de la Rue de Buci, cerca de Saint-Germain, toparon con una comitiva electoral encabezada por Jacques Chirac, posteriormente presidente de la República. Rodeado por su servicio de seguridad y mientras saluda en la acera a un pescadero, a Leopoldo María Panero se le ocurre la idea de derramar un hilillo de agua sobre el traje del entonces alcalde de París. Cuando se lo propone a su amigo, Oswaldo trata de disuadirle y, llegado el caso, interponerse en lo que considera un auténtico disparate. Sin embargo, una luz ilumina al loco en el último segundo, en el momento preciso. Se mojó la mano con el agua mágica y, salvando a los infranqueables guardaespaldas de modo inexplicable, Leopoldo María estrechó la mano de Chirac, igual que hizo el atemorizado Oswaldo inmediatamente después deseándole mucha suerte en las urnas. Los sicarios los atravesaron con la mirada. Días después, en las tertulias de La Boule d’Or, un más que eufórico Leopoldo María aseguraba que iban a cambiar muchas cosas en la vida de París gracias al contacto que había tenido con Chirac.

Metida de lleno en las sesiones rememoradoras, Felicidad Blanc trabaja con empeño junto a Natividad Massanés. Recluidas en las tardes lluviosas de invierno, la viuda del poeta desentierra tiempos pretéritos asistida por fotografías, cartas, documentos y recortes

rancios. Ya sola, en un rato de reposo, escribe a su hijo:

Querido Leopoldo:

Aunque termino literalmente extenuada después de grabaciones de cuatro y cinco horas, no por eso he dejado de ocuparme de tus cosas. Busqué tus libros y salvo el de *Graphologie* de Pierre Foix, creo que te he encontrado todos. Ayer fui a Visor y conseguí *Todos somos uno*. No le quedaba más que este volumen, como no pesa mucho te lo mando como carta «urgente» y así te llegará antes. Los demás van en dos paquetes y esta mañana los llevo a correos.

De las direcciones que me pides te incluyo una tarjeta con todas ellas. Afortunadamente me llamó Conchita* que estaba ya fuera del Sanatorio y la encontré muy bien, me proporcionó la de Rata [Valentí] y la de Ana [Moix] y me dijo que te escribiría.

Por la noche hablé con Rata y le dio mucha alegría saber de ti, me dijo que te escribiría también.

Te mando también las señas de Jorge Alemán, fui un día a verle después que te marchaste, pues me encontraba muy mal. Y no creo que haya un psicoanalista mejor que él. Me aclaró muchas cosas mías, que falta me hacía que se aclararan. Tiene por ti mucha admiración. Escríbele […].

Creo que tu libro** se vende mucho, según me dijo Jesús [García Sánchez, Chus Visor] y Juan Luis, que lo leyó en no sé dónde, que después del de Neruda el tuyo ocupaba el segundo lugar.

Por cierto que uno de los libros que te mandé era para Adolfo [Arrieta] pues el pobre a pesar de que eran bastantes libros no quiero dejar ninguno. ¿Te entregó también la conferencia? Espero que no se le olvidara […].

Me imagino que estás sin ropa, ¿quieres que te mande una chaqueta, unos vaqueros y el abrigo? Podría hacerlo por avión en una caja y si quieres la máquina de afeitar negra.[1]

El semanario *Triunfo* publica una elogiosa crítica de *En lugar del hijo*. Soledad Puértolas, la autora, apunta sobre el estremecedor libro: «Cuentos narrados en un cuidado y correctísimo estilo».[2] Muy pocos días después de su última misiva, Felicidad vuelve a escribirle unas breves líneas:

Querido Leopoldo: […] como verás tu libro es un éxito. En la *Guía del Ocio* figuras en segundo lugar del mes, en los libros que más se han vendido.

Por Adolfo que llamó a Javier [Grandes] ayer sé que tienes una habitación ahí que no está mal. Todavía no se ha firmado lo de Astorga,* dicen que esta semana ya veremos. Juan Luis está desesperado esperando el dinero para marcharse a Bogotá. Yo abrumada con las memorias, la señora que ha venido me tiene todo el día trabajando, es implacable. Mañana se va por unos días** y como tendré un poco más de tiempo te mandaré la ropa.

Te mando este pequeño obsequio que espero que llegue a tus manos. Un abrazo muy fuerte de tu madre

FELICIDAD[3]

El estado de Leopoldo María es de absoluta indigencia, por lo que le amparan algunos amigos. En primavera, su madre le envía dinero y una máquina de escribir a través de Juan Manuel Bonet, de madre

francesa, que con el pintor de vanguardia Pancho Ortuño viaja a París con idea de visitar el Centro Pompidou, donde se exhibe *París-New York,* una exposición sobre las relaciones artísticas entre las dos ciudades a lo largo del siglo. Llegan en tren a la estación de Austerlitz y recorren el andén. Mientras caminan entre la multitud de viajeros, de pronto, ven a alguien que se les abalanza. Es Leopoldo María Panero, con una pinta infame, acompañado de Poppy,*** a quien presenta como su Astrana Marín, su Polidori. Leopoldo está demacrado, extremadamente delgado y sin apenas dientes: irreconocible. De inmediato los conduce a la cantina de la estación porque Poppy y él han tomado unos cruasanes y como no tenían con qué pagar han dejado el reloj en prenda, a la espera de la llegada de los amigos españoles. Además de liquidar la deuda pendiente continuaron comiendo cruasanes hasta que se despidieron.

Leopoldo se había incrustado en la casa de Bruno Vayssière, un urbanista ligado a Félix Guattari que conoció a Bonet en un viaje que hizo a Madrid con ánimo de tomar contacto con la izquierda radical española. Pero Bruno estaba harto de él, se quejaba de su falta de aseo, de la difícil convivencia. Aseguraba haberlo rescatado de la basura, hecho un guiñapo, en diversas ocasiones.

Después de cenar en casa de Vayssière, en una noche de francachela, Pancho Ortuño y Leopoldo María terminaron en el Barrio Latino. Pararon un taxi y mientras conversaban con el conductor, ventanilla de por medio, sobre el destino y el pecunio, otro del gremio le arreó un soberbio castañazo en la parte trasera. Malhumorado, el chófer avasallado se empeñó en culpar del accidente a los hipotéticos clientes, para lo que solicitó su dirección. Pero el poeta, rápido de reflejos, no dio lugar a la duda: «Leopoldo María Panero. Hotel de Ville». Con lo que el taxista se enfureció todavía más. Aseguraba la imposibilidad y la inexistencia de tal domicilio, puesto que se trataba del ayuntamiento. Panero insistía y ofrecía un número de habitación. Era un diálogo de sordos. La trifulca se zanjó como en las comedias, con la chunga de unos y, ante el absurdo intento de obtener respuesta, el consiguiente cabreo de otros. El taxista quedó enfurecido mientras, cabeceando, contemplaba incrédulo la avería del vehículo.

A continuación, los dos perdularios aterrizaron en un *drugstore* del Latino donde disponían de librería, lo que lo hacía más apetitoso para Panero, uno de cuyos mayores placeres consistía en robar libros, aunque dada su iconoclastia luego los acababa regalando. Se perdió entre los anaqueles y cuando Pancho lo encontró estaba en bronca discusión con dos tipos. El asunto empezó a ponerse feo y de pronto asomó el fulgor de un arma blanca. Con más audacia que denuedo, Ortuño les pegó un empellón, momento en el que el pintor y el poeta pusieron pies en polvorosa hasta localizar un taxi para emprender la

huida de la zona asociada con artistas e intelectuales.

Leopoldo María Panero acompaña a Bonet y a Ortuño a visitar la exposición *París-New York*. Ante un cuadro totalmente negro con sugerentes trazos, del norteamericano Ad Reinhardt, Leopoldo reacciona con ironía: «Este también es un clásico de la modernidad», sentencia que acompaña con una estruendosa y cavernaria carcajada. Pancho, entonces muy entusiasta de la abstracción, frunció el ceño.

A la salida se acercaron al Café de Flore, donde estaban citados con los pintores Fernando Zóbel y Carmen Laffón. Leopoldo pasó antes por la prestigiosa librería La Hune, en el Boulevard Saint Germain, entre Les Deux Magots y el Café de Flore. Apareció en la terraza con un libro del poeta inglés John Clare, que siempre le interesó mucho. Ante la mirada atónita de Zóbel, Panero empezó a recitar algunos versos. Arrastraba consigo una bolsa enorme de ropa que ya no utilizaba y cuyo destino era L'Armée du Salut. Correspondía así a la ayuda que le prestaron en un momento dado y pretendía donar toda su indumentaria a los que llegaran necesitados al Ejército de Salvación. Fernando Zóbel, atildado y rico por su familia filipina, quedó deslumbrado a la vez que encogido con el personaje que tenía ante sí.

Mercedes continúa huyendo de Leopoldo. Él regresa a Madrid y vuelven las epístolas:

> perdona mechita no mercedes no sé ni con qué cara te escribo, soy un cabrón un imbécil un tonto y una mierda, y esto es mi autoanálisis entre otras cosas; bueno, lo de la basura no estuvo mal, verdad, lo hice por ti aunque confieso que te odiaba en parte, odiaba tu frialdad, porque bueno a una criada se la despide mejor de otra forma, no? Por lo menos con una palabra. *But speak a word only*. Ahora voy a hacer un trabajo aquí en Madrid sobre presos comunes, psiquiatrizados en *lutta*, voy a alquilar un apartamento y a trabajar con ellos como uno más, y bueno para llamar por teléfono tengo fichas, y bueno tienes razón soy un caballito, un caballito que ya no se atreve a pensar ni bien ni mal ni regular, un loco, un tonto, me gustaría tanto que me escribieras para insultarme. Una vez le dije a un tipo al salir de la semana homosexual después de hacer tonterías como tragarme cristales (eso puedo decirlo, no? o pensarlo al menos, eso está mejor, perdona…) le dije: *messieux*, o *monsieur* como dices tú (ahora hablo francés con un acento muy chulo que te haría mucha gracia) *j'ai etudie boucop de choses et ça ne serve a rien, c'est plus simple que ça, tout concite en etre sincere avec soi meme, c'est a dire avec les autres, et avec le corps aussi, et avec le corps jamais je l'eté parte que ma mere m'a volé le corps a la rue d'Ibiza 35, qui n'existe pas (a Paris)*.* Ah, la gramática primitiva la aprendo con los niños, y me voy a psicoanalizar pues con la gente.[4]

En el número de abril, *El Viejo Topo*[5] publica una entrevista que le hicieron Biel Mesquida y Leopoldo María Panero a Jaime Gil de Biedma en Barcelona. Festivo y paciente, el autor de *Moralidades*, buen conversador, soportó con cierto estoicismo el envite de los –para ser piadosos– intrépidos interlocutores. Jaime tenía mucha manía a los

Panero, sobre quienes dictaba una sentencia brutal: «Son señoritos de provincia venidos a menos, que tienen un Edipo entre tres».[6] Aunque Leopoldo María le sacaba de sus casillas –era su opuesto–, siempre le interesó el poema «Deseo de ser piel roja».

La cotidianidad madrileña transcurre por la senda habitual, Leopoldo María sigue saliendo con la pandilla del hermano de su frustrado amor, Mechita, a la que continúa enviando mensajes:

> Querida Mercedes: perdona lo fúnebre de la otra carta. Aquí te mando el talón que tienes que entregar, creo, en Iberia para recoger los libros. No sé si te mandarán aviso de que han llegado, bueno, creo que sí, porque a mí en Tánger creo que me lo mandaron. Tengo la sensación de no haberme separado nunca de ti, y sin embargo, sin embargo!
>
> Qué tal Humphrey Bogart? Te envío también tu copia del *Último hombre*, que me llevé, y una fotocopia para García Calvo.*
>
> Y tus exámenes? Vi a tu «germano» (como diría aquella profesora de alemán de que te hablé) bueno, de toda la pandilla el único algo dotado de lenguaje. Aunque los demás tampoco están demasiado mal. Pongo únicamente reparos a su talante aristocrático (me refiero sobre todo a la pareja Marta-Castilla** que contra todos los pronósticos sigue en pie).
>
> Ah, y perdona, se me olvidaron los *Écrits* [de Jacques Lacan, 1966], te los mandaré en otra ocasión, devuélveme si quieres cuando los leas *En pos del milenio*, los evangelios apócrifos y el *ABC de la lectura*, los demás son para ti.
>
> ¿Necesitas dinero? Ahora estamos ricos, gracias a mi hermano Michi (quien tal vez me produzca la película)*** y un poco a unos atrasos que me debían del porcentaje de venta del libro de Carroll.
>
> ¿Y el tratado de Matemáticas?
>
> *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* no hace falta que lo traduzcas, ya han traducido aquí el segundo tomo de los *Écrits* muy mal, pero qué se le va a hacer.
>
> Me gustaría tanto que me llamaras algún día.
>
> Nada más. Te amo y ahora –puedes estar segura– para siempre.
>
> LEOPOLDO
>
> ¿Podrías tratar de reconstruir los fragmentos de aquel poema que te mandé y rompí, «Eve»? No encuentro la otra copia.[7]

Un día de abril de 1977, en un bar de la madrileña avenida de la Reina Victoria, el periodista Eduardo Bronchalo –entonces en *Informaciones*– presenta a Leopoldo María Panero y a Marava Domínguez Torán. A Marava (María Luisa) lo primero que se le ocurre comentar es que ha visto *El desencanto*. El poeta soltó la coz: «No seas pesada». Acto seguido, ella le confiesa que también es esquizofrénica. Él debió de pensar: «Una loca que se me viene encima». Ante la actitud displicente del «actor», Marava, dos años menor que Leopoldo, se levantó de la mesa y reclamó una cerveza en la barra. Se alejó y se sentó en la vecina, donde se encontraba otro grupo de amigos. Solo entonces él se puso en pie y se acercó a la mesa para solicitar un

cigarrillo. Se quedó sentado al lado de Marava. Pidió disculpas y, eliminadas las iniciales fricciones, todo fue sobre ruedas. Salieron del bar y tras una espiritosa travesía recalaron en casa de Marava, en la calle de Don Pedro, número 9, en el tercer piso. Al día siguiente del encuentro, ella visitó Ibiza, número 35, de la mano de Leopoldo. Marava llevaba un ramo de claveles que compró en su barrio para entregar a Felicidad. Durante tres o cuatro días no se separaron. Todo sucede a una velocidad de vértigo.

Rafael Alberti regresa del exilio; José Luis L. Aranguren, Agustín García Calvo, Enrique Tierno Galván y José María Valverde se incorporan a sus respectivas cátedras. Se ha legalizado el PCE. En abril queda constituida la Coordinadora de Grupos Marginados de Madrid, integrada por Comités de Apoyo a COPEL (Coordinadora de Presos Españoles en Lucha), Colectivo de Psiquiatrizados en Lucha, Agrupación Mercurio para la Liberación Homosexual, etcétera. Apoyaron la iniciativa Acción Comunista (AC), Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y Liga Comunista Revolucionaria (LCR), entre otros grupos. El colectivo Margen, germen de la coordinadora, lleva a cabo una beligerante campaña contra la Ley de Peligrosidad Social. Leopoldo trabaja con ellos.

En la casa de Pancho, en la calle de Jiménez Quesada, número 2, mientras teorizan acerca del exceso, la marginalidad y la revolución de la vida cotidiana, Leopoldo María coincide con Andrés Trapiello, quien recuerda que a los pocos instantes de iniciar un breve diálogo le soltó: «Lo único que no le perdono a mi madre es que, pudiendo haber sido hijo de Luis Cernuda, me condenara a ser hijo de un poeta mediocre, como fue Leopoldo Panero».[8] Enormemente asombrado, Trapiello jamás fue capaz de perdonarle aquella *boutade*.

En junio, la editorial Felmar edita una colección caprichosa de relatos de diversos autores cuyo título es *Visión de la literatura de terror anglo-americana*; Leopoldo María selecciona, traduce y prologa la obra. Los autores que conforman el volumen son Vernon Lee, Hugh Walpole, Conrad Aiken, Algernon Blockwood, Vincent O'Sullivan, Edward Frederic Benson, Charlotte Perkins Gilman, John Metcalfe, Clark Ashton Smith, Lord Dunsany y Robert Browning. No están los mejores y hay omisiones llamativas, de ahí que sea una muy personal visión y no una antología. En la heterodoxa selección queda excluida la literatura gótica.

En el prefacio, Panero vuelve a citarse a sí mismo a través de su identidad fantasmática de Leopold von Maskee, al que le atribuye el magistral cuento «My mother», un anticipo de Bierce y Lovecraft. Como se recordará, «Mi madre» es un relato incluido en *En lugar del hijo*. Además se cita a sí mismo como el «tempranamente muerto [...] Leopoldo María Panero, al que no sé por qué rescato aquí del Olvido

que él quiso fuera el espacio secreto y clausurado de su obra». De nuevo la no vida.

Ha vuelto a desaparecer. En junio, Marava lo llama a casa y Felicidad le comunica que una amiga de Leopoldo ha tenido un percance en Barcelona: su hijo se ha marchado de improviso. Conchita Sitges ha muerto. Fue en un accidente de automóvil. Él se dirigió al hospital de Bellvitge, en la calle de la Feixa Llarga; en el depósito de cadáveres aguardan los restos mortales de Conchita para ser inhumados. Leopoldo habla con la familia allí presente y pide ver el cuerpo con intención de resucitarlo a través de un proceso en el que utilizaría agua y electricidad. Los parientes se pasmaron ante tan delirante proposición y el escándalo fue sonado en determinados círculos barceloneses.

En la ciudad donde coleccionó mejores momentos, Leopoldo inicia el recorrido de las obligadas visitas. Esperando encontrar a su veterana compañera de desórdenes, se personó en casa de la tía de Ana María Moix. La mujer, con problemas oculares, recibió a un desvencijado y desdentado Leopoldo María. Lo hizo pasar y, en un diálogo de lamentos –le contó que tenía próxima una ineludible visita al quirófano–, le enseñó la boca haciéndole notar que le habían quitado parte de su dentadura, a lo que él, ufano y consolado, le mostró su despojada bocaza: «Ah, no se preocupe. Yo ni una pieza tengo, mire». La tía se quedó espantada.

España ha celebrado sus primeras elecciones después de cuarenta y un años: Adolfo Suárez es presidente del Gobierno. Del 22 al 25 de julio de 1977 se celebran en Barcelona las Jornadas Libertarias Internacionales. Los herederos de Durruti pretenden convertir la ciudad en un gran escaparate anarcosindicalista y allá que viaja el mismísimo líder sesentayochista Daniel Cohn-Bendit. El intento de agrupamiento de la acracia, organizado por la CNT, tiene lugar en el Saló Diana, situado en la calle de San Pablo, y en el celebérrimo parque Güell, centro neurálgico de las jornadas, donde tienen lugar debates, tribunas libres, mesas redondas sobre autogestión, antimilitarismo, sexología, feminismo, ocio, juego, trabajo, etcétera. Además de representarse teatro se proyecta cine alternativo. En los coloquios participan Fernán Gómez, Nunes, Azcona, Aranda, Godard, Costa-Gavras, Resnais, Patino, Emma Cohen y otros personajes conocidos. Entre los tenderetes de vitualla y brebajes anda un Leopoldo María eufórico. Se oyen las músicas de La Banda Trapera del Río, Gualberto, Sisa o Pau Riba. El poeta, optimista y exaltado, goza con todo tipo de encuentros. Con peineta y mantilla de luto, con más pintura que una puerta y acompañado de su corte, por allí anda el

inefable Ocaña, muy afectado por la muerte de Conchita Sitges. Leopoldo María Panero pasó casi todo un día con Joaquim Jordà en el parque Güell; hasta la hora de la cena, en que optaron por un restaurante. En animado y a la vez confuso discurso, Leopoldo engulle una tortilla francesa, porciones de la cual acaban sobre el cercano y atrevido escote de una damisela o planean sobre sus cabellos. Una vez en la calle, muy pasado y en un estado lamentable, y a cuatro patas, comienza a hozar en los charcos en busca de colillas. El deterioro es ya absoluto.

En contacto con Paco Monge, que vive en Palma de Mallorca, a finales de julio decide marchar a la isla. El traductor de *El Antiedipo* lo cobija en su casa. Palma está en ebullición a causa del intento de urbanizar La Dragonera, una isla con una longitud de costa de diez kilómetros de fauna típica y escasa vegetación, pero en perfecto equilibrio ecológico. El 7 de julio, con el fin de llamar la atención sobre la necesidad de protegerla, una veintena de personas provistas de víveres procedentes del puerto de Andratx desembarcan allí. Reivindican el libre uso del espacio natural y denuncian su intento de venta y posterior urbanización. Mientras tanto, se suceden las manifestaciones por las céntricas calles de Palma de Mallorca. Los colectivos libertarios mallorquines Talaiot Corcat y Terra i Llibertat son los organizadores de la movilización.

Aunque la ocupación de la isla solo duró doce días, las protestas continuaron. El recién llegado Panero pronto se incorpora a la agitación y desde un vehículo, megáfono en mano, se dedica a lanzar proclamas en defensa de La Dragonera.

Leopoldo está tan al límite que incluso su querido amigo Monge, harto de su comportamiento, llega a echarlo de casa. Lo recoge el traductor y mecenas David Fernández Miró –el nieto mayor del pintor–, con quien tiene un altercado: le da unos guantazos porque el poeta se mete con su mujer. A la calle otra vez. Decide ahora que el lujoso hotel Valparaíso, lugar donde acaba hospedado, es un sitio seguro. Aparece por los rincones que frecuentan los libertarios, con los que ha hecho amistad. Como el bar que dio nombre al colectivo Talaiot Corcat, donde, según testimonios de la época, adoptaba la conducta de un ser absolutamente provocador, de impugnador universal. Acosaba a algunas mujeres acompañadas de sus novios o a ambos a la vez, lo que, además de la consiguiente irritación, originaba asombro y ruptura de esquemas. Hasta que tuvo problemas serios con un tipo que se enfrentó a él con una navaja y le propinó una dura paliza. Intentó liquidarle en un bar muy concurrido frente al mar. Aquel incidente le marcaría de por vida. Quedó aterrado y mitificó el trance como Artaud la aventura –verídica o imaginada– de dos chulos marselleses que le hirieron de un navajazo en la espalda, un hecho que

se convirtió para el francés en la prueba de un complot urdido contra su persona. O cuando en Dublín fue agredido por un sujeto que le golpeó con una barra de hierro en la espalda y le hirió gravemente.*
Lo mismo le sucedió a Panero: estructuró a la vez mito y paranoia.

Hacia finales de agosto, huyendo de Palma de Mallorca, regresó a Madrid. Visita a Marava en la calle de Don Pedro, donde había dejado ropa y la máquina de escribir. Se halla en un estado de histeria total. «Vino paranoico perdido. Obsesionado con que le querían matar, que la CIA le quería matar»,[9] evoca Marava. Completamente alterado le dice que se marcha a París.

Ella decide seguir sus pasos y, sin apenas dinero, viajan en el tren *Puerta del Sol*. Una vez en la capital francesa se metieron en un hotel próximo a la Avenue des Champs Elysées. La pareja busca ayuda y el primero en concederles audiencia fue José Saavedra, Poppy. Pero los dos viejos amigos tuvieron una brutal trifulca en casa del canario, en la Rue Montorgueil, un lugar a la moda árabe y en penumbra, donde lo único que llevarse a la boca eran sustancias de efecto estimulante. En aquella pieza, el libro de cabecera es un vademécum, muy consultado, para saber qué fármacos era posible adquirir legalmente en las boticas. La bronca entre los dos compinches fue tan confusa que la memoria de Marava apenas registra las causas. Ella lo pasó tan mal, le resultó tan desagradable, que a los tres días regresó a Madrid.

Solo otra vez el poeta, sus amigos Juliette Schweitzer y Joaquín Lledó le ceden una habitación en el quinto piso del 185 de la Rue Saint-Denis, desde donde trata de establecer contactos con grupos intelectuales franceses, a los que se dirige con extensas misivas en un más que macarrónico francés. Continúa guiado por el orden simbólico, la jerga cabalística y la alquimia. Así lo manifiesta en algunas cartas que le envía a su todavía amada Mercedes, sin obtener ninguna respuesta.

Comienza a recuperar viejos amigos y logra verse con Oswaldo Muñoz, al que le repite sin tregua la siniestra historia de Palma de Mallorca. Ahora dice que lo atacaron los Guerrilleros de Cristo Rey. Juntos asisten a la tertulia de La Boule d’Or, que se ha trasladado a Chai de l’Abbaye y ha cambiado de pontífice. Regentada por Víctor Gómez Pin, la tertulia cobija a una fauna variopinta de eruditos, anarcos, camellos, poetas, universitarios, curiosos y gente de paso. El pensador español modera y administra el consumo de la venerable botella de vino que descansa sobre la docta «mesa redonda» de aquel corrillo, que después suele prolongar el carnaval en un recodo del Sena. También visitan con frecuencia a Adolfo Arrieta, huésped de un hotel de la Rue de l’Ancienne Comédie. Aunque perturban la labor del

cineasta *under*, este les habla de Andy Warhol, de Marguerite Duras o de su madre; todo aderezado con discos rayados de boleros, tangos y zarzuelas, más el valor añadido de unas «trompetas» de marihuana.

Otro buen compañero de desórdenes era el ya muy citado Poppy, un personaje de vestimenta estrafalaria –con retales de colorines se confeccionaba trajes *collages*–, con un afecto desmedido hacia Leopoldo, a quien le seduce la premeditada frivolidad y la personalidad carnavalesca que adopta el canario con su público. De vida al límite, sablista y lúcido, Poppy parecía el hermano gemelo de Leopoldo María Panero y, aunque discuten y se maltratan, se adoran.

Jesús Ferrero, estudiante de Historia Antigua y amigo de Oswaldo, le pide la dirección del novísimo, pues conocía sus libros y su leyenda; trataba de publicar un libro de poemas, *El río amarillo*, y tenía interés en entrar en contacto con el madrileño. Un sábado por la tarde, Muñoz llevó a Panero a casa de Jesús a tomar una taza de té, en el Passage du Clos Brune. Leopoldo tenía un día mustio y apagado; Ferrero, barbado y fuerte como un guerrero mongol, no llegó a impresionarse por aquel hombre tímido y melancólico. De allí partieron a la tertulia de Chai de l'Abbaye.

Obsesionado con el esquizoanálisis y con la «sana intención de curar» a su madre, Leopoldo porta una metalizada caja llena de pitillos elaborados por él con algunas hebras de tabaco y sus propias heces. Aquello apesta y apenas prende. Pensaba regalárselos a Felicidad en la convicción de que cuando los probara iba a salir de la esquizofrenia paranoide que él le ha diagnosticado. Piensa que solo así llegará a su propio yo, al punto axial. Un sistema simbólico, un modo de retrotraerse –según él– a la fase anal, a la infancia.

Entretanto, ella continúa enviando talones a Francia. Él los gasta en pocos días porque no tiene sentido alguno de la administración. Añora a Marava y decide escribirle una carta cariñosa, animándola a volver. Tras una respuesta epistolar, mediado el mes de septiembre, ella vuelve a plantarse en París. Cuando llega al apartamento de la Rue Saint-Denis, Leopoldo la recibe absolutamente cercado de plumas porque las pavesas de un cigarro habían quemado un edredón, de donde no cesaban de escapar barbillas que, como en una película de los Marx, revolotean por aquella dislocada habitación. Allí escribe sin parar, juntos frecuentan la tertulia de Gómez Pin y de vez en cuando tienen contactos con Poppy.

Marava, Oswaldo y Leopoldo se mantienen de sardinas en lata porque, según el poeta, es el alimento total y proporciona una inteligencia indiscutible. En cierta ocasión, Marava acompañó a Leopoldo hasta el domicilio de Mercedes Blanco. Él llama al timbre y una voz femenina desde el interior de la vivienda pregunta quién es. «Soy Leopoldo», responde. Silencio. Insiste e insiste en la llamada.

Silencio absoluto. Enojado y enfurecido, no cesa de golpear el botón. Mercedes está dentro, aterrada. Le estropeó el timbre y en un trozo de papel le dejó escrito: «Lei sarà sedotta e abandonata» (Usted será seducida y abandonada). Y lo echó por debajo de la puerta.

La convivencia con Marava no resulta nada sencilla. Se pelean a menudo y Leopoldo llega a echarla del apartamento. Pero poco a poco se van conociendo los dos y todo llega a ser más llevadero. Incluso disfrutan de momentos muy románticos.

Cuando en octubre de 1977 los tres miembros de la Baader-Meinhoff amanecieron muertos en la prisión de StuttgartStammheim –las autoridades alemanas siempre sostuvieron que fue un suicidio–, Leopoldo María, en sus desplazamientos en metro, se dedica a escribir en las paredes de los vagones: «Baader n'est pas mort» (Baader no está muerto), mientras desoye el intento disuasorio de Marava. Juntos asisten en la Universidad de Nanterre a algunos cursos que les interesan. El 13 de octubre de 1977, a José A. Saavedra, Poppy, le apresan por tenencia y venta de narcóticos. Acaba en La Santé.

Hay quien recuerda haber visto a un Leopoldo solitario y acelerado por la Rue des Écoles, de árbol en árbol. Llevaba unos papeles bajo el brazo que iba colocando o pinchando a modo de afiches sobre cada tronco leñoso. Eran folios donde se anunciaba escrito a bolígrafo: «El martes, conferencia de Leopoldo María Panero. Asistirán Félix Guattari, Michel Foucault, Jacques Lacan y Gilles Deleuze». Sin embargo, no indicaba ni lugar ni hora de tan destacado acto. Otra vez, acompañado de un amigo y con el propósito de robar en la Librairie Espagnole de París, el autor preguntaba por su obra *En lugar del hijo*, «de un tal Leopoldo María Panero», solía añadir. Cuando le entregaban el libro, lo ojeaba y se lo enseñaba a su adlátere: «Mira lo que ha escrito este tipo», le gustaba comentar.

En España, Antonio Zaya publica *El eco de los espejos blancos*,[10] una antología de páginas literarias de la prensa isleña y revistas peninsulares acompañada de algún original. Se incluye «La poesía maldita española: "Narciso en el acorde último de las flautas". Inédito de Leopoldo María Panero».[11] El volumen está dedicado a Leopoldo «por el abrazo que le une a Signorelli» y a Carlos E. Pinto.

Felicidad Blanc firma *Espejo de sombras*,[12] título sugerido por ella para encabezar sus memorias, redactadas por Natividad Massanés. La ideadora del proyecto sigue pensando que tendría que haberlo escrito la protagonista, mucho más lírica, y que, aunque no domina la escritura, sí, y muy bien, el arte de conversar. En el volumen, la viuda del poeta de Astorga ofrece una imagen completa de sí misma, al menos así lo considera. Está satisfecha del resultado.

En otoño, el colectivo Margen, germen de la Coordinadora de Grupos Marginales de Madrid, decide organizar un acto en el aula

magna de la Facultad de Derecho contra la Ley de Peligrosidad Social. Dos de sus miembros, Juan Manuel Bonet y Pancho Ortuño, que habían conectado en París a través de Bruno Vayssière con Félix Guattari, logran que este acuda a Madrid a fin de participar en el acto. Le recogieron en el aeropuerto y se alojó en casa de Pancho, en la calle de Jiménez Quesada, número 2, esquina con Gran Vía; un piso enorme. Cuando le mencionan a Leopoldo, el coautor de *El Antiedipo*, que no habla español, lo recuerda con cierto recelo, como a un dinamitero. En cambio, según Panero, claro, el psicoanalista le dijo a Juan Manuel Bonet que había conocido en París a una de las personas más inteligentes de España.

Félix Guattari era un tipo muy sereno, lo que contrastaba con el grupo de desordenados que le rodeaban. Hacía su cama a diario, enjuagaba el vaso después de utilizarlo, tocaba un piano que había en el piso; un hombre distinto a aquella tropa que lo paseó por todos los bares nocturnos del barrio de Malasaña. Acompañado por Ortuño, visitó el Museo del Prado y Toledo, porque le interesaba mucho El Greco. La traducción al español de las palabras de Guattari, en el aula magna, por lo que hubo sus más y sus menos, corrió a cargo de Juan Manuel Bonet, conocido entre sus amistades como El Niño Sabio o La Marisabidilla.

Marava y Leopoldo han vuelto a discutir en París. Ella se marcha a vivir a Saint-Michel con un amigo porque está saturada de las locuras de su amante. Jesús Ferrero recuerda que a uno de los cenáculos españoles llegó Leopoldo María Panero relatando una de sus más disparatadas peripecias. Trajeado y descalzo lo detuvieron dos gendarmes mientras comía unos cruasanes, que con mucha parsimonia mojaba en los charcos callejeros. Desde la gendarmería lo trasladaron a un psiquiátrico, pero quedó en libertad el mismo día. Algo después del enfado, el poeta recurre de nuevo a Marava y la busca. Duermen en Saint-Michel y allí deciden regresar a España. Ferrero les cuenta que Luis Racionero, entonces en la capital francesa, se ha ofrecido para llevarlos hasta Barcelona en coche.

Al volante va Racionero, acompañado de una mujer; Jesús Ferrero, Marava y Leopoldo viajan apiñados en la parte de atrás. Todos escuchan el discurso incesantemente apresurado que desarrolla Panero sobre el esquizoanálisis. Les habla de Mechita como su Lou Andreas-Salomé, a lo que Racionero, en oblicua mirada hacia su acompañante, le responde que era en verdad una gran fortuna en esta vida conocer a una mujer así. Como los de atrás venían con los bolsillos vacíos, en cada parada de avituallamiento sableaban sin miramiento al conductor del vehículo.

Una vez en la frontera les registran a todos el equipaje. Cuando el policía abrió la maleta de Leopoldo quedó boquiabierto: trajes

mezclados con calzoncillos cochinos, calcetines tiznados, zapatos entre jerséis; ropa sucia, arrugada y revuelta. Ante el espantoso caos, el funcionario despachó con celeridad al malquisto pasajero. A Barcelona llegaron días después de haberle entregado el Premio Nobel a Vicente Aleixandre y muy poco tiempo antes de Navidades. Sin un duro encima, Marava y Leopoldo se apearon en los aledaños de las Ramblas y allí buscaron un hotel. Visitaron al primo de Felicidad Blanc, el notario Ortega Costa, con el exclusivo motivo de darle un sablazo. Como llegaron extenuados del viaje y hastiados el uno del otro durmieron en habitaciones distintas. Al día siguiente saludaron a sus amigos de la librería Leteradura, a Rata Valentí y a otros. Deambularon por las proximidades del hotel en busca de la nada y regresaron a Madrid. Marava retorna a casa de sus padres –paseo de La Habana, número 22–, ya que ha abandonado el piso alquilado de la calle de Don Pedro, y Leopoldo, a Ibiza, número 35. Tozudo, vuelve a escribir a Mercedes a París; pretende que le traduzca un análisis semiológico sobre un texto lacaniano que él ha redactado, y que se lo envíe a Lacan.* Además, le propone un encuentro:

> Querida Mechita: es muy probable que te agobien ya mis envíos, especialmente cuanto más certeros son […]. En cualquier caso, mucha culpa fue mía por seguir el juego; por eso no quiero que nos veamos hasta haber acabado mínimamente de fortalecerme por mi autoanálisis y perdona si he dicho «culpa», porque tenías razón en decir que no la hay por parte de nadie, sino solo error e ignorancia: y cuando comprendo la verdad de afirmaciones tuyas como esta me doy cuenta de lo buena que eres en el fondo, es decir, de lo buena que eres tú misma, esto es, ese ser de quien estoy enamorado; y por eso, para que seamos tú y yo quienes convivan por fin y no nuestros yos deformados, te propongo dos cosas: una la que ya te he sugerido de no vernos hasta que yo sea yo mismo, hasta que sea por fin ese «nuevo Leopoldo» que ya puedo empezar a prometerte; dos, que ya que estoy inventando el psicoanálisis, y en cuanto convierta a este «socio-análisis bio-energético» en un método claro gracias a la ayuda de Monge,* te psicoanalices tú con él, o, si prefieres, te reunamos unas cuantas páginas de experiencia auto-analítica, indicaciones prácticas y teóricas, etcétera, y con la ayuda de un cuaderno y un poco de paciencia nacida de la desesperación, lleves a cabo tú misma tu autoanálisis […]. Y nada más; he sabido por Marta** que pensabas venir aquí en Navidad, y me parece que sea una fecha muy prudente para vernos, si tienes la caridad de hacerlo, ya que no la has tenido de decírmelo o de escribirme; creo que entonces, cuando me veas actuar como ahora me ven casi todos, de tan distinta manera, comprenderás que era verdad tu tesis de «obras son amores, y no buenas razones», y podremos, con tiempo y paciencia, que ahora empiezo a tener, realizar ese sueño de ser los dos los niños que somos, y amarnos como si lo hubiéramos hecho ya desde la infancia; no ya buscando el uno en el otro lo que a cada uno le falta, sino queriéndonos mejor por ser los dos hermafroditas sin vergüenza, es decir, seres completos, dioses amables y serenos que nada necesitan ostentar porque son todo lo que son, y que por ello pueden, podrían, amar y regalar sin que el otro lo experimente como una falsedad y, por tanto, un insulto.

Y si en algo me equivoqué, que fue en mucho, y ante todo en lo concerniente a mí mismo no te pido ya que me perdones, sino que me comprendas, porque lo otro de nada o de muy poco serviría.

Y si tanto te he debido incomodar con mis a menudo absurdas e inútiles cartas, ten en cuenta que mi intención, al principio inconsciente, era solo tratar de comunicarte la posibilidad de ser feliz, y luego, ahora, tratar de hacerte sentir un poco, aunque sea duramente, la felicidad que empiezo yo a sentir como posible y real.

Pero te lo juro, si algún crimen no he cometido, ha sido el de mentir, y siempre que he obrado lo he hecho, lo juro, sinceramente también, aun cuando fuera con tanta torpeza que hubiera sido preferible fingir como hacen otros allí, al parecer con tanto éxito como poca fortuna.

Un gran abrazo de quien, de verdad, tuvo solo la culpa de conocerse poco y ser excepcionalmente inocente, es decir de

LEOPOLDO13

El martes 23 de diciembre, Marava, Leopoldo y Cristina Alberdi toman unas consumiciones en el pub Santa Bárbara; un sujeto recoge una frase en el aire que no iba dirigida a él y arremete contra el poeta y los tribunales de justicia españoles. Los tres amigos abonaron, recogieron y se marcharon del local.

Más turbulencias. En vísperas de las fiestas navideñas, Marava y Leopoldo, en compañía de Will More (Joaquín Alonso Colmenares-Navascués García Loygorri), asisten a una cena en el exclusivo restaurante Lardhy, en el número 8 de la carrera de San Jerónimo. Después continúan la jarana en la discoteca O'Clock, de la calle de Hermosilla, donde Leopoldo, en posesión de un librito de color rojo, localiza muy acertadamente y provoca a unos jóvenes engominados diciéndoles: «Mira, tío. Esto es la Biblia». Se trataba del Código Penal, la única biblia para el literato. Montada la bronca en la puerta del local, el que peor parte se llevó fue Will More, al que golpearon de manera salvaje y un sujeto que portaba una porra le rompió la mandíbula. Acabaron en comisaría, denunciaron la agresión y Will More fue hospitalizado.

Pocos días después tuvo lugar un extraño y oscuro suceso en Ibiza, número 35. Leopoldo, Alpasky y un amigo de este se quedan en casa mientras Marava camina hasta el Drugstore de la calle de Velázquez, con la intención de comprar unas cervezas. A la vuelta, un individuo se le acercó y le dijo: «Desde que has puesto la denuncia te tenemos vigilada». Cuando se disponía a entrar en el portal de Ibiza, el tipo se coló con ella y la llevó hasta el sótano con la intención de violarla. Misteriosamente, tenía la llave de la carbonera. La retuvo desnuda durante toda la noche entre el carbón y la leña; la amenazó con hacerla pedacitos mientras paseaba por su epidermis el acerado filo de un hacha y, al amanecer, ante el temor de que apareciese el portero de

la finca, la llevó a su casa. Conducida al domicilio del agresor, la chica telefoneó a Leopoldo y este alarmó a sus padres. Sobre las once de la mañana, el atacante estaba ya controlado psicológicamente por la intrepidez y el desenfado de la retenida; Marava salió indemne de aquel suceso. Acabó seduciendo al agresor. Cuando le explicó a su amado que el fulano era un exlegionario de nombre Enrique y trabajaba en Presidencia del Gobierno, Panero pronto lo relacionó con algo acaecido días atrás en la discoteca O'Clock, cuando agredieron a Will More.

En boca de Luis Antonio de Villena, Leopoldo llegó de París muy transformado, hecho una pena. Lo recuerda sucio y maloliente. Quienes le habían tratado durante unos años, le siguen viendo porque acude a los sitios de moda –de moda marginal–, pero comienzan a huir de él porque les resulta difícil soportarle. Leopoldo María Panero continúa con su vocación por el exceso: come cruasanes que previamente moja en los arroyos de las calles. Sigue con sus «leopoldeces».

En enero, los miembros de la redacción de *Ajoblanco,* revista contracultural y ácrata, con la idea de hacer un dosier sobre drogas para el mes de marzo, se dirigen a él solicitándole por carta «algún documento importante en relación con el tema, ya sea a nivel de experiencias, ya a un nivel de reflexión. No sé, tú mismo, si la cosa te interesa dínoslo cuanto antes».14 Pero el escritor no debió de responder a la petición, porque apareció el número 31, correspondiente a marzo, con un puñado de perspectivas y aproximaciones al asunto de las drogas sin la firma de Leopoldo en rincón alguno.

La paranoia sigue haciendo mella en él. Continúa aterrado con los sucesos de Palma de Mallorca, la discoteca O'Clock y el asunto del intento de violación de Marava. Espantado, decide exiliarse. En la estación, Leopoldo ve policía secreta por todas las esquinas. Cree que el Gobierno Suárez quiere liquidarle a toda costa. Sube a un tren que está vacío; como no ve a ningún viajero, piensa que algo se ha tramado y que acaba de caer en la red. Angustiado, salta por una ventanilla. Cae de espaldas contra el empedrado de la vía. Y así llega a París: con la retaguardia marcada y dolorida. Se instala en el hotel de L'Alma, en la Rue du Pelican, 5 –a espaldas del museo del Louvre–, donde escribe y bebe sobremanera. Se cartea con Marava y, aunque no obtiene jamás respuesta, continúa enviándole mensajes a Mercedes:

> Querida Mechita: el otro día te llamé, pero tuve miedo de tus «guardaespaldas»; el caso es que *tout simplement* no puedo volver a España, cada vez que vuelvo se arma, como te probarán estos testimonios que una amiga mía ha tenido la gentileza de enviarme; en el titulado la noche de *O'Clock* podrás enterarte de que a Wilmore le han partido la mandíbula, y está enfermo de

manía persecutoria (grave) en el Francisco Franco; sección médico quirúrgica; y por si todo el *coté* político del *affaire* fuera poco, antes de regresar aquí por segunda vez me dijo una chica que más me valía hacerme famoso en Francia porque lo que es en España se acabó; esta es en pocas palabras mi situación: sin mi nevera,* sin Ronny, sin familia como el niñito de Héctor Malot, sin llamarme por lo visto de ninguna manera, y sobre todo, a un nivel esencial, más solo que la una. Te costaría mucho concederme *de tanto in cuanto, una entrevista dedicata a incoraggiare al giovane picassi?* Si quieres podríamos traducir unos cuantos poemas y mandárselos a Bianciotti.* Si aceptas, llámame por favor. Mi dirección es Hotel de L'Alma, chambre 6, rue du Pelican 5, y no muerdo, que yo sepa; mi teléfono [...]. Si no me llamas a lo mejor oso hacerlo yo, pero no sé de qué sirve defenderse de ese «monstruo» que se siente peor que Job (ah por cierto me acuerdo tanto de aquel poema tan bonito que hiciste en Barcelona a Job, y aquel otro a los Hounyms, muchas veces pensando en ello y en lo bonita que eras lloro, me acuerdo de tus piececines de tu vientrecín, etcétera...). Y si fuera un monstruo *pity for the monsters*, como dice Robert Lowell.

Un abrazo de

LEOPOLDO

P. S.: te mando un poemín reciente por si te gusta.[15]

Su inseparable compañera de múltiples desórdenes, Marava, ya acostumbrada al nomadismo, no aguanta más en casa y decide hacer la maleta. Llegó a París y a través de Juliette Schweitzer y Joaquín Lledó, residentes en la Rue Saint-Denis, localiza a su hombre. Como no encuentra habitación en el hotel de L'Alma se hospeda en otro situado exactamente enfrente, en la misma Rue du Pelican. Marava, sin dinero, encuentra un trabajo temporal de azafata en una feria donde se promocionan productos españoles. Fueron pocos días. La pareja se ve con regularidad, aunque ella procura no interrumpir su fiebre creadora. Pero un día apareció Leopoldo María en el hotel donde se aloja Marava con una curda mayúscula. Aporreó de manera salvaje la puerta de la habitación hasta que ella, sobrecogida, abrió. Irrumpió como una mula en la pieza y vociferando la emprendió a coces con aquella desconcertada mujer que, inexplicablemente, le adoraba. Después de semejante tremolina, ella regresa a Madrid de inmediato, más que amedrentada.

Hastiada, harta, agotada, decide dejar de ver para siempre a Leopoldo María Panero.

Felicidad Blanc continúa triunfante. El director de cine Ricardo Franco necesita a una anciana atildada y guapa para hacer el papel de la Bella Adelaida en la película *Los restos del naufragio*. Como la mayoría de las actrices, a su parecer, son tragicómicas, elige a Feli por su «interpretación» en *El desencanto*. Ruedan en el mes de febrero en un asilo del suroeste de Madrid, en el barrio de Carabanchel. Adelaida

es el amor del Gran Pombal –Fernán Gómez en el papel de Enrique Rambal–, un actor viejísimo de grandes obras de teatro. Un joven harto de todo –Ricardo Franco– se retira a un asilo porque lo abandona su novia –Ángela Molina–. El Gran Pombal le habla al joven del amor de su vida, de la Bella Adelaida, que está interna en el asilo y de la que están enamorados todos los viejos; incluso uno se suicida por ella. La película, con muy buena reputación entre la crítica, fue seleccionada para el XXXI Festival Internacional de Cine de Cannes en 1978.

El 24 de febrero de aquel año hay crisis de Gobierno. El Gabinete Suárez da un giro a la derecha. Tres días después, Albert Boadella, director del grupo teatral Els Joglars, se fuga de la habitación que ocupa en el Hospital Clínico de Barcelona. A través de la ventana del retrete saltó a la habitación contigua, sin ser descubierto por la custodia policial. Boadella fue detenido por la representación de *La torna*, obra que las autoridades militares consideraron injuriosa para el ejército. El mismo día de la fuga debía comparecer, junto a otros miembros de su compañía, ante un consejo de guerra. Burlando la orden de captura, se exilió en Perpignan.

Leopoldo María, desde una central telefónica, habla con Felicidad a cobro revertido. Su madre, directamente afectada por la sangría económica que le supone la estancia parisiense, le sugiere el regreso. En primavera llega a Madrid. Rencoroso con Marava porque piensa que es la culpable de todos sus males en territorio francés, resuelve dejar de verla durante una temporada, aunque ella lo había decidido con anterioridad.

En abril de 1978, la revista *Ajoblanco* publica un número extraordinario titulado «Linterna literaria». Es el tercer extra dedicado a la literatura e incluye inéditos, entre otros, de Javier Marías, Félix de Azúa, Carlos Trías y Enrique Vila-Matas. Leopoldo Panero –se comieron el María– aporta «Es-pa-ña», un país de cuyo nombre no quiere acordarse, un manifiesto antiespañol leído con ocasión de un recital en París, en octubre de 1977.

En el pub Santa Bárbara, el escritor conoce a una chica morena de ojos oscuros y larga melena. Atraída por el emblemático escritor, Alicia Ruiz Tormo –así se llama– se convierte en su nueva e inseparable acompañante. Felicidad, ante la feroz etapa alcohólica que atraviesa su hijo, prefiere pagarle el alquiler de un piso y que él administre su vida. Se instala en la tercera planta del número 24 de la calle de Alonso Castrillo, en el barrio de Cuatro Caminos. Aquella casa pronto se convierte en una «leopoldera»*:* latas de conservas vacías navegando sobre la moqueta de las habitaciones, restos orgánicos por los rincones más inauditos, colillas de cigarros sobre platos con vestigios de pitanza, manoseadas revistas pornográficas entre la muda

sucia, etcétera.

El 10 de mayo de 1978, a las siete de la tarde, tiene lugar la presentación de la revista *Diwan* en la galería Buades –Claudio Coello, número 43–. La redacción, en Barcelona, la forman Federico Jiménez Losantos, Javier Rubio y Alberto Cardín. Además, cuentan con el apoyo de la revista *Trama* (1976): Gonzalo Tena, José Manuel Broto y compañía, quienes defienden posturas telquelianas y una decidida neoabstracción en pintura. El grupo de amigos que se reúne en torno a la galería Buades lo forman Juan Manuel Bonet, Quico Rivas, Paloma Chamorro, Luis Gordillo, Carlos Alcolea, Pérez Villalta, Cherna Cobo y otros. Todos son seguidores del realismo pictórico y se apoyan en la base teórica de *El Antiedipo*, razón por la que el grupo de Barcelona los bautiza como los «esquizos» de Madrid. En respuesta a semejante mote, los madrileños de adopción los catalogaron como los «oligos» de Barcelona.

Leopoldo María Panero, presente en el acto de la galería, les reventó la presentación. Los «oligos» quieren expulsarle del local, los «esquizos» le defienden y arguyen la libertad de expresión. Leopoldo vocifera no se sabe bien qué, pero cree tener derecho a increparlos y a impugnar su discurso. Las sillas planean sobre las cabezas pensantes y no impera más dialéctica que la bronca. Panero continúa profiriendo indescifrables sonidos guturales. Pocos días después Juan Manuel Bonet, en una reseña de *El País*, encasilla a *Diwan* en la nueva derecha. Con el tiempo acabaría siendo miembro del comité de redacción de dicha revista.

También en mayo se presentó la obra colectiva *Sueños de la razón*. El acto se celebró en la librería-galería Antonio Machado, en la calle de Fernando VI, número 17. De las paredes de la galería cuelgan algunos dibujos originales de los que ilustran el libro de cuentos. Leopoldo, entre los incluidos, se muestra alegre y recoge todos los gin-tonics que andan huérfanos por las mesas del local. El libro, con una selección muy arbitraria y desigual, fue el inicio de Ediciones Titanic y, como no podía ser de otra manera, la empresa se hundió. Entre los autores que figuran en *Sueños de la razón* se encuentran Luis Antonio de Villena, Javier Barquín, Michi Panero, Jesús Ruiz Real, Fernando Savater, Eduardo Haro Ibars, Pedro Almodóvar, Rafael Cansinos Assens y dieciocho más. De los veinticinco dibujantes destacamos a Will More, Teresa Rosenvinge e Iván Zulueta.

Alicia Ruiz Tormo, vivaracha y saltimbanqui, es la inseparable de Panero. Marava por su parte tiene un nuevo acompañante. Pero el literato le da mala vida y maltrata a Alicia porque, ofuscado con el presidente del Gobierno, cree que es «una espía contratada por Adolfo Suárez para averiguar qué misterio había en mi carne».[16] Con ella estuvo en la verbena de San Isidro, el 14 de mayo. Alicia desapareció y

Panero se quedó solo, lo que le hace sospechar que fue llevado a aquel lugar y abandonado donde nadie le conocía para que el primer hijo de mala madre le diese muerte allí mismo. Ante esa situación, Leopoldo comienza a vocear su nombre y apellidos en un par de puestos de libros para anunciar a quien quisiera oírle que le iban a matar. Según el testimonio del poeta, milagrosamente apareció por allí Javier Barquín, «uno de los pocos que no estaba inmerso en la conspiración» contra él. Javier y dos amigos más le invitaron a unas cervezas y le reintegraron al centro en un Citroën Dos Caballos; le abandonaron a la altura del Ministerio de Defensa, explica Leopoldo María Panero.

Leopoldo comienza a multiplicar las visitas al domicilio de Barquín y su mujer, la pintora Cristina Navarro, quien forma parte activa en *Sueños de la razón*. Irrumpe en el piso de la calle de Alenza porque ya le quedan pocos amigos que lo soporten. Atraca el frigorífico y acaba con todos los líquidos; un queso de bola sufre estrangulación y esparce sus restos por los suelos. Ubicado en el límite de la realidad y con la risa sin sentido por única compañía, Panero hace que Javier y Cristina, asustados, se refugien en la habitación conyugal, donde tienen el teléfono. El autoinvitado la emprende a patadas con la puerta de la alcoba llegando a causarle múltiples desperfectos. Ella llama a la policía, pero como los inquilinos le han permitido la entrada a la casa, los agentes se inhiben. Al final lograron aplacar al monstruo.

El 31 de mayo de 1978, veintiún días después de la gresca organizada entre «esquizos» y «oligos», ofrece una lectura de poemas en el lugar de los hechos, en la galería Buades, propiedad de una familia mallorquina y dirigida por Chiqui Abril.

En verano, en el suplemento «arteFACTO»,[17] a cargo de Juan Manuel Bonet y Quico Rivas, se publican cinco poemas del libro inédito *Narciso en el acorde último de las flautas*: «La maldad nace de la supresión hipócrita del gozo», «Schekina», «Aún cuando tejí…» y un fragmento de «De cómo Ezra Pound pasó a formar parte de los muertos, partiendo de mi vida».[*]

En los últimos estertores del verano, cuando todavía se puede gozar de la noche madrileña, los recién casados Marcos Ricardo Barnatán y Rosa María Pereda, sentados en la terraza del café Gijón, son abordados por Leopoldo, que se hace con una silla. Les comunica su conocimiento del flamante enlace. Les cuesta entenderlo. Pero la conversación gira en torno a los vericuetos de la cábala. Como el bonaerense había publicado en 1974 un ensayo al respecto y siempre operó con claves esotéricas y cabalísticas, Panero, muy interesado por la interpretación mística y alegórica del Antiguo Testamento, consideró oportuna aquella charla, pese a que ya habían pasado unos años desde la edición de *La Kábala, una mística del lenguaje*, en Barral. La pareja arrostró con mucha deportividad aquel inesperado e

inquietante encuentro.

Días después, el jueves 19 de octubre, a las siete y media de la tarde, Leopoldo pronuncia una conferencia en la galería Buades titulada «Acerca de la psicosis». El poeta disertó sobre el psicoanálisis de Sigmund Freud o la psicología según los ojos. Sus amigos de «arteFACTO» le publican el poema «Guillaume IX duc d'Aquitaine. Haré un verso aprovechando la nada».[18] Y a través de Quico Rivas* inicia colaboraciones en la revista *Disco Exprés*, que ha cambiado de formato, periodicidad –el hasta entonces semanario se convierte en publicación quincenal con colorines– y orientación –los editores pretenden franquear la barrera musical y fortalecer los contenidos culturales–. Además de ampliar el elenco de firmas, donde vuelven a aparecer Federico Jiménez Losantos, Alberto Cardín, Biel Mesquida y compañía.

El 6 de diciembre de 1978 se aprueba la Constitución española, mediante un referéndum con una fuerte abstención. Leopoldo María Panero, convertido ya en el terror de los bares, se refugia en su piso de Alonso Castrillo, número 24, y redacta un «Yo acuso»[19] que se encarga de repartir en mano entre sus amigos y allegados. En el texto, con un estilo de atestado policial, describe su paranoia y asegura que su condición de autor de literatura fantástica, y su afición al ocultismo y a la cábala, son vehículos portentosamente útiles para hacer de él el protagonista de un nuevo caso Dreyfus.* Denuncia la estafa que sufre de sus editores y reclama solidaridad como víctima del Gobierno, la solidaridad con un hombre que no quiere morir.

España se normaliza paulatinamente. Madrid comienza a dejar de ser grisáceo, mediocre y funcionarial. Los exiliados continúan regresando con cuentagotas. Esta vez le toca el turno a uno de los mitos de Felicidad Blanc, Valentín González, el Campesino, general del Ejército de la República a quien dedicó unos hermosos pasajes en *Espejo de sombras*, que va por la tercera edición.

Próximas las celebraciones navideñas, en ausencia de su madre, Leopoldo María llama a su editora Beatriz de Moura con el propósito de que le envíe un pasaje de avión para huir de nuevo a París porque no le gusta la situación española. «Qué mejor para el régimen de Suárez era que un escritor como yo desapareciera de España por las buenas, en lugar de quedarme aquí a esperar no sé qué "gracia"?»,[20] escribe. Cuando recibió el billete de Air France, Leopoldo voló a París el mismo día de Nochebuena.

# 11. EL VALOR DE USO DE LEOPOLDO MARÍA PANERO (1979-1980)

Fumo mucho. En el cenicero hay ideas y poemas y voces de mis amigos que no tengo.

Aquella euforia racial contra España pronto se apagó. Leopoldo pasó una corta estancia en la capital francesa y retornó a Madrid a principios de 1979.

Una fría tarde de enero, Felicidad Blanc y Amparo SuárezBárcena, novia de Michi, llegaron a Ibiza, número 35, y encontraron la casa gélida. Según desembocaban en el salón iban quedando atrás estrellas de cinco puntas y círculos de tiza, anillos formados por candelas prendidas y paños colgados de las paredes. Sobre el mobiliario ardían numerosas velas con una llama inquieta a causa del viento procedente de las ventanas abiertas de par en par. Leopoldo María estaba arrodillado sobre el alféizar del ventanal que da al bulevar de la calle de Ibiza. Mantenía los brazos en cruz y una bacinilla de latón sobre la cabeza que miraba hacia el exterior, de tal modo que los viandantes podían observar aquel ritual. Feli, entre lamentos y asombro, exclamó: «Pero ¡hijo mío, Leopoldo!, ¿qué estás haciendo?». El «Gran maestre», hierático e imperturbable, sin apenas girar la testuz, con la bacinilla por sombrero, respondió: «El ridículo».

Por entonces, Dylan Thomas fue objeto de estudio por parte de Leopoldo María Panero. Entre ambos existía algo más que el mero nexo de la escritura. El autor galés, un obstinado fumador, con frecuencia recurría a las citas bíblicas; ególatra y egoísta como pocos, trabajó como narrador y comentarista radiofónico en la BBC, sableó a sus próximos hasta el último penique, se instalaba en casa de amigos sin ser invitado, mezclaba el whisky con anfetaminas y no era raro que terminara ejecutando sus periódicas obligaciones mingitorias en la alfombra de cualquiera de sus anfitriones. Por tanto, escribir sobre el autor de *Deaths and Entrances* es para Leopoldo como escribir sobre sí mismo.

«Dos aproximaciones a la experiencia de Dylan Thomas o bien lo que, para ofrecer un título, podría llamarse Circunscripción de Dylan Thomas» es un extenso ensayo –se autocita como Leopoldo del Vuoto, Leopold von Maskee y Leopoldo D'Assenza– que precede al guión cinematográfico, basado en el relato homónimo de Maurice O'Sullivan, *Veinte años creciendo*.[1] Leopoldo María, que no incide en el estudio preliminar sobre las miserias del galés, teoriza sobre el exceso, a la vez

que lo reivindica. Antes de su publicación le pasó el original a su amigo Antonio Martínez Sarrión para que lo corrigiera. Tiene sus miedos y cierta conciencia de sus defectos como escritor. Según Sarrión, Panero le dedicó muchas horas a Borges para estudiar su escritura, ya que le tenía como modelo de precisión.

Leopoldo María prosigue sus colaboraciones ocasionales en *Disco Exprés*, «arteFACTO» y *El Viejo Topo*.* Oswaldo Muñoz lo llama de vez en cuando desde París, pero él nunca está en la casa materna. El valenciano telefoneaba para saber cómo se encontraba y terminaba charlando con Felicidad, que siempre se lamentaba: «Me tiene agotada. ¿Cuándo cambiará?».

Su destino se ha cumplido, ya es un paria completo, un apestado. Bebe mucho y sus amigos apenas lo soportan, lo rehúyen. Anda a la deriva y cada madrugada atraca en O'Clock, donde le da por perseguir a la rubita Silvia Gasset, exnovia de Eduardo Haro Ibars y muy interesada en su obra, especialmente en el prólogo que le dedicó Leopoldo a *Cuentos, historietas y fábulas completas*, del Marqués de Sade. A Silvia todos le desaconsejan el acercamiento a Panero, que también frecuenta El Figón de Juanita.

En el bar gallego, entre los fulgores apasionados de una partida de dados y la fragancia de unos grelos cocidos, conoció el poeta a Santiago Auserón, miembro del grupo Corazones Automáticos.* Se entendieron bien porque el músico llegó de París, donde cursó estudios de Filosofía y Letras, fascinado por Artaud y su teatro de la crueldad. Intercambian conceptos del pensamiento de Deleuze –Auserón asistió a sus clases en La Sorbonay de Artaud, y surge un proyecto. Panero había empezado a traducir los poemas del veronés Cayo Valerio Catulo y el cantante tenía la idea de grabar un disco con las letras licenciosas e irónicas del poeta latino traducidas por Leopoldo María Panero.

El miércoles 9 de mayo de 1979, hacia las siete y media de la tarde, Leopoldo María ofrece una conferencia titulada «La lingüística según Jean-Jacques Rousseau o las desventuras de un paseante solitario» en la ya más que familiar galería Buades de la calle de Claudio Coello, número 43, de Madrid.

Entusiasmado con el proyecto vagamente perfilado entre Auserón y él, Leopoldo persigue afanosamente al cantante y compositor. Todo quedó en nada. Como en nada quedó la revista *Disco Exprés*. Primero se alejaron de la publicación –en la segunda quincena de mayo– Jiménez Losantos, Biel Mesquida, Quico Rivas y Panero, entre otros, y poco después se produjo el cierre definitivo.

Rondando el verano, el poeta se marcha a Las Palmas invitado por Antonio Zaya. Se instaló en la avenida de Escaleritas, en casa de los padres, pero como se asustaron muchísimo con el hospedado –apenas hablaba y siempre se mantenía de pie observante, llegando a crear una

situación tensa, incómoda–, solo pasó una noche. Además, en ausencia de Antonio y de su parte, les pidió un juego de llaves de la casa, cuando no era cierto que le hubiera dado tal confianza. Para evitar problemas, Zaya decide llevarlo al hotel Don Juan. Como Leopoldo María bebe en exceso, Felicidad le envía por correo a Antonio, sin el conocimiento de aquel, un antídoto contra el alcohol, unos comprimidos que le suministraba sin que él lo supiera, y que le provocaban vómitos.

Los dos amigos frecuentan los locales donde se reúnen los artistas isleños y poco a poco Antonio va introduciendo al poeta en el mundillo intelectual canario. En una ocasión, durante el desarrollo de una tertulia en el barrio de Vegueta, mientras Leopoldo exponía apasionadamente sus conceptos acerca del arte, una terrible arcada interrumpió de súbito el discurso. Vomitó encima de Felo Monzón.* El pintor quedó paralizado con la mirada clavada sobre el contenido del estómago del poeta regurgitado sobre él. Lo arrojado no era otra cosa que un verdoso jugo, puesto que su dueño apenas tomaba alimentos. El rechazo por parte de la comunidad de artistas se generaliza. Por proximidad, algo le toca a Zaya.

Un día que caminaban los dos amigos acompañados del pintor Pepe Dámaso, se cruzaron en la calle de Ripoche con César Manrique. Cuando Antonio presentó al artista de Arrecife y a Panero, Manrique no pudo ocultar su impresión ante el deterioro físico de Leopoldo. En el diálogo inicial, César apuntó una moralina que el poeta cortó con un exabrupto. Antonio, helado; César, espantado; la situación exigía una despedida urgente. Así fue. Con posterioridad, vía telefónica, Manrique toma contacto con Zaya y le comenta lo estropeado que está su amigo –lo retrató como un zombi– y el impacto que causó en él. «Ya se veía en la película», zanjó el divo.

Ante el éxito obtenido, Antonio Zaya decide no presentar a Leopoldo a nadie más y lo recoge todos los días en el hotel. Se dedican a pasear y a beber; Antonio paga. Ante las continuas provocaciones del poeta, Zaya le repite: «Me estás comprometiendo. Tú te vas y yo me quedo aquí». Además, le continúa administrando las pastillas y Leopoldo María Panero sigue con el alcohol aunque no deja de vomitar. Leopoldo le habla reiteradamente de Artaud e incluso de la fascinación que siente por su modelo físico, lo que Antonio se niega a aceptar. Su silueta ideal era Elizabeth Taylor, no el cuerpo de Antonin Artaud. En esas largas peroratas todavía sale a colación el incidente de Palma de Mallorca. Zaya le sugiere que debe olvidarse de tal asunto. «Tú eres un agente de Suárez», replica Leopoldo, lo que convirtió en muletilla, pues, al menor roce, le soltaba la frase que llegó a creerse. Estaba convencido, completamente convencido. Dadas las circunstancias, Antonio le confiesa que le está suministrando píldoras y le ruega que

deje de beber, declaración y súplica que provoca un enfrentamiento entre ambos. El anfitrión telefonea a Felicidad y le comunica que, dado lo incómoda que se ha vuelto la relación, cree que sería conveniente la marcha de su hijo a Madrid.

En una de esas jornadas, una persona de la dirección del hotel donde se hospeda Leopoldo llama por teléfono a casa de Zaya –él dejó su número por si ocurría algún imprevisto– y le comunica que su amigo ha montado un escándalo descomunal. Que ha insultado a unos clientes y reclama alcohol de manera insistente, pero que no se lo van a dar. Antonio se acerca allí y atempera los ánimos. Todo queda solucionado. De vuelta en casa, Zaya recibe una segunda llamada: Leopoldo María ha bajado al vestíbulo en calzoncillos y se ha dirigido a recepción exigiendo una copa. Si no se la dan se niega a vestirse. Apresuradamente, Antonio se presenta en el hotel, pero Leopoldo ya se ha marchado. El conserje le dice que han tenido que llamar a la policía y que esta le acompañó en su partida. Leopoldo fue al aeropuerto y tomó un vuelo para Madrid. En la conserjería del Don Juan no dejó ninguna nota, aunque sí hizo algunas llamadas telefónicas antes de irse. La factura –no estuvo más de una semana en la isla– la pagó su madre.

Antonio Zaya mantuvo correspondencia con Felicidad, pero aquella relación intensa con su hijo desapareció. Habló con Poppy, quien le explicó que Leopoldo no lo había pasado bien en Las Palmas y que no conservaba un buen recuerdo de aquella estancia.

En junio aparece en la colección Visor de Poesía (Alberto Corazón Editor) *Narciso en el acorde último de las flautas*, título extraído del último verso –«Narciso de flautas en acordes finales»– del poema «Pequeño concierto», de Georg Trakl.

Dedicado a Alicia Ruiz Tormo («que recogió el cadáver»), es el libro del que Leopoldo María Panero se siente más satisfecho. En el prólogo, escrito en París, recuerda el incidente de Palma de Mallorca: temor y temblor. De ahí que esté firmado por Johannes de Silentio, máscara que le roba a Kierkegaard.* En el interior, mucha autobiografía. «Prosiguiendo (persiguiendo) a Lear» es un homenaje a su amiga Eugenita Villapadierna, que no es otra que Eugenia Castillo, cuya madre –divorciadase casó con el conde de Villapadierna y el autor decidió cambiar su apellido y darle un barniz nobiliario. «Aun cuando tejí…», sin título, va dirigido a Claudio Rodríguez, «recordando el día en que, con un cigarrillo temblándole en los labios, me dijo, en el Drugstore de Fuencarral, “a esta gente hay que ganarla”». A Claudio, que tiene entre nebulosa aquella circunstancia, le parece delirante: «Ni la entiendo ni me acuerdo de aquel encuentro. Estaríamos tomando una copa y haría algún comentario sobre el ambiente».[2] A Mechita están dedicados tres poemas: «Cópula con un cuerpo muerto» («A

Mercedes, por las bodas que vimos *sub umbra*»), «Eve»[3] («A Mercedes, por el hilo que la une al secreto») y «Un cadavre chante» («Lo que queda de ti, *To Zelda,*[**] *again,* y en recuerdo tembloroso de aquellas traducciones de Gottfried Benn, poeta y médico, que le gustaba hacer para probar a ser poeta y maga»[***]). «Spiritual II» es un homenaje a un amigo («A Pancho Ortuño, que me salvó la vida»), por el incidente con dos tipos en el Barrio Latino de París, de donde tuvieron que salir por piernas. En «Mancha azul sobre el papel» renacen dos viejos conocidos:

> […]
> Una mosca
> come en mi mano. Una lluvia de sangre cayendo en el cerebro de
> Charles. Hacía frío Fort, la noche en que murió hacía
> frío, sí, lo recuerdo, llovía. Pere
> Gimferrer –contrapunto
> como en el canto VII de Pound– *no mera*
> *sucesión de pinceladas, narración*
> *ciega,* sino la vida
> y la mente toda puestas en juego,
> y perdidas –aquí. Pere
> Gimferrer y Carnero se casaron
> en octubre, y su hija
> de enorme falo goteando,
> colgando, muerta.
> Balanceándose como un péndulo
> mortal, goteando, en lo oscuro.
> Hay un falo en mi boca, dos, y otro
> erecto en mi ano, otro
> lo arrastran los pies.
> […]

A Guillermo Carnero ni le sorprendió ni le molestó el poema: «Ignoro a qué se refiere; pero supongo que L. quería decir, porque lo imaginaba, que Gimferrer y yo nos habíamos propuesto convertirnos en "clásicos" monopolizando la imagen del grupo "novísimo". Si bien es cierto que la crítica nos destacó desde el primer momento, nada hice por lograrlo ni me lo propuse, ni puedo decir que P. G. tuviera la menor parte en ello».[4]

«La alucinación de una mano o la esperanza póstuma y absurda en la caridad de la noche» va destinado a la hermana de Juan Manuel, «A Isa-belle Bonet». Como «La vida» va dirigido a la «viuda» Miriam Moreno,[*] de quien el autor quedó flechado en el instante en que su novio, Andrés Trapiello, se la presentó en 1978 en Ibiza, número 35.

Según Andrés, le dedicó un par de galanterías lúbricas y después, en otra ocasión, le entregó a él el poema para que se lo diese a ella. La dedicatoria de «El último espejo» más que una ofrenda es una afrenta: «Inspirado en una pesadilla que tuvo por nombre "Maraba Domínguez Torán"».** Alejada de él y hastiada de la temporada tan dura que pasaron juntos, cuando vio el libro se llevó un disgusto pavoroso, le pareció el colmo de la ingratitud. Con un berrinche de difícil consuelo, la sufrida y compasiva Marava se metió en una pizzería y pidió un plato de espaguetis. Sus ojos no dejaban de gotear sobre la pasta. Comió espaguetis con lágrimas.

*Narciso* es algo más que un mero título. Narciso es Leopoldo María Panero. Consultados varios psiquiatras que han tratado al poeta, todos sostienen que las relaciones que establece el autor son estrictamente narcisistas, lo que no quiere decir que no haya tenido incursiones en la fase edípica. Pero en Leopoldo predomina el narcisismo, aseveran los facultativos. El sujeto narcisista lleva implícita una tremenda carga de fragilidad y siente una gran necesidad de afecto. Es un individuo que no puede establecer relaciones afectivas estables. De Leopoldo se han enamorado hombres y mujeres, pero él no ha correspondido plenamente a nadie. Jamás estabilizó ningún amor porque la convivencia resultó imposible. «Entonces el sujeto acaba amándose a sí mismo o tan solo lo puede soportar la madre; él no establece una relación que no se parezca a la que tiene con su madre», esgrime un psiquiatra. Al fracasar la experiencia amorosa siempre se produce el regreso a la madre, de la que nunca se libera. Cuando habla de ella, de la necesidad vital de la figura materna, va más allá de la relación sexual o incestuosa. A la vez que la necesita la rechaza, la ama pero la odia. Le falta fortaleza para emanciparse de ella. Quiere apartarla de sí, pero al mismo tiempo no puede vivir sin ella. El mito de Narciso es de final destructivo.

Leopoldo continúa bebiendo de modo compulsivo y el alcohol le hace perder todo control. El 17 de junio ingresa en el Hospital Psiquiátrico Provincial de Madrid –antiguo Alonso Vega–, situado en el kilómetro 13,800 de la carretera de Colmenar, y sale al día siguiente. Entretanto, su amigo Will More se encuentra en compañía de Eusebio Poncela y Cecilia Roth en una finca segoviana, propiedad de la familia de Jaime Chávarri, rodando la película *Arrebato*, dirigida por Iván Zulueta.

En una bocacalle de Bravo Murillo, en el tercer piso de Alonso Castrillo, número 24, donde el poeta vive de alquiler, redacta un nuevo manifiesto –«Yo acuso (III)»–, que reparte entre los amigos y envía a los periódicos. En él recuerda, una vez más, que fue «objeto de agresiones y amenazas en la isla de Palma de Mallorca, en ocasión de hallarme trabajando con mis amigos anarquistas en contra de la

urbanización de la isla Dragonera». Sostiene Panero que su callejeo solitario fue una medida desesperada motivada por la imposibilidad de dar con un abogado eficaz, ya que su otrora amiga Cristina Alberdi se negó a prestarle ningún servicio. Tras el desarrollo de múltiples paranoias, el poeta inculpa y asegura que el «gobierno de Far West que soportamos acabó nada menos que poniendo precio a mi cabeza, a saber, exactamente treinta mil pesetas». Denuncia al exministro de la Gobernación, Rodolfo Martín Villa, por permitir aquel ataque, al presidente del Gobierno Adolfo Suárez por «no mostrar el menor interés ni por mi vida ni por la de los demás, que él mismo puso en peligro al, controlando mi teléfono y manejando la villa cibernéticamente, como un dictador, conseguir enloquecerme y llevarme a perder por tanto el control de mi cuerpo, *con el consiguiente riesgo para todos*; a toda la prensa nacional, y especialmente al diario *El País*, donde trabajan amigos míos como Ángel Sánchez Harguindey, Patricio Bulnes, Juan Manuel Bonet, Francisco Rivas, etcétera, por silenciar lo que todos sabían o intuían y limitarse a comentarlo tan solo chistosa, paródica u oblicuamente; a la izquierda y a la ultraizquierda, que en primer lugar toleraron la ejecución pública de un militante anarquista y en segundo lugar no quisieron aclarar a través de sus propios medios de información la naturaleza política, y objetiva, del hecho».5

El 4 de septiembre de 1979, Leopoldo María es detenido en Madrid en un avanzado estado de etilismo. La policía lo ingresa en el Hospital Psiquiátrico Provincial, donde queda internado. El número 4 de la revista *Poesía*, con fecha de junio, publica una controvertida antología de Leopoldo María Panero titulada *Última poesía* no *española* («Porque tengo un particular odio racial contra España»),6 dedicada a su antepasado Fray Bartolomé de Las Casas.* En el preámbulo exhibe todos los ingredientes necesarios para la polémica y la provocación:

> No necesito decir que Machado no me gusta: es como poesía para el bachillerato […]. Y Pedro Gimferrer creó nuestra ideología, y fue el verdadero autor de los novísimos y, por qué no decirlo, de mí […] creador de lo que los horteras llaman «escuela veneciana» […]. De sus imitadores cabe destacar a Guillermo Carnero, del que Gil de Biedma me decía que había escrito los mejores poemas de Gimferrer en *Dibujo de la muerte*: después, cuando le dejó Pere, se murió, convirtiéndose también en fabulista, como La Fontaine y su maestro Pere en lo que no es *L'espai desert*, y se dedicó también como él a abusar de la incultura de la pobre gente.

Leopoldo incluye a su hermano mayor porque no reconocerlo «sería un homenaje al resentimiento». Añade un soneto de Gabriel Bocángel y Unzueta (siglo XVII), «que pertenece a mi generación», y una canción popular sobre la muerte de Federico García Lorca. La antología

contiene un breve pero sarcástico comentario sobre cada autor, así como un poema. Está dividida en dos apartados: «Los seniors» y «La coqueluche». En el primero caben Antonio Martínez Sarrión («Poeta hoy cansado, dedicado a las aventuras amorosas […]. Si Dios no lo remedia y él no se atreve: *déjà jadis*»), Pere Gimferrer («Poeta desaparecido en Cataluña, como dicen de Cravan en Méjico»), Ana María Moix («*Baladas del dulce Jim* y su vida son sus mejores libros») y Guillermo Carnero («Poeta perteneciente al grupo de los *déjà jadis* insistentes. Otros hay resistentes»). El segundo grupo lo forman Félix de Azúa («Poeta muy guapo y muy creído»), Francisco Ferrer Lerín («Gran jugador de póker, con el que he perdido muchas partidas; espero que no la de la literatura»), Antonio Colinas («Como poeta del romanticismo, a veces cae en la cursilería»), Eduardo Haro («Fumador de haschich arrepentido, con quien compartí el frío helador de la cárcel de Zamora»), Juan Luis Panero («Cansado de beberse el mar de Madrid, y de sus alucinaciones, sus pocilgas y sus naufragios; y de escuchar a los lobos gritar cuando salía a la ciudad de noche, huyó a Colombia y luego a Méjico donde *entavía* no ha desaparecido, buscando el cadáver de Cravan»), Gabriel Bocángel, Enrique Murillo (Enrique Hegewicz) («Poeta de los más cuidadosos que quedan en España») y Romance Anónimo.

Para Carnero la antología «es el resultado de la hostilidad permanente de L. hacia mí y hacia todos los “novísimos” en general. Creo que sus circunstancias biográficas le han producido una agresividad indiscriminada y universal, que solo excluye a sus editores y a los periodistas que se interesan por él. No puedo culparlo. Él se siente maltratado por un sistema que lo margina, e identifica a toda persona “integrada” como parte de ese sistema. Desde un primer momento manifestó hacia mí una larvada antipatía, que estalló pronto, por cuestiones nimias tales como el lenguaje, el vestido, llevar corbata, etcétera».[7]

Félix de Azúa, quien juzga a Leopoldo como «uno de los últimos poetas de la vieja escuela, cuando el oficio de poeta implicaba llevar una vida ejemplar»,[8] resta importancia a los comentarios del madrileño –«Bobadas»–;[9] lo que más le interesa de su obra es «el testimonio del dolor».[10] A Enrique Murillo no le hizo ninguna gracia que Leopoldo María desvelase su heterónimo: Enrique Hegewicz.

Dada la proximidad existente entre Ibiza, número 35, y la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco, en Doctor Esquerdo, número 46, Felicidad se encuentra a menudo con el doctor Enrique González Duro, quien le pregunta por su hijo y le habla de la experiencia del Hospital de Día,[*] toda una novedad en la psiquiatría española: la antítesis del internamiento. El enfermo asiste al hospital desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde y el fin de semana lo pasa en casa.

Todo lo que se le exige es voluntariedad y estimación terapéutica. Felicidad muestra mucho interés y logra que a Leopoldo María le den de alta el 3 de octubre en el Hospital Psiquiátrico Provincial. El día 5, el paciente Panero, con diagnóstico de esquizofrenia, asiste voluntariamente al Hospital de Día. Previamente, su madre ha informado a los terapeutas: «Llevo quince años dedicada a él. Hace año y medio que bebe mucho, me tiraba los retratos por la ventana, me pegaba. Los vecinos se quejaban. Me ponía a temblar, le cerraba la puerta. Este verano le dejé un mes solo, me ha llevado a la ruina. Al volver lo encontré desastroso, le cambié de casa. Le acompañaba por la tarde, me llamaba puta por Princesa. Al salir del Alonso Vega me pidió perdón y está más suave [...]. Echa de menos a Mechita, la de París».11

Asiste al hospital y continúa de noctívago. El 9 de octubre de 1979, Leopoldo María está alegre y feliz en la inauguración de El Sol, situado en Jardines, número 3, la calle donde se ejerce la prostitución más lumpen de la capital, próximo a la Gran Vía –en la Red de San Luis–. El local está inspirado en el estilo de los cincuenta: ventiladores que penden del techo, colores crema y rosa, neón, raso y moqueta; estética lujuriosa. Una amplia y sinuosa escalera va a parar al corazón de la sala. Un guardarropa, dos barras y un palco –colocado en esquinazo frente a la cabina del pinchadiscos y al escenario de negros cortinajesconforman el local que en el día de su inauguración reunió al «todo Madrid». El recinto no tarda en transformarse en emblemático para los «modernos» de la capital y por él desfilan los grupos musicales de reciente creación,* los grupos de la emergente movida madrileña. El Sol pronto se convierte en el refugio de Panero, donde cada madrugada se encuentra con su amigo el actor Félix Rotaeta.

Incapaz de someterse a disciplina alguna, Leopoldo encuentra cerrada más de una vez la puerta del hospital. A las diez de la mañana en punto se cierra el acceso de modo indiscriminado para enfermos, terapeutas y visitantes. En otras ocasiones se presenta en el centro con su perro Ronny, lo que no le consienten los responsables del establecimiento. Hizo varios intentos de someterse al régimen del Hospital de Día, pero le faltó paciencia y tenacidad. Aparecía dos o tres días seguidos y después no volvía. Ante la imposibilidad de tratarlo, Enrique González Duro lo recibe de cuando en cuando en su consulta, adonde asiste para charlar con él o para pedirle dinero. De paso le da un tratamiento especial ante su falta de sometimiento a las normas del hospital. Pero también en esas visitas Leopoldo tuvo problemas; por lo mismo, por la falta de paciencia. Incapaz de soportar la espera y el orden, el poeta tuvo una pequeña pendencia con el celador, quien le exigía aguardar su turno. Cuando tuvo enfrente al doctor le mostró sus quejas: «¡Estos bordes!... El portero no me deja

entrar porque dice que tengo que pedir número», le explicó a González Duro.

El 18 de octubre, trece días después de asumir la voluntariedad terapéutica, Leopoldo María recibe el alta médica del Hospital de Día. Con un afecto incurable, el poeta les dejó un escrito donde cuestiona el método empleado en dicho centro:

> Este infierno moralista, que imitó torpemente el modelo Basaglia (asambleas, pero sin poner en cuestión el poder del staff,* etcétera) se llama: Hospital de Día. De Día por cuanto, al parecer, solo ahí no es de noche, y los «enfermos» salen a las seis a tomar el sol, por fin. Se imitan a sí mismos, los pobres, en el llamado «psicodrama»: lloran de mentira.** De cualquier modo, también González Duro y Cía repiten malamente a Freud: en la «psicopintura»*** un árbol es el padre, un toro la criada y eso verde mi mamá. Mamá, papá: ¿no hay otros modelos de la personalidad? […]. Luego, los llamados «terapas» (Mari Peña, etcétera) emplean, a pesar del Edipo, diagnósticos algo brutales (en mi caso, al menos): en efecto, la tal Mari Peña habló de mí como de «la Bestia»: lo que quiere decir, monstruo inefable, monstruo in-diagnosticable. No-catalogable. Luego, otra, Mari-Nieves por nombre, se reía con fuerza (*de verdad*) e insistía en emplear términos como neurótico, histérico, etcétera, por lo que son: insultos. Cualquier objetivación es un insulto […]. Finalmente, electroshocks:[12] digamos, para consolar a Duro, que Guattari también usa y abusa de ellos en La Borde:**** ah, y correar***** también: el desconocimiento de la realidad del «otro» (del «enfermo») va tan lejos que en lugar de apropiadamente tranquilizarlo (cosa que es siempre posible) el sujeto devenido puro objeto, pura cosa («bestia») es amarrado temiendo una reacción imprevisible (no humana).
>
> Y para terminar, la cursilada opusdeísta: las faltas: no llegar, vencido por el sueño o el reloj que no funciona, a las nueve y treinta minutos, es falta; haber leído a Jung, o a Reich, y aplicarlo, es una mucho más grave.[13]

En la aldea poética, el florilegio de Leopoldo María Panero no ha sido muy bien aceptado. El hecho de que una prestigiosa publicación diera cabida a semejante antojo revolvió las vísceras de no pocos correligionarios suyos. El crítico Quico Rivas le interroga en *Pueblo*: «¿Ha dado mucho que hablar tu nueva antología de novísimos, publicada recientemente en la revista *Poesía?*».[14] Con una sonora carcajada, un fisgón y mordaz Leopoldo interpela: «Ja, ja, ja… ¿y qué dicen?, ¿y qué dicen?».[15] En efecto, como antídoto excesivo y personal, Juan Manuel Rozas,[16] a propósito de la crítica de la antología *Joven poesía española*,[17] recomienda la lectura de «Última poesía *no* española», de Leopoldo María Panero.

La vigorosa, arbitraria e inagotable pluma de Leopoldo no descansa. Vive en Pizarro, número 14, en compañía de Poppy, donde prepara un nuevo poemario con el título *Last River Together*. Lejos de Madrid, en Teruel, su estimado Antonio Maenza apareció debajo de la ventana de la casa de su padre herido de gravedad. Con un gran deterioro tanto

físico como psíquico, al parecer, el cineasta se había lanzado al vacío desde un primer piso. Días después, el 12 de diciembre, murió con treinta y un años en el Hospital Miguel Servet de Zaragoza. Meses antes había recibido desde París una postal de sus amigos Leopoldo María y Oswaldo Muñoz, escrita en la Place du Châtelet –próxima al Louvre y a la orilla del Sena–, en que lo animaban a marcharse con ellos.

A principios de 1980, Leopoldo viaja a Barcelona. En un día de perros y acompañado de su amiga Sara Azcárate, residente en la Ciudad Condal, visitan a Lola Díaz, traductora de alemán y periodista. Lola entonces traducía para Muchnik Editores *La lengua absuelta*, de Elias Canetti. Después de ser presentado, el poeta insolente, metido en unas botas embarradas, se tumbó en el catre sobre un cubrecama inmaculado, acto que encendió a la arrendataria del inmueble. No contento con la regañina, Leopoldo se marchó a la cocina a inspeccionar el frigorífico, donde encontró una botella con líquido que devoró en un santiamén. Colérica e impotente, Lola decide que lo mejor es sacar de casa aquella plaga. Una vez en la calle cogen un taxi con destino a un restaurante. Durante el trayecto, el osado Panero planta su mano en un pecho de Lola; ella aparta con desdén la zarpa. Él, no conforme, escupe: «¿No serás feminista?», a lo que ella, circunspecta, responde: «No, no soy feminista, pero a mí solo me mete la mano en las tetas quien me da la gana». Una vez en la casa de comidas, Leopoldo pide una tortilla francesa y para continuar deslumbrando trata de metérsela por la oreja. El espectáculo está servido. Terminada la cena, Lola, agotada y abrumada, decide retirarse. Pero cuando comienza a despedirse de sus acompañantes cae en la cuenta de que Leopoldo busca en el suelo como si hubiese perdido algún objeto. «Un momento, un momento», suplica. Se agacha y recoge una flema escupida sobre la acera que con aplomo se lleva a la boca. Después de una lamida se la ofreció a Lola –«¿Quieres?»–, quien se dio media vuelta y se marchó calle adelante.

Las reacciones a la caprichosa y aleatoria selección de la exquisita revista *Poesía* continúan sin tregua. Guillermo Carnero, dolido e indignado –según él, harto ya de tanto aguantar–, responde a lo que considera un ataque de su amigo de antaño: «Las coces y patadas del joven Panero no son más que una mala copia de lo que en su momento hicieron las generaciones del 98 y del 27».[18] Asegura el autor que, de entre los poetas de posguerra, Leopoldo absuelve, entre otros, a Gil de Biedma y Claudio Rodríguez «porque le aguantan o le ríen sus gracias, por caridad cristiana o para divertirse».[19] También a Alfonso Costafreda, «poeta no menor, sino nimio, porque dicen que se suicidó, cosa genial para el joven Panero, y que no tiene nada que ver con la literatura».[20] Continúa Carnero:

> Tanto pontificar y excomulgar le sirve al joven Panero para sugerir que él es el único genio con presente y con futuro. Porque de lo más reciente solo bendice al valenciano Eduardo Hervás (otro suicidado, qué casualidad) y a unos amiguetes suyos de menor valía. Los demás, o han sido siempre unos zopencos, o si empezaron bien, están acabados [...]. Eróstrato era un patán que prendió fuego al templo de Diana en Éfeso para darse celebridad. La enfermedad del joven Panero se llama erostratismo, es decir, la clase de locura que lleva a cometer barbaridades para hacerse famoso.

Como colofón, el en otro tiempo amigo de Leopoldo se despacha con el siguiente párrafo:

> Está claro que, en lo de tener opinión en literatura, el joven Panero no toca pito. En cuanto abre la boca se mea fuera del tiesto. Más le vale escurrirse del asunto a cencerros tapados y hacer un curso de cultura general por correspondencia, para que no tengamos que ponerlo otra vez de cara a la pared y con orejas de burro. Que ya no estamos en el Año Internacional del Niño.[21]

Poco después de la publicación de este artículo en *Pueblo*, Guillermo viajó a Madrid con motivo de la presentación de un libro de Rosa Chacel en la *boîte* Bocaccio, donde se encontró con Felicidad y se dirigió a ella para saludarla. La madre de su otrora amigo implacablemente le volvió la espalda.

Leopoldo, de vuelta de Barcelona, regresa a Pizarro, número 14, la buhardilla donde convive con José A. Saavedra Rodríguez, Poppy, a quien maltrata en ocasiones. Así lo atestigua Eduardo Bronchalo, colaborador del vespertino *Informaciones*. Como el periódico estaba cerca del domicilio de la pareja, un día Poppy llegó completamente desolado a un bar vecino donde estaba Bronchalo. El canario le confesó a Eduardo que Leopoldo le había pegado. No era preciso, sus ojos amoratados lo contaban todo.

En enero de 1980, el resignado Poppy aparece en las librerías con *Música, cariño*,[22] un libro de cuentos prologado por Fernando Savater y presentado («Juicio a la legalidad española») y epilogado («Diario del ácido –o el espejo. Confesiones y método de un *pasao*») por su íntimo Leopoldo María, que no mucho tiempo después publica *Last River Together*,[23] su nuevo libro de poemas. Poppy le hizo llegar el original de Leopoldo María Panero a su amiga María Fuentetaja, y ella, a Jesús Moya. El editor asegura que tiene miedo del autor, aunque cree que «tenía que haber sido más transigente con él».[24] Según el autor, la obra está escrita al borde del abismo y señala una época en que pensaba suicidarse con una chica de mutuo acuerdo, de ahí «la última orilla juntos». Pero lo cierto es que ella desconocía las intenciones del presunto candidato a suicida.[25] Dedicado a Conchita Sitges,[*] *in memoriam* –«que este libro la acompañe en su muerte, que ya va siendo tan larga como mi vida»–, *Last River Together* es un

trabajo que destila dolor –cantos al alcohol y la locura– y ternura –«A aquella mujer que quise tanto», «A Francisco»,** «Para A.,*** *again* (y vuelta a empezar)».

La actividad del literato es incesante. A la vez que publica sus poemarios mantiene colaboraciones en *Miraguano*, *Blanco*, *Los Cuadernos del Norte*, *El Noticiero Universal* y *Destino*. Publicaciones estas dos últimas –ubicadas en Barcelona– a las que Ana María Moix se encargaba de llevar los originales que recibía de Leopoldo desde Madrid. En *Destino* publicó una serie de artículos de carácter psicoanalítico: sobre la razón, el humor, la mentira, el suplicio, la tortura, etcétera.

Igualmente no cesan las reacciones a la miniantología de *Poesía*. Algunos como Valente no le perdonaron aquel *entertainment*. El poeta orensano le dedica una severa y despiadada columna donde se pueden leer párrafos como los que siguen: «Es atributo conocido del joven pertinaz decir cosas triviales, pero dando a la vez sonoros sorbetones en la sopa y salpicando de paso si es posible, para que al fin le presten atención».26 El que a Leopoldo María no le guste Antonio Machado y catalogue su poesía como buena para bachilleres quizá fuera lo que más hirió a Valente. «Cabe esperar que los jóvenes realmente probados tengan más capacidad para absorber sus traumas de bachillerato que este microjoven infeliz. […] El escritor es en rigor anónimo. No se le reconoce por su vida. En realidad, su vida se ha desconocido siempre. Algunos jóvenes perpetuos –que ocupan la juventud como si fuera silla de academia– hacen desde la vida gestos desesperados para existir en la escritura.»27 Con el octavo aforismo el autor de *Material memoria* va más allá de lo estrictamente poético transgrediendo el mero juego, el mero entretenimiento: «Ningún anacronismo más triste que el del *enfant terrible* prematuramente envejecido y ya solo terrible por los disgustos que causa a su mamá. La mamá se pone los disgustos del niño a contrapelo –qué hacer, al fin y al cabo–, como sombrero audaz que la hace más moderna. Luego se exhiben juntos, comerciales y tiernos, en películas ñoñas, para escándalo burdo de burgueses de pueblo. Desencanto. Sí, qué desencanto o qué infelicidad, Panero».28

El 28 de febrero, Leopoldo María Panero, José María Marco y José Luis Brea presentan en la galería Buades la colección Cuadernos de la Aventura. El local ya es para el escritor algo así como *The Last Refuge*,* de Humphrey Bogart, según sus propias palabras.29 Sobre las ocho de la tarde se presentó la colección que incluía *City Life*,** un libro misceláneo, donde cohabitan la música (Radio Futura, Zoquillos, Herminio Molero, Luis Auserón), la pintura (Ceesepe, Carlos Alcolea, Manolo Quejido, Guillermo Pérez Villalta), el pensamiento, el cine, la moda, la arquitectura y la literatura. La firma del poeta aparece ligada al artículo «El dogma, o el pensamiento culpable (o la Odisea de los

bichitos)». Un día después del evento, el 29, Felicidad Blanc es destinada de nuevo al Palacio de Exposiciones y Congresos. Con la categoría laboral de oficial de segunda, atiende la biblioteca desde las ocho y media de la mañana hasta la una y media del mediodía.

En la periferia de Panero, su colega Eduardo Haro Ibars, desde su sepulcro, publica *Empalador*,[30] poesía de vampiros con ilustraciones de Aguts, Ceesepe y El Lirio. Un libro que retrata muy bien el mundo de Eduardo, más que por los poemas por la estética y presentación de la obra. En París muere JeanPaul Sartre y en Madrid se estrena *Arrebato*.

En mayo, en la sala El Sol, Iván Zulueta presenta la película acompañado por la actuación de Los Negativos. El filme, que se estrenó en pésimas condiciones en el cine Azul de la Gran Vía, refleja una época muy determinada con Will More interpretando el magnífico retrato de un yonqui. Una brutal reflexión sobre la autodestrucción. Will es Pedro P., cuyo acrónimo –P. P., nunca se dice su apellido– es alusivo a Peter Pan. Es una película pensada para él exclusivamente, en boca de su director.[31] Pero, a la vez, *Arrebato* es Iván. Leopoldo María le confesó a Zulueta que él siempre había pensado en transformar a Will More en Peter Pan cuando llevara al cine su guión. Pese a que aguantó muy poco tiempo en cartel, *Arrebato* no tardó en convertirse en una película de culto y sigue siéndolo hoy.

Evaluado como mago del verbo, Panero recibe un encendido elogio de José Saavedra, Poppy. Con el primer título que tiene a mano –«Centelleos en la gama quisquilla de la alharaca cotidiana: "Last River Together"»–,[32] Poppy escribe en las páginas de *Pueblo* sobre el último manojo de poemas de su adorado compañero. Sin embargo, la convivencia se acaba quebrando. Leopoldo María ahora vive solo en Juanelo, número 20, bocacalle de la plaza de Cascorro.

En el tórrido verano madrileño de 1980, en julio, bajo el Arco del Triunfo de Moncloa, el futuro periodista José Manuel Delgado repartía propaganda de una academia de secretariado e idiomas. Solo cuando el semáforo enrojece, el joven barbado y de complexión endeble despega su desnutrido cuerpo de las robustas y pétreas paredes del monumento conmemorativo. Solo entonces abandona la sombra y se dirige a los vehículos para entregarles los folletos. Mientras ejecuta la tarea con una dignidad y una honestidad profesional digna de encomio, aparece por allí Leopoldo, que deambula sin rumbo fijo. Saluda a José Manuel, un extremeño de la cabeza a los pies que conoce al poeta a través de la pantalla de cine, y entablan una conversación que acaba derivando en el Siglo de Oro español. La señal luminosa en rojo llama a Delgado. Panero sigue sus pasos y continúa el discurso. José Manuel, exhausto y sudoroso, se aproxima a las ventanillas abiertas de los automovilistas. Leopoldo, irreductible, lanza a Bocángel y a los hermanos Jáuregui, y para no interrumpir tan

interesante charla se ofrece a repartir también los impresos, lo que Delgado acepta con gusto. Pero con la mala fortuna de que el poeta entrega las octavillas a las mismas personas a las que les acaba de obsequiar su colega.

El 8 de agosto, en plena canícula, Leopoldo María ingresa en el Hospital Psiquiátrico Provincial, antiguo Alonso Vega, entre cuyas medianerías escribe el «Manifiesto del (II) Colectivo Psiquiatrizados en Lucha», publicado en la revista *El Viejo Topo*.* En la proclama denuncia al propio hospital como un matadero de hombres y un campo de exterminio de ancianos, subvencionado por la Diputación Provincial de Madrid.

El Colectivo de Psiquiatrizados en Lucha surgió en 1977, al margen de facultativos y familiares, para exponer sus denuncias y sus reivindicaciones. A través de sus múltiples intervenciones públicas fueron elaborando un sólido discurso sobre la locura desde ella misma. Los enfermos realizaron sus propias propuestas difícilmente cuestionables desde la otra orilla. Sin embargo, a los pocos años de su fundación y carente de recursos materiales, el grupo, celoso de su independencia, decidió su autodisolución. Algo después había recogido el testigo Leopoldo María Panero y refundó el colectivo con su más que personal sermón sobre la locura, cuyo eje principal gira en torno a la antipsiquiatría y su perseverante duelo con la psiquiatría.

Tras una semana en el hospital, es dado de alta y no tarda en encontrarse con el joven José Manuel Delgado en la plaza Mayor de Madrid. Se recuerdan de tiempo atrás, toman unas cervezas por los aledaños y coquetean con unas italianas, aprovechando la verborrea y el raro caletre del poeta. Intentan seducirlas aunque en vano. Delgado abandona y deja solo al eutrapélico Leopoldo, que las acompaña hasta el modesto hostal donde se alojan y, a voz en grito, en un italiano doméstico, termina su charla con aquellas chicas carcajeantes apostadas, o mejor, protegidas en la barandilla del balcón de su alojamiento.

Persuasivo con las mujeres, en septiembre se entera por Michi de que Silvia Gasset ha regresado de sus vacaciones en Ibiza. El incansable decide llamarla. Como es domingo quedan en el vetusto café Lion –calle de Alcalá, números 57 y 59–, se acercan al rastro y circulan entre tenderetes y ríos de gente. A la tarde, de regreso del mágico lugar donde las cosas no mueren, vuelven al centro. Tras mucho beber y más perorar sobre el Marqués de Sade acabaron en una pensión por Antón Martín. Iniciaron una historia amorosa que no pasó de una semana. Ambos padecen dipsomanía y todos los días acaban con una curda memorable. Hasta que Silvia, que asiste al psicoanalista y comienza a preocuparse por la relación que le impele a beber cada vez más, decide abandonar el alcohol y licenciar a Leopoldo, aunque

mantienen contacto durante un tiempo.

En octubre, en el Museo Municipal de la capital de España, se celebra la exposición «Madrid DF» –se juega al equívoco con «Madrid Doce Figuras»/«Madrid Distrito Federal»– con un comisariado tripartito: Quico Rivas, Ángel González García y Juan Manuel Bonet. Los doce artistas confederados, dispares, son Juan Antonio Aguirre, Alfonso Albacete, Carlos Alcolea, Miguel Ángel Campano, Eva Lootz, Juan Navarro Baldeweg, Pancho Ortuño, Guillermo Pérez Villalta, Enrique Quejido, Manolo Quejido, Adolfo Schlosser y Santiago Serrano.

En el catálogo de la colección, Leopoldo María Panero presenta a Pancho Ortuño.* Por aquello de la santa alianza entre poetas y plásticos, el crítico y comisario Juan Manuel Bonet decide activarla una vez más y le encarga al escritor un texto sobre el hacer de Ortuño. Aquella muestra de vanguardia aglutinó a un público muy atípico en este tipo de actos; la sala se llenó de modernos, de figuras evanescentes y raras, de militantes de la movida, amén de artistas.

Después de la clausura de la muestra, Panero sigue visitando a Pancho en su domicilio. De vez en cuando se descuelga por Jiménez de Quesada, número 2, como un domingo que llegó en lamentables condiciones a pedirle dinero. El pintor estaba acompañado de su colega y amigo Fernando Zóbel, quien sentía una lejana admiración por el poeta pese a ser su opuesto en cuanto a modo de vida. Aquella tarde se presentó un Leopoldo astroso y nada más cruzar el umbral le soltó: «Oye tío, dame pelas». Pancho le ordenó que dejara de darle codazos y se lo llevó a la cocina, en previsión de lo que se avecinaba, pues no quería que Zóbel presenciara la escena. Una vez a solas, Pancho trató de explicarle que no andaba muy boyante. Sin atender a más, el literato entonces cogió un cuchillo que dormía sobre la mesa y, completamente desencajado y nervioso –anfetamínico–, le exigió de nuevo: «Tío, dame las pelas. Eres una mierda de pintor y te voy a matar». A lo que Ortuño, aproximándose a él, respondió: «Mira, lo que te voy a dar son un par de hostias que te voy a quitar los pocos dientes que te quedan». Panero, terriblemente acobardado, soltó el cuchillo a fin de salir huyendo de aquella casa y Pancho fue tras él. Escaleras abajo y pies en polvorosa, Leopoldo no dejaba de vociferar: «Eres una mierda de pintor». El episodio una vez más revela, en palabras de Drieu La Rochelle, que «al revés de lo que cree la gente, los fantasmas son tan ineficaces como intangibles».

El 11 de noviembre de 1980, ya avanzada la tarde, Leopoldo María da una conferencia más en la galería Buades. Aunque al local asisten muchos parroquianos, el ponente está patéticamente solo en un rincón. Nadie ya le hace caso. Se esfuerza en transmitir un mensaje muy abstruso en un texto titulado «Presentación del Superhombre». Las

referencias a Lacan, Ferenczy, Reich, Freud, Rank, Spinoza y Husserl hacen aquello indigerible y el auditorio, ya en sintonía con algo más «liviano» que se cocía en aquel Madrid de los ochenta, decide aislarle y tomar copas, a la vez que charlar sin importarle la tabarra. La imagen de Leopoldo arrinconado resulta conmovedora. Así lo recuerdan hoy, tristemente, Antonio Martínez Sarrión y Javier Barquín, asistentes a aquella infortunada plática.

Pese a que su mera presencia ya se ha hecho insufrible y es un apestado, Panero no deja de hacer vida nocturna y cada noche acude a El Sol.

El poeta catalán Narcís Comadira, en una visita a Madrid, le pide a Luis Antonio de Villena que le presente a Panero. Villena le advierte que Leopoldo María Panero está mal, pero que si ese es su deseo lo llevará a la sala de la calle de Jardines, donde sabe a ciencia cierta que pueden encontrarlo. Así fue; avanzada la hora de la hiena y el murciélago, un grupo de cuatro personas hace su entrada en El Sol. Aunque el objetivo de la visita no se encontraba allí, tomaron asiento. No pasó mucho tiempo cuando la figura desportillada del solitario desciende por la saturada escalera de la sala. Cuando vio a Villena se sentó a su lado. El autor de *Hymnica* le quiso presentar a sus acompañantes pero resultó del todo imposible; no se dejaba o no se enteraba. Solo le hablaba a Luis Antonio y lo hacía al oído –algo referente a unos poemas–. Todo lo que hizo fue alzar la voz para gritar: «¡Fernando Sánchez Dragó!».* Y rompía a carcajadas. «¡Fernando Sánchez Dragó!», profería con enormes alaridos. Así estuvo un buen rato, ante las miradas atónitas de los amigos de Villena, a los que no les dirigió la palabra ni lograron ser presentados a aquel orate. No les prestó la menor atención; sin embargo, sí que les llenó sus vasos de colillas. Leopoldo había originado una situación tan incómoda que Comadira y compañía decidieron poner punto final a la noche.

El 11 de diciembre, con una paranoia a consecuencia del alcohol, ingresa de nuevo en el Hospital Psiquiátrico Provincial, donde permanece hasta la víspera de Nochebuena. Las Ediciones de La Banda de Moebius le publican *El que no ve*, un libro que, según su autor, «señala una época de sensacionalismo un poco tonto, que marca un defecto de la obra poética, una caída de la obra poética».[33] El volumen incluye el poema «Bello es el incesto», ya publicado.[34] El que lleva por título «El hombre que solo comía zanahorias» está inspirado en Antonio Maenza: un homenaje al desaparecido. En los últimos años de su vida, Maenza se alimentaba mal y solo de zanahorias porque sabía que esta hortaliza, a la que se le atribuyen propiedades medicinales para los problemas de visión, era además muy nutritiva.

El 21 de enero de 1981, Leopoldo María pasa –«en observación», esta vez– un par de días en el Hospital de Día de la Ciudad Sanitaria

Provincial Francisco Franco. El 29 dimite Adolfo Suárez, quien tantas paranoias le causó. En febrero, cuando el episodio de Tejero, escribe un nuevo libro, *Dioscuros*, en su piso de la calle de Juanelo, número 20, perpendicular a Mesón de Paredes. Precisamente por esta pina calle subía el 26 de marzo el joven Delgado, el repartidor de propaganda en La Moncloa, con un ejemplar de *Rayuela* en la mano, cuando se cruzó con Leopoldo María Panero, que caminaba sin dirección esgrimiendo una antología de Góngora y un volumen de Rosa Luxemburg. Tras los rituales saludos, José Manuel le ofreció asistir al Centro Cultural de la Villa, hacia donde se dirigía, a un coloquio sobre derechos humanos en el que iba a participar Julio Cortázar, entre otros.* Panero aceptó gustoso y como dos almas en pena callejearon juntos hasta desembocar en la plaza de Colón. En la puerta, un tumulto de gente trataba de meterse a presión en el local. José Manuel y Leopoldo se perdieron el uno del otro entre aquella muchedumbre ansiosa de ver al fabulador argentino. No se volvieron a ver.

## 12. EN LA OTRA ORILLA (1981-1987)

Un manicomio es un lugar ideal para no ser creído.

Recomendado por el médico falangista Narciso Perales, amigo de la familia, el 28 de abril de 1981, Leopoldo, o lo que queda de él, ingresa en el Hospital Psiquiátrico Nacional de Santa Isabel, donde su tía Eloísa Blanc pasó casi diez años. Aunque al paciente, por su domiciliación, le corresponde el Psiquiátrico Provincial –antiguo Alonso Vega–, Perales hizo todo lo posible por llevarlo al viejo manicomio de la zona sur: Leganés. Situada a 12 kilómetros de la metrópoli, en el suroeste madrileño, la antigua villa de huertas se había convertido en una de las ciudades dormitorio de mayor crecimiento de población: tenía 163.910 habitantes. El manicomio de Santa Isabel –toma su nombre en honor de la reina Isabel II– es su principal seña de identidad y en torno a su arquitectura neomudéjar se fueron instalando progresivamente y a la vez la emigración y la industria.

El centro hospitalario, de carácter nacional, gozaba de algún pedigrí: tuvo internado, en breves periodos, a otro célebre poeta: el bilbaíno Blas de Otero. Cuando ingresa Leopoldo María, acaba de abrirse la unidad de hospitalización de agudos. A través del director del establecimiento, el doctor Martín Vegue, Leopoldo entra en contacto con el doctor Baldomero Montoya, quien se hace cargo del paciente. Pero él pronto pasa a crónicos, se hace con una habitación propia donde escribe y conquista cierto estatus. Recibe cuidados médicos y practica terapia ocupacional. El resto del día tiene las puertas abiertas. Tan solo se le exige que respete los horarios de las comidas. Pasea por el pueblo, se toma sus cañas de cerveza e incluso hace amistades.

Durante un tiempo fue asiduo de La Viña, un bar ya desaparecido de la plaza de España de Leganés, local donde se daban cita concejales, sindicalistas, parados, camellos, policías, ladrones, aprendices de literatos y bebedores ilustres, además de un puñado de locos entrañables. Panero era uno de ellos y un bebedor compulsivo y único, que apuraba los restos de cuanto quedaba por las mesas, lo mismo las sobras de un chato de vino que el whisky aguado que reposaba al fondo de un vaso largo. Al finalizar la tarea acostumbraba a reírse de su propia hazaña. Paco Audije recuerda que alguno de los camareros bromeaba: «Este nos ayuda a limpiar las mesas».[1]

En una ocasión, llegó a La Viña una joven viajera con un reducido

equipaje. Acudió al aseo y dejó la maleta al cuidado de los camareros. Pero los muchachos se despistaron y entraron en la cocina, ausencia que aprovechó Leopoldo –solo en el local– para husmear en la valija. Mientras ella estaba en el servicio, él se dedicó a distribuir entre los estantes de la botillería toda su ropa interior. Del cuello de las botellas colgaba todo un elenco de sujetadores y bragas. Al salir del cuarto de baño, cuando la trotamundos vio el espectáculo, le echó una bronca descomunal.

Otro lugar por donde el poeta se deja caer cuando sale de paseo por la localidad es la plaza de España, un espacio abierto y popular inundado por la algarabía y el bullicio, donde se producen encuentros, se intercambian charlas y risas; un lugar de paseo para los compañeros de travesía de Panero, con quienes apenas cruza palabra en la calle.

El poeta recibe las ocasionales visitas de su madre, que se queja al doctor Montoya del nulo interés de sus otros hijos por acompañarla. Ha salido una nueva edición de *Espejo de sombras* y, en la ciudad alemana de Colonia, Leopoldo María ha sido incluido en una antología de poetas españoles titulada *Ein Schi aus Wasser* (Un barco de agua), cuyos editores –F. Boso y R. Bada– han seleccionado poemas de *Así se fundó Carnaby Street*, *Teoría* y *Narciso*.

El célebre interno entabla cada vez más relaciones de amistad entre la población leganense y, cuando sale, se dedica a frecuentar los bares próximos y a emborracharse con avidez y prisa. También recibe a algunos de sus amigos de Madrid. Javier Barquín y Margarita Palacios lo acompañaron más de una tarde en sus salidas. Él los llevaba al pub La Rata Está Debajo de una Lata, de la calle de Jeromín. Un local donde, además, se celebraban exposiciones, concursos de poesía y tertulias literarias. Por allí pasó el crítico de arte Santiago Amón, trágicamente desaparecido en accidente aéreo. Allí llamaba Felicidad Blanc casi a diario para saber de su hijo.

Otro de los que asoma por el pub es Eduardo Haro Ibars, que tuvo que saldar varias veces las cuentas que Leopoldo dejaba pendientes. Aunque llevaban una larga temporada sin relacionarse, los dos poetas han vuelto a encontrarse y, según testigos presenciales, se besaban con frenesí en La Rata. Es más, el inquilino del manicomio le propone a Haro orquestar una campaña de prensa que consiga su liberación. Panero se queja del trato que recibe del doctor Montoya y le ruega a Eduardo que hable con él. Así lo corrobora el facultativo: «Recuerdo que Eduardo Haro Ibars me llamó en más de una ocasión pidiéndome que le tratáramos con mesura y cariño».[2]

Hartos de las trastadas de Leopoldo –quien ofrecía marihuana a los internos y los incordiaba–, hubo un tiempo en que, en la recepción del hospital, le prohibieron expresamente la entrada fuera del horario de consulta. Así lo atestiguan Javier Barquín, Margarita Palacios y María

Ruiz,* que en una ocasión viajó en taxi desde Madrid con Feli y con él hasta Leganés. Aunque el doctor Montoya niega tal hecho, el doctor Desviat parece más clarividente: «A mí me consta que se hacían listas, no un cartel en la puerta como un póster, sino listas que tenían los porteros. Es una cosa que yo prohibí como hábito. A mí me parece que era una mala práctica, pero hacer se hacía. No era solo en el caso de Leopoldo. Se efectuaba con pacientes molestos o que con el psiquiatra habían llegado a una determinada situación».[3] Manuel Desviat coincidió con el poeta en 1981, en alguna guardia de la unidad de agudos, de la que era responsable. Aunque su cuadro clínico le parecía bastante vulgar, le interesaba más su lado erudito. Hablaban de filosofía clásica o de literatura, y se estableció cierta simpatía mutua. Para Baldomero Montoya, «Leopoldo no es un loco pero sabe especular muy bien con la locura. Es un hombre mal hecho. Él está dentro de la realidad y la maneja como quiere. Tiene un juego perfectamente lúcido y racional. Trató de seducirme y engancharme a él, pero yo nunca le seguí. Tiene el embrujo especial del loco que, a la vez, no lo es. Aquí se le respetó como persona y no como sujeto que deslumbra. Es un personaje curioso: un psicópata listo, como todos, con garra y con arte. Y ha construido una personalidad perfectamente estudiada».[4]

En el bar La Rata, donde no es mal recibido porque los muchachos que llevan el local son progresistas, tolerantes y amistosos, Panero comienza a colectar episodios. En una de sus múltiples estampidas se bebió dos cubalibres de una acaramelada pareja que estaba en el extremo de la barra, cerca de la puerta. Aunque el novio quiso romperle la cara, los camareros le salvaron de los nudillos de aquel colérico mozo.

Algo similar le sucedió a Paco Audije. Leopoldo aprovechaba las visitas de emergencia de este al retrete para beberse sus cervezas y después desparramar una carcajada quebradiza. E incluso en sus propias narices: una vez se sentó a su lado y se bebió dos cervezas seguidas sin poder degustar siquiera la espuma rebosante. Audije pidió entonces una botella y cuando extendió su mano para cogerla le dijo en rotundo castellano: «Leopoldo, te invito a lo que quieras, pero no me toques las pelotas». Agarró el vidrio como si fuera a estampárselo en la cabeza y él respondió con una parada en seco, rota por una forzada risotada. Según Paco, disfrutaba con la situación, aunque no se atrevía a llevar más adelante sus rutinarias provocaciones, porque no le conocía lo suficiente y dudaba de la magnitud de su respuesta.

Leopoldo se acercó un día hasta donde estaba Paco sentado. Sobre la mesa había dos o tres sobres cerrados. Sin más, comenzó a abrir la correspondencia. Audije le dejó hacerlo, no le molestó porque los remitentes no le transmitían nada íntimo. La primera carta estaba en francés. Leopoldo, en pie, empezó a leer a media voz con un excelente

acento. Apenas había unos pocos clientes en el pub, pero nadie interrumpió la interpretación, nadie protestó ni mostró extrañeza ni sorpresa ante tan singular acto. Terminó y sonrió de manera habitual. Paco le dijo: «Esto es menos dañino para ti que apurar las sobras de las bebidas ajenas».

Alguna que otra tarde, Leopoldo viaja en tren hasta Madrid y se presenta en casa de alguien conocido de forma inesperada. Como le sucedió a Eduardo Haro –con un nuevo volumen de poesía en la calle, *Sex Fiction*–, cuya dirección averiguó a través de una tercera persona. Pero su colega, distanciado y distante, le brindó una cerveza, la única que quedaba en el frigorífico, y le rogó que se fuera.

El 9 de septiembre de 1981 muere en París el exegeta y continuador más brillante de Freud, Jacques Lacan, uno de los referentes de Leopoldo María, que una semana después, el 16, se escapa del hospital. Acaban dándole el alta por «remisión de síntomas agudos». No se le administra medicación, pero ha vuelto a la bebida. Una mañana temprano se presentó, en unas condiciones deplorables, en el Instituto de Estudios de Administración Local, en la calle de Santa Engracia –a la espalda de donde estaba el palacete de los abuelos maternos, en Manuel Silvela, número 8–, donde trabajaba Antonio Martínez Sarrión. Un fatigado conserje subió a comunicar a Antonio que en la puerta había un señor, en malas condiciones, que reclamaba su presencia. Sarrión bajó y lo llevó a tomar un café. Imposible. Tomó la enésima copa y le sacó dinero para un taxi.

En una de las jornadas leganenses, en otoño, un Paco Audije heroico aceptó una autoinvitación que Leopoldo se hizo para comer en su casa. Salieron de La Viña y alguien advirtió a Paco: «¿De verdad lo llevas contigo? Ten cuidado. Es un peligro». Panero sigue sus pasos y le pregunta de manera incesante: «¿Qué me vas a dar de comer, Fidel Castro?». Así le llamaba. Audije nunca supo si por su cerrada barba negra o porque el escritor imaginaba en él un decadente activismo político. Una vez en casa, y dada su reducida pericia culinaria, Paco le hizo una tortilla francesa acompañada de unas salchichas. Mientras el barbado se peleaba con la sartén, Leopoldo investigaba por los recovecos de la vivienda. Hasta que dio con el botín: una garrafa de cuatro litros de vino de Cañamero, el pueblo del anfitrión. Cuando este apagó el fogón, él se había soplado casi un litro de tinto.

Con la mesa puesta, Panero decidió que no comería nada. Audije insiste para que no beba más sin llevarse algo sólido a la boca. Siguió bebiendo. Llegó a embalsar más de dos litros. Babeaba y gruñía decenas de disparates. Reía y apuntaba –aunque contadas– reflexiones inteligentes. «Seguro que tú no tienes nada para afeitarte, Fidel Castro», soltó convencido. Erró. El poeta, con una barba de cuatro o cinco días, cogió la maquinilla y la crema de afeitar y se metió en el

cuarto de baño. Paco, que le prohibió cerrar la puerta, lo vigilaba con discreción desde el dormitorio de al lado. Mientras se rasuraba, a la vez que le goteaba una saliva espesa de la boca, lanzaba una apuesta incomprensible: «Te voy a demostrar cómo se afeita uno en treinta segundos». Rebasó el tiempo señalado, pero no llegó al minuto en ejecutar en su propia piel un auténtico destrozo. Con el rostro surcado de hilillos de sangre que le caían sobre la camisa, insistió en no curar sus heridas ni limpiarlas, en no comer y en regresar a La Viña.

Sorprendidos ante la alegría que muestra aquel rostro ensangrentado, los viandantes que con ellos se cruzan no ocultan su pasmo. Tampoco él su entusiasmo por ser mirado. El extraño y corto paseo ha terminado. En el bar, Paco pide un café y el otro un coñac. Se acoda en la barra e intenta coquetear con el camarero, que ya lo conoce de sobra. Paco está sentado en una mesa contemplando el trasiego de la plaza de España a través de sus espléndidas cristaleras. Con un discurso incomprensible, pautado con un hipo traicionero, Leopoldo acabó agotado ante la serenidad del camarero. Se marchó solo sin decir adiós. El muchacho, desde detrás de la barra, le dice, un tanto críptico, a Paco Audije: «Ya sé que está loco, pero no me imaginaba que fuera de la cáscara amarga».

Tras algunas salidas, el 14 de octubre, Leopoldo, que ha decidido saltar y zambullirse de cabeza en la locura, reingresa como enfermo crónico en el Hospital Psiquiátrico Nacional de Santa Isabel de Leganés, porque necesita una nueva cura de desintoxicación alcohólica.

Pero no se desvincula de la escritura y mantiene sus colaboraciones en *Estaciones* –en el número 2, «Tres historias de la vida real»–, *Márgenes* –donde publicó un peculiar «Tratado general de urbanismo unitario o incitación al desorden y a la desobediencia civil más profunda»–[5] y *Barcarola*;* a la vez traduce el opúsculo de Lewis Carroll *La caza del Snark*.

El editor Antonio Huerga no tiene domicilio social y distribuye sus propios libros por distintos cenáculos. Una tarde, a su paso por La Aurora, donde Agustín García Calvo tenía su tertulia y Leopoldo asistía para montar la zapatiesta, editor y poeta se conocen y traban amistad. Al poco Huerga le facilita un diccionario para que traduzca *La caza del Snark*, del que Panero hará una versión o perversión. El doctor Desviat le pide un artículo para incluir en la *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*,[6] que él mismo dirige. Leopoldo María acepta encantado. Pero el poeta es utilizado hasta extremos inesperados. En la revista *Macho*,** «Muy solo para adultos», aparecen unas fotografías en las que él está desnudo sobre el lecho de un cuarto sórdido (cama, lavabo y una cesta a modo de papelera) con un billete de mil pesetas entre las manos y otro cubriendo su verga; en otra instantánea deja al

descubierto un testículo mientras observa y sujeta un cigarrillo sin encender.

El 16 de enero de 1982, a consecuencia de una grave intervención quirúrgica, muere en Barcelona el oscuro poeta y buen crítico, de sensibilidad novísima, Ignacio Prat, compañero de correrías de Leopoldo. El 22 de marzo, este recibe el alta en el manicomio de Leganés. Su amigo Jesús Ferrero sorprende al mundo de las letras españolas con *Bélver Yin* a causa de su decidida originalidad y exotismo, y en junio Leopoldo María Panero, con treinta y cuatro años cumplidos, publica una versión muy personal (*per-versión*, en su jerga) del opúsculo de Lewis Carroll. El poema, que el traductor equipara con una crisis de ocho espasmos, está ilustrado por Jesús Gabán y es puesto en el mercado en edición bilingüe por Ediciones Libertarias.

El 21 de agosto, Panero ingresa en el Hospital Provincial de Madrid de la calle del Doctor Esquerdo, número 46, con el diagnóstico de «Psicosis endógena. (Cuadro residual)», lo que se conoce, en expresión menos técnica, como enfermo terminal psiquiátricamente hablando. El 27 de septiembre es dado de alta a petición familiar y un nuevo libro suyo de versos irrumpe en las librerías: *Dioscuros*.[7] Está influido por Catulo y la poesía grecolatina, y se recrea a sí mismo a partir del despeñadero. El título corresponde a los héroes de Esparta, los dos bellos gemelos Cástor y Pólux –hijos de Leda–, que constituían el modelo de mutua ayuda y a la vez de ausencia de competición: la dualidad perfecta. Sin embargo en el interior no hay un solo poema referente a los Dioscuros. El que empieza «Perdí mi cabeza…» está dedicado a Juan Manuel Bonet y a Jose Serrano, su novia de entonces, la morena gritona del grupo de chicas Las Chinas.[*] El libro apenas tuvo repercusión crítica, algo inexplicable para su autor, quien envió un ejemplar dedicado a su siempre ensalzado Pere Gimferrer. España es socialista, Madrid posmoderno y Leopoldo piensa que un pueblo entero ha decidido matarlo.

El 14 de noviembre queda constancia de un nuevo ingreso del poeta en el viejo manicomio de Leganés. Quizá en aquellos días, amparado en el silencio creador de la noche, dejara escrito: «Mis libros no valen nada frente a ese loco deseo de muerte. La metáfora de mi vida no servirá de lección a nadie: un monstruo es tan solo una categoría del silencio. Queda por saber si me negarían la tumba, la lápida, mi nombre en ella inscrito […]. Fuera de la literatura, que la verdad es que a fuerza de "golpes de Estado" en la cabeza cada vez escribo peor, la verdad es que cuesta morirse con semejante público».[8]

Durante esta estancia, el poeta conoce a una enferma del Hospital de Santa Teresa, de Leganés –otro centro mental del pueblo–, Irene Marina Ortuño, una joven madrileña de veinticinco años, hija de un productor de cine, que redacta biografías para una enciclopedia y

escribe cuentos y poesías. Toxicómana, Irene está en régimen abierto.

En invierno, Leopoldo María participa en las «Conversaciones sobre Poesía Joven» que tienen lugar en el Ateneo madrileño, donde da lectura a varios poemas inéditos. Entre el público, se encuentran Javier Barquín y Felicidad Blanc, que asiste entusiasmada para ver a su hijo, aunque siempre tiene que soportar algún versificado improperio. Sentada en las primeras filas y atentísima, Feli escucha con deleite y admiración «Proyecto de un beso» –a ella dedicado–, cuyos versos iniciales dicen:

> Te mataré mañana cuando la luna salga
> y el primer somormujo me diga su palabra
> te mataré mañana poco antes del alba
> cuando estés en el lecho, perdida entre los sueños
> y será como cópula o semen en los labios
> como beso o abrazo, o como acción de gracias
> te mataré mañana cuando la luna salga…

También dio lectura a «Réquiem», con un primer y último verso alusivo a su *no vida*: «Yo soy un hombre muerto al que llaman Pertur».*

Antonio Huerga ha de viajar a Barcelona para recoger un texto de Joan Brossa. Felicidad le pide que lleve consigo a su hijo Leopoldo, que vive en una pensión encima de la Cervecería Alemana de la plaza de Santa Ana, número 6. El 13 de enero de 1983 se desplazan en taxi a la estación de Chamartín y suben al Talgo; durante el trayecto, en una libreta de espiral de papel cuadriculado, Huerga redacta a bolígrafo un contrato provisional para editarle *El último hombre* en el plazo de un año. A la llegada a la estación de Sants, Leopoldo desaparece. Huerga lleva su documentación y el dinero que le dio Felicidad. El poeta se pone en contacto con su madre, esta telefonea a Charo Fierro, mujer de Huerga, quien le comunica a su marido el estado de nervios de Felicidad; su hijo está en una comisaría de L'Eixample, adonde se dirige Antonio en la madrugada del 14. A su llegada, la policía le dice: «Por favor, márchense. Lléveselo de aquí, nos ha dejado sin tabaco». Antonio le facilitó su documentación y le dio su dinero. Leopoldo se quedó en Barcelona y Antonio regresó a Madrid.

El 16 de enero, Andy Warhol visita Madrid a propósito de la muestra de su obra que monta Fernando Vijande en la galería del mismo nombre, su galería; *El nombre de la rosa,* la primera novela de Umberto Eco, causa furor en el panorama literario internacional; José Luis Garci logra el primer Oscar del cine español con *Volver a empezar*. En abril, Leopoldo es invitado a leer unos poemas suyos en un mitin del Partido Comunista de España. Se celebran las elecciones

municipales y el acto tiene lugar en el teatro al aire libre Egaleo, de Leganés. El poeta, casi adoptado ya por la localidad, subió a trompicones al escenario; aferrado a unos folios, arremetió contra el atril de forma maquinal. «El público –sobre todo extremeños, andaluces y manchegos, con un pasado campesino, proletarizados en el sur de Madrid– era militante y rudo, ruidoso y fiel al pasado de los vencidos. Y la estampa de aquella figura triste, y claramente muy bebida, no despertó más que condescendientes sonrisas», escribe Paco Audije.[9] El viento se llevaba sus palabras mal pronunciadas, nadie le entendía, los dirigentes locales del PCE estaban intranquilos ante lo imprevisible del personaje, parte del público subrayaba sus versos con silbidos y sarcasmos. Todo resultó atroz e incomprensible. Acabaron callándole y le obligaron a hacer mutis en medio de un barullo tremendo. Hasta que le sucedió la figura legendaria de Rafael Alberti, que empezó diciendo que se sentía muy orgulloso de suceder a Leopoldo María Panero en el uso de la palabra y acabó elogiando a su predecesor en el escenario como «el mejor de los novísimos». Poco a poco, aquel público politizado y bien mullido de ruda franqueza fue apagando el rechazo anterior. El autor de *Marinero en tierra*, con finura y elegancia, reprendió el trato dado a Panero y la forma en la que le habían obligado a retirarse.

Como se ha habituado a la vida de Leganés, Felicidad le alquila allí un piso, en la avenida de Fuenlabrada, número 21. Pero él es incapaz de hacer vida normal, porque siempre necesita de alguien, tiene miedo a la autonomía, pavor a ser responsable. Algún vecino lo encontró en más de una ocasión dormido en la escalera porque había perdido las llaves de casa. A veces, a altas horas, causando grandes molestias, llamaba a las puertas aledañas con el absurdo fin de pedir fuego.

Hastiado de la vida sanatorial, del control médico y de los compañeros de viaje, que nada tienen en común con él, Leopoldo María entrega el alma a la noche y decide teclear. Solicita con ímpetu, por escrito esta vez, el alta médica. Es el 4 de mayo. Pero la dirección del centro no se la concede hasta el 14 de junio. Deambula por el pueblo, bebe y fuma de modo desaforado, aunque el tabaco le afecta gravemente los bronquios. Dos días después, el 16, en lamentables condiciones de higiene personal, una ambulancia lo traslada, por enésima vez, al Hospital Provincial de Madrid, próximo al domicilio materno. En un lenguaje remoto e impenetrable explica que le han desvalijado y robado en su apartamento de Leganés. Se le diagnostica «Toxicomanía y alcoholismo. Personalidad psicopática» y se le da tratamiento con Haloperidol y Valium 10. Abandona el piso del pueblo dejando basura, algunas deudas y una estela de escándalos y quejas del vecindario.

A los ocho días, Leopoldo recibe el alta médica, por mejoría. Pero

antes de dejar el centro, él y su madre llevan a cabo un singular acto protocolario del que queda constancia escrita:

> Yo, Leopoldo Panero Blanc, recibo de mi madre, doña Felicidad Blanc Bergnes, los efectos personales que tenía depositados en su domicilio sito en la calle Ibiza, 35, al tiempo que me doy por enterado de que mi madre no será, de ahora en adelante, responsable de mis gastos personales, ni me permitirá residir en su vivienda.
>
> Madrid, 24 de junio de 1983
>
> LEOPOLDO PANERO BLANC

Hecho un *clochard*, el señero poeta aguanta una semana errante por el barrio de Malasaña, de pensión en pensión, hasta que el 1 de julio, tras ser hallado en la calle casi en coma, es trasladado al Centro San Juan de Dios, de Ciempozuelos, a causa de una intoxicación etílica. La desintoxicación no siempre se puede lograr ambulatoriamente; cuando el enfermo con una patología determinada bebe y complica el cuadro clínico, como es el caso de Leopoldo, el paciente es obligado a ser ingresado y desconectado del alcohol mediante un tratamiento sustitutivo –experiencia brutal–, para que desaparezcan todos los síntomas de dependencia física.

En el centro, donde se recupera y comienza a engordar, recibe la visita de su madre, así como la de José Tono Martínez, acompañado por Javier Barquín, quien hace de introductor; Tono pertenece al colectivo que está preparando la salida de una revista que aglutine toda la ya consolidada movida madrileña, cuyo nombre será *La Luna*. Pretende grabar una extensa entrevista con Leopoldo, lo que a él no le parece mal. En un segundo encuentro, Borja Casani y Tono graban la conversación. Borja, director de la publicación, tiene la manía de que los protagonistas han de ser esencialmente fracasados; le gusta la estética del perdedor.

Fernando Sánchez Dragó, director del programa de televisión *Biblioteca nacional*, en un espacio dedicado a la poesía,10 entrevista a Blanca Andreu, Julio Llamazares, Jesús Munárriz y Leopoldo María Panero.

El 3 de octubre se estrena en Madrid *El arreglo*, la primera obra de José Antonio Zorrilla, premiada en la trigésimo primera edición del Festival de San Sebastián, en la sección de Nuevos Realizadores. De género negro, la película cuenta la aventura de un policía encargado de investigar un asunto de poca monta, pero en su desarrollo se revela una trama de corrupción de gran magnitud. Eusebio Poncela, el actor principal, aparece bien arropado por los personajes secundarios, entre quienes se encuentra Felicidad Blanc, que interpreta un modesto papelito de archivera de la Dirección General de Seguridad. En ese

mes precisamente, muere en Madrid, tras una larga enfermedad, uno de los mitos de Feli, Valentín González, el Campesino. También en octubre, Leopoldo María, aprovechando la visita que le hace al hospital Antonio Blanco –hermano de Mechitaacompañado de su inseparable Antonio Rubio y de Fernando Cordero, se fuga de Ciempozuelos. Les dijo a los tres amigos que se marchaba con ellos y así lo hizo. Pero fue más allá, se instaló en el piso que mantenían Rubio y Cordero en el paseo de la Esperanza, número 11. Aunque estos le hicieron saber que acababan de alquilar la vivienda y que había poco espacio, Leopoldo les contesta: «No hay problema, si yo soy como un pajarito comiendo».

Aposentado en la casa de sus amigos, donde aparece con asiduidad Antonio Blanco, Panero pule su nueva obra, *El último hombre*, que ha prometido dedicar a sus anfitriones. En la habitación asignada –una pieza que el usuario se encargó de destartalar de inmediato y que fue bautizada como la «leopoldera»– escribe mucho y bebe más. Va a comprar vino por litros –era lo más barato– a un bar próximo al nuevo domicilio llamado Vinos La Nueva, en una calle paralela al paseo de las Acacias, frente a un comercio cuyo rótulo rezaba CORDELERÍA MANCHEGA, lo que a Leopoldo le hacía una inusitada gracia. En la taberna se sentaba con los borrachos habituales –jubilados, la mayoría de ellos– y se desternillaba de risa, haciendo resonar sus cavernosas carcajadas en el rancio local.

En la sala de la vivienda del paseo de la Esperanza había una ventana que daba a un patio interior. A veces, Leopoldo, después de comerse un par de huevos fritos con cuchillo y tenedor, se ensimismaba hundido en un sofá con muchas vicisitudes encima y, apurando las últimas caladas del cigarro, clavaba su mirada en aquella ventana que se abría a un espacio de grandes dimensiones: el patio formado por una manzana de casas con un garaje en el centro. De pronto balbucía: «El proletariado es transparente», mientras expulsaba una enorme bocanada de humo como si fuera una chimenea del XIX.

En noviembre, la revista *La Luna*[11] publica la larga entrevista que le hicieron en el psiquiátrico, donde un Leopoldo ya derrotado repasa su más que desmedida existencia. Añaden una serie inédita de haikus que ha escrito en Ciempozuelos.

El 18 de diciembre –el alcohol de nuevo– regresa al antiguo Alonso Vega. Entretanto, su hermano Michi, socio consorte con suerte, prepara con Amparo Suárez-Bárcena la inauguración de El Universal para dos días después: un bar que será un referente mítico en la noche madrileña, situado en la calle de Fernando VI, número 13, frente a la Sociedad General de Autores.

Leopoldo es dado de alta el 22 de diciembre y se deja caer por El Sol, donde un par de amigas le presentan al pintor Ricardo Cristóbal.

Pasaron la noche entre vapores etílicos, risas y chascarrillos, pero el mismo día de Nochebuena vuelve a ingresar en el hospital de la carretera de Colmenar, en el Provincial, donde permanece hasta el 23 de enero de 1984, cuando su madre está empezando a tramitar su jubilación en el Palacio de Exposiciones y Congresos.

Saltando de pensión en pensión, Leopoldo, escoltado por una amiga llamada Begoña,* se encuentra un día en el barrio de Malasaña con Marava, la mujer que por su causa derramó muchas lágrimas. Después de años sin saber el uno del otro, ella le comunica que está embarazada de cuatro meses, de lo que él deduce, de manera inexplicable, que él es el padre. Tras el encuentro, quedaron restablecidas las relaciones entre ambos y pasan los días en aquel céntrico distrito madrileño. Él también frecuenta El Universal, el bar donde su hermano Michi ejerce de anfitrión noctívago con buena parte de la intelectualidad.

Una madrugada, apoyado en la barra, Panero contempla cómo un tipo bastante ebrio se le aproxima y con timidez le suelta: «Me alegra conocerte y más en estas condiciones. Admiro bastante tu poesía pero hay una cosa de ella que no me gusta y es que tiene algo de pactista, algo mussoliniano». El intrépido tipo se refería al «vivir peligrosamente» que él interpretaba de un verso de *Last River Together* –«como el peligro de vivir de nuevo», del poema «A Francisco»–. Leopoldo se enfureció y se mostró violentísimo con aquel osado, que no era otro que el poeta zaragozano Ángel Guinda, que ha viajado hasta Madrid para visitar una serie de exposiciones. Inmediatamente después, desapareció y Leopoldo se quedó bramando.

Algún tiempo más tarde, Ricardo Cristóbal está tomando una copa con Michi, en el local de Amparo Suárez-Bárcena. Esta se acerca a la mesa y dirigiéndose al artista le advierte: «Oye, no se te ocurra venir por aquí con Leopoldo porque no entráis ni tú ni él». *Tiburón* también había pasado por El Universal. Una noche se había metido en el cuarto donde se cambiaban los camareros y, hurgando entre sus pertenencias, desvalijó las carteras.

Regreso del poeta al Hospital Psiquiátrico Provincial el 17 de febrero. Todo un caso. Así lo juzga su antaño amigo Eduardo Haro Ibars, que escribe:

> Leopoldo María Panero es un caso, un caso literario, que hay que tratar. Para mí, Panero es un fracaso: después de ser poeta nuevo y precoz –sin duda el más brillante y el mejor de aquellos «novísimos» que se inventó Castellet por inventarse algo–, enriquecedor del lenguaje, ha pasado a ser el que balbucea, el Gran Tartaja. No ha podido vivir con los tiempos: no ha sabido –o podido, o querido– encontrarse un lugar en el «Parnasillo Literario-Circense» que hoy domina el mundo de nuestra cultura escrita; pero esto no sería malo, si hubiera sabido, aun a solas, encontrar un lugar para su palabra, o encontrarse en ella. Y

> no es el exceso de alcohol, ni las drogas, ni siquiera su reclusión –a veces voluntaria, aunque no todas– en manicomios del Estado, lo que ha matado al poeta […]. Lacan y sus discípulos, que ha querido estudiar, han matado al poeta.
>
> Panero es un fracaso: como poeta, como hombre, como suicida. […]. La poesía […] de Panero, la última, era mala, por demasiado fácil, por demasiado obvia y un tanto autobiográfica: si consigue huir del espejo y de la biografía; si se vuelve a encontrar con la calle y con la vida, el fracaso de Panero habrá terminado.[12]

En marzo, el mismo mes en que muere Juana Mordó, la gran marchante que fue amiga de su padre, Leopoldo comienza a colaborar en la revista *La Luna*, y el día 15 reingresa en el Centro San Juan de Dios, de Ciempozuelos, donde recibe a su madre, que viaja hasta allí en el coche de Ricardo Cristóbal. En otra ocasión, el pintor se presentó acompañado de Antonio Huerga, a quien Leopoldo le había confiado la edición de sus dos últimos libros. Juntos salen al pueblo para tomar unas cervezas y para airear al interno. El editor le ofrece mil pesetas por cada folio que escriba, al parecer, con ánimo de fomentar su actividad entre aquellas paredes. Panero, deseoso de ingresos, le entrega escalonadamente unos folios sucios y quemados por la brasa de algún cigarro mal apagado.

En la primavera de 1984, el Premio Café Gijón recae sobre la novela corta *Los hijos del agobio*, de Emilio Sola. Aunque siempre lo rehuyó –Leopoldo María Panero le robaba los gintonics en El Sol–, Emilio le dedica un guiño literario en su reciente novela. En uno de los capítulos evoca la vieja Vaquería de la calle de la Libertad, de la que Sola fue socio fundador. Cuatro ancianos en torno a un narguile citan cuatro versos. Uno de ellos es de Leopoldo: «El acto del amor es lo más parecido a un asesinato».[13]

El 15 de mayo, en el hospital madrileño San Francisco de Asís (Joaquín Costa, número 28), Marava alumbra un bebé al que llama Gedeón y le pone sus apellidos, Domínguez Torán. Nunca se confirmó la paternidad de Leopoldo.

Coincidiendo con la Feria del Libro sale *El último hombre*,[14] un libro de poemas inspirado en *The Crack-Up*, de Scott Fitzgerald, dedicado «A Antonio Blanco, Antonio Rubio y Fernando Cordero, que me ayudaron a escapar del manicomio, salvándome así de la locura». La dedicatoria los dejó sorprendidos porque nunca creyeron en lo prometido. La obra, de título nietzscheano y empapada en influencias alquímicas, incluye, entre otros poemas, «Réquiem», «Proyecto de un beso», haikus y el largo texto «De cómo Ezra Pound pasó a formar parte de los muertos, partiendo de mi vida», del que también adelantó un fragmento en «arteFACTO» en el verano de 1978. Dos de las estrofas japonesas tienen destinatario: uno es Vicente Aleixandre y otro, Antonio Blanco,

rebautizado por el autor Antonio Benicio.

Una de las veces en que Ricardo Cristóbal fue a buscarlo a Ibiza, número 35, Felicidad le mostró *El último hombre* abierto por la página 31: «Fíjate qué dedicatorias me hace», declaró la dama de bruñidos cabellos señalando «Proyecto de un beso». El autor la vejaba allí abiertamente. Con «Paradiso o “le revenant”», Leopoldo María obtiene el Premio Gabriel Miró de cuentos, organizado por la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia. Pero el jurado anula la concesión al conocer que el texto había sido publicado en *La Luna*,[15] puesto que uno de los requisitos de la convocatoria era que la narración debía ser inédita. Ello provocó un pequeño escándalo.

El nuevo libro que Leopoldo María Panero saca al mercado lleva por título *Dos relatos y una perversión*.[16] La perversión –«Páginas de un asesino (Novela inacabada)»– está dedicada a Juliette Schweitzer, Kinqueenie Siessno[*] y Sidi Pepi ben Angelis.[**] El texto «Aquello que callan los hombres» lo escribió en París, en su fase de mayor odio racial a España. Según el autor, más que un cuento fantástico es una fábula extraña. «La luz inmóvil», el segundo relato, es una *per-versión* del gran Arthur Machen. En el proemio, Panero recuerda cómo todavía resuenan en sus oídos aquellas palabras de Antonio Zaya: «No me comprometas». Añadiendo: «Y es que mayor que la guarrada fascista es la guarrada culturalilla, el oscuro y subterráneo[***] mundo de The Pretenders». Zaya no entiende bien las alusiones porque no recuerda que él utilizara así aquella expresión. Le decía: «Me estás comprometiendo. Tú te vas y yo me quedo aquí», igual que se lo decía por teléfono a Felicidad: «¡Es que este hombre me compromete siempre que nos vemos!».

El 20 de junio, Leopoldo María Panero hace una emotiva y trágica reflexión sobre la escritura donde la emprende con Eduardo Haro Ibars y Alberto Cardín:

> No sé si son, como se dice, *posmodernos*. Lo que sé de los pos-modernos me dice bien poco en favor de esta palabra. Esto es, su calidad. Lo que sé de los modernos me dice exactamente lo mismo. La única modernidad que nunca pasará de moda es la del suicidio […] o la locura. Mi caligrafía tiembla al escribir esto: es, sin duda, *posmoderna*. Mi conciencia parece un dragón. Creo que, en definitiva, lo que cuenta es saber hacer bien lo que se pretende hacer, sean cualquiera su estructura o sus pretextos ideológicos. Y eso no se aprende en escuela alguna. […] Después de Lacan, ¿qué? ¿La *tasa social sobre el fracaso*? ¿El triunfo de Eduardo Haro Ibars, contento como un niño con zapatos nuevos por haber entrado en el «parnasillo literario circense»? O el de Alberto Cardín, que, si no he leído mal su vasta obra sobre la erradicación de la tierra dedicada a Fernando Savater, tiene como singular paraíso artificial el comer muchas pastas? […]. La literatura no es nada si no es *peligrosa*. […] Si hay fallos en mi obra –particularmente lo reconozco a propósito de *El que no ve*–, tengo, sin embargo, la satisfacción de haber siempre considerado la literatura como un en-

> sí indiferente a su inscripción social […]; es decir, en definitiva, como algo serio. Si los demás *no se comen el tarro*, es problema suyo. Que no entren en el bosque de la noche. Desde el principio supe que no había salida. Que no usen mi torpe biografía para juzgarme. La literatura no es un modo de vida.[17]

A personas tan poco sospechosas como José María Álvarez, el antiguo novísimo, que jamás sintió por el autor la menor estima y siempre conceptuó su «malditismo» de detestable, las observaciones de aquel artículo le parecieron dignas de ser tenidas en cuenta.

Los muchachos de *La Luna* deciden editar un volumen de dieciséis relatos breves con dieciséis ilustradores. *Cuentos parabúlicos* recoge quince de las narraciones presentadas a un concurso convocado por la redacción más uno de Leopoldo María Panero, ya publicado –«Paradiso o "le revenant"»–, y por ese mismo hecho ganador desposeído del concurso de relatos Gabriel Miró. El texto del revuelo es el que cierra el volumen. También la Universidad de León dedica un espacio al poeta madrileño, «La poesía de Leopoldo María Panero: entre Narciso y Edipo».[18] Y Juan Luis Panero publica *Juegos para aplazar la muerte (1966-1983)*, su poesía completa hasta entonces.

El Centro San Juan de Dios, de Ciempozuelos, le concede el alta el 17 de julio, tras otra cura de desintoxicación.

Aprovechando los fines de semana, Ricardo Cristóbal se marcha a Aranda de Duero, su lugar de origen, donde tiene alquilada una casa con jardín. Alentado por Felicidad Blanc, Ricardo invitó a Leopoldo a huir de la canícula y se fueron juntos un par de veces. En la población burgalesa, el poeta se perdía por los bares más recónditos. O en los más céntricos, donde dejaba el tabaco y las copas a cuenta y nombre de su anfitrión.

Un día, Ricardo, tras mucho buscar y preguntar a los amigos por Leopoldo, se entera de que lo habían visto en el Plus. Llega a tal cafetería y le comentan: «Aquí había un señor tumbado en el suelo», señalando a la puerta del bar. «Y se lo han llevado al hospital.» Cuando aparece en el centro de salud lo encuentra desnudo y regañón: «Joder, tío, ya era hora». Le habían puesto unas inyecciones, con lo que había quedado reanimado. «¿Y la ropa?», preguntó Cristóbal. «Yo qué sé», repuso Panero. La ropa se la habían quitado los enfermeros porque se quería escapar.

Después del episodio, una mañana le dejó en casa antes de acercarse a comprar el periódico y, de paso, tomar el desayuno. No tardó en regresar más de treinta minutos, pero encontró la vivienda echando humo por todos los lados. La puerta estaba abierta de par en par y Panero había prendido fuego a uno de los colchones. Desapareció después, pero había dejado el rastro de su existencia: el fuego, símbolo

y seña de su identidad.

En Madrid, y pagado por su madre, que se ha marchado de vacaciones a Irún, Leopoldo se instala en un apartamento de la calle de Churruca, por donde aparece Irene Marina Ortuño, la bella enferma que conoció en Leganés y que ha publicado un librito de poemas.[19] Ella pernocta muchas veces con él y le realiza las tareas domésticas de lavado y planchado de ropa. Pero acaban apaleándose, lo que provoca que su relación sea solo intermitente.

Una mañana de verano suena con insistencia el teléfono de Ricardo Cristóbal. Al otro lado está Irene. «Ay, Ricardo, qué paliza me ha dado Leopoldo», se lamenta. El artista plástico, todavía entre sueños, le dice: «Pero, mujer, cómo te dejas». A lo que ella responde animada: «No, no, si no me he dejado. Menudas patadas en los huevos le he dado…». Ricardo le pide que se ponga Panero. «Joder, qué palizón le he metido, tío», expresa él muy gallito. Después de darse cita colgaron. Cristóbal se presentó en el apartamento, que era un Waterloo sin tropas. Papeles socarrados por un incipiente fuego, la moqueta taladrada por las ascuas, multitud de objetos hechos trizas por el piso, la televisión arrojada al suelo… Ricardo rescató un taco de folios mecanografiados que puso a buen recaudo.

Pocas fechas después encuentra al imposible en el café Comercial, de la glorieta de Bilbao, con un fajo de billetes que había sacado del banco, donde su madre le dejó una cuenta con cien mil pesetas. Se proponía alquilar un piso porque le habían echado del apartamento de la calle de Churruca. La cuenta quedó a cero en escasos días.

Antes de marcharse Felicidad a Irún, en presencia de Ricardo Cristóbal, trató de convencer a su hijo para que saliera de Madrid y pasase una temporada en casa de su tía Margot. Él aceptó la sugerencia, aunque tardíamente, cuando ya no le quedaba más remedio que seguir la estela materna. Preparó dos maletas cargadas de libros a reventar, pero tuvo que ser Ricardo el que redujera sus pretensiones y le convenció para que dejase algunos en tierra a fin de poder cargar con los bultos. Lo llevó a la estación y a la mañana siguiente telefoneó a Irún para ver qué tal había llegado el pasajero. De pena: beodo perdido y sin equipaje, pues lo había extraviado.

*El País Semanal*[20] publica una entrevista que le hicieron en un bar de Ciempozuelos, en la que desgrana un discurso lúcido sobre la locura y asegura no haber salido nunca de la adolescencia.

Pero Leopoldo no puede desprenderse mucho tiempo de su biografía hospitalaria y el 12 de septiembre unos guardias urbanos lo encuentran en la calle con claros síntomas de borrachera terminal, motivo por el que es trasladado a la Inspección Municipal de Irún, donde pasa unas horas. Al día siguiente, en la ciudad guipuzcoana, en casa de un conocido, sufre unos trastornos. Incomprensiblemente, el

conocido requiere la asistencia de la Asociación de Ayuda en Carretera (DYA), que le traslada al servicio de psiquiatría del Hospital de Guipúzcoa, donde le diagnostican un agudo estado depresivo. Quedó ingresado desde el 14 hasta el 3 de octubre de 1984, fecha en que fue trasladado a la Clínica de las Hermanas Hospitalarias Nuestra Señora de la Paz, de Elizondo (Navarra). En las dependencias de este manicomio escribe un texto titulado «La fecha de la locura». Después de recibir el alta médica, el 28 de noviembre sigue su vía crucis: ingresa en el Hospital de Basurto, en Bilbao, hasta el 23 de diciembre.

Vuelta a Madrid, la ciudad de la que Felicidad Blanc quiere apartarlo a toda costa. En *La Luna*,* Haro Ibars escribe un retrato de Leopoldo en el que, como colofón, subraya: «Dicen que Leopoldo María Panero me odia, que ha escrito cosas en contra mía; yo no le odio a él, incluso le estimo como escritor. Pero me gustaría que quedase claro que nada, salvo la edad, nos une. Ni siquiera nuestras borracheras se parecen».

Si había algo que el abismático Eduardo detestaba era que le compararan con Leopoldo, un hecho que solía ocurrir a menudo.

El colega de Panero, Antonio Blanco, que continúa amasando versos –aunque todavía poeta inédito–, le dedica «Haiku de la Absenta», fechado el 12 de enero de 1985. Y el homenajeado sube a los altares. Leopoldo María es incluido en el segundo volumen del suplemento de la edición española de la Gran Enciclopedia Larousse, donde le dedican diez líneas. Además, es entrevistado en el programa de Televisión Española *Tiempos modernos*.21 Su exposición gira en torno al papel que la locura desempeña en su obra.

Mientras, su coetáneo Haro irrumpe fértil con tres libros en los escaparates: *El polvo azul (Cuentos del nuevo mundo eléctrico)*, en cuya contracubierta explica que el libro no tiene relación alguna con lo que, en narrativa, se está haciendo en España en esos momentos, «quizá, mi aproximación al terreno literario de la fantasía y la ciencia ficción sea el único factor que me une a autores de mi edad, como puedan ser Leopoldo María Panero, *et alia*»,22 el poemario *En rojo* y el definitivo *El libro de los héroes,* dedicado a Jesús Ruiz Real, en donde califica a Leopoldo María Panero de poeta genial. Y añade: «No acaba de saberse morir este chaval; pero tampoco tengo derecho a exigírselo».

Leopoldo sigue trabajando en el poema breve.23 Ha bajado su producción, pero prepara una antología de su obra. *La Luna* publica una fútil mesa redonda, convocada en la redacción, sobre «El triunfo del cuerpo».24 En el debate participan el diseñador Juanjo Rocafort; María Eugenia Fernández de Castro, de la editorial Siruela; Julio Bullón, diseñador gráfico; Jorge Berlanga, Leopoldo María Panero y Marava Domínguez, ya convertida en madre. Las fotos muestran a un patético Panero exhibiendo su pierna izquierda desnuda, con el

pantalón alzado hasta la rodilla.

También en el programa de Televisión Española *Un país de sagitario*[25] se incluyen unas breves declaraciones de Leopoldo. Su intervención, en calidad de incomprendido, precede a un reportaje en una granja de Torrelavega dedicado a la, inexplicable, comunicación entre las vacas por ordenador.

Una nueva crisis de etilismo lo lleva al ingreso en el Hospital de Basurto. El 19 de julio es admitido y allí está hasta el 15 de agosto, fecha en que regresa a Madrid.

Felicidad Blanc, al inicio del otoño, el 30 de septiembre, logra al fin su jubilación laboral con la categoría de oficial de segunda. Su declaración fiscal correspondiente a 1985 es de 785.000 pesetas, cantidad que corresponde a una pensión más que exigua para ella y su segundo hijo, que sigue cada vez más incrustado en la vida manicomial.

Ediciones Libertarias tiene su domicilio social en la Gran Vía, número 66, 9.º, por donde suele acercarse Leopoldo. El domingo 27 de octubre, sobre las seis de la tarde, Huerga recibe la visita del poeta; su comportamiento impertinente impide al editor llevar a cabo su trabajo. Leopoldo está muy latoso. Harto, Huerga amenaza con ir a la policía. Leopoldo contesta: «Vamos a la policía». Muy enojados, los dos se presentan a denunciarse mutuamente en la comisaría de la calle de Leganitos, número 19. El funcionario de policía que los atiende los pasa con el inspector, y este, tras escucharlos, les dice: «Mirad, marchaos». Ni les tomaron nota de sus identidades.

El 2 de diciembre vuelve al Hospital Psiquiátrico Provincial de Madrid, donde escribe un *Diario casi imaginario*. En él recrea sus paranoias y sus ofuscaciones: como Artaud con sus delirios y manías de persecución, Leopoldo María se cree el Anticristo; piensa que le insultan por Televisión Española; sospecha que dos enfermeros quieren robarle su diario, que otro orina en su cama; que, desde la radio, Pepe Cañaveras ha urdido un plan para matarle; asegura que le llaman Blancanieves; imagina que sus editores Jesús Moya y Antonio José Huerga le pegan; rumia que unos facultativos le quieren envenenar con estricnina; recuerda al hijo del general Campano, al pintor Miguel Ángel Campano. Todo ello compone un magma caótico, zafio y soez. Un texto de escasa altura e impublicable.

Durante la estancia de Leopoldo en el manicomio, Pere Gimferrer, electo el 18 de abril anterior, toma posesión del sillón O mayúscula como miembro de la Real Academia Española el 15 de diciembre de 1985. Un nuevo libro de poemas de Juan Luis Panero, *Antes que llegue la noche*, le hace acreedor del Premio Ciudad de Barcelona 1985. Ricardo Gullón ha escrito un curioso librito sobre su padre, *La juventud de Leopoldo Panero*.

El 30 de diciembre, el hombre que recela ya hasta de su sombra, con el alta médica bajo el brazo, sale dichoso del manicomio de la carretera de Colmenar.

Aparece *Antología*,[26] seleccionada por él y procedente de sus siete libros de poemas. El volumen está dedicado al maestro Vicente Aleixandre. Además publica en *El País*[27] una requisitoria contra el fascismo, en la que una vez más vuelve a la carga con los sucesos acaecidos en Palma de Mallorca en 1977. *La Luna*[28] hace público el cuento de terror «La substancia de la muerte», dedicado a Sidi Pepi ben Angelis; o sea, Poppy.

Leopoldo vuelve a recaer: ingresa el 11 de abril en el Psiquiátrico Provincial. A los cuatro días está en la calle. Pero retorna un día después, el 16. Marava, que no sabe nada de él, llama por teléfono a la casa de Ibiza, número 35. Responde Felicidad y, ante las pretensiones de la amiga de su hijo, le dice: «No sacáis nada con ir a verle. Hay que dejarle en manos de los médicos». Pero esa misma jornada, el 18 de abril, Marava y Poppy, desobedeciendo tales consejos, visitan al enfermo en el psiquiátrico. Le llevan tabaco y unos libros, lo que le reconforta enormemente.

El 22 de abril, la singular pareja se ha dado cita en un bar de la plaza de Castilla para desplazarse en un taxi hasta el kilómetro 13,800 de la carretera de Colmenar. Cuando entraron en el establecimiento –«Huele a veneno», observó Poppy– les comunicaron que el paciente Panero estaba castigado y no podía recibir visitas. Los dos perseverantes amigos lo intentaron de nuevo al día siguiente. Fue en vano.

Con la lógica sospecha sobre semejante castigo, dejaron pasar unos días y volvieron el 30 de abril. Se dieron cita de nuevo en la plaza de Castilla y Poppy apareció vestido de yóquey, con mucho garbo, como si fueran a montar a caballo. Subieron al autobús, que los dejó en la puerta del hospital. Su amigo salió a recibirlos en pijama. Se encontraba tremendamente eufórico y locuaz, aunque le duró poco porque Marava se quejó de la lejanía y la incomodidad que suponía visitarle con asiduidad. Panero la amenazó con buscarse otra novia.

No transcurrieron, sin embargo, muchos días hasta el siguiente encuentro. El 3 de mayo regresaron, pero no le encontraron porque ya estaba en régimen abierto y había escapado a un bar de la carretera, próximo al recinto hospitalario. Allí pasaron la tarde los tres juntos.

Leopoldo, acostumbrado a las repetidas visitas de sus inseparables, telefonea una semana después a Poppy para mostrarle sus quejas de que ya no aparecen por el hospital. Este se lo comunica a Marava, que está enojada con Leopoldo.

Cuando recibe el alta, el 22 de mayo, la llama, pero ella continúa con el enfado y no desea verle; Marava, además, se está

psicoanalizando.

Una nueva antología de Leopoldo se presenta al público. Oportuna, porque la mayoría de su obra es inencontrable –pequeñas tiradas y quiebras editoriales la condenan a la invisibilidad–. *Poesía 1970-1985*[29] es una selección crítica donde él excluye poemas de *Así se fundó…* y de *Teoría* que considera apresurados a causa de la edad que tenía cuando los escribió. *Narciso* le gusta y lo deja entero; de *Last River Together* elimina algunos y *El que no ve* reaparece incompleto. Suprime un poema de *Dioscuros* y varios de *El último hombre*. Añade los últimos poemas, uno de ellos dedicado a Sidi Pepi ben Angelis. El prólogo, encabezado por una cita de A. Ginsberg, corre a cargo del profesor Eugenio García Fernández.

> El error del prólogo a mis poesías completas es unirme al surrealismo. Yo con el surrealismo tengo poco o nada que ver. Y con la poesía confesional, con la poesía existencial no tengo absolutamente nada que ver. No tengo nada que ver con los *beatniks* ni con toda la poesía existencial. Porque la poesía existencial no pone en duda la conciencia. Me siento enraizado en Mallarmé, en el simbolismo.[30]

Pero ni tan siquiera esta antología –ahí se reúne su particular mitología en un volumen– reflotó del olvido al autor de *Narciso*. En junio, la prestigiosa revista *Los Cuadernos del Norte*[31] dedicó un número monográfico a «El estado de las poesías». La publicación recogía el primer encuentro en la Casona de Verines, en Pendueles-Llanes (Asturias), organizado por la Universidad de Salamanca y su catedrático Víctor García de la Concha. Allí asistieron poetas y críticos como Guillermo Carnero, Antonio Martínez Sarrión, Luis Antonio de Villena, Jon Juaristi, Marcos Ricardo Barnatán, Rosa María Pereda, Antonio Colinas y otros. En todo el número monográfico no se hace ni una sola referencia –ni tan siquiera cuando se cita a los novísimos– a Leopoldo María Panero. No es que no estuviera presente en el encuentro, al que no fue invitado, es que, extrañamente, solo aparece su nombre en una ponencia para reprocharle su crítica a la crítica. Nadie, absolutamente nadie, le prestó atención a su obra desesperadamente lúcida. ¿Acaso no pertenece Panero al paisaje de la poesía castellana? Quizá al final tuvieran en cuenta su odio a España y su gloriosa antología (*Poesía*, número 4) y le consideraran un poeta no-español. Curioso ninguneo. «No tengo idea de si su nombre salió o no en los debates, pero no estaba en la mente de nadie el "ningunearlo", aunque creo que se había enemistado con todo bicho viviente»,[32] esgrime Carnero.

Leopoldo María anda en lo suyo: reemprende su dolorosa senda hospitalaria. El 10 de junio reingresa en el Psiquiátrico Provincial de Madrid y permanece allí durante veinte días. El poeta asegura no saber

vivir y no ser nadie, «estoy solo en un inmenso desierto, solo frente al espejo».[33]

Al salir, su madre, como premio, le paga un viaje a Tánger con Poppy. En el «paraíso», ciego de hachís, le escribe divertidas postales a Ricardo Cristóbal y al editor Huerga. Simultáneamente, Marava –cree que Felicidad desea apartarla de su hijo– se encuentra muy deprimida porque piensa que no volverá a verle nunca más, convencida de que Leopoldo María la ha abandonado para siempre. Empieza a pensar, a la vez, que no merece la pena y que no es más que un oscuro personaje colmado de una enorme arrogancia intelectual. Sigue con el psicoanálisis y el verano avanza.

Aunque él no está, los medios van dando salida a sus envíos, probablemente realizados antes de partir para Marruecos. *Pamiela*[34] le publica un par de poemas sueltos, de los que solo uno es inédito; *El País Semanal*[35] recoge una extravagante carta, en la que el escritor denuncia estar harto de que desde Radio Televisión Española se entrometan en su vida privada. Por estas fechas, Jimmy Giménez-Arnau y Eduardo Bronchalo Goitisolo publican *Neón en vena. Enfermos en el paraíso*,[36] un libro de entrevistas donde no podía faltar la figura de Leopoldo María Panero, aunque la galería de cincuenta y un personajes es del todo absurda. Un mosaico que incluye a personajes como Amparo Rivelles, Luis Llongueras, Encarna Sánchez, Norma Duval, Luis del Olmo, Miguel Gila, Ramoncín, etcétera. Según los autores, «gente lúcida y divertida».

Después de pasar unos meses en Tánger, Poppy y Leopoldo regresan a Madrid. Pero tales debieron de ser las condiciones en las que su hijo apareció que Felicidad decidió ponerlo en manos de la sanidad vasca, que le recomendaron como muy eficiente. Además, de esa manera consigue su tenaz propósito: apartarlo de Madrid. Lo empadronó en Guipúzcoa y el 25 de noviembre fue enviado a Mondragón, al Sanatorio Psiquiátrico Hermanos San Juan de Dios, del barrio de Santa Águeda,* donde ingresó como enfermo crónico; psíquicamente compensado. Acto seguido, Felicidad, como una mártir tras los pasos de su vástago, se instala con carácter definitivo en la casa de su hermana Margot, doliente y viuda, en la calle de Cipriano Larrañaga, número 22, de Irún. Feli se traslada con Poppy, contratado para que lleve los asuntos de su hijo –ya en Madrid era el encargado de buscarle pensiones–; una especie de asistente como John William Polidori –el silenciado–, que fue la sombra de Byron.

En el manicomio, Leopoldo se exilia en la palabra. Escribe a Marava y a sus editores. Beatriz de Moura –nunca estuvo de acuerdo con su encierro porque cree que «sus conflictos psíquicos, tratados psicoanalíticamente y no psiquiátricamente, habrían podido encontrar un cauce de convivencia consigo mismo menos, digamos, carcelario.

Pero Leopoldo se había convertido en un ser “incómodo” para el entorno de sus amigos y, en efecto, nadie chistó en serio públicamente cuando se le encerró»–[37] recuerda haber recibido del poeta cartas, manifiestos, fragmentos textuales, conferencias, etcétera, remitidas desde Mondragón. Sin embargo, nunca le envió un libro unitario para publicar.

Los fines de semana le dan un pase de salida del hospital, lo que aprovecha para ir a ver a Poppy, que ha recaído en la adicción a la heroína, y para estar con su madre. Con el fin de que no beba alcohol, pues le produce fases paranoicas, le dan Colme, un revulsivo antialcohólico. Más de una vez, cuando llega a Irún le da dinero a su madre y la manda a comprar hachís a la puerta de la casa, situada junto a las vías del tren. «Pero que no te engañen», le apunta desde el fondo de la morada. Felicidad cuida de su hijo como madre dolorida y resignada ya: con pena y con amor, y baja a buscar a los camellos menesterosos que transitan por las traviesas.

De vuelta en el manicomio se encierra en su habitación individual y escribe con ganas. Está inmerso en Mallarmé y en la especulación alquímica, y pretende montar un tratado. Así se lo hace saber en una carta a Marava, por lo que le encarga unos libros de ocultismo que puede encontrar en una librería del madrileño barrio de Malasaña.

En *Los Cuadernos del Norte*[38] publica «Godeo Clutex» –palabra mágica–, un breve cuento de ingredientes cabalísticos.

A vuelta de correo contesta a una misiva de Marava:

> Querida Maraba: Leo con agrado tu última carta; en efecto me gusta ser amado, no conozco otra relación amorosa que esta narcisista, que concede lo enorme de mi cuerpo a otros cuerpos igualmente ilimitados. Porque lo único que hay de limitado en el cuerpo, de no divino, es la idea tomista, escolástica de cuerpo [...]. Ay de aquel para el cual el otro haya dejado para siempre de ser un misterio, y se transforme en un libro abierto: este hombre ha muerto para el amor.
>
> Nada más y un abrazo de
>
> JOHANNES DE SILENTIO[39]

El 29 de enero de 1987, Leopoldo responde al actor y director escénico Luis Felipe Alegre, que le hace una propuesta para participar en un recital poético:

> Querido amigo Luis Felipe Alegre:
>
> Te escribo, desde el sanatorio de Mondragón en donde actualmente me encuentro, salido ya por entero del *opus nigrum*, y preparado, con el *mutus liber* en la mano y algún otro tratado de alquimia, a reunirme si quieres con los demás miserables. Quiero con esto decir que te doy mi aprobación completa para el proyecto que me consignas de participar en una lectura de mis poemas. Es más, creo que podríamos crear variaciones de ellos interesantes teniendo en cuenta el tempo de la música. Para ello, te agradecería que me enviases si es

posible dinero para el viaje –si no lo es ya trataría por algún medio de conseguirlo yo, pese a que todavía no produzco oro alquímico y me hallo por consiguiente en una situación de lo más mísera– o si no el billete de tren. Asimismo, te agradecería me comunicases la fecha exacta del recital, y advirtieses a Ángel Guinda para que viniese a buscarme a la estación. Nada más y no olvides que, como decían los alquimistas, *in stercore invenitur*: busca la piedra que el constructor ha descartado: he aquí la piedra filosofal.

Recibe un abrazo muy fuerte de

LEOPOLDO MARÍA PANERO

P. S.: espero que no achaques a delirios místicos mis recomendaciones alquímicas; por lo que estoy aquí es por mi madre y por el alcohol, y ya tengo el hígado notablemente robustecido.[40]

En febrero, Marava no soporta más tiempo sin verle y se presenta en Mondragón. Es una visita que sabe a poco, porque ella ha de regresar a sus obligaciones laborales (trabaja en la banca). Le concede el honor a Leopoldo de dejarle leer su diario, quien, después de la marcha de su amiga, se pone de inmediato a la máquina. La muerte toma la palabra. A su regreso a Madrid recibe la carta.

Querida Maraba: He leído tu diario, y me ha emocionado. Te he visto como un ser humano, no como un objeto o una costumbre. Parece que el miedo o lo que tú llamas esquizofrenia te impiden mostrarte ante mí como eres. En cuanto a mí no sé cómo me atrevo a ser. La literatura ha muerto y la locura también. Ya nada me une al ser, ninguna obcecación, ninguna obsesión, ninguna venda. Menos que nada lo que Mallarmé llamaba la obsesión de la existencia. Aquí en Mondragón, rodeado de asesinos, la vida me parece como al Papa Borgia, de muy escaso valor. En el colmo de la lucidez, no poseo siquiera ese arrebato de locura que permite suicidarse. Me veo como irreal, como si ya no existiera. No tengo recuerdos: mi vida entera está tachada, la veo como algo peor que un error o una fantasía. Solo me alegran los sentimientos apocalípticos, las tormentas, la lluvia, los relámpagos que no alumbran nada. Diríase que soy Artaud, pero para quién o para qué. Escribir ahora no es ya llorar, sino alucinar, creerse como en un delirio, ser alguien en un mundo para alguien. Ese loco que da vueltas a su bastón en el aire me saca continuamente de mi sueño. Me recuerda que no hay nada, sino para el sueño de alguien, de ese alguien que es un sueño, que es siempre lo que Lacan llamaba *l'autre imaginaire*. Debajo de mi ventana pasea un hermano de San Juan de Dios: va a morir, está enfermo de sida, y sin embargo eso no significa nada, ni para mí ni para él. No es un destino, es un azar odioso que no le impide seguir caminando, mirando, ni vivir su existencia como un absurdo. Para el existencialismo, tal absurdo era una política, porque se oponía a un sentido visceral. Pero para mí hoy tal sentido ha muerto con la literatura que lo expresó. La literatura era para alguien o contra alguien, y en este jardín ya no hay nadie. Solo Prometeo atado a una roca, y unos patos que vuelan sobre la nada. La esperanza de que llames no es mucha [...]. Solo cuenta mi compañía, no yo. Y mi compañía, mi valor para el sueño, está por terminar. Porque ya he despertado: he despertado a un mundo sin nadie, y un mundo sin sueño no es ya un mundo. Es, sencillamente, lo más atroz que pueda imaginarse. Porque aun así la boca respira y la mirada ve, y no hay

> nada ya que ver ni aliento alguno. Este es, sin duda, el tan esperado fin del psicoanálisis interminable, el alta definitiva, la muerte. Soy el Anticristo, ni tan siquiera soy yo, soy un espectro masticado, digerido por la boca de seres malolientes y sin otro rostro que la baba del insulto. Aquello que he perdido no era una batalla. Mi enemigo tiene un nombre: España, pero no un rostro, es como una serpiente visceral y sudorosa, un animal peludo y hambriento que no teme a Dios ni al diablo. Me ha escupido limpiamente en el suelo como un material de desecho, como a un despojo. Mi locura rozó los límites de la suya, y eso fue lo que me hizo merecer la muerte. Recuerdo aún una vieja gangosa insultándome, a un deportista sudoroso masticando mi cerebro en la radio, sin importarle un bledo lo que fuera el terrible sueño de la cultura. Ni siquiera muerto seré alguien o algo para él. Eres el Anticristo, entonces te adoro, es lo último que acertó a decir el sapo. *As alone aunt from a broken aunt-hill, from the wreckage of Europe, ego escriptor*.[41]

La epístola inquieta a Marava y lo telefonea al psiquiátrico. Pero el literato se encuentra jovial, le dice que va a dar un recital de poesía en Zaragoza. Le han dado permiso en el manicomio. Al fin ve algo de luz entre las densas tinieblas de febrero.

# 13. MIS HOSPITALES, MIS PRISIONES (1987-1992)

Mi enfermedad soy yo, y quitármela sería destruirme para construir un Leopoldo María insípido.

A las cuatro de la madrugada del martes 24 de febrero de 1987, Leopoldo María Panero llega a la estación de El Portillo de Zaragoza. Lo escolta Ángel Guinda, aquel tipo tímido que, en sus propias narices, calificó su poesía de mussoliniana en El Universal de Madrid. Ángel fue hasta Tudela y allí montó en el tren para hacer juntos el último tramo del viaje.

La llegada a la estación fue apoteósica. Buena parte de la intelectualidad local recibió al poeta y, después de que Ángel Guinda pronunciara unas palabras, marcharon al Café de la Infanta, regentado por el pintor Alejandro Molina. Allí charlaron hasta las siete de la mañana, entre trago y trago. Leopoldo se mantuvo con agua mineral.

El poeta, que en principio ha ido para el estreno del espectáculo *¡Más margen, malditos!*, para cuatro días, esa misma noche declara a la prensa regional que estará allí hasta que le echen. «Mi marcha depende de las barreras que me pongan»,[1] explica.

Ángel Guinda, que por entonces es un bebedor de fondo, tiene miedo de meter a Leopoldo en su casa, no desea sumar fuerzas. Lo aloja en casa de una cuñada suya y se ven a diario.

El jueves 26, en el teatro del Mercado, tiene lugar el estreno del espectáculo *¡Más margen, malditos!*, puesto en escena por El Silbo Vulnerado. La función teatral, de noventa minutos de duración, está basada en una selección de poemas de Ángel Guinda, Ramón Irigoyen y Leopoldo María Panero («Necrifilia [prosa]» de *El que no ve*, y algunos de *El último hombre*). Dirigida por Luis Felipe Alegre –también actor–, la escenificación, con muchos juegos visuales, sonoros y luminotécnicos, además de la interpretación, va mucho más allá del estricto recital de poesía. Los tres actos y el conjunto de la adaptación imprimen una audaz progresión teatral a la representación.

La figura artaudiana de un Panero babeante y bebedor comienza a hacerse habitual entre la hostelería zaragozana. Artaud masticaba ruidosamente la comida, con la boca abierta, eructaba con placer y escupía en el suelo. Lo mismo hace ahora Leopoldo. Su escudero Guinda le espera acodado en las barras mientras Leopoldo María echa monedas en las máquinas tragaperras: ha dado en ludópata. Engulle calamares en salsa, la cual le chorrea sobre la pechera, y ríe y ríe.

Ángel le quiere, pero su compañía comienza a tornarse imposible.

El 4 de marzo Ángel Guinda y el pintor Alejandro Molina asisten a un juicio por blasfemia. El motivo es una denuncia presentada por un particular sobre un mural pintado por Molina en el Café de la Infanta, en el que se lee un verso de Guinda: «Eyaculad sobre el ano de Dios para su conversión al placer». En la puerta del juzgado un grupo de personas se solidariza con los acusados. Entre ellos está Leopoldo, detrás de una pancarta que reclama LIBERTAD DE EXPRESIÓN.

El 11 de marzo, en el psiquiátrico de Santa Águeda le dan por fugado, puesto que no se ha presentado en la fecha en que debía.

En Zaragoza, Leopoldo María Panero comete la torpeza de echar pestes de sus anfitriones al cuñado, Ángel Guinda. Marta Guerrero y Gregorio Maestro –compositor de la música de *¡Más margen, malditos!*–, que han tenido que soportar todos los rigores –descontrol en sus necesidades fisiológicas más inmediatas, vomitonas…–, son objeto de sus absurdas iras. Ángel, inflexible, no se lo tolera y le exige una rectificación que nunca obtiene.

Un mediodía se personan Luis Felipe Alegre y Jesús Lou,* otro amigo, en casa de Guinda –Hernán Cortés, número 9para rogarle que acuda a casa de su cuñada y convenza a Leopoldo de que vuelva al hospital. Creen que debe hacérsele un reconocimiento médico a causa de su deterioro.

Cuando los tres acuden al inmueble encuentran al poeta en compañía del estudioso de la literatura contemporánea Túa Blesa. Leopoldo tiene sobre la mesa del cuarto un ejemplar de *Vida ávida*, de Ángel Guinda. Ante la insistencia de su compañero de letras para marchar al hospital, Panero comenzó a escupir: que si *Vida ávida* estaba muerto, que si le estaba traicionando; en fin, toda la retahíla de esperables vituperios. Por la tarde, lograron llevarlo en un taxi al Hospital Provincial de Zaragoza. Una vez en consulta, el médico le recomienda que esté un par de días en observación, a lo que el paciente se niega con rotundidad.

Entretanto, Guinda y Jesús Lou esperan en el vestíbulo del sanatorio. De pronto, por detrás, unas manos agarran el cuello del primero con una fuerza estranguladora. Es, claro, Leopoldo. Jesús Lou forcejea con él hasta que logra apartarlo. El autor de *El que no ve* cree que Guinda le ha sido infiel y que es culpable de que el médico pretenda ingresarlo en el centro. Apaciguados los ánimos, se marchan los tres.

Su estancia en la capital del Ebro se va prolongando de forma preocupante y Panero es acogido por otro muchacho de la capital aragonesa. Ángel, ya extenuado, comienza a huir de él. Túa Blesa lleva al poeta a la Facultad de Filosofía y Letras para dar una conferencia.

«Me han vuelto loco», titula Leopoldo María un artículo publicado

en *El País* el 25 de abril de 1987. Dedicado a Félix Rotaeta, Antonio Martínez Sarrión y José A. Saavedra (Poppy), el autor asegura que ni está loco ni le han curado, sino que es un hombre que, como Jonás, ha salido desnudo y atemorizado de la ballena alquímica, llevándose como recuerdo a todos los hombres que conoció. Además, *Los Cuadernos del Norte*[2] anticipan seis poemas del libro que está a punto de salir, *Poemas del manicomio de Mondragón*.

Con la primavera aparece en Madrid en busca de su siempre devota Marava. Llega desde Zaragoza francamente mal, con muchos episodios de vómitos. Apoyado económicamente en ella, van de pensión en pensión hasta que Marava se queda sin fondos. Sale a las tres de la tarde de trabajar y a las cuatro ya está en el café Comercial, porque ha quedado con Leopoldo. Y callejean hasta la madrugada, con lo que ella acaba machacada.

El 2 de mayo, Leopoldo inicia una columna fija semanal en el diario *ABC*. La dirección del periódico decide que hay que abrirse a un nuevo tipo de público y encarga al periodista Ignacio Ruiz Quintano la sección «Gente y aparte», que saldrá los sábados. El nuevo colaborador escribirá bajo el encabezamiento general «El nido del cuco». Comienza sus trabajos con un artículo en dos entregas sobre la locura y la revolución en Friedrich Nietzsche.

Marava, con el poco dinero y las fuerzas que aún le quedan, saca un billete de tren y manda a Leopoldo a Irún, donde le esperan Poppy, cada vez más yonqui, y Felicidad. Y vuelta a empezar.

El 30 de mayo, su madre le hace reingresar en el psiquiátrico de Mondragón. En la soledad de su cuarto del pabellón de crónicos, en la noche –cuando el dolor de la creación es menor, como acertadamente escribió él–, las ideas se le cuelan por todas las rendijas y consigue aplacarse ante el folio en blanco. Se dirige a Marava, aunque rápidamente le llaman la atención por el ruido que causa el violento aporreo del teclado:

> «Vencido por la realidad y por España», decía yo, citando a Borges, antes, cuando todavía había realidad. Pero «evidentemente toda vida es un proceso de demolición», y hoy estoy solo frente al espejo, sin más que comentar que un «crack up» más terrible que un sombrero colgado de una farola.
>
> Pero no solo toda vida es un proceso de demolición: también toda literatura no tiene más referente que la ruina, y toda posible conciencia de la vida es conciencia del mal de la vida.
>
> Tengo un poema reciente que posiblemente no conozcas: «dime ahora, payo al que llaman España, si ha valido la pena destruirme, bañando con tu inmundo esperma mi figura. San Pedro y San Rafael en una esquina comentan, mientras avanzo borracho por esa piedra, payo, que llaman España».
>
> Porque lo más terrible de mi ruina, son las causas tan banales que tiene, causas como un ser insignificante llamado […], un camarero o un propietario de bar fracasado: ello sin nombrar a España que es toda ella un himno al fracaso, y

que por ello es enemiga de los grandes hombres.

Me miro tembloroso al espejo: quién está ahí, quién es ese impostor que alardea de existir en los periódicos y cuyos rasgos han fichado las hordas del fracaso. O tal vez un poema, de esos que interpreto psicoanalíticamente: «Amor de las cucarachas y de los hombres que se arrastran como ellas por el suelo».

Pienso que estas palabras podrían servir como manifiesto de un suicidio: esto, después de haberme tantas veces resistido a morir.

Las profecías de Nostradamus cuelgan como un badajo de mi pene maloliente, y mis pies se mueven lentamente por los bares emanando olor a sudor y pestilencia: «esta pestilencia que no nombra a nadie», como decía yo en otro [de] mis antiguos y queridos poemas…[3]

Todos los psiquiatras consultados coinciden en manifestar que el manicomio es un lugar de exclusión, de destrucción; un lugar empobrecedor, que limita la capacidad de vivir. Sin embargo, en ellos, Leopoldo María escribe afanoso. La angustia se canaliza en escritura.

Un producto de la reclusión es su nueva obra, *Poemas del manicomio de Mondragón*. El original le llegó por correo a Jesús Munárriz.[4] Como todos los inéditos de Leopoldo, apareció lleno de manchas de café, de vino, taladrado por brasas de cigarrillo; los folios manoseados, arrugados y cruzados de correcciones. En la historia de la editorial, Jesús cree que es el texto más sucio que ha pasado jamás por sus manos.

El volumen, tras un breve preámbulo, se abre con una cita de Stéphane Mallarmé. En el libro están presentes sus dos leales: José Saavedra (Poppy), que se encuentra convaleciente en un hospital donostiarra, y Marava.* A ellos van dedicados dos poemas. La segunda parte la abre una nueva cita de Mallarmé. Un poema está dedicado a una enferma del pabellón de las monjas de Santa Águeda, Inés Alcoba. El titulado «A mi madre (reivindicación de una hermosura)» es una composición de belleza extrema, sin duda.

Alguien escribió, con tino, que estábamos ante un libro desagradablemente hermoso. Además, es un texto donde la relación entre escritura y vida es innegable, pese a que el autor emplee multitud de trucos para escamotear parte de su biografía. Se cierra con un manifiesto, quizá discordante con el conjunto, muy en su estilo: «Acerca del caso Dreyfus sin Zola o la causalidad diabólica. El fin de la psiquiatría», donde recuerda de nuevo al lector la vieja agresión sufrida en Palma –según él– y el intento de envenenamiento con estricnina en el antiguo nosocomio Alonso Vega.

También aparece entonces el segundo y definitivo libro de poemas de Irene Marina Ortuño:** *Utopía del amor*.

En julio, Marava se encuentra de vacaciones en Fuenterrabía y el día 4 va a ver a Leopoldo, que se muestra agresivo con ella durante una comida en un restaurante de Mondragón, aunque le confiesa haber sido su eterno adorador y que ella ha sido su muñeca.

Después de pasar el día juntos, la pareja cenó en el refectorio del manicomio, compartiendo mesa con dos internos. Marava, al final de la jornada, decide quedarse a dormir en el pueblo y despierta con el alba. Bajó a una taberna para tomar un café y descubrió que no tenía dinero; muy temprano llamó a Leopoldo e interrumpió su sueño. Le explicó su problema y consiguió que saliera para que la acompañase en busca de fondos. Viajaron en autobús hasta la localidad de Éibar, donde encontraron una agencia bancaria.

El 7 de julio, Marava vuelve a Mondragón y Leopoldo le cuenta que se ha enterado de la muerte de Poppy. Derraman lágrimas por el amigo ausente y él se arrepiente del trato que le dio en vida. Estando en el lecho de muerte, en una de las visitas que le hizo Leopoldo, como Poppy le pidió que le llevase lectura, el poeta y amigo le entregó *Diálogo de un sacerdote y un moribundo*, de Sade. Poppy ha muerto en el hospital, sin nadie a su lado.

A los pocos días, Leopoldo María se entera por la prensa de la boda de su hermano Michi con Paula Molina, hija del famoso coplero, cuando hacía tres meses que se habían conocido. Leopoldo, antes de leer la letra menuda, creía que se había casado con Amparo Suárez-Bárcena, su novia hasta dos años antes. Marava pensaba que la contrayente era la galerista Marta Moriarty, de la que el menor de los Panero anduvo enamoradísimo.

El 14 de julio, Marava repite cena en el psiquiátrico. El hermano Julián, de la orden de San Juan de Dios, tuvo que prestarle dos mil pesetas a Marava para que volviese a Fuenterrabía. Se lo prestó a cuenta del interno, que rápidamente llamó por teléfono a su madre para comunicarle que había prestado dinero a Marava y que tendría que reembolsárselo a él.

En la señalada fecha del 18 de julio, *ABC* inicia la serie de cuatro entregas del texto que Leopoldo María Panero había escrito en octubre de 1984 en el psiquiátrico navarro de Elizondo. Fueron publicados en su columna semanal con el título de «La fecha de la locura».

Dos días después Marava anota en su diario: «Leopoldo estaba ayer muy borde. Solo piensa en matar». La muerte de Poppy* está muy presente en él, aunque a ella nunca le quiso hablar de su amigo. No es dolor sentimental, es terror. En el fondo le espanta la muerte y habla del acto de matar. Vaticina que nunca va a morir y pregunta: «¿Por dónde empiezo a morirme, por la hipófisis?». Marava piensa que será por el hígado, pero solo lo piensa. «Leopoldo sigue siendo un eterno adolescente y por lo visto inmortal», escribe ella.

El 7 de septiembre regresa con un artículo a las páginas de *El País*, aunque mantiene su colaboración con *ABC*. Dedicado a Fernando Savater, el poeta hace una reflexión sobre la psiquiatría y las palabras, que nos protegen del infierno y de la nada; «Me dicen que no escriba

esto», titula.

Leopoldo María traduce y prologa *Peter Pan*,[5] su viejo y querido referente juvenil. Aquel niño travieso que le presentó Ana María Moix ha pasado a formar parte de su obra con plena autoridad, pues siempre ha mantenido relaciones con el personaje de James Matthew Barrie a lo largo de casi toda su bibliografía. El libro incluye como apéndice «Hortus conclusus» revisado; aquella propuesta de guión de cine que ya publicó en *En lugar del hijo*.

La figura universalmente seductora de Peter Pan, que también interesó a Artaud, es uno de los mitos, o complejos, de ciertos novísimos. Con él añoran su infancia perdida. Leopoldo María lo ha dicho y lo ha escrito siempre: «Este niño que fui y me empeñé en seguir siendo y que por ello ha acabado por hacer real el cuento de hadas que él solo se creyó, y detrás del cual y como suele ocurrir en estos cuentos había pasado sus páginas un tesoro en blanco guardado por el dragón de la palabra», dejó redactado en un folio suelto. «Yo nunca he renunciado a ser niño»,[6] declaró otra vez. Y ya hace muchos años que lo aventuró su padre en el último verso de «El distraído [Retrato de Leopoldo María]»: «Él, que un niño será toda la vida». Un psiquiatra que lo trató, que prefiere mantenerse en el anonimato, también sostiene que «es una personalidad inmadura, es Peter Pan».

Pero el Peter Pan que retrata Panero no es precisamente el niño edulcorado del filme de Disney. Para él, el personaje no tiene un sueño dulce, es un demonio travieso que odia al hombre, un ser cruel y asesino; Peter Pan es el símbolo del mal, la cifra del loco, de la *Dementia Praecox* o Demencia Traviesa.

Aunque Leopoldo María Panero no puede volar, como el descarado niño del cuento, el martes 6 de octubre de 1987, con permiso de la dirección del hospital, llega a Valladolid para ofrecer una lectura sobre la imagen del loco. Llenó la sala de la Casa Revilla, la Casa Municipal de Cultura. Ante sí, nueve folios comprimidos. Clava los ojos. Lee, habla, trata de disertar, hace un esfuerzo por vocalizar para que le entienda un público atento. Nadie pregunta al finalizar pese a que no cabe un alfiler en la sala. Muchos han tenido que quedarse de pie. Todos boquiabiertos. Él sobrevuela el estrado.

De nuevo se asoma a *El País*: «La identidad como problema esquizofrénico», publicado el 4 de noviembre de 1987. Nuevo texto alquímico e introspectivo por los territorios del yo.

Del 17 al 22 de diciembre le estuvieron haciendo unas pruebas clínicas en otro centro, pero regresó a Santa Águeda. En este mes invernal, el poeta y crítico vallisoletano Miguel Casado, reseñando *Poemas del manicomio de Mondragón*, alzó su voz para recordar la significativa ausencia de Leopoldo María Panero en la sonada tenida asturiana organizada por Víctor García de la Concha y recogida en un

número monográfico de *Los Cuadernos del Norte*: «Su nombre no suele siquiera aparecer en los "dossiers" dedicados a la poesía española reciente. Esta omisión resulta incomprensible, dado el eco de sus poemas en numerosos lectores y la solidez de su obra, confirmada por la publicación del volumen *Poesía 1970-85*».[7] Acompaña al bizarro escrito otro reivindicativo de Felicidad Blanc, «Mi hijo Leopoldo». Reclama de España reconocimiento para el poeta.

El 28 de enero de 1988, el psiquiatra Carlos Castilla del Pino dedica al inquilino de Mondragón una extensa «Carta sobre la locura».[8] Él, que continúa con sus colaboraciones en distintos medios, pasa las horas, en un transcurrir lánguido, entre aquellas paredes. Recopila poemas, dibujos o textos en general de los enfermos, con intención de preparar una antología de la locura. Hace muñequitos de plastilina como terapia ocupacional; frente a la Olivetti, tiene presente a Mallarmé y pronuncia cuantas conferencias le proponen. En una de las ocasiones le llaman de la Universidad de Zorroaga (San Sebastián).

Un grupo de alumnos de Vicente Molina Foix, su viejo amigo, ahora profesor de filosofía del arte e historia de los sistemas estéticos, le propone a este acudir a la conferencia que el poeta Panero se dispone a dar sobre la locura. Los admiradores le advierten: «Siempre habla de ti». Una vez finalizada la clase, el profesor Molina se acercó al aula de la conferencia. Estaba llena. Vicente se quedó de pie junto a la puerta. El poeta, sobre la tarima y con la mirada hundida en sus papeles, olfateó la entrada de su colega y le saludó con una leve sonrisa. Según Molina, desde ese momento el destinatario de la conferencia dejó de ser el auditorio. La impartía solo para él. Miradas, reflexiones, sobrentendidos, guiños que solo Vicente podía captar. Nadie más. Al finalizar el acto, los dos veteranos colegas se acercaron al bar y el autor de *Narciso* acabó recriminándole al otro con agresividad toda suerte de incidentes, con lo que Vicente, que sigue pensando que Leopoldo María Panero es el mejor poeta de su generación, decidió que lo más prudente era desaparecer discreta y piadosamente.

Un nuevo libro de Juan Luis Panero ve la luz, *Galería de Fantasmas*, Premio Loewe de Poesía. Jesús Ferrero publica *Lady Pepa*, una novela en cuya trama figura un personaje, Tancredo, inspirado en Leopoldo. Un poeta lírico con ojos de besugo congelado y vientre prominente que bebe a todas horas. Tancredo está psicoanalizando a su madre mediante el esquizoanálisis.

Michi tiene nueva pareja, Sisita García-Durán, exazafata de la compañía aérea Iberia, divorciada y con un hijo de doce años, Javier Mendoza.

El 11 de junio, en su columna de ABC, Leopoldo María escribe sobre Santiago Auserón, líder del grupo Radio Futura, que ha sacado al mercado un disco titulado *La Canción de Juan Perro*. Como entre el

puñado de canciones han incorporado una adaptación del poema de Poe «Anabel Lee»,* que ya antes el madrileño tradujo e incluyó en *Last River Together*, Leopoldo piensa que algo le une al músico, aunque solo sea el nombre y el sonido de Anabel Lee:

> Ese nombre, sí, ese epitafio obsesivo que hoy nos une a ti y a mí, no sé si para un hoy, para un presente que tiene más virtud que el mañana, mi querido Santiago Auserón.
>
> Y si nos temen, qué mejor, para estar solos en nuestra propia casa, que es la casa del miedo.9

A las dos de la madrugada del 16 de agosto de 1988 muere en su domicilio madrileño el *under* Eduardo Haro Ibars. Se cumplió su premonición: moriría a los cuarenta. Al día siguiente fue incinerado en el cementerio de la Almudena. Leopoldo María, su coetáneo, con los mismos años recién cumplidos, no se enteraría hasta muchos días más tarde. Cuando supo del óbito escribió:

> Puedo, después de una epopeya en que naufragó el mundo, hablar por fin de un escritor. Un escritor, que no necesito decirlo, no fue el único, pero sí el más valedero de los que me admiraron.
>
> Y de un escritor que, pese a nuestra común obsesión por el malditismo, fue mi gran amor, es más, aquel con quien descubrí el gozo de la homosexualidad y que fue conmigo cogido de la mano todo el camino de la cárcel de Carabanchel al penal de Zamora.
>
> Entonces no había moral, ni blasfemias sin sacrilegios, ni diecisiete mil muertes del Conde de Villamediana, y a Eduardo y a mí, por tanto, nos unía nuestra común obsesión o afición, si se quiere por otro tipo de muerte mallarmeana, simbólica y, si no, suicida. A él me unía también esa pasión por el mal –por el mal propio–, no solo el de los demás, que nos llevó a la heroína y a otro tipo de muerte que sospecho que –de verdad– no le apasionaba ni a él ni a nadie.
>
> En mí, esa pasión por la aventura encontró su final en el misterio y el horror y la gloria, llámeselo como se quiera. De la otra escena freudiana, en la que un camarero no tan indeseable nos devuelve el misterio del hombre. En cuanto a la locura, como supo Freud, está perdida en el universo del deseo, esto es, de la piel, que en nada se parece a la fría disección anatómica, que en nada se parece a lo que se llama «cuerpo»: cuerpo objetivado y reedificado, cuerpo de nadie o del obrero.
>
> Por muy increíble que parezca, ha sido Freud, al hacer inteligible la sexualidad como lenguaje, quien descubriera la espiritualidad del cuerpo, lo mismo que la heroína. Manchada esta por un sida misterioso que antes era ajeno a homosexuales y drogadictos y que no lo inventaron ellos, ahora podemos convencernos de que lo que hoy se llama phantasmas de mi mente, es algo que está inscrito en las paredes de algunos manicomios de Euskadi con la leyenda Cia Chakurrak.10

Juan Carlos Suñén, en un balance de la poesía española, hace justicia a la obra de Leopoldo. Lo califica como el mejor poeta de su

generación, el que mejor expresa el universo de los últimos veinte años, «por más que algunos pretendan despachar su obra como simplemente biográfica».[11]

El pícaro Panero metió de rondón en *Diario 16* «El castigo de la idea»,[12] publicado días atrás en ABC. En el número correspondiente a diciembre de *Los Cuadernos del Norte*,[13] seguro de haber muerto como su venerado Artaud, se considera uno de los mejores poetas de Europa. En el mismo mes, custodiado por el auxiliar del manicomio Antxon La Hera, Leopoldo viaja hasta Madrid para grabar una entrevista con el periodista Joaquín Arozamena. Grabación que fue emitida en diferido el día 22 dentro del programa concurso *La vida sigue,* de TVE-1, dirigido y presentado por el entonces popular periodista. Era un monográfico sobre poesía.

La entrevista, editada, comienza con la pregunta sobre el «malditismo» del poeta, interrogante que él no encaja con comodidad. Un Leopoldo de pelo ceniza excepcionalmente aseado y maquillado, de jersey azul marino sobre camisa clara y pantalón tejano, responde que no le gusta que lo llamen maldito y que, en cualquier caso, además, no es un poeta novel; que lleva publicando desde los diecinueve años porque vale y que la poesía que le gusta hacer es la fundada en la locura, a la que no le tiene ningún miedo.

Respira hondo, fuma y sacude sin cesar la ceniza, estira las piernas que, cruzadas a la altura del tobillo, reposan sobre uno de los talones a la vez que su nuca descansa sobre el cuenco que forman una muñeca cruzada sobre la otra; sus codos configuran los vértices de dos ángulos agudos. Escucha: «¿De qué vive?». «De mi madre. Con mucho esfuerzo», responde. «De la literatura no vive nadie, salvo Fernando Sánchez Dragó», añade.

El poeta dice que cuando no se le comprende nada prefiere que no le lean, solo entonces no le gusta ser leído. Arozamena inicia la lectura de unos versos suyos, a lo que el autor le pide que le deje leerlos a él. Al finalizar, por su cuenta, recita de memoria y en italiano. Cuando ha concluido, el entrevistador interpela: «¿Y los que no sabemos italiano, qué hacemos con eso?». La respuesta inmediata de Leopoldo fue la repetición del texto en castellano.

La agitación vital de Leopoldo María Panero ha mermado considerablemente. Su existencia, aparte de viajar los fines de semana a Irún para estar con su madre –sola desde la muerte de su hermana Margot–, se constriñe a las tapias del manicomio. Semeja un anciano, de vida sedentaria. Su existencia solo está en el papel, en la letra impresa, aunque a la atardecida pasee su encorvada y patética figura por las calles de Mondragón.

Aprovechando su tribuna en el diario monárquico, Leopoldo proclama:

> En España no hay rata que no me conozca, y ello por culpa de mis escándalos callejeros, más que por la mucha o poca valía de mi poesía.
>
> En cualquier caso, el dinero vuela mientras yo me veo obligado a recoger colillas y a veces hasta a pedir limosna en el seno de mi pabellón del manicomio: la corta pensión de mi madre no nos llega ni para empezar.[14]

Lejos de allí, en Leganés, una población donde dejó indulgentes e indignados recuerdos –como Artaud, su contacto entraña atracción o repulsión, nunca indiferencia–, un reducido grupo de personas crea el Colectivo Literario Leopoldo María Panero, cuyo germen es una tertulia de las tardes primaverales de 1988. Lo forman Marisa Vaquero, Gregorio Aranda, Francisco Sierra, Luz María Blanco y Mariano García.

Leopoldo, a medida que envejece, va pareciéndose cada vez más a Artaud; físicamente en primer lugar, aunque al de Mondragón no le guste la locura del interno de Rodez porque allí hay Dios y penitencia. Sin embargo, el poeta español confiesa que de vez en cuando va a misa, dato confirmado por el capellán del Sanatorio de Santa Águeda. Según el clérigo, Panero, siendo creyente, no tiene, sin embargo, fe suficiente como para confesarse. El Dios de Leopoldo constituye una mezcla de una posible tradición cristiana y de especulaciones alquímicas, de conjuro mágico, como el de Artaud, que también –una coincidencia adicional– tenía relaciones con el capellán del manicomio y comulgaba solemnemente, aunque sus creencias siempre fueron muy inconcretas. De hecho, el sacerdote nunca sabía si encontraría al poeta recogido y devoto en todos sus oficios o si sería insultado por Artaud[15] en las galerías del manicomio.

«Leopoldo María Panero, poeta vitalista»,[16] titula Alfredo Saldaña un estudio. Leopoldo María Panero, como Artaud –otra vez–, desprecia poéticamente la vida y ama la muerte, única segura compañera. Eso fue lo que separó al francés de los surrealistas. Ese es uno de los elementos diferenciadores de la obra de L(a) M(uerte) P(osible), como ingeniosamente Saldaña cifra sus tres iniciales.

Para que no le olviden, para que le quieran más, Leopoldo dedica su columna del 20 de mayo de 1989 en *ABC,* «Para un seminario sobre Jacques Lacan», a sus amigos de la Universidad de Zorroaga. Y quien no le olvida, en la distancia, es el zaragozano Ángel Guinda, que incluye un poema inédito suyo, bien paneriano, en los pliegos de creación *Malvís*:[17]

> En el cuarto secreto del placer
> eyaculé sangre pensando que me amabas
> y pensé en besarte al amparo de la muerte,
> única segura compañera.
> Hoy los años han pasado y de aquella Zaragoza

solo queda un ejemplar de Ángel Guinda, *Vida ávida*,
y unas voces que oigo en las pesadillas.

La recopilación de textos de los internos del manicomio de Mondragón, al cuidado del poeta, salió con el título de *Globo rojo. Antología de la locura*.[18] Excepto el prólogo, dos poemas y un peculiar diario manicomial de Leopoldo, el resto de los textos y dibujos se deben a los enfermos mentales que acompañan su sombría navegación. Él se los envió a Munárriz y el editor eligió entre los grabados uno que le llamó la atención para la portada del libro. Unos espantados ojos rodeados de destellos, a modo de desplegadas alas de águila, que le dan todavía más expresividad si cabe a esa mirada.

Los viejos amigos trotskistas de Leopoldo María, no los del PORT, sino los de la Liga Comunista Revolucionaria, publican una entrevista con él en su órgano de expresión. Como Eduardo Haro Ibars fue militante de este grupo en la última etapa de su vida, se eligió ese motivo para empezar la charla:

> Eduardo Haro… estuve muy enamorado de él en la cárcel, pero luego no lo volví a ver hasta Tánger. Fue uno de mis maestros a nivel vital. Era uno de esos seres que practican la maldición metodológicamente. Luego no nos caíamos bien, por lo menos yo no le caía bien a él. El problema es que como escritor era muy malo. Lo último que publicó es muy malo. Quizás *Empalador* esté bien, no sé, no lo he leído, pero lo último era una cosa muy simple, como su poesía política. Todo aquello lo veo ahora como un culto al mal muy tonto, porque ofrecer el alma al diablo, eso sí es ser un maldito, ¿no? pero fumar drogas y hablar de vampiros me parece que no representa ninguna calidad intelectual.[19]

Acompaña esas declaraciones una gavilla de cuatro poemas de distintos libros.

Poco después, en otro semanario,[20] su remoto amigo Pepe Palacios relata con nostalgia en una entrevista la época en que conoció a Panero y al grupo de amigos de La Vaquería. Habla de varios muertos: Carlos Castilla, Marta Sánchez, Diego Lara, Antonio Maenza. Leopoldo María sobrevive. Pepe está en régimen abierto con una condena de nueve años a causa de un delito. Las fotos le delatan: tiene sida, «la enfermedad», le llama él.

Al crítico Rafael Conte, en un artículo ya citado, le parece que el inclasificable poeta, el mayor perturbador de todos, nunca fue un novísimo, «y ahí sigue, entrando y saliendo, del reposo al grito».[21] Así es, en su rincón recibe a amigos y periodistas. Pero él se ve solo. Así se lo cuenta a Eneko Fraile en *Quimera*.[22]

Pere Gimferrer es el nuevo Premio Nacional de Poesía por su obra *El vendaval* (1988). Para Leopoldo, desde tiempo atrás, la poesía del catalán carecía de valor. Se creía el único poeta español contemporáneo:

> Una segunda lectura me ha convencido de que, por el contrario, somos dos los gigantes de la poesía española actual, tal como ocurrió en otro tiempo con Quevedo y Góngora. No creo que haya ningún inconveniente en equiparar a Gimferrer con Góngora […]. Por lo que se refiere a mi persona, podría equipararme, no siendo Quevedo de mi predilección, con su contemporáneo don Gabriel de Bocángel y Unzueta […]. Creo que Gimferrer y yo somos la única poesía válida en este país, siendo todos los demás poetas paradigmas de lo que Mallarmé llamara la «palabra vacía».[23]

El año 1990 comienza con nuevas pérdidas irreparables, tras la sorpresiva desaparición, en el pasado diciembre, de Carlos Barral. El 8 de enero muere –era una muerte esperada– Jaime Gil de Biedma, quien decía que Leopoldo era un señorito sablista de Astorga. Y el 25, un amigo de la familia Panero, Dámaso Alonso. Con motivo de este fallecimiento, Leopoldo María escribe «Contra Neruda o en defensa de Dámaso Alonso».[24]

El nuevo poemario del escritor es ya de título inequívoco, *Contra España y otros poemas no de amor*.[25] Dedicado al Ejército Popular Republicano, las páginas de poesía política respiran una antiespañolidad recalcitrante y ello pese a que «Himno a la corona de España» está dedicado de forma inaudita a «Su Majestad el Rey Don Juan Carlos», pues también va contra el monarca. La radicalidad se mezcla con unas piezas intencionadamente ingenuas, como pueden ser «Peter Punk» o «La monja atea», o con unas gotas de alquimia, como ese bello y breve «Ars magna», dedicado a una camarera de Irún, Clemen, con un escalofrío.

Unos versos a Ángel Guinda –el primer sorprendido– recuerdan un poema que este publicó en *Malvís*, y constituyen una variante del mismo:

> […]
> Hoy de aquella Zaragoza que la amistad nombró
> solo queda
> sobre la mesa un ejemplar sin vida
> de «vida ávida» de Ángel Guinda
> y unas voces que oigo en las pesadillas.

El libro fue muy bien acogido por la crítica. «La escritura se ha hecho más clara y la definición rítmica más amable, más preocupado por la lectura estética. El poema, despojado de diletantismo. Consigue versos que deberían hacer recapacitar a los que aún se empeñan en ignorarle», escribe Juan Carlos Suñén.[26]

El antiguo balneario de Santa Águeda, de Mondragón, debido al ilustre inquilino –no a Cánovas, por supuesto– sigue siendo un lugar de peregrinación. Tras una visita que le hace la periodista Beatriz

Pottecher, el 29 de julio *El Mundo* publica una entrevista donde el escritor repasa los últimos años de su existir. Sus intentos de suicidio, sus amores, su sexualidad; su éxito.

Pocos días después aparece Lola Díaz. La periodista, avecindada ahora en Madrid, viaja hasta Guipúzcoa con intención de entrevistar al poeta y llevar a Michi a Irún para que vea a su madre en el hospital, ya que está grave. Por la tarde se desplazaron hasta Mondragón. Cuando Leopoldo vio a Michi llegar con Lola le dijo a esta: «Tú eres Lola Díaz» y le recordó la anécdota del día en que fueron presentados en Barcelona, cuando él se desplomó sobre su impoluta cama con las botas embarradas. Se acordaba perfectamente después de diez convulsos años. Grabaron la entrevista en la sórdida y ruidosa cantina del manicomio, donde los locos se alivian cantando y gritando. Pronto otro periodista, Joaquín Arozamena, se convierte, sin culpa alguna, en el blanco de sus ataques. Leopoldo se identifica con Artaud, pero nada en absoluto con Jaime Gil de Biedma, con quien presume, sin embargo, de haberse acostado de joven. «Lo mejor que ha hecho Jaime Gil –y que me perdone el muerto– es una mala imitación de la poesía grecolatina. Creo que la lectura que yo hago de la poesía grecolatina en mi libro *Dioscuros* es mejor que la de él [...]. Lo único bueno de Jaime Gil son sus poemas póstumos.»[27]

El cuco colaborador de *ABC* [28] vuelve a repetir columna ya publicada y sigue atendiendo a las demandas de la prensa. Cuando el periodista Feliciano Fidalgo le pregunta qué es para él la televisión, el poeta farfulla: «La posibilidad de colgar a Arozamena».[29] El famoso de la pantalla doméstica está en su nuevo punto de mira paranoico.

El 27 de octubre, Felicidad Blanc ingresa en el Hospital Comarcal del Bidasoa después de recibir tratamiento hormonal, radioterapia y tres ciclos de quimioterapia en el servicio de oncología de la Residencia Sanitaria Nuestra Señora de Aránzazu, de San Sebastián. Padece una neoplasia de mama con metástasis múltiples. Entretanto, su hijo Leopoldo, en la habitación del manicomio, a la luz de una vela, lee ávidamente *El Infierno*, de Dante. Llueve de manera copiosa sobre los campos verdes.

El 30 de octubre de 1990, después de comer, la viuda de Panero fallece en el hospital a los setenta y siete años de edad. Sus tres hijos, cada uno desde su lugar de residencia, se personaron inmediatamente. Juan Luis, en tren desde Torroella de Montgrí (Gerona), Michi en avión desde Madrid y Leopoldo María recogido en el psiquiátrico por una amiga de la fallecida que lo llevó en su coche hasta Irún.

Cuando Leopoldo llegó a la morgue para ver a su madre de cuerpo presente ya estaba allí su hermano Michi, hundido en una profunda depresión. El día era gris y diluviaba –siempre llueve sobre las minas–. El poeta empieza con disquisiciones sobre muerte biológica y muerte

clínica, intenta «resucitar» a su madre mediante el boca a boca, como el hindú Secundra con el cadáver del heredero en *El señor de Ballantrae*.* Michi lo sacó de allí de inmediato. Leopoldo salió ayudado por los enfermeros y se agarró una tremenda borrachera que durmió en el domicilio irunés donde vivió su madre.

El día 2 de noviembre, a las once de la mañana, por orden expresa de Michi –del dinero que dejó su madre, tuvo que abonar 234.588 pesetas a la Funeraria Irunesa–, incineraron el cadáver en el crematorio del cementerio de Vista Alegre de Derio (Bilbao), porque en San Sebastián no había donde hacerlo. Las cenizas fueron esparcidas en el jardín del camposanto.

Devuelto al psiquiátrico por la amiga de la difunta, Leopoldo María ya no tiene vínculo alguno. Aquella relación ambivalente había acabado para siempre. Está solo y no se acostumbra a vivir sin su madre. Ya lo había pronosticado: la desaparición de ella «sería terrible».[30] La dama, de aparente fragilidad pero absorbente y difícil, según quienes la conocieron bien, ha dejado desprotegido al supuestamente más desvalido de sus hijos. Ha muerto la madre musa: «Ma mère», «A Mi Madre (reivindicación de una hermosura)»…[31]

«A Felicidad Blanc, viuda de Panero, rogando me perdone el monstruo que fui […]. A Felicidad Blanc que acaba de irse», así encabeza su nuevo libro de ensayos, un discurso radical, *Aviso a los civilizados*,[32] recopilación de artículos sobre psiquiatría presentados por Ricardo Cristóbal, partero de la idea. Algunos de esos folios los salvó de la quema el pintor en aquel apartamento de la calle de Churruca y otros fueron localizados en la hemeroteca antes de que el escritor marchase a Mondragón. Ricardo y Leopoldo, muy disciplinado esta vez, pasaron varias mañanas buscando entre los números del semanario barcelonés *Destino*, y a los hallados añadieron, entre otros textos, la conferencia que, aislado por todos, pronunció en la galería Buades bajo el título de «Presentación del Superhombre», modificada para esta edición y ahora titulada «Aviso a los civilizados», que a su vez da nombre al conjunto del volumen.

Iba a ser ilustrado por su amigo Alpasky, pero cuando este se enteró de quién sería el editor prefirió quedarse con los dibujos, aunque a Leopoldo le gustaron. El artista plástico leyó el texto, le resultó muy descriptivo para su trabajo, pero, según él, «no me gusta la sensibilidad de Huerga para el arte».

Ángel Guinda acaba de editar *Cancionero*, de Cecco Angiolieri. En la introducción, el zaragozano sostiene que el poeta de Siena «fue en su tiempo italiano frente al *Stil Nuovo* casi lo que Leopoldo María Panero y Ramón Irigoyen en el nuestro español frente al culturalismo y al esteticismo decadente: una bomba –aunque solo sea de chicle– incómoda, a temer y evitar. Seguir ignorándole comenzaba a ser un

silencio a gritos demasiado insoportable ya».[33] Le envió el libro a Mondragón en un sobre acolchado con el remite de su domicilio particular en Madrid, aunque estuvo dudando si poner el apartado de correos de la revista *Malvís* para no darle pistas. «Es capaz de presentarse en casa», pensó.

El 17 de diciembre, Leopoldo María se fuga del psiquiátrico y aparece en su ciudad natal. En Ibiza, número 35, el portero de la finca le impide el paso. Tiene que llamar por teléfono a Michi, que está clavado en la soledad –su matrimonio duró tres meses– y en el duelo por la muerte de su madre –se ampara en el alcohol–. El hermano menor bajó y en una cafetería del bulevar estuvieron charlando. Leopoldo le pregunta por nombres de amigos. Todos han muerto. Su agenda es como las páginas amarillas del monte de las ánimas.

Al filo de la madrugada del día 20 se cumple el temor de Ángel Guinda. Estaba el poeta solo y recogido en su domicilio de la avenida de Nuestra Señora de Valvanera, número 107, en el barrio de Carabanchel, cuando un timbrazo del interfono filtró la voz densa y desdeñosa de Leopoldo. Había llegado en taxi. En el mutismo de la noche invernal, Ángel oyó sus pasos a lo largo de los cinco pisos del inmueble sin ascensor. Cuando se asomó a la mirilla, el rostro de Leopoldo era el de una aparición más que el de una presencia. Dudó en abrir, pero al fin lo hizo, compadecido y fraternalmente. Apareció el poeta como era de esperar: desaseado y con un olor pestilente, triste, cansado, pensativo y viejo. Traía una bolsa de plástico llena de textos originales, recortes de periódicos y el sobre acolchado donde Ángel le había enviado el *Cancionero*, de Angiolieri, con su remite madrileño. Desde las doce de la noche hasta las seis de la mañana estuvieron de cháchara. Le dijo que se había escapado del manicomio y que había pasado dos días con Javier Gurruchaga, que a su madre la había matado un enfermero asfixiándola con la almohada, delirante hipótesis que luego repitió a mucha gente. Guinda le ofreció algo de comer y aceptó un huevo frito. Cuando se lo sirvió, con un tenedor y un trozo de pan en la mano, Panero solicitó un cuchillo. Ángel se asustó al escuchar aquella palabra porque le vino a la cabeza la escena del vestíbulo del hospital de Zaragoza, cuando por poco lo estrangula. Mientras come de pie, gesticula con el cuchillo y apuñala al aire, recitando frenético a Mallarmé en lo poco que da de sí el salón.

Hacia las tres de la madrugada, Leopoldo se acostó, pero, como estaba en la cama –generosamente cedida la conyugal, la única– fumando y hablando, Ángel era incapaz de conciliar el sueño en el enojoso sofá. Cual niño zangolotino se levantó y a hurtadillas buscó el sobre acolchado. Una vez en sus manos comenzó a echar salivajos en el remite para tratar de borrarlo con la yema del pulgar derecho. Lo restregaba contra una baldosa para eliminar definitivamente aquel

domicilio, escenario de su vigilia.

Leopoldo María se ha colocado un taburete junto a la cama y sobre él un cuenco como cenicero. El anfitrión no pega ojo. Las brasas saltan por encima del edredón. Le visita: «¿Qué tal estás, Leopoldo?». Limpia las cenizas y el cenicero. «¿Te apago la luz?», le sugiere ante la negativa del compulsivo fumador. Son las seis de la madrugada.

Después de levantarse, ya por la mañana, acuerdan un encuentro a las dos de la tarde en la librería Hiperión –Salustiano Olózaga, número 14, sede de la editorial–, Ángel tiene que pasar por el colegio donde trabaja impartiendo clases y Leopoldo tiene que cobrar un talón en la editorial de Jesús Munárriz. Pasados diez minutos de la hora de la cita, Guinda llamó por teléfono a la librería preguntando por Leopoldo María Panero. Tras identificarse, una empleada le dijo que Leopoldo no estaba, que se había marchado porque no era allí donde tenían que abonarle el talón, sino en Ediciones Libertarias. Colgó y, aliviado y loco de contento, salió zumbando a la estación para coger el tren que le llevaría a Zaragoza, donde va a celebrar las Navidades con su familia.

Errabundo, Leopoldo María telefonea desde el café Comercial a Marava para verse. Cuando se encuentran, el poeta le relata sus peripecias y le enseña un talón nominativo que no ha podido cobrar porque ha olvidado su carné de identidad en Mondragón. Tenía intención de sobrevivir con ese dinero en Madrid. A la hora del crepúsculo buscan alojamiento.

Además de ser conocido en las pensiones del barrio de Malasaña, lo que les complica la acogida, una dificultad añadida es la carencia de documentación, que le pone paranoico perdido. A las tres y media de la madrugada del 22 de diciembre, en un estado de aguda embriaguez, decide ingresar voluntariamente en el Hospital General Gregorio Marañón, en la calle del Doctor Esquerdo, número 46. El paciente refiere que reside en una pensión de Malasaña, de donde ha sido expulsado a consecuencia de trastornos de conducta derivados de su actitud etílica. El día de Nochebuena le dan el alta médica y llama a Javier Barquín, con quien nunca perdió el contacto telefónico. Javier no puede verlo porque tiene cónclave familiar. Leopoldo, nocherniego, vagabundea por Malasaña y dos días después vuelve al Psiquiátrico Provincial con la figura descompuesta. Allí le visita Lola Díaz y le lleva un cartón de tabaco.

El 8 de enero de 1991, una ambulancia le traslada al psiquiátrico de Mondragón.

Vuelta a Guipúzcoa y vuelta a la medicación: Leponex –comprimidos por vía oral para el tratamiento de la esquizofrenia–, Colme –gotas para la cura del alcoholismo crónico–… Según Leopoldo, al llegar al hospital le castigaron diez días en pijama y bata sin poder vestirse, en

represalia por haberse fugado.

Regresa a la escritura, a sus columnas de *ABC*, donde sigue duplicando las que puede, y remite una carta a Ibiza, número 35:

> Querido hermano Michi: Yo a mi madre no solo no quería matarla, sino que pretendía curarle el cáncer primero y luego resucitarla, con el boca a boca que es la resurrección del señor de Ballantrae, y que en este caso podía haber hecho efecto. Y a mi madre la quería mucho, y ella lo sabía. Fue el azar y la odiosa política española la que deshizo todo el tinglado. En cualquier caso si alguien me tiene que perdonar es ella, y eso ha hecho desde donde quiera que esté.
>
> Vaya todo esto, que no es ningún rollo, para decirte que no tengo ropa, y que me gustaría comprarme unos pantalones vaqueros, una camisa y una chaquetita vaquera. Si puedes hacérselo saber al hermano Javier Cuesta te lo agradecería infinito.
>
> Nada más y un abrazo para ti y para Juan Luis de
>
> LEOPOLDO[34]

Después de cartearse con él, Olvido García Valdés y Miguel Casado viajan desde Valladolid hasta Mondragón el 22 de abril de 1991. Lo encuentran abatido por la desaparición de su madre, pero vocaliza bien y domina los asuntos prácticos. La pareja va a editar una selección de sus columnas de *ABC* y negocian los derechos con el poeta. Cuando le entregan el diez por ciento de adelanto sobre las ventas en metálico, no ve el momento de abandonarlos. Olvido y Miguel le propusieron varios títulos para el volumen y finalmente entre Leopoldo y ella llegaron al acuerdo de llamarlo *Y la luz no es nuestra*, entresacado de uno de los artículos seleccionados: «Porque no hay otro secreto que la luz. Y la luz no es nuestra. Por lo que un hombre acaba de mendigo, de borracho o de monstruo, es por la luz. Y la luz no es nuestra».[35]

Quien abandona para siempre el mundo de la luz es su amigo y admirador Antonio Blanco, el hermano de Mechita, a los treinta y seis años. El óbito tuvo lugar en Madrid el 5 de mayo. Y el flamante Manuel Llorente dedica un poema sin título a Leopoldo en *Si la palabra fuera un espejo*,[36] aunque el trabajo data de 1988.

Lejos de Mondragón, en Astorga, con motivo de las elecciones municipales, algún aguerrido y jacarandoso mozo provisto de aerosol y buen humor estampó en alguno de los recios y solemnes muros de la episcopal ciudad maragata la leyenda: «Michi para alcalde». El pobre candidato propuesto para ocupar el sillón de corregidor no está para muchos trotes. Si con la muerte de su madre se vino abajo, ahora se ha agarrado a la dudosa hazaña de un nuevo matrimonio con Sisita García-Durán. En junio se inscriben en el Registro Civil de Madrid (Pradillo, número 66); los padrinos son Javier Grandes y Lola Díaz. El enlace lo celebran en Balmoral, bar inglés del barrio de Salamanca

(Hermosilla, número 10, casi esquina con Serrano), de moqueta y maderas nobles, con trofeos de caza entre la botillería, cómodo mobiliario clásico, ambiente selecto. Michi bebe cada vez más si cabe y ejerce de columnista en la prensa.

En Éibar (Guipúzcoa), el pintor surrealista Fernando Beorlegui expone una colección de cuadros en la Casa de Cultura, desde el 6 hasta el 25 de junio. El folleto, firmado por el artista, lleva unas líneas bajo el título «A Leopoldo María Panero», en agradecimiento a una dedicatoria de un libro de poemas que le había hecho recientemente el escritor.

El dibujante y grabador Luis Arencibia, que se ha pasado nueve meses retratando a lápiz a los locos del manicomio de Leganés con el permiso del director del centro y de los propios enfermos, ha acumulado un material desgarradoramente intenso y decide que nadie mejor que un antiguo compañero de infortunios, Leopoldo, le ponga unos textos. Le escribe a Mondragón para proponerle la colaboración y el interno contesta de inmediato:

> Estimado amigo Luis Arencibia:
>
> He recibido su amable carta, y he de decirle que estoy muy interesado en el proyecto que le anima. Me gustaría ver algunos de los cuadros, si es posible, con la intención de redactar el texto que me solicita. Nada más y un gran abrazo de
>
> LEOPOLDO[37]

Arencibia, que había conocido al poeta en el pub leganense La Rata Está Debajo de la Lata, recogió su carpetón lleno hasta reventar y, como un maletilla, se fue hacia el norte. El 26 de junio se presentó en el otro manicomio. Panero no se acordaba de Luis Arencibia, pero de los que se acordó perfectamente con nombres de pila y apodos fue de los enfermos que hacía diez años que no veía. Los reconoció a todos y por su semblante circuló la emoción, o quizá la nostalgia.

Salieron del hospital y, en coche, fueron hasta Irún para sacar dinero del banco –Leopoldo cobraba una pensión de la Seguridad Social de sesenta mil pesetas–. Pero, cuando viajaban por la autopista, Leopoldo María empezó a quejarse, se ahogaba, según decía. Luis Arencibia miró a su derecha y observó que, inadvertidamente, se había enroscado el cinturón de seguridad del automóvil al cuello y luego lo había enganchado. Tuvo que parar en el arcén y deshacer aquel lazo de horca.

En Irún, extrañamente digno, le dijo a Arencibia que iba a sacar diez mil pesetas a fin de no sablearlo. Sin talonario ni tarjeta solicitó la cantidad deseada. Cuando el empleado le hace entrega del dinero, Leopoldo María, receloso, le dice a su acompañante en voz alta: «Estos son unos ladrones». La clientela allí presente atendía con cara de

asombro. «Dime todo lo que tengo», le ordena al cajero. Después de ser comprobado el saldo y comunicárselo al insolente titular, este exige de nuevo: «Pues dámelo todo, que me lo llevo». Como ya era conocido, salió el director de la sucursal a convencerlo para que dejase las cincuenta y tres mil pesetas restantes en la cuenta, porque, según el afable señor, le podrían hacer falta. «No, no, me lo llevo todo. Además, aquí sois todos unos ladrones», balbuceó tozudo. Según le entregaban el dinero lo iba guardando en el bolsillo. Pero el forro lo tenía roto e iban saliendo billetes por la parte baja de la pernera del pantalón. En cuclillas y ante el alelamiento general, Luis y Leopoldo recogían el botín agachados como en una secuencia de película negra. «Ladrones, estafadores, hijos de puta», reiteraba el literato.

Una vez en la capital donostiarra caminaron por el paseo de La Concha, donde Panero dio rienda suelta a su uretra. Nada ni nadie le arredra. Allí donde las ganas le apremian, echa mano a la bragueta. A la hora del condumio se metieron en el Casco Viejo y en un restaurante degustaron unos espárragos en dos salsas. Las manos del poeta no dieron tregua. Rebañaba con los dedos el líquido, ante la mirada horrorizada del resto de los comensales. «Pero ¡coño, Leopoldo. Coge la cuchara!», le pide Luis. «No, no. Así se come mucho mejor y además yo como así en el manicomio», contestó con la boca rebosante de fibras. Acabado el primer plato, una gentil señora salió de detrás de la barra con una toalla colgando del brazo y retiró la bandeja de Panero. Con la toalla le limpió la camisa, los pantalones, la comisura de los labios y la barbilla; todo. Él, agradecido, se dejaba hacer como un niño. El pasmo en torno subía. No comió más. Pero enseguida se levantó para ir al servicio. Como el baño estaba ocupado, la emprendió a puñetazos y patadas contra la puerta. Aquella bronca llegó al comedor. Cuando salió de hacer sus necesidades y habiéndose percatado de que todas las miradas se centraban en él, Leopoldo María se dirigió a la gente y masculló: «Perdón, es que tengo incontinencia urinaria».

Después de comer se sentaron en una terraza junto al casino. Luis se quedó solo durante unos breves momentos porque Leopoldo había cruzado al quiosco de enfrente para comprar una revista literaria. Pero sobre la marcha cambió de opinión y se presentó en la mesa con una publicación gay. Con gran despliegue gestual, el escritor empezó a comentar las fotos de la revista, mientras sus vecinos de café no perdían ripio. «Fíjate, mira este, Luis...» En las páginas centrales se obsequiaba a los lectores con un póster desplegable a todo color de un efebo en plena erección, lo que le dio motivo para abrirlo y mostrarlo a todo el que se cruzaba con él.

Abandonaron la terraza, no sin alboroto, y se metieron en una librería. El poeta, que buscaba algo concreto, subió a una escalera para

hurgar entre los anaqueles más inalcanzables. Y desde las alturas, a voz en grito, le largó a su compinche: «¡Luis, manga lo que puedas!». Arencibia, sin saber dónde meterse, lo sacó con celeridad del local. De vuelta en Mondragón, antes de devolverlo al psiquiátrico, realizaron una ronda por las tascas del pueblo, donde Leopoldo exhibía dichoso el póster del efebo.

El 7 de julio se terminó de imprimir *Y la luz no es nuestra*,[38] con una tirada de trescientos cuidados ejemplares numerados. El libro recoge cuarenta artículos de Leopoldo María publicados en ABC, excepto «Acerca de la literatura», que salió en *El País*.

Leopoldo ya tiene listo el texto sobre los dibujos de locos que realizó Luis Arencibia. El 12 de julio se lo envía a Madrid.

Algunos miembros del taller Arteleku,* en Martutene, se presentaron en Mondragón para pedirle a Leopoldo que diera un recital de poesía. Yolanda Forcada, que trabaja en *La voluntad residual*, taller que lleva el escultor Pepe Espaliú en Arteleku, come con Panero. Algo después fue invitado a participar en el *carrying* en homenaje al escultor cordobés, enfermo de sida. Leopoldo y Yolanda, de pareja, transportaron a Espaliú por las calles donostiarras. Sentado sobre los brazos entrecruzados del par, el escultor abrazaba los hombros de ambos para sujetarse. Así se sucedieron diversas parejas de voluntarios.

Arencibia viaja de nuevo a Mondragón el 18 de octubre. Leopoldo propone titular el libro *Escenas sin personajes*. Está deprimido. «Esto no es vivir. Estoy en el infierno», le dice a Luis a la vez que le entrega el original de un nuevo poemario que ha concluido y que se llama *Orfebre*. Es para que se lo haga llegar a la editorial Visor. «Yo estoy loco, pero no soy un monstruo. Soy el elefante blanco», remata. «Ahora no tengo a nadie que vele por mí, tú eres mi esperanza. Escríbeme, escríbeme. Ven a verme», despide afligido al dibujante en la puerta del frenopático.

Corre noviembre y el día 8 el poeta le pone unas letras al pintor surrealista de Éibar.

> Querido Beorlegui: ya ves que sigo aquí. Creo que me voy a Zaragoza a fines de este mes, pero mientras tanto estoy aquí: aburrido y cada vez más solo, por culpa del confinamiento y de la soledad. El artículo que mandé a *Guadalimar* me fue devuelto: paradero desconocido. No sé si es que *Guadalimar* ya no existe o que Juan Manuel Bonet, a cuyo nombre lo envié, ya no trabaja allí.
>
> Me entretengo estudiando psicoanalíticamente mis erratas, como Freud en *La psicopatología de la vida cotidiana* (el olvido del nombre Signorelli).
>
> Gracias por lo de la ropa: afortunadamente tengo algo de dinero de los atrasos de la pensión de orfandad, y me ha dado para comprarme un chaquetón.
>
> Viva el surrealismo y el derecho a la locura!
>
> Viva la subversión del sentido y abajo la filosofía! Porque la razón falta a la razón.
>
> Nada más y un gran abrazo de

Panero trata de descifrar algunos enigmas sobre su literatura y vuelve a discrepar de su prologuista en las poesías reunidas de Visor: «Contra lo que afirma el profesor Eugenio García Fernández, en su prólogo a mis poesías completas, mi literatura no es inocente: es una locura repleta de trucos: la muerte y la locura no son aquí sino dos recursos poéticos más».[40] Su labor continúa en la columna de *ABC*, donde Leopoldo trata de aclarar, en la misma onda, incógnitas que no quiere llevarse a la tumba. Prefiere hacerlo él y no que se encarguen otros póstumamente.

Con motivo del centenario de Rimbaud, Andrés Trapiello escribe sobre Verlaine y propina un correctivo a Panero:

> Hace solo unos días, en esta traca de festejos, el malditista Leopoldo María Panero despachaba a Verlaine con estas palabras: «Nada más que un borracho». Se conoce que le dolía que Verlaine se le hubiera, también en eso, adelantado.[41]

Aunque no fue bien encajado por los amigos del poeta, el prolijo y prolífico escritor leonés volvió a la carga de forma más feroz. Sin citarlo una sola vez traza su retrato:

> Durante los años setenta entre muchos artistas y literatos más que la soledad estuvo prestigiada la locura [...]. En el Madrid de esos años había alguien que se llevaba la palma. De vez en cuando se marchaba a París. Allí deambulaba por las calles comiéndose los esputos que encontraba pegados al suelo. Se los comía no por gusto, sino por fantasía, y cuando le invitaban a una casa, se la sacaba. Cualquier rincón le parecía un mingitorio. Los anfitriones solían dar palmadas de entusiasmo y le alentaban a sus patéticas extravagancias: «Hay que ver cómo es fulano. Qué cosas tiene. Qué bárbaro, cuánto talento». Hablaba una jerga curiosa. Decía cosas como: «Es por eso por lo que el deseo es rizoma».
>
> Coincidí con él en una cena [...]. Pidió espárragos con mayonesa y luego se sacó un libro del bolsillo trasero como quien tira de una novelucha del oeste. Lo abrió por la mitad y se puso a leer. No le molestaban las conversaciones cercanas ni el griterío del restaurante, porque al poco rato empezó a subrayar en el libro como un furioso. Le importábamos todos un rábano. Yo creo que para entonces estaba ya bastante trastornado. Se empeñaba sobre todo en aparentar que «aquello» le interesaba o le intrigaba tanto como una trama policiaca. «Aquello» era un manual de física cuántica. «¿Qué estás leyendo?», pregunté. Respiró con alivio. Se conoce que había empezado a desesperar de que nadie le hiciera una pregunta tan elemental. Fue entonces cuando me enseñó el libro de física cuántica [...]. Me dijo también el título en un inglés no menos cuántico que las fórmulas y siguió leyendo hasta que el camarero le puso los espárragos delante. Entonces tomó del plato uno con estudiada indiferencia, lo metió como señalador en la página que estaba leyendo en este momento y cerró el libro. Se le veía satisfecho de convivir con esos minúsculos y geniales despistes suyos. Acto seguido se puso a conversar. No se dirigió a nadie en especial. Al aire, a las bombillas del techo, si acaso, es decir, al universo. A los cinco minutos no se hablaba de otra cosa en la mesa que de aquel espárrago de mi vecino. Hoy está

> en el manicomio. Al terminar la cena, aplicó los principios de física cuántica, se hizo el sueco y no le tocó pagar nada. Incluso vi que vació en su bolsillo el platillo de las propinas. Ya dije antes: una locura a su medida.[42]

No sabemos si Trapiello trató de zaherir a Panero, no sabemos si todavía no le ha perdonado aquel par de galanterías lúbricas que le soltó a su mujer en los setenta, si bien es cierto que él nos aseguró no tener ningún interés en figurar como el principal demoledor del poeta.

Cuando agoniza el año 1991, Javier Barquín hace otra vez de introductor de embajadores y acompaña a un equipo de Televisión Española a Mondragón. Quieren grabar con el escritor para engrosar un espacio llamado *Buscarse la vida*.[43] Después de la grabación, Javier estuvo charlando con él en un banco del jardín del manicomio, mientras los locos erraban como espectros. Luego fueron a comer al pueblo y Barquín también tuvo que mediar con la producción del programa para que le pagasen un dinerito que su amigo no dejaba de reclamar.

El «Señor de Mondragón» recibe el 15 de febrero de 1992 al Colectivo Leopoldo María Panero, acompañado por Luis Arencibia. Están perfilando un trabajo sobre él, que pronto verá la luz. Como la vio *Jardí enfonsat*,[44] de Teresa Pàmies. Una obra en catalán sobre un viaje que la autora hizo a Astorga para conocer algunos de los escenarios donde se desarrolló la vida de los Panero, fascinada desde que vio *El desencanto*. Por tanto, el jardín hundido es el del caserón de Leopoldo Panero, donde se suceden parte de las confesiones de Felicidad o de Michi y Juan Luis en el filme de Chávarri.

Leopoldo María se desplaza hasta Madrid, con permiso de la dirección del psiquiátrico, para intervenir en un programa de Antena 3 Televisión, *Sabor a Lolas*, algo impensable para él hace años. Sobre las diez y cuarto de la noche del 12 de marzo, en el programa de Lolita y La Faraona, apareció Leopoldo María Panero e inició un monólogo. Mientras fumaba, comenzó por Ginsberg y la poesía *beat*, habló de la locura, de la heroína, de Lola Flores, de la homosexualidad; acompañado por unas Coca-Colas leyó «Inédito de *El último hombre*» e «Himno a la corona de España», disertó sobre la convalecencia de don Juan de Borbón en Pamplona (aseguró no tener nada que ver con ello), de su caso, comparándose con Dreyfus… Una intervención insólita en aquel espacio.

Regreso al norte. Se hunde en la sórdida rutina.

## 14. EL MONSTRUO (1992-1996)

A veces me dejo manipular por la gente. No me importa, me aguanto. Estoy tan solo…

Con el manicomio de Leganés como escenario se festeja el libro *Los ojos de la escalera*,[1] del Colectivo Leopoldo María Panero. Quizá en homenaje a aquellas noches incómodas en que tuvo que dormir en la escalera del portal del número 21 de la avenida de Fuenlabrada por haber extraviado las llaves del piso. Ilustrado con fotos de Ricardo Pachón sobre la estancia del poeta en el psiquiátrico de Santa Isabel, el libro lo componen varios poemas, un breve texto de Luis Arencibia, un trabajo de Milagros Polo –profesora de literatura contemporánea en el departamento de Filología III de la Universidad Complutense de Madrid– y otro de Francisco Sierra Caballero –periodista y miembro del colectivo–. Se incluye el escrito desconocido –muy a lo Capote– «A sangre fría» y el poemario inédito *Heroína y otros poemas*, del homenajeado, aunque, casi a la vez, este último apareció en volumen aparte, con entidad propia;[2] libro con avatares extraliterarios más que borrosos.

El original llegó a manos de Jesús Munárriz, propietario de Hiperión, pero Leopoldo, quizá debido a una oferta más sustanciosa, le llamó para que lo pusiera en manos de Antonio Huerga, de Libertarias. Así lo hizo Munárriz. Sin embargo, el 3 de marzo de 1992, el autor se dirige por carta al Centro del Libro y la Lectura, del Ministerio de Cultura, y les explica:

> Muy señores míos:
>
> Habiendo pasado por un brote esquizofrénico, me decido a escribirles para decirles que el libro que en medio de mi locura entregué a Antonio José Huerga Murcia, que no me paga mis derechos de autor y hace ediciones ilegales, se lo he entregado a Carmelo Martínez, de Prodhufi S. A., con el fin de que lo edite. El título del libro es *Heroína y otros poemas* y es un viaje imaginario por el mundo de la droga.
>
> Nada más y mis respetuosos saludos de
>
> Fdo.: Leopoldo María Panero – Sanatorio de Santa Águeda, Sección Hombres – Apartado 113 Mondragón (Guipúzcoa).*

Y adjunta la siguiente misiva, de la que envía copia a su editor:

> Odiado Antonio José Huerga Murcia: en el Ministerio de Cultura me piden

que te certifique que el libro *Heroína y otros poemas*, por haber sido firmado en condiciones de enajenación mental transitoria y en el Manicomio de Mondragón, no tiene validez legal alguna. El libro por tanto lo cedo a Prodhufi, esta vez seguro, por cierto estoy al borde del alta manicomial.

Queda el rollo del impago de derechos de autor que tendrá que arreglarse como sea, por ejemplo yendo a pleito y averiguando por las erratas todas las ediciones ilegales que has hecho.

Nada más y un saludo de

Fdo.: LEOPOLDO MARÍA PANERO

No obstante, después de toda la controversia –había un enconado contencioso entre Prodhufi y Huerga–, el original acabó publicándolo Antonio Huerga.

A finales de marzo se acaba de imprimir *Cartapacios de Lucerna*,[3] libro conjunto de tres poetas vascos: José Luis Pasarín Aristi, Mariano Íñigo y Adolfo Marchena. Panero firma la presentación de la obra.

Cada vez que sale un nuevo volumen de Leopoldo, el manicomio se convierte en un lugar de peregrinación para la prensa. Manuel Llorente –aquel poeta que le dedicó unos versos en su primera obra, *Si la palabra fuera un espejo*– le visita para entrevistarle. Aunque tiene terror a la jeringuilla, Leopoldo explica que ha escrito *Heroína*… «con el fin de ganar dinero y haciendo un libro comercial. Yo nunca he creído que la heroína fuese un defecto. Si eres adicto, sí. Pero picarse de vez en cuando uno sin llegar a ser adicto no tengo ningún inconveniente». Y reitera una vez más: «No me gusta el maldito como mito biográfico; lo que me gusta es la poesía maldita, la poesía macabra y extraña, como Nerval, como Wallace Stevens».[4] Antonin Artaud, casi cinco décadas atrás, subrayó en Rodez: «Un poema que no viene del dolor me fastidia; un poema hecho de todos los sufrimientos del ser consigue siempre algo más que fastidiarme: me exaspera. No me gustan los sentimientos de lujo, no me gustan los poemas del alimento, sino los poemas del hambre».

Desde otra entrevista donde se queja de la falta de cariño desde la muerte de su madre –«Ni siquiera Maraba, que es mi novia, me quiere»–, lanza un mensaje a la que fue su adorada lustros atrás, Mechita:

La verdad es que no me gusta que la gente me entienda. Yo prefiero la oscuridad. Sí me gustaría que me entendiera una mujer en concreto, Mercedes Blanco, de quien estuve enamorado hace mucho tiempo en París, y que cuando me dejó empecé con todo este rollo de la muerte y el alcohol.[5]

Leopoldo vuelve a escribir a Éibar, al pintor Beorlegui, a quien, cada vez que tiene ocasión, le suelta un manojo de ocurrencias:

Querido Fernando: ya tengo nuevos chistes, y me acuerdo mucho de ti. Estoy castigado, por una borrachera, hasta el 4 de mayo, pero a partir de esa fecha

podíamos vernos. Mi «agresividad reprimida» ha mejorado notablemente, y mis versos son algo más puros. ¿Leíste la última entrevista que me hicieron en *El Mundo*? En la foto no estaba mal del todo, pero los años no pasan en balde. Uno de estos días podíamos ir al cine en San Sebastián, el otro día estuve allí y vi *Captain Hook*, divina por cierto.

Yo me siento como el viejo repugnante que anida tras la peluca del Capitán Garfio, obsesionado por el buen tono. ¿Te gusta Bataille? *La experiencia interior* es un buen libro por cierto, compara la risa y el éxtasis. Tengo un libro de poemas nuevo, dedicado a la heroína, que me gustaría darte, se titula *Heroína y otros poemas*. *Piedra negra o del temblar* saldrá dentro de poco, y es aún más atroz *Y es como una sinfonía la música del acabamiento*, etcétera.

Un fuerte abrazo de

LEOPOLDO[6]

Su otro potencial editor, el libertario Prodhufi, vuelve a imprimir *Dos relatos y una perversión* con otro título, *Palabras de un asesino*,[7] con un nuevo prefacio del autor.

Con motivo de la presentación de una obra reciente, el 5 de junio Panero recibe un homenaje en el Ateneo madrileño. Acompañándole viaja para cuidarlo el también poeta vitoriano José Luis Pasarín, director de la revista de literatura *Amilamia*, donde colabora Leopoldo.

En el salón de actos del Ateneo se presenta *Piedra negra o del temblar*.[8] Tomaron la palabra Miguel Casado, Juan Carlos Suñén, Antonio Martínez Sarrión, Pasarín y el propio autor. Las intervenciones estuvieron moderadas por el catedrático de la Universidad de Valencia, poeta y ensayista gaditano Jenaro Talens. Leopoldo, extrañamente sereno, pidió del orden de diez botellas de agua mineral con gas y se fumó dos paquetes de cigarrillos en hora y media. En pleno debate, cuando era él el centro, se levantó y fue a comprar tabaco a la calle, para volver después de veinte minutos.

*Piedra negra...* es un libro homenaje a la mujer sobre la que escupió y a la que ahora ama. El poema «Territorio del cielo» está dedicado «al misterio de mi madre», «Piedra negra» también homenajea a la autora de sus días y otro lleva por título «Aparece nuevamente mi madre, disfrazada de Blancanieves». «La fábula de la cigarra y la hormiga» va destinada al auxiliar del psiquiátrico Antxon La Hera, «con el afecto y las disculpas de Leopoldo» y unos versos finales para «el hermano Javier Cuesta, con el extraño afecto de Leopoldo». También incluye los versos, ya pulidos, que le envió a Marava entre las líneas de una carta de 1987, el poema con el encabezamiento «XIX»: «Dime ahora, payo al que llaman España / si ha valido la pena destruirme».

Como tiene la impresión de que ha estado haciendo una poesía cursi, sin sentido, se tira de cabeza al discurso escatológico. En *Piedra negra...* salpica de crudos términos prácticamente todos los poemas: *heces*, *mear*, *retrete*, *orina*, *pus*, *escupí*, *semen*, *gusanos*, *moscas*, *culo*, *ano*, *excremento*, *bilis*, *lepra*, *baba*, *esperma*. Como su venerado Artaud, que

utilizaba el excremento de forma revulsiva porque es objeto de máximo repudio, tabú, por parte del pensamiento y de la escritura occidental.

Cuando terminó el acto del Ateneo, Pasarín y Panero se marcharon a un hotel cercano, frente a las Cortes. A las cinco de la mañana, Leopoldo, en vela, se acercó a la habitación de José Luis para decirle que no podía dormir. Salieron a tomar un café y pasearon hasta el Retiro. En aquella noche inacabable de deambular por las calles de Madrid terminaron en un bar, donde se pusieron a escribir un poema conjunto, pero sin conocer uno el verso precedente del otro, lo que los surrealistas llamaron «cadáver exquisito», una manera de ligar el subconsciente de uno con el del otro.

Después de la noche de insomnio, visitaron en compañía de Luis Arencibia la Feria del Libro, donde también circulaba una nueva obra de Leopoldo, la titulada *Locos*,[9] ilustrada por Arencibia. El editor Javier Parra apareció por el taller de grabación donde trabajaba Luis, vio los grabados y quedó prendado, con lo que aceleró el libro. El trabajo que durante nueve meses –tres días a la semana, de cuatro a seis de la tarde– realizó el pintor en cincuenta retratos a lápiz, ha quedado sintetizado en doce planchas al aguafuerte con resinas y trazos con punta seca y doce dibujos. En palabras de Leopoldo, Luis Arencibia dio línea y contorno al abismo. El pintor, que no vivía lejos del viejo hospital de Leganés, había quedado impresionado por los rostros de los enfermos y sus expresiones deformadas, por sus ojos y el drama que transmitían. Con el permiso de los crónicos, los retrató al natural. Una enferma le pidió una fotocopia del dibujo y ella misma coloreó sus labios porque así dijo sentirse más guapa.

Además de la introducción de Leopoldo María Panero, la edición incluye el cuento «La substancia de la muerte», seis poemas y la entrevista que le hizo Eneko Fraile para la revista *Quimera*.

El catedrático Jenaro Talens, buen conocedor de la obra, recibe el encargo de la edición de una selección poética (19681992) de nuestro biografiado, *Agujero llamado Nevermore*,[10] en una editorial dedicada a los clásicos españoles de todos los siglos. Leopoldo es el primer poeta nacido tras la guerra civil al que la prestigiosa Cátedra incluye en su colección de Letras Hispánicas. «Agujero» es, en términos lacanianos, la locura; «Agujero llamado Nevermore» sería «Locura llamada Nunca jamás», en clara alusión al poema de Poe «El cuervo» –«Quoth the Raven, "Nevermore"»–. «Agujero en el colmo del dolor», escribía en el soneto «La segunda esposa» de *Teoría*, «El agujero que ha muerto se / despliega como una sábana para / no poder dormir…», dejó escrito en «La linterna china» de *Narciso*.

La revista *Poesía*,[11] junto a «Un Coup de dés» de su querido Mallarmé, publica con una bella y cuidada presentación «Once

poemas», de Leopoldo María Panero. En Francia, la publicación *Les Cahiers Bleus*[12] dedica unas páginas a «Poètes d'Espagne. Poésie du silence», donde incluyen dos poemas de Leopoldo, uno de *El último hombre* y otro de *Los poemas del manicomio*…, traducidos por Marcel Hennart, un anciano de más de setenta años, bibliotecario en Bruselas.

También en Francia, el 29 de agosto, a los sesenta y dos años y de una crisis cardiaca, muere el pensador y miembro de la escuela freudiana de París Félix Guattari, aquel a quien Panero dejó una bolsa de basura detrás de unas cortinas de su casa.

En *El País* aparece una entrevista a doble página con dos fotos de Leopoldo, una de ellas muy llamativa: entre rejas –a cinco columnas y a toda página–. Aquello cayó como un jarro de agua fría en la dirección del Sanatorio Psiquiátrico Hermanos San Juan de Dios y el director de cine Ricardo Franco, después de leerla, pensó: «Qué película tiene este cabrón». Le dio vueltas a la idea durante diez minutos, recortó la entrevista y la guardó. En ella Panero declaraba querer cambiar de psiquiátrico: «Me iría al manicomio de Leganés, donde tengo amigos y hay psiquiatras más modernos».[13]

El 9 de octubre, ante más de un centenar de personas, Leopoldo María Panero ofrece una charla titulada «Practicar la poesía» en el salón de plenos del Ayuntamiento de Éibar. Junto a él, en la mesa, está el pintor Beorlegui. El acto acabó convertido en un recital de poesía.

Uno de los amigos de Leganés, Luis Arencibia, viaja otra vez para encontrarse con Leopoldo. Mediado octubre y acompañado de Javier Parra, el editor de *Locos*, se presentan en Mondragón, lo sacan del hospital y pasan el día en San Sebastián. Al irredento poeta le produce una alegría enorme ver otra vez a Luis y, en un momento de alta tensión emotiva, le hace un ruego muy especial: «¿Por qué no me adoptas como hijo y me llevas a vivir a Leganés? Michi no me quiere».[*] Aquellas palabras retumbaron posándose en el corazón de Luis. Leopoldo, que tiene idealizada su estancia en Leganés, piensa que va a encontrar el Madrid que dejó e imagina que va a revivir viejas gestas. Ya lo dijimos: el Madrid de su época es un reguero sembrado de cadáveres: José Ramón Rámila, Eduardo Haro Ibars, Poppy, Antonio Blanco, Carlos Castilla, Marta Sánchez, María Nolla, Diego Lara… Apenas sobrevive él. La correosa salud del loco.

En los estudios centrales de Antena 3, en San Sebastián de los Reyes (Madrid), se graba la serie *Al límite*, dirigida y presentada por Elena Ochoa. En el espacio, titulado *Más allá de la razón*, participan en el debate Carlos Castilla del Pino, Juan José Millás, Ana María Matute y Leopoldo María Panero. Se graba por la mañana con técnica de directo para emitirlo por la noche. Arranca el coloquio: «Buenas noches», dice Ochoa. «¡Buenos días!», responde Leopoldo. Ochoa, sorprendida, insiste: «Buenas noches». Leopoldo todo serio: «Pero bueno, esto qué

es, ¿un diálogo de besugos? ¿Qué pasa… que estamos locos o qué?». Ochoa, absolutamente desconcertada, pasa a otro asunto.

El año se precipita: Luis Rosales, unido por el alcohol, la lírica y la ideología falangista inicial a Leopoldo Panero, muere el 24 de octubre a los ochenta y dos años. El hombre que tantos desvelos causó a Felicidad Blanc tras su boda, según el testimonio de ella, se ha ido también.

El 27 de noviembre se presenta en el centro cívico El Campillo, de Vitoria, *Cadáveres exquisitos y un poema de amor*,[14] de Leopoldo María Panero y José Luis Pasarín Aristi. Libro que, iniciado una noche de insomnio en Madrid, remataron en distintas ocasiones en la penumbra del bar Biona –en un pueblo vecino de Mondragón–, donde trabajaba de camarera Pili, a quien Pasarín dedica el poema de amor. A la par, la firma de Panero aparece en el prólogo del volumen de poesía de dos auténticos fans suyos: Antonio Lorente Solano y José Hurtado Paredes –«que me devolvieron mi yo»–, autores de *Como limón seco*,[15] un libro donde aparecen seis poemas iniciados con citas de Leopoldo.

Convertido ya en un hombre multimedia, el 17 de diciembre participa en el programa *Riffi-Raffe* de la Euskal Telebista, la televisión autonómica vasca. Dirigido y presentado por Antxon Urrusolo, el espacio estaba dedicado a la convivencia del loco con sus familiares.

El año de los fastos patrios, 1992, fue el periodo literariamente más fructífero desde su internamiento. Él también tuvo su 92. El balance no puede ser más halagüeño: dos poemarios, otros dos en colaboración, traducciones al francés, dos estudios sobre su obra, una antología, una reedición, dos prólogos y un ramillete de poemas en una prestigiosa revista, además de colaboraciones en distintas publicaciones.

La muerte, el 5 de enero, del altivo y provocador Juan Benet, lector de los no menos insolentes Henry James y William Faulkner, marca el comienzo literario del año 1993. Muy alejado, en las antípodas casi, del universo Panero, el autor de *Una meditación*, después de haber tenido un encuentro con el poeta a finales de los setenta, le llegó a confesar a su amigo Antonio M. Sarrión: «Oye, ¿sabes que este Leopoldo, que yo creía un fantasma, tiene una inteligencia excepcional?». A lo que añadió: «Este "maldito", ya lo verás, nos enterrará a todos». No andaba errado.

En declaraciones a una periodista,[16] Leopoldo María reitera de nuevo que su manicomio preferido es el de Leganés. Su hermano mayor regresa a los escaparates con *Los viajes sin fin*, y el pequeño, Michi, ve la tele como trabajo alimenticio: ha de rellenar unas líneas para su columna periodística. Un día, después de ver el documental *La canción del condenado* en Televisión Española sobre la pena de muerte, telefoneó a su autor, Ricardo Franco. Michi se deshizo en elogios hacia

el director de cine. Escribió una columna en *Diario 16* y le volvió a llamar para proponerle hacer una segunda parte de *El desencanto*. Franco no quería hacer exactamente una segunda parte, pero existía algo en esa familia sobre lo que le apetecía muchísimo trabajar. Le dijo que si había alguien que debería hacerla sería Chávarri. A lo que Michi, alborotado, entre improperios farfulló: «Jaime no hace más que hacerse pajas en su casa». Tras un intercambio de pareceres, Ricardo le dijo que tendría que hablar con Chávarri y preguntarle si él tenía interés. Colgó.

Franco llama a su amigo y colega, el director de *El desencanto*. Jaime le cuenta que hacía una semana que Michi le había propuesto lo mismo, pero le respondió que tenía que pensarlo y hablarlo con el productor Querejeta, porque, de no ser con él, Jaime no la quiere hacer. Lo contrario que le pasa a Ricardo, que, pese a su buena relación personal con Elías Querejeta, tiene una concepción distinta del trabajo. A Jaime Chávarri le había sugerido Michi hasta el título: *El desconcierto*. Ricardo Franco le explica que es una película suya y que tiene que pensarlo. El director de *Pascual Duarte* vuelve a llamar a casa de los Panero. Michi, enfurecido, empezó a bramar contra Chávarri, a lo que Franco le contestó que no contara con él. Dos horas más tarde Jaime telefonea a Ricardo: «Son tuyos, para ti y para siempre». Michi le acababa de llamar y le había traído a la memoria lo mal que lo pasó durante el rodaje en Astorga. Chávarri no sabe ni cómo se le ha pasado por la cabeza volver a trabajar con ellos.

Dos semanas después, los dos directores se citan para comer. La madre de Franco está muriéndose y él cree que es una buena oportunidad para reflexionar sobre la enfermedad y la muerte, puesto que los Panero han quedado también huérfanos de madre; desea transmitir en celuloide esas sensaciones que él mismo está percibiendo. Además, le une a los Panero el estrato social y cultural de las dos familias. Ricardo es sobrino del filósofo Julián Marías.

Dispuesto a llevar a cabo el proyecto, Ricardo Franco solo tiene que convencer a sus amigos Imanol Uribe y Andrés Santana para que le ayuden y produzcan el filme.

Salvadas esas barreras, el director comenzó a documentarse y a buscar la bibliografía de los hermanos mayores. Como hay ciertos títulos que son inencontrables, una amiga de Ricardo le recomendó a un joven fascinado con la familia; un muchacho de veintiséis años, con buenos ascendientes, de clase media-alta de la madrileña calle de Serrano. Miguel Albero Suárez,* así se llama, había aprobado la oposición para ingresar en el Cuerpo Diplomático. Él, entregado al proyecto, va a ser el vehículo que Ricardo utilizará para seguir contando la historia de los tres hermanos. El personaje de Miguel, el joven admirador de los Panero, será la figura a través de la cual

Franco va a contar la historia.

En San Sebastián, desde el 5 de marzo hasta el 5 de abril, la sala de exposiciones Garibai muestra una colección de cuadros de Fernando Beorlegui, cuyo folleto de presentación lleva un texto de Leopoldo titulado «Pintura e Idea».

En primavera, Ricardo e Imanol Uribe se entrevistan en Torroella de Montgrí con Juan Luis, quien no está muy por la labor y han de convencerlo. Al final, la única condición que pusieron los hermanos fue la de no ser entrevistados juntos, ni siquiera saber qué decían los otros.

A Mondragón viajaron el director y Andrés Santana. Leopoldo, deseoso de visitas que le saquen del hospital, los llevó al mejor restaurante para comer langostinos y un solomillo. Como siempre, sin mesura, las cáscaras hacían vuelo rasante sobre la mesa. Santana quedó fascinado ante el personaje que tenía enfrente y regresó a Madrid con el afán de empezar a filmar inmediatamente.

Entretanto, en los últimos días de abril y en la ciudad natal del padre de los tres protagonistas se celebra un congreso nacional sobre la Escuela de Astorga, formada por el grupo de hijos de la ciudad Juan y Leopoldo Panero, Ricardo Gullón y Luis Alonso Luengo.

Cuando Ricardo Franco va a empezar a rodar con Miguel Albero, la desgracia se cierne sobre este. Además de fallecer su padre, en la mañana del 21 de junio bajó a comprar el periódico y en la misma calle de Serrano se encontró con el estallido de un artefacto colocado en un coche por la organización terrorista ETA. La metralla le dejó al aire la tibia izquierda. A ochocientos metros, en la calle de Joaquín Costa y una hora antes, había hecho explosión otro coche bomba que redujo a cenizas la furgoneta en la que viajaban seis militares y un civil. Murieron los siete.

Pospuesto el rodaje con Miguel, el equipo dirigido por Ricardo Franco filma con Juan Luis en el Ampurdán. Después, en el montaje, selecciona los fragmentos que le interesan y posteriormente rueda las imágenes complementarias que necesita. Simultáneamente, en el mundo editorial, Jorge de Cominges publica *Tul ilusión*,[17] una novela donde evoca las visitas que le hacía a Leopoldo en la Clínica Psiquiátrica Residencia Pedralbes. Raimundo Vázquez, trasunto de Leopoldo María, es un precoz poeta internado en un establecimiento psiquiátrico de Sarriá, mantiene unas ambiguas relaciones con su madre, Soledad Díez, musa de poetas en su juventud y centro de una pequeña corte de amigos de su hijo, casi todos homosexuales como él. Aunque Pere Gimferrer quería que suprimiese el capítulo donde aparece el mencionado pasaje, Cominges se negó a hacerle caso.

Otro escritor a quien el personaje de Leopoldo María le inspira la composición de un poema es Ángel Francisco Casado, autor de *Poeta*

*en Astorga*, separata de la revista literaria *Fuenteencalada*.[18] «Apuntes para un desconsuelo» se inicia con una cita de Leopoldo y a él va brindado.

Dirigido por Ricardo Gullón, aparece en dos gruesos volúmenes el *Diccionario de literatura española e hispanoamericana*, donde figura Leopoldo María Panero precedido de su hermano mayor, de su padre y de su tío.

Perdido el contacto con Luis Arencibia, Leopoldo quiere saber del pintor y decide escribirle:

> Querido y recordado Arencibia:
>
> No sé qué te ha pasado conmigo, ni qué es de tu vida. Yo voy a rodar una película con Imanol Uribe, este mes que viene y me gustaría verte antes o después. Me gustó mucho tu libro *El discurso del cuerdo* y sobre el de Jesucristo podría hacer algo, un prólogo o algo así. Para el libro de cuentos de terror nuevo que le propuse a tu editor, habría que localizar a Ignacio Fontes de Garnica, que tiene uno de ellos; la dirección de Ignacio es [...]. Nada más y un abrazo de
>
> LEOPOLDO[19]

Organizadas por el colectivo Procusto y la revista *Baitypi*, el 28 de junio Panero participa en unas jornadas sobre «La Escritura» en San Sebastián. El mismo que no medía los versos ofreció una conferencia leída que llevaba por título «Acerca de la escritura». En Madrid, la dirección del diario *ABC* decide suprimir la sección donde publica el poeta y por tanto desaparece con ella su colaboración. La última columna fue «La poesía confesional o el discurso a-poético», el 19 de junio de 1993.

Con el título provisional de *Después de tantos años*,[*] y el ánimo de que acabaría encontrando otro mejor, el lunes 5 de julio Franco rueda en Mondragón con Leopoldo María. Con las conversaciones filmadas a los hermanos, el director aspira a reflejar las consecuencias del paso del tiempo. Intuye que de ahí puede salir una semblanza de lo sucedido en los últimos diecinueve años.

Ese verano el interno de Santa Águeda recibe la visita del director del Centro de Acción Poética de París, el también poeta François-Michel Durazzo. Su novia, de Navarra, le había enviado hacía tres años *Poemas del manicomio*... para familiarizarle con el idioma. Unos meses después de leerlo decidió traducirlo, porque su contenido le parecía extraño y fácil de verter al francés. A Leopoldo María Panero le entusiasmó la posibilidad de leerse en el idioma de Mallarmé.

A finales de agosto Leopoldo participa de nuevo en el rodaje del filme y el 9 de septiembre comienza una «tertulia de locos» en el programa radiofónico *La ventana*, de la cadena SER. La idea es de Javier Sardà, el director del espacio, que llevaba tiempo madurándola.

Interviene el señor Casamajor,** Panero (desde los estudios de la emisora en San Sebastián) y Santiago Martínez (de treinta y siete años, con psicosis esquizofrénica) desde Santander. Leopoldo puso como condición que fuese una mujer taxista de Mondragón la que le llevase cada jueves a la emisora: Juanita, que le permite fumar en el trayecto, le cuida y le escucha. Se conocen de los viajes entre Santa Águeda y Mondragón, y viceversa. Juanita lo recoge en el manicomio y lo lleva a la capital donostiarra, y al corte de la emisión lo devuelve a su lugar de origen, aunque Leopoldo siempre acostumbra a visitar a su amiga Yolanda Forcada para después tomar un tentempié en la cafetería Gaviria.

El pintor donostiarra Detritus, rendido admirador de Leopoldo, ha escrito al poeta para invitarle a una exposición en la antigua iglesia de La Merced en Muelle Marzana (Bilbao). Mientras ultima el rótulo sobre un cartón, alguien se dirige a él; levanta la vista y es la inconfundible estampa de Leopoldo acompañado de otra persona. El artista ya había olvidado la remota posibilidad de la asistencia de su venerado autor. El 19 de octubre, con motivo de la inauguración, Panero leyó un texto elogioso de la pintura desgarrada de Detritus –tremendista, fronteriza con el expresionismo alemán–. Aludió a Foucault y Magritte, a la muerte y a la renovación del arte. Una vez finalizada la lectura, Detritus no se atrevió a pedirle el texto.

Casi concluido el otoño, Ricardo Franco vuelve a rodar con Leopoldo María en los aledaños de Mondragón. Simultáneamente, la obra del poeta se mueve sola: una nueva edición de *Y la luz no es nuestra*,[20] que incluye un prólogo del autor; *Regart*,[21] revista belga de literatura, recoge una selección de *Poemas del manicomio*… traducidos por François-Michel Durazzo. Además, Panero escribe el prólogo para la obra *De la luz enajenada. Haikus*,[22] de José Luis Pasarín.

El 20 de diciembre se acabó de imprimir para Ediciones Libertarias *La vida en el pozo*, de César Cortijo, poemario al que Leopoldo puso prólogo («La belleza no es de este mundo. Unas palabras acerca de la poesía de César Cortijo Ballesteros»).

Ha terminado el rodaje del filme. Más de ocho semanas de faena desperdigadas a lo largo de seis meses obligan a Ricardo a encerrarse en la sala de montaje para desentrañar las mentiras y verdades de los Panero. Con sus declaraciones tiene que construir una estructura que tenga cierta lógica. Sin guión previo, trata de engarzar conceptos y temas.

Leopoldo María sigue participando en la tertulia radiofónica a la que se han sumado dos nuevos personajes: Juan Carlos Colchero (sevillano de treinta y dos años, con psicosis funcional) y Begoña Mateos, residente en Bilbao (de veintiséis años, con esquizofrenia paranoica). De los cuatro, Leopoldo es el único que está internado en un

psiquiátrico. Quizá por eso es el más desencantado y pesimista: «Vengo a la radio para salir un poco de allí y olvidarme del autoanálisis y toda esa serie de fantasmas».[23]

Ricardo Franco, que continúa su labor, reconoce que con las intervenciones de Leopoldo tuvo que hacer encaje de bolillos. A Juan Luis, en la sala de montaje, le llaman Corazón Acorazado, porque no transmitía sentimiento alguno en sus intervenciones. También utiliza el material filmado con Miguel Albero, que una vez repuesto pudo participar en el rodaje. El director va jugando con otro título, *La flor de la noche*, en clara referencia a Leopoldo, puesto que el poeta había dado sus mejores y más brillantes colores en el lado oscuro. Además, le gusta mucho más que *Después de tantos años* y le parece poético. Otro de los títulos que piensa es *Esos viejos horribles*, porque entonces el cineasta tiene una novia cubana a la que dedica no todo el tiempo que ella desea y a la que aturde con interminables cháchara sobre la película que está intentando hacer. Entonces ella le recrimina reiteradamente: «A ver cuándo terminas la película de esos viejos horribles». Como le hizo gracia el insistente reproche, decidió bautizar la cinta con el final de aquella muletilla.

En Mondragón, Leopoldo presenta anticipadamente unos poemas del libro que está a punto de salir, *Orfebre*. Durante el acto reivindica su salida del establecimiento en que vive: «Si ya no soy alcohólico, no sé por qué he de seguir en el psiquiátrico»,[24] al que el rapsoda designa como «isla de Molokai». Dos días después, en otras declaraciones, vierte sus conocidas opiniones sobre el País Vasco: «Para mí Euskadi es una provincia de España y punto. Creo que son igual de sacrílegos e igual de pesados que en el resto de España». Nunca ocultó su malestar y su falta de identidad con Euskadi.

En otra entrevista cuenta la vida cotidiana que lleva en su internamiento: «Me despiertan a las ocho […] hago la cama y una serie de imbecilidades para conseguir que me den el dinero del día [dos mil pesetas, según él]. Espero a que abran el bar, que suele ser a las diez y media, y luego me psicoanalizo».[25] Lo hace frente al espejo, donde le produce terror mirarse porque ve la imagen de una vieja. Aunque un psiquiatra opina que si Leopoldo se encontrara preocupado por su deterioro físico eso sería un signo de lucidez. Él piensa, sin embargo: «Tengo una lucidez rara, pero lucidez».[26] A las ocho se acuesta y a las diez de la noche el enfermero entra en el cuarto para darle un somnífero. Los fines de semana sale con la farmacéutica de Elizondo, Felisa Lezaun.

Ricardo Franco, después de un año largo, ha ultimado el montaje de la película, dejando en hora y media las cuarenta filmadas.

Del 5 al 8 de abril se celebra el XXXI Congreso de Jóvenes Filósofos en el campus de Ibaeta, de la Universidad del País Vasco (San

Sebastián). Bajo el enunciado «Creatividad y perversión», en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación tienen lugar diversos actos: conferencias, exposiciones, conciertos y proyecciones. Detritus pinta un mural y Leopoldo María ofrece una lectura de poemas. Se trata de crear un puente entre la filosofía y las artes empíricas.

En Madrid, la Fundación Cultural Olivar de Castillejo ofreció el 28 de abril, en el Círculo de Bellas Artes, un recital de música contemporánea inspirado en poemas de Leopoldo. Los compositores Miguel G. Ruiz (nacido en 1964) y Rafael Reina (1961) pusieron música a la lectura de Víctor Burrell: «Diario de un seductor», «Narciso en el acorde último de las flautas», «Cópula con un cuerpo muerto», «Música para un aterrizaje forzoso» y «Haiku». Él no se mueve de Guipúzcoa.

Un nuevo trasunto de Leopoldo aparece en el cuento «Apagad el gas antes de iros»,[27] de Luis Antonio de Villena. Luis María Blanes, que tras un viaje a París mojaba cruasanes en un charco maloliente, es un hombre caracterizado por su voz gutural y su risa gruesa. Su madre, Asunta, de quien recibe dinero regularmente, trabaja en un ministerio y de vez en cuando sale a la calle para comprar droga a su hijo. Según el autor, toda la narración de esta pequeña ficción, con un alto nivel de realismo, le sucedió a él con Leopoldo. Es el remedo de una noche lúbrica a principios de 1976.

La obra completa de dos amigos de Leopoldo –muertosaparece en el mercado. *Obra poética*, del valenciano Eduardo Hervás, en cuyas páginas figura «Heridas caligráficas», dedicado a Leopoldo María Panero, y *Poesía*, de Antonio Blanco –con un prólogo sobre los *setenta* madrileños de Juan Manuel Bonet y recopilada por Antonio Rubio–, cuyo epílogo fue escrito por Leopoldo María, uno de los modelos del autor. Aparece la segunda edición de *Infame turba. Entrevistas a pensadores, poetas y novelistas en la España de 1970*,[28] de Federico Campbell –con el añadido de la actualización bibliográfica de los personajes entrevistados, de los que por orden de aparición el primero, y más joven entonces, es Panero–, y *Dans le sombre jardín de l'asile*...[29] Se trata de una antología bilingüe publicada en Francia, traducida por Durazzo, que recoge *Los poemas del manicomio*... y una selección de *Globo rojo* y de *Contra España*... Durazzo incluye una biografía inédita, aunque breve, que le escribió Leopoldo para la edición. Cuando le comunicó que iba a ser publicada, al escritor le hizo mucha ilusión. También ha salido *Poésie espagnole: les nouvelles générations*,[30] en la que figura una selección de poemas de su obra más representativa.

El excomponente de Radio Futura –grupo ya disueltoLuis Auserón graba un disco, *En la cabeza*, donde incluye la canción basada en el poema «Spiritual-I», de Leopoldo, y «Francisca», de Ezra Pound, traducido al alimón por su hermano Santiago y el autor de *Narciso*.

Después de conceder una entrevista al dominical de *El Correo Español-El Pueblo Vasco*,[31] su traductor al francés vuelve a visitar al poeta el 7 de agosto y graba una prolongada conversación que mantienen en los jardines del sanatorio. Emplea los dos idiomas: francés y español.

El 6 de septiembre se acabó de imprimir *Aliento de musgo*,[32] de Zacarías Custodio, con prefacio de Leopoldo, y pocos días después este se queja al diario *El Mundo* de que no le va a ver nadie y que solo van a «que les haga prólogos y suciedades por el estilo».[33]

El día 20 del mismo mes se presenta en el cuadragésimo segundo Festival Internacional de Cine de San Sebastián *Después de tantos años*, título nunca satisfactorio del todo para Ricardo Franco, aunque bien aceptado por el resto del equipo. Como Leopoldo no pudo asistir a la proyección oficial –se comentó en el festival que le habían castigado en el psiquiátrico– llegó al día siguiente. Después de ver el filme, el poeta se quejó de que se le asignase el papel de loco. «No me gusta hacer el papel de loco en ninguna parte.»[34] Pero no objetó nada a la bellísima secuencia de Frankenstein a la orilla del lago. Ricardo Franco, con gran respeto por el deterioro humano y la soledad trágica del monstruo humanoide, hizo un paralelo entre el *Frankenstein* de James Whale y Leopoldo solo en la margen de un embalse. Leopoldo María Panero como correlato del desvalido engendro del doctor demente: «Utilicé a Frankenstein como metáfora del hombre que quiere construir el ser perfecto pero acaba destruido».[35]

La idea primigenia de Miguel Albero como motor fue desechada por Franco porque llegaron los encargados de la selección del Festival de Cannes con interés por ver la película y, como estaba incompleta la parte de Albero, Franco decidió cortarla para que la vieran. Les gustó y estuvieron considerando la posibilidad de llevarla al festival, pero al final no fue seleccionada. Entonces Ricardo Franco observó que la estructura que había dejado le gustaba y funcionaba bien, sin necesidad de incluir nada más. Además, requeriría más horas de montaje y la producción comenzaba a tener ciertos problemas económicos.

Pero Albero aparece en el filme: trajeado, cruza de derecha a izquierda del cuadro, en el cementerio de Astorga, caminando entre lápidas, y atraviesa de izquierda a derecha en una panorámica que descubre a Leopoldo –solo y boquiabierto tras un ventanal del manicomio–, mientras contempla la nada.

En octubre, en la IV Biennale Internationale de Poésie «Passeurs de Mots», en Beuvry (Francia), se escucha en una de las sesiones –en una mesa redonda dedicada a la poesía española– la conversación que François-Michel Durazzo le grabó en agosto a Leopoldo María en el psiquiátrico. Posteriormente apareció traducida en la publicación

francesa *L'Estracelle*.[36] En España, la revista *Leer*[37] difunde otra conversación con el poeta, y la trimestral y exigente *Archipiélago*[38] dedica un monográfico a Gilles Deleuze, donde Panero aporta su visión con «Sobrevolando a Deleuze». *Elgacema*[39] contiene cuatro poemas escritos en junio de 1994 y una radionovela titulada *Amarás a un cadáver*, con dos lesbianas y un gallo como personajes.

El 23 de noviembre, el actor, director y escritor Félix Rotaeta muere en Barcelona. Estaba rodando una película en Tudela cuando, a causa de un repentino malestar, tuvieron que trasladarlo al Hospital Clínico de Barcelona. El que fue compañero de Leopoldo en las correrías nocturnas de la época de El Sol queda fuera de combate.

Así como Artaud se quejaba constantemente de que no le visitaban sus amigos y de que no le liberaban de aquella prisión que para él suponía Rodez, también en eso Leopoldo le sigue. En 1945 el marsellés recibió la visita del artista Jean Dubuffet con la intención de sacar al poeta del hospital y devolverlo a la vida civil, llegando incluso a recaudar dinero para tal fin. Panero, después de manifestar otra vez públicamente su deseo de volver a Leganés, le encargó expresamente al pintor Luis Arencibia que hiciera gestiones para ser trasladado a la población madrileña, porque en Mondragón se encuentra muy aislado. El artista habla con el director del Instituto Psiquiátrico de Salud Mental José Germain –antiguo Hospital de Santa Isabel– Manuel Desviat, quien le comunica que, aunque no es un traslado sencillo, el interesado debe solicitarlo por escrito. Arencibia así se lo comunica al poeta y este escribe al psiquiatra.

El doctor Desviat le contesta el 22 de diciembre:

> Estimado Leopoldo:
>
> He recibido tu carta. Supongo, no está claro en tu escrito, que lo que pretendes es cambiar tu lugar de residencia y volver por estos lares. Luis Arencibia me habló de tu intención. Hay dificultades administrativas y técnicas. Administrativas: ¿cuál es tu lugar de residencia actual?, ¿cuál es el estatuto legal de tu ingreso actual? (en la carta me hablas de permisos del juez). En cuanto a las técnicas, supongo que sabes que hace tiempo cerramos el manicomio y apostamos por ingresos cortos y, cuando es necesario, alojamientos más o menos protegidos, no manicomiales. Resuelta la parte administrativa, sería necesaria una evaluación técnica.
>
> En cualquier caso, creo que deberías comunicar a tu terapeuta estas cuestiones.
>
> En la medida de nuestras posibilidades, podrás contar con mi apoyo y el de la institución que dirijo.
>
> Un cordial saludo.
>
> MANUEL DESVIAT

La revista *Archipiélago*[40] dedica de nuevo un buen espacio al poeta:

la entrevista «De los principios poéticos», hecha por el estudioso Túa Blesa a principios del verano, que a su vez publica «Parábola del diccionario», un rutilante repaso por el universo terminológico paneriano. Como complemento, el artículo de Leopoldo María Panero «La palabra "esquizofrenia" o la destitución del sentido», dedicado al doctor Oliveros, director del hospital de Santa Águeda. Y es allí donde le visitan los muchachos de la revista barcelonesa *Vacío* el 29 de diciembre de 1994; en una mañana lluviosa y gris recogen su testimonio grabado en un bar de la parte vieja de Mondragón.

Juan Luis Panero publica sus ensayos, conferencias y artículos en *Los mitos y las máscaras*.[41] Con un prólogo del también poeta Carlos Aurtenetxe, su hermano Leopoldo reaparece con el poemario *Orfebre*.[42] La portada presenta a uno de los locos de Arencibia, el negativo de un dibujo a tinta que le pidió el editor a Luis. Poesía y muerte se entrecruzan en su interior. «Sida» está dedicado al pintor y escultor Pepe Espaliú, fallecido el 2 de noviembre de 1993. Y otros poemas, a veces reincidentes pero fulgurantes y casi aéreos, dedicados a personajes de su mundo manicomial, del jardín secreto, donde los locos lloran y se apagan de tristeza. Un gran libro.

El 9 de enero de 1995 el director del psiquiátrico de Leganés recibe la respuesta de Leopoldo:

> Doctor Manuel Desviat:
>
> Recibí tu amable carta. Es una esperanza: mi lugar de residencia actual es este sanatorio, como es lógico; además, estoy empadronado aquí. La orden judicial es un lío, porque el juez que firmó mi primer ingreso está tan loco como yo. En cualquiera de los casos, mi intención es estar allí una temporada, tan breve como sea posible, para ir luego a un piso vigilado, y así salir de este antro.
>
> Nada más y un abrazo de
>
> LEOPOLDO

El artículo 211 del Código Civil dice que el internamiento de un presunto incapaz necesita autorización judicial. El juez oirá el dictamen de un facultativo para decidir y se le comunicará al ministerio fiscal. Es el juez el garante de que no se haga un ingreso sin justificación clínica. Y cada seis meses, para vigilar el internamiento, requerirá informes psiquiátricos. De ahí que él hable de la orden judicial.

Casi un mes después, el 7 de febrero, viaja con permiso a su ciudad natal. Jaime Chávarri, Ricardo Franco, Imanol Uribe, Michi y Leopoldo presentaron en Madrid, en la sala de actos de los grandes almacenes FNAC, *Después de tantos años*. Con el local a rebosar, el menor de los hermanos admite en público que sin *El desencanto* su familia no habría tenido la trascendencia que tuvo y que Chávarri había cogido un asunto vulgar y cotidiano y lo había transformado en una leyenda,

declaración que a Jaime le emocionó gratamente. Leopoldo no contradijo a su hermano. Era como un reencuentro reconciliatorio, después de mucho tiempo, entre ellos y el director.

Al finalizar el acto, y tras atender a los medios de comunicación, Leopoldo María llamó a su inolvidable Marava para saludarla y decirle, de paso, que estaba enamorado de ella. Le preguntó si le escuchaba en la tertulia radiofónica y ella le contestó que no siempre, lo que al autor de *Narciso*, como suele decirse, no le hizo ninguna gracia.

El 10 de febrero, el mismo día que se acabó de imprimir una nueva edición de *Locos*,[43] se estrena en Madrid la película de Ricardo Franco. Si *El desencanto* era el desgarro, *Después de tantos años* es lo poético; inteligente, entrañable, sensible, emocionante.

Desde el primer fotograma, un piano tristón nos lleva de la mano por una secuencia-preámbulo eminentemente ruinosa. El abandono del caserón de Astorga mezclado con imágenes en blanco y negro del mismo lugar en el filme de Chávarri. En *off*, la voz de Michi habla de la memoria, la nostalgia, el recuerdo. Le sigue la finca de Castrillo: el derrumbe. La película está dedicada a Jaime Chávarri.

La primera aparición de Leopoldo María Panero impresiona, sobre todo a quienes no le hubieran visto desde la primera película. Duerme en su cuarto –habitación número 2– de la primera planta de uno de los pabellones del psiquiátrico. Diez sofocantes metros cuadrados. Una única ventana con barrotes que da al patio de sombras pululantes: solo hombres. Una mesita coronada por una Olivetti, un artículo suyo junto al grabado de un loco en la pared –regalo de Arencibia– y una destartalada librería. Sobre uno de los estantes, un retrato en blanco y negro enmarcado oculta los libros. Es una bella fotografía de Felicidad, la misma que ilustró la portada de su libro de memorias. Junto a él, las figuritas de goma de Peter Pan y de Campanilla. Se despierta, se incorpora con parsimonia, enciende un pitillo; se mira al espejo, gesticula y apaga el cigarro con el agua del grifo. En *off* un discurso inconexo.

En otro momento de su intervención, Leopoldo arremete contra Euskadi. Sobre un paisaje romántico, brumoso, como de un cuadro de Friedrich, su voz profunda declara: «Este país me da miedo. Me da miedo físico […]. Odio el País Vasco. Bueno, la parte de España que más odio es el País Vasco. Porque son una pandilla de aldeanos, muy burros. Madrid será una ciudad hortera, pero el País Vasco es un país de burros, un país de borrachos». Sobre unas verdes campiñas, salpicadas de caseríos, habla de su madre: «Fui muy cruel con ella […]. Hay una parte de mí mismo que la quiere y otra que la odia, que son los manicomios. Y hasta que la mataron era la bruja más asquerosa del siglo. Tenía su derecho a serlo, por otra parte, porque yo y mi

padre la hicimos pasar la vida más perra del mundo». El elemento femenino, la madre, el punto de referencia para saber quiénes son los dos hijos menores, ha desaparecido respecto al filme anterior. Pero su sombra pesa.

Unos nudillos golpean sobre una puerta de cristal esmerilado a lo largo de la cinta: la llamada de la locura. Aunque Leopoldo María tenía su habitación a la entrada de la casa en Ibiza, número 35, es en el cuarto de la puerta acristalada, adyacente al salón, donde se metía para llamar por teléfono. En los momentos de embriaguez se ponía agresivo y, para hacer rabiar a su madre, aporreaba la puerta cada poco tiempo, de forma sistemática, como si fuese una tortura.

Mientras Michi está sentado en una lápida del cementerio de Astorga hablando a la cámara, Ricardo Franco –para ver cómo reaccionaban– ordenó que apareciese Leopoldo, al que habían llevado desde Mondragón. Michi, que no sabía que estuviera allí su hermano, al verlo siguió hablando con toda serenidad como si hubiesen estado juntos el día anterior: «Y donde aparece mi hermano Leopoldo para darme la sorpresa fin de año. Como en la Noche de Walpurgis». El poeta rompe a reír. Michi, impasible, le asegura: «Pero vamos, me alegro mucho de verte en un cementerio». Leopoldo: «Yo también. Tenía ganas de verte», le devuelve.

Al tratar de recabar la opinión de Juan Luis, que vio la película de Franco en Barcelona, aquel se limitó a responder: «Siempre he sido antifranquista». A Imanol Uribe le dijo que le aburría mucho, porque le aburren todas las historias de la familia.

El narrador barcelonés Enrique Vila-Matas publica *Lejos de Veracruz,*[44] novela inspirada en la familia Panero como punto de arranque. Los Tenorio, de padre poeta, son tres hermanos: Antonio, escritor de libros de viajes, murió escribiendo la historia de la familia, *El descenso*; sombrío e hipócrita, engreído y autoritario, decide ocupar el lugar del padre y teme los progresos de su hermano Máximo, triste y apocado pintor con desequilibrios mentales. Enrique, el menor, trata de hacer de su vida su obra maestra porque odia la cultura y huye de la tradición familiar.

Durante tres horas en directo, el martes 21 de febrero, Michi y Leopoldo María participan en el programa *En voz alta*, de Telemadrid, para debatir sobre la familia. Se sientan en la mesa de invitados, además, las actrices Carmen Conesa y Teresa Gimpera, el sociólogo Miguel Cancio y Carmen de Alvear, presidenta de la Unión Iberoamericana de Asociaciones de Padres de Familia. Leopoldo viste jersey, camisa y tejanos, fuma sin tregua y consume sin parar agua mineral. En una de sus primeras intervenciones manifestó: «Michi era el preferido de mi madre y yo era el extrañamente favorito de mi padre», casi una declaración de principios. Tras unos indescifrables

balbuceos siguió: «Yo la nota que traía para contestar a… ¿Carmen Alvear te llamas tú, no? La familia cristiana divide el sexo del amor. Al empeñarse en una función procreadora del sexo, divide el sexo del amor. Por eso hay insultos tales en el coito como zorra, puta, etcétera; en los que se basa la institución de la familia católica». Sin vacilar un segundo, replicó la pía señora: «Y tú eres un maleducado y un grosero. Y si hablamos así…». «No. Hablaba en plan teórico…», respondió Leopoldo ante el silencio cómplice de su hermano. Carmela Castelló, la presentadora, trató en vano de mediar y de ceder el turno a otro de los invitados. Respondió Alvear: «A mí me parece con toda sinceridad que se puede mantener un programa con diferentes opiniones. Lo que hay que procurar es contenerse en algunas expresiones, sobre todo cuando se atribuyen a personas y a grupos concretos, porque generalmente uno se equivoca y además producen el efecto contrario de lo que uno pretende». El literato, recostado hacia atrás con las manos cruzadas en la nuca, en tono conciliador contestó: «Bueno, si me equivoco, mucho mejor para los católicos». Avanzado el debate, y fuera de contexto, Leopoldo vuelve a la carga: «Desde que Cristina Alberdi me llamó pedo perdí mi identidad. Me lo han dicho en el manicomio, que tenía una pérdida de identidad increíble. Porque la identidad es una función y no una estructura, es un rol. Desde entonces me identifico con el juez Baltasar Garzón». Ante la perplejidad del resto de los contertulios, una tímida risa del auditorio en el plató inició el caudal de la risotada Panero. «Era una broma», añadió el poeta, «Era una ironía», remató. Con posterioridad, Leopoldo María interrumpe torpe e incoherente a la vez que se sirve agua: «Llevo cuatro años tragando veneno sin parar y por eso tanto rollo con el agua mineral sin gas». Las llamadas de los telespectadores indican que un sector se siente ofendido e indignado con las palabras de los hermanos Panero, aunque Michi no ha hablado demasiado. Alguno se queja de que asista al debate el interno de un psiquiátrico. Hacia el final del programa, la presentadora requiere la opinión del escritor a modo de conclusión. Este, ya ataviado con la prenda de salir a la calle, responde: «Me llamo Leopoldo María Panero y para terminar la conferencia contra la familia, soy homosexual desde que estuve en la cárcel».

Vuelta a Mondragón, desde donde continúa viajando a San Sebastián una vez por semana para la tertulia radiofónica, lo que le da el sentido de la esperanza, según declara en una entrevista.[45]

El 20 de marzo el poeta se encuentra en su siempre dilecta Ciudad Condal –de recuerdos indelebles para él–. Lee una comunicación sobre la paranoia –«La doncella y la muerte»– en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona y al día siguiente, ante más de seiscientas personas, pronuncia una charla en el salón de actos de la Facultad de Psicología: «Dios en la herejía medieval».

De regreso, y con una actividad más que frenética pero a la par beneficiosa para el interno, en la noche del jueves 6 de abril Leopoldo María Panero presenta *Orfebre* en el centro cultural Koldo Mitxelena de San Sebastián. Le acompaña Carlos Aurtenetxe, poeta donostiarra y prologuista de la obra, que destacó la profundidad y aportación de su poesía. Ambos se conocieron en 1985 a través del escritor Francisco Javier Irazoki.

En primavera en Mondragón recibe la visita de César Cortijo, exguitarrista del grupo musical La Fundación, de la onda siniestra. Leopoldo se le queja del trato en el hospital y le asegura que su tutor legal, un psiquiatra de Santa Águeda, no le permite disponer de su dinero. A su regreso a Madrid, Cortijo y su mujer, Blanca González, traductora, escriben una misiva a la ministra de Cultura, Carmen Alborch, en la que solicitan el traslado de Leopoldo a otro centro por las duras condiciones de su internamiento.

En Francia es incluido en *Poésie espagnole moderne et contemporaine*,[46] de Marie-Claire Zimmermann, donde se analiza su obra poética, y en *Poésie espagnole 1945-1990*.[47] En Bélgica aparece *D'une Espagne à l'Autre. La poésie espagnole de la Guerre Civile à nos jours*, de Marcel Hennart, antología en la que se recogen tres poemas de Leopoldo. Y aquí, en España, el también arisco poeta Roger Wolfe, más joven que él, en el dietario *Todos los monos del mundo*,[48] sin conocer al madrileño más que de referencias, le dedica un título: «Leopoldo M.ª Panero y yo». No sabe si le gusta o no el autor de *Narciso*, aunque le parece brutal y cree que en este país no le entienden. Está de acuerdo con él en algunas reflexiones sobre la droga, la pena de muerte o la violencia.

La edición ampliada de *Locos* se presenta en Vitoria, en la Casa de Cultura. Junto a los autores –Leopoldo María Panero y Arencibia– está el director de la revista *Amilamia* –organizadora del acto–, el poeta vitoriano José Luis Pasarín y el moderador Rubén Abascal. Como siempre, Leopoldo está agarrado a la botella de agua, fuma en homenaje a España, se estira en la butaca y deja vagando la mirada entre el techo y la nada. Se repite una vieja escena.

La revista *Vacío*[49] dedica un amplio espacio al ilustre interno del psiquiátrico de Mondragón: entrevista de seis páginas y los textos íntegros de las dos conferencias que pronunció en la Universidad de Barcelona.

En agosto, la profesora de inglés Yolanda Mazkiaran, de la localidad navarra de Alsasua, conoce a Leopoldo en un bar de Mondragón. Yolanda imparte clase en Aramayona, población cercana a Mondragón, y casi todos los días lo recoge en el hospital y salen de excursión. En uno de sus paseos, Leopoldo le dicta un guión para un cortometraje. Yolanda comienza a grabar en vídeo al poeta, de donde

surge el documental *Locos*. Localizado en San Sebastián, Mondragón y Vitoria, y grabado en blanco y negro, por mera estética, tiene una duración de quince minutos.

En la publicación *Baitypi*[50] firma «¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte!» y asiste a la presentación del libro *Leopoldo María Panero, el último poeta*[51] –una guía indispensable e inteligente para entrar en la lectura en profundidad de su obra–, de Túa Blesa; su crítico de cámara, le denomina él. El 21 de septiembre, estudioso y estudiado se dan cita en la sala Rekalde, de Bilbao. Túa reivindica el reconocimiento del poeta y advierte que dentro de veinte o veinticinco años será un clásico de la literatura española.

El nuevo trabajo que Leopoldo ofrece a uno de sus editores habituales es rechazado. *El Tarot*, en colaboración con el pintor Jabier Herrero, que llevó a cabo las ilustraciones, se lo envía en verano a Carmelo Martínez, de Libertarias/Prodhufi. Se trata de una visión muy personal de los arcanos, vieja obsesión de Leopoldo; como Artaud en *Les Nouvelles révélations de l'être*, donde le daba un papel preponderante a los signos, las interpretaciones cabalísticas y la lectura de los naipes. A cada uno de los arcanos le acompaña un poema, un texto descriptivo y otro interpretativo. Martínez lo rechazó porque consideró que era un libro arriesgado y el proyecto no se adecuaba a la línea editorial. Además el autor, en ese momento, hizo unas declaraciones un tanto desafortunadas sobre el editor.

En verano la ministra Alborch contestó a Cortijo y González que el poeta era dueño de sus caudales. Cortijo le envió una copia de la carta a Leopoldo y rompió con él porque se sintió engañado.

Umbral, a quien Panero y Pasarín dedicaron «A un estupidillo crítico literario llamado Paco Umbral» en *Cadáveres exquisitos*..., escribe, sin embargo, en su *Diccionario de literatura* unas líneas sobre el autor de *Teoría*, que aparece detrás de Eduardo Haro Ibars:

> Otro *maudit* de la misma generación es Leopoldo María Panero, hoy internado en un psiquiátrico. Poeta singular, prosista difícil, hombre culto y entero que ha llevado su papel de maldito hasta las últimas consecuencias. Solo que, tras la tradición romántica, los malditos de hoy ya no son ni pueden ser *ingenuos*, ay. Saben a lo que están jugando. Rimbaud o Dylan Thomas no lo sabían. Esa es la definitiva diferencia.[52]

Pero no todos están de acuerdo. Si para unos es un maldito, para otros es un bendito. Así le sucede a una firma amargamente irónica que, con motivo de la reseña de *Orfebre*, escribe: «Lejos de ser maldito, L. M. Panero me parece un poeta bien bendito, cuando menos en dos sentidos: primero, porque es uno de los más bendecidos o loados juglares de la actualidad [...] y, sobre todo, la cantidad y regularidad de las ediciones de sus versos, alguna subvencionada con ayuda oficial

[…]. Y es bendito […] por ser un poeta sencillo y de cortos alcances».[53] Aunque no lo encajó mal, al sujeto criticado no le agradaron aquellas opiniones. Él sigue, colérico, renegando de su supuesta reprobación: «He dicho muchas veces que aborrezco de toda esta historia del malditismo».[54]

Detritus escribe de nuevo a Santa Águeda para invitar a Panero a una exposición en la que cuelga un cuadro dedicado al pensador rumano E. M. Cioran, con motivo de su reciente fallecimiento. Con un acompañante, el insigne poeta se personó la tarde del 16 de septiembre en la Sala Pajaritos de VitoriaGasteiz (Cuchillería, número 22).

Y Leopoldo vuelve a embestir contra Euskadi en un diario vasco: «Me gusta San Sebastián, pero no los pueblos del País Vasco. Son aldeas de campesinos borrachos. Lo más terrible de este país es su realidad profundamente analfabeta, no solo del País Vasco, sino de España en general. No lee nadie. Yo me considero francés, ni español ni vasco. En París la cultura importa. Allí, por mucho que seas el adefesio del siglo y la ruina del mundo, si tienes un libro te respetan. Aquí no».[55]

De los Pirineos hacia arriba sí parece que se empieza a reconocer la labor de tantos años. La revista alemana *Die Horen*,[56] de Bremerhaven, publica «Haikus» e «Himno a Satán», traducidos por Georg Pichler. En España, la profesora de la Universidad Complutense Milagros Polo López le dedica un capítulo –«Fuga y sol negro en Leopoldo María Panero»– en *Cuarteto y fuga para un espacio desierto*,[57] un estudio sobre Carnero, Sarrión, Colinas, Gimferrer y Panero, con un apéndice de trece preguntas a estos poetas.

Aunque lejos del reconocimiento que para sí reclama el literato, al programa *La ventana* le concedieron el Premio Ondas 94 por el espacio de los locos. La tertulia ha sido trasladada a los miércoles. Además, siguen reclamando su asistencia a los programas de televisión.

Acompañado por Marava, que aprovechó un puente para visitarlo, Leopoldo viaja a San Sebastián para participar en el programa de la televisión autonómica vasca, Euskal Telebista, de periodicidad mensual, *Hay que ver*. El jueves 2 de noviembre, a las diez de la noche, en el espacio dedicado a la razón de la locura, Panero habló durante media hora en directo sobre la paranoia, la demencia, la prensa y los políticos, quienes a su juicio deberían ir todos en fila india a la cárcel.

En París, Gilles Deleuze se suicida a los setenta años. El sábado 4 de noviembre, el coautor de *El Antiedipo* se lanzó al vacío por la ventana de su apartamento en la Avenue Niel, en el distrito XVII de la capital francesa. En la misma ciudad, la editorial Gallimard, en su Bibliothèque de la Pléiade, de clásicos franceses y extranjeros, incluyó el poema de Panero «El lamento del vampiro» en la lujosa y gigantesca

*Anthologie bilingue de la poésie espagnole*, de Nadine Ly, con una bibliografía del autor español al final de la obra. *Poetas españoles del siglo veinte*,[58] del catedrático de literatura española en Rennes (Bretaña), contiene tres poemas de Leopoldo María.

A final de año, la revista vienesa *Wespennest*[59] (Nido de avispas) publicó «Cópula con un cuerpo muerto», «Diario de un seductor», «La oración» y «Bello es el incesto», traducidos por Georg Pichler. Y el mismo día de Nochebuena, Panero recibe en el Sanatorio de Santa Águeda a un equipo de Televisión Española. Van a grabar un capítulo de una serie que produce la empresa pública con el título de *Poetas fin de siglo*. La serie se compone de treinta y dos poetas entrevistados por José Antonio Labordeta. Cada espacio, de treinta minutos, consta de una parte biográfica, una entrevista y un recitado de versos a cargo del propio autor. El grupo de Televisión Española grabó con Leopoldo María Panero en el parque de Mondragón. Pero, antes de iniciar la grabación, el poeta se dirigió al productor y le interpeló: «Me pagaréis algo por esto, ¿no?». Él mismo dio respuesta a la pregunta: «Unas cinco mil pesetillas». Pese a que no se retribuyó a ninguno de los personajes participantes en la serie, Leopoldo María Panero cobró su estipendio. Algo más de lo reclamado.

El año literario de 1996 se inicia con el triunfo de Pedro Maestre Herrero, de veintiocho años, ganador del Nadal el 7 de enero con *Matando dinosaurios con tirachinas*. El autor se confiesa seguidor y admirador ferviente de la poesía de Leopoldo María, y así se lo cuenta a todos los medios de comunicación en sus primeras declaraciones.

El 29 de enero, la firma de Leopoldo se asoma al diario *abertzale Egin*: «A lo largo de un cuerpo». El autor de *Contra España…*, que tanta apostasía hizo de Euskadi, comienza una columna quincenal titulada *Nire txanda* (Mi turno). Además frecuenta las *herriko tabernak* de Mondragón, donde su encorvada figura es sobradamente familiar entre la juventud *abertzale*. Panero ha enviado a la editorial Valdemar, para su publicación, el original de *El Tarot*.

El matrimonio de Michi y Sisita naufraga. A causa de una caída doméstica, él se ha dislocado un hombro e ingresa en el Gregorio Marañón.

En febrero, Manuel Vázquez Montalbán invade las librerías con *El premio*. En la novela, un nuevo trasunto de Leopoldo María Panero pasea por sus páginas. Es un poeta sin nombre, sucio, despeinado y de pelo cano; pronuncia frases inconexas, que son versos obstruidos por una boca llena de piedras que le hacen daño. Se pasa media vida en sanatorios mentales, profiere expresiones contra Gimferrer y sablea a sus colegas.

Con motivo de una exposición de Fernando Beorlegui, entre el 7 y el 31 de marzo, en la sala García Castañón de Pamplona, Panero le

escribió un texto de título «Aleph», que abre el catálogo de la muestra.

El nebuloso domingo 28 de abril, hacia las doce del mediodía, llega en taxi al Sanatorio Psiquiátrico de Santa Águeda, en Mondragón, Claudio Rizzo, acompañado de un amigo porteño. Rizzo es un genovés afincado en Las Palmas con una sociedad de importación de productos electrónicos y un establecimiento en la calle de Juan Manuel Durán. Además, es autor de los poemarios *Con un cuerpo dos cuerpos* (1974), *¿Qué preguntaste cuando la ciudad murió?* (1978), *Neón* (1981), *Seppuku* (1986), *Popocatopetl. Texto irreal* (1989) y *Poemas perdidos en los últimos días de Gloria CNOC-AN-DHU* (1996). Los poetas se abrazan, se besan como si se conocieran de siempre cuando solo habían mantenido contacto telefónico veinte días atrás. Como una estrella de cine, el italiano luce una cazadora de piel de serpiente, unas botas camperas de exagerada puntera, unas gafas de sol (como Nicolas Cage en *Corazón salvaje*, de David Lynch) y una cabellera amarillenta; Leopoldo vocifera: «¡Viva Elton John!». A unos doscientos metros, en el hostal Txirrita, donde se alojarán, les espera una exótica mujer canaria, novia de Rizzo. Allí los dos vates escribirán poemas.

El 17 de mayo, Leopoldo María llega a Madrid, acompañado por un asistente social, para participar en el festival internacional de poesía bautizado como *Poética* y organizado por Festimad. Aparece en el colegio mayor San Juan Evangelista de Madrid con su eterna Marava. En la cafetería se encuentra con una exigua representación de viejos amigotes que fueron a escucharle. A Leopoldo se le ve radiante. «Traemos nuevos poemas. Inéditos», grita Marava a todo su entorno. Dos redactores y un fotógrafo de *Diario 16* llevan a un maltrecho Michi –residente en un hospital de Guadarrama y desahuciado del piso tercero derecha de Ibiza, número 35, por impago reiterado– al encuentro con su hermano, al que lleva años sin ver.

Ya en la sala de actos el poeta subió torpemente al escenario y se acomodó como un cantaor flamenco ante un público a oscuras. Solo su avejentada estampa quedó iluminada por un tenue fulgor cenital. Acompañado de una lata de cola y un puñado de holandesas, Panero recitó a toda prisa los «Poemas de la vieja», una combinación de amargura e ironía, que dijo serían publicados en Visor, no sin antes liarse con el orden del ramillete de versos. Sentenció que la literatura sigue siendo Kafka (*El proceso*, *La metamorfosis* y *El castillo*) y en silencio pegó dos tragos a la lata. Siempre pensó que el hombre de Kafka, un hombrecillo, un insecto, es más auténtico que el héroe de Saint-John Perse, y más adecuado a la realidad del siglo XX que toda la literatura realista que invoca György Lukács. Ese insecto kafkiano define el yo estigmatizado. La vida cotidiana en una gran ciudad se parece más al castillo de Kafka que a cualquier epopeya de Maiakovski. El castillo es el símbolo de la fortaleza que nos separa del

otro: el Estado, la Política.

Durante unos segundos quedó absorto ante un auditorio cavilante y silencioso. El poeta de leyenda poco indulgente, con una hoja de servicios atestada de anécdotas hiperbólicas, desatinos, barbaridades y truculencias no siempre certeras, en gesto muy suyo sujetaba la nuca con las palmas de las manos. Atrás, los dedos entrecruzados provocaban que los codos dibujaran los vértices de dos ángulos agudos. «Bueno, vale ya», remató. Siguió un torrente de aplausos. Se puso en pie. Se perdió entre una ovación a oscuras.

## 15. A BORDO DE UNA ISLA (1997-2002)

Por la isla suprema del poeta.

En marzo de 1997 quedó terminado *Tensó*, de Leopoldo María Panero y Claudio Rizzo, con prólogo del primero y epílogo de Joaquín Marco. Al modo de la *tensó* provenzal, los dos vates se funden en uno para crear una sola voz, aunque a veces se adivinan los versos del novísimo.

En Las Palmas de Gran Canaria, Claudio Rizzo telefonea al doctor Rafael Inglott Domínguez, director del Hospital Psiquiátrico Insular, para concertar una cita. El italiano le regala un ejemplar de *Tensó* y le explica que tanto Leopoldo como él tienen mucho interés en continuar esa colaboración y le pregunta si habría algún inconveniente en su traslado a la isla. Inglott cree que encontrar un lugar para Leopoldo es difícil, más aún sin conocerlo. Pero Claudio se ofrece a invitarlo a su casa. Inglott le contesta que no está seguro de que esa experiencia pueda funcionar. Panero pasaría a depender de los servicios del Cabildo, pero en proceso de externalización. Para ello ha de tener la seguridad de que es el paciente quien lo solicita, porque no se trata de un traslado, sino que es por voluntad propia. Por tanto, Leopoldo ha de pedir el alta en la institución donde está ingresado y luego solicitar la admisión en Las Palmas. Inglott habla con José Daniel Oliveros, director médico del psiquiátrico de Mondragón, y este le contesta que no hay ningún inconveniente. Leopoldo María escribe una carta a Rafael Inglott en la que solicita su traslado al Hospital Psiquiátrico Insular argumentando dos poderosas razones: que ha sido invitado por Claudio Rizzo y por la climatología de la isla.

En el marco de Festimad, Panero y Rizzo participan en *Poética 97* y el 30 de mayo presentan *Tensó* en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Los poetas están escoltados por Jesús Munárriz y Jenaro Talens. La sala está a medio llenar y, salpicados entre el público, se encuentran Sarrión, Ferrero, Marava, Alpasky… Rizzo cuenta la génesis del libro a dúo y habla de hacer una segunda parte y traducir al italiano toda la obra de Leopoldo. Este se levanta para ir al excusado. A su regreso explica que pretende fundar un taller de poesía en San Sebastián, si antes no se va a Canarias. «El visón nada entre mis piernas», exclama con su voz cavernosa y dice que es un verso dedicado a Marava, quien

en primera fila junto a Alpasky escucha atenta. «Quiero aclarar una cosa», expone Panero. «A mí nunca me ha gustado la *Beat Generation*. Me identifico con Federico García Lorca», en referencia a las declaraciones anteriores de Rizzo en las que dijo que ambos pertenecían a esa generación. Rizzo matiza: «La *Beat Generation* como ruptura». El genovés lee fragmentos de *Tensó*, Panero interrumpe. «¿Quieres leer tú?», pregunta Rizzo. Leopoldo acepta. «¿Este es mío o es tuyo?», inquiere. «¿Puedo decirlo?», interroga el madrileño. «Son versos intercalados», aclara Rizzo. Leopoldo se vuelve a levantar y desaparece entre los forillos negros del escenario. Claudio le sigue. Talens y Munárriz quedan huérfanos en la mesa. Regresan de nuevo los dos poetas, uno tras otro. Un camarero hace una tercera entrega de botellas de agua para Leopoldo. Después de leer algunos versos al alimón, el público pregunta. «Estoy agotado poéticamente. He recurrido a Rizzo como Deleuze a Guattari», responde Panero.

También en mayo aparece *El tarot del inconsciente anónimo*, un estuche que contiene la baraja de los arcanos y el libro donde cada arcano está acompañado de un poema, una descripción y una interpretación de Leopoldo María Panero. La ilustración es de Jabier Herrero.

Procedente de Mondragón y acompañado por su amiga la actriz Rosalía Dans, el 18 de julio Leopoldo llega a Leganés. Tres días después, en Guipúzcoa le dan de alta por «salida sin autorización». En un estado lamentable –escupía y vomitabapasa dos fechas en el Instituto de Salud Mental José Germain y, luego de un reconocimiento, le detectan una neumonía y lo envían al Hospital Universitario Severo Ochoa. Regresa al José Germain, donde está cinco jornadas; recibe la visita de Jesús Ferrero y Luis Arencibia. A Luis le dice que, si hubiera seguido en Mondragón, habría acabado como Antonio Flores, «metiéndome un pico». Para Leopoldo, haber salido de Santa Águeda ha sido una liberación. Se fue con lo puesto; a través de un abogado sacará todas sus pertenencias del hospital. Según el poeta, tiene cuatro millones de pesetas en el banco, de derechos de autor, de colaboraciones, de la pensión de orfandad y de la película de Ricardo Franco. Arencibia lo encuentra muy deprimido, le pregunta por qué está así y explica que le han jorobado mucho y que tiene miedo de que le hagan lo mismo en su nuevo destino. «Tengo la negra», dice. El doctor Desviat habla con José María Garay, médico internista de Mondragón, y con Rafael Inglott, quien, tras recibir toda la información clínica y ser advertido de las dificultades con las que se puede encontrar, se compromete a atender a Leopoldo María Panero como externo.

A las doce de la mañana del 29 de julio, el doctor Manuel Desviat le pone un coche y una enfermera para que trasladen al poeta al aeropuerto de Barajas. Panero sube a un avión con destino a Las Palmas. De momento vivirá en la casa de Claudio Rizzo (un gran piso en la avenida de José Mesa y López) con su mujer, Rosa Mary Betancort, y su hija, Claudia; Leopoldo, muy de poner motes, ha bautizado al italiano como La Pitón Albina. El día 30, Panero tiene su primer encuentro con el psiquiatra Rafael Inglott. Llega acompañado de Rizzo y, posteriormente, se entrevista a solas con el doctor. Después Inglott le presenta a quien será su psiquiatra, Segundo Manchado Romero. Desde Canarias, Leopoldo telefonea a sus amigos Sarrión, Arencibia, Marava, a su hermano Michi… Al poeta a veces se le ve de copiloto a bordo de un Ferrari Testarossa de color rojo, pues Rizzo es amante de los coches lujosos. Panero es atendido semanalmente en la Unidad de Salud Mental comunitaria del Puerto y todos los sábados asiste con Rizzo al hotel Reina Isabel, donde tienen una tertulia con el poeta disidente cubano Manuel Díaz Martínez, el actor Jesús Aristu y el periodista alemán Stefan Scheuermann. Aunque le gusta más el sol que la playa, Rizzo lleva a Panero al arenal de Las Canteras. «Y las olas lamían la costa de su alma.»

El 14 de agosto, Jesús Ferrero, coordinador de unas jornadas pamplonesas tituladas «La literatura y sus límites», invita a Panero. Juan José Millás disertará sobre la realidad, Alejandro Gándara sobre el deseo, Roberto Bolaño sobre el exilio y Leopoldo sobre la locura. Ferrero suplicó a Bolaño para que prolongara su estancia y así conociera al poeta que tanto admiraba. No pudo ser y subió al tren. Rizzo llevó a su invitado al aeropuerto y en Pamplona lo recibió una asistente social que la organización puso para acompañar al poeta. Su intervención levantó tal expectación que el auditorio del Planetario se llenó de seguidores. Con una actuación brillante y paranoica, el vate no cesaba de beber Nestea y de ir al cuarto de baño. Después Jesús y Leopoldo pasearon por el parque Yamaguchi, y en el jardín botánico de flora japonesa el madrileño sacó su miembro para miccionar ante la atónita mirada de unos niños. Por la noche Leopoldo se empeñó en cenar unos langostinos, pero no hubo suerte para dar con ellos; de madrugada Jesús lo llevó al hotel Blanca de Navarra y logró que se acostase para viajar a Las Palmas al día siguiente.

El desastrado Leopoldo María tiene los primeros roces con su protector Claudio Rizzo porque le deja la ducha sucia. Para colmo, Leopoldo le ha dicho que le gusta su hija, Claudia, de quince años. Se generan numerosas dificultades, la convivencia se vuelve imposible. No escarmentado, Rizzo invita a Michi, aquejado de diabetes, a su

domicilio en Las Palmas. Leopoldo rompe con Claudio e ingresa en una pensión tutelada por el Centro de Salud Mental del Puerto, a cargo de la psiquiatra Olga Correas Suárez. Pero un pequeño incendio motiva su ingreso, el 23 de octubre, en la Unidad de Internamiento Breve (UIB) del Hospital Psiquiátrico Insular, ubicado en Hoya de Parrado, junto al viejo edificio destinado a leprosería, en el barrio de Tafira, en la parte alta. Se encarga del paciente el psiquiatra Segundo Manchado. «La realidad vino a demostrar que no era el tipo de paciente que pudiera vivir en condiciones de baja asistencia, necesitaba un nivel asistencial continuado e intenso, pero esto solo lo pudimos llegar a saber a través de la observación de su comportamiento disruptivo. A partir de determinado momento tuvimos que alojarlo en el hospital.»[1]

El 10 de septiembre Panero colabora en el programa *Crónicas marcianas* (en directo a las once y media de la noche), que conduce Javier Sardà en Tele 5. Participa junto a tres esquizofrénicos, dos hombres y una mujer, los mismos de la «tertulia de los locos» de *La ventana* en la radio. Son invitados a concurrir una vez por semana. El poeta viaja cada siete días a Barcelona para intervenir en el espacio televisivo.

El 10 de noviembre Panero es trasladado a la Unidad de Rehabilitación Activa del Psiquiátrico Insular, de la que es responsable Segundo Manchado. Inspirado en la psiquiatría comunitaria, la misión de este servicio es proporcionar un lugar y un tiempo que permita trabajar con las personas que ingresan aquellos aspectos que les impiden sostenerse con normalidad en la comunidad. Leopoldo tiene autorizados permisos de salida a la ciudad, mantiene su relación con Rizzo e intenta personalmente retomar su colaboración en televisión sin éxito, ya que la sección del programa en la que participaba se ha suprimido. Este mes, la revista *Ajoblanco*[2] publica una extensa entrevista con Leopoldo María Panero en Las Palmas.

*Locos*, de Yolanda Mazkiaran, participa en el Festival de Vídeo de Navarra, celebrado del 24 al 28 de noviembre, y logra el premio al mejor corto de un realizador/a navarro/a. Además de Panero, intervienen los enfermos Juan Ramón Mintegui y Manolo Kabeza Bolo, internos del psiquiátrico de Santa Águeda (Mondragón). Leopoldo aparece ante el micrófono de la cadena SER, lee poemas ante un atril del salón de actos de la Casa de Cultura de Vitoria (junto a él, un vagabundo que a veces le acompaña) y sale al lado de su amigo el pintor Fernando Beorlegui. En la cinta se incluyen fragmentos de una actuación de Patti Smith.

En el campus de la Universidad de Las Palmas y la cafetería de la Facultad de Humanidades, Leopoldo comienza a ser un personaje notorio. Camareros y estudiantes le conocen, charlan y bromean con

él. El 10 de diciembre, el programa *La mandrágora* de TVE-2 emite el cortometraje *Poema*, de Garikoitz Landa, con los intérpretes Leopoldo María Panero, Iñaki Abando y Loli Astoreka. En *El Viejo Topo*[3] el poeta publica el artículo «¿Quién tiene miedo de Virginia Woolf?». Su hermano Michi decide pasar el fin de año con Javier Mendoza, hijo de Sisita, en Lanzarote, donde se encuentran de solaz Rosa Mary Betancort y su hija, Claudia. Michi y Javier despiden el año en el hotel con una cena basada en la gastronomía china y, por encargo del semanario *Tiempo*, tratan de entrevistar a José Saramago, pero el novelista está ausente de la isla.

El 22 de enero de 1998, Leopoldo deja un mensaje grabado en el contestador automático de Luis Arencibia: pretende que le busque un piso de alquiler por cien mil pesetas mensuales en Leganés. Preocupado, Luis habla con Manuel Desviat para advertirle de las intenciones del paciente. El psiquiatra telefonea a Las Palmas y le tranquilizan: todos sus ingresos están bajo control. En nombre de Panero, Marava llama a Arencibia. Leopoldo insiste en los mensajes: si en veinticuatro horas Luis no le llama, amenaza con tirarse por un barranco. Arencibia habla con un Panero eufórico; le dice que le van a dar el alta y le reitera que le consiga un apartamento. «Ya estoy bien. Solo tenía una falta de identidad.» Desviat habla con Inglott y este le explica que, cuando Leopoldo mejore, le buscarán una pensión en Las Palmas con vigilancia médica.

El poeta madrileño rompe definitivamente con Rizzo. Sale a diario del hospital para dar una vuelta por la ciudad y continúa escribiendo de forma desmedida. Las salidas normalizadas y el trabajo intelectual parecen vertebrar la estrategia de tratamiento y recuperación del paciente. Leopoldo utiliza el hospital como centro de noche y pasa el día en la ciudad.

En la península, en junio, el Centro Municipal Las Dehesillas de Leganés acoge la exposición *Espacio de diferencia*, con trabajos de una veintena de artistas madrileños que, durante tres meses, se han encerrado en las celdas del manicomio de Santa Isabel para realizar distintas intervenciones. La locura y las formas de expresión son el argumento. Se edita un catálogo prologado con el inédito de Leopoldo María Panero «Reportaje al pie de la horca».

El suplemento «Cultura» de *La Provincia*[4] publica un testimonio fragmentario de Leopoldo recogido por el periodista Mariano de Santa Ana. «¿Escribir algo sobre Gran Canaria?, ¿qué voy a escribir, una postal?» No le gusta Las Palmas, porque asegura que es una «ciudad grasa». Solía decir que era la isla grasosa. «Lo único que me interesa de Canarias es el MPAIAC», asevera. Continúa aferrado a la escritura. En la

conmovedora soledad de su cuarto hospitalario aporrea el teclado de la máquina y el 14 de julio Leopoldo publica su última columna en *Egin*, «Strindberg y sus enemigos eléctricos». En *Clarín. Revista de Nueva Literatura*5 ven la luz «Los poemas de Las Palmas». La última semana de julio aparece *Mi cerebro es una rosa. Textos insólitos*, de Leopoldo María Panero, una miscelánea de escritos sobre psicoanálisis, drogas, arte, pequeños ensayos, relatos, una obra de teatro y un guión radiofónico.

En otoño, Jesús Munárriz, en la sede de Hiperión, recibe de Rizzo el original mecanografiado de «Tensó II», escrito a dúo, pero Panero desautoriza esa obra para su publicación. Rizzo pide al editor que le sea devuelto el texto. Leopoldo asegura a sus allegados que Claudio le ha propinado una paliza tremenda por su negativa a publicarlo. Entretanto, el novísimo vomita *Guarida de un animal que no existe*, celebración para odiar a Dios y a sí mismo –autodesprecio–, irracionalismo, blasfemia y la recurrente escatología. Su obra crece y él figura en el volumen *El último tercio del siglo (1968-1998). Antología consultada de la poesía española*, con presentación de Jesús García Sánchez y prólogo de José-Carlos Mainer. Veintiocho son los poetas seleccionados tras consultar a casi trescientos votantes. También figura Juan Luis Panero.

En la isla comienza a tener su público, sus devotos. La noche del jueves 17 de diciembre, Leopoldo María ofrece una charla, «La revolución de la percepción o el sistema sin sistema», y lee el relato «Parábola de la noche» en el pub Naomi, de Las Palmas, parapetado tras unas latas de Coca-Cola, de espaldas a un mural de espejos, bajo una esfera de cristalitos y alumbrado por dos focos discotequeros. Al final del acto se le acerca Diego Perdomo, un joven estudiante de Filología Inglesa de veintitrés años y amante del rock, y le pregunta si puede visitarlo en el hospital. Diego, miembro de la burguesía ilustrada, es hijo del poeta Juan Luis Perdomo Manzaneque, quien le acompaña en la sala.

El matrimonio Rizzo se ha separado y Michi, que asegura estar como Bergamín (de físico), vive en Las Palmas en un apartamento con Rosa Mary y Claudia, mujer e hija de Claudio. El genovés se lamenta de que los Panero le han destrozado la vida y se queja de que le habían asaltado su casa, pero quien los metió en su domicilio fue el propio Rizzo.

El joven Orestes Romero, matriculado en Traducción, lleva el cineclub *El idiota* en la Facultad de Humanidades de Las Palmas, y su amigo el argentino Fernando Herrera, Fito, estudiante de Traducción y poeta vocacional, le habla de Leopoldo y su familia, protagonistas de

dos películas que tiene que ver. Otro amigo, Diego Perdomo, le muestra las cintas y Orestes queda fascinado con *El desencanto*. Programó una sesión en el cineclub con la asistencia de Leopoldo cargando una bolsa azul llena de libros y la sala se llenó. Hasta concurrieron prensa y televisión interesados en la figura del poeta. Finalizada la proyección, Leopoldo le dice a Orestes si pueden verse al día siguiente. Se citaron en la terraza de la cafetería de Humanidades, donde el madrileño suele sentarse a leer.

El 29 de febrero de 1999 se acabó de imprimir *Abismo*, poemario escrito íntegramente en el hospital. Un canto a la página donde habita el poema. De las treinta y una composiciones que incluye el libro, diecisiete llevan el término *página*; en veintiuna ocasiones se repite dicha palabra y hasta tres veces en un poema de cuatro versos. Las repeticiones léxicas empiezan a ser una constante. Y el 9 de marzo Antonio Huerga lanza una nueva edición de *Así se fundó Carnaby Street*.

*Ruta 66*,[6] revista de rock and roll, publica una entrevista de Carlos Iguana con Leopoldo, hecha tres años atrás mediante un cuestionario por escrito, e incluye un poema regalado: «Vaso». El 13 de marzo, Diego Perdomo visita a Leopoldo en el hospital y el gesto llega al alma del poeta, quien le muestra una tesis doctoral sobre su obra. Poco después, el día 30, Panero recibe a la autora de la tesis, Michele Ferrante.

Yolanda Forcada, en coordinación con los terapeutas del hospital, organiza un viaje a San Sebastián para que Leopoldo María se reencuentre con sus amigos. El 27 de abril, la asistente social Rosa Sintes acompaña a Panero al aeropuerto de Las Palmas; él está ansioso por tomar Colme, previendo que va a darse a la bebida. A las once de la mañana embarca y llega a la capital donostiarra a las cuatro de la tarde. Nada más pisar tierra comienza a beber compulsivamente hasta la noche. De nuevo el gozo en la bebida. Sus amigas le buscan una pensión. Tras una monumental bronca con vómitos incluidos, la propietaria lo expulsó. Continúa en el exceso. Sufre una hernia de hiato, lo que le provoca graves crisis con el alcohol. Durante la noche aporreó los timbres estridentes de los domicilios de sus amistades. El miércoles 28, a primera hora de la mañana, le ingresan en la unidad de agudos del Hospital de San Sebastián. Los médicos se ponen en contacto con el Psiquiátrico Insular. Manchado les da informes y referencias. Superada la crisis, el 1 de mayo viaja a Madrid. Manchado se pone en contacto con el matrimonio de psiquiatras María del Carmen Fabelo y Javier Rua-Figueroa Suárez, que pasan unos días en la capital; coinciden en el aeropuerto con Leopoldo y le acompañan en

el vuelo a Las Palmas.

Recién llegado de Canarias vuelve a la península para asistir a la Feria del Libro de Madrid. En las librerías hay una nueva obra suya, *Teoría lautreamontiana del plagio*. Como de costumbre, Panero pasa por Visor, donde se encuentra con Luis Antonio de Villena; juntos toman un refrigerio en el bar de al lado. No transcurre mucho tiempo cuando vuela de nuevo. Con motivo de la publicación de su biografía, el 7 de julio, Leopoldo, acompañado de un asistente social, vuelve a viajar a Madrid para grabar el día después en Prado del Rey el programa *Negro sobre blanco*, dirigido y presentado por Fernando Sánchez Dragó. También participa Jaime Chávarri. En plena grabación, el poeta se ausentó para ir al cuarto de baño. Con la promesa de que le abonarán cincuenta mil pesetas, regresa a Las Palmas al día siguiente. El programa se emitirá el 26 de septiembre.

Los dos hermanos Panero pasan juntos algún fin de semana. Leopoldo se ha reconciliado con Rizzo, pero continúa en el hospital. Diego Perdomo toca todos los viernes con un amigo en el pub Sky Ranch, un pequeño local al lado de la playa de Las Canteras. Un día de otoño a Diego le falló su amigo y tuvo la ocurrencia de invitar a Panero y Rizzo para dar un recital tras su actuación. Diego ofrece un concierto de guitarra electroacústica con canciones como «Like a Rolling Stone», de Dylan, «Working Class Hero», de Lennon, y seguidamente los dos poetas dan un recital sentados en dos taburetes. La sala está medio llena y entre el público se encuentra Michi, que comienza a beber de nuevo. Ha pedido dos vodkas en vaso de tubo y el primero se lo pimpla de golpe. Una vez finalizado el acto, Leopoldo se marcha al hospital y Michi, Claudio y Diego terminan al rayar el alba con un desayuno en el hotel Santa Catalina.

En agosto, Orestes Romero, seguidor de la *nouvelle vague*, graba un día con Leo, así le llama, y cuando se entera de la estancia de Michi en Las Palmas dedica otra jornada a la grabación con él. Su amigo Daniel Barreto, estudiante de Traducción, es el encargado de hacer las entrevistas. Michi está muy apagado, vencido, malherido por la soledad. Dice envidiar la locura, porque la lucidez solo le sirve para constatar la soledad. Llegado septiembre, acogido al programa Erasmus, Orestes se marcha a estudiar cinematografía a París.

En octubre, José Águedo Olivares (hoy transformado en Noel Olivares) deambula por la ciudad con aire funeral por la reciente muerte de su madre; en una terraza de la plaza de España reconoce a Leopoldo María, sentado a una mesa tomando una Coca-Cola. Se acerca y entabla conversación con él, de quien sabe de su obra. Le recuerda una lectura escandalosa que dio en el Ateneo madrileño. «¿Y

tú qué haces. Eres asesino de camareros?»,[7] inquiere Panero para carcajear estruendosamente. Águedo le habla de un libro de sonetos fúnebres, *Favor del cielo y comidilla de difuntos*, que se había autopublicado. «Si quieres puedo traerte un ejemplar. Fue una tirada muy corta y alguno me queda. Por lo demás, trabajo en un agujero inmundo, una oficina del Estado.» Leopoldo encendió un cigarrillo, exhaló mirando en derredor y exclamó: «La vida es un cuento de brujas. Vale, el próximo día nos vemos. Siempre estoy por aquí». Águedo volvió tres fechas más tarde con su libro en una carpeta. Panero ojeó el volumen y, coqueteando con la camarera, le dijo: «Cordelia, te presento a mi amigo poeta». En el siguiente encuentro Leopoldo le propone escribir a dúo.

El viernes 29 de octubre, invitado por el ayuntamiento de la localidad alicantina, Leopoldo María viaja a Orihuela para participar en la clausura de las Jornadas sobre Rehabilitación Psicosocial e Inserción Laboral de Enfermos Mentales Crónicos. A las diez y media de la mañana del sábado 30 expuso «La locura o la "X" en la ecuación del Hombre. El desconocimiento de lo desconocido».

En noviembre, en el barrio de Arenales abre la Cafebrería Esdrújulo (Cebrián, número 54), un local comandado por Adolfo García Darriba en el que se da cita una determinada clientela: juvenil, universitaria, bohemia. También se venden libros, celebran actos culturales y organizan conciertos de cantautores. El sitio pronto será descubierto por Leopoldo.

La revista *Quimera*[8] publica una suerte de diccionario Panero, a cargo de Mariano de Santa Ana, periodista de *La Provincia*. Después de una larga conversación con el poeta en el hospital, Mariano extrajo los destellos más lúcidos de esta para así construir un glosario paneriano de la A (Apocalipsis) a la T (Tejero).

Rizzo y Panero vuelven a la península porque el 3 de febrero de 2000, en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, Jesús Ferrero presenta *Blackout*, de Claudio Rizzo, a quien acompaña Leopoldo. Ambos poetas hablan del libro del italiano: poesía final, vejez, muerte, fin de trayecto. Algunos versos están salpicados de léxico paneriano: *ceniza*, *semen*, *página*, *poema*, *cadáver*.

En la isla, todas las mañanas sin falta, Leopoldo baja al centro de la ciudad y su primer destino es el Banco Popular, en la zona portuaria. No pasa un día sin que revise sus ingresos y extraiga alguna pequeña cantidad de billetes para pasar la jornada. Tres veces por semana, Olivares y Panero se reúnen en la casa del primero, en la calle de Pamochamoso, número 10, un piso lúgubre donde Leopoldo se arrellana en un desvencijado sillón estrecho tapizado en pana verde y

lanza versos encendidos hasta frenar en seco. «Sigue tú.» Águedo, delante del viejo ordenador, declama y anota a mano mientras su interlocutor encadena el siguiente verso. Discuten cada peldaño del poema con vehemencia. En una semana han escrito más de una veintena de poemas. Una tarde tras otra acumulan nuevo material. Leopoldo le pide a José poner su nombre en el buzón de correos de su domicilio para recibir su correspondencia fuera del hospital. Desde entonces, le pregunta a diario si ha llegado algún cheque. A veces Leopoldo llega al piso por su propio pie, se sienta en el sillón y pide un yogur, dos, tres, una Coca-Cola, dos, tres. Su silencio y la mirada desdeñosa indican algo indescifrable. Apagado el ordenador, salen al bar para consumir más refrescos y cafés hasta que oscurece, momento en que José acompaña a Leopoldo a la estación terminal de la guagua que le lleva al hospital. Un mediodía, los dos poetas van a almorzar a La Graciosa, un económico restaurante del puerto que suelen frecuentar. Sentados a la mesa y antes de ser atendidos por la camarera, Leopoldo, con una amplia sonrisa pícara, le muestra a José una revista ilustrada de pornografía gay. Este le sugiere que la guarde. Mientras hojea la publicación, se levanta y se la muestra a un par de señoras entradas en edad que ocupan la mesa vecina. «Miren», les dice. Olivares, abochornado, fija la vista en otro lado.

A finales de abril, en la calle de Triana, se celebra la Feria del Libro de Las Palmas. Adolfo García, al frente de la caseta de la Cafebrería Esdrújulo, conoce a Leopoldo, que ha cambiado la zona por él demonizada de José Mesa y López y plaza de España por el barrio de Triana. Luego el poeta presenta en el Esdrújulo *Teoría del miedo*, terminado de imprimir el 25 de abril con prólogo del autor y epílogo de Túa Blesa. Cubriéndose el rostro, Leopoldo escenifica el terror en modo de *performance*. La nueva obra abunda en reiteración léxica: *poema*, *ruina*, *azul*, *ceniza*, *muerte*, *página*, *Dios*.

En mayo, el madrileño comienza a ir muchas tardes al Esdrújulo y se sienta a la mesa de la entrada acompañado de un atestado cenicero de aluminio sobre el mármol. Se vuelve a editar *El lugar del hijo*, de Leopoldo María, con un cambio de título: la preposición *En* por el artículo *El*. Desde el Esdrújulo el poeta telefonea a sus editores. Come a diario en un restaurante de la calle de Triana llamado El Reloj. Todos los días lo mismo: gazpacho. Luego duerme la siesta en un banco frente a McDonald's, al principio de Triana; le guardan su bolsa azul en el local de comida rápida. Los domingos, cerrado El Reloj, almuerza en El Canario, en la calle de Perojo, número 2, y pide el mismo plato, unos filetitos de carne en salsa, llamado Vueltas a la casera.

Los amigos Antonio Rubio y Fernando Cordero (galerista) viajan a la capital grancanaria para visitar a su compinche de antaño.

Acompañados del cámara Guillermo de la Guardia, graban a Leopoldo sentado en una silla de tijera de espaldas al mar, en un acantilado de Las Palmas. El poeta expone su consabido discurso sobre el capitalismo y la antipsiquiatría, el caso Panero, el alcohol, las drogas, la locura, el golpe de Estado, el rey, Aznar, la resurrección y el paraíso. Al loco le oyen, pero no le escuchan. Ruge el mar. Lee varios poemas, recita otros de memoria e improvisa uno:

> Nunca supe lo que era la Falange
> quizá el silencio de un grito.

La revista *Clarín*[9] publica «Un cadáver en un manicomio. Poemas de Gran Canaria», de Panero y Olivares. A los veintiún poemas de doble autoría les acompaña una carta de Leopoldo dirigida el 7 de abril de 2000 al director de la publicación, José Luis García Martín. Panero le pide a Olivares que imprima los poemas que llevan hechos y se los entregue para revisarlos en el psiquiátrico durante el fin de semana. El trabajo no estaba concluido. Ante unos días de ausencia, Olivares le telefonea para preguntarle por los poemas y Panero le dice que los ha enviado a la editorial Lumen, a su amiga Ana María Moix. José le insiste: «¡El libro no está terminado!». Leopoldo, demoledor, contesta: «Ese libro es mío». Consumido por la rabia, Olivares fue al hospital y le esperó a la salida; cuando se disponía a subir a la guagua para bajar a la ciudad, le abordó. En el coche, José le recordó que era un trabajo conjunto y le exigió que hablase con la *nena* Moix, que podía quedarse con el dinero, pero que no iba a renunciar a su firma. Leopoldo temblaba como un crío. En el fragor de la discusión, Olivares se saltó un semáforo en rojo y un policía motorizado le dio el alto. Leopoldo comenzó a reír y le dijo al agente: «Este es un asesino, se lo juro, es un asesino y quiere matar al rey». Olivares asumió su culpabilidad, explicó que procedían del psiquiátrico y se zafó de una sanción. Después de hablar con Ana María, la editorial les envió un contrato que firmaron ambos y posteriormente recibieron por separado un talón de cincuenta mil pesetas cada uno. Olivares le invitó a almorzar en el restaurante asturiano El Pote (Juan Manuel Durán González, número 41). Con el primer trabajo a dúo, «Quién soy yo», Leopoldo le pidió a José que lo enviase al premio de Poesía Ciudad de Salamanca. Con muchas reticencias, Olivares así lo hizo.

Tras el curso del programa Erasmus en París, en junio Orestes regresa a Las Palmas y frecuenta a Leopoldo. Orestes decide darle utilidad al material grabado con los hermanos Panero y comienza el montaje de un documental. Leopoldo le pregunta: «Pero ¿tú qué

piensas hacer con la mierda de película que has hecho?».[10] Con Orestes Romero, Diego Perdomo y Fernando Herrera pasean por la calle peatonal de Triana. Leopoldo también se refugia en la librería Canaima, en la calle del Senador Castillo Olivares, número 7, no lejos del Esdrújulo, donde ofrece sus obras a los clientes: «Si compra mi libro, se lo dedico».

Un desconocido Diego Medrano, ovetense veinteañero residente en Sama de Langreo, escribe a Leopoldo María al hospital de Las Palmas. Leopoldo le contesta por teléfono y le pide que hable con García Martín para una colaboración pagada en la revista *Clarín*. Le asegura que en *Egin* cobra diez mil pesetas por columna.

En la madrugada del viernes 22 de septiembre, en Madrid, muere Jesús Ruiz Real, víctima del sida. Leopoldo lo desconoce. Jesús, llamado cariñosamente La Jesusa, fue compañero en la cárcel de Zamora y de otras correrías en los años sesenta del siglo pasado.

El 10 de noviembre, el jurado del Premio Ciudad de Salamanca de Poesía emite el fallo. Panero, que está al tanto de la fecha, divulgó entre sus conocidos la idea de que lo habían ganado y que Olivares se había embolsado dos millones de pesetas. Pero de lo que no está al corriente Leopoldo es de que en diciembre, en el madrileño cine Bellas Artes se estrena *Hyde y Jekyll*, cortometraje de siete minutos basado en el guión que él le dictó a su amiga Yolanda en una de sus excursiones veraniegas por los aledaños de Mondragón. Dirigido por Sara Mazkiaran, fue producido por su hermana Yolanda.

Panero y Olivares vuelven a verse, están nerviosos. La mañana del lunes 8 de enero de 2001, Ana María Moix telefonea a Olivares para preguntarle por qué se había apropiado del dinero del premio de Salamanca. El canario no daba crédito; Leopoldo, presente y con cara de circunstancia, no deshizo la calumnia. La fecha posterior, Olivares llamó al Ayuntamiento de Salamanca para saber del ganador. Fue Rosa Romojaro Montero, con su obra *Zona de varada*. Al encuentro con Leopoldo, José le arrojó un papelito con el número de teléfono del consistorio salmantino para que supiera quién había logrado el galardón.

El 13 de febrero, Leopoldo María Panero saca todo el dinero de su cuenta y vuela a Madrid. En esa misma fecha se terminó de imprimir la reedición de *Nueve novísimos poetas españoles*, de José María Castellet, que incluye un apéndice documental: una separata con artículos, reseñas y cartas de la prensa. El día 15, Segundo Manchado llama a Luis Arencibia, porque supone que Leopoldo ha viajado a su ciudad. La tarde del 16 el vate la pasó en Leganés bebiendo cerveza hasta las siete, hora en que se presentó en el psiquiátrico; pidió ser

ingresado y que le pagaran el taxi. Entró en agudos y le hicieron un chequeo. Bronca con Manuel Desviat porque el poeta no se adapta a las condiciones del centro para su internamiento. Desviat lo envía al doctor Baldomero Montoya, responsable de la unidad de recepción. Leopoldo se marcha y recorre los bares de la localidad hasta que se harta y solo entonces se presenta en el despacho de Montoya, donde monta una zapatiesta considerable. Quedó internado hasta que lo enviaron al aeropuerto de Barajas. Pero no llegó, se quedó en la ciudad bebiendo hasta ser detenido por la policía y acabó en el Hospital Clínico San Carlos. Según Desviat, Leopoldo estaba con una psicopatología fortísima. «No pone de su parte para curarse y no se adapta a ningún tipo de terapia. Se está autodestruyendo. Ha asumido su rol de loco y lo ejerce. Parece que tiene intención de instalarse en algún hospital madrileño y utilizarlo como hotel para no volver a la isla», le explica el doctor a Luis Arencibia.

El 5 de marzo, ocho de los nueve novísimos se reúnen en Barcelona con José María Castellet en el restaurante 7 Portes (paseo de Isabel II, número 14). El motivo es la presentación de *Nueve novísimos poetas españoles* editado por Península. En el almuerzo están presentes Manuel Vázquez Montalbán, Antonio Martínez Sarrión, José María Álvarez, Pere Gimferrer, Félix de Azúa, Vicente Molina Foix, Guillermo Carnero y Ana María Moix. La situación de Leopoldo le impide encontrarse con sus compañeros poetas.

Una semana más tarde, a la anochecida, el poeta telefonea a Arencibia y le comunica: «Me he fugado del Jardín de los Horrores», en referencia al Psiquiátrico Insular. Continúa en el Clínico, donde le visita Silvia Gasset. El día 13, Arencibia va a verlo; hasta llegar a él atraviesa varias puertas enrejadas y lo encuentra absolutamente disparatado. Está muy delgado, sucio y descamisado, en un estado demencial y paranoico. No puede salir y solo admiten visitas de cuatro a seis de la tarde. Leopoldo le cuenta a Luis que en Canarias lo empalaron, lo torturaron, le dieron electrochoques y trataron de envenenarlo. Asegura que murió y durante el deceso le hicieron una felación. Luis toma notas para un artículo en *El País*, por orden de Leopoldo, que luego lo firma. Le encarga que reclame a Las Palmas sus pertenencias. Entre otras cosas, una máquina de escribir averiada por la ira de un psicótico. Con posterioridad, Arencibia habla con Desviat para ver las posibilidades que hay de ingresarle en Leganés porque en el Clínico está en tránsito, con riesgo de devolverlo a Canarias, de donde el enfermo echa pestes. Continúa telefoneando a Arencibia y le deja mensajes: «Luis, llámame para saber que no estoy solo». Narciso pide afecto, tiene necesidad de ser objeto de la estima de alguien, reclama cariño, amar le resulta imposible y, cuando amó, no fue amado; no se permite la más mínima emoción, es incapaz de querer a

alguien, solo a sí mismo. Vencido por el dolor, no siente afecto por nadie. Apenas recibe visitas. Tiene permiso de paseo por la mañana y por la tarde; cada vez que sale le dan Colme. Luis va a buscarlo el 25 de mayo para pasear. Le entrega un poema que escribió el 25 de abril:

*Para Luis Arencibia, primer amigo de este hombre*
*que no tuvo ya otro amigo más*
*que la sombra, el alcohol y la muerte*

Oh Cristo, casi sin sombra,
casi una nada,
Tú eres mejor que la nada,
la nada que reza en el poema
rezándole a la sombra y a la nada.

Cuando pensar es nada,
cuando se levanta la vista
mirando sin ser ya nada,
una voz en griego dice
ĬDEĨN que significa mirar.

Ah caballo atroz del viento,
que sopla sobre el poema
en donde una cara se desfigura
buscando aún el poema
sobre la nada.

Ah caballo, río del jaco
entre los dientes,
rosa tétrica
para burlar la nada.

Meriendan en el hospital y se sientan en una terraza del paseo de Moret, donde Leopoldo pide dos latas de sardinas, cuatro piezas de pan, cinco Coca-Colas, cuatro bollos y dos grandes vasos de leche. Lo engulle todo seguido, con mucha ansiedad. Arencibia lo nota muy sedado. Luego van a la Feria del Libro, en El Retiro.

En primavera, Segundo Manchado es invitado a renunciar –y renuncia– como jefe de servicio de la Unidad de Rehabilitación Activa, pero sigue en contacto estrecho con el paciente Leopoldo María Panero Blanc. No es su psiquiatra, pero Leopoldo asiste a su despacho diariamente para saludarle y hacerle compañía un rato. Manchado está adscrito al programa de Exclusión Social y le sustituye como jefe de la URA el doctor Antonio Sánchez Padilla, quien desvía a Leopoldo a los cuidados del doctor Benigno Santamaría Rodríguez. En ausencia de

este, también le atiende la doctora María del Carmen Fabelo Marrero.

El 30 de mayo se acabó de imprimir la segunda edición aumentada de *Teoría del miedo*, dedicado a su amigo Claudio Rizzo y Alenka Skrzeková. El libro incluye una quinta parte, «La vida es un cuento de brujas», con treinta y cuatro nuevos poemas. El 31 de mayo el autor recibe a Benjamín Prado, que le visita con ánimo de escribir un artículo para *El País*. Panero está muy deteriorado, su indumentaria raída. En la cafetería charlaron y Leopoldo llegó a tomarse hasta veintidós vasos de leche en una hora y media. Sus médicos, la doctora Yáñez y el doctor López-Ibor Aliño, llaman a Arencibia, a quien tienen por tutor de Leopoldo. Tratan de buscarle un piso tutelado porque no quiere volver a Canarias.

El galerista Fernando Cordero edita el catálogo *Headless*, del artista y escultor mallorquín Bernardí Roig, que incluye grabados a la aguatinta, dibujos y cinco retratos del poeta más diez poemas de Leopoldo María Panero («Ritmando la pena de muerte»), un prólogo del crítico de arte Santiago B. Olmo («La cabeza del abuelo de Claire») y un epílogo de Fernando Cordero («Asedio al hombre aislado»). A los primeros cincuenta ejemplares, de una edición de mil, los acompaña un CD de seis minutos sobre imágenes del poeta recitando en el acantilado de la isla de Gran Canaria, grabadas el año anterior.

En junio, el pintor José Noriega en El Gato Gris (Veliza, Valladolid) hace una edición de bibliófilos, *Suplicio en la cruz de la boca*, una caja de madera con siete poemas y cinco dibujos de letra trémula e ilegible de Leopoldo María Panero, fechados y firmados por el autor. Se editan ciento treinta y cinco ejemplares, venales los numerados del uno al cien. Noriega le pidió al poeta que le dibujara un gato, pensando que quizá en algún momento podría sustituir al logotipo de la editorial. Panero le advirtió que no sabía dibujar. Cuando el editor recibió el gato reclamado, parecía cualquier cosa excepto un felino. El poeta alegó que había entendido que le pedía un pato, y no un gato. «El animal que dibujó Panero se parecía todavía menos a un pato que a un gato.»[11]

El 12 de julio Antonio Huerga y el poeta aragonés Ángel Guinda presentan en el Círculo de Bellas Artes de Madrid la reedición de *Así se fundó Carnaby Street*, el primer poemario de Leopoldo. El vate salió unas horas del Hospital Clínico San Carlos para anunciar su obra. Entre el público está el pintor Detritus, residente temporal en Madrid. Días más tarde, el artista donostiarra y dos amigotes poetas, Beñat Arginzoniz y Beñat Balza, visitan a Panero en el hospital y salen a pasear con él. Se acercan a la librería Visor y llegan hasta la Gran Vía, entre las plazas de España y del Callao, donde hacen un alto para refrescar el gollete. Como saben de la racanería de Leopoldo, ninguno hace amago de abonar las consumiciones y deciden enfilar la salida,

pero el camarero advirtió la operación y les lanzó un vaso de cristal. Tras el estallido del vidrio contra el suelo, retrocedieron y saldaron la deuda, entre los gruñidos del servidor tras la barra.

La tarde del 17 de julio, Arencibia acompaña a Leopoldo para despedirse, porque al día siguiente a las diez de la mañana lo enviarán a Canarias. Está melancólico por la marcha; su aspecto es cada vez peor por la medicación. Le confiesa a Luis: «Esto es invivible, aquí están todos locos». Quedaron a las cuatro, fueron a la librería Visor, estuvieron con Chus, a quien Leopoldo le sacó un ejemplar de *Poesía completa (1970-2000)*, en edición de Túa Blesa, que saldrá a la venta en septiembre, y se la dedicó a Luis: «Para Luis Arencibia, de aquel que olvidó su nombre. Con un abrazo de Leopoldo». Bromeando, Chus le advierte de que no se deje pegar por Claudio Rizzo. Sus amigos canarios pensaban que se había marchado definitivamente de la isla y, al enterarse de su regreso, fue tal la alegría que Orestes Romero se personó en el aeropuerto sujetando un folio en el que se leía: «Bienvenido, Raicilla» (de *raíz*, así le llamaba Leo a él). Panero dijo: «Por lo menos aquí tengo un manicomio con jardín y amigos». Cierto, porque Michi abandonó la isla y se ha trasladado a vivir a Madrid con su exnovia Amparo Suárez-Bárcena, en un piso de la calle Gabriel Lobo, propiedad de la familia de ella.

Una vez en el Psiquiátrico Insular de Las Palmas, Leopoldo vuelve a frecuentar la universidad con sus amigos los camareros (figura simbólica del proletariado) y ya es todo un personaje popular. Acabada la relación amistosa con Olivares, traba amistad con Sebensuí Álvarez Sánchez, joven de veintiún años muy aficionado al rock y fanático de los músicos malditos, que ha publicado algún poema en revistas canarias. Sebensuí una noche fue invitado a participar en el programa *Encuéntame en las ondas*, de la radio libre Guiniguada, de Las Palmas, y coincidió con Panero y otros tertulianos. El poeta le miraba y decía: «Yo sé de uno que se cree que es Jesucristo y se pone a cuatro patas».[12] Sebensuí, que había sufrido un brote psicótico dos años atrás y se creyó Jesucristo, quedó impresionado. Leopoldo siguió con sus exabruptos: «¡Y llamo a Margarita y no está!», reiteradamente. Comienzan a encontrarse en el Esdrújulo. Sebensuí vive con su madre, su hermana y su perra Kira, una cocker de color marrón y blanco, en la calle de Antonio de Viana, en el barrio de Vegueta, el casco antiguo.

El 20 de septiembre, Benjamín Prado publica en *El País* «Panero el loco». También en septiembre se acabó de imprimir la obra a dos manos *Me amarás cuando esté muerto*, de Leopoldo María Panero y José Águedo Olivares. El 3 de octubre, el madrileño lo presenta él solo en la Cafebrería Esdrújulo, donde, rota su relación con Olivares, recibe su correspondencia. Panero «aclaró que la participación de Olivares en el libro ha sido muy escueta, pero fue él quien eligió el título».[13] El

canario pone dos ejemplos para demostrar su prolija intervención. En el poema «Pandemonium», de ocho versos, tres son de él y cuatro de Leopoldo («Pactando con el poema como quien pacta con el diablo» [LMP], «una gota de sangre firma el verso / que contiene el arcano de la vida» [JAO], «porque el poema puede matar si muere» [LMP], «con intocable belleza condenada» [JAO], «como el cobarde que mata con un beso» [LMP], «y el valiente con una espada» [JAO], «(Wilde *dixit*) oh el cáñamo andando en los pies» [LMP]). En «Rostro de fuego», de seis versos, tres son de su autoría y tres de Leopoldo («Fulgor de la llama que arde sobre mis huesos» [JAO] «Abel Garmín, aliento de la podredumbre / guadaña para segar los gusanos que arden en la nieve» [LMP], «con desmayada sed de posesos» [JAO], «esclavos del gusano que nunca muere» [LMP], «sino que repta sobre el poema» [JAO]). Los títulos de los poemas y del poemario son de Olivares, a quien le costó imponerlo porque Panero lo encontraba truculento, «me parece de fotonovela».[14]

Con posterioridad, Leopoldo presenta el libro en solitario en el Club Prensa Canaria. Olivares se entera de la convocatoria por el periódico y se presenta en el acto. Sentado entre el auditorio al final de la sala, esperó al remate para, manifiestamente enojado, alzar su voz y gritar que aquello era una farsa, que aquel libro tenía dos autores y que el otro era él mismo. Panero, desde el estrado, reía inmisericorde.

El 21 de octubre, el suplemento «Babelia» de *El País* está dedicado a Leopoldo María Panero. El mismo mes aparece un nuevo libro suyo, *Águila contra el hombre. Poemas para un suicidamiento*, que presenta en el Esdrújulo ante un menguado pero hechizado auditorio, siempre atento a la lectura de sus poemas y a la bebida de sus vasos de leche, que le dan fuelle para pasar de página.

El miércoles 19 de diciembre, Diego Perdomo, Leopoldo y Orestes se citan en casa de los padres de este, en el paseo de San Antonio; Leopoldo y Orestes fuman un porro, Diego no habitúa pero da unas caladas. Luego marchan caminando al Centro Insular de Cultura de Las Palmas, donde se va a estrenar el documental *Indiferencia o la negación de la tiranía*, de Orestes. Ante un exiguo auditorio, en el estrado acompañan al autor Leopoldo, que lee un texto sobre la antipsiquiatría titulado «La flor del miedo», y Diego, quien, presa del miedo escénico y el efecto del porro, improvisa una torpe presentación. Tras la proyección de cuarenta y cinco minutos, en un extraño debate alguien pregunta a Leopoldo su opinión sobre la cinta y contesta: «No me gusta porque soy yo». A la interrogación sobre el suicidio como salida honrosa a la existencia, este héroe del desarraigo responde: «La única solución a la vida es la propia vida».[15]

Después de una llamada de teléfono, en Navidades la artista plástica multidisciplinar Elba Martínez, natural de Ollogoyen (Navarra), viaja a Las Palmas con un guión para grabar en blanco y negro con Leopoldo; durante tres días intensos, el poeta recita ante el objetivo, cita sin tregua, cuenta chistes…

Lejos de allí, el 22 de marzo de 2002, el Ayuntamiento de Astorga (representado por el alcalde Juan José Alonso Perandones) adquiere la casa Panero, cuyos propietarios son María Odila García Panero (hija de Odila Panero Torbado), Paulino Emilio, María Luisa, María Rosario y Juan José Alonso Panero (hijos de María Luisa Panero Torbado). Dos plantas de quinientos metros cuadrados cada una y el terreno colindante de mil ochocientos treinta y cuatro metros cuadrados se adquieren por un importe de 366.617 euros.

Leopoldo María viaja acompañado por Orestes Romero para participar en el encuentro «Poéticas novísimas. Un fuego nuevo», celebrado del 24 al 27 de abril en el Auditorio-Palacio de Congresos de Zaragoza, organizado por el Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Zaragoza. Leopoldo y Orestes llegan el día 25 y se hospedan en el hotel Romareda. La conferencia de Leopoldo tuvo lugar fuera de hora y resultó todo un caos. Exigió la presencia en la sala del «doctor Túa», un cenicero, unas botellas de agua mineral… Dijo no comenzar hasta que no le trajeran el agua. A una mujer de la primera fila le soltó: «Tiene usted cara de loca, señora». Túa Blesa se sentó en la misma hilera y advirtió al conferenciante que ya estaba allí. Después tuvo que subir al estrado y dirigir su intervención, pues Orestes, a su lado, no abrió la boca. Leopoldo le recordó a Túa que por la conferencia le pagaría setenta y cinco mil pesetas. Durante el congreso, el poeta deambula por el vestíbulo siempre rodeado de jóvenes acólitos. Apenas tiene conversación, su discurso es incoherente e inconexo, reclama invitaciones a refrescos, agua mineral o tabaco. Está agotado y muy deteriorado. Apenas habla, farfulla. El día 28 regresa a Las Palmas en compañía de Orestes. En la isla recibe de nuevo a Elba Martínez, que durante una semana graba con Panero, quien se siente muy cómodo ante el objetivo.

Cuando baja a la ciudad, después de pasar por el establecimiento bancario, Leopoldo se emplaza en la calle de Triana y al mediodía se reúne con Orestes. Juntos pasan toda la jornada, hasta que a las siete de la tarde van al parque de San Telmo, donde está la estación de autobuses, y esperan en un banco la llegada de la guagua que llevará a Leopoldo al hospital. En una de esas tardes, Leopoldo agarra con firmeza la mano de Orestes, le mira a los ojos y le dice con voz frágil: «Orestes, me he enamorado de ti, es así de simple». Orestes intenta disimular su sorpresa y le mira un tanto azorado, pues nunca antes le

había visto expresarse de modo tan juicioso. Estuvo entrañable, muy distinto a la caricatura pública de su personaje. Al llegar el autobús, Leopoldo subió y no hubo más dialogo. Esa declaración hizo mella en Orestes, quien decide derribar tabúes y reconoce que también tiene sentimientos hacia Leopoldo y necesita demostrárselos. Orestes, de veintidós años, igualmente está enamorado de Leopoldo, de cincuenta y cuatro. Comienzan un idilio. Se besan, literalmente se comen el uno al otro, con pasión. Leopoldo aprovecha esos juegos amorosos para escandalizar a los transeúntes de Triana. Orestes acepta a Leopoldo tal y como es: «Imprevisible, egoísta, injusto, despectivo, hijo de puta, duro hasta la crueldad y otras veces tierno y amoroso».[16] Pero Orestes quiere algo más que juegos. En cierta ocasión, en el McDonald's de la calle de Triana, lo siguió hasta el servicio y, una vez en el interior, ocultos de miradas, giró a Leo hacía si, lo agarró por la nuca y la cintura, y se besaron fogosamente. Otro día, a solas en la casa familiar de Orestes, Leopoldo se desprendió de sus zapatos con los pies y se tumbó boca arriba en el sofá. Orestes se sentó a su lado, le desabrochó la bragueta, introdujo su mano bajo el calzoncillo y comenzó a masturbarle. Leo le miraba e instantes después le retiró la mano y le dijo: «Lo siento, es que no se me levanta con los medicamentos que me dan en el hospital, joder».[17] Orestes sonrió y se tumbó junto a él. Leopoldo se quedó dormido. Excitadísimo, Orestes fue a aliviarse al cuarto de baño y agarró uno de los zapatos de Leo, que, por contagio de los calcetines, desprendía un fuerte olor a detergente del hospital, lo que le pareció muy erótico, aunque hubiese preferido una fragancia menos fétida.

En ausencia de los padres de Orestes, la pareja suele refugiarse en el domicilio familiar, donde ven películas, fuman hachís –pese a su torpeza corporal, Leopoldo hace los porros con una destreza formidable– y este duerme la siesta. A veces lleva una libreta con poemas manuscritos para que Orestes se los pase al ordenador; Leo dicta y Orestes teclea. Una vez transcritos se los lee en voz alta y no pocas veces el poeta altera el final. La madre de Orestes, que ve con buenos ojos a Leo, le cose, le lava y le plancha la ropa, como a uno más de la familia.

Cuando Leopoldo no puede salir, Orestes va al hospital a visitarle. Una tarde, después de atravesar la verja del centro, en un banco del jardín encuentra a Leo con una compañera joven, en la treintena, guapa, con corte de pelo a lo *garçon*, en estado gozoso, con la mirada perdida y una sonrisa perenne. La muchacha tiene la camiseta levantada con los senos al descubierto, que Leo lame sin ocultación alguna. Es una relación consentida entre dos psicóticos. Orestes se sentó en el banco; cuando Leopoldo hubo acabado la faena se giró y le dijo jovial: «Ah, estás ahí».[18] La acompañante de Leo, con una sonrisa

abierta, bajó su camiseta y cubrió sus turgencias. Leopoldo aclara: «Me excita porque es como un animal».[19] Pocos instantes después, se persona la madre de la enferma, de visita; sin prestar atención a los dos acompañantes de su hija en el banco, la señora se acuclilla, le entrega una caja de chocolatinas y le pregunta si todo está bien. Leopoldo y Orestes, sin moverse, presencian la escena invadidos por una ola de ternura.

En septiembre ve la luz *¿Quién soy yo? (Apuntes para una poesía sin autor)*, primer trabajo conjunto de Leopoldo María Panero y José Águedo Olivares. Para Luis Antonio de Villena, «los libros que [Leopoldo] firma en solitario tienen una factura más irregular, una hechura –ahora– más desmadejada. Los que firma con José Águedo Olivares (aunque mundo, obsesiones y temas sean los mimos) resultan obras con algún mejor pulimiento, como si el poeta canario le ayudara a dar forma, a estructurar algo mejor (hablo del verso) sus motivos de siempre».[20] En el mismo mes sale de imprenta *Buena nueva del desastre*, con prólogo de Pere Gimferrer y epílogo de los abogados del autor, Gregorio Azcona Martínez y Bartolomé Saavedra Ley. Además de poemas, el volumen incluye un breve ensayo: «Krazy Kat». El vate vuelve a recurrir a la figura del ciervo, emblema de la locura, metáfora también de la huida, de la fuga.

También en septiembre, un desmedrado Michi decide ir a vivir a Astorga, con sus mañanas frías y sus inclemencias provenientes del Teleno. El 2 de octubre, Michi se empadrona en el ayuntamiento y vive en la calle de Marcelo Macías, número 1, escalera derecha, 4.º A, una buhardilla que sufraga con una pequeña pensión y algún que otro refuerzo. El consistorio cuenta con una ayuda a domicilio, financiada por la Diputación, una auxiliar. La vieja Angelines Baltasar, quien estuvo al cuidado de él y sus hermanos en los días felices de la infancia perdida, se encarga generosamente de lavarle y plancharle su ajuar, de hacerle la casa, de darle de comer y de cenar. La corporación también corre con los gastos del practicante a domicilio, pues Michi se niega a asistir al ambulatorio.

En octubre se publica *Los señores del alma (poemas del manicomio del Dr. Rafael Inglot)*. «Creo que es una buena metáfora», dice el doctor Inglott, quien recuerda que en el título a su apellido le faltaba una *t*. «Porque él eligió la isla como último encierro, porque para él la existencia era un encierro.»[21] Un poema sin título lo dedica «al Dr. Benigno» y cuatro a una interna llamada Ñoñi, por la que muestra cierta inclinación: «Para Ñoñi, con amor».

Un mes más tarde aparece *Prueba de vida. Autobiografía de la muerte*. En prosa, Leopoldo ajusta cuentas con los fantasmas del pasado y no

tanto: Ramón Vidal Teixidor, Barcelona, Mechita, Mallorca y Talaiot Corcat, los Guerrilleros de Cristo Rey, la basura en casa de Guattari, la dentadura en la mano de un invidente en París, la CIA, ETA, el Partido Comunista, Adolfo Suárez, Alicia Ruiz Tormo, Mondragón, «el gilipoyas (*sic*) de Eduardo Haro Ibars», «el cabrón aquel de Claudio Rizzo», «el nombre de mi peor enemigo, un tal José Águedo Olivares», «el no sé si siniestro o querido doctor Segundo Manchado»… Prosa descuidada, pura indolencia.

Del 25 al 28 de noviembre, acompañado de Orestes, Leopoldo viaja a Bilbao para asistir en un pub-librería a la presentación de un libro de una joven poeta, al que le puso prólogo. Fueron recibidos por dos yonquis, amigos de la autora. La mañana después de la llegada, a la hora del desayuno, Leo pide una cerveza. Ha dejado de tomar sus medicamentos, que, tras pedírselos a su acompañante, arrojó al inodoro. Camina en zigzag. Los yonquis están sorprendidos y asustados cada vez que cae de bruces en la calzada. Orestes ha de levantar el pesado cuerpo inerte. Por la noche acaba vomitando, borracho como un adolescente. En el apartamento, desde su cama, Leopoldo, inmóvil, mira amenazador a su compañero de habitación. La segunda jornada, a la ebriedad se suma el síndrome de dependencia de la mediación. Orestes vive un infierno. Cree que será la última vez que viaje con Leo. A su llegada a Las Palmas, mientras lo ve adentrarse en el recinto hospitalario a través de las rejas del portalón, Orestes tiene miedo de que el poeta mienta y cuente que fue su acompañante el que tiró los medicamentos y que le maltrató; pero nada de eso hubo, simplemente fueron elucubraciones suyas.

Aunque desde entonces la pareja ya no está igual, porque Leopoldo desconfía de Orestes, su familia invita a cenar a Panero en Nochebuena. Orestes logra permiso del hospital para que se quede a dormir en la casa de sus padres. Pero un ansioso Leopoldo cenó tanto esa noche que luego vomitó un par de veces en la habitación.

16. TIEMPO QUE PRECEDE A LA MUERTE (2003-2007)

Solo la muerte es más blanca que el diente el marfil perfecto de lo oscuro.

Orestes y Leopoldo pasan las horas vacías en los bancos de la calle de Triana. A veces Leo se tumba en el asiento y posa su cabeza en los muslos de Orestes, quien le acaricia el cabello mientras Leopoldo fuma o se queda dormido. Orestes le desabotona la camisa y le acaricia el sudoroso pecho (su «pechín», dice Leo) o le pellizca los pezones flácidos. El poeta le mira y sonríe, sin dejar de fumar. La diferencia de edad entre ellos resulta más perturbadora que la homosexualidad que no se preocupaban de disimular ante la biempensante sociedad canaria. Solo en una ocasión un policía motorizado se detuvo ante ellos y se dirigió a Orestes: «¿Qué relación mantiene usted con este señor?», preguntó. Leopoldo, asustado, interrumpió su cigarrillo: «¿Cómo?», inquirió. «¿Que qué relación tenéis entre los dos?», interrogó el agente exasperado. «Somos amigos»,[1] respondió Orestes. Sin más, arrancó su motocicleta y continuó con sus paseos rutinarios. Como Orestes le perdona todo a su amado, del 22 al 24 de enero de 2003 vuelven a viajar a Madrid por causa de un recital de Leopoldo y se hospedan en la Residencia de Estudiantes.

A principios de febrero, Diego Perdomo llega a Madrid para pasar un examen que le facilite el certificado de aptitud pedagógica en la enseñanza pública. También en este mes se terminó de imprimir la nueva obra del poeta, *Conversación*, una reproducción de las páginas mecanografiadas originales tal y como llegaron a la editorial con la siguiente carta mecanografiada: «Yo no os conozco, pero vosotros sí me conoceréis a mí: me llamo Leopoldo María Panero. Recibid un cordial abrazo de Leopoldo», rubricada a mano. Y *La alegría de los naufragios. Revista de poesía*, n.º 7 y 8, editada por Huerga & Fierro, publica tres poemas de Leopoldo: «Diario de un muerto en vida o la psicosis del zombie», «El elefante blanco» y otro sin título que comienza así: «También Poe era un mamarracho y un ser grotesco», por los que Antonio Huerga le desembolsó mil pesetas por cada uno.

Orestes viaja de nuevo con Leo a Madrid. El 10 de abril se han citado en el café Comercial con Marava, quien está feliz de verlos como pareja. Luego, tras una llamada de Leopoldo, los amantes visitan

a Alpasky en su casa del distrito de Tetuán. Entre cortinas coloridas, variadas alfombras y telas en las paredes, Alpasky les ofrece un té y prepara un porro. Leopoldo se tumba en un sofá, Orestes se hace un hueco junto a él. Alpasky, sentado frente a ellos en otro sofá y separados por una mesa baja, le cuenta a Orestes la transformación de Leopoldo a causa de unos «tripis» que circularon por Madrid en los años del tiempo ido. Leopoldo escucha alelado. A las siete de la tarde, el poeta participa en unas jornadas literarias en el café de los cines Alphaville (Martín de los Heros, número 14), organizada por la Liga de Escritores Independientes. En el pequeño anfiteatro no hay mucho público, no más de tres decenas. A Leopoldo le presenta el poeta Carlos Iguana. Solo en la mesa, balbucea versos propios y ajenos durante unos minutos hasta que un espectador alza la voz e interrumpe al vate para, con un libro de Panero en las manos, leer un poema suyo. Leopoldo, boquiabierto, escucha con atención. Finalmente se levanta, quizá por problemas prostáticos, y no regresa a la mesa. Llevaba consigo el texto «Páginas contra la razón: Giordano Bruno o la antipsiquiatría», que no logró leer dado su estado. En el acto está presente Marava. Con posterioridad, la fiesta continuó en un local de copas en la misma calle. Los organizadores, además de correr con los gastos y alojarlos en un hostal de la calle del Arenal, le compraron al poeta un cartón de tabaco. El viernes día 11, en el teatro La Grada (Ercilla, número 20), a las seis y media de la tarde, a Leopoldo se le entrega el Premio Estaño de Literatura por su *Poesía completa (1970-2000)*, a cargo de Túa Blesa. José Marzo, secretario de la Liga de Escritores Independientes, le entregó un diploma en papel verjurado. Con posterioridad, Leopoldo, Orestes y Marava se citan con el canario Diego Perdomo y pasean por el centro de la ciudad. El 14 regresan a Las Palmas.

Un mes después vuelve a su ciudad. La mañana del 14 de mayo, Panero se hospeda en la Residencia de Estudiantes y por la tarde asiste a firmar a la Feria del Libro, en la caseta de Huerga & Fierro. Inquieto como es, quiere salir a dar una vuelta por los puestos del Retiro, pero sus patrocinadores le dicen que tiene que aguantar hasta las nueve de la noche, hora del cierre.

De vuelta en la isla, el poeta mantiene sus rutinas, la monotonía, los días iguales de Triana, en el Esdrújulo, con Orestes… y continúa recibiendo visitas. El 31 de agosto Leopoldo no puede salir del centro y atiende a Concha Pérez Rojas, licenciada en Ciencias de la Información (Periodismo) por la Universidad de Sevilla, quien pretende recoger material para su tesis doctoral: «Creación literaria y psicosis: tragedia, símbolo, mundos posibles, movimiento. La *Prueba de*

*vida* de Leopoldo María Panero». Por el pasillo aparece la figura encorvada del poeta. Como ella le había contado por teléfono que en México lo mencionó en una ponencia durante un coloquio internacional sobre la creación, lo primero que le soltó fue «Entonces ¿en México se habla mucho de mí?»,[2] con expresión dichosa. Leopoldo no tardó en enviarla por tabaco a un bar de carretera. Al ver que tardaba decidió salir a su encuentro, preocupado por si le había sucedido algo. Los días posteriores callejean por Las Palmas, visitan bares y librerías. Leopoldo se empeña en que escriban «cadáveres exquisitos», a lo que Concha se niega porque no escribe a demanda y, además, en ese momento no tiene nada que decir; entonces él le dicta unos versos que ella anota en una servilleta de papel. El 5 de septiembre, Concha se marcha de la isla con la impresión de que ha estado con un hombre frágil, solicitante de afecto y compañía. Para colmo, su amado Orestes se desplaza a estudiar a París, no sin dolor por dejar a Leo. No hay ruptura, sino distanciamiento. Producto de su estancia en Las Palmas, Concha Pérez Rojas publica una entrevista con Leopoldo María Panero: «Tengo miedo a curarme, porque esa es la muerte de verdad».[3]

En otoño, en el ámbito hospitalario, tras la marcha del doctor Sánchez Padilla, el psiquiatra Segundo Manchado solicita su regreso a la jefatura de la Unidad de Rehabilitación Activa con todo su equipo.

El músico Carlos Ann, desde su casa en Barcelona –en el pasillo tiene un pequeño altar con un incensario, un espejo y las fotografías de Panero y Arthur Cravan con sus respectivos marcos de madera–, telefonea a Leopoldo al hospital y le da noticia de su intención de editar un disco con sus poemas, lo que el madrileño recibe con el alborozo de un chiquillo y se emplazan hasta un encuentro o una próxima llamada. Entretanto, Leopoldo se cartea de modo activo con el ovetense Diego Medrano y ansía que se publiquen esas misivas en un libro. Diego le dice de esperar a hacer acopio de una centena. Entonces Leopoldo se prodiga todavía más y le envía tres cartas semanales. Sebensuí, al dictado de Leopoldo, es el encargado de contestar a las epístolas del asturiano. Una vez logrado el centenar, Panero le dice a Medrano que hable con Salvador Pániker para que publique esa correspondencia. Al filósofo no le interesa, pero una persona de la editorial Kairós les recomienda Ellago Ediciones.

Para la celebración de las fiestas navideñas, Orestes regresa a Las Palmas y su familia vuelve a invitar a Leopoldo María a cenar a casa en Nochebuena. Leo tiene una gran ansiedad por que no se le pase la hora de regreso al hospital; Orestes trata de tranquilizarle, ya que todavía es temprano y tiene tiempo suficiente para el yantar; pese a un

esfuerzo de paciencia, Leo acaba con el marisco dispuesto sobre la mesa antes de que los comensales se sienten. Para aplacarle, la madre de Orestes interrumpe la cena para que su hijo devuelva al invitado al hospital.

En enero de 2004, una nueva obra llega a las librerías, *Erección del labio sobre la página*, donde Panero emula al Neruda del *Canto general*: «amigos oscuros del dios muerto / –los Dámasos, los Gerardos, los Andrés Trapiello / los hijos de perra / silenciosos cómplices del verdugo / amigos del crimen perfecto–», en alusión a la novela de Trapiello *Los amigos del crimen perfecto*. En el primer poema, penúltimo verso, el novísimo cita a su amado: «Donde acaricio el labio de Orestes».

El primer jueves de cada mes, la Cafebrería Esdrújulo celebra recitales de poesía, pues dispone de un pequeño escenario y un sistema de audio aceptable. En el local Leopoldo entabla relación con Félix J. Caballero, un madrileño diez años menor que él, avecindado en Las Palmas y estudiante de cuarto de Psicología, que abandonó sus estudios a causa de un brote psicótico. Cierto día reunió coraje y le entregó una copia de unos poemas pidiéndole opinión y consejo a Leopoldo. Al poco le pidió que se los regalase porque, según Panero, «son tan bonitos…».[4] Con escaso público, ambos recitan versos en el Esdrújulo y comienzan a compartir velador.

La artista navarra Elba Martínez visita durante unos días a Leopoldo y alguien le recomienda a ella que vaya a Astorga a ver a Michi. Así lo hace y pasa una semana con él. Durante su estancia, Elba le graba con la cámara. El día 15 se marcha y, en la madrugada del 16 de marzo, el menor de los Panero muere en su apartamento; al llegar al domicilio, la auxiliar lo encontró cadáver. Entre el alcalde Juan José Alonso Perandones y el empleado de la funeraria bajaron el cuerpo en una bolsa por la escalera. El ayuntamiento financió la mitad de los gastos del sepelio. «Michi, que descanse en paz. Pero era un hijo de perra. Antes de morirse, vendió todo lo que había en la biblioteca de la familia. Auténticas joyas, como los libros de poesía provenzal»,[5] declara su hermano Leopoldo en Las Palmas, quien tiene miedo a la soledad, le aterra. Dice siempre estar solo, «lo he estado desde que nací».[6]

Del 17 al 19 de mayo, Leopoldo viaja a Madrid acompañado de Sebensuí para ofrecer un recital en la Escuela Popular de Prosperidad. Los alojan en un hostal lóbrego, de dudoso gusto, con una cabeza de ciervo gobernando la pared frontal de la recepción; en la habitación

las cañerías suenan como rayos, lo que impide conciliar el sueño. El recital resultó algo esperpéntico, con acoples del sonido incluidos. Sebensuí estaba sentado al lado Leopoldo en la mesa. Y Marava, entre el público, quien en francés interrogaba al poeta en medio de la declamación. Difícil de entender, Leopoldo dio paso a una lectura de Sebensuí. Una de las noches, Marava se quedó a dormir en el hostal y compartieron cama los tres. Leopoldo abrazaba a Marava y de forma maquinal le agarraba un pecho bajo el sostén, mientras ella daba unos sorbos de ginebra. En uno de los días, Leopoldo fue entrevistado largamente para la revista *Leer*.[7]

Pocas fechas después, del 24 al 27 de mayo, Leopoldo y Sebensuí vuelven a viajar a Barcelona para asistir al 20 Festival Internacional de Poesía, celebrado en el Palau de la Música. En medio de los más de sesenta poetas participantes estaban Carlos Edmundo de Ory, Carlos Oroza y Anne Waldman, entre otros. Durante las jornadas obsequiaron con un libro de inéditos de los participantes, en el que Leopoldo publicó diecinueve poemas y uno a dos manos con Sebensuí. Panero leyó diversas composiciones poéticas de su nuevo libro, *Danza de la muerte*, y empleó más tiempo del debido sobre el escenario, por lo que los organizadores se vieron obligados a invitarle a dejar paso a la siguiente intervención. Hospedados en un hotel de lujo, todos los días el poeta dejaba la habitación como una auténtica leonera, además de solicitar por teléfono viandas y refrigerios de manera desmedida.

Su nuevo texto, *Danza de la muerte*, con prólogo de Bernardo Atxaga, es escritura brillante desde el más allá, desde ultratumba. Vocablos como *moribundo*, *muerte*, *sangre*, *disparo*, *tumba*, *cementerio*, *fin*, *fantasma*, *cadáver* o *cáncer* hacen del libro una pieza de pospoesía, que dijera Túa Blesa. Y en verano sale *Esquizofrénicas o La balada de la lámpara azul*, un canto a la nada, al vacío, desde la decrepitud. Además, en *2666*, la novela póstuma de Roberto Bolaño (murió el 15 de julio de 2003 en Barcelona), en el segundo capítulo, «La parte de Amalfitano», aparece Panero como personaje sin nombre: «El poeta [...] que vivía en el manicomio de Mondragón».

La pertinaz Marava viaja a Las Palmas para ver a Leopoldo y a su llegada al aeropuerto extravía el equipaje; como remate le cuesta encontrar una pensión. Un día asiste con Leopoldo a casa de Sebensuí, en la calle de Antonio de Viana, en el barrio de Vegueta. En conversación, Sebensuí se interesa por la paternidad del hijo de Marava, Gedeón, por si fuera de Leopoldo. Ella le contesta que por aquel entonces no solía pedir el carné de identidad a la persona con quien se acostaba. Mientras, indispuesto tras una buena ingesta de leche, Panero no para de vomitar. Es una leche barata llamada Afrox, que él llama Atroz. Con un pestilente olor a ácido, un hedor agrio, Marava no cesa de pasar la fregona para limpiar detritus, hasta que

harta se marcha a El Alpendre, el bar de la esquina, a tomarse un gintonic. Sabedora de su adicción a la bebida, en Madrid, los viernes asiste a la parroquia de los Sagrados Corazones, en el paseo de La Habana, número 31, próxima al domicilio familiar, donde trabaja un grupo de apoyo de la asociación Alcohólicos Anónimos.

Una mañana, en un banco de Triana, Sebensuí le propone a Leopoldo ir al Holidayworld Maspalomas Center, un parque de atracciones, y este acepta gustoso. Al día siguiente viajan en un autobús al sur de la isla, que los deja en mitad de la nada, una polvorienta pista por la que apenas se circula, pero tienen la suerte de encontrar un taxi que los lleva a su destino. Toman un refrigerio y, tras convencer a un resistente Leopoldo de subir a algunas de las atracciones y también de pagar, suben en el emocionante Aero But; una columna sujeta a unas aspas giratorias gigantescas cuyos brazos enganchan unos asientos con arneses que dejan a los usuarios boca abajo. Leopoldo grita sin parar: «¡Esto es de infarto, esto es de infarto!»,[8] mientras se le caen los cigarrillos del bolsillo de la camisa sobre los que están en las sillas voladoras de abajo.

En septiembre sale al mercado el librodisco *Leopoldo María Panero* (dos discos compactos), de los músicos Carlos Ann y Enrique Bunbury, el director de cine porno José María Ponce y el periodista musical Bruno Galindo, en el que han puesto música a treinta poemas de Panero. El director editorial es Borja Casani. Y en octubre, Ann, Bunbury y Jacobo Beut viajan a Las Palmas para grabar un documental con el poeta. El viernes día 15, Carlos y Jacobo van al hospital al encuentro con Leopoldo, quien aparece con su bolsa llena de libros al grito de «¡Vampiro, vampiro!».[9] A Carlos le dice que ya sabía cómo era, aunque nunca le había visto ni en foto ni en persona. Acto seguido le presenta a Jacobo, director del documental, y le suelta: «Ah, sí. Jacobo… ¿Sabes que me he follado a tu madre?». A lo que este responde: «Sí, Sí. Me lo ha contado varias veces». Carcajada paneriana. Durante el rodaje, Ann y Bunbury están preocupados por su discurrir; desconocen por dónde puede salir el protagonista, qué le parecerán las canciones… Pero tras una audición le gustaron. Por la tarde, en el Esdrújulo, Leopoldo le recomienda a Carlos la antología de Antonio Colinas *El río de sombra*. Mientras graban en el local, aparece Fernando Herrera, Fito, quien observa con atención detrás de la cámara. Ante algunas preguntas carentes de interés, Fito interviene azuzando al poeta para que cuente alguna sustanciosa anécdota y hable de determinadas influencias en su poesía. Los interlocutores de Leopoldo le piden a Fito que tome las riendas de la entrevista, a lo que accede sin dudar.[10] Finalizada la grabación, Ann y Beut acompañan a Panero al hospital, con una parada previa en un bar para tomar unos refrescos y una tapa de queso canario. Al poeta no le gusta el queso y apaga los

cigarrillos sobre los trozos del plato, impidiendo a Jacobo pinchar alguno para probarlo.

El poeta sigue como un artista de variedades, reclamado desde cualquier punto geográfico. Del 22 al 24 de octubre, Leopoldo viaja a Huesca convocado por el festival *Periferias*, organizado por el ayuntamiento oscense y dedicado al «Mundo raro». A partir de las ocho de la tarde del sábado 23 de octubre, Panero llenó el Centro Cultural del Matadero de Huesca. Presentado por Alfredo Saldaña, profesor de la Universidad de Zaragoza, Leopoldo leyó poemas de *Esquizofrénicas*…, aunque le costó ceñirse al guión.

De nuevo invitado por el novelista Roberto Brodsky y el periodista Cristián Warnken, del 20 al 29 de noviembre Leopoldo María viajará a Santiago de Chile al *III Encuentro Internacional de Fronteras*, organizado por Brodsky: «El factor poesía». El poeta chileno Bruno Montané Krebs (amigo de Bolaño) se ofrece como acompañante y se desplaza desde Barcelona a Las Palmas para recoger a Leopoldo en el hospital. A la salida, una enfermera le dijo al residente que tuviese cuidado con los cigarrillos en el hotel, no fuera a incendiar la cama. «Que sí, cojones, que soy un ser racional»,[11] replicó Panero. Para evitar tentaciones de fumar durante los vuelos, unos chicles con nicotina le hicieron más llevadera la privación. Viajan a la península y desde Madrid vuelan a Buenos Aires y Santiago de Chile. El domingo 21 se aposentan durante una semana en el hotel NH Ciudad de Santiago, en avenida Condell, número 40, en el distrito de Providencia. El presado maletín de lona que porta Leopoldo va lleno de libros. Al llegar a la habitación, la primera llamada telefónica que hace es a su ferviente Marava. La organización dispone de un pequeño autobús al que cada día suben los participantes. La fecha que Leopoldo ha de leer con Rodolfo Enrique Fogwill, en la Universidad Finis Terrae, se saludan en el vestíbulo del hotel y Fogwill lo abraza y lo besa en la frente. Al entrar en el vehículo Leopoldo observa: «Parecemos la Caravana de la Muerte»,[12] y suelta una carcajada, a la que acompaña una sonrisa forzada del resto ante semejante chiste macabro.

Fogwill y Panero –con gafas– leen juntos y, cada vez que Leopoldo va al baño, Fogwill sigue leyendo los poemas del ausente, gesto que a Panero le agrada. La sala está repleta de público y hay gente sentada en suelo en torno al estrado. El madrileño acapara el interés de la convención y atiende a la prensa todas las mañanas antes de tomar la medicación, pues esta le relaja demasiado y no se le entiende al hablar, farfulla. El jueves 25, con motivo de la cena de todos los participantes, Bruno pasa por la habitación de Leopoldo para recogerlo, pero estaba dormido y le dice que se encuentra cansadísimo, que quiere seguir durmiendo.

Acompañado del poeta Manuel Silva Acevedo, Leopoldo hará una

lectura en la Casa de España y, al pasar ante un numeroso grupo de personas en la entrada, se pregunta: «¿Vienen a ver al insecto?».[13] Tras su intervención se proyecta *Después de tantos años*. El sábado 27, Brodsky y Warnken llevan en coche a Panero y Montané a la localidad de Las Cruces, a 117 kilómetros, a visitar a Nicanor Parra. En la puerta, una casa con jardín, hay una pintada con espray negro con la palabra ANTIPOESÍA hecha por el poeta para así evitar la tentación de algún grafitero. Parra no conoce a Leopoldo, pero sí conoció a su padre. El anfitrión invita a los recién llegados a tomar asiento en el balcón de madera –en la parte trasera, con vistas al Pacífico–. El antipoeta no cesa de hablar de Neruda, de Bolaño… De repente interviene Leopoldo: «Oye, Parra, a ver si escribes un prólogo para un libro mío que se va a publicar en Chile».[14] «Claro que sí, Leopoldo, primero lo tengo que leer, ¿eh?» Nicanor sigue perorando, es un torrente verbal. Se adentra en la tesis de que la poesía perdió el rumbo con Homero, de que la clave está en la *Anábasis* de Jenofonte. Panero, acostumbrado a ser el centro de atención, espeta: «A ver, ¿por qué no hacéis un sindicato para torturar a Panero?». Sonrisas. Parra no le ha entendido y le explican: «¡Ah, qué bueno!», exclama el chileno a la vez que abre un cuaderno en el que hace anotaciones. Un rato después, Leopoldo vuelve a insistir con el prólogo. Agobiado, el madrileño le dice a Brodsky: «Oye, sácame de aquí, que Parra me tiene hasta los cojones».[15] Nicanor dice que los llevará con su viejo «escarabajo» (Volkswagen) a comer unas empanadas de marisco y beber un vaso de vino a un restaurante que suele frecuentar, El Kaleuche, en El Tabo, localidad cercana. Llegados al lugar, en la terraza Leopoldo pide una gaseosa Cachantún, agua gaseada que acepta como sustituto de la CocaCola. Mientras esperan la llegada de las empanadas, Panero devora todo el pan colocado en la mesa, a la vez que insiste en el prólogo de Parra. Cuando este se entera de que Montané fue amigo de Bolaño, el antipoeta le pregunta a Leopoldo si conoció al escritor y Panero responde: «No. ¿Es el que está donde están los muertos?». De vuelta a Las Cruces, todos se despiden de Nicanor y suben al coche de Brodsky. Maniobran al final de la calle y, al volver a pasar por la casa de Parra, él, escondido, juguetea y gesticula con los brazos extendidos. El domingo 28, Bruno y Leopoldo vuelan a Madrid. Durante el trayecto, Panero quiere asegurarse de que Montané le acompañará a Canarias y se lo pregunta repetidas veces. Al aterrizar en la capital grancanaria, cansados, se dan un apretón de manos; Bruno le pregunta si le permite abrazarle; acepta y, sin mirarle, Leopoldo sube al taxi que lo llevará al hospital. Bruno vuela de nuevo a Barcelona y desde allí le envía una máquina de escribir de segunda mano. Panero, por teléfono, se quejó porque no era eléctrica.

Esa mano enferma ya no escribe, ya no escupe; el poeta, incapaz de escribir a mano o a máquina, ahora dicta. Le propone a Félix J. Caballero hacerlo juntos y, pese a la resistencia inicial de este, todas las tardes se ponen a la tarea en el Esdrújulo. Aparece por el local Blanca Fernández, madrileña circunstancialmente avecindada en la isla, periodista y madre de dos hijos, muy interesada en conocer a Panero. A veces, Tania Fránquez, trabajadora del café librería, se sienta con Leopoldo y Félix, y conversa con ellos. Casi semanalmente, Félix y Leopoldo van al cine juntos, pero Panero se coloca en la butaca central de la primera fila.

En 2005 sale la segunda edición del librodisco *Leopoldo María Panero*, de Carlos Ann, Bunbury, Galindo y José María Ponce, e incluye el documental *Un día con Panero*, de veintiún minutos de duración, grabado en Canarias el año anterior y dirigido por Jacobo Beut. Del 3 al 7 de marzo, el grupo ensaya en el estudio Grabaciones Míticas para el próximo concierto en la emblemática sala La Paloma, de Barcelona. El 9 de marzo el poeta viaja a la Ciudad Condal acompañado de una asistente; se instala en el hotel Suizo (plaza del Ángel, número 12), donde, recién llegado, Bruno Galindo le hace una entrevista y le recomienda *2666*, de Bolaño, donde aparece como personaje. A partir de las diez de la noche, Ann, Bunbury, Galindo y Ponce rinden homenaje a Panero en la sala La Paloma, decorada con mesitas árabes y taburetes bajos, cojines y alfombras de estilo oriental. Se proyecta el documental *Un día con Panero* y el poeta, entre el público, se sienta en unos cojines sobre el suelo; después se ofrece el concierto, donde el vate los acompaña en el escenario, al que entra y sale. Más de mil personas los siguen expectantes.

De madrugada, Jacobo Beut telefonea a Carlos Ann para comunicarle que le han llamado del hotel Suizo: el inquilino ha bebido –pese a darle instrucciones contrarias– y ha destrozado su habitación. Ann, cargado de absenta macerada con otras sustancias y ocupado en faenas amatorias, le dice a Beut que se encargue él, que por la mañana irá al hotel. Cuando Ann llegó sobre las once, Leopoldo tenía las paredes escritas, varios libros subrayados y el televisor escacharrado. Tras hablar con el director y hacerse cargo económico de los estragos, se dirigen a la productora Avinyó Films, donde Jacobo Beut le pasa a Leopoldo unos fragmentos de *Después de tantos años*. La fecha siguiente Beut grabó a Panero un recitado de versos en el estudio Grabaciones Míticas. Por la tarde Jacobo y Ann lo llevan a comprar libros y caminan por el paseo de Gracia, donde orina sin pudor ante no pocas miradas atónitas; por la noche se le antojan unos callos a la madrileña y lo llevan a El Rincón de la Ciudadela, entre la calle del Comercio y la de la Princesa. Le advirtieron que estaban muy calientes, pero impaciente y ansioso por comerlos, se quemó la lengua. Dijo que eran

una mierda[16] y cambiaron de bar. Antes de partir, sus amigos le regalan a Leopoldo una camiseta de color negro con una fotografía estampada de Bunbury, Ann y Panero con los brazos en alto y las muñecas cruzadas (resonancia del saludo anarquista) en la puerta del Esdrújulo que les hizo la fotógrafa Jose Girl. En la espalda lleva impresa la leyenda: «Seguiremos luchando contra los camareros», que se convirtió en un lema para los músicos. El día 12 el poeta regresó a Las Palmas. Pero poco dura el sosiego. El 22 de abril Leopoldo viaja a Tenerife para ser entrevistado en la Televisión Canaria, entrevista emitida con posterioridad.

Producto de la doble escritura, ve la luz *Presentación del Superhombre*, de Panero y Caballero, acabado de imprimir en el mes de mayo. A Félix no le parece un buen libro, pero solo aceptó porque Leopoldo se empeñó en publicarlo.[17] Según Caballero: «En toda nuestra obra a dúo, siempre fue él la voz dominante, y yo no más que un accesorio que se ocultaba tras su voz».[18] En el prefacio, Leopoldo vuelve a arremeter contra Olivares, «que se apropió de mi firma y ganó un premio de poesía con poemas hechos por mí». José Águedo Olivares logró en 2003 el galardón no remunerado Ángel Urrutia Iturbe de Lekunberri; el ayuntamiento asumió los gastos de publicación de *Rasgos epigramáticos*, «cuarenta y tres poemas cortos escritos la noche del 31 de marzo de 1983».[19]

El 30 de mayo, el escritor italiano Ianus Pravo (Treviso, 1957), trotamundos avecindado en Barcelona, se desplaza a Las Palmas para reunirse con su ensalzado Leopoldo, porque quiere traducir obra suya. Una vez ubicado en el hotel Crisol Faycán, en la playa de Las Canteras, se encuentra con el poeta en la recepción del hospital y Panero, con la pesada bolsa azul llena de libros, le dice: «Vámonos de aquí, está lleno de locos».[20] Ianus carga con la bolsa (Hegel, Mallarmé, Corbière, Juan Ramón…) y por la tarde asisten al bar Charleston (Buenos Aires, número 14), en el barrio de Triana, donde Leopoldo ofrece una lectura de poemas sentado de espaldas al público. Al día siguiente se vuelven a ver y el madrileño le dicta en italiano el prólogo para la traducción de *Narciso*… «Discepolo della follia.»

Panero y Caballero viajan a Madrid el 2 de junio para presentar *Los héroes inútiles*, de Leopoldo María y Diego Medrano, con prólogo de Luis Antonio de Villena, publicado en mayo. El libro, un verdadero disparate, un delirio, se compone de la correspondencia entre el novel Medrano y Panero. Sebensuí, profusamente citado en sus páginas y transcriptor de las misivas de Leopoldo, asegura que al menos las diez últimas cartas que figuran como autoría de Panero son invención de Medrano, pues el canario no recuerda haberlas escrito. Alojados en la

Residencia de Estudiantes, el mismo día de la llegada se presenta el epistolario en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Un Luis Antonio casi paternal advierte una vez más sobre el peligro de que el personaje Leopoldo devore su obra. Panero lee poemas a una velocidad endiablada, como traga Coca-Colas. Medrano intenta explicar el origen y factura del libro con muchos kilómetros de distancia entre Asturias y Canarias. Luego cenan en un mesón cercano Panero, De Villena, Medrano, Marava y Félix J. Caballero. El joven Medrano, fascinado por el malditismo, no cesa en la bebida. Caballero calla y observa. Marava cuida de Leopoldo, que come poco, fuma mucho y se alimenta de Coca-Colas. A De Villena le cuesta reconocer a Marava, compinche del pasado, y al caer en la cuenta se disculpa. Luis Antonio, ante el riesgo de que un más que achispado Medrano se le acople, decide retirarse pronto. Abraza a su amigo, quien le insiste en que se quede, y le pregunta mordaz: «¿Y qué tal la vida sexual, compadre?».[21] Un desolado Panero le indica que los locos no tienen vida sexual. El día después, Leopoldo y Félix asisten a la Feria del Libro, invitados por Huerga & Fierro, y firman *Presentación del Superhombre*.

En junio se publica *Poemas de la locura seguido de El hombre elefante*. Incluye la construcción a dos manos entre Leopoldo y Sebensuí «Besando a una francesa muerta». Aunque no se hace referencia a la doble autoría, queda demostrada en la página 222 de *Los héroes inútiles*, donde Panero le escribe a Medrano: «Tengo cara de papel higiénico esta mañana. Aun así, te envío una cosa que he hecho con Sebensuí. CADÁVER EXQUISITO DE LEOPOLDO MARÍA PANERO Y SEBENSUÍ ÁLVAREZ SÁNCHEZ: Besando a una francesa muerta / Su piel refulge blancura / Y blanco es el color del loco / Al que estudia al estudioso…». Hasta veintiocho versos. Pero en *El hombre elefante* Leopoldo reproduce la composición y le añade el poema «Para construir una ciudad de donde no se sale». Así lo atestigua Sebensuí, que conserva una copia del original y en cuyo domicilio transcribió el libro en el ordenador, al dictado e improvisación de Leopoldo.

Panero y Caballero, el 20 de julio, intervienen en el Club Prensa Canaria para dar a conocer *Presentación del Superhombre*. En la sala están sus acompañantes habituales del Esdrújulo y poco más. Félix precisó que su relación con Leopoldo era de una «competencia amistosa» y Leopoldo, alzando el libro en la mano, dijo: «Yo he sido sepultado en vida».[22] Tras la introducción, ambos recitaron algunos poemas de la obra a dúo.

Los dos poetas madrileños mantienen su colaboración y amistad. A propuesta del cubano Juan Martín, el doctor Manchado autoriza el desplazamiento de Leopoldo a la Feria Internacional del Libro de

Miami (Miami Book Fair), donde se prepara la muestra «Nuevos horizontes en el arte outsider hispano», para cuyo catálogo de artistas marginales Panero escribe unos versos de cada obra. Acompañado por Caballero, viajan del 18 al 21 de noviembre y les pagan ciento cincuenta dólares más cincuenta por día de estancia para mantenimiento y locomoción. Agotados tras el vuelo transoceánico, son recibidos por un miembro de la organización que los traslada al hotel Marriott. La ciudad mantiene huellas del paso del huracán Katrina; las palmeras de las avenidas no tienen hojas, son mástiles desnudos. Los poetas recitan sus versos ante un entregado público de la pequeña colonia española y de la cubana, mucho más numerosa. A Leopoldo le impresionó la actitud de los estadounidenses, «menos obsesionados con el cuerpo y menos inhibidos»,[23] le comenta a su compañero.

En noviembre se publica en Italia *Narciso nell'accordo estremo dei flauti*, introducción y traducción de Ianus Pravo, con prólogo de Leopoldo María Panero.

En compañía del germano-canario Carlos Lucio Handwerck, e invitados por Arena Libros, Panero vuelve a subir al avión para viajar a Madrid el 29 de noviembre. A mediodía los recoge en el aeropuerto la editora Carmen Abad; como Leopoldo llega en camiseta y hace frío, Carmen lo lleva a la tienda Zara de Gran Vía, número 34, y le compra ropa de abrigo. Posteriormente y tras su encuentro, Panero, Lucio y Medrano almuerzan juntos. El canario y el asturiano no dejan de lanzarse pullas. Luego, Lucio y Panero suben a un taxi para asistir a la Fundación Centro de Poesía José Hierro y ofrecer una lectura de poemas. El 30 de noviembre, después de pasar por la librería Visor, donde Leopoldo fue cacheado a fondo antes de salir, Carmen almuerza en El Comunista con Lucio y Panero. Por la tarde, en la librería Rafael Alberti, Leopoldo y Luis Antonio de Villena presentan el poemario *El hombre entre las rocas*, del grafómano Diego Medrano. Tras el acto fueron a tomar unas cervezas a un bar cercano de Argüelles; los parroquianos –cabezas rapadas, homófobos, extrema derechano dejaban de mirar a De Villena despectivamente, hasta la intimidación, por lo que, para la segunda ronda, resuelven cambiar de establecimiento. Invitados por los editores, van a cenar y, en el restaurante, Medrano se dirige al canario como Lucio el sucio, a lo que este, un gigantón, respondió con un sonoro sopapo. Por la noche, en la pensión –en el barrio de Chuecaquisieron echar a los tres porque entre Lucio y Medrano continuó la bronca. Los de la editorial negociaron que respetaran a Panero y a su acompañante; Medrano tuvo que buscar otro aposento. Durante el viaje de vuelta, el 1 de diciembre, Lucio se metió en el aseo del avión para fumar; al tomar tierra fue detenido por la Guardia Civil y sancionado. Leopoldo tuvo que

marchar solo al hospital.

En Italia se ha publicado *Narciso nell'accordo estremo dei flauti*, con la introducción del traductor de Ianus Pravo y el prólogo de Leopoldo María Panero. El editor Pablo Méndez, de Vitruvio (Madrid), llama por teléfono a Leopoldo para pedirle un nuevo libro y este le dice que cobra mil pesetas por poema (ya en vigor el euro). Hechas sus cuentas, Méndez le dice que puede llegar hasta veintiséis. Panero le indica su número de cuenta bancaria y no tarda en enviarle el original mecanografiado de *Poemas del pájaro y la oruga*. Pasa el tiempo y Leopoldo llama al editor para preguntar por su libro. Ante la dificultad para editar de inmediato, el poeta le dice que lo haga después de su muerte. El poemario está dedicado a Yolanda Jorge Navarro, «recordando sus tetas».

En 2006, en el Esdrújulo, el lector voraz Carlos Lucio Handwerck, Blanca Fernández y Sebensuí Álvarez Sánchez crean el grupo poético Los Vivos Muertos, con Leopoldo María como figura totémica de referencia. Tratan de crear una revista y exploran el dolor y la muerte; hacen poesía sucia, con influencias diversas pero con predominio del *dirty realism*. Sebensuí practica el misticismo sucio. Escriben cada uno por su lado y ofrecen recitales en locales como La Fábrica (avenida Primero de Mayo, número 49), Esdrújulo, Charleston… Al grupo se suman dos miembros más: Daniel Artiles y Nabil Abu-Tarbush. Blanca es la mayor, con treinta y cuatro años.

En junio se acaba de imprimir *Visión*, de Leopoldo María Panero y Félix J. Caballero, y juntos asisten a la Feria del Libro de Madrid, invitados por la editorial Huerga & Fierro. De vuelta en Las Palmas, el 15 de julio en el Club Prensa Canaria presentan el libro a dos manos y *Treinta noches*, la primera publicación de Caballero en solitario. Durante el acto, ambos recitaron poemas de las dos obras. Y en septiembre sale de imprenta un nuevo libro, *Apocalipsis de los asesinos*, de Panero y Caballero. Mano a mano, en parques, calles o terrazas de cafés de Las Palmas, la poesía inflama las tardes de los dos autores. Félix J. Caballero transcribe la obra en prosa *Papá, dame la mano que tengo miedo*. Félix tiene que adivinar toda la puntuación que Leopoldo olvida indicar, basándose en las pausas prosódicas. Una vez acabado, lo transcribe en la máquina eléctrica y por correo postal lo envía a la editorial. Los amigos son casi una unidad indivisible.

Claudio Rizzo, en octubre, pone una demanda judicial a Leopoldo María Panero y le reclama 200.000 euros por difamación e insultos en *Prueba de vida. Autobiografía de la muerte* (páginas 32 y 51) y en una carta de *Los héroes inútiles* (páginas 216-217). El hospital le ofrece asesoría jurídica por una minuta mínima, pero el poeta se enroca y no

quiere dar dinero para abogado y procurador. Los médicos le advierten de que puede perder el juicio con el consiguiente embargo de su cuenta corriente, pero Leopoldo no se aviene a razones y deciden llamar a amigos que puedan influir en él. Manchado habla con Arencibia, quien el 19 de octubre se comunica con Panero y le insiste en que debe presentarse en el juzgado por su bien. Después de escuchar los inconvenientes que acarreará la no presencia, el poeta responde: «Bueno, ya veremos…», con unos largos puntos suspensivos. Diego Medrano se desplazó a Las Palmas para asistir a la vista. Ganaron el juicio en primera instancia, aunque Rizzo recurrió y volvió a perder.

A propósito del próximo ochenta aniversario de Castellet, en noviembre sale una nueva edición de *Nueve novísimos poetas españoles*, con un apéndice sentimental de los antologados. Salvo el escrito de Manuel Vázquez Montalbán (fallecido el 18 de octubre de 2003), «El mestre», regalo por el setenta cumpleaños del compilador, todas las contribuciones son rigurosamente inéditas. Leopoldo aporta «Acerca de la poesía o sobre mi maestro José María Castellet».

El 14 de noviembre, la Asociación Colegial de Escritores (ACE) le otorga a Leopoldo el Premio Quijote de las Letras por *Poemas de la locura seguido de El hombre elefante*. Al no abonar el pasaje al premiado ni a un acompañante, Panero avisa a Antonio Huerga, su editor, para que se persone en el acto. Sin embargo, Andrés Sorel, secretario general de la ACE, decidió que Jesús Munárriz recogiera el premio, sin dotación económica, en el madrileño hotel de las Letras (Gran Vía, número 11); le entregaron una placa y una pluma estilográfica dedicada a Virginia Woolf.

Los Vivos Muertos, muy amigos de Panero, han escrito un libro de poemas titulado «Taxidermia», pero no logran editor. Leopoldo les escribió el prólogo, fechado el 2 de febrero de 2007:

> El cadáver de la poesía es la disección animal. La disección de un animal en llamas sobre el desierto, sobre el desierto en que no hay nada salvo la muerte de un animal en llamas sobre el desierto. *Ritornello* obsesivo. Un *ritornello* que dice nunca más. Nunca más soñaré que existo y no daré a los signos un sentido por su movimiento, por movimiento inútil de la mano sobre el papel que dibuja un animal en llamas. Siempre en vano sobre el desierto, que dibuja torpemente la imagen de la vida como si de un animal que no existe se tratara. He escrito estas líneas para perfeccionar la imagen de mis enemigos que han muerto, y que son mis amigos: Carlos Lucio Handwerck, Daniel Artiles, Nabil Abu-Tarbush, Sebensuí Álvarez, Blanca Fernández, y que dibujan sobre el papel la vida imaginaria del bien.[24]

Todavía con poder de expresión, teclea letras, escribe palabras. La

tarde del 8 de febrero, Panero compone trece poemas y hace seis dibujos para un nuevo libro que piensa titular «Páginas de excremento o dolor sin dolor». Más vale escribir que atreverse a vivir, que sentenciara Pessoa. En su pesadísima bolsa azul lleva toda su alimentación: Pound, Broch, Novalis, Freud, Lacan, Jabès, Juan de la Cruz, Góngora, Baudelaire, Artaud, Dickinson, Beckett, Mallarmé, Foucault, Heidegger… Libros subrayados con bolígrafo negro.

Las hermanas Isabel, Macarena y Blanca, de nueve, trece y dieciséis años, respectivamente, originarias de Cabra (Córdoba), hacen rock con textos oscuros, propios y ajenos. Fernando Vacas, primo de las chicas, es el ideólogo. Han puesto música a algún poema de Leopoldo y se hacen llamar Prin' LaLá, nombre de un perro de trapo de un juego inventado por Leopoldo y Michi en su infancia. Una de las canciones de su primer cedé, *Esto es Prin' LaLá*, está basada en el poema de Leopoldo «En los pantanos de la memoria». Sebensuí recibe el CD recién publicado para que se lo entregue a Leopoldo. Ambos lo escuchan sin tregua en Esdrújulo. Cada vez que finaliza el CD –de trece cortes–, Leopoldo dice: «¡Dadle la vuelta al disco!».[25] De nuevo invitado, el sábado 3 de marzo Panero asiste al Festival Palabra y Música, en el teatro Lope de Vega de Sevilla. En el camerino, Bruno Galindo, Carlos Ann y Mariona Aupí preparan el repertorio y acuerdan con Leopoldo que aparezca al final de la actuación para recitar y así cosechar los aplausos. Cuando Carlos Ann canta el segundo tema, Panero sube al escenario y le dice a Galindo –sentado, a la espera– que necesita orinar. Bruno le acompaña al servicio. En la última pieza, Leopoldo regresa al escenario, pero no recita. Se acerca al micrófono y con una CocaCola light en la mano dice: «¡Esto es una puta mierda. Iros todos a la puta mierda!».[26] El auditorio en pie ovaciona al poeta.

Dos días después, Ianus Pravo vuelve a visitar a Panero para trabajar en la traducción de *Poemas del manicomio de Mondragón*. En la Cafebrería Esdrújulo graba una entrevista con Leopoldo que será la introducción del libro. En estas fechas comienza el traslado de pacientes desde el viejo edificio de Hoya de Parrado (Tafira), Hospital Psiquiátrico Insular, a las instalaciones remodeladas del antiguo Hospital Militar, luego llamado Hospital Juan Carlos I, en lo alto de la ciudad. En abril finaliza el traslado. El servicio recién creado en el Juan Carlos I es la Unidad Clínica de Rehabilitación. Su ubicación en un barrio de la ciudad facilita la integración de una parte de los pacientes de actividad extrainstitucional, con larga evolución y serias dificultades de integración social. El centro no está lejos del barrio de Triana, donde Leopoldo desarrolla sus rutinas.

El 10 de abril queda terminado el catálogo *Outsider, un arte interno.*

*Outsider, an inside art*, de varios autores, al que Leopoldo aporta veinte poemas bajo el epígrafe «Versos esquizofrénicos», surgidos de los dibujos de enfermos mentales. Y en mayo aparece *Papá, dame la mano que tengo miedo*, con prólogo de Ana María Moix. Prosa dedicada a Félix J. Caballero, «mi amigo, mi compañero y mucho más». En el libro, Leopoldo arremete contra Claudio R., sus abogados Gregorio Azcona Martínez y Bartolomé Saavedra Ley, José María Álvarez, Alicia Ruiz Tormo. Aparecen viejas amistades como Marava, Mechita, Víctor Gómez [Pin], Félix de Azúa, su maestro Gimferrer, Luis Antonio de Villena; dedica comentarios cáusticos sobre Carnero y Gimferrer. Diego Medrano figura como su camarlengo, a Segundo Manchado lo presenta como Segismundo. Con Caballero continúa la copiosa producción: *Jardín en vano* es el nuevo libro a dúo. El poema XVII es el único dedicado: «A Yelsina», que no es otra que la joven Elsa, trabajadora del Esdrújulo. Su compañera del café librería, Tania Fránquez, acompaña a Leopoldo en un nuevo viaje a Madrid; ella se encarga de cuidarle y de recordarle que ha de tomar su medicación. El 7 de junio, a las ocho de la tarde, Leopoldo es presentado por Diego Medrano y la poeta Eugenia Rico en la FNAC a propósito de sus dos últimas obras: *Papá, dame la mano que tengo miedo* y *Jardín en vano*. La sala está a rebosar de público joven. El sábado 9 de junio por la mañana firma en la Feria del Libro de Madrid.

De vuelta en la isla, la tarde del 27 de junio, Blanca Fernández entrevista a Leopoldo en la Cafebrería Esdrújulo. A mitad de la charla, él extrae de su bolsa de libros *El miedo. (Poemas escogidos, 1976-1997)*, del poeta portugués Al Berto, que al madrileño le gusta mucho, y se lo regala a ella. Al final, entrevistadora y entrevistado hacen un «cadáver exquisito».

En Italia se publica *Dal manicomio di Mondragón*, con una entrevista de Ianus Pravo a Panero como introducción, «La follia è parapsicología fallita» (La locura es parapsicología fallida). En Estados Unidos, el poeta Arturo Mantecón (Laredo, Texas) está entregado a la traducción de poemas de Leopoldo María, pero su sintaxis le resulta difícil. Tiene entre manos «Proyecto de un beso», «A mi madre», «El hombre que solo comía zanahorias», «Himno a Satán», «La alucinación de una mano o la esperanza póstuma y absurda de la caridad de la noche», «Danza de la muerte», «La cuádruple forma de la nada», «El loco»…

En noviembre, Túa Blesa, autor del estudio introductorio, edita *Cuentos completos*, de Leopoldo María Panero. La revista literaria *Fábula*,[27] de La Rioja, publica la entrevista de Blanca Fernández con

Leopoldo. Y el poeta escribe «Rimbaud murió cojo y viejo»[28] a propósito de una exposición dedicada al francés en La Casa Encendida de Madrid. «No me influye como poeta, pero como personaje me gusta mucho. Como poeta prefiero a Verlaine», sostiene Panero.

El 5 de diciembre, Caballero y Panero vuelven al Club Prensa Canaria para regalar una lectura de poemas.

# 17. CENIZAS AL FIN (2008-2014)

Y estoy muerto para siempre en las sílabas del poema.

Tras la visita de Ianus Pravo, el 29 de febrero de 2008 se terminó de imprimir *Después de tantos desencantos. Vida y obra poéticas de los Panero*, del periodista Federico Utrera. El volumen incluye «Conjuros contra la Vida», de Leopoldo, una reproducción del original mecanografiado con tachaduras y correcciones. Y el mismo día, hasta el 8 de marzo, se celebra el IX Festival Internacional de Cine de Las Palmas de Gran Canaria, donde se proyecta *El desencanto* (1976), de Jaime Chávarri; *Después de tantos años* (1994), de Ricardo Franco; *Locos* (1997), de Yolanda Mazkiaran; *Indiferencia o la negación de la tiranía* (2000), de Orestes Romero; *Hyde y Jekyll* (2000), de Sara Mazkiaran (guión de Leopoldo María Panero); *Merienda de negros* (2003), de Elba Martínez; *Un día con Panero/Una noche con Panero* (2005), de Jacobo Beut; *La estancia vacía* (2006), de Iván Fernández y Miguel Barrero; *Leopoldo María Panero* (2006), de Eduardo Fillat; *Personajes del azar* (2007), de Carlos Reyes Lima, así como *Y el paraíso, porque no queremos* (2007), de Guillermo de la Guardia.

Tanto Elba Martínez como Leopoldo María, no sobrado de paciencia, asisten a las proyecciones. En los quioscos aparece la revista *Leer*, dedicada a «Los Panero, estirpe de infortunios»,[1] para celebrar el próximo centenario del bardo astorgano, hermano y padre de poetas.

Cuando marzo llegó a mediados, el joven de dieciocho años Adrián Rodríguez de Rosario entra por vez primera en el Esdrújulo y adquiere *Teoría*, de Leopoldo. Él, que lo ve, se acerca a Adrián, se da a conocer y se ofrece a dedicarle el libro. Se sientan juntos y se ven en el local casi todas las tardes. También otra tarde, José A. Luján, profesor de lengua y literatura en el Instituto Pérez Galdós y columnista de *La Provincia*, se presentó al poeta de parte del amigo común Luis Arencibia. Desde entonces quedó bautizado como Luján y en cada encuentro le requería cinco euros.

Del 15 al 19 de marzo, Panero es invitado al Festival de las Fallas y participa en un recital poético en el patio central del Palacio Ducal de los Borja, en Gandía (Valencia), durante cinco veladas nocturnas. En el mismo mes sale de imprenta *Páginas de excremento o dolor sin dolor*, un estuche que incluye un DVD que muestra el proceso de escritura de los trece poemas y una serie de seis dibujos. Se tiran 150 ejemplares numerados del 1 al 120, todos ellos firmados por el autor. También

publica *Gólem*, con prólogo de Túa Blesa. Contiene cuatro poemas con Sebensuí Álvarez Sánchez, así señalados por la editora Rosa Lentini a petición de este.

El último día de abril cierra el Esdrújulo. Los propietarios, Adolfo García y Vicente Díaz, han observado que los gastos superan con creces los ingresos. Leopoldo se queda sin guarida y se traslada con su nuevo amigo Adrián al bar Imperial, en el mismo barrio de Arenales.

De parte de Leopoldo, un miembro de la nueva editorial Azotes Caligráficos telefonea a Adrián para comunicarle que Félix J. Caballero se ha enfadado con Panero y a última hora ha renunciado a acompañarle a la Feria del Libro de Valencia en el puente del 2 de mayo, razón por la que le pide que sea él su acompañante, porque no hay nadie más disponible. Adrián se niega porque le parece absurdo viajar con Leopoldo en avión invitado por personas desconocidas, pero tanto le insisten que al final accede no de muy buena gana. Además de vigilante, Adrián tiene el cometido de asegurarse de que Leopoldo tome su medicación, preparada en unas cajitas compartimentadas, lo que facilita la tarea. El transcurso del desplazamiento está lleno de pequeños percances: encender cigarrillos en sitios inadecuados, orinar en cualquier rincón o parterre… A su llegada a Valencia son recibidos por uno de los fundadores de la editorial. Almuerzan con las innumerables Coca-Colas de rigor y, durante el acto de la puesta de largo de la nueva editorial, el poeta vomita delante del público, lo que aumenta la expectación entre el auditorio. Finalmente lo acomodan en la habitación del hotel. A la mañana siguiente, Adrián comprobó que Leopoldo había tirado al inodoro las pastillas que le quedaban. Le preguntó y dijo no saber qué había ocurrido.

Entre el 7 y el 14 de mayo, Ianus Pravo vuelve a la capital grancanaria; recoge a su amigo en el hospital y en taxi llegan a Triana. Se aposentan en la terraza del bar Nuevo Río, en el parque de Santa Catalina. Leopoldo le dicta versos y una introducción directamente en italiano para un futuro libro. La mesa está llena de botellines de agua vacíos, servilletas de papel estranguladas, un cenicero rebosante de cigarrillos a medio consumir y sus gafas de leer. Este mes se acaba de imprimir un nuevo libro, *Escribir como escupir*. Excepto «Poema a Sebensuí» y «Tres poemas más», todas las composiciones son a dos manos con Sebensuí Álvarez Sánchez, según este. Leopoldo lo tituló «Versos esquizofrénicos» y un previsor Sebensuí inscribió la obra en el Registro de la Propiedad Intelectual, pero la editorial cambió el título. El canario ha elegido cuatro ejemplos para testimoniar su intervención en el libro. En el poema «Pandemonium», de diecisiete versos, los ocho primeros son de Sebensuí y el resto de Leopoldo: «Y todo es por

egoísmo» [SAS], «Decía mi abuela antes de morir» [SAS], «El Gen del egoísmo atroz como piedra de la locura» [SAS], «Aún peor que los hombres y que la ruina» [SAS], «Apropiacionismo absurdo de la vida» [SAS], «Y el mundo creemos que está hecho» [SAS], «para facilitar nuestras necesidades» [SAS], «¡He aquí el craso error!» [SAS], «Y que la ruina mida a los hombres» [LMP], «por su estatura real y no supuesta» [LMP], «porque todo hombre cree que es bueno» [LMP], «y lleva en su frente la marca de la bestia» [LMP], «que no ha hecho nada sino maldecir la mentira» [LMP], «que es el único nombre de España» [LMP] «la única frente y la única Virgen» [LMP], «la letra mata y el espíritu vivifica» [LMP], «y que los hombres tengan piedad de los hombres» [LMP]. En «Derrota de nada», compuesto por veinticuatro versos, siete son de Sebensuí y los restantes son de Leopoldo: «El cuerpo esquizofrénico» [SAS], «Todo acto repercute en el cielo» [SAS], «Y por ello la vida es prácticamente imposible» [LMP], «Inter corpus in mentem» [LMP], «La mente en el culo del ser» [LMP], «Rosa caníbal de mi frente» [LMP], «La rosa que cae al suelo» [LMP], «Dibujando un collar de cráneos» [LMP], «¡Ah! Tú Kali que vistes un collar de cráneos» [LMP], «Enjoyada con los labios de la muerte» [LMP], «Fumándose otra derrota en los vestuarios» [SAS], «de mi cráneoalma, de mi cuerpo derrota» [SAS], «De La victoria del papel en llamas» [LMP], «Ardiendo con los restos de mi cuerpo» [LMP], «Y las estrellas arden en mí» [SAS], «Clavándome sus puntas de cristal» [SAS], «Enjoyadas de sangre» [LMP], «La sangre es un lujo para el coleccionista de almas» [SAS], «La sangre cae de la barra de los bares» [SAS], «y de las barras de labios» [LMP], «que mienten» [LMP], «rojo caníbal de mi frente» [LMP], «esperma de mi cerebro que cae goteando al suelo» [LMP], «y una rosa se dibuja en la nada» [LMP]. En el poema «Black Sun», de veintiocho versos, ocho pertenecen a Sebensuí y el resto a Leopoldo: «Sol negro de la melancolía» [SAS], «Estúpida baba de la melancolía» [LMP], «La vida es un cuento dicho por un idiota» [LMP], «Un cuento que nadie cree» [SAS], «Una tempestad para nadie» [SAS], «En el vacío donde nada el pez» [LMP], «El pez atroz de la nada» [LMP], «La vida es un cuento de brujas. Panero lo dijo» [LMP], «Un mirar sin mirar en el espejismo de la locura» [LMP], «Donde hallo más verdades que en cualquier templo» [LMP], «Donde sacralizo mi corazón en honor a mi propio dios» [SAS], «A mi Jesús de la nada y el viento» [LMP], «Que flota en el viento» [LMP], «El viento que surge de la nada» [LMP], «Y que se enreda en la nada» [LMP], «Buscado ávidamente por el viento» [LMP], «En el que pierdo fácilmente mi equilibrio» [SAS], «Llevado por el viento como una hoja oscura» [LMP], «O algún tordo pálido» [LMP], «que vuelve en el secreto remoto de la tarde» [LMP], «Los pájaros salen de madrugada porque temen al hombre» [SAS], «Y una generación ebria y estúpida se

burla de nosotros» [SAS], «Y de los libros de la bibliotecas» [LMP], «En el libro oscuro de la tarde» [LMP], «Donde muere el gorrión en un horrible espejo» [LMP], «Llamado no sé si viento o hambre» [LMP], «Mientras el deseo infantil y egoísta nos devora» [SAS], «Un artista del hambre. Kafka lo dijo» [LMP]. El poema «Apocalipsis *sine nomine*» está compuesto por veintisiete versos, de los que dieciocho son de Sebensuí: «Fractura inmediata en el espacio-tiempo» [SAS], «Brecha de un devenir inesperado» [SAS], «Y una página donde sopla el viento» [LMP], «Como el devenir perfecto de la tarde» [LMP], «Viajando en este agujero negro» [SAS], «En este triángulo de Dios» [SAS], «En el triángulo oscuro de la luz» [LMP], «Bailando al compás de lo inmundo» [LMP], «Lejos de la ceniza del mundo» [LMP], «Recuerdo hecho ceniza de cigarro ya fumado» [SAS], «Y es el triángulo uno de tantos objetos» [SAS], «Del cual desconocemos su poder» [SAS], «Para invocar en vano al desierto» [LMP], «Pirámides de un relojero enajenado» [SAS], «En comunicación con un ente superior» [SAS], «Dando sombra a sus discípulos» [SAS], «Acólito de Ra» [SAS], «Del siniestro ojo de la mujer gato» [SAS], «Y que la ceniza de mi nombre sea el aire y el viento» [LMP], «Que todo lo borra» [LMP], «Restos de sangre en el espejo» [SAS], «En el que tú me miras al mirarte» [SAS], «Orinando en pie contra el silencio» [LMP], «El indio iba disfrazado por la ciudad» [SAS], «Con un espejo en la espalda» [SAS], «Para que te vieses reflejado» [SAS], «Si te reías de él» [SAS].

De feria en feria. Del viernes 30 de mayo al domingo 15 de junio se celebra la Feria del Libro de Madrid, dedicada a Iberoamérica. Sobrepuestos a su pequeño enfado, el jueves 12 llegan a la capital Panero y Caballero, y Antonio Huerga les facilita una habitación de dos camas en el hotel Tryp Atocha, en el número 83 de la calle homónima. Finalizada la primera jornada, los dos autores salen del Retiro a las nueve de la noche y comienza a llover de forma torrencial; no tienen paraguas y buscan un taxi bajo la lluvia como dos desamparados. Leopoldo entra en pánico porque se encuentra perdido. «Corre sin dirección, tenebroso, lanzándose a la calzada sin cuidado. Entonces se agarró de mi mano; y más de tres horas anduvimos en la noche bajo la lluvia, cogidos de la mano, como un padre y su asustado pequeño»,[2] hasta encontrar un taxi y regresar al hotel. Al día siguiente por la tarde, Rosalía Dans se presenta en la feria para buscar a Leopoldo María y llevarlo a su casa. Rosalía le había llamado a Canarias para ofrecerle quedarse en Madrid y convivir con ella. Le dio su teléfono. Una vez en la capital, desde el domicilio de la hermana de Félix, Leopoldo llamó a la actriz. Cuando apareció Rosalía, muy desmejorada, entró por la parte de atrás de la caseta: «Vengo a llevarme a Leopoldo a mi casa»,[3] le dijo al editor. Huerga le dice al poeta que podía haberle advertido y se habría ahorrado el billete de

vuelta. «Me has devuelto la vida. Me has hecho libre. Yo te honraré»,[4] le dice Panero a su amiga. Caballero los acompaña en un taxi para recoger sus pertenencias en el hotel. Ella le dice a Leopoldo que tiene preparada una caja de cervezas como bienvenida. Se marcharon dejando solo a Félix en la habitación. A la mañana siguiente, antes de abrir la caseta, ambos estaban de vuelta con maleta y máquina de escribir incluidas. Rosalía reconoce que la idea había sido un error. Leopoldo no la dejó dormir y le vació el frigorífico. Durante la estancia madrileña, Carmen Abad, de Arena Libros, organiza la presentación de *Jardín en vano*, obra a dos manos, y *Mi lengua mata* (según el editor Isidro Herrera, le abonó a Leopoldo mil euros a la entrega del libro, que fue transcrito por Caballero), con prólogo de la profesora María Oliver Marcuello y epílogo (que se inicia con un guiño a *Rayuela*: «¿Encontraría a Panero?») de Jorge Alemán, insobornable lacaniano argentino desterrado en Madrid y viejo conocido de Leopoldo de los años setenta del siglo anterior. El acto se celebró en la asociación cultural Cruce: Arte y Pensamiento Contemporáneo (Doctor Fourquet, número 5). La sala está a rebosar, con gente de pie al fondo; en la tarima, sentados en tres sillas, están Panero, Caballero y Alemán en el centro. Entre el público hay algunos profesionales de la salud mental que escuchan con atención. Leopoldo, a la izquierda de Alemán, acapara el protagonismo, apenas deja intervenir al psicoanalista. Los poetas acabaron con un recitado y luego se sometieron a las preguntas del auditorio para concluir con la firma de ejemplares.

En la vida hospitalaria, Leopoldo tiene un nuevo psiquiatra, el doctor José Manuel Brito Jinorio, aunque Segundo Manchado continúa viendo al paciente a diario. Entretanto, el poeta prosigue su labor con Félix J. Caballero. Sentados en alguna terraza de café o en la casa de Félix, Leopoldo le dicta sus versos, que luego su amigo mecanografía en una máquina eléctrica. El 22 de septiembre queda terminado *Sombra*, libro dictado a Félix J. Caballero. En diciembre sale de imprenta *Voces en el desierto*, de Panero y Caballero, con dos prólogos de los autores, donde Félix se confiesa discípulo de Leopoldo. También aparece la tercera edición de *Locos*, con cincuenta retratos a lápiz de Luis Arencibia, libro que se presenta el 22 de enero de 2009 a las siete y media de la tarde en la Casa Museo León y Castillo de Telde (Gran Canaria), localidad natal de Arencibia. El maestro de ceremonias es el periodista y escritor Luis León Barreto, quien diserta sobre «Panero y Arencibia, dos ejercicios de lucidez». La sala está llena de un público entregado. Leopoldo está exultante como nunca y divertido como pocas veces. Durante la intervención de Barreto, el poeta le interrumpió en varias ocasiones con alguna cita, matiz o chascarrillo.

«¿Puedo continuar, Leopoldo?», preguntaba con expresión grave. «Sigue, sigue», respondía Panero.

Del 16 al 22 de febrero se celebra La Revuelta Sureña, segundo festival internacional de Perfopoesía de Sevilla, dirigido por el artista polifacético Antonio García Villarán. El día 18, Panero y Caballero viajan a la capital andaluza y se aposentan en el hotel Doña Blanca (plaza del Padre Jerónimo de Córdoba, número 14). Jesús Quintero graba con Leopoldo una entrevista para su programa *El vagabundo*, de Canal 2 Andalucía (RTVA), en presencia de Félix detrás de la cámara. El sábado 21, en una carpa instalada en la Alameda de Hércules, a las ocho y media de la tarde, entre diversas actuaciones, Panero recita unos poemas en un homenaje coordinado por Bruno Galindo, Carlos Ann y Mariona Aupí. Bruno le entrega a Leopoldo el paquete que le envió Arturo Mantecón con una carta y sus poemas traducidos. En el hotel, Leopoldo y Félix tienen una discusión; Leopoldo lo mata con la mirada y ninguno logra dormir. Al final hacen las paces la misma mañana que el editor Isaac Alonso, de Azotes Caligráficos, lleva cien ejemplares de *Voces en el desierto* que los autores firman a sus lectores. Juntos asisten a la FNAC, donde se ofrece un recital de poesía ante un exiguo auditorio. Leopoldo pidió subir a la mesa y recitó. Félix se quedó entre el público. Tras dos días sin pegar ojo, juntos regresan a Las Palmas.

Impresos en noviembre del año anterior, dos nuevos títulos salen a la luz –los primeros– en la editorial El ángel caído, de Las Palmas de Gran Canaria, creada por Adolfo García: *Tango*, a dúo con Félix J. Caballero, y *Esphera*, de Leopoldo, dictado y dedicado a Félix. Además se suma un nuevo libro de ambos autores: *La tempesta di mare*.

Después de intervenir el 13 de abril en el Club Prensa Canaria, Panero viaja con Adrián Rodríguez a la Feria del Libro de Madrid, donde firma ejemplares en la caseta de Huerga & Fierro. La editorial los cobija en el hotel Tryp Atocha. Cuando Leopoldo se entera de que en el puesto de Visor firma Joaquín Sabina, se levanta y sale en busca del cantautor. Camina encorvado por la parte trasera de los puestos. Sentado de espaldas a la puerta, Sabina firma libros a una fila de admiradoras; el poeta le saluda y le pide cincuenta euros. El artista entiende mal y pregunta: «¿Cincuenta duros?, ¿eso cuánto es en euros?». Chus Visor, al lado de su invitado, le da un billete de veinte y le dice: «Toma Leopoldo, abre el bolso». El poeta insiste: «¿Tienes veinte?», a lo que Chus contesta: «Ya te los he dado». «Otros veinte, por favor», se obstina Panero. Sabina demanda el nombre de la siguiente incondicional. A la vez que guarda el dinero en la billetera, Panero reitera. Visor le indica: «Venga Leopoldo, que está trabajando, coño», «¡Leopoldo, ya está!».[5] Cabizbajo, se retira con el botín obtenido.

En junio Ianus Pravo vuelve a Las Palmas, porque prepara la traducción de una selección de poemas de Leopoldo. Y regresa la última semana de septiembre. Intenta que el madrileño le aclare algunas citas que le resultan de difícil significado. La mayoría de las veces, Leopoldo le contesta: «No me acuerdo», «Dice lo que dice».[6] Sin embargo, le recita largos pasajes de la *Divina comedia* y le dicta la introducción para el libro, titulada «Sartor Resartus» (Thomas Carlyle). El chicano Arturo Mantecón, desde Davis (California), envía los poemas traducidos de Panero al poeta laureado de San Francisco Jack Hirschman, también traductor de Artaud, Maiakovski, Roque Dalton y otros, para saber su opinión; a la vez le pregunta si la editorial City Lights podría estar interesada en su publicación. Hirschman llevó los poemas de Panero a su amigo Ferlinghetti, quien lamentó no poder publicar al madrileño por el exceso de originales, pero le dijo que era más interesante que Artaud y mejor escritor. Entonces Mantecón envía por correo postal un paquete con una carta y unas ochenta traducciones a Bruno Galindo para que este se las haga llegar a Panero.

Por entonces en Astorga, durante el certamen de cortometrajes, se proyectó el documental *Los abanicos de la muerte. La generación del desencanto*, de Luis Miguel Alonso Guadalupe, en el que ahonda en los Panero con testimonios de Querejeta, Chávarri, Gamoneda, José María Merino, Juan Pedro Aparicio, Vicente Molina Foix, José Luis Gutiérrez, Javier Huerta, Leopoldo María entrevistado en Las Palmas, y otros más.

Después de haber leído sus poemas traducidos por Arturo Mantecón, Leopoldo le contestó. Alguien le abrió una cuenta de correo electrónico a Panero para esa respuesta. El 6 de octubre, un desconocido o desconocida en nombre del poeta (quizá al dictado) escribe:

> Estimado Sr. Mantecón: Soy Leopoldo M.ª Panero y he resibido (*sic*) su amable mensaje. En principio veo bien la idea de que se traduzcan mis obras al inglés, puesto que leí con suma atención el manuscrito que usted realizó y me pareció perfecto. Por otro lado, esta será mi dirección de correo electrónico para cualquier duda que se le pueda presentar. El inglés es un idioma perfecto para la poesía porque es rico en consonantes, lo mismo que el alemán para la filosofía por lo que estoy bastante orgulloso que mis obras sean traducidas a dicho idioma. Le mando un saludo grande y darle las gracias cumplidamente. Me interesaría saber si al recibo de este email todo va bien, pudieras conseguirme un recital en los EE. UU. con los gastos pagados. Saludos.
>
> LEOPOLDO M.ª PANERO[7]

En noviembre sale de imprenta *Horizontes invisibles del miedo*, de Sebensuí A. Sánchez. Los poemas incluyen un prólogo fechado el 6 de marzo de 2004 y una carta de Leopoldo al autor, «Retrato de un artista

cachorro», escrita el 14 de marzo de 2004:

> Yo soy guiado por una mano blanca que escribe y que es la mano de Sebensuí, aquí os mando estos excelentes poemas que prueban que la locura es un verso y que el delirio es poesía dadá: yo soy el sacrosanto emperador, el nacido, el humus del silencio y de la nada, el proyecto de un hombre en la ruina, el proyecto de la ruina, la salvación por la ruina, la mano que escribe en vano y que graba para la posteridad el nombre de Sebensuí, a ti Juan Panero, mi hermano, mi compañero y mucho más, a ti tan dulce y tan cercano, a ti para siempre jamás, como decía un verso de mi padre que alguna vez me regaló un bolígrafo, un bolígrafo que ahora está en la mano de Sebensuí dibujando aforismos en pie sobre la nada, dibujando un croquis de la nada.
>
> ¡Oh! Estos poemas para alumbrar el Universo, una página de Lacan para vivir a oscuras.

Acompañado de Adrián Rodríguez, Leopoldo María viaja a Madrid para inaugurar el Festival Eñe, el viernes 13 de noviembre a las cuatro y media de la tarde. Con expectación, en la sala de columnas del Círculo de Bellas Artes de Madrid, Panero hace una lectura de poemas y firma libros amparado por su editor Antonio Huerga.

El 21 de noviembre el madrileño escribe el prólogo «Capitalismo o paranoia o la luz no es nuestra» para el libro *Dejemos el pesimismo para tiempos mejores*, de Diego Medrano. Y pocos días después, el 27, llegan a Las Palmas el doctorando chileno Sergio Sánchez Bustos y su mujer, la periodista Mariela Hernández Moraga. Dos meses atrás, por teléfono, Sergio había acordado una entrevista con el poeta para su tesis doctoral: «Leopoldo María Panero. Enfermedad mental y literatura». Leopoldo le dijo: «Ven a verme antes de que me suicide». Al explicarle las razones de su interés por visitarle, se mostró algo entusiasta: «Esto va a ser una experiencia infernal»,[8] aseguró Panero. Por recomendación de Ianus Pravo, la pareja se aloja en el hotel Verol. En su primera cita, hacia las tres de la tarde, almuerzan en la terraza del antiguo hotel Madrid, lugar elegido por el poeta, y conversan hasta la hora de retirarse al hospital. Al día siguiente vuelven a encontrarse en el mismo sitio y pasean por el parque de Santa Catalina, momento en que Leopoldo les pide comprar un puro y cigarrillos. El 30 de noviembre, el matrimonio abandona la isla. El día anterior, después de cinco meses de cuidados paliativos, Marava murió a causa de un cáncer de pulmón en la casa familiar del paseo de La Habana, número 22. Leopoldo recibe la noticia tarde. Se queda sin su compañera más leal.

Inexplicablemente, Leopoldo ha llegado a la península y aparece en

Madrid el 11 de diciembre, en la librería Visor, para pedirle dinero a Chus. Luego de curiosear en el local, en el bar próximo lo encuentra el leonés Luis Artigue, y el poeta le asegura haberse fugado de Las Palmas. Al cabo se persona Joaquín Pérez Azaústre, con quien se había citado Luis. Ambos se desplazan a la librería, donde Artigue adquiere *Poesía completa (1970-2000)*, en edición de Túa Blesa, que el poeta le dedicará. Chus les dice que allí no le lleven a Leopoldo. Al regresar al bar encuentran a Leopoldo sentado en la puerta. Artigue, «en un gesto de humanidad»,9 telefonea a Segundo Manchado, le explica la situación y le advierte que él tiene que regresar a León y no se puede hacer cargo de Panero. El doctor le pide que llame a Antonio Huerga. El editor llega al lugar y recoge a Leopoldo, le compra vestimenta de abrigo (en Madrid ha nevado), le lleva a la comisaría de policía de la calle de Santa Engracia para solicitar el documento de identidad, que ha extraviado, y le busca una pensión en la calle de Hortaleza, donde pernocta hasta que lo lleva en metro al aeropuerto (hay huelga del taxi) y lo deja en el avión que lo llevará a Las Palmas, donde lo recibirá el doctor Manchado.

En marzo de 2010 se acaba de imprimir *Reflexión*, con prólogo fechado en agosto de 2009 del propio Panero, para quien escribir todavía es un milagro. Aunque de lenguaje más comedido, el autor sigue en lo escatológico; de los cincuenta poemas que incluye el libro, tan solo nueve contienen términos como *falo*, *pene*, *orinar*, *orina*, *verga*, *retrete*, *culo* o *mierda*. Dos meses después, Leopoldo y Sebensuí viajan a Granada para asistir al festival Poesía en Los Cármenes y presentar el 27 de mayo *Locos de altar*, de Rubén Martín, Begoña Callejón y Leopoldo María Panero, quien acaparó toda la atención. El recital se ofrece en el Jardín Botánico, pero Panero con sus chanzas impide que Callejón y Martín inicien cualquier declamación. Al llegar su turno se negó a leer poema alguno del libro a tres manos. Luego anduvieron de bar en bar por el centro de la ciudad. El editor de la modesta Alea Blanca, Tomás García, lleva a Leopoldo y Sebensuí a visitar la Huerta de San Vicente, casa museo de Federico García Lorca. En Granada los domicilian en una casa particular, cuya propietaria acabó echándolos por el caos y desorden causado. El editor los llevó a un cortijo de su familia en la provincia de Jaén y se alojaron en uno de los aposentos; en la finca andan sueltos toros, vacas, caballos, aves. A los invitados los desplazan en un jeep. Finalmente recalaron en un hotel en Málaga, donde hicieron noche para el día después volar a Las Palmas.

Luis Antonio de Villena publica *Malditos*, novela en la que aparece Leopoldo como personaje. Ambos poetas coinciden firmando en la Feria del Libro de Madrid, a la que Panero llegó acompañado de

Adrián Rodríguez. A su regreso a la isla, del 10 al 19 de junio, Ianus Pravo vuelve a visitar a Leopoldo.

Al poeta le invitan a la Feria Internacional del Libro de Guayaquil (Ecuador). Ante la imposibilidad de acompañarle Bruno Montané, este delega en Carmen Pérez de Vega, novia de Roberto Bolaño. Pero a Carmen le surgen complicaciones laborales y propone como candidata para viajar con Leopoldo a su amiga Henar Galán, psicóloga en el Centro Penitenciario de Figueras (Gerona) y a la vez amiga de Victoria Ávalos, madre de Bolaño. El 15 de octubre, Henar recoge a Panero en el hospital de Las Palmas, donde le dan instrucciones acerca de la medicación. El día 16 vuelan a Ecuador. Durante el viaje el poeta hace continuas visitas al baño y le riñen por fumar a hurtadillas. Los están esperando en el aeropuerto de Guayaquil y los trasladan al hotel Unipark, de cinco estrellas, ubicado en la plaza del Seminario, centro histórico de la ciudad. Se alojan en habitaciones contiguas, pero un vulnerable Leopoldo, que no deja sola a Henar un solo instante, se mete en el cuarto de su acompañante, se tumba en la cama y la observa. «Le da igual si me he quedado en ropa interior, desnuda en la ducha o sentada en el inodoro»,10 relata una paciente Henar. Frente al hotel, en la plaza del Seminario, habitada por iguanas, la pareja toma asiento en uno de los bancos. Leopoldo coloca su cabeza en el regazo de Henar, pero pronto los llaman al orden porque está prohibido tumbarse en los bancos. El domingo 17, un grupo de jóvenes poetas los lleva de excursión a Playas General Villamil, donde almuerzan. Leopoldo elige langosta al ajillo y con las manos devora los trozos sin masticar; luego reposan sobre el arenal. Al día siguiente el poeta ofrece una rueda de prensa en el Palacio de Ferias y atiende a los periodistas en el hotel. El martes 19 departe con más periodistas y, por mediación de Ernesto Carrión, del Ministerio de Cultura, conoce el poeta Carlos Eduardo Jaramillo, que los invita a su casa. El miércoles, Henar tiene que insistir a Leopoldo que ha de ducharse y asearse. Le entrevistan para una cadena de televisión. Los llevan a visitar la ciudad, pero al poeta no le gusta hacer turismo. De regreso en el hotel, mientras la resignada Henar se acicala en su aseo, Leopoldo se cuela y se sienta en el inodoro para defecar, sin pudor. Ella le riñe y él abandona el cuarto de baño sin usar el papel higiénico. Por la noche, Panero da un recital en La Casa Morada, al que asiste numeroso público y él está exultante. Es noticia destacada en los diarios *El Comercio*, *El Universo* y *El Telégrafo*. El 21 de octubre comienza la Feria con el lema «Vive el libro, vive el bicentenario», en el Centro Cultural Simón Bolívar, a la orilla del río Guayas. Leopoldo se codea con el resto de los escritores, intercambian sus libros, pero al madrileño no le

interesan los actos de los otros. Mientras suena el himno nacional, todo el público está en pie. Panero permanece sentado. El día después es día de charlas, pero al vate no le importan. Nada le entretiene, se aburre. El sábado 23, Henar se mete en la bañera para «restregarle la corporeidad y sus miserias».[11] Hoy es su día, el acto central de la feria: una conversación de Leopoldo María Panero con el poeta ecuatoriano Mario Campaña, a las cinco de la tarde en el Auditorio, la sala de mayor aforo. Más de trescientas personas asisten a ver al poeta español. Campaña presenta extensamente a Leopoldo, este va varias veces al baño a vomitar. Sigue el monólogo y Panero, de pie, a la espera de que le llamen al estrado, inquiere impaciente en voz alta: «¿Me vais a dejar subir?». El auditorio estalla en aplausos. La organización ha hecho una excepción y le consiente fumar. Durante la entrevista, Leopoldo reclama la presencia de Henar en el estrado en dos ocasiones, para entregarle unas cajetillas de tabaco y para leer poemas inéditos que él le ha dictado y ella ha recogido en una libreta, desde el día de la partida en Canarias a la estancia en Guayaquil. Sentada juntos a ellos, recita Henar e incendia la sala de versos. Al final abraza a un Leopoldo pletórico, feliz. Ha triunfado. Carcajea. El día después, a media mañana, llevan a la pareja a visitar el Cementerio General, al pie del Cerro del Carmen, considerado uno de los mejores de Sudamérica. Panero camina con desgana entre sepulturas, sepulcros, mausoleos, panteones. Por la tarde asisten a la feria. El lunes 25, tras merodear por la plaza del Seminario y aledaños, Leopoldo se empeña en volver a la Feria del Libro porque no le han remunerado su intervención, aunque lo acordado fueron los gastos de manutención cubiertos, además de costear el viaje y la estancia. Retornan al hotel para recoger sus pertenencias y salir para el aeropuerto, porque a las ocho de la tarde sale el avión de Iberia que los llevará a Madrid. Por megafonía llaman a Henar Galán para que se dirija a la bodega, porque su maleta ha sido señalada por los miembros de seguridad. Sin dejar a Leopoldo solo, los dos bajan y ella da todo tipo de explicaciones a los policías. Él, asustado, se agarra al brazo de Henar. Les deshacen las maletas sobre una mesa. Los policías creen que Leopoldo está bebido. Él se altera. A los agentes todo les resulta sospechoso. Pero las buenas artes de Henar tornan el talante de los uniformados y ellos mismos les indican el camino a la aeronave. Agarrados de la mano, poeta y acompañante corren hasta la sala de embarque, vacía, porque el resto del pasaje ya está a bordo. Tras un vuelo de casi once horas relativamente tranquilo, el martes 26 aterrizan en el aeropuerto de Barajas sobre las dos de la tarde. Salvados los controles, Leopoldo se mete en el cuarto de baño y, al salir, se despista y se pierde en el laberinto de la terminal. Queda poco tiempo para el trasbordo a Las Palmas y Henar da parte a la Guardia

Civil. Al fin lo encuentran sofocado. «Te he estado buscando», le dice a su cuidadora. De anochecida llegan en taxi al hospital y Henar se despide de Leopoldo, después de unos ajetreados días en su compañía.

Este mes se publica *Dejemos el pesimismo para tiempos mejores*, treinta relatos delirantes de Diego Medrano con un extenso prólogo de Leopoldo María Panero, titulado «Capitalismo o paranoia o La luz no es nuestra», con fecha de 21 de noviembre de 2009.

Vuelve el transcurrir lento de los días. Henar telefonea al hospital de vez en cuando para charlar con Leopoldo. A él le gusta, aunque no siempre le da conversación. En la ciudad Panero acostumbra a recostarse en un banco de la avenida de Tomás Morales, por donde Evelyn de Lezcano pasea a su pareja de perros de color blanco de raza bichón maltés. Al poeta le gustan los perros y los observa sin mediar palabra con la dueña. Cierto día, emocionado porque le regalaron un libro, se acerca a ella y mantienen una breve conversación. Evelyn, que sabe de Leopoldo, es trabajadora social, está divorciada y tiene una hija de diez años, Beatriz. Pocos días después se vuelven a encontrar en Triana; Panero la invita a tomar un café que ella rechaza por estar en horario laboral. Hasta que una tarde, de regreso a casa, se reencuentran y toman no un café, sino una Coca-Cola light y un vino.

El viernes 28 de enero de 2011, Evelyn y Leopoldo van al teatro Cuyás a ver *Casa de muñecas*, de Ibsen, representada por Silvia Marsó (Nora) y Roberto Álvarez (Torvaldo). Leopoldo está absorto en la función; lleva años sin asistir al teatro e irradia felicidad, está emocionado. Con Evelyn se encuentra cómodo, apaciguado, y así se lo hace saber a ella. A la salida llueve con viento racheado, por lo que el paraguas sirve de bien poco, y suben a un taxi para llegar a las once de la noche al hospital, hora límite que le concedieron a Evelyn en su solicitud. Ella le acompaña hasta el vestíbulo y regresa a la ciudad.

El italiano Ianus Pravo viaja a la isla el 31 de enero y pasa unos días con Leopoldo hasta el 10 de febrero. Entonces aparece en los escaparates la novela póstuma de Roberto Bolaño, *Los sinsabores del verdadero policía*, donde Leopoldo vuelve a figurar como personaje. Bolaño tiene fijación con el poeta novísimo. Aunque no se conocieron, el chileno leía su poesía desde que se instaló con su familia en México.

Panero sale del hospital, sube a la guagua y frecuenta el barrio de Triana. En el parque de San Telmo se tumba en uno de los bancos al sol con su legendaria bolsa azul llena de libros. Ve a la gente pasar, a veces melancólico y otras riendo a carcajadas. Ve pasar la vida, tanto desde los bares como desde los bancos, en los que descansa su hundimiento. La relación con Evelyn se estrecha, es una relación amorosa pero no carnal; se abrazan y se besan. Se dan cita en la terraza de Cañas y Tapas, en Triana, donde él le dicta poemas y ella anota en una libreta.

La periodista Eva González, que había conocido a Leopoldo en el Esdrújulo y quedó atrapada con el personaje, el 15 de mayo, camino de la concentración de los indignados en el parque de San Telmo, se encuentra con Leopoldo en Triana, donde está tumbado en un banco y decide optar por su compañía. Mientras él va al estanco, una mujer se acerca a ella y le dice: «Tenga cuidado con ese hombre porque no está bien de la cabeza».[12] Algunos comerciantes de la zona claman entre la repugnancia y la intolerancia: «A ver cuándo quitan esa basura de ahí», «Eso es para coger una manguera y echarlo», en referencia al poeta en los bancos de la plaza. Tampoco la oficialidad literaria isleña jamás le dio carta de naturaleza.

A las librerías llega *Sobre la tumba del poema. Antología esencial*, de Leopoldo María, en edición de Antonio Marín Albalate. A propuesta del editor Antonio Huerga, el poeta cartagenero Marín Albalate hace una particular selección de poesías que incluyen el vocablo *poema*, extraídas de libros publicados entre los años 2000 y 2008. También ve la luz *La flor en llamas*, de Leopoldo y Félix J. Caballero.

En primavera, sentada con otras personas en una terraza de la plaza Hurtado de Mendoza, también conocida como de las Ranas, la gallega María José Vidal Prado, profesora de lengua y literatura del Instituto Alonso Quesada, ve al poeta fumando arrellanado en las escaleras de la Biblioteca Insular. De inmediato saltó de la silla y fue a abrazar a quien llevaba más de veinte años leyendo, su poeta adorado. Lo llevó a la mesa, pero sus acompañantes pronto los dejaron a solas. Con una CocaCola y un gin-tonic brindaron por el encuentro. Desde entonces, él la llama todas las tardes para avisarla de que está en Triana. Luego van al bar Cañas y Tapas, y juntos recitan fragmentos de las *Soledades*, de Góngora, que él lleva en su bolsa. Una de esas tardes, al llegar su incondicional María José, Leopoldo está con Evelyn, a quien presenta como su novia.

Túa Blesa edita *Traducciones/Perversiones*, de Leopoldo María Panero, traducciones más que singulares; escandalosas o erróneas, podrán decir los escrupulosos, como apunta el editor. El autor es invitado a León y, acompañado de Adrián Rodríguez, vuela a Madrid. Durante el despegue Leopoldo insiste en ir al baño; el azafato, en vista de que no aguanta su micción, negocia con el poeta: no podrá salir del baño hasta que la nave se estabilice. Panero rompe el acuerdo y pretende volver a su asiento una vez que finaliza de evacuar, lo que provoca un breve forcejeo en la puerta del baño entre azafato y pasajero. Un policía nacional que viaja a bordo muestra su placa y amenaza a Leopoldo con detenerle en tierra si no cesa en su actitud. Al instante acata la orden. En Madrid, Adrián y Leopoldo suben al AVE con dirección León y pernoctan en el céntrico hotel Conde Luna. El viernes 6 de mayo, a las ocho de la tarde, en la Obra Social de Caja España-

Duero, dentro del marco de la Feria del Libro, Antonio Gamoneda y Leopoldo debaten sobre «Anatomía de las llamas: ¿dónde emana y a quién ilumina el prestigio literario?», moderados por Diego Medrano y Luis Artigue, organizador del encuentro. La sala está atestada. Luego cenan en el Barrio Húmedo con Pombo, Gamoneda y Evelia Fernández, concejala de Cultura.

El jueves 13 de junio, Leopoldo regresa a la península. Acompañado de Eva González, asiste a la Feria del Libro de Madrid. Antonio Huerga les proporciona el apartamento de un amigo en la calle de los Señores de Luzón, perpendicular a la calle Mayor, donde comparten lecho como amigos, no como pareja.[13] El poeta firma en la caseta de Huerga & Fierro, donde conoce a su antólogo Antonio Marín Albalate y coincide con su querido amigo y colega Ángel Guinda. En estos días no toma su medicación, lo que provoca un riesgo de coma diabético, y llega a las Palmas con altos niveles de glucemia. Segundo Manchado se enoja con Eva como responsable del paciente durante el traslado a Madrid; ella dice desconocer que tuviera que hacer labor de enfermera, pese a que había un compromiso antes de viajar para que le dispensase el tratamiento. En otra ocasión, Eva llevó a Leopoldo a la playa. Mientras ella leía, él escuchaba el batir de las olas; tumbado de costado apoyaba un codo en la arena y el rostro sobre la palma de la mano. Al día siguiente la llamaron del hospital para recriminarle que el enfermo se había quemado, aunque él no mostró ninguna queja mientras estaba tumbado al sol.

El ingeniero industrial Jorge Dot, miembro del consejo de redacción de la revista de poesía *El Alambique*, al que también pertenece el poeta Ángel Guinda, viaja con frecuencia a Las Palmas y se aloja en el hotel Parque. De paseo por la calle de Triana, una tarde se encuentra con Panero sentado en un banco y se coloca a su lado; se presenta, le da noticia de una tertulia, de la revista y de Guinda. Leopoldo le dice que no es necesario que le hable del autor de *Vida ávida* porque conversa a diario con él: un interno del psiquiátrico cree ser Ángel Guinda, explica Panero. Durante la charla, Dot le solicita un poema para la revista, por lo que el madrileño le exige cien euros. Acuerdan verse una semana después en el mismo lugar y a la misma hora. Además de la cantidad requerida, Dot le lleva el número tres de la revista, donde se incluye un poema suyo, «El gorrión». Leopoldo lo leyó y muy lacónico dijo que le gustaba. Le facilitó el teléfono de Evelyn y le indicó que ella le enviaría el poema.

En casa de Evelyn, un piso del barrio Arenales, Leopoldo le dicta versos y ella los escribe en su ordenador portátil. Arman el libro *La mentira es una flor*. En agosto vuelve a dictarle versos para una nueva

obra, *Rosa enferma*, que tienen idea de presentar al Premio de Poesía Antonio González de Lama, que concede el Ayuntamiento de León. En la casa es tal el trasiego del salón al frigorífico en busca de Coca-Colas que Evelyn decide reunirse en la terraza de Cañas y Tapas, para que el trabajo sea más fructífero. El día después, Evelyn lee a Leopoldo lo escrito y él apenas corrige. El poemario no logra el premio, que es declarado desierto.

El 8 de agosto, Evelyn envía a Jorge Dot por correo electrónico el poema de Panero «La flor dialoga en vano con el gorrión en la selva», mecanografiado por ella.

En septiembre se acaba de imprimir *Cantos del frío*, trabajo dictado a Félix J. Caballero. Y en California ve la luz *My naked brain. Selected poems*, de Leopoldo María Panero, con una introducción de Jack Hirschman y veinticinco composiciones traducidas por el chicano Arturo Mantecón. En España *El Alambique. Revista de Poesía* publica «La flor dialoga en vano con el gorrión en la selva»,[14] que en la primera estrofa guarda alguna similitud formal con «El gorrión», de Jorge Dot, poema que Leopoldo bautizó como «el del pajarito». En diciembre, en Florencia, sale de imprenta *Senz'arma che dia carne all' imperium*, de Leopoldo María Panero y Ianus Pravo, con una introducción de Andrea Ponso. Poemas que se interrogan y se responden en un diálogo imposible. Cada autor firma el suyo, sin posibilidad de confundir las huellas.

El 26 de enero de 2012 Leopoldo y Sebensuí suben a la guagua para tomar el ferri en el puerto de Las Nieves, en Agaete, y viajar a Santa Cruz de Tenerife, porque el madrileño esa noche va a dar un recital en el café Siete (calle El Juego, número 7), en San Cristóbal de La Laguna, invitado por un camarero masón; frecuentado por la bohemia local, en el recinto está el escritor tinerfeño Agustín Díaz Pacheco. Sentado ante un micrófono en un pequeño escenario, Leopoldo, más que declamar versos, dicta sentencias mientras fuma y bebe Coca-Colas. Pero también recita poemas envuelto en una nube de humo y cosecha aplausos. Finalizado el acto, poeta y acompañante pernoctan en una pensión para regresar a Las Palmas el día después.

Túa Blesa edita *Poesía completa (2000-2010)*, de Leopoldo María Panero, donde recoge los veinticuatro títulos publicados en la última década, si bien incluye el poema «Isidore Isou, o la gramática del subnormal» (1979) y el libro *Abismo* (1999), que no contenía la antología anterior, la de 1970-2000. No lleva la obra a dos manos con otros autores. Ianus Pravo visita de nuevo a Leopoldo el 6 y 7 de marzo, y graba en vídeo a Leopoldo en la terraza del café Madrid, en la plaza de Cairasco, número 4.

El 8 de junio, el trío de chicas Prin' LaLá actúa en el Palacio de Viana de Córdoba, en presencia de Panero, al que han invitado. Previamente, en el jardín del palacio, Leopoldo, escoltado por Bruno Galindo y Fernando Vacas, mantuvieron una charla. Al finalizar las chicas cantaron. Tras pasar la noche en el hotel Alfaros, el poeta llega a Madrid para firmar en el último día de la Feria del Libro. Carlos H. Vázquez le entrevista para la revista digital *Jot Down* y le fotografía Sara del Castillo.

El 23 de septiembre, Ianus Pravo vuelve a Las Palmas en compañía de la fotógrafa Michela Scalia, quien prepara su tesis doctoral.[15] El día después, bajo una incesante pero dulce llovizna («Solo la lluvia es fiel al poema y a la tarde»), van al encuentro con el poeta que, a cubierto bajo una sombrilla, los espera sentado en la terraza de un bar de la calle de Triana. Tras levantarse para abrazar a Ianus, le pregunta si es su mujer, en referencia a Michela. Ella le observa en silencio y no tarda en disparar su cámara. Todas las tardes le acompañan al hospital, donde llega puntual. El último día, Leopoldo subió a la habitación y bajó un cuaderno gastado por el uso con poemas escritos a bolígrafo y le pidió a Michela que los leyera a viva voz. Pero la emoción quebró su fonación y la caligrafía difícil le impidió continuar. Panero la obsequió con un cigarrillo –que conservó– y se despidieron. El 1 de octubre los italianos abandonan la isla. Al día siguiente, Panero llega a Córdoba para asistir al festival Cosmopoética, dirigido por Joaquín Pérez Azaústre, en el que se rinde homenaje a los novísimos cuarenta años después. En la Filmoteca de Andalucía, a la ocho y media de la tarde, tiene lugar un encuentro con el poeta y se proyecta *El desencanto*. Leopoldo se queja porque no se puede fumar. En uno de los días de asueto el vate se encamina a la librería Luque y pregunta al dependiente si tienen algo de Leopoldo María Panero, y añade: «Soy yo». El perplejo empleado le ofrece su edición de *Matemática demente*, de Lewis Carroll, que adquiere con descuento. El 5 de octubre por la tarde, en el Palacio Orive, se lleva a cabo una mesa redonda moderada por Túa Blesa, quien presenta a Leopoldo, aunque no necesita de mucha presentación. Luego, en una cena al aire libre, Panero elige una víctima, hasta que Blesa tiene que pararle los pies. En un aparte, Antonio Colinas invita a Leopoldo a participar en el próximo homenaje que se le ofrecerá a su padre en la Casa Panero de Astorga. Como no puede asistir, se compromete a enviarle unos poemas para que los lean. El día 6 regresa a Las Palmas.

El 27 y 28 de diciembre, en la Casa Panero de Astorga, se celebra el acto «Leopoldo Panero a los 50 años», un homenaje al vate en el que participa Antonio Colinas, entre otros, quien lee tres poemas inéditos que Leopoldo María ha escrito para la ocasión:

¿Quieres un padre?
No gracias, nuestros hijos también murieron.
Y alguien anduvo entre la violeta y la violeta con lágrimas de semen
inundando la página en donde yace mi alma.
Esperando en el patíbulo la hora feliz de mi muerte
en el décimo árbol sin hojas ya ni savia
que nadie sabe ya por qué
está en pie en la tierra

Esperando todos los días la pena de muerte
abro la puerta para ver si me espían los señores del alma,
los vigilantes de la diadema
que cae al suelo sin ruido
semejando un hombre.

No sé si soy pez o sombra
muerto o vivo
muerto o vivo
y cuando renazca
violaré a una mujer con una espiga.[16]

El 12 de abril de 2013, Bruno Galindo llega a la capital grancanaria para encontrarse con Leopoldo, porque prepara una performance para una función en Viena sobre psiquiatría, Freud y el terrible edificio Narrenturm, o Torre de los Locos, primer psiquiátrico de Europa, una mole de ladrillo de forma cilíndrica con cinco plantas y ciento treinta y nueve celdas.

El 14 de mayo aparece *Conjuros contra la vida*, de Leopoldo María Panero. También este mes sale *Like an eye in the hand of a beggar*, de Panero, con prefacio del traductor Arturo Mantecón, introducción de Túa Blesa y prólogo de Solomon Rino («Words of a murderer»). El libro incluye noventa y seis poemas del madrileño, quien se desplaza a su ciudad con Adrián Rodríguez para asistir a la Feria del Libro.

El 16 de junio, aquel muchacho lleno de curiosidad y hondura, sin la menor frivolidad, como lo retrató José María Souvirón, que devino en original, difícil, extraño, misterioso e indócil, cumple sesenta y cinco años. Y otro 16, pero de septiembre, tras una dura lucha contra el cáncer, con setenta y un años muere Juan Luis Panero en la ambulancia que le traslada de Gerona al Hospital de Palamós, en compañía de Carmen Iglesias, su pareja. Fue incinerado en la intimidad en Palafrugell. Ya sin sus dos hermanos, Leopoldo está más solo que nunca. «Aunque yo no me llevaba bien, para hacer honor a la verdad debo reconocer que Juan Luis era un gran poeta»,[17] confiesa a

la prensa local. El día 20, Henar telefonea a Leopoldo al hospital para anunciarle una próxima visita y le pregunta si ha recibido llamadas de amigos para saber de su estado. Él le dice que no tiene amigos. El 8 de noviembre Henar llega al hospital; Leopoldo la espera en los jardines, pero ella no le ve por lo que va en su busca a recepción y cuando lo encuentro se abrazan. Él se deja abrazar y besar. Y le dice: «Creí que ya no venías».[18] Salen a comprar tabaco y Henar le entrega dos regalos: *El anticristo*, de Bernard McGinn, y una bufanda de lana en blanco y negro. El sábado 9, ante la negativa del médico de guardia para que Panero salga del centro, visitante y residente pasean por los jardines. Leopoldo está acatarrado. A la hora del almuerzo, Henar baja a la ciudad y pasea por Triana. A las cuatro regresa al hospital. En un banco de los jardines el poeta se tumba y posa su cabeza en el regazo de Henar; mientras, charlan sobre libros y literatura, a veces interrumpidos por algún enfermo. Con la anochecida se guarecen en el vestíbulo hasta la hora de cenar.

El poeta novísimo sigue concitando la atención más allá de nuestras fronteras. El 28 y 29 de noviembre, organizado por las universidades de Paris-Est-Marne-La-Vallée y Paris Ouest Nanterre La Défense, se celebra el coloquio internacional «Leopoldo María Panero. Dissensus et dystopie». Por la Universidad de Sevilla participó Concepción Pérez Rojas con la ponencia «El no lugar y la locura en la poesía de Leopoldo María Panero». También asistieron Marie-Claire Zimmermann y François-Michel Durazzo.

Segundo Manchado deja de ser oficialmente el psiquiatra de Leopoldo, pero mantiene contacto con el poeta, quien pasa a diario por su despacho para saludarle («Mi único psiquiatra es el dolor / Mi único enfermero es el sueño»).

Ianus Pravo se traslada a Las Palmas para mostrarle a Leopoldo María la traducción de *El ciervo aplaudido* (*Il cervo applaudito*). El ciervo, tan empleado por Panero en su obra, es el emblema de la locura. El día 10 de diciembre por la tarde se dan cita en la terraza del bar Lolita Pluma, en la plaza de Santa Catalina, pero Leopoldo no se presenta. Preocupado, Ianus el 11 se desplaza al Hospital Juan Carlos I, donde le comunican que el poeta ha sufrido una caída en las zonas comunes al aire libre del hospital y se ha dañado la cadera. Anda en silla de ruedas porque no debe apoyar una de las piernas durante un tiempo. Los días posteriores le visita en su habitación; se encuentra bien de ánimo, pero tendido en la cama, inmovilizado. Inquebrantable mala salud de hierro. Bromea, cuenta chistes de locos, echa pestes de los enfermeros y se alegra de la traducción al italiano. Ianus le informa de que quiere grabar con él para un documental. Leopoldo dice sonriente: «¿Otra película?».[19] Con posterioridad recibe a las personas autorizadas en el vestíbulo del hospital. El 24 de diciembre le llama

Henar para felicitarle las fiestas. La enfermera de planta le comunica que el poeta está en silla de ruedas por una caída; cuando él se pone al aparato, se queja de la cadera. Asegura que le «tiró una loca para robarme la cartera. ¿No puedes venir a verme y pasamos la Navidad juntos?».[20]

En las primeras fechas de 2014, Ianus telefonea a Leopoldo para saber de su estado. El convaleciente hace rehabilitación. Tras unas exploraciones le han descubierto un cáncer en avanzado estado, tiene una metástasis inoperable. Está más grave de lo que él cree, tanto psíquica como físicamente. Leopoldo ha envejecido mucho antes de tiempo. A Ianus le dice: «Estoy en silla de ruedas, pero soy el mismo de siempre».[21]

El 9 de enero muere a los ochenta y siete años a causa de una neumonía quien tuviera un destacado papel en la carrera literaria de Leopoldo, Josep Maria Castellet. Y diecinueve días después, a Ana María Moix se la lleva la parca, víctima de un cáncer, con sesenta y seis años, la mujer que tantos desvelos causó a Panero. El 2 de marzo, Henar telefonea a Leopoldo para darle el pésame por la muerte de la *nena* Moix. Él no sabe nada, nadie le ha llamado. Se siente fatal. La jornada posterior, Ianus Pravo e Irada Pallanca llegan a la isla para iniciar la grabación con Leopoldo del cortometraje *Estantigua*, sobre la relación entre Pravo y Panero. El mismo día, Félix J. Caballero visita a Leopoldo, que lo recibe en silla de ruedas, pero muy animado. Le permiten bajar al jardín de la entrada; Félix le entrega como lectura *La tentación de San Antonio*, de Flaubert. Aunque el paciente tiene prohibido tomar café, insiste tanto que su amigo no es capaz de negárselo, no tiene valor. A la vez que beben el estimulante de la máquina, Leopoldo le habla de un proyecto de escribir un nuevo libro de título «Poemas sacrílegos». Se guasea sobre su silla de ruedas y asegura haber sufrido un esguince. Mientras espera la llegada del auxiliar para que le vuelva a subir al centro, Leopoldo charla con otros internos y Félix se despide de él.

El 5 de marzo, el vate cierra los ojos para dejar de hacer poesía y dejar de hacer prosa; cierra los ojos llenos de sueño. Hacia las diez menos diez de la noche muere Leopoldo María Panero en la Unidad de Clínica y Rehabilitación del Hospital Juan Carlos I, dependiente del Hospital Universitario de Gran Canaria Doctor Negrín. El poeta ha dejado de interpelar a la vida. Eva González llama a Ianus Pravo para darle la noticia. Oficialmente, el último Panero ha muerto de un fallo multiorgánico. De una fuerte personalidad, poseía una patología subyacente crónica muy grave, vinculada a sus excesos (tenía hepatitis, diabetes, era fumador, bebedor…). Segundo Manchado y Rafael García Montesdeoca, jefe de enfermería, se personan en el sanatorio a velar el cadáver.

Todos los periódicos se hacen eco de la muerte del poeta. Páginas y páginas donde el término más manoseado es el de *maldito*. Todos y cada uno de quienes escriben tienen su anécdota con el fallecido, parecen querer decir: «El loco es mío».

Por propia voluntad, transmitida de manera oral, el 7 de marzo el cuerpo de Leopoldo María Panero va a ser incinerado en el tanatorio de San Miguel, de Las Palmas. Allí se reúne un grupo de amigos y admiradores que casi alcanza el medio centenar: Adolfo García, Francisco Rodríguez Russo, Aarón Rodríguez, Jorge Suárez, Pablo Sabalza, José A. Luján, Aquiles García, Domingo Santana Espino, Manolo Ruiz… También se personaron Josefina Betancor, viuda del poeta Manuel Padorno, y las primas gemelas Rosario y María Luisa Alonso Panero (hijas de María Luisa Panero Torbado), residentes en Tenerife. Ianus Pravo deposita en el féretro un paquete de cigarrillos Camel, un ejemplar de *Il cervo applaudito* y una naranja, pues a Leopoldo le gustaba mucho el cuadro de Egon Schiele *Aquella naranja era la única luz*.

La naranja cae de mi mano muerta
y rueda por la calle
perseguida por el perro de la inmundicia
por el perro atroz de la vida.[22]

El librero madrileño afincado en Canarias Ángel Escarpa colocó una bandera republicana sobre el féretro, como habían hecho con Antonio Machado en 1939. Algunos amigos leen poemas del difunto, y de las autoridades sanitarias tan solo asisten Rafael García Montesdeoca y el doctor Segundo Manchado Romero. Tras la cremación, Segundo Manchado atesora en una habitación del Hospital Juan Carlos I las cenizas y las pertenencias del poeta en cajas (textos mecanografiados, libros, dos máquinas de escribir, algo de dinero suelto), en espera de que el juez dé la orden de un mejor destino.

El 23 de junio de 2016, con motivo de las fiestas fundacionales, el Ayuntamiento de Las Palmas declaró a Leopoldo María Panero hijo adoptivo a título póstumo. Recogieron el nombramiento sus primas gemelas María Luisa y Rosario Alonso Panero.

Una vez autorizada por el juez, en abril de 2019, Charo Alonso Panero, prima de Leopoldo María, avecindada en Santa Cruz de Tenerife, recibió las cenizas, y el 22 de agosto a las doce del mediodía en la iglesia de Santa Marta, de Astorga, se celebró el funeral. Luego se dio sepultura a los restos del poeta en la cripta familiar, junto a su hermano Michi, su padre y su abuelo. Qué solos se quedan los locos.

## CRONOLOGÍA

1948, 16 DE JUNIO
Nace en Madrid, en la calle de Ibiza, número 25, Leopoldo María Francisco Teodoro Quirino Panero Blanc. Es bautizado en la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga.

1949
Leopoldo Panero Torbado publica *Escrito a cada instante*. Dentro, entre otros poemas, «Introducción a la ignorancia [Nana]», dedicado a su hijo Leopoldo María.

1951, 14 DE SEPTIEMBRE
Leopoldo tiene tres años y tres meses cuando nace su hermano José Moisés Santiago Panero, Michi. Ya recita poemas.

1952, 21 DE NOVIEMBRE
Muere la abuela paterna, Máxima Torbado de las Cuevas.

1952, 26 DE DICIEMBRE
Fallece su abuelo, Moisés Panero Núñez. Leopoldo se queda sin abuelos por parte de padre.

1953
Asiste al colegio Hispano-Latino en la calle de Ibiza, número 74. Su padre, como respuesta al *Canto general* (1950) de Pablo Neruda, publica *Canto personal*. También escribe el poema «El distraído (Retrato de Leopoldo María)».

1956, OCTUBRE
Comienza el curso escolar 1956-1957 en el Liceo Italiano, inscrito en *Seconda classe elementale*.

1957, 30 DE MAYO
Leopoldo María, con nueve años, recibe la primera comunión y la confirmación en la iglesia del colegio de la Divina Pastora de Madrid.

1959, MARZO
Semana Santa. Viaje, de casi un mes de duración, de los Panero a Italia.

1960
Leopoldo María Panero es muy buen estudiante, pero a menudo hay quejas de su conducta escolar.

1961, 1 DE NOVIEMBRE
Socio número 1.700 de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas de Madrid.

1962, JUNIO
Leopoldo María Panero, con catorce años, vuelve a hacer una incursión en el mundo de la poesía. Licencia de la *Scuola Media*.

1962, 27 DE AGOSTO
Durante unas vacaciones en la finca de Castrillo de las Piedras, a siete kilómetros de Astorga (León), muere su padre, Leopoldo Panero Torbado.

1963, JUNIO
Fallece la abuela Bergnes, la madre de Felicidad.

1963
Verano. El primero después de la muerte del cabeza de familia. Juan Luis, Leopoldo María, Michi y Felicidad realizan un viaje a Galicia.

1963, 27 DE AGOSTO
Al cumplirse el primer aniversario de la desaparición del poeta, se le homenajea en Astorga. Asisten Felicidad Blanc y sus hijos.

1963, OCTUBRE
Leopoldo se incorpora a las Tertulias Literarias.

1964
En el curso 1964-1965 inicia su militancia en el PCE.

1964, 19 DE ABRIL
Luis Rosales toma posesión como miembro de la Real Academia Española. Asisten Felicidad, Juan Luis, Leopoldo María Panero y Joaquín Araujo.

1965, 20 DE JULIO
Salida del puerto de Barcelona. Felicidad y sus hijos inician un viaje a Alejandría. Regresan el 18 de agosto.

1965, 10 DE DICIEMBRE
Socio número 2.086 en el Club de Amigos de la Unesco.

1966, 2 DE MAYO
Título de Bachillerato expedido en el Instituto Nacional de Enseñanza

Media Ramiro de Maeztu (Madrid).

1966, JUNIO
Examen de preuniversitario con la calificación de aprobado. Matriculación como alumno oficial del primer curso de comunes (1966-1967) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid.
1966, 14 DE JULIO
Leopoldo María Panero llega a París y se instala en el Collège d'Espagne de la Cité Internationale de l'Université (7, E, Boulevard Jourdan, París-XIV). A lo largo del verano realiza sucesivos viajes a la capital francesa.

1966, DICIEMBRE
Días antes de la convocatoria del referéndum nacional para la aprobación de la Ley Orgánica del Estado, Leopoldo aparece en casa con una multicopista para imprimir panfletos.

1966, 10 DE DICIEMBRE
Faltan cuatro días para la celebración del referéndum y es retenido por el sereno cerca de casa pegando panfletos en un cristal con la leyenda NO VOTAR. Pasa varios días en la Dirección General de Seguridad.

1967, ENERO
Nuevas detenciones por los disturbios estudiantiles.

1967, 18 DE MARZO
Leopoldo María Panero viaja en tren a Francia a través de la frontera de Irún.

1967, SEPTIEMBRE
Concluye el primer curso, con la historia general del arte pendiente.

1967, 10 DE DICIEMBRE
Detenido en una manifestación en Cuatro Caminos (Madrid). En una de estas «visitas» a la DGS conoce al estudiante de políticas Julio Antonio Feo Zarandieta, militante del Partido Obrero Revolucionario Trotskista (PORT).

1967, 22 DE DICIEMBRE
Pedro Gimferrer, que ha viajado a Madrid para asistir como jurado del Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera, conoce a Leopoldo María Panero. Pocos días después, este se marcha a Barcelona y abandona la militancia política.

1968
Vuelve a Madrid. Durante enero, febrero y marzo recibe correspondencia de Pedro Gimferrer, Ana María Moix y Guillermo Carnero, en Ibiza, número 35.

1968, FEBRERO
Intenta quitarse la vida. En el domicilio familiar una mañana no se levanta. Deja un papel de despedida. Ingresa en la Clínica Nuestra Señora de Loreto, de Madrid.

1968, 22 DE FEBRERO
Clínica Nuestra Señora de la Paz (Madrid). Comienza todo un rosario de hospitalizaciones.

1968, 26 DE FEBRERO
Aparece *Por el camino de Swann*.

1968, MARZO
Marcha de nuevo a Barcelona.

1968, 3 DE MAYO
Momentos depresivos. Una tarde lluviosa intenta otra vez el suicidio. Ingresa en el Instituto Frenopático de Barcelona. También pasa por el Hospital de San Pablo y la Clínica Psiquiátrica Residencia Pedralbes. Allí escribe parte de *Así se fundó Carnaby Street*. Felicidad, que ha viajado a la Ciudad Condal, regresa a Madrid y vende el caserón de sus padres, en Manuel Silvela, número 8.

1968, 11 DE JUNIO
Traslado a la Clínica Villa-Blanca (Tarragona).

1968, 19 DE NOVIEMBRE
Vuelta a Madrid. Comienza a trabajar en *Mundo Hispánico*, del Instituto de Cultura Hispánica.
Se matricula de las pendientes, pero pronto abandona el curso 1968-1969. Obtiene una beca del Instituto de Cultura Italiana y del Ministerio de Asuntos Exteriores español para ampliar sus estudios en la Universidad de Perugia (Italia).

1968, 8 DE DICIEMBRE
Detenido en la madrileña calle de Alberto Aguilera, número 15, junto a Eduardo Haro Ibars, recién conocidos. Consumían marihuana.

1968, 10 DE DICIEMBRE

Se acaba de imprimir *Homenaje a Vicente Aleixandre* con motivo del setenta aniversario del nacimiento del poeta. Leopoldo María Panero aporta «El alcaudón en lucha con la serpiente».

1968, 11 DE DICIEMBRE
Leopoldo y Eduardo ingresan en Carabanchel, en aplicación de la Ley de Vagos y Maleantes.

1969, 2 DE ENERO
Trasladados a la Prisión Provincial de Zamora. Leopoldo María se enamora de Eduardo. En prisión, aquel intenta ahorcarse con el forro del abrigo. A causa de una pelea es internado en una celda de castigo.

1969, 9 DE ABRIL
En libertad, después de cuatro meses y siete días. Este mismo año a Leopoldo le corresponde hacer el Servicio Militar, pero le dan de baja a causa de una lesión cerebral. Eduardo Haro Ibars se marcha a vivir a Tánger con su familia.

1969, 15 DE ABRIL
Leopoldo se encuentra en Barcelona.

1969, 19 DE JUNIO
Tras renovar el pasaporte, se marcha en avión a Marruecos. Aparece en Tánger y visita a Eduardo Haro.

1969, 28 DE JUNIO
Abandona Marruecos y regresa a Madrid. Idas y venidas a Barcelona.

1969, 30 DE JUNIO
Ingresa en la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco, de Madrid, con diagnóstico de «Toxicomanía pertinaz».

1969, 3 DE JULIO
Intenta escaparse descolgándose por una ventana con dos sábanas como escala. Paso por traumatología.

1969, 5 DE AGOSTO
Traslado al Instituto Psiquiátrico Pedro Mata de Reus.

1969, 1 DE OCTUBRE
Nuevo ingreso en el Instituto Frenopático de Barcelona.

1969, 19 DE NOVIEMBRE

Se matricula como alumno oficial de Filología Francesa en la Universidad Central de Barcelona.

1970, ABRIL
Vuelve a Marruecos. Se acaba de imprimir *Nueve novísimos poetas españoles*, de José María Castellet. Leopoldo se encuentra entre los seleccionados.

1970, MAYO
Aparece en las librerías la antología castelletiana. Con posterioridad, se edita *Así se fundó Carnaby Street*, de Leopoldo María Panero.

1970, 10 DE JUNIO
Primera colaboración del joven poeta en el diario *Pueblo*. Tan solo aprueba la formación política de 1.º y 2.º porque al resto de las asignaturas ni se presenta.

1970, JULIO
Estancia en Cambridge.

1970, 20 DE OCTUBRE
Episodio trágico en Marbella: fallece su amigo José Ramón Rámila.

1971, 1 DE MAYO
Felicidad Blanc comienza a trabajar en el Palacio de Exposiciones y Congresos (Madrid).

1971, MAYO
Felicidad alquila un pequeño apartamento en la madrileña calle de Lagasca para su hijo Leopoldo. Abandona Ibiza, número 35, y es detenido por tráfico y consumo de drogas.

1971, 20 DE DICIEMBRE
Se encuentra en Barcelona. Vive en la calle de la Infanta Carlota.

1972
Escribe el prólogo de *El ómnibus, sin sentido*, de Edward Lear. Viaja a Tánger y Essaouira.

1973, JUNIO
Publica *Teoría*.

1974, 30 DE ABRIL
Solicita una beca a la Fundación Juan March.

1974, JUNIO
Leopoldo María Panero está en Barcelona.

1974, AGOSTO
Comienza el rodaje de *El desencanto*, de Jaime Chávarri.

1974, NOVIEMBRE
Ruedan con Leopoldo en el cementerio de Loeches (Madrid).

1975, JULIO
Con la ayuda del diccionario, Leopoldo María Panero traduce (*perversión*), prologa y selecciona unos textos humorísticos de Lewis Carroll: *Matemática demente*.

1975, 13 DE AGOSTO
El poeta se encuentra en París, en el Hogar de los Jóvenes Trabajadores.

1976, ENERO
Vuelve a París y allí pasa casi dos meses.

1976, ABRIL
Regresa a París y se queda hasta junio.

1976, AGOSTO
Breve estancia en Tánger.

1976, 17 DE SEPTIEMBRE
Estreno en los madrileños cines Palace e Infantas de *El desencanto*. Publicación del libro de relatos *En lugar del hijo*.

1976, OCTUBRE
*Cuentos, historietas y fábulas completas*, del Marqués de Sade, con prólogo de Leopoldo.

1976, DICIEMBRE
Presentación de *En lugar del hijo* en Barcelona. Pronuncia una conferencia en la Sala Vinçon titulada «La gran política o política de las artes prohibidas».
1977, 22 DE ENERO
Imparte la misma conferencia en la Galería Ponce de Madrid con idéntico motivo, la presentación del libro de cuentos. *Visión de la literatura de terror angloamericana*, selección de relatos traducidos y prologados por el poeta.

1977, FEBRERO
Se marcha a París y desde allí vuelve a Barcelona.

1977, ABRIL
Regresa a la capital francesa por enésima vez.

1977, JULIO
Procedente de Barcelona, aparece en Palma de Mallorca. Leopoldo tiene problemas con un tipo que se le encara con una navaja. Sale de la isla a finales de agosto y regresa de nuevo a París.

1977, NOVIEMBRE
Felicidad Blanc publica *Espejo de sombras*.

1978
Leopoldo María Panero participa con «Nu(n)ca» en un libro colectivo de cuentos y dibujos que lleva por título *Sueños de la razón*.

1978, 31 DE MAYO
Leopoldo lee poemas en la galería de arte Buades, de Madrid.

1978, 19 DE OCTUBRE
Conferencia titulada «Acerca de la psicosis» en el mismo local.

1978, 24 DE DICIEMBRE
Como no le gusta la situación española, decide regresar a París.

1979, 9 DE FEBRERO
«Dos aproximaciones a la experiencia de Dylan Thomas», de Leopoldo María Panero. Estudio preliminar a *Veinte años creciendo*, del poeta galés.

1979, 9 DE MAYO
Conferencia en la galería Buades sobre «La lingüística según Jean-Jacques Rousseau o las desventuras de un paseante solitario».

1979, JUNIO
La revista *Poesía* publica «Última poesía no-española», una caprichosa y más que discutida antología hecha por Leopoldo.

1979, 17 DE JUNIO
Ingresa en el Hospital Psiquiátrico Provincial, antiguo Alonso Vega. Publica *Narciso en el acorde último de las flautas*.

1979, 4 DE SEPTIEMBRE

Detenido por la policía, vuelve al Psiquiátrico Provincial a causa de una intoxicación etílica.

1979, 5 DE OCTUBRE
Ingresa voluntariamente en el Hospital de Día de la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco, de Madrid.

1980, FEBRERO
Vuelta a Barcelona. Publica un nuevo poemario: *Last River Together*.

1980, 8 DE AGOSTO
Hospital Psiquiátrico Provincial. Allí escribe el «Manifiesto del (II) Colectivo Psiquiatrizados en Lucha», que publica en *El Viejo Topo*.

1980, 11 DE NOVIEMBRE
Lectura del texto «Presentación del Superhombre», en la galería Buades.

1980, DICIEMBRE
Aparece *El que no ve*.

1980, 11 DE DICIEMBRE
Regreso al Hospital Provincial.

1981, 21 DE ENERO
Ingresa en el Hospital de Día de la Ciudad Sanitaria Provincial.

1981, 28 DE ABRIL
Hospital Psiquiátrico Nacional de Santa Isabel, de Leganés (Madrid).

1981, 16 DE SEPTIEMBRE
Se escapa del manicomio de Leganés.

1981, 14 DE OCTUBRE
Reingresa en Santa Isabel (Leganés).

1982, ABRIL
Sale a la luz *La caza del Snark*, de Lewis Carroll, en versión de Leopoldo.

1982, 21 DE AGOSTO
Ingresa en el Hospital Provincial de Madrid.

1982, SEPTIEMBRE *Dioscuros*.

1983, 1 DE JULIO
Internamiento en el Centro San Juan de Dios, de Ciempozuelos.

1983, OCTUBRE
El poeta se fuga del manicomio.

1983, 18 DE DICIEMBRE
Ingreso en el Hospital Psiquiátrico Provincial.

1984, 15 DE MARZO
Vuelta al Centro San Juan de Dios, de Ciempozuelos.

1984, ABRIL
Publica *Dos relatos y una perversión*.

1984, MAYO
Publica *El último hombre*. Obtiene el Premio Gabriel Miró de cuentos, organizado por la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, pero se le retira el galardón.

1984, 13 DE SEPTIEMBRE
Traslado al servicio de psiquiatría del Hospital de Guipúzcoa, en San Sebastián.

1984, 3 DE OCTUBRE
Ingresa en la Clínica de las Hermanas Hospitalarias Nuestra Señora de la Paz, de Elizondo (Navarra).

1984, 28 DE NOVIEMBRE
Internamiento en el Hospital de Basurto (Bilbao).

1985, 19 DE JULIO
Nuevo ingreso en el establecimiento bilbaíno.

1985, 2 DE DICIEMBRE
Sale a la luz *Antología*. Selección hecha por él mismo. Vuelta al Psiquiátrico Provincial de Madrid.

1986, 11 DE ABRIL
Regreso al Psiquiátrico Provincial de la carretera de Colmenar (Madrid). Sucesivos ingresos.

1986, ABRIL
Publica *Poesía 1970-1985*.

1986, 27 DE AGOSTO
Enésimo viaje a Tánger. Se instala en la ciudad marroquí, donde vive cerca de tres meses.

1986, 25 DE NOVIEMBRE
Felicidad lo ingresa en el Sanatorio Psiquiátrico Hermanos San Juan de Dios, del barrio de Santa Águeda, de Mondragón (Guipúzcoa). Ella se desplaza a vivir a Irún.

1987, 24 DE FEBRERO
Leopoldo María Panero llega a Zaragoza para asistir al estreno del espectáculo *Más margen, malditos*, representado por el grupo El Silbo Vulnerado, con textos de los poetas Ángel Guinda, Ramón Irigoyen y el propio Leopoldo.

1987, 11 DE MARZO
No vuelve al hospital guipuzcoano y se le da por fugado.

1987
Publicación de *Poemas del manicomio de Mondragón*.

1987, 9 DE MAYO
Comienza a colaborar en el diario *ABC*.

1987, 30 DE MAYO
Reingresa en el psiquiátrico de Mondragón.

1987, 1 DE SEPTIEMBRE
Se acaba de imprimir *Peter Pan*, de James M. Barrie, traducido y prologado por Leopoldo María Panero.
1987, 6 DE OCTUBRE
En la Casa Municipal de Cultura de Valladolid, conocida por Casa Revilla, Leopoldo diserta sobre la imagen del loco.

1989, 15 DE ABRIL
Se crea en Leganés (Madrid) el Colectivo Leopoldo María Panero, cuyo germen es una tertulia de 1988.

1989, MAYO
Antología de textos de internos de Mondragón editados en la revista del mismo nombre, *Globo rojo. Antología de la locura*. El prólogo y la preparación corren a cargo de Leopoldo.

1990, 28 DE MAYO
Según consta en el colofón, se acaba de imprimir *Contra España y otros*

*poemas no de amor*.

1990, 30 DE OCTUBRE
A los setenta y siete años, muere Felicidad Blanc Bergnes de Las Casas.

1990, 1 DE DICIEMBRE
Sale a la luz *Aviso a los civilizados*.

1990, 17 DE DICIEMBRE
El poeta se fuga de Mondragón y aparece en Madrid.

1990, 21 DE DICIEMBRE
Ingresa en el Hospital General Gregorio Marañón, en estado de embriaguez aguda.

1990, 26 DE DICIEMBRE
Traslado al Hospital Psiquiátrico Provincial.

1991, 9 DE ENERO
Regresa a Santa Águeda (Mondragón).

1991, 7 DE JULIO
Aparece *Y la luz no es nuestra*.

1992, ENERO
Publicación de *Heroína y otros poemas*.

1992, 15 DE FEBRERO
El Colectivo Leopoldo María Panero visita al poeta en Mondragón.

1992, 20 DE MARZO
Sale a la luz *Piedra negra o del temblar*.

1992, ABRIL
*Palabras de un asesino* es el título de una nueva edición de *Dos relatos y una perversión*.
*Los ojos de una escalera*, una aproximación a la vida y obra de Leopoldo, seguido del poemario inédito *Heroína y otros poemas*, a cargo del Colectivo Leopoldo María Panero.

1992, MAYO
Publicación de *Locos*.

1992, 5 DE JULIO
Presentación en el Ateneo de Madrid del poemario *Piedra negra o del*

*temblar.* Asiste el autor.

1992, 6 DE JULIO
Aparece *Agujero llamado Nevermore (Selección poética 19681992)*.

1992, 30 DE OCTUBRE
*Cadáveres exquisitos y un poema de amor*. En colaboración con José Luis Pasarín Aristi.

1993, 5 DE JULIO
Ricardo Franco empieza el rodaje de *Después de tantos años* en Mondragón (Guipúzcoa).

1993, 9 DE SEPTIEMBRE
Comienza la tertulia de los locos en el programa radiofónico *La ventana,* de la cadena SER.

1993, 5 DE NOVIEMBRE
Día en que se acaba de imprimir una reedición, con algún ensayo añadido, de *Y la luz no es nuestra*.

1994, 20 DE SEPTIEMBRE
En el cuadragésimo segundo Festival de San Sebastián se presenta *Después de tantos años,* de Ricardo Franco.

1994, DICIEMBRE
Sale a la luz *Orfebre*.

1995, 10 DE FEBRERO
Se acaba de imprimir una nueva y ampliada edición de *Locos*.

1995, JUNIO
Publicación del libro *Leopoldo María Panero, el último poeta*, de Túa Blesa.

1996, 29 DE ENERO
Inicia una colaboración quincenal en el diario *Egin*.

1997, MARZO
Se terminó de imprimir *Tensó*. Con Claudio Rizzo.

1997, MAYO
Publica *El tarot del inconsciente anónimo*.

1997, 21 DE JULIO
Alta por fuga en el Sanatorio Psiquiátrico Hermanos San Juan de Dios, de Mondragón.

1997, 23 DE OCTUBRE
Ingresa voluntariamente en el Hospital Psiquiátrico Insular de Las Palmas de Gran Canaria.

1998, JULIO
Aparece *Mi cerebro es una rosa. Textos insólitos*.

1998, NOVIEMBRE
Publicación de *Guarida de un animal que no existe*.

1999, ENERO
Sale a la venta la recopilación titulada *El último tercio del siglo (1968-1998). Antología consultada de la poesía española*, que incluye a Leopoldo María Panero.

2000, ABRIL
Se terminó de imprimir *Teoría del miedo*.

2001, FEBRERO
Ingresa en el Hospital Clínico San Carlos (Madrid).

2001, JULIO
Regresa al Hospital Psiquiátrico Insular de Las Palmas.

2002, SEPTIEMBRE
Se terminó de imprimir *Buena nueva del desastre*.

2002, OCTUBRE
Publica *Los señores del alma (poemas del manicomio del Dr. Rafael Inglot)*.

2002, NOVIEMBRE
Aparece *Prueba de vida. Autobiografía de la muerte*.

2003, FEBRERO
Se acabó de imprimir *Conversación*.

2004, ENERO
Publica *Erección del labio sobre la página*.

2004, 16 DE MARZO

Muere Michi Panero en Astorga.

2004, MAYO
Sale *Danza de la muerte*.

2004
En verano publica *Esquizofrénicas o La balada de la lámpara azul*.

2004, SEPTIEMBRE
Librodisco de Carlos Ann, Bunbury, José María Ponce y Bruno Galindo en el que han puesto música a treinta poemas de Leopoldo María Panero.

2004, 20 DE NOVIEMBRE
Viaja a Santiago de Chile al III Encuentro Internacional de Fronteras.

2005, JUNIO
Aparece *Poemas de la locura seguido de El hombre elefante*.

2005, 18 DE NOVIEMBRE
Viaja a la Feria Internacional de Miami.

2006, 14 DE NOVIEMBRE
La Asociación Colegial de Escritores (ACE) le otorga el Premio Quijote de las Letras por *Poemas de la locura seguido de El hombre elefante*.
2007, MARZO
Traslado del viejo Hospital Psiquiátrico Insular a las instalaciones remodeladas del antiguo Hospital Militar, llamado Hospital Juan Carlos I de Las Palmas.

2007, MAYO
Se acabó de imprimir *Papá, dame la mano que tengo miedo*.

2007, NOVIEMBRE
Se edita *Cuentos completos,* a cargo de Túa Blesa.

2008, MARZO
Se acaba de imprimir *Páginas de excremento o dolor sin dolor*.

2008
Publica *Gólem*.

2009
Publica *Tango* y *Esphera*.

2009, 29 DE NOVIEMBRE Muere Marava en Madrid.

2010, MARZO
Se acaba de imprimir *Reflexión*.

2010, 15 DE OCTUBRE
Viaja a la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guayaquil (Ecuador).

2011, MAYO
*Traducciones/Perversiones*, en edición de Túa Blesa.

2011, SEPTIEMBRE
Se termina de imprimir *Cantos del frío*.

2012
Publica *Poesía completa (2000-2010)*, en edición de Túa Blesa.

2012, 2 DE OCTUBRE
Festival Cosmopoética, en Córdoba.

2013, 14 DE MAYO
Se publica *Conjuros contra la vida*.

2013, 16 DE SEPTIEMBRE Muere Juan Luis Panero.

2013, 28 Y 29 DE NOVIEMBRE
Coloquio internacional «Leopoldo María Panero. Dissensus et dystopie», organizado por las universidades de Paris-Est-Marne-La-Vallée y Paris Ouest Nanterre La Défense.

2013, 11 DE DICIEMBRE
Sufre una caída en el Hospital Juan Carlos I y se ve obligado a usar una silla de ruedas.

2014, 9 DE ENERO
Muere Josep Maria Castellet.

2014, 28 DE FEBRERO
Muere Ana María Moix.

2014, 5 DE MARZO
Muere Leopoldo María Panero.

2014, 7 DE MARZO
Incineración del poeta en el tanatorio de San Miguel, de Las Palmas.

2016, 23 DE JUNIO
El Ayuntamiento de Las Palmas declara a Leopoldo María Panero hijo adoptivo a título póstumo.

2019, 22 DE AGOSTO
Se da sepultura a los restos del poeta en la cripta familiar de Astorga, junto a su hermano Michi, su padre y su abuelo.

## BIBLIOGRAFÍA DE LEOPOLDO MARÍA PANERO

*Por el camino de Swann*, Cuadernos de María José, Málaga, 1968.
*Así se fundó Carnaby Street*, Llibres de Sinera, Barcelona, 1970.
*Teoría*, Lumen, Barcelona, 1973.
*En lugar del hijo*, Tusquets Editores, Cuadernos Ínfimos, Barcelona, 1976.
*Visión de la literatura de terror angloamericana*, Felmar, Madrid, 1977.
*Narciso en el acorde último de las flautas*, Visor, Madrid, 1979.
*El que no ve*, La Banda de Moebius, Madrid, 1980.
*Last River Together*, Ayuso, Madrid, 1980.
*Dioscuros,* Ayuso, Madrid, 1982.
*Dos relatos y una perversión*, Libertarias, Madrid, 1984.
*El último hombre*, Libertarias, Madrid, 1984.
*Antología*, Libertarias, Madrid, 1985.
*Poesía 1970-1985*, Visor, Madrid, 1986.
*Poemas del manicomio de Mondragón*, Hiperión, Madrid, 1987.
*Aviso a los civilizados*, Libertarias, Madrid, 1990.
*Contra España y otros poemas no de amor*, Libertarias, Madrid, 1990.
*Y la luz no es nuestra*, Los Infolios, Valladolid, 1991.
*Agujero llamado Nevermore (Selección poética, 1968-1992)*, Cátedra, Madrid, 1992.
*Cadáveres exquisitos y un poema de amor*, en colaboración con José Luis Pasarín Aristi, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.
*Heroína y otros poemas*, Libertarias, Madrid, 1992.
*Locos*, Casset, Madrid, 1992.
*Palabras de un asesino*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.
*Piedra negra o del temblar*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.
*Y la luz no es nuestra*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1993.
*Orfebre*, Visor, Madrid, 1994.
*Locos*, Libertarias, Madrid, 1995.
*El tarot del inconsciente anónimo*, Valdemar, Madrid, 1997.
*Tensó*, en colaboración con Claudio Rizzo, Hiperión, Madrid, 1997.
*Guarida de un animal que no existe*, colección Visor de Poesía, Madrid, 1998.
*Mi cerebro es una rosa. Textos insólitos*, Roger, San Sebastián, 1998.
*Abismo*, Endymion, Madrid, 1999.
*Así se fundó Carnaby Street*, Huerga & Fierro, Madrid, 1999.
*Teoría lautreamontiana del plagio*, Límite, Santander, 1999.
*El lugar del hijo*, Tusquets, Barcelona, 2000.
*Teoría del miedo*, prólogo de Leopoldo María Panero y epílogo de Túa Blesa, Igitur, Tarragona, 2000.
*Águila contra el hombre. Poemas para un suicidamiento*, Valdemar, Madrid, 2001.
*Headless* (catálogo), Bernardí Roig, Galería Gráfica La Caja Negra, Madrid, 2001.
*Me amarás cuando esté muerto*, con José Águedo Olivares, Lumen, Barcelona, 2001.
*Poesía completa (1970-2000)*, edición de Túa Blesa, Visor, Madrid, 2001.
*Suplicio en la cruz de la boca*, El Gato Gris, Valladolid, 2001.
*Teoría del miedo* (2.ª edición aumentada), Igitur, Tarragona, 2001.
*Buena nueva del desastre*, prólogo de Pere Gimferrer, Scio, Lugo, 2002.
*¿Quién soy yo? (Apuntes para una poesía sin autor)*, con José Águedo Olivares, Pre-

Textos, Valencia, 2002.
*Los señores del alma (poemas del manicomio del Dr. Rafael Inglot)*, Valdemar, Madrid, 2002.
*Prueba de vida. Autobiografía de la muerte*, Huerga & Fierro, Madrid, 2002.
*Conversación*, Nivola, Madrid, 2003.
*Danza de la muerte*, prólogo de Bernardo Atxaga, Igitur, Tarragona, 2004.
*Erección del labio sobre la página*, Valdemar, Madrid, 2004.
*Esquizofrénicas o la balada de la lámpara azul*, Hiperión, Madrid, 2004.
*Dal manicomio di Mondragón*, con entrevista de Ianus Pravo a Leopoldo María Panero, traducción de Ianus Pravo, Azimut, 2005.
*Los héroes inútiles*, con Diego Medrano, prólogo de Luis Antonio de Villena, Ellago, Castellón, 2005.
*Narciso nell'accordo estremo dei flauti*, introducción y traducción de Ianus Pravo, prólogo de Leopoldo María Panero, Azimut, Roma, 2005.
*Poemas de la locura. Seguido de El hombre elefante*, Huerga & Fierro, Madrid, 2005.
*Presentación del Superhombre*, con Félix Caballero, Valdemar, Madrid, 2005.
*Apocalipsis de los dos asesinos*, con Félix Caballero, La Garúa, Barcelona, 2006.
*Visión*, con Félix J. Caballero, Huerga & Fierro, Madrid, 2006.
*Cuentos completos*, edición de Túa Blesa, Páginas de Espuma, Madrid, 2007.
*Jardín en vano*, con Félix J. Caballero, Arena Libros, Madrid, 2007.
*Outsider, un arte interno. Outsider, an Inside Art*, catálogo de varios autores, Eneida, Madrid, 2007.
*Papá, dame la mano que tengo miedo*, prólogo de Ana María Moix, Cahoba, Barcelona, 2007.
*Escribir como escupir*, Calambur, Madrid, 2008.
*Esphera*, El ángel caído, Las Palmas de Gran Canaria, 2008.
*Gólem*, prólogo de Túa Blesa, Igitur, Tarragona, 2008.
*Locos*, con Luis Arencibia, CTO, Madrid, 3.ª edición, 2008.
*Mi lengua mata*, con textos de María Oliver y Jorge Alemán, Arena Libros, Madrid, 2008.
*Páginas de excremento o dolor sin dolor*, Azotes caligráficos, Valencia, 2008.
*Sombra*, Huerga & Fierro, Madrid, 2008.
*Tango*, El ángel caído, Las Palmas de Gran Canaria, 2008.
*Voces en el desierto*, con Félix J. Caballero, Azotes caligráficos, Valencia, 2008.
*La tempesta di mare*, con Félix J. Caballero, Huacanamo, Barcelona, 2009.
*Locos de altar*, con Rubén Martín y Begoña Callejón, Alea Blanca, Granada, 2010.
*Reflexión*, Casus-Belli, Madrid, 2010.
*Cantos del frío*, Casus-Belli, Madrid, 2011.
*La flor en llamas*, con Félix J. Caballero, Casus-Belli, Madrid, 2011.
*My naked brain. Selected poems*, introducción de Jack Hirschman, traducción de Arturo Mantecón, Swan Scythe Press, Sacramento (California), 2011.
*Senz'arma che dia carne all' imperium*, con Ianus Pravo, introducción de Andrea Ponso, Società Editrice Fiorentina, Florencia, 2011.
*Sobre la tumba del poema. Antología esencial*, edición de Antonio Marín Albalate, Huerga & Fierro, Madrid, 2011.
*Territoire de la peur/Territorio del miedo (Anthologie poétique)*, traducción de Stéphane Chaumet, L'Oreille du Loup, París, 2011.
*Traducciones/Perversiones*, edición de Túa Blesa, Visor, Madrid, 2011.
*El ciervo aplaudido* (edición bilingüe español-italiano), Edb Edizioni, Milán, 2012.
*Poesía completa (2000-2010)*, edición de Túa Blesa, Visor, Madrid, 2012.
*Conjuros contra la vida*, Hijos de Muley Rubio, Madrid, 2013.

*Like an Eye in the Hand of a Beggar*, prefacio del traductor Arturo Mantecón, introducción de Túa Blesa y prólogo de Solomon Rino, Editions Michel Eyquem, San Francisco (California), 2013.
*Poemas del pájaro y la oruga*, Vitruvio, Madrid, 2014.
*Poesía completa (2000-2010)*, edición de Túa Blesa, Visor, Madrid, 2.ª edición, 2014.
*Prosas encontradas*, edición de Fernando Antón, Visor, Madrid, 2014.
*Rosa enferma*, Huerga & Fierro, Madrid, 2014.
*Estantigua. Sin arma que dé carne al imperium*, con Ianus Pravo, introducción de Leopoldo María Panero, El ángel caído, Las Palmas de Gran Canaria, 2015.
*Acerca de un posible testamento*, Edición de Ángel L. Prieto de Paula, Huerga & Fierro, Madrid, 2016.
*El ciervo aplaudido*, prólogo de Ianus Pravo, introducción y fotografías de Michela Scalia, El ángel caído, Las Palmas de Gran Canaria, 2016.
*La conspiración. Últimos poemas*, con Félix J. Caballero, Casus-Belli, Madrid, 2017.
*La herida del silencio (Antología)*, con Félix J. Caballero, Visor, Madrid, 2017.
*Lirios a la nada*, con Félix J. Caballero, Huerga & Fierro, Madrid, 2017.
*Los papeles de Ibiza 35. Poemas, cuentos y ensayos inéditos*, edición y estudio de Túa Blesa, Bartleby, 2018.
*La mentira es una flor*, Huerga & Fierro, Madrid, 2020.

Colectivo Leopoldo María Panero, *Los ojos de la escalera*, Libertarias/Alejandría, Madrid, 1992.

# BIBLIOGRAFÍA GENERAL


Alonso-Fernández, Francisco, *El talento creador. Rasgos y perfiles del genio,* Temas de Hoy, Madrid, 1996.

Álvarez, José María, *Al sur de Macao*, Pre-Textos, Valencia, 1996.

Artaud, Antonin, *Cartas desde Rodez,* Fundamentos, Madrid, 1975.

—, *El Pesanervios*, Visor, Madrid, 1992.

Atxaga, Bernardo, *Lista de locos y otros alfabetos*, Siruela, Madrid, 1998.

Azúa, Félix de, *Lecturas compulsivas. Una invitación*, edición de Ana Dexeus, Anagrama, Barcelona, 1998.

Barral, Carlos, *Los años sin excusa. Memorias II,* Alianza, Madrid, 1992.

—, *Cuando las horas veloces*, Tusquets Editores, colección Andanzas, 80, Barcelona, 1988.

—, *Los diarios, 1957-1989*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1993.

Barrero, Miguel, *Los últimos días de Michi Panero*, DVD, Barcelona, 2008.

Barrie, James M., *Peter Pan*, Libertarias, Madrid, 1987.

Benet, Juan, *Otoño en Madrid hacia 1950*, Alianza, Madrid, 1987.

Benito Fernández, J., *El contorno del abismo. Vida y leyenda de Leopoldo María Panero*, prólogo de Antonio Martínez Sarrión, Tusquets, Barcelona, 1999.

Blake, William, *Poesía completa*, 29, Barcelona, 1980.

Blanc, Felicidad, *Espejo de sombras,* Argos/Vergara, Barcelona, 1977.

—, *La ventana sobre el jardín. Cuentos reunidos*, edición de Sergio Fernández Martínez, prólogo de Javier Huerta, Renacimiento, Sevilla, 2019.

Blanco, Antonio, *Poesía,* Libertarias, Madrid, 1994.

Blesa, Túa, *Leopoldo María Panero, el último poeta*, Valdemar, Madrid, 1995.

Bonilla, Gsús, *El del medio de los Panero [Las apariciones apócrifas de Leopoldo María Panero]*, Lupercalia, Madrid, 2015.

Brau, Jean-Louis, *Biografía de Antonin Artaud*, Anagrama, Barcelona, 1972.

Caballero Bonald, José Manuel, *Tiempo de guerras perdidas. La novela de la memoria*, I, Anagrama, Barcelona, 1995.

—, *La costumbre de vivir. La novela de la memoria,* II, Alfaguara, Madrid, 2001.

Cabañas Bravo, Miguel, *Política artística del franquismo. El hito de la Bienal Hispano-Americana de Arte*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1996.

Campbell, Federico, *Infame turba. Entrevistas a pensadores, poetas y novelistas en la España de 1970*, Lumen, Barcelona, 1971.

Capurro, Raquel, *Leopoldo María Panero. La locura llevada al verso*, Me cayó el veinte, México D. F., 2017.

Carroll, Lewis, *Matemática demente*, Tusquets Editores, colección Marginales, 45, Barcelona, 1975.

—, *La caza del Snark*, Libertarias, Madrid, 1992.

Castellet, J. M., *Nueve novísimos poetas españoles*, Barral, Barcelona, 1970.

—, *Nueve novísimos poetas españoles*, Península, Barcelona, 2001.

—, *Nueve novísimos poetas españoles*, Península, Barcelona, 2006.

Castilla del Pino, Carlos, *Casa del olivo. Autobiografía (19492003)*, Tusquets, Barcelona, 2004.

Catulo, *Poesía completa*, Hiperión, Madrid, 1993.

Clotas, Salvador y Pere Gimferrer, *30 años de literatura en España*, Kairós, Barcelona, 1971.
Colinas, Antonio, *El sentido primero de la palabra poética*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989.
Cominges, Jorge de, *Tul ilusión*, Anagrama, Barcelona, 1993.
—, *Memorias de un extraño (18945-1971)*, Seix Barral, Barcelona, 2004.
Custodio, Zacarías, *Aliento de musgo*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1994.
Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barral, Barcelona, 1973.
Drieu La Rochelle, Pierre, *El fuego fatuo*, Alianza, Madrid, 1975.
Durozoi, J., *Artaud. La enajenación y la locura*, Guadarrama, Madrid, 1975.
Ferrero, Jesús, *Lady Pepa*, Plaza & Janés, Barcelona, 1988.
Galán, Henar, *Yo maté a Leopoldo María Panero. Viaje a Guayaquil con el poeta*, Cal·lígraf, Figueras, 2018.
Gallero, J. L., *Solo se vive una vez. Esplendor y ruina de la movida madrileña*, Árdora, Madrid, 1991.
Giménez Arnau, Jimmy y Eduardo Bronchalo Goitisolo, *Neón en vena. Enfermos en el paraíso*, Planeta, Barcelona, 1986.
Gimferrer, Pere, *Arde el mar*, Cátedra, Madrid, 1994.
—, *Una noche en el Ritz*, Anagrama, Barcelona, 1994.
Guinda, Ángel, *Leopoldo María Panero, el peligro de vivir de nuevo*, Huerga & Fierro, Madrid, 2015.
Gullón, Ricardo, *La juventud de Leopoldo Panero*, Diputación Provincial de León, 1985.
—, *Diccionario de literatura española e hispanoamericana*, Alianza, Madrid, 1993.
Hervás, Eduardo, *Obra poética*, Alfons El Magnànim, Generalitat Valenciana, Diputació Provincial de València, 1994.
Kierkegaard, Søren, *Temor y temblor*, Tecnos, Madrid, 1995.
Lacan, Jacques, *El seminario. Los escritos técnicos de Freud*, Paidós, Barcelona, 1981.
Lautréamont, *Los cantos de Maldoror*, Cátedra, Madrid, 1995.
Lear, Edward, *El ómnibus sin sentido*, Visor/Alberto Corazón, Madrid, 1972.
Llorente, Manuel, *Si la palabra fuera un espejo*, Endymion, Madrid, 1991.
—, *Desmesura*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1996.
Lorente Solano, Antonio y José Hurtado Paredes, *Como limón seco*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.
Mallarmé, Stéphane, *Antología*, Visor, Madrid, 1971.
Martínez García, Francisco, *Historia de la literatura leonesa*, Everest, León, 1982.
Martínez Oria, Andrés, *Jardín perdido. La aventura vital de los Panero*, Akrón, Astorga, 2009.
Martínez Sarrión, Antonio, *Cercos & asedios (ensayos)*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2004.
Medrano, Diego, *Dejemos el pesimismo para tiempos mejores*, Pez de Plata, Oviedo, 2010.
Moix, Terenci, *El beso de Peter Pan*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996.
Molina Foix, Vicente, *El joven sin alma. Novela romántica*, Anagrama, Barcelona, 2017.
Moral, Concepción G. y Rosa María Pereda, *Joven poesía española*, Cátedra, Madrid, 1985.
Neruda, Pablo, *Canto general*, Cátedra, Madrid, 1992.
Pàmies, Teresa, *Jardí enfonsat*, Destino, Barcelona, 1992.
Panero, Juan Luis, *Sin rumbo cierto. Memorias conversadas con Fernando Valls*,

Tusquets, Barcelona, 2000.
—, *Leyendas y lecturas*, RBA, Barcelona, 2006.
Panero, Leopoldo, *Canto personal*, Cultura Hispánica, Madrid, 1953.
—, *Por donde van las águilas*, Comares, La Veleta, Granada, 1994.
—, «Escrito a cada instante», en Ayuso, José Paulino, *La poesía vinculante de Leopoldo Panero*, Ayuntamiento de Madrid, 2006.
—, *En lo oscuro*, edición de Javier Huerta Calvo, Cátedra, Madrid, 2011.
—, *Poesía y locura en la obra de Leopoldo María Panero*, prefacio de Wences Ventura, Contrabando, Valencia, 2019.
Panero, Michi, «Funerales vikingos. Cuentos, artículos y textos dispersos», en Mendoza, Javier, *El desconcierto. Memorias truncadas*, Bartleby, Madrid, 2017.
Panero Torbado, Juan, *Obra poética*, Centro de Estudios Astorganos Marcelo Macías, Astorga, 1986.
Pardo, Jesús, *Autorretrato sin retoques*, Anagrama, Barcelona, 1996.
Pasarín Aristi, José Luis, Mariano Íñigo y Adolfo Marchena, *Cartapacios de Lucerna*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.
Pasarín Aristi, José Luis, *De la luz enajenada. Haikus*, Libertarias, Madrid, 1993.
Pérez, Pablo y Javier Hernández, *Maenza filmando en el campo de batalla*, Diputación General de Aragón, Departamento de Educación y Cultura, Zaragoza, 1997.
Poe, Edgar A., *Poesía completa*, Río Nuevo, Madrid, 1974.
Polo López, Milagros, *Cuarteto y fuga para un espacio desierto*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1995.
Poppy, *Música, cariño*, Libertarias, Madrid, 1979.
Pound, Ezra, *Antología*, Visor, Madrid, 1971.
Rodríguez Fischer, Ana, *Cartas a Rosa Chacel*, Versal, Madrid, 1992.
Rosales, Luis, *Poesía reunida (1935-1974)*, Seix Barral, Barcelona, 1982.
Rubio, Fanny y José Luis Falcó, *Poesía española contemporánea (1939-1980)*, Alhambra Longman, Madrid, 1994.
Sade, Marqués de, *Cuentos, historietas fábulas completas*, Felmar, Madrid, 1976.
Sánchez, Sebensuí A., *Horizontes invisibles del miedo*, Atlantis, Madrid, 2009.
Shulman, Aaron, *The Age of Disenchantments*, Harper Collins, Nueva York, 2019.
Sola, Emilio, *Los hijos del agobio*, Polar, Madrid, 1984.
Souvirón, José María, *Diario* (I, II, II, IV), edición de Javier La Beira y Daniel Ramos López, Centro Cultural Generación del 27, Málaga, 2018, 2019, 2020, 2021.
Stevenson, Robert Louis, *El señor de Ballantrae*, Hiperión, Madrid, 1987.
Thomas, Dylan, *Veinte años creciendo*, Felmar, Madrid, 1979.
Trakl, Georg, *Obras completas*, Trotta, Madrid, 1994.
Trapiello, Andrés, *Las nubes por dentro*, Pre-Textos, Valencia, 1995.
Tremlett, George, *Dylan Thomas*, Circe, Barcelona, 1996.
Umbral, Francisco, *Diccionario de literatura. España 1941-1995. De la posguerra a la posmodernidad*, Planeta, Barcelona, 1995.
—, *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1994.
Utrera, Federico, *Después de tantos desencantos. Vida y obra poéticas de los Panero*, incluye «Conjuros contra la vida», de Leopoldo María Panero, Festival Internacional de Cine de Las Palmas, 2008.
Valenzuela, Alfred, *Leones y camaleones (Veintiuna entrevistas)*, prólogo de Enrique Vila-Matas, Renacimiento, Sevilla, 2005.
Vázquez Montalbán, Manuel, *El premio*, Planeta, Barcelona, 1996.
Vila-Matas, Enrique, *Lejos de Veracruz*, Anagrama, Barcelona, 1995.

Villena, Luis de Antonio de, *El tártaro de las estrellas*, Pre-Textos, Valencia, 1994.
—, *Teorías y poetas. Panorama de una generación completa en la última poesía española*, Pre-Textos, Valencia, 2000.
—, *Malditos*, Bruguera, Barcelona, 2010.
—, *Nuevas semblanzas y generaciones*, Pre-Textos, Valencia, 2010.
—, *Lúcidos bordes de abismo. Memoria personal de los Panero*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2014.
Virtanen, Ricardo, *Hitos y señas (1966-1996). Antología crítica de poesía en castellano*, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2001.
Vivanco, Luis Felipe, *Introducción a la poesía española contemporánea*, Guadarrama, Madrid, 1974.
VV. AA., *En memoria de Leopoldo Panero*, Mundo Hispánico, Madrid, 1965.
—, *El desencanto*, Elías Querejeta, Madrid, 1976.
—, *Sueños de la razón*, Titanic, Madrid, 1978.
—, *Globo rojo. Antología de la locura*, Hiperión, Madrid, 1989.
—, *La escuela de Astorga*, Excmo. Ayuntamiento de Astorga, Excma. Diputación de León, 1995.
—, *El último tercio del siglo (1968-1998), Antología consultada de la poesía española*, prólogo de José-Carlos Mainer, Visor, Madrid, 1998.
—, *Feroces. Radicales, marginales y heterodoxos en la última poesía española*, selección de Isla Correyero, DVD, Barcelona, 1998.
—, *Nuevos horizontes en el arte hispano*, incluye «La esquizia, y no el significante», de Leopoldo María Panero, Valdemar-Naemi, 2005.
—, *Leopoldo María Panero. Los límites de la palabra poética*, Actas del Congreso de Astorga 2017, Tirant Humanidades, Valencia, 2020.
—, *El poema, flor de la nada. 15 glosas a la poesía de Leopoldo María Panero*, edición de Javier Huerta, Sial, Madrid, 2020.
Wolfe, Roger, *Todos los monos del mundo*, Renacimiento, Sevilla, 1995.
Yagüe López, Pilar, *La poesía en los setenta. Los novísimos, referencia de una época*, Universidade da Coruña, 1997.

Mi vida está toda en los labios
de alguien que la describe.

Leopoldo María Panero



La abuela Felicidad Bergnes de Las Casas rodeada de sus nietos Juan Luis (*arriba a la izquierda*), Leopoldo Mar?a (*a la derecha*) y Michi, 1953.



Leopoldo María a los ocho años, acompañado de su madre –Felicidad Blanc– y sus hermanos Michi y Juan Luis. Entre ellos asoma el cordero Marcelino.



*De izquierda a derecha y de arriba abajo*: Eduardo Carranza, Luis Rosales, José Coronel Urtacho, Leopoldo Panero Torbado, Azorín y José María Souvirón, 1957.



Leopoldo María en su primera comunión, 1957.



El homenaje al poeta Leopoldo Panero Torbado, en el primer aniversario de su muerte, celebrado en 1963 en la casa familiar de Astorga. *Muchos señores de traje gris y semblantes apagados…*



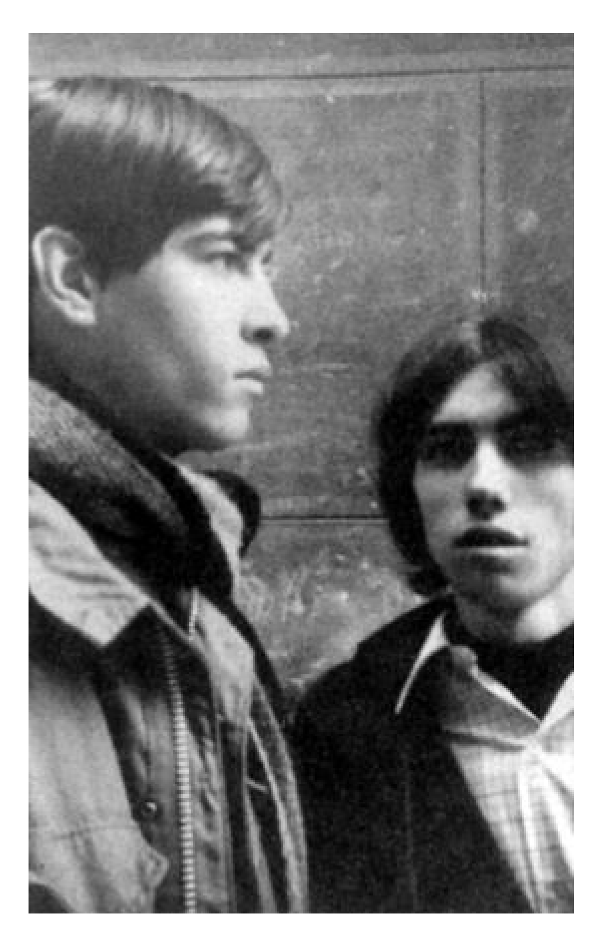
El viaje a Egipto y el Mediterráneo oriental de julio y agosto de 1965. *Por fin, la mítica Alejandría (…) una metrópoli geográficamente egipcia, pero de espíritu helénico.*



Jesús Ruiz Real, un *stoniano* melenudo a lo Brian Jones y de morros a lo Jagger.



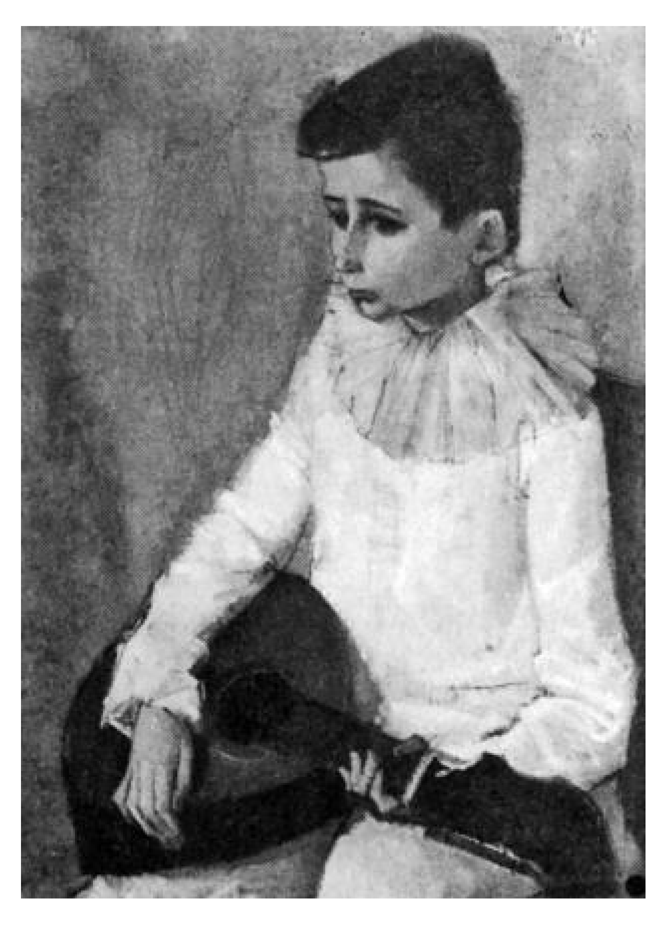
Joaquín Alonso Colmenares (Will More), el más *stoniano* de todos.



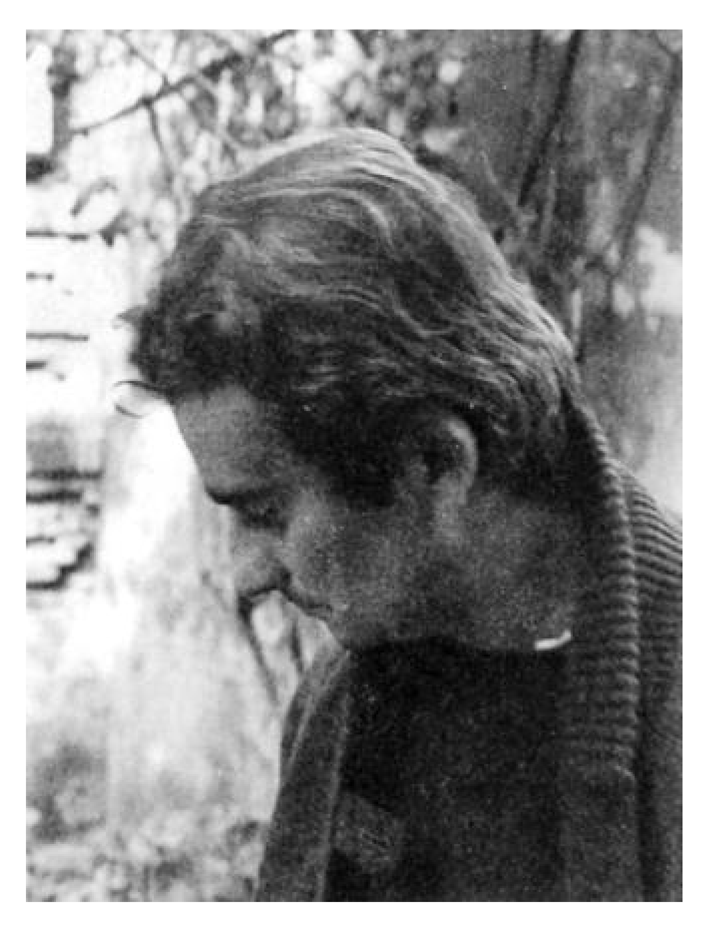
José Ramón Rámila, un intrépido maoísta que, sin lograr su objetivo, trataba de reventar un grupo de extrema derecha desde dentro. A su izquierda, Jesús Ruiz Real (Madrid, 1967).



Leopoldo María Panero (*a la derecha*) con Joaquín Araujo, Quine, en junio de 1965, a la puerta del Liceo Italiano.



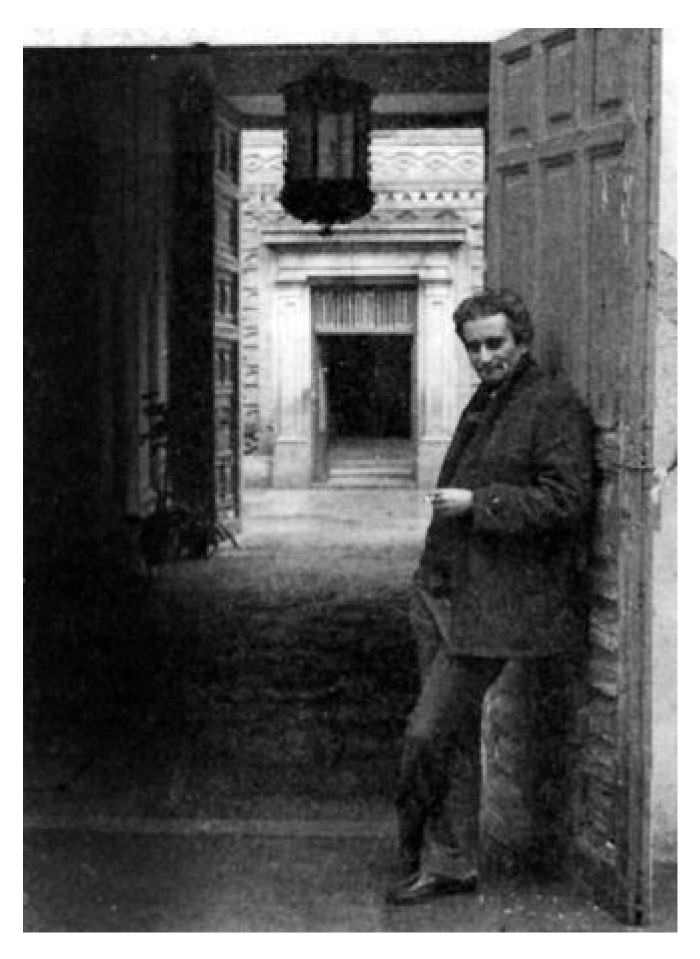
*Leopoldo María Panero vestido de Pierrot*, retrato al óleo realizado por el pintor Álvaro Delgado en 1957.



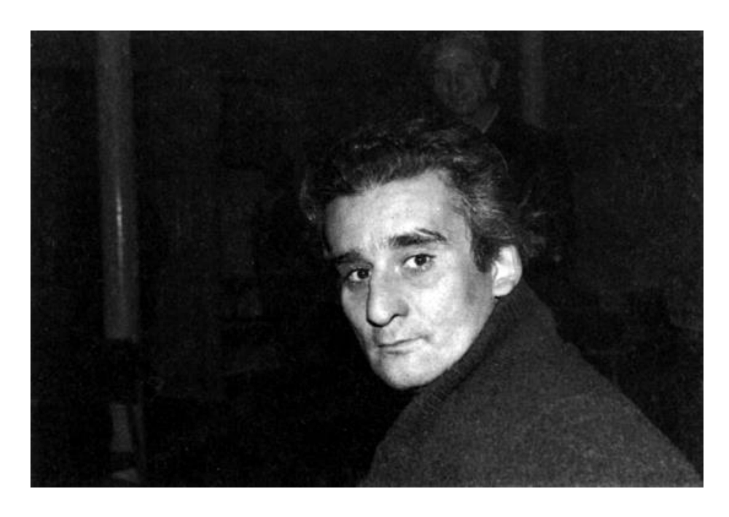
El poeta hacia los años ochenta. «Y si es verdad que estamos solos, podemos aún estarlo más, en un lugar que no existe y donde la soledad no asusta…» *Foto*: Cortesía de Ricardo Pachón.



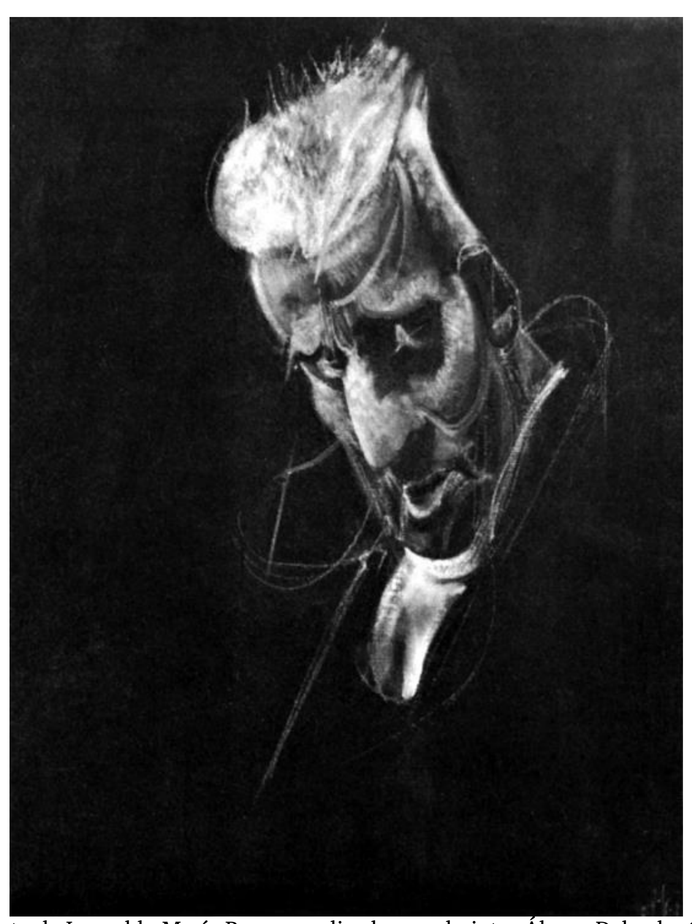

El poeta, a la entrada del manicomio de Santa Isabel, de Leganés, donde ingresa por primera vez en 1981. «… solo veo cómo las



Otra perspectiva de la entrada al manicomio de Leganés. «Vine dispuesto a cambiar el mundo, a cambiar al menos mi vida y por tanto mis relaciones con los otros: y ahora todo es mucho peor.» *Foto*: Cortesía de Ricardo Pachón.



El poeta en el pub de Leganés, centro de reunión de los internos. «Fue el fracaso quien me enseñó a escribir, y lo poco que sé de la victoria. A él le debo casi todo…» *Foto*: Cortesía de Ricardo Pachón.



Retrato de Leopoldo María Panero realizado por el pintor Álvaro Delgado. Óleo sobre tablex, 73 × 60 cm, 1996.



Leopoldo María Panero con Fogwill. Santiago de Chile, noviembre de 2004. *Foto*: Cortesía de Héctor Labarca Rocío.



Habitación del Hospital Psiquiátrico Insular de Las Palmas de Gran Canaria. Verano de 2002. Foto: Cortesía de Orestes Romero.



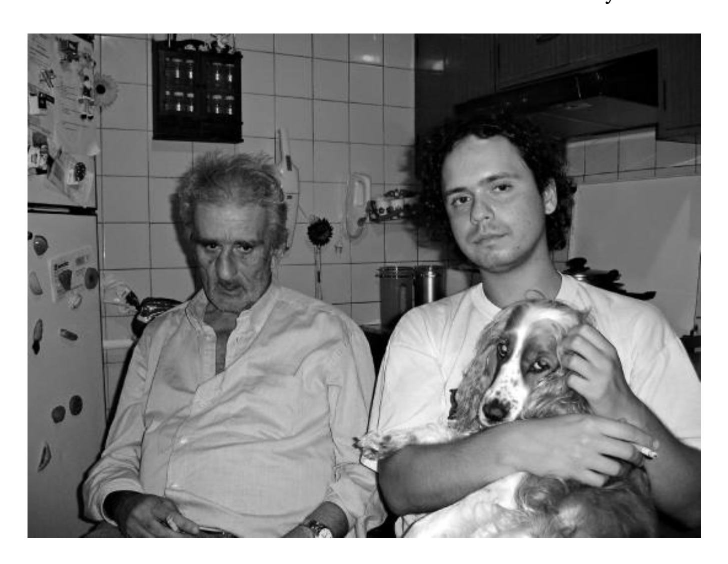
Plaza Seminario en Guayaquil, Ecuador, octubre de 2010. *Foto*: Cortesía de Henar Galán.



Con Henar Galán en Guayaquil, Ecuador, octubre de 2010. Foto: Cortesía de Henar Galán.




Camino de la Cafebrería Esdrújulo (cafetería y librería, ya extinguida) en Las Palmas de Gran Canaria. *Foto*: Cortesía de Manuel Reyes.



Con Henar Galán en Guayaquil, Ecuador, octubre de 2010. Foto: Cortesía de Henar Galán.



Leopoldo María Panero en su rincón de la Cafebrería Esdrújulo de Las Palmas de Gran Canaria. Foto: Cortesía de Pedro García.

[]
En 1994 el Servicio Canario de la Salud se hace cargo de los servicios de psiquiatría.

[←**]
Conversación grabada en magnetófono el 19 de octubre de 2021.

[←1]

Federico Campbell, *Infame turba. Entrevistas a pensadores, poetas y novelistas en la España de 1970*, fotografías de César Malet, Lumen, Barcelona, 1971.

[←2]

Entrevista de J. Domínguez Lasierra, «Leopoldo María Panero: La literatura como alternativa a la vida», *Turia*, 6-7, 1987.

[←3]

«Hablando… L.M. Panero: "Hay que construir un mundo nuevo sea como sea".» Entrevista publicada en *Vacío*, número 5, Barcelona, marzo de 1996. *Le Pèse-Nerfs* es un librito que Artaud escribió en 1925, época en que sufrió su dolencia nerviosa, contemporánea de sus primeros contactos con el surrealismo. En 1927 fue reeditado y, en España, Marcos-Ricardo Barnatán lo tradujo y prologó en 1976 para la editorial Visor.

[←4]

Pere Gimferrer, «Tres heterodoxos», en Salvador Clotas y Pere Gimferrer, *30 años de literatura en España*, Kairós, Barcelona, 1971.

[]

Los epígrafes que encabezan los capítulos de este libro corresponden a Leopoldo María Panero. *(N. del E.)*

[←**]

Gerardo Diego, el 3 de marzo de 1948, en la «tercera» de *ABC,* bautizó como Escuela de Astorga al grupo formado por Juan y Leopoldo Panero, Ricardo Gullón y Luis Alonso Luengo.

[←*]
Así figura en el acta de nacimiento del Registro Civil de Astorga.



Leopoldo colabora en el primer número –octubre de 1935– de la revista que dirige Neruda, *Caballo Verde para la Poesía,* con «Por el centro del día», uno de sus mejores poemas de la anteguerra, según Gullón.

[←*]

José Antonio Maravall Casesnoves (Játiva, 1911-Madrid, 1986) fue doctor en Derecho, licenciado en Ciencias Políticas y Económicas, catedrático de derecho político de la Universidad de Madrid y miembro de la Real Academia de la Historia con la medalla número 17 (fue elegido el 17 de marzo de 1961 y tomó posesión el 31 de marzo de 1963). Su hijo José María fue ministro de Educación (1982-1988) con los gobiernos socialistas.

[←**]

José Blanc Fortacín era cirujano del Hospital de la Princesa de Madrid y profesor agregado de la Facultad de Medicina. Fue presidente del Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Madrid (desde el 28 de enero de 1922 al 22 de enero de 1927) y miembro de la Real Academia Nacional de Medicina, donde ingresó el 27 de junio de 1944 con el discurso de toma de posesión titulado *El criterio funcional en cirugía*.

[←*]

Antonio Bergnes de Las Casas (1801-1879) fue el introductor en España de Walter Scott y de George Sand. Además escribió dos obras importantes: *Nueva gramática griega* (1833) *y Nueva crestomática griega* (1861).

[]

Alfredo Sánchez Bella fue secretario general, subdirector y director del Instituto de Cultura Hispánica (ICH).

[←1]

Los datos de Juan Panero han sido extraídos de *Juan Panero Torbado, obra poética*, con un estudio preliminar de Elisa Domínguez Paz, Centro de Estudios Astorganos Marcelo Macías, Biblioteca de Autores Astorganos, Astorga, 1986; Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977; Ricardo Gullón, *La juventud de Leopoldo Panero*, Breviarios de la Calle del Pez, Diputación Provincial de León, 1985.

[←2]

Ricardo Gullón, *La juventud de Leopoldo Panero*, Breviarios de la Calle del Pez, Diputación Provincial de León, 1985.

[←3]

Víctor García de la Concha, «Historia e intrahistoria de la Escuela de Astorga», en *La Escuela de Astorga*, Ayuntamiento de Astorga y Diputación de León, 1995.

[←4]

Conferencia pronunciada por Leopoldo Panero en los Cursos Universitarios de Verano en León y publicada en julio-agosto de 1965 en el número doble (187-188) de *Cuadernos Hispanoamericanos*, dedicado a la memoria del poeta.

[←5]

Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977. Libro de memorias difícilmente encontrable, que adolece de no pocas imprecisiones, posteriormente reproducidas por otros autores sin contraste alguno.

[←6]
*Memorias y recuerdos de mi vida*, cuaderno de notas de Felicidad Blanc.

[←7]
*Ibid.*

[←8]

Carta remitida desde Londres por Xavier de Salas el 8 de noviembre de 1947 al marqués de Auñón, director general de Relaciones Culturales, del Ministerio de Asuntos Exteriores.

[←9]
*Ibid.*



Un sanatorio de dieciséis camas, hoy desaparecido, con licencia de apertura en 1942 a nombre de Camilo Carbonell.

[]

Esta es la hora de nacimiento que figura en el Registro Civil de Madrid. Sin embargo, no coincide con la indicada por Felicidad Blanc en su cuaderno de notas, *Memorias y recuerdos de mi vida*.

[←*]

Reproducimos de modo literal en este libro una buena parte de la copiosa correspondencia familiar y de los muchos documentos relacionados con los protagonistas de esta historia. Por esta razón, el lector puede sorprenderse ante más de una muestra de ortografía poco ortodoxa; ante nombres, títulos y voces extranjeras de dudosa precisión, y por interpretaciones del propio pasado un tanto discutibles, como sucede en este caso concreto, pues a sus tres años, Leopoldo no escribe, sino que recita poesía.

[←1]
*Memorias y recuerdos de mi vida*, cuaderno de notas de Felicidad Blanc.

[←2]

Las impresiones de Valverde fueron recogidas en San Lorenzo de El Escorial el 24 de julio de 1995, casi un año antes de su muerte.

[←3]

Así se lo cuenta Jaime Gil de Biedma a Federico Campbell en *Infame turba. Entrevistas a pensadores, poetas y novelistas en la España de 1970*. Fotografías de César Malet, Lumen, Barcelona, 1971.

[←4]

Gracias al testimonio de Antonio de Zubiaurre apoyado en periódicos locales, se ha podido reconstruir este episodio tan desconocido en lo que a los detalles y la precisión se refiere.

[←5]

José Manuel Caballero Bonald, *Tiempo de guerras perdidas*, Anagrama, Barcelona, 1995.

[←6]

Tarjeta postal enviada desde La Habana el 28 de diciembre de 1949, día de los Santos Inocentes.

[←7]

*La Esfera*, Caracas, Venezuela, miércoles 11 de enero de 1950.

[←8]

Carta fechada en Madrid el 28 de abril de 1950. Aunque el encabezamiento es plural, Panero se dirige siempre a su madre.

[←9]
*Ibid.*

[←10]
Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[←11]
*Op. cit.*

[←12]

Para una información completa sobre el certamen, véase el riguroso y abrumador trabajo del historiador Miguel Cabañas Bravo, *La política artística del franquismo. El hito de la Bienal Hispanoamericana del Arte*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1996.

[←13]

Declaraciones de Felicidad Blanc recogidas por Eneko Fraile («El poeta solo. Entrevista con Leopoldo María Panero») en el número 93 de la revista *Quimera*, correspondiente a octubre de 1989.

[←14]

Es el poema más temprano que hemos encontrado. Fue recogido por su madre el 4 de diciembre de 1952 en un tarjetón del secretario de la Comisión Ejecutiva del Congreso Hispanoamericano de Historia. Leopoldo María contaba cuatro años y medio de edad.

[←15]

Fechado en 1953, fue recogido por Felicidad Blanc en *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[←16]
*Op. cit.*

[←17]

Entrevista de Marisol Colmenero, «Leopoldo María Panero, poeta: “Me dedico a pensar”», *La Nueva España*, Oviedo, 7 de enero de 1979.

[←18]
Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[←19]

Pablo Neruda, «A Miguel Hernández, asesinado en los presidios de España», en *Canto general*.

[←20]
Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[←21]

Tarjeta postal fechada el 25 de febrero de 1955, en Medellín (Colombia), donde Panero continúa itinerante con la Exposición Antológica de la Segunda Bienal Hispanoamericana de Arte.

[←22]
Juan Benet, *Otoño en Madrid hacia 1950*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

[←23]

Michi se lo recrimina a su madre en la secuencia de la sala de estar de la casa de Astorga, en la película de Jaime Chávarri *El desencanto* (1976). También recogido en la publicación del guión: Felicidad Blanc, Juan Luis Panero, Leopoldo María Panero, José Moisés Panero, *El desencanto*, prólogo de Jorge Semprún, Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976.

[←24]

Poemas mecanografiados en folios blancos e ilustrados con unos dibujitos del propio Leopoldo María. Fueron recogidos en diciembre de 1956, entre los días 16 y 24.

[←25]

Entrevista de Marisol Colmenero, «Leopoldo María Panero, poeta: “Me dedico a pensar”», *La Nueva España*, Oviedo, 7 de enero de 1979.

[←26]

Así se lo cuenta a Eneko Fraile en el número 93 de *Quimera*, de octubre de 1989 («El poeta solo. Entrevista con Leopoldo María Panero»).

[←27]
Declaraciones recogidas el 27 de abril de 1996, en San Sebastián.

[←28]

Poesía mecanografiada en folio blanco e ilustrada con dibujitos del propio Leopoldo María, «Marcelino» tiene fecha de 13 de abril de 1957.

[]

Foxá y José Antonio Primo de Rivera escribieron la primera estrofa del himno de Falange, escoltados por un bacalao al pilpil.

[←1]

*Milano, 5 Giugno 1959*, y *Milano, 11 Febbraio 1960*, son las dos cartas remitidas desde Via Torino, 51, *Club Arditi dello Spazio*, a Leopoldo María Panero.

[←2]
Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[←3]

Luis Alonso Luengo, «El último día de Leopoldo Panero», *El Pensamiento Astorgano*, 30 de agosto de 1962.

[←4]

Se conservan cuarenta y cinco cartas en hojas cuadriculadas de libreta 13 × 18, escritas con pluma. Tan solo una está fechada: 16 de abril de 1963, a las 22.51 horas.

[←5]

Felicidad Blanc, Juan Luis Panero, Leopoldo María Panero, José Moisés Panero, *El desencanto*, prólogo de Jorge Semprún, Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976.

[←6]

Texto mecanografiado perteneciente a una serie de cinco cartas. Estas líneas seleccionadas corresponden a la titulada «Carta Última».

[←7]

*Interviú*, número 759, 26 de noviembre-2 de diciembre de 1990.

[←8]
Véase nota 6 de este capítulo.

[←9]
Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[]

Miembro de las hermandades gallegas medievales que se alzaron entre 1435 y 1469 contra la nobleza feudal.

[←**]

Diego Lara, notorio diseñador gráfico, pasó por editoriales como Fundamentos, Siglo XXI o Cátedra; fue responsable gráfico de La Fontana Literaria o Nostromo. Además, estampó su sello en las revistas *Poesía* y *Buades,* entre otras publicaciones. Murió en Madrid el 24 de enero de 1990, a los cuarenta y tres años. Dejó una cuidada obra plástica.

[←*]
A quien había conocido a través de su padre.

[]

El Teide era un café recoleto donde se podía charlar cuando el vecino Gijón estaba atiborrado. Mucho más tranquilo, a él se retiraban a escribir algunos contertulios del Gijón.

[]

Vicente Acebedo Flórez fue consejero de Educación en el Gobierno preautonómico de Castilla-La Mancha, desde diciembre de 1982 hasta junio de 1983, además de diputado del PSOE en las Cortes de Castilla-La Mancha desde 1983 hasta 1991.

[]

Julio Antonio Feo Zarandieta es hermano de José Julio Feo, quien años después será, con los socialistas, secretario general de la Presidencia del Gobierno, cargo que ocupa desde diciembre de 1982 hasta mayo de 1987.

[←*]

La Mordó (Salónica, 1899-Madrid, 1984) llegó a España en 1943 y rápidamente institucionalizó unas tertulias en su domicilio madrileño de la calle Victor Hugo, número 4, a las que asistía con frecuencia Leopoldo Panero Torbado. En aquellas veladas se leían poemas inéditos o se charlaba sobre la pintura de algún artista joven. El salón de Juana Mordó, que se celebraba los sábados, duró diez años, hasta que la griega de origen judío entró a trabajar en la galería Biosca. Dada su sensibilidad hacia la poesía y su apuesta por lo nuevo, Juana Mordó patrocinó alguna que otra tenida poética en la galería que lleva su nombre, abierta en 1964.

[←1]

Carta de Leopoldo María a su madre desde Irún, con fecha de 26 de julio de 1966. Se despide con recuerdos a Michi y a Baby, su perro, al que ha «añorado mucho».

[←2]
Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[←3]
*Op. cit.*

[←4]

Así lo cuenta su hermano Michi en Felicidad Blanc, Juan Luis Panero, Leopoldo María Panero, José Moisés Panero, *El desencanto*, prólogo de Jorge Semprún, Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976.

[←5]

Transcripción literal del acta de declaración de Leopoldo Panero Blanc, Dirección General de la Policía, «En Madrid, siendo las 6:30 horas del 29 de enero de 1967» (Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, número 43.363).

[←6]
Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[←7]

Transcripción literal del acta de declaración del detenido Leopoldo Panero Blanc, tomada en las oficinas de la Brigada Regional de Investigación Social de la Jefatura Superior de Policía de Madrid, el día 11 de diciembre de 1967 (Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, número 43.363).

[←8]
Carlos Barral, *Los años sin excusa. Memorias II*, Alianza Tres, Madrid, 1982.

[←9]

Pedro Gimferrer, «Nota a la edición», en Leopoldo María Panero, *Por el camino de Swann*, Cuadernos de María José, Málaga, 1968.

[←*]

Así la describe su hermano Ramon Terenci, quien se autoinculpa de haberle inculcado «un sentido de la vida basado en la tristeza, si no en la tragedia» (Terenci Moix, *El beso de Peter Pan. Memorias. El peso de la paja II,* Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1996).

[←*]

Hasta entonces, muertos el tío y el padre, para Vicente Aleixandre solo existía Juan Luis Panero. El primogénito visitó por primera vez al autor de *Ámbito* en noviembre de 1965, al año de comenzar a escribir poesía, aunque anteriormente se lo había presentado su padre en el entierro de Marañón en 1960. El maestro le dijo a Juan Luis que debía conocer a Francisco Brines y a Claudio Rodríguez, con quienes rápidamente trabó amistad.

[←*]

Carnero participó en la asamblea constituyente del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona el 9 de marzo de 1966. La policía acordonó el convento de los capuchinos y los reunidos se vieron obligados a pernoctar dos días allí encerrados.

[]
Se refiere a Llibres de Sinera.



El párrafo aquí referido puede ser, no es seguro, «Por qué no bailar, ahora, el Danubio Azul», sacado del diario de su madre. Eran frases de diálogos conservadores que repetía la abuela de Felicidad.

[←*]

A Jorge de Cominges, con quien hablaba mucho de Peter Pan, Leopoldo le regaló *Por el camino de Swann*, no sin antes arrancarle una página que contenía una dedicatoria a otra persona. Jorge dejó de verlo «porque me empezaba a agobiar el tener que seguirle la onda en sus locuras. Bueno, también es que me puse a trabajar en cine y eso absorbió totalmente mi tiempo».

[←*]
Libro en el que entonces trabajaba Pedro Gimferrer.

[]

Vicente Molina le escribió a Leopoldo cuatro cuartillas a mano por las dos caras. Desde Madrid se las envió a la Clínica Villa-Blanca de Tarragona, con fecha de 7 de julio de 1968.

[]

La carta, de un folio mecanografiado, no tiene fecha. La infección aquí referida por Michi es producto de una blenorragia, según él mismo explica. Al parecer se deprimió y se encerró en casa.

[←1]
Declaraciones recogidas en San Lorenzo del Escorial, el 24 de julio de 1995.

[←2]

Extracto de los dos folios en apretadas líneas mecanográficas, remitidos por Pedro Gimferrer a Leopoldo María Panero, fechados en Barcelona, el 13 de enero de 1968. A pesar de su juventud, Gimferrer, nacido en 1945, es un crítico de talento excepcional que colabora regularmente en *Ínsula*, revista bibliográfica de ciencias y letras, dirigida por Enrique Canito y cuyo secretario es José Luis Cano.

[←3]

Cuadernos de María José (Málaga) editados por Ángel Caffarena. Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce.

[←4]

Extracto de los dos folios mecanografiados a dos espacios que Pedro Gimferrer escribe desde Barcelona el 24 de enero de 1968 a Leopoldo María Panero, en Madrid. Alfonso Canales, Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera por su obra *Aminadab*, fue jurado en 1966 y batalló hasta lo indecible con Rosales, que tenía su candidato, por *Arde el mar*.

[←5]

Extracto literal de la carta remitida por Pedro Gimferrer desde Barcelona a Leopoldo el martes 13 de febrero de 1968.

[←6]

Extracto literal de una carta de Ana María Moix –dos folios manuscritos a pluma– dirigida a Leopoldo María Panero. Sin fecha.

[←7]

Extracto de la carta de dos folios mecanográficos a dos espacios que Pedro Gimferrer dirige a Leopoldo María Panero, el 17 de febrero de 1968 desde Barcelona.

[←8]

José M. Brunet, «Leopoldo Panero, anarquista y bisexual», *Diario de Barcelona*, 9 de enero de 1977.

[←9]

Extracto de tres cuartillas manuscritas a pluma por Guillermo Carnero, el 3 de marzo de 1968, desde Barcelona. Guillermo se dirige a Leopoldo como Niño Viejo, alude al grupo de amigos como los Niños Perdidos de *Peter Pan* y Zarpita de Acero es Ana María Moix. Entre ellos era muy corriente la utilización de sobrenombres. Así, la *nena* Moix también era la Tortuga, el Catoblepas o el Animal de Hungría. Gimferrer era la Gran Madre Frigia, y Panero, el Gran Poldo.

[←10]

Ruedo Ibérico, ediciones y publicaciones de marcado carácter antifranquista, que dirigía José Martínez en París.

[←11]

Extracto de una carta mecanográfica de Ana María Moix a Leopoldo María Panero, sin fecha.

[←12]
Ruedo Ibérico.

[←13]

Extracto de una sucinta carta –medio folio mecanografiadode Pedro Gimferrer a Leopoldo María Panero, con fecha 3 de marzo de 1968.

[←14]

Extracto de los dos folios mecanografiados que Pedro Gimferrer escribió en Barcelona el lunes 4 de marzo de 1968, dirigidos a Leopoldo Panero. El libro referido de Félix de Azúa es *Cepo para nutria* (1968).

[←15]

Dos cuartillas mecanografiadas que Guillermo Carnero remitió desde Barcelona el 10 de marzo de 1968 a Leopoldo María Panero.

[←16]
«… La dulzura de nuestra triste infancia.»

[←17]
*Archipiélago*, 18-19, invierno de 1994.

[←18]

Extracto textual de la misiva manuscrita de dos folios sin fecha que Michi le envió a Leopoldo desde Astorga. El almuerzo aquí referido es la despedida de Marcos Ricardo Barnatán, Marquitos, celebrada a principios de abril de 1968 en el restaurante madrileño La Cruzada, próximo a la plaza de Isabel II. Pocos días antes del triunfo de Massiel con el «La, la, la» (6 de abril de 1968), Vicente Molina Foix y Jaime Salinas organizaron la despedida de Barnatán con la asistencia de Félix de Azúa, Juan Luis Panero y su amiga, la peruana Clara Abril de Vivero, Ángel González y el marxista por libre Antonio Martínez Sarrión, autor de *Teatro de operaciones* (1967). El menor de los Panero, que ya hace sus pinitos en la narración breve, se encontraba entre los ilustres comensales.

[←19]

Dos hojas de tamaño cuartilla escritas del puño y letra de Felicidad Blanc por ambas caras.

[←20]

Misiva mecanográfica de un folio, sin fecha. Como se puede observar, Pedro Gimferrer está más en contacto con Felicidad que su propio hijo. El trabajo de corrector de estilo puede ser en Editorial Juventud y la traducción de Sanguinetti es para la editorial Llibres de Sinera. La fotocopia y la firma que le envía a su madre es para tramitar el traslado de matrícula de Madrid a Barcelona. Leopoldo ha enviado un poema titulado «El alcaudón en lucha con la serpiente» para un homenaje que se está preparando en Madrid a Vicente Aleixandre.

[←21]
Carta de siete cuartillas manuscritas de Felicidad a su hijo Leopoldo, con fecha de 26 de abril.

[←22]
*Ibid.*

[←23]

Carta de dieciocho líneas a doble espacio que Leopoldo María Panero escribe a su madre desde Barcelona, sin fecha. Abundan los errores mecanográficos.

[←24]

Felicidad Blanc, Juan Luis Panero, Leopoldo María Panero, José Moisés Panero, *El desencanto*, prólogo de Jorge Semprún, Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976.

[←25]

Carta de Michi fechada en Madrid, el 16 de agosto de 1968. El menor de los Panero envía a su hermano Leopoldo María dos cuartillas manuscritas por ambas caras.

[←*]
Se refiere a *Baladas del Dulce Jim*, de Ana María Moix.

[←*]

Don Enrique [Prieto Otero] es el representante del director dentro del establecimiento; es el jefe de servicios de la prisión.

[←**]
Pepe Vidal es un amigo de Felicidad, profesor de literatura.

[←*]

Fracasa un intento de liberar de la cárcel de Pamplona a una militante de ETA; entrega en el Ministerio de la Gobernación de un documento contra la tortura firmado por mil quinientas personalidades; asalto del rectorado de la Universidad de Barcelona; muere en circunstancias extrañas el estudiante Enrique Ruano; violentos choques entre policía y estudiantes en la Universidad de Madrid… El 24 de enero de 1969 se declara el estado de excepción por tres meses y se producen detenciones masivas.

[←*]

El Meleril es un tranquilizante y ansiolítico que no produce somnolencia ni apatía.

[←*]
Eloísa Blanc, hermana de Felicidad, padecía esquizofrenia.

[←*]

Un jefe de servicio de la Dirección General de Seguridad estuvo investigando sobre Leopoldo María Panero. Conclusiones: bien conceptuado por sus vecinos, aunque se sabe que ha sido detenido últimamente por fumar grifa; trabaja en el Instituto de Cultura Hispánica con un sueldo de cinco mil pesetas mensuales y goza de buena consideración (Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, número 43.363).

[←*]
Anécdota que cuenta Leopoldo María Panero en *El desencanto* (1976).


[←*]

El accidente de tráfico se produjo entrando en Madrid, en la cuesta de las Perdices; motivado por la lluvia, fue un choque múltiple, en cadena. Conducía el coche Ángela González, Angelita, una amiga de Juan Luis Panero.

[]

Pascualín es Pascua Ortega, el hijo de José María Ortega Costa, primo hermano de Felicidad.

[←*]

El nombre de Escuela de Barcelona fue lanzado por Ricardo Muñoz Suay en la revista *Fotogramas*. La llamada Escuela, de clara vocación experimentalista y vanguardista, estaba formada por Joaquim Jordà, Jacinto Esteva, Gonzalo Suárez, Carlos Durán y José María Nunes, básicamente. *Dante no es únicamente severo* (1967), de Jordà y Esteva, fue el manifiesto. «Como no podemos hacer Victor Hugo, hacemos Mallarmé», Jordà *dixit*.

[←1]

Eduardo Haro Ibars, «Retratos-al-desgaire. Leopoldo María Panero», *La Luna en las ciudades*, número 4, suplemento de *La Luna de Madrid*, enero de 1985.

[←2]

Leopoldo María Panero, «Última poesía no española», *Poesía*, número 4, junio de 1979.

[←3]

Mariano Antolín Rato, «Madrid underground: 1963-1973», *Los Cuadernos del Norte*, número 33, septiembre-octubre de 1985.

[←4]

Carta escrita a pluma en dos folios lineados, de correspondencia, remitida desde Zamora el 19 de enero de 1969.

[←5]

Eduardo Haro Ibars, «Retratos-al-desgaire. Leopoldo María Panero», *La Luna en las ciudades*, número 4, suplemento de *La Luna de Madrid*, enero de 1985.

[←6]

Dos folios lineados, sin fecha, escritos con bolígrafo. *El Gato* es Eduardo Haro Ibars, Clara Salas fue otro de sus amores del año 1966. Ronny –Felicidad escribe Roni– es el perro que sustituyó a Baby, otro pinscher alemán enano.

[←7]

Madrid, 24 de enero de 1969. Felicidad le envía cuatro cuartillas manuscritas por las dos caras.

[←8]

Carta fechada en Zamora el 24 de enero de 1969; son dos folios lineados escritos a bolígrafo. El Tegretol es un fármaco en comprimidos; es antidepresivo y disminuye la tolerancia al alcohol. Es anticonvulsionante y antiepiléptico.

[←9]

Dos folios lineados escritos a bolígrafo, con fecha de 26 de enero de 1969 desde Zamora. Cuando le agradece a su madre la última parte de la carta, «la escrita a máquina», se refiere a la que le envió de Ana María Moix, porque Felicidad le mandó un manuscrito de cuatro cuartillas. Kine es Joaquín Araujo, Quine.

[←10]
En Madrid, el 18 de febrero. Breve epístola manuscrita en papel tamaño postal.

[←11]
*El País*, «Visto/Oído», 20 de julio de 1995.

[←12]
13 de marzo de 1969. Manuscrito en dos cuartillas por ambas caras.

[←13]
*El desencanto*.

[←14]

Felicidad Blanc a *Nuevo Fotogramas*, 11 de febrero de 1977. No lo matriculó tres cursos seguidos, sino dos: 1969-1970 y 1971-1972.

[←15]

«Pere Gimferrer», entrevistado por José Ribas. *Ajoblanco*, número 87, julio-agosto de 1996.

[←*]

Ocnos fue fundada en 1969 por los poetas Joaquín Marco y José Agustín Goytisolo. La gestión y la programación se llevaba desde Barral Editores.

[←*]

Alpasky es un juego de palabras, sin ningún significado. En esa época era un modo de hablar de Leopoldo María Panero: «Alpaslcy la luz», «Guasrro», etcétera. De ahí viene el apodo de Francisco Sánchez del Campo.



*id est,* esto es.

[]

«Me consta que a Octavio Paz le interesaba mucho su poesía», nos contesta por escrito Beatriz de Moura, el 28 de noviembre de 1995.

[←*]

El apelativo de la Bola procede de su vasta cultura, de lo mucho que sabe. Hablaba como si fuera «una bola del mundo».

[←1]

Así lo explica Castellet en el prólogo de *Nueve novísimos poetas españoles*, Barral Editores, Barcelona, 1970.

[←2]

Aunque Leopoldo indica que la procedencia del parlamento es de «Hortus conclusus», guión cinematográfico basado en *Peter Pan*, de James Matthew Barrie, y en *The wicked voice*, de Vernon Lee, con destino al cortometraje citado anteriormente, en «Hortus conclusus», incluido en *En lugar del hijo* (Tusquets Editores), no aparece tal parlamento de Garfio. Como tampoco figura en la edición de *Peter Pan* (Libertarias) en traducción de Leopoldo María Panero, que al final incluye «Hortus conclusus» revisado.

[←3]

Miguel Ángel Pastor, «Castellet y la nueva poesía. Los "nueve novísimos"», *El Norte de Castilla*, 10 de mayo de 1970.

[←4]
*Ibid.*

[←5]

Leopoldo María Panero, «Última poesía no española», *Poesía*, número 4, junio de 1979.

[←6]

Declaraciones de Leopoldo María Panero en Federico Campbell, *Infame turba. Entrevistas a pensadores, poetas y novelistas en la España de 1970*, fotografías de César Malet, Lumen, Barcelona, 1971.

[←7]
José María Álvarez, *Al sur de Macao*, Pre-Textos, Valencia, 1996.

[←8]
Declaraciones por escrito enviadas desde Cartagena en junio de 1996.

[←9]
Rafael Conte, «Cómo salir de los novísimos», *El País*, 20 de agosto de 1989.

[←10]

Víctor Crémer, «Entrevista a Leopoldo María Panero. Figuras de la pasión», *Combate*, 6 de julio de 1989.

[←11]

Declaraciones recogidas el 11 de enero de 1996, en su habitación del Sanatorio Psiquiátrico Hermanos San Juan de Dios de Mondragón.

[←12]

Carta incompleta, sin fecha, de cinco cuartillas manuscritas por ambas caras con una letra casi ilegible. Faltan las dos primeras cuartillas. Los subrayados son del remitente.

[←13]

Declaraciones de Leopoldo María Panero en Federico Campbell, *Infame turba. Entrevistas a pensadores, poetas y novelistas en la España de 1970*, fotografías de César Malet, Lumen, Barcelona, 1971.

[←14]
20 de agosto de 1970.

[←15]

Jesús García Sánchez, «Después de la “muerte” de Leopoldo María Panero», Diario *Madrid*, 28 de octubre de 1970. Alude al mítico territorio creado por el novelista Juan Benet: Región.

[←16]
Declaraciones recogidas el 19 de septiembre de 1996.

[←17]

Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, número 43.363. Informe del 28 de mayo de 1971. «El juzgado de vagos y maleantes le siguió expediente 345-71, si bien por sentencia de 2 de julio de 1971 se le cancelaban las medidas de seguridad impuestas por encontrarse remitido de la toxicomanía padecida.»

[←18]

Expediente personal del recluso PANERO BLANC, Leopoldo. VAGO-TOXICÓMANO. Ministerio de Justicia. Dirección General de Prisiones.

[←19]

Ignacio Carrión, «Fin de semana con Leopoldo Panero», *El País*, 13 de septiembre de 1992.

[←20]
Declaraciones recogidas el 13 de noviembre de 1995.

[←21]

Javier Hernández Ruiz y Pablo Pérez Rubio, *Diccionario de aragoneses en el cine y el vídeo (1896-1994)*, prólogo de José Luis Borau, colabora Gobierno de Aragón (Departamento de Educación y Cultura), Diputación de Huesca, Festival de Cine de Huesca, Mira Editores, Zaragoza, 1994.

[←22]

Fragmento del texto titulado «Relato de una autodestrucción», enviado por Eduardo Subirats el 5 de enero de 1996 desde Princeton, Nueva Jersey. Con su permiso lo hemos desglosado del modo que hemos creído oportuno.

[←23]

Este folio mecanografiado no tiene fecha y los subrayados son suyos. Los nombres propios de Juan Luis, Ana María Moix y Leopoldo, así como *Teoría*, están escritos en minúscula en el original. El Sastrecillo Valiente, también en minúscula, es el apodo que le puso Juan Luis a Michi, porque se metía con todo el mundo desde muy joven. Domitila fue el amor de Michi durante un largo tiempo, con quien incluso pasó temporadas viviendo en París. Largactil es un neuroléptico, sedante, para las curas de sueño.

[←24]

Carta mecanografiada de un folio sin fecha y, a todas luces, sin acabar. Leopoldo escribe Al Pasqui, pero Francisco Sánchez del Campo, artista plástico, firma Alpasky. Adela es una amiga que vivía en Tánger con Alpasky. Ana María Moix, por su amistad con Esther Tusquets, le llevó el original de *Teoría* a la editorial que regenta: Lumen.

[←25]
Transcripción literal de una carta mecanografiada, sin fecha e inacabada.

[←26]

Eduardo Hervás, *Obra poética*, introducción y edición de Rafael Ballester Añón, Edicions Alfons El Magnànim, Generalitat Valenciana, Diputació Provincial de València, 1994, los subrayados son del original.

[←*]

Quine, naturalista en la actualidad, tomó la drástica decisión para el resto de sus días de alejarse del poeta en el momento en que este le confesó que necesitaba tomar sustancias para seguir escribiendo. Araujo entró en un conflicto emocional tremendo y, aunque desgarradoramente, se apartó de Leopoldo. Este es su último encuentro.

[←*]

Traductor, actor y nieto del autor de *A.M.D.G.*, Gustavo Pérez de Ayala murió a los sesenta y un años, el 13 de agosto de 2006.

[←*]
Flor predilecta de Felicidad desde la niñez.

[←*]
Poeta malagueño, amigo de Leopoldo Panero Torbado.

[←*]

Declaraciones de Jaime Salinas recogidas el 29 de septiembre de 1995. Juan García Hortelano le avisó sobre los jóvenes poetas: «Mira, son como perros; si se te meten en casa… Lleva cuidado». A lo que Salinas respondió: «No te preocupes, a los perros en cuanto entren les pongo el bozal y la correa».

[←*]

Así se lo hizo saber Beatriz de Moura a Leopoldo María Panero, en carta del 24 de enero de 1972.

[←*]

Martín Vilumara es el seudónimo de José Batlló, director de la colección de poesía El Bardo, desaparecida este año; colección por donde pasó el original de *Así se fundó Carnaby Street*, que no le interesó a Batlló. El pasaje donde se alude al poeta madrileño es el que sigue: «El valor de las nuevas novelas, relatos o poemas es difícil de fijar, especialmente si se pretende compararlo con el de los anteriores. Sin embargo, a pocos se les ocurre dudar que Juan Benet dé ciento y raya al primer Juan Goytisolo o que una sola línea de Leopoldo María Panero valga más que todos los ahora infelices poemas y canciones de Jesús López Pacheco» («El callejón sin salida»), *Triunfo*, número 610, 8 de junio de 1974.


[←*]

Raoul Vaneigem, militante de la Internacional Situacionista desde 1960 a 1970 y autor del *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*, su primera obra.

[←**]

Traductor de Wilhelm Reich y responsable de un centro de psicología marxista en Barcelona.

[←*]

Antonio Zaya era por entonces muy aficionado al surf y tenía una relación mística con dicho deporte.



El Almacén era un bar de Arrecife (Lanzarote) dedicado a programar actividades culturales, cuyo propietario era el artista César Manrique. Leopoldo María Panero quería dar una conferencia y hacer una lectura de poemas, por lo que Zaya se lo propuso a Manrique.

[←*]

No es extraño que fuese producto de algún altercado, pues no fueron pocas las ocasiones en que a Leopoldo le intentaron partir la cara por sus actitudes provocadoras y cargantes, ya que se hacía progresivamente insufrible. Chávarri recuerda que a veces aparecía en el Dickens con el labio ensangrentado o con un diente roto, explicando que le habían pegado. Antonio Colinas, en su último encuentro con Panero, en la librería Visor de Madrid, le vio con un ojo completamente morado. Sus amigos Antonio Pardo, Pepe Palacios… también le obsequiaron con algún que otro sopapo. Según Villena –le visita en casa convaleciente de la mandíbula rota y contempla cómo envía a su madre a comprar hachís– engañaba a los chaperos prometiendo pagarles y, como no les abonaba el servicio, recurrían al chulo para que saldara las cuentas.

[←**]
La envió sin firmar.

[]

Grupúsculo marxista revolucionario –luxemburguista, leninista y antiestalinista– nacido en 1965 como escisión de los disueltos Frente de Liberación Popular (FLP) y Front Obrer Català (FOC). En 1968 se constituye como organización, donde milita Carlos Semprún Maura. «Todo el poder a los consejos obreros» es su máxima y las dos ciudades de mayor implantación son Barcelona y Sevilla. Tuvieron contactos con la Internacional Situacionista (IS), sin renunciar a la violencia.

[←**]

Nombrado director del Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM) el 11 de septiembre de 1995.

[←*]
Igualmente enviado a Antonio Zaya para su publicación.

[←**]
Antonin Artaud también tradujo y adaptó a Lewis Carroll.

[←*]

El filósofo y el poeta se conocieron ese año en la terraza de La Boule d'Or. «Soy Leopoldo María Panero», dijo el de Madrid subrayando enfáticamente el «María». «Ya sabes que soy mucho mejor poeta que tú, pero tú eres más guapo que yo», remató frente a un esbozo de sonrisa por parte de García Calvo.

[←*]
Psicoestimulante anfetamínico de efecto terapéutico sostenido.

[←**]

Aquel verano se vio invadido por el estribillo de la pegadiza canción del grupo Desmadre 75: «Bajando mismamente por la calle Mayor / dejando al personal como un pasmo / íbamo aquí lo amiguete y yo / jalando con la moto a to trapo […] / Saca el güisky cheli para el personal / y vamo a hacer un guateque, / llévate el cassette pa poder bailar / como en una discoteque».

[←***]
En la actualidad, directora de escena.

[←1]

Alfredo Ibars, «*Teoría*, poesía muerta», *Triunfo*, número 584, 8 de diciembre de 1973. Quien se oculta tras este nombre no es otro que Eduardo Haro Ibars, en su primera aparición en la revista que subdirige su padre. El nombre con el que figura inscrito en el registro civil es el de Eduardo Alfredo, pues su padrino de bautismo fue el crítico teatral Alfredo Marqueríe.

[←2]
Felicidad Blanc, *Espejo de sombras*, Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[←3]
Declaraciones de Jaime Salinas recogidas el 29 de septiembre de 1995.

[←4]

Extenso relato titulado «Entre algunas imágenes», de Oswaldo Muñoz, enviado desde París el 6 de marzo de 1996.

[←5]
*Ibid.*

[←6]
Eduardo Subirats, «Relato de una autodestrucción».

[←7]
Declaraciones de Luis Antonio de Villena recogidas el 23 de julio de 1995.

[←8]
Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, número 43.363.

[←9]
«Memorias y recuerdos de mi vida», 7 de marzo de 1974.

[←10]

«Antonio Maenza, que era un genio absoluto de la estética de nuestro movimiento [...]. Estaba diez años adelantado con respecto a su época.» Declaraciones de Pepe Palacios a Concha R. Minguela, *Interviú*, número 688, 18 de julio de 1989.

[←11]
Declaraciones de Jaime Salinas recogidas el 29 de septiembre de 1995.

[←12]

Suplemento cultural «Subterráneo», número 5, editado por Antonio Zaya, *La Provincia*, Las Palmas, 2 de mayo de 1974.

[←13]
*Diario de Mallorca*, «Letras», 9 de mayo de 1974.

[←14]

Antonio Zaya, «Una vez Panero», en «Subterráneo», número 8, *La Provincia*, Las Palmas, 25 de junio de 1974.

[←15]
*Ibid.*

[←16]

Número 4 de la revista dirigida por Antonio Martínez Sarrión con más voluntad que fondos. De modesta presentación pero con excelentes firmas, la hazaña no duró más de doce números, de enero de 1974 hasta noviembre de 1976.

[←17]
«De Panero a Vilumara», *Triunfo*, número 614, 6 de julio de 1974.

[←18]

Carta sin fecha remitida por Leopoldo María Panero, desde Ibiza, número 35 (Madrid), recibida en la fundación el 24 de julio de 1974.

[←19]
Carta de tres folios mecanografiados a dos espacios, sin fecha.

[←20]
Jaime Chávarri en *El desencanto*, Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976.

[←21]
Extracto de cinco folios mecanografiados a dos espacios, sin fecha.

[←22]
Carta incompleta, sin fecha.

[←23]
*El desencanto*, Elías Querejeta Ediciones, Madrid, 1976.

[←*]

Mercedes es una mujer muy cosmopolita. Cursó estudios en Sevilla, en el Liceo Francés de Madrid, en el de Roma y en París logró la licenciatura en matemáticas y realizó estudios de Filología Hispánica, y se doctoró en la poesía europea del siglo XVII, centrada en la figura de Baltasar Gracián. Llegó a catedrática de literatura en la Universidad de Lille.



*Temor y temblor* (1843) comienza con la cita de unos versos de Hamann, con la que Kierkegaard pretendía crear un enigma. Pero el encabezamiento iba dedicado a Regina Olsen, su exprometida, con la que había roto dos años antes.

[]

*Vita Nuova,* de Dante Alighieri, es una obra llena de implicaciones simbólicas, más allá de su médula de culto amoroso, que siempre obsesionó a Leopoldo María Panero.

[]

Se refiere a *El desencanto,* guión de la película que publicó Elías Querejeta, con el prólogo de Jorge Semprún –pariente de Chávarri– y textos de los «actores» y del director.


[←**]

Protagonista habitual del cine de Adolfo Arrieta. Javier Grandes murió el 13 de abril de 2012.

[←*]

La liebre y el conejo no se distinguen en el simbolismo. En el sistema jeroglífico egipcio es una imagen del concepto de ser. En general, la liebre es una representación de la procreación, simboliza la lujuria y la fecundidad. También es considerado el animal simbólico de Iberia. Esta divinidad se representa por el ojo, por su vigilancia. Leopoldo María Panero, al final del poema «Pavane pour un enfant défunt», que envió a Mercedes por correo, dibujó un ojo seguido de una flecha procedente de la locución manuscrita «à côté de l’appelle l’amour», a modo de rúbrica.

[←*]

Amigo de Juan Luis Panero, Miguel García de Sáez estuvo casado en segundas nupcias con Inmaculada de Borbón y Dos Sicilias; con casa en Ibiza, fue promotor de la isla, un gran esteta y un excelente coleccionista de obras de arte. Consejero del Banco Urquijo y amigo de los Kennedy, falleció en 1982.

[←*]
Escuchado por Fernando Sánchez Dragó, sentado en la fila precedente.

[←*]

*Helga, el misterio de la vida* (1967), dirigido por Erich F. Bender, es un documental de divulgación dramatizada sobre la concepción y el parto que causó un gran impacto en España. Con una duración de setenta y cuatro minutos, *Helga* se exhibió en salas de arte y ensayo con un éxito comercial aplastante a causa de la aparición de un desnudo femenino. En un país tan oficialmente pacato como España, con una fuerte represión sexual, el filme atrajo a numeroso público no precisamente cinéfilo.

[←*]
La familia Zaya vivía en la avenida de Escaleritas, de Las Palmas.

[←**]

Entre ambos denominaban monos a la mayoría de los escritores españoles, los tachaban de primates, de seres primitivos. Según Antonio, no se entendían con el entorno porque utilizaban otro lenguaje; eran monos.

[←*]
Mercedes aprobó las oposiciones en el verano de 1977.

[←**]

Entre las que se encuentra Cristina Alberdi, años después nombrada ministra de Asuntos Sociales –desde el 13 de julio de 1993 hasta el 6 de mayo de 1996– por el Gobierno socialista.

[←***]
El psiquiatra Enrique González Duro.

[←****]

Sara Azcárate vivía en Barcelona. Según Leopoldo María Panero, se dedicaba al cine –tenía un guión hecho– y vino a verlo a Madrid.

[←*]
Pier Paul Schweitzer ocupó el cargo desde 1963 hasta 1973.

[←*]

En 1978 se proyectó en determinadas salas españolas *Ocaña, retrato intermitente*, de Ventura Pons. Es un testimonio filmado sobre el personaje sevillano, que en hora y media cuenta su biografía, exhibe su obra pictórica, canta, recita, reivindica desgarradamente su identidad: se confiesa.

[←*]

Sus bebidas predilectas son el whisky y la cerveza, las del color de la orina, según él.

[←*]

En carta dirigida a Paco Monge, Leopoldo retrata a Enrique Murillo como «un sujeto que opera en Barcelona […]. El sujeto en cuestión es –eraen efecto marxista, pese a ser una de las personas más inteligentes que he conocido, y quería "cambiar" a cierto grupo "desde dentro": ¿no te parece maravillosamente revelador?».

[←1]

Declaraciones por escrito de Mercedes Blanco, enviadas desde París el 7 de enero de 1996.

[←2]
*Ibid.*

[←3]

Extracto de carta manuscrita en nueve caras de las hojas de un bloc de gusanillo de 31 × 21, sin fecha.

[←4]

El título, en mayúsculas, está manuscrito; igual que las correcciones. El poema, mecanografiado.

[←5]

Leopoldo María Panero, «El Movimiento DADA, asesinado», *Triunfo*, número 682, 21 de febrero de 1976.

[←6]
La carta de dos folios mecanografiados no tiene fecha ni firma.

[←7]

Carta de dos folios mecanografiados, remitida desde Ibiza, número 35, y recibida por Antonio Martínez Sarrión el 22 de junio de 1976.

[←8]

«Deberíamos tener la certeza de que las cosas no tienen remedio y estar decididos, sin embargo, a modificarlas», Scott Fitzgerald (*The Crak-Up*). Esta es la cita que encabeza el siguiente poema del afrancesado Antonio Blanco: «Asistir sonriendo al festín del otoño / e invocar para ello la serenidad del sabio / (esa serenidad que le permitió a Baruch / poner una mosca en la tela de araña / y contemplar sonriendo el necesario desenlace, luego / buscar con paciencia la imposible fisura». Antonio hizo caso al consejo de Leopoldo María y quitó el cierre del paréntesis.

[←9]

No sucedió lo mismo en este otro poema: «Celestes devoran su pálida carne, / luz del otoño sobre un cuerpo joven / (doradas las hojas al viento en otoño) / Imposible entonces separar los párpados / o desentumecer los miembros, esa carne / que otros cuerpos devoran». Antonio no eliminó nada y dejó el poema tal y como se lo envió a Leopoldo.

[←10]

Un folio mecanografiado sin firma enviado desde Ibiza, número 35, a Antonio Blanco, calle de la Princesa, número 18. El matasellos del sobre indica 24 de junio de 1976.

[←11]

Tres poemas de Antonio Blanco –«Aguirre der Zorn Gottes (Werner Herzog)»– inspirados en la película del director alemán Werner Herzog, *Aguirre, la cólera de Dios* (1972), sobre la aventura amazónica del conquistador español Lope de Aguirre.

[←12]

Con matasellos de 18 de julio de 1976, la carta a Antonio Blanco, en la calle de la Princesa, número 18, fue remitida por Leopoldo María Panero desde Ibiza, número 35. *Solución* es el boletín de información cultural, distribuido por galerías de arte y librerías. *La Ilustración Poética Española e Iberoamericana* es la revista que dirige A.M. Sarrión.

[←13]
Declaraciones recogidas el 3 de noviembre de 1995 en casa de Chávarri.

[←14]

Declaraciones grabadas en el domicilio madrileño de Claudio Rodríguez el 27 de noviembre de 1995.

[←15]
Francisco Umbral, *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1994.

[←16]
*Star*, número 23, 1976.

[←17]

Eduardo Haro Ibars, «“El desencanto” y el ilusionismo», *Triunfo*, número 723, 4 de diciembre de 1976.

[←18]

Véase el más que interesante estudio de Túa Blesa, *Leopoldo María Panero, el último poeta*, Valdemar, Madrid, 1995.

[←19]
Extracto de dos folios mecanografiados sin fecha.

[←20]
Dos folios mecanografiados, sin fecha y sin firma.

[←21]

Octavi Martí, «El lento ocaso de la familia Panero», *El Viejo Topo*, número 1, octubre de 1976.

[←22]

Fernando Lara, «La “célula primaria del franquismo”», *Triunfo*, número 714, 2 de octubre de 1976.

[←23]

Fernando Lara, «Jaime Chávarri, la máscara y la realidad», *Triunfo*, número 720, 13 de noviembre de 1976.

[←24]
José Luis Guarner en *Cuadernos para el Diálogo*, 25 de septiembre de 1976.

[←25]

Carta mecanografiada con correcciones manuscritas en un folio sin fecha. Desconocemos dónde se halla el poema.

[←26]

Así lo confiesa Carlos Barral en «La visita del joven Panero», *Cuadernos para el Diálogo*, 5-14 enero de 1977.

[←27]

Carta mecanografiada de un folio, sin fecha y sin firma. Lo que Leopoldo María Panero refiere en la posdata son los sellos que cierran el libro descrito en el Apocalipsis de san Juan. El poeta aplica los siete pecados capitales a los siete sellos. Sin embargo, el séptimo pecado no es la lujuria, sino la pereza. El sexto es la ira.

[←28]

«Leopoldo María Panero nombra y recita los protagonistas de la revolución», entrevista de Biel Mesquida en el número 5 de *El Viejo Topo*, correspondiente a febrero de 1977.

[←29]
Carta manuscrita incompleta del 18 de febrero de 1977. Se conservan tres cuartillas escritas por las dos caras.

[←*]

Conchita Sitges, a su regreso a Barcelona en febrero de 1977, fue sometida a tratamiento psiquiátrico.

[←**]
*En lugar del hijo.*

[]

Vendieron su parte del viejo caserón de Astorga a las hermanas de Leopoldo Panero, igual que hicieron con la finca de Castrillo un poco antes de rodar *El desencanto*.

[←**]
Natividad Massanés hizo dos viajes a Madrid en un plazo de dos meses.

[←***]
José Saavedra, canario *under* afincado en París.

[←*]

Aunque incorrectamente escrito, la traducción sería: «He estudiado muchas cosas y no sirve para nada, es más simple que eso, todo consiste en ser sincero consigo mismo, es decir, con los otros, y con el cuerpo también, y con el cuerpo jamás lo he sido porque mi madre me ha robado el cuerpo en la calle de Ibiza, 35, que no existe (en París)».

[←*]

Con quien Mercedes no tiene una relación especial; lo conoce por razones familiares.

[←**]
Se refiere a Marta Sánchez Martín y a Carlos Castilla.

[←***]
Continúa con la idea de llevar a la pantalla el guión de Peter Pan.

[←*]

Sucedió en una plaza de Dublín el 18 de septiembre de 1937. Buscó asilo en el Jesuit College, cuyo superior estaba en retiro espiritual y se negó a recibirlo. Pero tal fue el escándalo que montó Antonin Artaud que los religiosos avisaron a la policía. Siguió una pelea en la que desapareció el bastón de san Patricio que el escritor llevaba en la mano. Lo apresaron durante seis días, hasta que la policía lo embarcó, escoltado, con destino a Francia. El bastón de san Patricio –patrón de Irlanda– fue la causa del trágico viaje a la isla del archipiélago británico. Se lo había regalado un amigo y tenía incrustados signos mágicos. Artaud lo exhibía en todas partes y le hizo colocar una contera para golpear violentamente los adoquines y sacar chispas de ellos.



Mercedes tenía acceso a Jacques Lacan como cualquier otro paciente que visitara su consulta.

[←*]
El mallorquín Francisco Monge tradujo *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*.

[←**]

Marta Sánchez Martín, novia de Carlos Castilla; de la pandilla de Antonio Blanco, hermano de Mercedes.

[←*]

Donde su madre le dejaba el gazpacho que él bebía a morro aun con aspecto putrefacto. O el zumo de tomate.

[←*]
Héctor Bianciotti, escritor argentino, crítico literario de *Le Nouvel Observateur*.

[←*]
Este poema no formó parte de *Narciso*…

[←*]

Corresponsable de «arteFACTO», Rivas está vinculado al grupo fundacional de Buades. En *Disco Exprés* firma como El Tramposo de Sevilla.

[<-*]

Émile Zola llevó a cabo una de las más célebres campañas de prensa con el artículo «J'Acuse…!», aparecido el 13 de enero de 1898 en el diario *L'Aurore*. El texto defendía al inocente Alfred Dreyfus, oficial francés acusado de traición, condenado a cadena perpetua y deportado. Zola, con la carta abierta al presidente de la República –«¡Yo acuso…!»–, denunció el proceso ante la opinión pública. Aunque Dreyfus fue amnistiado, jamás se le declaró inocente.

[←1]

Carta manuscrita incompleta sin fecha. Solo disponemos de dos cuartillas escritas por ambas caras.

[←2]
Soledad Puértolas, «En lugar del terror», *Triunfo*, número 739, 26 de marzo de 1977.

[←3]
Dos cuartillas manuscritas por ambas caras sin fecha.

[←4]
Carta incompleta, de un folio mecanografiado, sin fecha.

[←5]

Biel Mesquida y Leopoldo M. Panero, «Gil de Biedma o la palabra sentida, sufrida y gozada», *El Viejo Topo*, número 7, abril de 1977.

[←6]
Según el testimonio de Ana María Moix, recogido el 24 de julio de 1995.

[←7]

Un folio mecanografiado sin fecha. La posdata está manuscrita en mayúsculas. El poema «Eve», dedicado «A Mercedes, por el hilo que la une al secreto», fue publicado por Antonio Zaya en *El Día* el 31 de octubre de 1976.

[←8]

Declaraciones de Andrés Trapiello recogidas por teléfono el 18 de octubre de 1995.

[←9]

Testimonio de María Luisa (Marava) Domínguez Torán recogido el 19 de julio de 1995.

[←10]

Prólogo de Rafael Franquelo, Ediciones Independientes, Las Palmas, mayo de 1977.

[←11]
Publicado en *El Día*, 31 de octubre de 1976.

[←12]
Argos Vergara, Barcelona, 1977.

[←13]
Extracto de una larga carta mecanografiada e incompleta, sin fecha.

[←14]

Fragmento de la carta manuscrita, fechada en Barcelona el 11 de enero de 1978 y firmada por Rossend Arqués.

[←15]
Carta de un folio mecanografiado sin fecha.

[←16]

Declaraciones recogidas en el manicomio de Mondragón el 11 de enero de 1996 y el 27 de abril del mismo año.

[←17]

Suplemento de la revista *Arteguía*, número 38-39, correspondiente al verano de 1978. El boletín, de 8 a 12 páginas tamaño cuartilla de color rosa y de caracteres mecanográficos, comenzó a editarse en noviembre de 1976. En febrero de 1978 se incorporaron Pancho Ortuño y Andrés Trapiello.

[←18]
«arteFACTO», sección de *Arteguía*, número 40, octubre de 1978.

[←19]

Tenemos conocimiento de dos versiones: «Yo acuso» y «Yo acuso (II)»; cada una de dos folios, sin fechas y firmadas.

[←20]

Escrito de Leopoldo María Panero sin fecha y firmado en Alonso Castrillo, 24, 3.º 6.

[]

Continúa con el situacionismo y publica «Masa y molécula. Política de situación y clase obrera» en el número 28, correspondiente a febrero de 1979.

[←*]
Núcleo de Radio Futura.

[←*]
Rafael Monzón, ya fallecido.

[←*]
Søren Kierkegaard firmó como Johannes de Silentio su obra *Temor y temblor*.

[←**]

Como ya le escribió Leopoldo María Panero en 1976, Mercedes Blanco quedó por él homologada como Zelda Sayre, la mujer de Scott Fitzgerald. En el poema «Schekina» también hay unos versos donde Mercedes figura de manera elíptica.

[←***]
Recuerda aquella dedicatoria que en 1974 Octavio Paz le escribió al novísimo: «A Leopoldo María Panero, poeta mago».

[]

Miriam Moreno fue miembro de Aguaviva, grupo compuesto en 1969 por jóvenes universitarios que participaron en el Festival de San Remo, fuera de concurso, en las ediciones de 1971 y 1972. También formó parte de los orígenes de Radio Futura. En la actualidad es la mujer de Andrés Trapiello. Leopoldo nunca logró hacer de Miriam la viuda del poema.

[←**]

Leopoldo lo escribe con be. María Luisa Domínguez Torán, Marava, lo escribe con uve.


[←*]

Según Leopoldo, su abuelo materno descubrió, estudiando su árbol genealógico, que era descendiente de Fray Bartolomé de Las Casas.

[]

Enrique González Duro era el responsable del Hospital de Día de la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco, creado en junio de 1973.

[←*]

En El Sol se estrenó Nacha Pop, quienes inauguraron toda una serie de conciertos. También allí se presentaron Zombies y Mamá; y por su escenario desfilaron Alaska y los Pegamoides, Las Chinas, Los Bólidos, Paraíso, Ejecutivos Agresivos, Ella y Los Neumáticos, Los Monaguillos, Los Negativos, El Aviador Dro y sus Obreros Especializados, Los Elegantes, Los Flequillos…

[←*]

Los terapeutas asisten sin su uniforme distanciador, sin las distintivas batas blancas.

[←**]
Durante las sesiones de psicodrama las tensiones emocionales llegaban a alcanzar un alto grado.

[←***]
Terapia ocupacional.

[←****]

Castillo del siglo XVI, junto al río Loira, a ciento ochenta kilómetros de París, transformado en clínica, donde trabajó Félix Guattari.

[←*****]

En el régimen manicomial se utilizaban correas de cuero para sujetar al paciente durante la crisis.

[←*]
Muerta en accidente de coche en junio de 1977.

[←**]

«Un chulito que tenía dieciocho años o así», según Leopoldo María Panero, 11 de enero de 1996.

[←***]
Alicia Ruiz Tormo.

[←*]
Cuyo título original es *High Sierra*, de Raoul Walsh.

[←**]

Coeditado por la Asociación Cultural de Estudiantes de Filosofía y Francisco Rivas Editor, dentro de la colección Cuadernos de la Aventura, Madrid, 1980.

[←*]

El manifiesto, de diez puntos, apareció sin firma en el número 47 (agosto de 1980).

[]

Fue la última muestra de pintura de vanguardia que hizo Pancho Ortuño. Hoy es pintor tradicional y restaurador de iglesias.


[←*]

El año anterior el autor de *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España* recibió el Premio Nacional de Literatura en la modalidad de ensayo.

[←*]
En la mesa también se encontraban Eduardo Galeano y Joaquín Ruiz Giménez.

[←1]

*Dylan Thomas*, Ediciones Felmar, colección La Fontana Literaria, Madrid, febrero de 1979.

[←2]
Declaraciones recogidas el 27 de noviembre de 1995.

[←3]
Ya publicado por Antonio Zaya el 31 de octubre de 1976 en *El Día*, de Tenerife.

[←4]

Declaraciones por escrito de Guillermo Carnero, enviadas desde Alicante con fecha 18 de noviembre de 1995.

[←5]
Tres folios mecanografiados y firmados por Leopoldo María Panero, sin fecha.

[←6]

Francisco Rivas, «Conversación con Leopoldo Panero», «Sábado Literario», suplemento semanal del diario *Pueblo*, 27 de octubre de 1979.

[←7]

Declaraciones por escrito de Guillermo Carnero, enviadas desde Alicante con fecha de 18 de noviembre de 1995.

[←8]

Declaraciones por escrito de Félix de Azúa, enviadas desde Barcelona con fecha de 17 de noviembre de 1995.

[←9]
*Ibid.*

[←10]
*Ibid.*

[←11]

Del historial clínico de Leopoldo María Panero. Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco. Servicio de psiquiatría.

[←12]

«Leopoldo exageraba. Me acusó de haberle puesto electrochoques. No he puesto electrochoques desde que terminé la carrera –y me obligaron–. No he vuelto a poner en mi vida» (declaraciones de Enrique González Duro recogidas el 19 de septiembre de 1995).

[←13]

Cuatro folios mecanografiados con el título «El último manicomio», firmado por Leopoldo María Panero.

[←14]

Francisco Rivas, «Conversación con Leopoldo Panero», «Sábado Literario», suplemento semanal del diario *Pueblo*, 27 de octubre de 1979.

[←15]
*Ibid.*

[←16]
«Los novísimos a la cátedra», Juan Manuel Rozas, *El País*, 25 de noviembre de 1979.

[←17]

*Joven poesía española*, antología seleccionada por Concepción G. Moral con introducción de Rosa María Pereda, Ediciones Cátedra, Madrid, 1979. Los autores que conforman la obra son Antonio Martínez Sarrión, Jesús Munárriz, José María Álvarez, José Luis Giménez Frontín, Félix de Azúa, José Miguel Ullán, Pere Gimferrer, Marcos Ricardo Barnatán, Antonio Colinas, Vicente Molina Foix, Jenaro Talens, José Luis Jover, Guillermo Carnero, Leopoldo María Panero, Luis Alberto de Cuenca, Jaime Siles y Luis Antonio de Villena. De Leopoldo María Panero hay doce poemas: «Homenaje a Dashiell Hammett», «Go Down, Moses», «La Metamorfosis», «Unas palabras para Peter Pan», «Blancanieves se despide de los siete enanos» y «Caen al río los bateleros del Volga», de *Así se fundó Carnaby Street*; «El canto del llanero solitario», «Pasadizo secreto», «Le dernière voyage de Napoleón», «Homenaje a Catulo», «Maco» y «Marqués de Sade», de *Teoría*.

[←18]

Guillermo Carnero, «No dar pie con bola», «Sábado Literario», suplemento del diario *Pueblo*, 12 de enero de 1980.

[←19]
*Ibid.*

[←20]
*Ibid.*

[←21]

*Ibid.*

[←22]
Ediciones Libertarias, Madrid, 1979.

[←23]
Editorial Ayuso, colección Endymion, Madrid, 1980.

[←24]

Declaraciones de Jesús Moya recogidas telefónicamente el 17 de noviembre de 1995.

[←25]

Así se lo cuenta a J. Domínguez Lasierra en «Leopoldo María Panero: la literatura como alternativa a la vida», *Turia*, 6-7, 1987.

[←26]

Nueve aforismos para un neojoven», José Ángel Valente, *El País*, 17 de febrero de 1980.

[←27]
*Ibid*.

[←28]

*Ibid*.

[←29]

Así lo expresa Leopoldo María Panero en *Solo se vive una vez. Esplendor y ruina de la movida madrileña*, José Luis Gallero, Ardora Ediciones, Madrid, 1991.

[←30]
Las Ediciones de la Banda de Moebius, Madrid, 1980.

[←31]
Declaraciones de Iván Zulueta recogidas por teléfono el 5 de junio de 1997.

[←32]
«Sábado Literario», *Pueblo*, 28 de junio de 1980.

[←33]

J. Domínguez Lasierra, «Leopoldo María Panero: la literatura como alternativa a la vida», *Turia*, 6-7, 1987.

[←34]
*Los Cuadernos del Norte*, número 0, enero-febrero de 1980.

[←*]
Declaraciones grabadas el 25 de noviembre de 1995.

[←*]

En el número 8-9, correspondiente a febrero de 1982, publica «Historia de la brujería y el satanismo».

[←**]
Número 13, volumen 2, 1981.



Las Chinas, el primer grupo femenino de rock de la movida madrileña, grabaron dos singles. El que las popularizó fue *El hombre salvaje*, 1980.

[←*]

Pertur es el nombre de guerra –Perturbador– del militante de ETA Eduardo Moreno Bergareche, misteriosamente desaparecido a finales de julio de 1976.

[←*]
Apodada el Palo por Felicidad Blanc.




Es decir, Joaquín Lledó, entonces marido de Juliette Schweitzer; dedicado al cine, firmaba como Joaquín Noesí, de ahí el chiste. En la actualidad es el redactor jefe de *Álbum*.

[←**]
Tan aparatoso apelativo corresponde a su carnal Poppy.

[←***]

Antonio Zaya era el responsable de la edición de «Subterráneo», sección cultural de *La Provincia*, de Las Palmas.

[←*]

Eduardo, colaborador de la revista, retrató a una serie de personajes caprichosamente elegidos por él, entre los que estaba Leopoldo María Panero. Eduardo Haro Ibars, «Retratos al desgaire. Leopoldo María Panero», «La Luna en las ciudades», número 4, suplemento de *La Luna de Madrid,* enero de 1985.

[<-*]

El hospital de Santa Águeda es un antiguo balneario a los pies del macizo del Amboto. El 8 de agosto de 1897, cuando Antonio Cánovas del Castillo –El Monstruo– se hallaba plácidamente leyendo el periódico en uno de los bancos del recinto, un anarquista italiano, Angiolillo, le disparó tres tiros a quemarropa, tratando de vengar a las víctimas de los procesos de Montjuïc, donde más de un centenar de anarquistas catalanes fueron condenados a destierro, prisión y muerte por un atentado en Barcelona, producido al paso de una procesión religiosa en la que fallecieron seis personas.

[←1]

«Memorias de Fidel Castro y el poeta bebedor» son los recuerdos por escrito del periodista Paco Audije –avecindado en Leganés– que nos hizo llegar en abril de 1997.

[←2]

Declaraciones de Baldomero Montoya Triviño, jefe del Servicio de la Unidad Residencial del Instituto de Salud Mental José Germain, recogidas el 12 de julio de 1995.

[←3]

Declaraciones de Manuel Desviat, director gerente del Instituto Psiquiátrico José Germain de Leganés, grabadas el 27 de febrero de 1996.

[←4]
Declaraciones recogidas el 12 de julio de 1995.

[←5]

*Márgenes*, 3, invierno de 1981-1982. El texto, muy en la onda situacionista, corresponde a una conferencia pronunciada en la Universidad Autónoma de Madrid, adonde lo llevaron Javier Barquín y Margarita Palacios.

[←6]

Leopoldo María Panero, «Dolor real y sufrimiento imaginario», *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, número 3, enero-abril de 1982.

[←7]
Editorial Ayuso, colección Endymion, Madrid, 1982.

[←8]
Dos folios mecanografiados sueltos, sin fecha y sin firma, cedidos por el doctor Manuel Desviat.

[←9]
*Op. cit.*

[←10]
Emitido en la primera cadena de Televisión Española el 6 de agosto de 1983.

[←11]

Borja Casani y José Tono Martínez, «El último intelectual que se comió el tarro. Leopoldo Panero. Sanatorio de Ciempozuelos», *La Luna de Madrid*, número 1, noviembre de 1983.

[←12]

Eduardo Haro Ibars, «El “caso Panero”», *Diario 16*, 26 de febrero de 1984. Artículo complementario de la entrevista que José Luis Gallero le hace a Leopoldo María Panero en una de sus salidas del psiquiátrico.

[←13]
Leopoldo María Panero, «Necrifilia (prosa)», de *El que no ve*.

[←14]

Libro realizado con una ayuda a la creación literaria, correspondiente al año 1982, del Ministerio de Cultura, ilustraciones de Roberto Díez, Ediciones Libertarias, colección Pluma Rota, Madrid, 1984.

[←15]

*La Luna de Madrid*, número 5, marzo de 1984.

[←16]

Ediciones Libertarias, colección Pluma Rota, Madrid, 1984. Ilustraciones de Miguel Mansanet.

[←17]
Leopoldo María Panero, «Acerca de la literatura», *El País*, 20 de junio de 1984.

[←18]

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de León, en su revista *Estudios Humanísticos Filología*, número 6 (1984), publica una separata con ese trabajo de Julia Barella Vigal.

[←19]
Irene Marina, *El cisne negro*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1984.

[←20]

Rosa Montero, «Leopoldo María Panero. La larga herida», *El País Semanal*, número 386, 2 de septiembre de 1984.

[←21]
Emitido en la segunda cadena de Televisión Española el 30 de enero de 1985.

[←22]
Ediciones Libertarias, Nueva Narrativa Española, Madrid, 1985.

[←23]

«Siete poemas», Leopoldo María Panero, *Con Dados de Niebla*, 2 de junio de 1985. Dos poemas en inglés y uno en italiano acompañan a los cuatro restantes.

[←24]
*La Luna de Madrid*, número 20, julio-agosto de 1985.

[←25]

Emitido en la primera cadena de Televisión Española el 27 de julio de 1985.

[←26]
Ediciones Libertarias, Madrid, 1985.

[←27]

Leopoldo María Panero, «Balada de la cárcel de Reading o de la jaula de Pound», 10 de enero de 1986.

[←28]

*La Luna de Madrid*, número 25, febrero de 1986.

[←29]
Visor Libros, Madrid, 1986.

[←30]

J. Domínguez Lasierra, «Leopoldo María Panero: la literatura como alternativa a la vida», *Turia*, 6-7, 1987.

[←31]

Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias, dirigida por el ilustre polígrafo Juan Cueto Alas, monografía número 3.

[←32]
Declaraciones por escrito de Guillermo Carnero del 18 de noviembre de 1995.

[←33]

Leopoldo María Panero, «Nadie sabe vivir», *Diario 16*, 15 de junio de 1986. Respuesta a Javier Sádaba, autor del libro *Saber vivir*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1984.

[←34]
Número 12; verano de 1986. «La tea humana», de *El que no ve* y «ETA militarra».

[←35]
«Cartas al director», 14 de septiembre de 1986.

[←36]
Editorial Planeta, colección Documento, Barcelona, 1986.

[←37]

Declaraciones por escrito del 28 de noviembre de 1995 enviadas desde Barcelona.

[←38]
Número 38, correspondiente a octubre de 1986.

[←39]
Carta de un folio mecanografiado; sin fecha, en lamentable estado.

[←40]

Carta publicada en *Malvís*, número 2, Madrid, 1988. Pliegos de creación dirigidos por Ángel Guinda.

[←41]

Un folio mecanografiado sin fecha y sin firma. La supresión de un par de líneas se debe al deterioro de la carta, que las hace ilegibles. La traducción más aproximada de las líneas finales sería: «Como una tía sola desde una tía-colina, desde el naufragio de Europa, *ego escriptor*».

[←*]
Leopoldo le llamaba Mamá Lou porque le cuidaba y le ayudaba mucho.

[←*]
Es la primera vez que escribe su nombre con uve.

[←**]

Posteriormente, la joven, en una crisis depresiva motivada por un amor no correspondido, se lanzó al vacío desde un tercer piso, en Madrid. Tras pasar un mes en coma y con dos ataques de meningitis, en la actualidad es hemipléjica. Incapacitada para hablar, tan solo puede balbucear alguna palabra.

[←*]

Tres años después, en un acto más de injusticia, Leopoldo María Panero declaró: «Tenía un sucedáneo de tutor que me puso mi madre que era siniestro, que iba diciendo por ahí que yo era hijo adoptivo y que… mentiras por el estilo: ese hombre era ridículo […]. Era un licenciado en Filosofía Clásica. Que en paz descanse… se me asignó para que no bebiese, pero nos agarrábamos unas curdas impresionantes. Era un gilipollas» (José María Gutiérrez, «Leopoldo María Panero, desde la soledad de su encierro: "Los locos no existen y yo no quiero ser carne de manicomio"», *Interviú*, número 759, 26 de noviembre-2 de diciembre de 1990).

[←*]
También adaptado por Antonin Artaud.

[←*]
Obra de Stevenson de la que Artaud hizo una adaptación.

[←*]

Centro de arte de la Diputación de Guipúzcoa que funciona como lugar de investigación y experiencia sobre las nuevas formas de arte y literatura.

[←1]

Ana Rioja, «Viaje de ida y vuelta al mundo de los locos», *El Día de Aragón*, 25 de febrero de 1987.

[←2]
Número 41, marzo-abril de 1987.

[←3]
Un folio sin fecha ni firma ni encabezamiento.

[←4]
Ediciones Hiperión, Madrid, 1987.

[←5]

Ilustrado por José Eguiagaray, Ediciones Libertarias, colección Nuncajamás, Madrid, 1987.

[←6]

Así se lo dice a J. Domínguez Lasierra en «Leopoldo María Panero: la literatura como alternativa a la vida», *Turia*, 6-7, 1987.

[←7]
Miguel Casado, «Crepúsculo activo», *El Urogallo*, número 20, diciembre de 1987.

[←8]
*El País*, 28 de enero de 1988.

[←9]

Leopoldo María Panero, «Dos muertos en vida. Epitafio y sentencia para una democracia muerta (Sobre Santiago Auserón y yo)», en «El nido del cuco», *ABC*, 11 de junio de 1988.

[←10]

Leopoldo María Panero, «Epitafio para Eduardo Haro Ibars», en «Culturas», *Diario 16*, 3 de septiembre de 1988.

[←11]
Juan Carlos Suñén, «Veinte años de mudanza», *El País*, 23 de octubre de 1988.

[←12]
En *Diario 16*, el 29 de octubre de 1988, y en *ABC*, el 1 de octubre de 1988.

[←13]

J. Benito Fernández, «Leopoldo María Panero, seguro de haber muerto», número 52, diciembre de 1988-enero de 1989.

[←14]

Leopoldo María Panero, «Amontillado task», en «El nido del cuco», *ABC*, 7 de enero de 1989.

[←15]

Jean-Louis Brau, *Biografía de Antonin Artaud*, Anagrama, Barcelona, 1972. J. Durozoi, *Artaud: La enajenación y la locura*, Guadarrama, Madrid, 1975.

[←16]
*Turia*, número 11, mayo de 1989.

[←17]
Número 4, Madrid, 1989.

[←18]

Hiperión, Madrid, 1989. *Globo rojo* es la revista donde se expresan los enfermos de Santa Águeda, distribuida entre los vecinos de Mondragón.

[←19]

Víctor Crémer, «Entrevista a Leopoldo María Panero. Figuras de la pasión», *Combate*, número 478, 6 de julio de 1989.

[←20]

Concha R. Minguela, «Solo me preocupa que mi cadáver quede lo más limpio posible», *Interviú*, número 688, 18 de julio de 1989.

[←21]
Rafael Conte, «Cómo salir de los novísimos», *El País*, 20 de agosto de 1989.

[←22]

Eneko Fraile, «El poeta solo. Entrevista con Leopoldo María Panero», *Quimera*, número 93, octubre de 1989.

[←23]

Leopoldo María Panero, «La poesía de Pere Gimferrer», en «El nido del cuco», *ABC*, 4 de marzo de 1989. A Bocángel, Panero se empeña en añadirle la preposición «de».

[←24]
*ABC*, 10 de febrero de 1990.

[←25]
Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1990.

[←26]
*El País*, 1 de julio de 1990.

[←27]

Lola Díaz, «Leopoldo María Panero. Me gustaría ser millonario y acostarme con princesas», *Cambio 16*, número 978, 20 de agosto de 1990.

[←28]

El 13 de enero de 1990 repite «La otra vivencia. Nijinsky y Artaud», publicado el 15 de abril de 1989. El primero de septiembre de 1990 reproduce «El misterio de la desaparición de la ética o el sello de la carta robada», divulgado el 2 de junio de 1990 en la misma sección.

[←29]

Feliciano Fidalgo, «Leopoldo María Panero, poeta: “Suicidarse es creer en la vida”», *El País*, 30 de septiembre de 1990.

[←30]
Entrevista de Lola Díaz, *Cambio 16*, 20 de agosto de 1990.

[←31]

*Véase* Alfredo Saldaña, «Las cenizas de la rosa: una figura de mujer, la madre, en la poesía de Leopoldo María Panero», *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Contemporánea*, tomo I: «La mujer: elogio y vituperio», Banco Zaragozano, 1994.

[←32]
Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1990.

[←33]
Olifante Ediciones de Poesía, Madrid, 1990.

[←34]
Un folio mecanografiado sin fecha.

[←35]

Leopoldo María Panero. «Acerca del yo y del otro», en «El nido del cuco», *ABC*, 11 de marzo de 1989.

[←36]
Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán, Ediciones Endymion, Madrid, 1991.

[←37]
Un folio mecanografiado. Mondragón, 17 de junio de 1991.

[←38]
Los Infolios, Valladolid, 1991.

[←39]
Un folio mecanografiado. Mondragón, 8 de noviembre de 1991.

[←40]
*El Mundo*, 10 de noviembre de 1991.

[←41]
Andrés Trapiello, «El *fiat* de Verlaine», *El País*, 30 de noviembre de 1991.

[←42]

Andrés Trapiello, «Sin testigo (Artículo de costumbres)», *Reloj de arena. Revista de literatura*, Oviedo, número 1; 1 de diciembre de 1991.

[←43]

Emitido el 14 de enero de 1992 en la segunda cadena de Televisión Española, era un espacio dedicado a escritores madrileños o afincados en Madrid capital, donde también dedicaron atención a Javier Barquín.

[←44]
Ediciones Destino, Barcelona, 1992.



[←*]

Leopoldo ha ofrecido el libro al antiguo socio de Huerga, Carmelo Martínez, que regenta Ediciones Libertarias/Prodhufi desde 1987. Huerga gobierna Ediciones Libertarias.

[←*]
Según Leopoldo María Panero, Michi es su tutor.

[←*]
Posteriormente cónsul de España en Dakar (Senegal).




Ricardo pensó que nadie se enamoraría de este título y se lo puso porque no era nada comprometedor, pero a él nunca le convenció del todo.

[←**]
Personaje de ficción que representa a un prototípico anciano catalán.

[←1]
Ediciones Libertarias/Alejandría Editores, Madrid, 1992.

[←2]
Ilustraciones de Paz Isla, Ediciones Libertarias, Madrid, 1992.

[←3]
Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.

[←4]

Manuel Llorente, «Leopoldo M. Panero. Ni drogas, ni alcohol. Escribo para defenderme», *El Mundo*, 11 de abril de 1992.

[←5]

Julio Flor, «Leopoldo María Panero. Ya no tengo público para hacer mis trucos de oligofrénico», *Tribuna*, 27 de abril de 1992.

[←6]
Un folio mecanografiado. Mondragón, 29 de abril de 1992.

[←7]
Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.

[←8]
Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.

[←9]
Ediciones Casset, Madrid, 1992.

[←10]
Ediciones Cátedra, Madrid, 1992.

[←11]

Número 38. Se acabó de imprimir en Madrid el 7 de julio de 1992. Director: Chiqui Abril.

[←12]
Número 4 de la nueva serie, 51.ª edición, 1992.

[←13]

Ignacio Carrión, «Fin de semana con Leopoldo Panero», fotografía de Luis Alberto García, *El País*, 13 de septiembre de 1992.

[←14]
Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.

[←15]
Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.

[←16]

Pilar Íñigo, «Leopoldo María Panero: “La poesía me llevó a la destrucción”», *Panorama*, número 295, 18 de enero de 1993.

[←17]
Anagrama, Barcelona, 1993.

[←18]

Número 5, 1993, Astorga (León). Boletín del Centro de Estudios Astorganos Marcelo Matías.

[←19]

Carta enviada desde Mondragón el 26 de junio de 1993. *El discurso del cuerdo* es un volumen de veinticuatro lúgubres cuentos cortos que el canario avecindado en Leganés publicó sombríamente ilustrado por él mismo en Ediciones Gasset, Madrid, 1992. También proyectaba un libro de grabados sobre la Pasión de Cristo que pretendía acompañar con poemas.

[←20]

Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1993.

[←21]

*Revue d'errance, littérature, art et poésie de tous horizons*, noviembre de 1993, número 20, periódico trimestral.

[←22]
Ediciones Libertarias, Madrid, 1993.

[←23]
«El otro lado de la realidad», *El País*, 12 de febrero de 1994.

[←24]

J. L. Azkárate, «Leopoldo María Panero presenta en Mondragón versos de su nueva obra», *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, 11 de marzo de 1994.

[←25]
Marisa Perales, «Leopoldo Panero. Los locos somos los chivos expiatorios de la sociedad», *Tiempo*, 21 de marzo de 1994.

[←26]
*Ibid.*

[←27]
Luis Antonio de Villena, *El tártaro de las estrellas*, Pre-Textos, Valencia, 1994.

[←28]
Lumen, Barcelona, 1994.

[←29]
*Maison de la Poésie*, Nord y Éditions du Noroît, Pas-de-Calais y Quebec, 1994.

[←30]

*Presses universitaires de Lyon*, edición bilingüe francés-español de Pedro Provencio, 1994.

[←31]
Extra Domingo, 3 de julio de 1994.

[←32]
Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1994.

[←33]
Elvira Huelbes, «Qué se hizo de nosotros», *El Mundo*, 17 de septiembre de 1994.

[←34]
Declaraciones recogidas el 27 de abril de 1996 en San Sebastián.

[←35]

Vicente Molina Foix, «Después de tantos años. Una película de terror», *Fotogramas*, número 1.818, abril de 1995.

[←36]

*Número* 6/7, *Maison de la Poésie*, boletín de información poética de Nord, Pas-de-Calais.

[←37]

Guillermo Padilla, «Leopoldo M. Panero: ¿El último maldito?», número 74, otoño de 1994.

[←38]
*Cuadernos de Crítica de la Cultura*, número 17, otoño de 1994.

[←39]
*Revista Literaria de la Tierra Estella*, número 17, noviembre de 1994.

[←40]
Número 18-19/1994. Invierno.

[←41]
Tusquets Editores, colección Marginales 136, Barcelona, 1994.

[←42]
Visor Libros, Madrid, 1994.

[←43]

Ediciones Libertarias, Madrid, 1995. La nueva edición, en distinta editorial, está ampliada con nuevos poemas y nuevos grabados.

[←44]
Anagrama, Barcelona, 1995.

[←45]

Julio Flor, «Leopoldo María Panero. «Estoy loco, pero por largarme del manicomio»», *Tribuna*, 27 de febrero de 1995.

[←46]
Ed. Dunod, colección Lettres supérieures, littératures espagnoles, 1995.

[←47]
Ed. Actes Sud, 1995.

[←48]
Editorial Renacimiento, Sevilla, 1995.

[←49]
Número 5, primavera de 1995.

[←50]
Número 3, 1995.

[←51]
Valdemar Ediciones, El Club Diógenes, Madrid, 1995.

[←52]

Francisco Umbral, *Diccionario de literatura. España 19411995: De la posguerra a la posmodernidad*, Planeta, Barcelona, 1995.

[←53]
Francisco Lucio, «Un poeta bendito», *Quimera*, número 139, septiembre de 1995.

[←54]

Jesús María Carrazón y Berta Ares, «Estoy escribiendo un himno a la Falange», *Interviú*, número 1.013, 25 de septiembre-1 de octubre de 1995.

[←55]

María Bengoa, «Me prostituyo para salir del manicomio un ratito», *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, 8 de octubre de 1995.

[←56]
Número 179, octubre de 1995.

[←57]
Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1995.

[←58]
Ed. Presses Universitaires de Rennes, 1996. En español.

[←59]
Número 101; Viena (Austria), diciembre de 1995.

[←1]

Declaraciones de Rafael Inglott Domínguez, grabadas en magnetófono el 19 de octubre de 2021.

[←2]

Gorka Dúo, «¡Panero no mates más!», *Ajoblanco*, número 101, noviembre de 1997.

[←3]
Número 113, diciembre de 1997.

[←4]

«Leopoldo María Panero: La psiquiatría es el doble supersticioso de la locura», 18 de junio de 1998.

[←5]
Número 16, julio-agosto 1998.

[←6]
Número 137, marzo 1998.

[←7]
Testimonio por escrito de José Águedo Olivares, el 12 de septiembre de 2021.

[←8]
Número 186, diciembre 1999.

[←9]
Número 28, julio-agosto de 2000.

[←10]
Testimonio por escrito de Orestes Romero, el 30 de octubre de 2021.

[←11]

Carlos Aganzo, «José Noriega. Poéticas de palo», *ABC Cultural*, 31 de diciembre de 2021.

[←12]

Testimonio de Sebensuí Álvarez Sánchez, en correo electrónico del 9 de septiembre de 2021.

[←13]
*La Provincia*, 4 de octubre de 2001.

[←14]

*El País*, suplemento «Babelia», 27 de octubre de 2021. Entrevista de Javier Rodríguez Marcos.

[←15]

Sonia Mauricio Subirana, «El poeta ante la cámara», suplemento «Cultura» de *La Provincia*, 10 de enero de 2002.

[←16]

Testimonio por escrito de Orestes Romero, el 12 de diciembre de 2021.

[←17]
*Ibid.*

[←18]

*Ibid.*

[←19]
*Ibid.*

[←20]
Luis Antonio de Villena, «La parte maldita», *El Periódico*, 21 de marzo de 2003.

[←21]
Declaraciones recogidas en magnetófono el 19 de octubre de 2021.

[←1]
Testimonio por escrito de Orestes Romero, el 12 de diciembre de 2021.

[←2]
Correo electrónico de Concha Pérez Rojas del 16 de octubre de 2021.

[←3]

*Cambio 16*, número 1.668, 24 de noviembre de 2003.

[←4]
Testimonio de Félix J. Caballero, en correo electrónico del 16 de septiembre de 2021.

[←5]

«Yo soy un poema de mi padre», entrevista de Ángeles López a Leopoldo María Panero, «Caballo Verde», suplemento de libros y arte de *La Razón*, 10 de diciembre de 2004.

[←6]
*Ibid.*

[←7]
Alicia González, número 154, julio-agosto de 2004.

[←8]

Testimonio de Sebensuí Álvarez Sánchez, en correo electrónico del 12 de febrero de 2022.

[←9]

Testimonio por escrito de Carlos Ann, en correo electrónico del 15 de diciembre de 2021.

[←10]

Testimonio por escrito de Fernando Herrera, en correo electrónico del 19 de diciembre de 2021.

[←11]

Bruno Montané Krebs, «Un perro y un sol para Leopoldo María Panero. Breve crónica de un viaje a Chile», *El estado mental*, 4, septiembre 2014, en <https://elestadomental.com/revistas/num4/un-perro-y-un-sol-para-leopoldo-maria-panero>.

[←12]

*Ibid.*

[←13]
*Ibid.*

[←14]

Bruno Montané Krebs, «Anotaciones sobre un viaje con Leopoldo María Panero a Santiago de Chile (noviembre de 2004)», *Medio Rural*, 20 de abril 2016, en <http://mediorural.cl/anotacionessobre-un-viaje-con-leopoldo-maria-panero-a-santiago-de-chile-noviembre-de-2004/>.

[←15]
Correo electrónico de Bruno Montané del 3 de enero de 2022.

[←16]
Testimonio de Carlos Ann, en correo electrónico del 15 de diciembre de 2021.

[←17]

«Empezábamos a conocernos y, además, nuestros estilos eran casi opuestos. Fue una tarea de años de asiduo esfuerzo de reflexión el aprender a escribir en consonancia con sus versos, de manera que el resultado fuese un todo armonioso. La consecuencia de ese empeño debería juzgarse, en justicia, solo desde la publicación de *La tempesta di mare* (2009), una vez superadas la mayoría de las dificultades», correo electrónico de Félix J. Caballero del 17 de septiembre de 2021.

[←18]

*Ibid.*

[←19]
Testimonio por escrito de José Águedo Olivares, el 12 de septiembre de 2021.

[←20]

Testimonio por escrito de Ianus Pravo, en correo electrónico del 10 de octubre de 2021.

[←21]

Luis Antonio de Villena, *Lúcidos bordes de abismo. Memoria personal de los Panero*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2014.

[←22]

*La Provincia*, 21 de julio de 2005.

[←23]

Testimonio por escrito de Félix J. Caballero, en correo electrónico del 23 de septiembre de 2021.

[←24]
Cortesía de Blanca Fernández, hoy mutada en Blanca Morel.

[←25]

Testimonio de Sebensuí Álvarez Sánchez en correo electrónico del 14 de octubre de 2021.

[←26]
Bruno Galindo, *Toma de tierra*, Libros del K.O., Madrid, 2021.

[←27]

Blanca Fernández: «Leopoldo María Panero: "… Y yo era feliz, y no estaba muerto"», *Fábula*, número 23, otoño-invierno de 2007.

[←28]
*El Cultural*, 1 de noviembre de 2007.

[←1]
*Leer*, número 190, marzo de 2008.

[←2]

Testimonio por escrito de Félix J. Caballero, en correo electrónico del 6 de octubre de 2021.

[←3]

Declaraciones de Antonio Huerga, en conversación telefónica el 16 de octubre de 2021.

[←4]

Testimonio por escrito de Félix J. Caballero, en correo electrónico del 16 de octubre de 2021.

[←5]
Lance grabado en vídeo por Antonio Benicio Huerga.

[←6]

Testimonio por escrito de Ianus Pravo, en correo electrónico del 10 de octubre de 2021.

[←7]

Enviado por Arturo Mantecón en correo electrónico del 22 de enero de 2022. Panero escribió a mano y a máquina hasta el final de sus días y siempre fue un lego para la informática.

[←8]

Testimonio por escrito de Sergio Sánchez Bustos, en correo electrónico del 27 de noviembre de 2021.

[←9]
Testimonio telefónico de Luis Artigue el 17 de enero de 2022.

[←10]

Henar Galán, *Yo maté a Leopoldo María Panero. Viaje a Guayaquil con el poeta*, Cal·lígraf, Figueras, 2018.

[←11]
*Ibid.*

[←12]
Eva González, «Y de tarde en tarde, un poeta», *La Provincia*, 4 de mayo de 2019.

[←13]
Testimonio telefónico de Antonio Huerga el 16 de octubre de 2021.

[←14]
Número 4, noviembre 2011-abril 2012.

[←15]

«La divina locura. La experiencia alienante del manicomio en la poesía de Alda Merini y Leopoldo María Panero».

[←16]

*Astórica*, número 32, 2013. Centro de Estudios Astorganos Marcelo Macías.

[←17]

*La Provincia*, 22 de septiembre de 2013.

[←18]

Henar Galán, *Yo maté a Leopoldo María Panero. Viaje a Guayaquil con el poeta*, Cal·lígraf, Figueras, 2018.

[←19]
Testimonio de Ianus Pravo en correo electrónico del 10 de octubre de 2021.

[←20]

Henar Galán, *Yo maté a Leopoldo María Panero. Viaje a Guayaquil con el poeta*, Cal·lígraf, Figueras, 2018.

[←21]
Testimonio de Ianus Pravo en correo electrónico del 10 de octubre de 2021.

[←22]

Primer poema de Leopoldo María Panero en el libro con Ianus Pravo *Estantigua. Sin arma que dé carne al imperium*.

Edición en formato digital: marzo de 2023


Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1837-6

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es